Foto: Carlos Martínez

Gustavo Alejandro Ferreyra nació en Buenos Aires en 1963. Es sociólogo, docente secundario y universitario. Publicó en 1994 su primera novela, *El amparo*, editada por esta misma casa, y en 1997 el libro de cuentos *El perdón*. Desde 1992 ha colaborado con distintos medios periodísticos y culturales, en la Argentina y en España.

GUSTAVO ALEJANDRO FERREYRA

El desamparo

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

Diseño de tapa: María L. de Chimondeguy / Isabel Rodrigué

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.
© *1999 Editorial Sudamericana S.A.,*
Humberto 1º 531, Buenos Aires.

ISBN 950-07-1635-6

Primera parte

A Ignacio

I

Sentado en una vieja silla de hierro sin almohadones, con las carnes incrustadas en los cuadrados que formaban los listones desnudos y oxidados, Marcos intentaba descifrar unas anotaciones que él mismo había hecho en los márgenes de unos folletos. Apegado a la antigua usanza, él solía utilizar en los prácticos de la facultad un cuadernillo de notas, en el que escribía afanosamente sin orden ni concierto mientras mantenía la vista en lo que estimaba era menester observar: las evoluciones del profesor por el aula o el laboratorio, lo que apuntaba en el pizarrón, lo que mostraba en pipetas, tubos de ensayo, en frascos o en cadáveres. Generalmente tenía no pocas dificultades para entender luego las anotaciones que había hecho, y algunas porciones del galimatías quedaban incólumes frente a sus esfuerzos y no le quedaba más remedio que suponer, de momento, que carecían de importancia. Pese a lo cual constantemente retrocedía para encarar de nuevo esos puntos oscuros, remontándose a veces hasta meses atrás, con la ilusión de que el nuevo examen, a golpe de vista, resultara exitoso; mas esto sucedía en muy contadas ocasiones y sus fatigosas revisiones, que llegaban hasta donde se extendían la memoria y la culpa, le llevaban un tiempo que sólo justificaba un repentino convencimiento de que en sus escritos anidaban ciertos aspectos del asunto que no podría hallar en otro lado. Cada nueva oscuridad que no podía dilucidar lo impulsaba a revisar las anteriores, en pos de no acumular cantidades excesivas; y los fracasos y los triunfos le dejaban, ambos, una ligera sensación de desilusión, de

vacío, ya que al fin y al cabo, a pesar de sus culpas y de sus efímeras convicciones —que a la postre se desinflaban por una razón u otra—, la cuestión nunca parecía revestir demasiada importancia.

En esta oportunidad, en la que, agotado su cuaderno, no pudo sino echar mano de esos folletos que promocionaban unas máquinas holográficas, las cosas tenían un peor cariz. Las frases se cruzaban unas con otras y no parecían tener comienzo ni fin. Venían de un lugar indeterminado y continuaban quién sabía dónde, incluso en otro margen u otro folleto. La letra, que intentó adecuar al poco espacio, era más ilegible que de costumbre, al punto que —cosa rara en él— lo embargó una suerte de perplejidad por haber continuado imperturbablemente con el apunte, preguntándose qué esperanza lo había impulsado a seguir. Recordaba, aunque vagamente, haber pensado que la lectura era un problema a futuro que ya resolvería, por lo que había escrito con un entusiasmo pasmoso y estaba seguro de no haber perdido una palabra cuya presencia hubiera considerado imprescindible. Al final de la clase, cuando el embrollo en los márgenes era a todas luces indescifrable, había tenido unos instantes de duda, pero la voz del profesor y su discurso de palabras y palabras que se iban sin que él las registrase, lo urgieron a continuar sin pérdida de tiempo, acicateado por una sensación de catástrofe, oscuramente persuadido de que sin el ajetreo de su mano la clase se detendría y que, a la sazón, sobre él pesaría esa responsabilidad.

Y ahora no podía fiarse ni de lo poco que a duras penas podía leer, porque bien podía suceder que lo que él creía afirmado, en el contexto de toda la oración fuese algo negado —tal si, por ejemplo, hubiese un nunca, un sino, en la parte perdida—, y por tanto entendiese al revés el punto en cuestión. Y al respecto no podía confiar en su memoria; ya le había ocurrido en varias oportunidades que el sentido común se entrometió y que la memoria fue incapaz de detenerlo y por el contrario lo justificó, con lo que él estuvo seguro de cosas que finalmente resultaron ser por completo erróneas. En las

sintomatologías, por ejemplo, que él leía por propia cuenta, adelantándose, no cabía menos que pensar que no había regla alguna, ya que eran harto variables, de acuerdo al órgano de que se tratara o de otras muchas circunstancias, y lo que en un órgano se traslucía, por ejemplo, a través del dolor, en otro bastante parecido adquiría cualquier otro síntoma, o incluso ninguno hasta bien avanzada la enfermedad. Las inferencias, a las que él era afecto, va lo habían llevado en los exámenes del secundario a equivocaciones groseras En las lecciones orales había intentado justificarse presentando la lógica que lo había llevado a pensar así, pero no había provocado en los profesores más que una actitud escéptica, un leve y silencioso disgusto, al que había interpretado como una conminación a que dejase su supuesta inteligencia de lado y se limitase a los materiales correspondientes. Esto lo llevaba a una cierta decepción, ora con respecto a la ciencia ora con respecto a sí mismo y a su capacidad intelectiva, a la que él había tenido en mucho en su infancia. En parte se consolaba diciéndose que no había fallado su lógica sino que siempre le faltaban datos; mas en el caso de la ciencia médica eran datos que, según parecía, nunca estarían al alcance de sus manos. Había concluido que sus aspiraciones eran desubicadas, torpes, y constantemente se prometía hacer una revisión de los supuestos con que encaraba el estudio; aunque, fuera por desidia, fuera por precaución, jamás la hacía y mal que bien seguía adelante.

Hacía ya cerca de una hora y media que, sentado en el patio, revisaba los folletos sin sacar en limpio más que insignificancias, cuando escuchó que de arriba le chistaban. Inclinó un poco el cuerpo hacia adelante y girando la cabeza cuanto pudo miró para arriba, hacia la ventana del primer piso que estaba a sus espaldas. Allí se asomaba la mujer que cuidaba desde hacía un tiempo de María Inés, una viejita vecina suya.

—La señora se cayó y yo no la puedo levantar, ¿podría ayudarme?

Por un segundo, fastidiado por esta interrupción inesperada, Marcos pensó en excusarse, arguyendo cual-

quier cosa que fuera creíble, aunque en seguida se percató de que en su situación no podía pretextar ninguna urgencia y que no tenía a mano nada que resultara admisible.

—Sí, ya voy —dijo, al tiempo que se levantaba y que lo invadía una verdadera preocupación por la viejita, la que había despertado en él, por lo menos mientras estuvo en sus cabales, un vago sentimiento de simpatía.

Trepó las escaleras de a dos escalones por vez, y prestamente estuvo en el primer piso. La mujer lo esperaba con la puerta abierta.

—Se quiso levantar del sillón y se cayó, y ya no hubo forma de levantarla —le explicó mientras entraban.

La viejita estaba sentada en el piso delante de un sillón, con las piernas estiradas y separadas. No parecía estar molesta con lo ocurrido sino más bien desconcertada. Levantaba la cabeza y miraba como un pájaro poco belicoso. La mujer se había parado a un lado y seguía hablando, quejándose ahora de las penurias que la viejita le causaba. Marcos había advertido que la mujer era bastante más corpulenta que él y este hecho lo ponía nervioso, y hasta violento; no estaba seguro de poder levantar a la viejita y la naturalidad con que esa grandota, escudada en su condición de mujer, le encomendaba la tarea, en alguna medida lo rebelaba, sobre todo porque de cualquier modo él no se sentía con derecho a protesta alguna y habría de intentar levantarla como fuera. Apenas si estudió el asunto, urgido por el temor de que su nerviosismo se revelase, y, agachándose por encima de la viejita con las piernas bien abiertas y flexionadas, pasó los brazos bajo sus axilas e hizo un gran esfuerzo, intentando elevarla los treinta o cuarenta centímetros que la separaban del borde del sillón. Logró elevarla un poco pero, en parte porque los brazos de ella se desacomodaron, en parte porque la viejita, aunque de escasa estatura, era muy rellena, y en parte porque era un peso muerto que no colaboraba un ápice, no pudo pasar de allí y la volvió a depositar en el suelo. Acalorado, echó una fugaz mirada sobre la grandota, inclinado por un momento a pedirle ayuda; sin embar-

go no dijo nada y quiso intentar de nuevo. Esta vez la viejita, cuyos ojos se habían llenado de un obtuso sentimiento de rebeldía, lo rechazó. Confundido y aliviado, Marcos se apartó.

—Se asusta porque me desconoce. Quizá si usted la toma de adelante...

—No le dé bolilla —estalló la mujer—. Si por ella fuera se queda ahí todo el día.

Frente a esto Marcos probó suerte otra vez, aprovechando que la viejita, ante la voz de la mujer, parecía haber perdido su indocilidad. Y en esta oportunidad hizo un esfuerzo supremo, como si la vida le fuera en ello, crispado el cuerpo casi hasta el paroxismo; no obstante no logró sino que la viejita, poco menos que arrastrada por el piso, golpeara contra el sillón.

Aterrorizado por lo bruto que había sido, lo asaltó en seguida la idea de que la viejita había sufrido un grave daño y que él sería acusado, incluso ante los tribunales. Se volvió hacia la mujer dispuesto a dar explicaciones, a pedir clemencia.

—¿Vio como pesa? —espetó la mujer al tiempo que hacía un ademán con el brazo, para nada inquieta por el estado de la viejita sino más bien fastidiada por sus kilos.

Marcos se retiró un poco, amedrentado aún por el golpe que le había propinado, aunque de cualquier manera seguía pensando en el modo de levantarla, convencido de que ésta era su responsabilidad.

—No sé... —musitó.

—De algún modo hay que subirla —dijo la mujer mientras se interponía entre él y la puerta, como para evitar que intentara escabullirse.

—Si yo me subo al sillón —se decidió por fin Marcos— y tiro desde ahí, y usted me ayuda desde abajo...

—Yo no puedo hacer fuerza. Tengo una ciática terrible. La sobrina de la señora lo sabe muy bien. Yo le advertí que no podía hacer esfuerzos.

La mujer trasuntaba esa resuelta firmeza que sólo se logra luego de incubar la decisión por largo tiempo, como si hubiera macerado esa respuesta en la biliosa inquina que guardaba por la vieja.

—Tóquele el timbre a otro vecino —dijo ella en un tono de sugerencia con el que dejaba traslucir que el asunto en realidad no le incumbía del todo. Fue hasta la puerta y le franqueó el paso.

—Entre dos van a poder —afirmó tranquila y ligeramente superior, mientras él marchaba en busca de ayuda.

En el pasillo, a poco que caminó unos metros, Marcos fue abordado por la horrible sensación de que tenía otra cara en la nuca, una cara que no controlaba y que emergía a tontas y a locas, sin objeto alguno, tal como le había sucedido en la intimidad en anteriores ocasiones. Una copiosa transpiración mojó su ropa, seguro de que la mujer, espantada, estaba viendo ese rostro monstruoso que aparecía en su reverso sin que él pudiera evitarlo. Corrió un trecho por el pasillo y dobló por él para escapar del campo visual de la mujer, mientras el corazón le latía hasta dolerle. Se detuvo cuando estimó que estaba a salvo y se apoyó con las espaldas en la pared, aunque en una reacción casi instintiva se cuidó de apoyar la cabeza, evitando así golpear el rostro que suponía en su nuca y que mal que le pesara era suyo también. Respiraba agitadamente, en tanto permanecía alerta a lo que sucediese en el largo pasillo. Temía por la reacción de la mujer, y temía además la casual salida de un vecino. Por otra parte estaba en cierto modo atrapado ya que su departamento quedaba al otro lado del de la mujer. Pero ¿tendría en verdad ese rostro en su reverso? ¿Y si, como era su violento deseo en ese momento, lograba encerrarse en su departamento sin abrir a nadie sólo para comprobar que su imaginación se había exacerbado locamente? Pese a que había percibido el rostro en varias oportunidades nunca lo había podido descubrir, ya sea porque se había decidido a ir al espejo demasiado tarde, o porque jamás existió. Ahora no tenía posibilidad alguna de llegar a un espejo y no le quedaba más remedio, consideraba, que llevar una mano allí y palpar, y esta sola idea, la idea de encontrarse con una nariz, con una boca, lo desbarrancaba en un pavor abismal. Tan alterado estaba que no sabía ya si continuaba

o no sintiendo la presencia de esa cara en su nuca. Tampoco podía estarse mucho tiempo más ahí parado sin tomar ninguna resolución; si no hubo tal rostro o la mujer no lo vio, ella lo estaría esperando y se suponía que él estaba buscando a algún vecino que le diese una mano con la viejita. De repente, un ruido casi explotó en los corredores. Por un segundo Marcos pensó en huir hacia cualquier lado; no obstante se quedó petrificado. Pronto se dio cuenta de que no era más que una puerta de la planta baja que había sido abierta con violencia. Aguardó inmóvil a que la persona en cuestión, cuyos pasos delataban a un hombre, se marchase. Aún retumbaba el eco del golpe de la puerta de calle cuando a Marcos le pareció oír que la grandota se asomaba al corredor, seguramente para escudriñar qué sucedía con la ayuda prometida. Temeroso de que la mujer avanzase hacia donde pudiese descubrirlo, se adentró todavía más en la zona penumbrosa, calculando también que si la mujer lo escuchaba caminar, pensaría que iba hacia alguna puerta a tocar el timbre. Sintió de todos modos tal urgencia por salir de ese atolladero que se detuvo y, en un acto que le provocó una arcada, se llevó una mano a la nuca. Ahora estaba dispuesto a golpear esa cara si era el caso que allí estuviera. No encontró más que sus mechones de pelo y ni el más mínimo rastro de unas facciones. Aliviado en grado sumo, casi con cierto deseo de llorar, aunque aún apremiado por la mujer que esperaba, fue hasta la puerta que tenía más cerca y pulsó el timbre. Una suerte de satisfacción lo invadía por este hecho consumado cuando se percató de que había tocado en el departamento ocho. Allí sólo vivía un matrimonio mayor, y él, a más de sus años, era un hombre avinagrado que mal se prestaría a hacer un favor. Se fue alejando despacio, de cara a la puerta, atestiguando con beneplácito que no había nadie y que no tendría que disculparse. Subió hasta el segundo piso y tocó en el departamento de un abogado joven, amable, que en rigor no parecía tener ocupación. Bajaron juntos. La grandota lo esperaba con aire de persona que no termina de aceptar la ineptitud de la gente, bien que cambió apenas

vio al joven abogado, el que evidentemente despertaba en ella un vivo respeto. Marcos dedujo que el abogado, pese a vivir en ese edificio, era hombre de algún dinero.

—Si te subís al sillón y pasás los brazos por debajo de los de ella, yo empujo desde abajo —enseguida el abogado tomó el mando con tranquila naturalidad.

Marcos hizo lo que se le indicó y tiraron con fuerza al unísono, hasta que la viejita —no sin un pequeño tropiezo debido a un nuevo amago de resistencia— estuvo en el sillón.

El abogado sonrió ampliamente, satisfecho de su intervención. Su barbado y acicalado y ancho rostro se preparó para dar cuenta del agradecimiento que recibiría. Marcos se deslizó hacia la puerta por detrás del abogado.

—Se lo agradezco infinitamente —dijo por fin la mujer, quien se había demorado unos instantes buscando las palabras. Palabras que, dichas con una voz impostada —de persona que intenta aparentar una educación de la que carece—, sonaron remanidas, incluso ridículas en una mujer de su aspecto. El abogado sin embargo encontró mayores motivos de alegría en este esfuerzo y casi rió, condescendiente, al adoptar una actitud de rechazo a toda gratitud.

Marcos se detuvo por unos momentos en el vano de la puerta, no fuera cosa de que se lo acusara de mal educado por irse sin saludar y sin dar la oportunidad de que se le agradeciera; pero en vista de que continuaron ignorándolo estimó por fin que su presencia sería considerada como un reclamo de atención, lo que molestaría a los otros, y se marchó.

Ya en su departamento se sintió mejor. El hecho de no haber descubierto nada cuando se llevó la mano a la nuca le hacía creer, de momento, que su bifrontismo era imaginario, una simple y falsa percepción que lo abordaba cada tanto a causa justamente de su aprensión al bifrontismo; aprensión que lo perseguía desde que, en una ocasión, por la razón que fuera, totalmente casual, tuvo esa inusitada sensación en la nuca. Fue al fondo a recoger los folletos que allí habían quedado. Recordó entonces que aguardaba un libro de histología y pensó

que tal vez habían pasado a dejárselo cuando estaba en el departamento de la viejita. Por un segundo estuvo seguro de que así había ocurrido y dio en considerar los pasos que debía seguir para reencontrarse con él. A pesar de que era un libro corriente, una idea lo azuzó: no podría encontrarlo por ningún lado y se quedaría sin él, para contento de la grandota, quien, además, seguramente despreciaba ese tipo de libros. Se quedó mirando los folletos con poca curiosidad mientras esa idea se diluía. Las máquinas adquirían en las fotos tal realismo que Marcos tuvo la impresión de que si se quedaba con los folletos la diferencia con quien realmente poseía los objetos no sería mucha. Atardecía y esa noche tenía que encontrarse con su amigo Luis, por lo que entró a bañarse. Notó que se había pasado la mano por la nuca dos o tres veces, como buscando aplastar una nariz que allí estuviese emergiendo, mas no estaba preocupado y la misma ocurrencia de la nariz en crecimiento, esta vez entre sus pelos, no lo asustaba en lo más mínimo ya que iba acompañada de la seguridad de que se libraría de ella de una u otra forma.

Marcos caminaba por la avenida esquivando a la gente. Ésta, en general, andaba morosamente, paseando en pareja o en grupo familiar o de amigos. Marcos, por el contrario, ponía energía en el andar en razón de que iba solo y por ende quería demostrar que tenía un rumbo y un objetivo precisos, es decir, que iba a encontrarse con alguien. Días atrás, un sábado a la noche, había caminado por la misma avenida solo y sin rumbo, y la soledad y el abandono lo habían oprimido de tal modo que luego de dos cuadras abandonó la avenida y se internó por las oscuras calles laterales, resistiéndose todavía a regresar a su casa con las manos vacías. Había salido, harto de estarse encerrado los sábados a la noche cuando todos los otros salían, en busca de que algo le sucediese, aunque más no sea que su presencia —por la razón que fuere— no pasase desapercibida para alguna persona, y que ésta se llevase el recuerdo de su rostro. Y había caminado

hasta sentirse estúpido y, peor, hasta que comenzó a creer que las personas con las que se cruzaba adivinaban su situación, sus paupérrimas intenciones, su lastimosa soledad. Y entonces había vuelto a su casa huyendo de la gente, como si pudiesen reconocerlo por haberlo visto antes deambular y se dijeran entre ellos: "ahí va ese pobre muchacho". Pero ahora iba con rumbo fijo y esto era suficiente para que caminase satisfecho entre la gente. Hacía más de un mes, quizá dos, que no veía a su amigo Luis y extrañaba los tiempos en los que se juntaban y se perdían en vericuetos supuestamente inteligentes, aferrados a la creencia de que las palabras tenían importancia y que los conducían hacia algo. Por momentos miraba de soslayo las vidrieras iluminadas, llenas de ropa, de artículos para el hogar, pero no veía mucho, un vestido de mujer tan perfectamente dispuesto que daba la sensación de que no necesitaba de nadie, que se bastaba solo para lucirse, y aun que quien se lo pusiese no haría sino arruinarlo; un proyector tridimensional que Marcos miró apenas, con una apagada admiración, como se admira lo que está en una foto de un mundo remoto que no atañe a nuestras vidas; un zapato empinado por el taco y ladeado, cuya imagen ramplona se diluyó en su mente antes de que atinase a pensar algo que lo rescatase, visto y olvidado el zapato, y olvidado el olvido.

Llegó a la esquina donde estaba citado y miró en torno, incluso dentro del pequeño bar que ocupaba la ochava. Marcos se dispuso a esperar en la vereda ya que, sin haberse detenido a considerarlo, juzgaba que, de suyo, la cita era ahí, en la vereda.

Primero miraba en todas direcciones con la esperanza de descubrir a Luis entre la muchedumbre que se desplazaba por las veredas y que, a intervalos regulares, aguardaba expectante su turno para cruzar a la acera de enfrente. Creía que ya, de un momento a otro, aparecería la cara de Luis entre todas las caras.

A medida que las caras pasaban y pasaban, Marcos fue perdiendo su fe y empezó a barruntar que su amigo todavía podía demorarse un buen rato. Miró su reloj. No habían pasado diez minutos de la hora de la cita. Aún

por unos minutos siguió mirando con atención en varias direcciones, hasta que, decaída su voluntad, buscó algún lugar, alguna columna donde apovarse y donde esconderse en cierta medida, porque consideraba que se iba convirtiendo en una figura repetida en esa esquina y que la gente del bar, por ejemplo, empezaría a fijarse en él, devenida en testigo de su espera. Supondrían que estaba esperando a una mujer y para sus adentros pensarían que ella lo hacía esperar adrede y que él ahí estaba, disciplinado, sencillamente aguardando. Y para peor, cuando descubriesen que en realidad esperaba a un hombre, a un amigo, se desilusionarían más de él y lo tendrían por muy poca cosa, no porque juzgasen mal o extraño ese hecho, sino porque proyectarían en él la imagen de la persona que, sin poder alguno sobre la situación, está a merced de la voluntad de otra, quien quizá no aparezca nunca, y esta indefensión sólo es medianamente plausible si el sexo está de por medio.

Transcurridos más de veinticinco minutos de espera, las supuestas miradas en su espalda se le hicieron intolerables. No pensaba únicamente en la gente del bar —que de seguro se permitía esos chistes vacuos y despectivos acerca de que era ya un elemento decorativo de la vereda—, sino que tenía la impresión de que todos los que pasaban y advertían su presencia adivinaban socarronamente el tiempo que llevaba allí parado. Cruzó la calle y se paró en la esquina de enfrente, apoyadas las espaldas en un pedacito de pared de un negocio. Desde ahí podía controlar la llegada de su amigo y no estaba tan expuesto. Se decía, sin creerse verdaderamente, que no esperaría más que unos minutos y que luego se marcharía a su casa. La inquina contra su amigo aumentaba, y más rabia le daba el saber que, en resumidas cuentas, esperaría hasta que él llegase y que, además, lo recibiría con una sonrisa, y ni siquiera una sonrisa de compromiso que mostrara a las claras el mal trago pasado por su culpa, sino que simplemente sonreiría

Mal que mal empezaba a convencerse de que iba a mostrar alguna dureza con Luis, cuando éste apareció cruzando la calle hacia él, sonriendo sin culpa ni ver-

güenza, casi con un dejo de regocijo o de picardía, como si supiese de los odios y de los insultos que habían cruzado por la cabeza de su amigo. Y Marcos sonrió a su vez, porque la espera había terminado y porque en esa expresión del rostro de Luis, que por un lado debía tenerse por chocante, había una complicidad que nacía en el mutuo conocimiento y en la certeza —que Marcos de inmediato percibió que no defraudaría— de que no habría reproches, de que, por su propio peso, la amistad estaba por encima de ello.

—Qué tal —Luis le palmeó un brazo—. Disculpa, pero justo pasó el gordo Gonzalo a buscar un libro y... no se iba más.

Marcos negó con la cabeza como quitándole importancia al asunto. Echaron a caminar juntos por la avenida.

No tenían rumbo e iban hacia cualquier lado, hablando. Caminaron varias cuadras. De repente se detuvieron como si ambos hubiesen sentido la necesidad de decidir hacia dónde irían. Miraron en derredor en varias direcciones buscando un bar.

—Ya pasamos varios —dijo Marcos, quien no estaba seguro de que hubiera alguno más allá, donde el movimiento de la avenida languidecía en mucho.

—En la otra cuadra hay uno —aseguró Luis—. Vamos —agregó, con una resolución aplomada y firme, que a Marcos le resultó un poco sorprendente.

Se dirigieron hacia el bar que Luis indicó. Marcos no se sentía del todo cómodo con su amigo. En estos últimos ocho o nueve meses se habían visto poco y en la forma de hablar de Luis había algo novedoso, una nueva seguridad en sí mismo, una inusual confianza en la solidez de sus opiniones y acciones que lo desconcertaba y que le hacía sentirse en inferioridad. Él, que no había cambiado un ápice y que seguía siendo el mismo desde aquellas largas charlas, no podía sino percibirse como un muchachito que, tontamente, todavía guardaba las blanduras de esos días. Sospechaba que Luis iba a convertirse en una persona decidida, en una persona de acción, en una persona común y corriente que actúa y se dirige hacia

objetivos mejores o peores, y sólo reflexiona para justificarse, para encontrar razones que avalen sus hechos, sus impulsos. Esta transformación —que en realidad Marcos no hacía más que adivinar— lo consternaba; veía en ella una degradación y un distanciamiento con respecto a su persona. No obstante, le daba envidia y le escocía, porque era el espejo en el que veía su ineptitud para la vida, la inercia brutal que lo condenaba a ser siempre una repetición de sí y que le impedía apartarse de lo que tenía por la naturaleza de su ser, un sustrato último, aparentemente imperturbable, que él tenía en mucha estima y que a la vez denigraba.

Entraron en el bar y buscaron una mesa. Pese a que el local no estaba en las cuadras más concurridas, apenas si encontraron una mesa vacía al fondo, contra una pared. Allí se sentaron, envueltos en el rumor de las numerosas charlas.

—Acá vine con Laura el sábado —le informó Luis con una sonrisa entre satisfecha y taimada, una sonrisa que para Marcos no encajaba fácilmente en esa cara, en la que él se había acostumbrado a ver desconcierto, benignas desazones, alegrías desdibujadas. De cualquier manera sonrió a su vez, intentando que su gesto fuera de complicidad.

—Me llamó y... no sé... Será que me gustan estas situaciones...

Marcos ignoraba, o por lo menos no recordaba, a qué situación se refería su amigo, y algo de esto se traslució en su rostro porque Luis inmediatamente lo conminó.

—No te acordás de Laura, la que era, o es todavía, la mujer de Lautaro.

Marcos recordó a Lautaro, un hombre de unos treinta y pico de años, dedicado al periodismo, que Luis conocía por intermedio de un amigo común. La mujer, si su memoria no fallaba, debía ser también una treintañera, más bien linda; y el hecho de que ésta, casada con un hombre que empezaba a asomarse a una módica popularidad, se hubiera fijado en Luis le produjo un fuerte asombro. Y al mismo tiempo se afincaba en su ánimo un sentimiento de inferioridad, al que combatía intentando descartar que la conquis-

ta de Luis tuviera mayor significado. Pronto surgió en su mente la idea de que algo oscuro, desagradable, impulsaba a la mujer, y esta suerte de difusa explicación lo satisfizo. Sin embargo, en el afán de defenderse, seguía simulando ante su amigo que no podía acordarse de ella.

—Te tenés que acordar, si estuvo en el asado que se hizo en la quinta aquella de la carreta en el parque...

—Sí , sí, pero...

Marcos siguió negando hasta que le pareció que su negativa era ya insostenible.

—Una de pelo castaño claro, con pecas —adujo, a sabiendas de que era rubia con pecas.

—Sí —concedió Luis—. Rubia más bien... La que habló de los curas españoles —afirmó Luis con fuerza, dando por sentado que era imposible que no la recordase luego de este último dato.

—Ah, sí, ya me acuerdo bien. Sí... —y Marcos se quedó con la mirada perdida por unos instantes.

—Me busca y después casi no habla. Se está callada como si fuera una nena terca.

Por un instante Marcos sintió que estaba con el Luis que él había conocido, aunque esto no fue óbice para que creyera ver en la actitud de la mujer un desprecio hacia su amigo. Estuvo a punto de decirle: "No será que piensa que vos sos el nene..." e iba a agregar algo similar a terco, pero se contuvo. No quería ofenderlo. No quería que pensase que era envidioso. Se estuvo callado; excepto aquella frase nada más cruzó por su cabeza.

—Simula un misterio —dijo Luis bastante convencido.

La idea de que la silenciosa mujer fuera una simuladora no le gustó a Marcos demasiado; él estaba dispuesto a defender la parte de ella que se negaba a fiarse de su amigo, tal vez porque las nuevas actitudes de éste levantaban también sus sospechas. Él mismo había ido a encontrarse con Luis dispuesto a confiarle sus temores acerca del bifrontismo y ahora hesitaba y más bien se inclinaba a reservarse el asunto.

Por unos momentos estuvieron callados. Luis debía estar aguardando a que su amigo le preguntara algo, o bien

había descubierto cuán parecido estaba éste con su silenciosa Laura y el hecho le provocaba asombro y resquemor.

—¿Y Alejandrita? —le preguntó.

Marcos, un poco embarazado, sonrió mientras buscaba qué decir. No tenía nada para contar, excepto que la seguía merodeando.

—Alejandra —dijo Marcos pensativo, corrigiendo en parte ese diminutivo que podía ser tanto cariñoso como despectivo. Hizo una mueca ambigua y se quedó mirando unos caños de zinc que pasaban muy alto en la pared que tenía enfrente.

—Y... ahí estamos —dijo por fin, reconociendo los pocos adelantos que había hecho—. Supongo que prepararemos juntos anatomía y ahí... —se le acababa de ocurrir esto y la idea le dio ánimo. De cualquier manera la frase le supo a vaga, a tibia, y creyó que debía ser más enfático en cuanto a su favorable situación.

—Estoy seguro de que me tiene cariño —Marcos mismo no pudo sino reconocer, incluso cuando lo decía, que lo del cariño sonaría poco menos que ridículo, que nada más alejado del amor, de la pasión, de una conquista, que la idea del cariño, sin embargo él no lo vivía así y por eso lo dijo. Aunque en seguida se arrepintió porque se dio cuenta de que más le hubiera valido decir: "me odia", que importa siquiera una respetabilidad que de ninguna manera se obtiene simplemente a través del cariño.

—Ya te veo rodeado de pelirrojitos —le comentó Luis pese a todo, como si una ternura insospechada se hubiera levantado en su ánimo (Alejandra, por supuesto, era pelirroja). Mas dio pábulo a una oscura ocurrencia que atravesó el discurrir del pensamiento de Marcos y que lo tomó del todo por sorpresa: él era finalmente el "tío Marcos" y los pelirrojitos saltaban sobre él como sobre un domesticado almohadón. Le fue tan insoportable que de inmediato se esfumó.

—¿Entregaste el artículo ese, o no? —Luis pasó abruptamente de tema de modo tal que pareció que tanto esta pregunta como el comentario anterior no eran otra cosa que burlas amistosas. Luis sabía bien que ese artículo para la revista del centro de estudiantes no tenía im-

portancia y que lo había escrito a duras penas y con absoluto desgano. Bien que, por otro lado, cabía la posibilidad de que lo preguntase para que él hablase de algo.

—Sí, ya lo entregué.

—Sale en tres semanas —agregó luego, en vista de que su amigo no lo preguntaba.

Aquí Marcos vio una oportunidad para traer a colación su aparente bifrontismo, vinculándolo por ejemplo a la escritura del artículo (esto en verdad había ocurrido en una ocasión).

—Cuando escribía el artículo me dio la impresión de que... —se detuvo, sorprendido por la gravedad de su voz, por el tono ligeramente angustioso que había adquirido a pesar de su intención de que pareciese un comentario casual— de que... —decidido a cambiar de tema no sabía con qué continuar— de que no valía la pena escribirlo, porque igual no va a pasar nada con esa cátedra. Hace años que hacen lo mismo y el decano lo sabe bien; todo el mundo lo sabe y se va resignando, y hasta el artículo puede ser más molesto para los que se van amoldando a que las cosas sean así que para la cátedra, que sabe que ni Dios le mueve el piso.

—O sea que vos lo escribiste para advertirles que son víctimas de una injusticia y ellos van a apuntar sus cañones contra vos —Luis intentaba sacar conclusiones más generales.

—Bueno, tampoco va a pasar nada conmigo. No le van a llevar el apunte y listo.

—Y viste. Así es. Si escribís contra una tiranía no esperes represalias de parte del tirano; las víctimas de la tiranía se van a encargar de vos, y tanto más cuanto más conscientes sean de que tenés razón —Luis parecía contento al poder relacionar la cuestión del artículo con cosas que había estado meditando con anterioridad. La frase de la tiranía, evidentemente, la tenía armada para usarla en el momento oportuno—. Te hubiera convenido hablar bien de la cátedra, entonces avalabas su cobardía, sus ganas de no hacer nada, y te verían con buenos ojos.

Marcos levantó las cejas en un gesto indefinible. Quería olvidarse del artículo e intentar de nuevo con los ata-

ques de bifrontismo que padecía, pero como si fuese una cosa de no mucha importancia, como una curiosidad.

Tres chicas habían ingresado en el bar y se sentaron en una mesa cercana. Luis las señaló con un corto ademán de la cabeza.

—¿Te animarías con las tres? —le dijo, en un tono que Marcos tuvo por burlón. No sabía si se refería a que fueran los dos a encararlas o al hipotético caso de tenerlas a las tres en una cama. Por las dudas sonrió intentando dejar el asunto en una nebulosa poco comprometida.

Este Luis —que aparecía descarnado, despojado de los códigos de sutileza que implícitamente ambos habían reconocido como un territorio común, como el territorio mismo de la amistad— le resultaba desconocido, al punto que se preguntó si no era en realidad otra persona y no la que él había creído. Y aun no podía evitar la sensación de que se burlaba ligeramente de él desde el momento en que se habían encontrado, desde que tardara tanto en llegar a la cita. Por unos instantes se sintió impelido a putearlo, incluso a trompearlo ahí, delante de todos los parroquianos. Recónditamente casi deseaba que él le diese motivos más valederos para hacerlo.

—¿Arreglaste con tu mamá lo de la plata aquella?

A Marcos la pregunta le molestó y se ahondó su convencimiento de que su amigo se entrometía en su vida. ¡¡No te metas!! fue una frase que como un relámpago cruzó por su mente. Sentía que escarbaba adrede en donde adivinaba que estaba lo que él quería guardar en la intimidad. Aunque se enojaba también consigo mismo, ya que él le había contado de aquella disputa la última vez que se habían visto, y ahora se arrepentía de haber hablado.

—Sí. Algo se arregló.

—¿Y qué te dio?

—Todavía nada. Estamos arreglando.

En los ojos de Luis emergió un pasmado disgusto.

—En parte ya está... —se apresuró a corregir Marcos—. A veces pienso que me quiere tener atado y especula. —Lo volvió a mirar—. Pero buen...

—Pero pasa el tiempo... Y...

—No. Ya sé... Para mí es un problema por los libros y los prácticos, y...

—¿Pero tenés?

—Sí. Sí —Marcos se apresuró a atajar a su amigo, que estaba a punto de ofrecerle ayuda.

—Vomito más seguido —agregó.

Luis asintió con la cabeza y levemente sonrió.

—Mirá que... —insistió de cualquier modo, con la seguridad de que sería rechazado.

—No. No.

Por un instante abordó a Marcos la idea de dar por un hecho que era bifronte, o por lo menos expresarlo así ante su amigo. Decir sin tapujos: "Soy bifronte. A veces me aparece una cara atrás, en la nuca". Expresarlo con convicción, como si fuese algo irrefutable, y a continuación pasar a discutir con su amigo no la imposibilidad evidente del hecho sino el porqué de esa extraña emergencia; las razones que debía tener esa cara para aparecer allí, cómo debía combatirse si es que existía alguna cura o alguna defensa y, llegado el caso, con qué disimularla o esconderla.

—Las madres tienen una habilidad natural para retener para sí una parte de lo que es nuestro, para quedarse con algo que nos hará falta siempre —Luis se había quedado pensando en lo anterior—. Yo por suerte ya no tengo madre —y al decir esto quiso poner una expresión de alivio en su rostro, pero involuntariamente se montaron sobre ella trazos de dolor. Marcos estuvo a punto de protestar, ya que la madre de Luis vivía; no obstante, se contuvo a tiempo.

—¿Seguís yendo al psicólogo? —preguntó, sin embargo.

—Sí —Luis hizo un gesto ambiguo, emparentado con la resignación—. Mientras siga simulando que me escucha voy a seguir yendo.

—No me sirve para nada, eso te lo aseguro —agregó luego.

Marcos no quiso romper el efecto de esa frase preguntando para qué iba entonces. Sonrió muy débilmente y carraspeó un poco.

—El otro día —continuó Luis— miraba esa foto de Marcela que tengo encuadrada. Esa en blanco y negro en donde tiene un vestido cortito. Y... la vi, me la imaginé tan real, tan vívida, pero a la chiquitita de la foto —y Luis indicó con los dedos el tamaño—. Y se desnudaba, la chiquitita de la foto cobraba vida y se levantaba el vestido y se desnudaba delante mío. Me provocaba. Pero no era Marcela, me entendés, era una chiquitita que era igual, nada más, pero que era ella misma, la de la foto. Y sabía bien que no era Marcela, y me miraba incitándome, sabiendo que eso hacía todo más emocionante. Estaba hermosa, desnudita. Un cuerpito bárbaro y... era así —Luis volvió a mostrar la estatura de la chica— pero... unas tetitas... No sé... En un momento me miré el choto, que lo tenía parado, y pensaba que esa chiquitita se me prendía ahí —eran más o menos del mismo tamaño—, y no paraba hasta hacerme acabar. Era divino imaginarlo. No sabés... Se prendía de tal forma... ¡Aah! —la cara de Luis, rojiza pese a su piel cetrina, trasuntaba tanto la violenta turbación que el recuerdo le provocaba como el pudor vencido—. La bañaba toda, toda. A ella le encantaba bañarse con la esperma y... tenía una carita de placer que... ¡qué divina!

Durante unos segundos se quedaron en silencio. Marcos estaba ligeramente excitado por el relato y esperaba algo más. Por un instante pensó que su amigo quizá lo había contado para justificar lo del psicólogo, aunque él no veía en lo expuesto nada anómalo. Por el contrario, imaginándose esa chiquitita desnuda con cuerpo de mujer, subyacía en su mente la idea de una nocturna masturbación cuando estuviese de regreso en su casa. Miró a su amigo Luis, quien tenía todavía las huellas del relato en las facciones, y vio en alguna medida al antiguo Luis, a aquel que estaba impotente, blando, a la vera de acontecimientos que se iban; y Marcos presintió que este Luis, el anterior, su amigo, iría apareciendo cada vez más espaciadamente hasta desaparecer por completo, y que él, por inercia, por lealtad a aquel que existió en esa persona, seguiría la amistad. Una amistad que, sin pensarlo, sin darse cuenta casi, presagiaba inalterable.

—Laura no habla. Vos no hablás...

—No. No es que no quiera, sólo que... estaba pensando en... En Jano.

—¿Jano?

—Sí, el dios romano. Uno que tenía dos caras; una hacia el frente y otra hacia atrás.

—¿Qué? ¿Era el dios del tiempo?

—¿Del tiempo? No, me parece que no.

—Pensé que miraba hacia el pasado y hacia el futuro.

—No. No era el dios del tiempo. ¿No era Cronos el dios del tiempo? —Luis no contestó y Marcos siguió— Jano abría las puertas del sol y era el dios de la luz, o algo por el estilo.

—¿Y las dos caras?

Marcos caviló por un momento intentando deducir el asunto.

—No sé.

—Será que la luz lleva también la oscuridad —arriesgó después, por decir algo—. La oscuridad es distinguible de algo, es algo, justamente gracias a la luz —reforzó sin mucha convicción.

Su amigo no pareció convencerse; sobre todo porque la idea le pareció muy común, muy conocida.

—No —Marcos reconoció que difícilmente estuviera en lo cierto—. Tal vez la luz, ella misma, sea ciega y las dos caras... O tal vez Jano mira lo que no debe ser mirado, lo que nadie ve. Mira, además, para donde nadie lo hace.

—Pero en el mundo romano esa idea... —Luis torció el gesto dando a entender que no le parecía probable.

—En el mito de la caverna ya estaba esta idea y los romanos... — Marcos se detuvo porque no sabía si Platón era anterior a la aparición de Jano—. Aunque es verdad que en las mitologías las cosas son más sencillas.

Se quedaron pensando por unos segundos. Marcos se dio cuenta de que él ya no buscaba razones para explicar el bifrontismo de Jano sino el suyo y, en su fuero interno, desistió de arriesgar ocurrencias, no fuera el caso de que se traicionara. Conforme había avanzado la charla sobre

Jano se fue afincando en su ánimo la certeza de que no podría ponerse en el ridículo de contar lo que, creía, le estaba ocurriendo.

—¿Y por qué pensabas en Jano? —interrumpió Luis el silencio.

Marcos se asustó un poco, crevéndose descubierto.

—No, por nada... Nada que tenga relación con... algo concreto... Pensaba si ambas caras saben de la existencia de la otra, o si se ignoran absolutamente y cada una cree ser única. Si hay una que tiene la supremacía, es decir, si hay un frente y un atrás; si una de las dos no es... (iba a decir "una suerte de invasora, de conquistadora") o no tiene menos derechos que la otra.

—Pero si hay un cuerpo hay un frente, ¿o no? —acotó Luis.

—Sí, tenés razón. Yo pensaba en la representación de Jano, que es el dibujo de la cabeza con las dos caras.

—Que ambas se ignoren sería posible si fuesen como máscaras que hablan sin pensar, es decir, no hay ningún pensamiento detrás y las caras hablan, gesticulan, dicen cosas. Podría ser... —Luis se abstrajo en alguna medida.

Marcos reconoció enseguida que así era la cara que le surgía en la nuca, una máscara sin vida que gesticul... o ¿no se habría apoderado de parte de su capacidad cerebral sin que él lo advirtiera? La angustia lo ganó por unos segundos, una ola de sudoroso calor recorrió su cuerpo y por un instante tuvo deseos de levantarse de la silla, porque ya en ella se sentía prisionero. Pero, sin más base que una suposición calenturienta, el cuidado por disimular la angustia ante su amigo fue suficiente para que se difumara.

—¿Y qué pasa con Jano? —se preguntó Luis y a su vez le preguntó a su amigo, inquiriendo en realidad acerca de las razones por las que seguían hablando al garete de un tema que a ninguno de los dos concernía.

—Quizá era tan cornudo que necesitaba dos frentes —dijo Luis, riéndose entre dientes, intentando poner fin a la cuestión con una broma que él mismo festejó más que Marcos, quien, sin poder evitarlo, percibió en la broma un desmedro para él, una amenaza para su felicidad futura.

Las tres chicas, que habían consumido rápidamente unas gaseosas, se retiraban. Marcos, bien ubicado para esto, las veía irse. Atravesaron las puertas batientes mientras hablaban y alguna que otra sonrisa se dibujaba en sus rostros. Se iban sin que se hubieran enterado de su existencia, excepto el imposible de que su mirada les dejase algo invisible que en un futuro ellas advirtiesen. De cualquier manera, Marcos sintió una tenue satisfacción por esa ida, no tanto por el alivio de librarse de la posibilidad de que a Luis se le ocurriera abordarlas, que pesaba sólo en pequeña medida, sino porque al marcharse ignorantes de todo, de su mirada, de los pensamientos que sobre ellas había tenido, confirmaban lo que él era, su persona, su carácter, su orgullosa inexistencia. Las chicas se iban ya tras las puertas de vidrio, y Marcos sentía el abrigo de verlas desde el refugio que era él mismo, y que era él mismo porque esas chicas se iban sin remedio aunque él, en la incierta oscuridad, desesperadamente las llamase.

Una hora después o poco más, ellos se iban también. La conversación había derivado de tema en tema sin que Marcos se planteara sacar a luz su posible bifrontismo. Su asunto fue hundiéndose, replegándose y escapando de su atención, ocupada ésta en la superficie, en los pormenores de la charla. Atravesaron las puertas batientes de vidrio y se encontraron con una avenida llamativamente mustia, vacía. Esto los convenció definitivamente de que para ellos también había llegado la hora de irse cada uno por su lado. Caminaron aún unas cuadras juntos, impelidos por la inercia, por el deseo de evitar la brusquedad de despedirse frente al bar, con la presunción de que en esas cuadras la conversación se iría deshilachando y moriría de suyo, gracias a lo cual la despedida sería una consecuencia natural y, en parte, un alivio.

Por fin, mientras Marcos se internó directamente por una de las calles laterales, su amigo caminó unas cuadras más por la avenida, por aquellas cuadras en las que la vida, si bien languidecía, todavía no había desaparecido por completo. Y hasta se cruzó Luis con grupos de

gente que recién salía de la última función de un cine, y que, unidos por las emociones que la película había producido en ellos, enlazados por esa suerte de secreto común, constituían aun una cofradía en la que Luis se sintió intruso, una de esas personas ajenas que disgrega, que rompe la frágil unión forjada en la sala. Atravesó esa zona presurosamente, aunque curioso por escuchar algo que le diese alguna pista acerca de aquello que todavía los aunaba. Pero no escuchó más que jirones de frases corrientes, palabras comunes en las que las emociones más febriles y las secuencias más sutiles y hermosas iban finalmente a diluirse.

Luego Luis tomó por una calle lateral, la que no tardaba en adquirir el nocturno y sombrío aspecto de una calle de barrio. Los árboles, de copas abigarradas, casi no dejaban que la luz del alumbrado público llegara hasta las veredas o los frentes de las construcciones. A medida que avanzaba, las casas se hacían más suntuosas, por lo que Luis se apartó un poco al andar por temor a electrocutarse. Caminaba con las manos en los bolsillos de la campera, rozado por la brisa fresca que se había levantado y que, indecisa, giraba en las calles, se arremolinaba sin una dirección definida. De vez en cuando una ráfaga levantaba mucho polvo y Luis, molesto, debía sacar una mano del bolsillo para restregarse los ojos. El ulular de una alarma estalló en un par de ocasiones en las manzanas cercanas con esa urgencia feroz con que se dan a conocer, para luego desactivarse en seguida sin pena ni gloria, engañadas. Luis no se había cruzado casi con nadie y caminaba a sus anchas, evitando adrede que su mentón cayese demasiado —tal como era su inclinación natural al andar—, con la cabeza algo ladeada, como si el peso de ella no fuese simétrico, tal vez porque miraba las construcciones, que se erguían mucho hacia arriba, hasta terminar en negras y grandes antenas parabólicas, en blindados tanques de agua. Las casas semejaban pequeñas fortalezas inexpugnables que mostraban al exterior su aire marcial, aunque seguramente en el interior —o por lo menos esto pensaba Luis— eran todo "algodón", lasitud y comodidad. De repente, Luis tropezó con una

saliente de una baldosa y tuvo que dar dos o tres pasos rápidos para evitar caer. Un perro ladró no muy lejos de él, desde una casa. Luis pasó, mirándolo de reojo.

En la vereda abundaban esas pelotitas de los plátanos que, con el tiempo, se deshacen en hebras. Cada tanto Luis pateaba una hacia un arco imaginario formado por el árbol siguiente y la pared, donde convertía un gol. En una oportunidad la pelotita, que ya había traspuesto el supuesto arco, iba rodando hacia un hombre que venía en sentido contrario y que Luis, claro está, no había advertido. Al tiempo que se apoderaba de él una creciente vergüenza por estar jugando como un chico, vio que el hombre, atemorizado, casi con pánico, se apartaba de la pelotita con unos saltitos nerviosos. Luis se fue acercando dispuesto a pedir disculpas, apesadumbrado, disgustado por haberse dejado llevar por un impulso sin fijarse antes si venía alguien. El hombre, después de apartarse, se había quedado inmóvil, mirando hacia abajo con un inusitado gesto en el rostro, la boca abierta en una expresión de incompresión, de miedo. A medida que Luis se aproximaba, el hombre —un hombre cercano a los cincuenta años y vestido correctamente, sin ninguna ostentación— se fue desplazando hacia la calle, como si buscase la posibilidad de una fácil huida, dando unos pasos cortos, timoratos, poco menos que en puntas de pie. Tenía todavía la boca desfigurada por ese gesto pavoroso que, como una mueca, había quedado prendido a su rostro.

—Discúlpeme —atinó a decir Luis, sorprendido por esa reacción desmesurada.

El hombre, que vestía un lindo pulóver bordó, lo rodeaba, dándole siempre el frente. Lo miraba con unos ojos acuosos, unos ojos claros que parecían sumergidos en océanos de recelo. Pero tras esa mirada, que se hizo viscosa por un instante cuando el hombre entrecerró algo los ojos, Luis creyó percibir una fiereza reprimida, una cierta ferocidad refrenada por el pavor que lo atenazaba. Luis tuvo la impresión de que eran estas dos fuerzas en pugna las que lo hacían moverse tan forzada y crispadamente, y se alejó a su vez, presuroso y, aunque no lo

hizo, tuvo deseos de correr. Mientras andaba a paso vivo la curiosidad por ver qué hacía el hombre, sobre todo si lo seguía mirando, fue en aumento. Por mucho que su aprensión a encontrarse de nuevo con esa cara era grande, volteó la cabeza, lo suficiente como para comprobar que el señor apenas si caminaba, algo ladeado, observándolo.

—Pero ¡qué hijo de puta! —se dijo Luis para sus adentros, impresionado porque en absoluto el hombre parecía estar bajo el efecto de algo que no fuera la bolita de plátano que corrió hasta sus pies. Y aun cuando para sus adentros lo insultase, todavía se sentía culpable por haberla pateado.

Cuando llegó a la esquina nuevamente se volteó. El hombre cruzaba la otra calle con la cabeza baja, como si no le importase en lo más mínimo que un auto lo atropellase, o por lo menos, ésta fue la sensación que tuvo Luis, quien sólo se quedó tranquilo cuando vio que el hombre subía a la acera opuesta. Y aún se quedó mirándolo hasta que su figura se perdió en las sombras de los plátanos. Por un segundo tuvo el deseo de correr hasta él y preguntarle qué le sucedía, hasta sonsacarle, hasta que le explicase algo. Dio la vuelta sin embargo y siguió su camino. Tenía la mente vacía, tal si la mera visión de las casas, la vereda, los árboles, ocupase por entero su atención. Hasta que un gato, que salió de debajo de un auto y saltó aullando hacia un árbol, lo distrajo. El animal trepó con una agilidad asombrosa y ya no se lo vio más. Entonces, otra vez Luis miró en dirección del hombre de pulóver bordó, pero no vio más que la calle vacía hasta donde alcanzaba la vista. ¿Sería un alérgico a las pelotitas de plátano, un alérgico extremo que no se podía permitir el más insignificante contacto con ellas? —se le cruzó esta idea—. Pero si así era, ¿por qué caminaba por esa calle llena de plátanos? —se preguntó—. ¿Tanto se podía aborrecer que una de esas pelotitas se acercase a sus pies?

A escasas cuadras de donde vivía, Luis descubrió la figura de un hombre, quien llevaba en la cabeza un gorro militar, haciendo guardia en los techos de una casa. Su

negra figura se recortaba bajo unos grandes caños que corrían en lo alto de la terraza. Por sobre los caños Luis pudo ver la luna, una luna a la que no le faltaba mucho para ser llena, quizá dos o tres días. No obstante la atracción que la luna ejerció sobre él, Luis apartó de inmediato la mirada para no despertar las sospechas del guardia. Luego, rebasada la casa donde éste estaba, se dedicó a buscarla entre las construcciones; en una ocasión descubrió su halo pero no pudo verla. Recién en la esquina la descubrió de nuevo, enmarcada por dos edificios. Y se paró a observarla. Sintió tristeza, sin embargo, y se acordó de la beca de la facultad que no había ganado, que por tercera vez no ganaba. Otros, a los que él sabía mediocres, la habían ganado, lo habían superado ampliamente. Estaba decidido a no presentarse más. O no era tan inteligente como había pensado, o la inteligencia no servía, o... Echó a andar, olvidado de la luna, masculiando su odio contra una chica que había ganado la beca y a la que él conocía bastante bien, lo suficiente para considerar que todo lo entendía superficialmente, si es que lo entendía; una chica del común que se entretenía viendo los shows más estúpidos de la televisión. Ella había sacado mucho más puntaje que él, pero no solamente ella —a la que tomaba como punto concéntrico de su inquina—, ya que él había figurado en el medio del pelotón y había muchos por encima suyo. Otra vez su nombre estaba en el listado que pegaban en el hall de entrada de la facultad en medio de los que habían fracasado. Se cruzó con una pareja joven que iba abrazada y que caminaba como si nadie más existiese. Luis se tuvo que apartar para que pasaran, los dos muy altos, enormes, sonrientes.

Cuando llegó al edificio en el que vivía se apoderó de su ánimo la presunción de que no debía entrar, de que debía irse. Su presencia allí traería escozor, molestia. Y en tanto abría la pesada puerta de calle y entraba con un movimiento decidido, más fuerte se hizo la idea de que no debía subir, de que lo mejor para él era marcharse.

2

Encerrado en el baño, con la cabeza inclinada sobre la pileta, en donde había colocado una bolsa de polietileno bien abierta, Marcos se estaba con dos dedos apenas metidos en la boca, dudando. Quería provocar el vómito y de hecho lo estaba intentado desde hacía un rato, mas no se decidía a llevarse los dedos bien adentro y acabar así con el asunto. Se frotaba con las yemas de los dedos los dientes y las encías mientras buscaba que alguna idea, algún pensamiento, le hiciese vomitar, evitándose la operación de los dedos, por la que sentía una fuerte aprensión. Este miedo, además de incomprensible, parecía ser taimado, ya que por momentos simulaba haber desaparecido, haberse difumado, y Marcos se decidía en consecuencia a entrarse los dedos, para aparecer justo en este instante, atenazándole la mano. Entonces lo invadía la impresión de que meterse los dedos sería una suerte de violación, una profanación que acabaría por arrancarle algo que le pertenecía, que tenía ya en sus entrañas y que por una oscura razón no quería devolver. Tenía que vomitar y sin embargo algo en él se negaba a entregar lo que su estómago poseía, se aferraba a esta posesión. Y como ya varias veces había sido engañado por este miedo agazapado, dio en hallar una imagen que le provocase el asco suficiente como para vomitar sin que tuviese que recurrir a otro recurso. E imaginaba esas cosas repugnantes del común, todas vinculadas a la caca; por ejemplo, reptaba por un campo militar bajo los alambres de púas, muy agitado y respiran-

do con los labios entreabiertos, y de repente estrellaba su boca contra un sorete oscuro y maloliente y la cerraba, sólo para darse cuenta de que lo estaba masticando; o imaginaba un pulcro sirviente que venía a él con una bandeja de plata cerrada; el hambre lo consumía y casi estaba dispuesto a devorar lo que allí trajesen; el sirviente abría la tapa en sus narices y poco menos que se daba de bruces con una mierda descompuesta, líquida y clara. Pero aun cuando estos pensamientos le provocaban náuseas, no lo hacían vomitar, en parte debido a que —según creía advertir— no se entregaba plenamente a la fantasía y ponía con ésta una distancia que le permitía ser apenas un espectador, y para colmo un espectador avisado, preparado, que sabía que de involucrarse caería en la trampa. No obstante, lo más penoso para Marcos era que él estaba lejos de ser al respecto una persona contenida, sino que desde chico había sido un vomitador bastante profuso y bastaba que lo sorprendiera un olor muy desagradable para que las arcadas le sobreviniesen, y ahora cada vez que se imponía devolver, con el fin de vender el vómito embolsado a un permisionario de los laboratorios, padecía una enormidad y estaba en el baño ratos prolongadísimos, a veces sin lograrlo, tal si la presencia de la bolsa de polietileno, o la obligación, o lo que fuese, lo convirtiera en una de esas personas —que él conocía y que no eran pocas— que no vomitan ni intoxicadas. En parte él vivía de la venta de los vómitos, por lo que le era imperioso obtenerlos y tanto más cuando estaba necesitado de dinero; y era justamente en estos momentos cuando se le hacía casi imposible devolver. Se ponía a la sazón en el deber de ser previsor y vomitar cuando no estuviese tan urgido. Aunque poco y nada cumplía con esta imposición que se hacía, principalmente en razón de que no era mucha la diferencia entre el valor de la comida que expelía y lo que obtenía con la venta del vómito, pese a que cuando planeaba vomitar comía cosas muy baratas; y este escaso beneficio económico hacía que odiara con todas sus fuerzas el asunto y que se reprochase hasta el es-

carnio el tener que verse en esta situación de necesidad. Situación que de continuo recordaba ya que por lo general llevaba a vender de a dos o tres juntos y mientras tanto los guardaba en la heladera, y a pesar de estar ocultos en una bolsa opaca en un rincón del fondo del gabinete, cada vez que abría la heladera no podía evitar buscarla con la mirada y tener presentes sus vómitos. Incluso tenía una suerte de obsesión por volver a acomodar la bolsa en cada oportunidad en que la veía, intentando que permaneciese oculta por las otras cosas, aunque después él siempre se daba maña para descubrirla.

Cuando debía llevarlos, se munía de un bolso de mano y lo forraba interiormente con una buena cantidad de papel de diario, y allí, en el seno de esa especie de nido, colocaba la bolsa opaca dentro de la cual iban los vómitos en sus correspondientes bolsitas transparentes de polietileno. Estas precauciones no impedían que llevase el bolso alejado de su cuerpo, como si su contacto lo ensuciase. Al viajar en el subterráneo dejaba el bolso en el piso y aparentaba desentenderse de él, atribulado por la idea de que alguno del pasaje adivinara lo que llevaba allí, y de este detalle dedujera, a grandes pinceladas, su vida. Marcos no podía sustraer su atención de las miradas de los otros pasajeros, asegurándose así de que ninguna de ellas se dirigiera a su bolso. Claro que el discurrir de su vista era muy sigiloso y, excepto que sospechase de alguien en particular, daba pantallazos generales, disimulando sus intenciones.

Lo peor para él, sin embargo, empezaba cuando llegaba a las cercanías de las oficinas a las que se dirigía. Conforme se acercaba se daba cuenta de que el bolso era crecientemente delatador, y su inquietud al cruzarse con alguna persona iba en aumento. En el último trecho, previo a la puerta que decidía sin duda ninguna el lugar al que iba con aquel bolso, su cuerpo exudaba un calor terrible y no le quedaba más remedio que apurarse pero en el último instante se refrenaba y entraba delicadamente, con el objeto de no llamar la atención de los de adentro. Ya en el interior su tormento se aquietaba. Los emplea-

dos recibían muchos como él, y no se fijaban en absoluto en su persona. Pesaban las bolsas con pocos miramientos y con una acendrada expresión de lejanía, tal si, aferrándose a esta actitud, buscasen olvidar lo que manipulaban. Le extendían los tickets con gran rapidez y ya no se ocupaban de él. La cajera, por el contrario, pese a su pátina de indiferencia, dejaba traslucir tras sus pequeñas gafas rectangulares una mezcla de disgusto y compasión, tal vez hasta de reproche, para los que se granjeaban un dinero de esta forma. Marcos tenía la presunción de que ella guardaba el deseo de hacer unas preguntas, con el fin de interiorizarse de ciertos aspectos de la vida de quien vendía su vómito; y hacerlo desde la superioridad que le daba su función y el alto taburete en el que se sentaba; para después, como quien lo hace cediendo a su natural inclinación a la benevolencia, dar algunos consejos. A Marcos no le hubiera desagradado que esa mujer entrada en carnes, de mediana edad y vestida siempre con ropa deportiva, le dirigiese algunas frases acomodadas a la situación desde su elevada silla. Una oportunidad para que él asintiese y le diese por entero la razón.

Inclinado ahora sobre el lavatorio, Marcos empezaba a convencerse de que, como ocurría a veces, no podría vomitar por mucho que utilizara todos los recursos que tenía a su alcance. En una ocasión averiguó el precio de un vomitivo, pero había concluido, calculando el número de dosis por frasquito, que el margen de ganancia se reducía de tal modo que habría hecho ridículo todo el asunto. Marcos miraba la bolsita de polietileno que aguardaba allí en la pileta, abierta, arrugada. Consideraba que era la presencia de la bolsa, el objeto que hacía provechoso el vómito, la que lo inhibía y le dificultaba la emergencia de esa arcada visceral y definitiva a la que el cuerpo se entrega cuando lo cree necesario. La cuestión para Marcos era persuadir a su cuerpo y la bolsa, según creía, actuaba en sentido opuesto a sus deseos, como si las vísceras desconfiasen de su presencia y supiesen a través de ella que algo estaba mal en esa pretensión suya de vomitar. Sus éxitos por lo general habían ocurrido cuando lograba desentenderse de la bolsa y, mirando

hacia otras direcciones, sorprendía a su cuerpo desatento, ocupado en alguna otra cosa. Mas esta vez le era imposible obviar la bolsa que anidaba en el lavatorio; ella ejercía una suerte de morosa atracción por la cual él no podía apartar de allí sus ojos, aunque no pensaba realmente en ella. La miraba con la mente vacía, acomodado a su existencia, no muy diferente a como se sentiría con una de esas mascotas que se tienen por ciertas circunstancias casuales y que no generan más sentimiento que el alivio de estar ante algo que nos es familiar. Y así como en cierta oportunidad nos sorprendemos a nosotros mismos preguntándonos, curiosos, por la existencia de ese animalejo al que no le hemos prestado nunca mucha atención, inquiriéndonos acerca de su verdadero ser, de sus anhelos; así, en un momento dado, Marcos miró la bolsa con algún interés, observando sus pliegues sucesivos, sopesando su colocación en el lavatorio, su disposición a adaptarse a la blanca y curva superficie del sanitario. Al observarla, tuvo la idea de que estaba muy poco dispuesta a recibir su vómito, y sintió satisfacción por ese fastidio que él le provocaría. La volvió a acomodar mejorando su adaptación al lugar que ocupaba, y se advirtió tan solícito como si acicalara un objeto animado. Un hálito de femineidad lo invadió, la femineidad de una cincuentona que encuentra su gusto en acomodar al detalle ciertos objetos. Se miró en el espejo y sus facciones, que por lo demás se veían bastante aceptables en su infantil belleza, lo tranquilizaron. Ahí estaba su cara, una cara a la que casi siempre miraba con un dejo de preocupación, porque sabía perfectamente la cara de quién era e intuía que ella en definitiva sería impotente ante él.

Tocaron el timbre y a sabiendas de que era su madre, de que casi nadie más que ella tocaba a su puerta, tomó con presteza la bolsa de la pileta y la llevó hasta el dormitorio, donde la guardó en el armario. Luego fue hasta la puerta, apurado por otro timbrazo, que su madre jamás se privaba de realizar. Abrió la puerta sin asegurarse quién era y por una fracción de segundo se arrepintió de haberlo hecho, asaltado por el miedo, hasta que vio a su madre parada un tanto lejos del umbral, apartada hacia

un costado, cosa que a Marcos le llamó la atención. No obstante su madre avanzó y entró sin demostrar que tuviera entre manos nada en particular. Era una señora más bien alta, rellena, podría decirse de buen porte —aunque nada remilgada—, que caminó hasta el medio del ajado y pequeño living sin contestar el saludo que le dirigió su hijo.

—Me duelen las piernas —anunció mientras separaba una silla de la mesa y se sentaba allí, dejando la abultada bolsa que llevaba directamente sobre el piso y sin ningún cuidado.

Marcos le miró las piernas, que eran gruesas pero bien formadas, y la imagen no lo ayudó a que creyese demasiado en la aseveración de su madre.

—¿Me traés un vaso de agua, por favor?

Marcos fue a la cocina para traérselo. Pese a su anunciado dolor de piernas, ella se levantó y apareció en el vano de la puerta. La cocina estaba muy sucia desde hacía meses y Marcos sabía que ella se levantó sólo para ir a comprobar que seguía así; para estarse allí parada, viendo ese asco sin decir palabra, y que él comprobase de nuevo que no le hacía ningún reproche, que aceptaba supuestamente sus tiempos y sus decisiones. Marcos le alcanzó el vaso y se dio cuenta de la satisfacción de su madre por estarse callada, por esa oportunidad de demostrarle a él cuán buena madre era al respetarlo de este modo.

Marcos se apoyó contra la heladera y, en tanto su madre tomaba el agua a sorbos espaciados, mantenía la vista en el piso, esperando. El se había acostumbrado a quedarse con la mirada perdida en cualquier lado y en silencio mientras su madre se estaba largos ratos mirándolo, sólo mirándolo. Y él se prestaba resignadamente a esa mirada porque no quería tener roces con ella; antes que esto prefería el tormento de permanecer quieto en algún sitio, imposibilitado de concentrarse en nada, ocupado en alguna azarosa e itinerante picazón, en mirar unas manchitas, en mordisquear distraídamente una uña. Y a pesar de que nunca llegaba a convencerse con ninguna explicación que se diera para esas miradas, no

se privaba de las especulaciones, bien que éstas no lo desvelaban en demasía y las hacía más que nada para evitar que por fin en alguna ocasión la increpase, harto de esa costumbre suya de mirarlo tan callada e insistentemente. Llegó a considerar que su madre se creía con ciertos poderes extrasensoriales, ya sea para detectar cosas que hubiera en él, ya sea para transmitirle algo que él a su vez no pudiera percibir sino de manera inconsciente, y hasta tuvo el temor en cierta oportunidad de que en verdad su madre estuviera decidiendo muchas cosas de su vida, y que esto explicase su inercia, su apego a seguir siendo el mismo, por lo que entonces se había preguntado quién o qué era él, o si había algo que era él. Cabía también la posibilidad de que ella hubiera adivinado su bifrontismo y estuviera al acecho de esa otra cara, esperando verla emerger imbuida de ese amor de madre que hace que nada sea lo suficientemente horrible. O mejor —y a esta explicación le daba a menudo mayores visos de verosimilitud—, lo observaba en silencio sólo para darle la oportunidad de que confesase sus asuntos, quizá la homosexualidad que ella, aunque mal encaminada, de seguro sospechaba, quizá cosas indeterminadas que su madre ni siquiera barruntaba pero a las que se consideraba en el deber de exponerse. Y a través de esta obligación de permanecer expuesta a sus palabras, a sus intimidades, persuadirse de estar cumpliendo con lo que de ella se esperaba, o por lo menos, con lo que le era exigible en ciertos círculos.

Cuando por fin hubo terminado de tomar el agua, ella le extendió el vaso y él en un gesto pueril se puso a lavarlo, e incluso lo lavó exageradamente, hasta que cayó en la cuenta de que su madre podía ofenderse al verlo que higienizaba tanto algo que ella había usado, y lo enjuagó rápidamente y lo puso arriba de la mesada junto a los otros vasos, que estaban sin lavar. Se dirigieron de nuevo al living. Marcos se acomodó los cabellos, que los usaba largos aunque no en demasía y terminó por pasar la mano por la nuca. Sintió un dolor novedoso, un dolor que nunca antes había advertido y que parecía ser de la piel o apenas un poco más profundo,

como si toda esa zona estuviese irritada. Se puso muy nervioso y se apretó la zona con fuerza, en parte para comprobar de manera tehaciente hasta dónde llegaba el dolor, en parte por esa creencia subterránea de que haciéndonos doler apuramos en alguna medida la curación, vale decir, suponemos que una enfermedad o un síntoma está predestinado a provocarnos una cierta cuota de sufrimiento, una medida que pretendemos agotar en un lapso de tiempo más breve haciéndonos doler adrede. Y se siguió palpando con más suavidad, buscando mayores pruebas de la existencia de esa otra cara. Ahora casi no tenía dudas de que era bifronte y estaba ansioso por encontrar otros vestigios que se lo confirmasen. No quería seguir en la zozobra y aunque la angustia le pesara, deseaba que lo que más temía se diese: la certeza de la existencia de la otra cara y de que el hecho no tenía remedio por mucho que él quisiese negarlo. Ella se había sentado otra vez junto a la mesa y otro tanto hizo Marcos. Estaba en un tris de contarle a su madre lo que le ocurría; se sentía tan desbordado que no se consideraba en condiciones de guardárselo para sí. Y en este sentido la presencia de su madre era un alivio, ya que le brindaba la posibilidad de, en última instancia, aferrarse a ella, volcarse en ella.

—¿Qué tenés? ¿Te pasa algo?

De alguna forma Marcos había deseado esta pregunta y hasta podría decirse que la había provocado al disimular malamente que una grave preocupación lo embargaba.

—No. No. Nada —adujo no obstante, aunque no muy convencido, tal si pretendiera que su madre insistiese, al tiempo que volvía a pasar la mano por la nuca en busca de aquello que le permitiese gritar, o poco menos, ¡sí!, ¡sí me pasa algo! Y contarlo, y explicarse, y planear junto a su madre la manera de desembarazarse de ese rostro, los médicos a los que visitarían, las consultas que sería menester realizar. Empero no encontró nada y una gran vergüenza lo ganó al pensarse contando lo que sonaría como un despropósito de proporciones, una estupidez paranoica, burda.

—Estás preocupado por algo —insistió su madre, ahora ya afirmando y con un dejo en la voz en el que se

mezclaban el desasosiego y un lejano alivio por poder serle útil, por la posibilidad de que la necesitara.

—No. No tengo nada —esta vez negó con mayor firmeza.

—Si es por lo de la plata...

—¡No! —la atajó Marcos—. No tiene nada que ver con lo de la plata —lo había invadido un orgulloso pudor y no quería hablar del tema en lo más mínimo. Se encorvó un poco más sobre la mesa.

—Pero algo tenés.

Marcos se quedó callado por unos momentos intentando encontrar algo a lo que asirse.

—¿Te va mal en la facultad?

Su madre se inclinaba a creer que fracasaría en la medicina.

—No —contestó Marcos en primera instancia, aunque en seguida vio allí una excusa plausible—. Tengo un final y... —se detuvo porque ni él mismo se convencía de que un examen a futuro lo preocupara así, y por otro lado tampoco quería cargar las tintas acerca de supuestas dificultades en la facultad, que le sirviesen de excusa a su madre para entregarse de lleno a ese gesto de consternación, de tristeza, habitual en ella cuando de algo se dolía (que se apoderaba de su cara de tal manera que parecía que sus facciones no se acomodaban verdaderamente más que a esa expresión en particular), el que siempre amenazaba con aparecer conforme se hablaba de su carrera. Su madre no le veía ninguna cualidad para ella y sí muchas taras: su sensibilidad, su falta de carácter, su inclinación a pasar desapercibido, a ser invisible, su poco afecto a las resoluciones inmediatas. Y preveía su fracaso con tal seguridad que, por mucho que hacía algún esfuerzo por no interferir en su decisión, no podía evitar al menos un rictus de amargura cuando salía a luz el tema.

—Tomalo con tranquilidad y no te hagas tanto problema.

Marcos la miró y advirtió lo que ya sospechaba: ella prefería que le fuera mal como estudiante y no que fracasase más tarde como médico.

—No me hago un dilema —aseguró Marcos, conteniéndose; estaba disgustado y no muy lejos de caer en la exasperación por las palabras lastimosamente contemplativas de su madre, pero tenía que disimularlo porque sabía que de no hacerlo le daría pie para que iniciase una fatigosa discusión, incluso, como sucedía casi siempre, no con él estrictamente sino con los pensamientos que ella ponía en su cabeza, con las contestaciones que ella imaginaba por él. Y a Marcos no le valía de mucho protestar en estos casos, en gran medida debido a que lo hacía débilmente, sin convicción, reconociendo que lo que su madre suponía no estaba muy alejado de lo que en efecto pensaba.

Ella lo miraba de nuevo, con un dejo de pena en los ojos, unos ojos que de por sí ya eran acuosos y de párpados flojos. Ser objeto de esta mirada prolongó el enojo de Marcos sólo en parte, ya que por otro lado sentía ahora que esta compasión bien podía ser un refugio para él en el futuro, máxime si debía enfrentar la aparición de la otra cara. La nuca le cosquilleaba, producto de la irritación que tenía en toda la zona, en la que pensaba hacer, apenas se fuera su madre, una meticulosa revisión para encontrar los indicios que le permitiesen corroborar sus presunciones, o por lo menos conjeturar alguna cosa. Esperaba encontrar lesiones en la piel, marcas, tal vez derrames, aquello que le provocaba la irritación que sentía allí por vez primera, y que serían los rastros de la cara.

Su madre había abierto la cartera y con toda tranquilidad sacó unos billetes grandes y se los extendió.

—Tomá —dijo, convencida de que actuaba acertadamente.

Marcos observó el dinero sin decidirse en primera instancia.

—Pero tomá —insistió su madre acercándoselos todavía más.

Marcos los tomó, aunque no muy resueltamente. No sabía si protestar porque en realidad le correspondía por derecho que con regularidad se le diera más, y sin que se lo "cediesen", o si rechazar ese acto generoso y conformarse con lo que se le daba habitualmente, tal si ese di-

nero excesivo lo complicase, le crease un problema. Lo tenía en una mano y aún dudaba. El hubiera querido que el dinero estuviese por fuera de las relaciones de amor con su madre, que le pasase lo que era suyo estrictamente, su parte en las ganancias del negocio que fue de su padre; pero ella, por su bien, por saber lo que le convenía, se lo amarreteaba, le daba bastante menos, muy poco en realidad. En gran parte él era el culpable en razón de que, en vista de la inquina de su madre a la carrera que había elegido, le mentía acerca de los gastos que le ocasionaba, disminuyéndolos en mucho, asegurándole que prácticamente no le ocasionaba ninguno. Además no se veía a sí mismo con más dinero, ni era capaz de reclamarlo, y aunque él intentase persuadirse de que tenía derecho a tanto por mes, en verdad no se consideraba con derecho a nada. Por momentos intuía, ya que nunca llegaba a pensarlo en concreto, que cuanto menos dinero le diese era mejor para él, pese a las estrecheces que pasaba, pese a la penosa venta de los vómitos.

Se levantó, aunque continuaba observando el dinero con desconfianza, aceptándolo a regañadientes, más que nada porque esa suma representaba el cariño de su madre y rechazarlo hubiera equivalido a rechazarla a ella. Lo iba a guardar en algún lado debido a que la cantidad le impedía metérselo impunemente en el bolsillo, mas no acertaba a encontrar un lugar adecuado, sobre todo un lugar que contase con la aquiescencia de su madre. Miró en derredor, dudando.

—¡Qué alto estás! —le dijo su madre con sorpresa—. Pero vos pegaste un estirón.

Marcos le echó una rápida mirada, apenas si atendiendo superficialmente las palabras de su madre, que en principio no lo inclinaron hacia un estado de ánimo en particular.

—¿Qué raro no? Vos hace rato que no crecías más —continuó ella, ligeramente satisfecha con su propia extrañeza.

No obstante en Marcos estas afirmaciones despertaron alarma. Cayó en la cuenta de que lo que decía su madre era verdad: él calculaba que hacía más o menos

dos años y medio que había parado de crecer, y este supuesto estirón era algo inusitado, imposible, a menos que... por unos momentos pensó en la otra cara e interiormente se sobresaltó. ¿¡Tanto se había apoderado ya de él!? Sus ojos, hasta allí inciertos, se llenaron de inquietud. Echó sobre su madre otra mirada, ahora desesperada, pero que ella no la advirtió, ocupada en sus pensamientos.

—Pero, dejando de lado lo de la altura, ¿me ves raro por alguna razón? —le preguntó con una voz tan débil que su madre no escuchó. En tanto, seguía apretando en su mano el dinero.

—¿Qué me decías? —ella salió de su ensimismamiento.

Primero Marcos farfulló algo ininteligible, que fue en realidad un intento por repetir la pregunta.

—Nada... —agregó luego, arrepentido de haber hablado y buscando una manera de excusarse—. Estaba buscando un lugar para... —y levantó un poquito la mano en la que tenía la plata, aunque en su fuero íntimo todavía consideraba el asunto de la altura, y se preguntaba qué tanto habría de crecer y si no terminaría convertido al final en una suerte de monstruo.

—¿Hace mucho que no te medís?

—Y... Hace un par de años, por lo menos —dijo Marcos, al tiempo que se dirigía a su dormitorio para encontrarle un escondrijo al dinero y, fundamentalmente, para escapar por un ratito del campo visual de su madre.

—Tu padre no era muy alto... —aseguró la mujer a media voz, casi hablando para ella misma.

Marcos entró a la facultad con el tiempo justo para llegar a la clase. El hall de entrada estaba atiborrado de estudiantes, muchos de los cuales formaban corrillos en los que se charlaba a más y mejor. Marcos se escurría entre ellos, algo impaciente por tanta presencia inoportuna. No escuchó sino palabras aisladas, alguna risotada,

esa naturalidad en la charla que le provocaba envidia y cierta aversión. El pasaba entre los grupitos casi sin mirar las caras, no fuera el caso de que se encontrase con algún conocido, situación que lo pondría violento. Subió las escaleras intentando adelantarse a los estudiantes que subían con él, sin embargo no fue mucho lo que pudo hacer: entre los que bajaban, que lo hacían con ímpetu, preferentemente por un costado, la poca predisposición de los otros a dejarse rebasar y sus propios pruritos de molestarlos, tuvo que acomodarse muy pronto al ritmo de una de las hileras humanas que trepaban con morosidad los escalones, nerviosamente resignado a ir detrás de un joven de pelo corto, castaño, muy correcto en el vestir, al que en el transcurso de dos pisos Marcos le tomó un aborrecimiento tan grande que estuvo a punto —imposibilitado de adelantarse— de dejarse pasar él, y librarse así de ver esa chomba azul, ese cuello atlético e impecable, esa cabeza tranquila, segura, que no parecía tener mayores preocupaciones ni malestares. Cuando llegó a su piso se internó raudo por un pasillo que estaba bastante más despejado y, aunque unos metros antes de la puerta aminoró el paso, llegó un poco agitado, sólo para ver que el docente no había llegado todavía y que los lugares junto a Alejandra estaban ocupados. Se dirigió hacia el fondo, hacia uno de los rincones, lejos de ella. Era la primera clase de anatomía y él había juzgado que, con respecto a Alejandra, sería decisiva; no obstante ahora ni siquiera la había saludado, y tenía ya un sentimiento de causa perdida. Barruntaba, mientras subía los escalones para ubicarse, que ese día se malograría, fuera porque él pese a todo le rehuiría, fuera porque las circunstancias no lo favorecerían y siempre habría de surgir algo que le impidiese sacar a relucir su propuesta de estudiar juntos la materia, que era lo único que en verdad le importaba. Y que le importaba de tal modo que, si ella llegaba a aceptar, para él en gran medida el asunto concluiría allí mismo, aunque esta aceptación no se plasmase luego en nada concreto y terminase por estudiar solo. Marcos creía muy probable que ella aceptase, pero le era impensable que se encontraran para estudiar; no se ima-

ginaba en esta situación ni fantaseaba con ella. Se sentó al lado de un gordo que con agilidad se corrió para hacerle un lugar. El gordo era inmenso, alto y corpulento además de increíblemente rollizo, y a su vera se sintió un alfeñique. Pensó que si Alejandra en alguna ocasión llegaba a mirar hacia atrás, su relativa pequeñez haría que ella lo tuviese en poco, ya que su tamaño debía parecer ridículo al lado de esa mole. Por un instante miró de soslayo al gordo con un rencor contenido por la subyacente presunción de que para él, justamente por sus kilos, debía ser casi imposible despertar el interés de las mujeres y que era por lo tanto una suerte de mole inofensiva, un ser que, pese al daño que le causaba en esta oportunidad, era afín con él. La persona tan terriblemente corpulenta quita dignidad a todo lo que se le acerca sin poseerla tampoco ella misma; lejos de ser un sol frente al cual todo parece opacarse, semeja más bien un bufonesco Atila de las vanidades, cuya cárnea existencia nos recuerda que no existe nada de que vanagloriarse, nada por lo que debamos enorgullecernos.

Marcos, empequeñecido, aguardaba como todos la llegada del profesor. Miraba hacia el frente sin detenerse en nada en especial, sin embargo constantemente veía una cabellera rojiza y algo hirsuta, una cabellera en la que era dificultoso encontrar alguna belleza. Mas esta mediocridad del retazo visible de Alejandra poco menos que a Marcos le placía, debido a que, entre tanta gente, prefería que cualquier atractivo permaneciese invisible, oculto a todos menos a él, que constantemente enlazaba esa cabellera con el conjunto, con Alejandra. Durante algún tiempo, Marcos solía preguntarse si ella era linda en realidad y, a veces, suponía que probablemente no lo fuera; suposición que generaba en él un doble sentimiento; por un lado lo invadía la decepción, por otro, no obstante, abrigaba la creencia de que descubría en Alejandra lo que para otros no era perceptible, y aun llegaba a considerar que era él —su elección por ella— quien la hacía hermosa y que ella le debería esto siempre, cual si él fuese en última instancia el hacedor de la Alejandra real y ya no solamente de su Alejandra personal e íntima.

Otras veces sí la tenía por linda y la recordaba en ciertas expresiones o con ciertas ropas que la embellecían, y hasta llegaba a creer que no le faltaba mucho para ser preciosa; entonces se renovaban sus deseos de conseguirla y adivinaba —era, mejor, una sensación que lo llenaba— la opípara satisfacción que tendría con ella caminando a su lado, prácticamente colgada de él, recorriendo los lúgubres pasillos de la facultad. Bien que estas consideraciones de un tiempo a esta parte aparecían cada vez más de cuando en cuando y ya no se planteaba a menudo si era linda o fea, ni sopesaba tanto como antes virtudes y defectos y muchas de las observaciones que había hecho acerca de ella, muchos de sus juicios, habían caído en el olvido.

El profesor había llegado y tomaba lista con marcada minuciosidad, como si, además de ser un hombre meticuloso, estuviera poseído por la idea de que debía mostrar en esa primera clase las peculiaridades del hombre riguroso que no se permite el más mínimo error, de seguro que intentando se hiciese manifiesta no tanto la actitud que juzgaba apropiada para un profesor sino la que tenía por imprescindible para un médico que daba cátedra. Se ensañaba con los apellidos de difícil lectura, pronunciándolos con artificiosa dedicación, articulando aparatosamente cada una de las letras, obsesionado porque ninguna se le escapase, lo que hubiera dado pie quizá a que el alumno en cuestión lo corrigiese y él tuviese que asentir, admitiendo la equivocación delante de toda la clase. Luego de pronunciado el apellido y los nombres, echaba sobre el alumno una corta y precisa ojeada que nunca era demasiado fugaz ni excesivamente morosa; nadie hubiera podido decir que no era una mirada proporcionada a las circunstancias y a sus intenciones, una mirada que si él mismo pudiera observarse le reconocería su justa medida, su exactitud, cosa que habría despertado en su ánimo un sereno beneplácito, esa satisfacción que se siente cuando el hecho favorable es absolutamente seguro y no provoca ninguna sorpresa.

Cuando le tocó su turno y su apellido sonó, claro, en el aula, Marcos dudó; pretendió levantar algo la mano,

como habían hecho casi todos, pero por alguna desconcertante razón su brazo se negó a elevarse y esta inesperada alternativa lo aturulló un poco. El profesor paseó la vista por el aula y ya se había decidido a poner un ausente, cuando Marcos, a duras penas, porque también la voz le causó dificultades, emitió un yo lo suficientemente audible como para que llegase hasta el profesor, quien volvió a elevar la vista y ante su ademán —esta vez él levantó la otra mano— lo miró con visible fastidio. Esta mirada abochornó a Marcos, tanto más cuanto que, segundos antes, el gordo, obligado por otro estudiante que recién llegaba y al que había que hacerle un lugar, se había corrido hasta estar casi encima suyo, o por lo menos Marcos se sentía literalmente a su sombra, aplastado y cobijado por él. Incluso, en su percepción, el brazo que el gordo bajaba sobre el pupitre y que cruzaba poco menos que por delante de su cara, hacía las veces del ala rubicunda de una gallina. Y en un primer momento fue al gordo a quien le echó la culpa de su indecisión, y estuvo en un tris de pedirle que se corriera, mas se contuvo. Pensaba que el profesor tenía ya un mal concepto de su persona, y se convencía de que esa puntillosa forma de tomar lista por vez primera era justamente para grabar a cada uno en su memoria, dejándose impregnar por esa impresión primigenia, a la que tal vez tuviera por definitiva. Sin embargo, pasados unos minutos, el encono contra el gordo se había disipado o, mejor dicho, revertía contra sí mismo. ¿Por qué no había levantado la mano?, un acto tan simple que era notable que no lo hubiera hecho mecánicamente, sin pensar en ello. Por el contrario, él no sólo había tenido que detenerse a concebir la elevación del brazo, sino que aun así no había conseguido que se moviera un ápice. Y todavía lo tenía allí, inmóvil, en razón de que no se animaba a intentar moverlo por miedo de no lograrlo. Miraba el brazo —el izquierdo— a cada momento, sin decidirse a nada. Subyacía en él el temor de que el asunto tuviera alguna relación con la otra cara, la que sin vida gesticulaba en su nuca y, a su vez, con su crecimiento repentino e inesperado. ¿Y si había perdido el brazo?, ¿y si ya no podría controlarlo?

Marcos tenía la sensación de que el brazo le pertenecía en un todo y de que cuando quisiese podría hacer uso de él, no obstante titubeaba y no llegaba a decidirse; prefería tenerlo quieto y permanecer en la incertidumbre a arriesgar la comprobación de algo que hundiría su vida en la zozobra, empezando por la consternación que sufriría en esa misma clase —fantasma que no llegaba a precisarse pero que de alguna manera lo roía—, disputado por la angustia que lo impulsaría a dejar la clase en ese instante a buscar algo o a alguien que aplacase su tormento, y su acendrada inclinación a cumplir con su deber de permanecer en el aula, la obligación que se impondría de soportar el sufrimiento allí sentado, disimulando su situación, evitando así el azoramiento y la irritación del profesor por una ida tan temprana e intempestiva. Había llegado el turno de Alejandra y Marcos, con el brazo izquierdo inmovilizado, casi esperaba que a ella le sucediese otro tanto y que tuviese dificultades para darse a conocer al profesor; pero, para su desilusión, la chica levantó la mano con toda naturalidad en un rápido y conciso ademán.

Cuando hubo terminado de pasar lista, el profesor se puso a sopesar la cuestión de la asistencia con tranquila gravedad; parecía querer sacar de la relación entre presentes y ausentes una conclusión que le era perentoria. Luego se levantó y no sin antes darse a pasear por la tarima, absorbido por lo que quería decir al punto que la postura de su cuerpo lo menoscababa y se hubiera podido pensar que se estaba ante un humilde disertante, empezó una disquisición acerca de la materia, de las dificultades que ésta les presentaría, de los tópicos que incluía, de lo poco dispuesto que estaba a tolerar todo aquello que lo atrasase en el dictado de las clases, en vista de que el programa debía ser cumplimentado como fuera a riesgo de, según sus palabras, "matar a un paciente porque esa bolilla no pudo verse por falta de tiempo". Se apresuró a aclarar empero que "sin los médicos la gente se muere igual", suerte de chiste que, dada la adustez de su rostro y su serio discurso, no arrancó en ningún alumno la más ligera sonrisa y ni siquiera se percataron

de que lo había dicho para provocar risa. En realidad era un chiste que el profesor tarde o temprano sacaba a relucir en todos los cursos en los que daba cátedra, siempre sin éxito. Este fracaso le causaba perplejidad y cierto hastío con respecto a los alumnos, mas esto no le impedía desempolvarlo ante cada nueva camada, en un intento que a priori sabía destinado a la frustración. Y aunque prefería responsabilizar de ésta a la escasa lucidez de sus alumnos, sabía que él fallaba en algo y había concluido, quizá acertadamente aunque para su mal, que no "preparaba" el chiste, que no ponía cara de chiste; pero tanto más consciente de esto era, menos ánimos tenía de "anunciar" el chiste, ya que si le costaba soportar el fracaso diciéndolo al pasar y sin cambiar una pizca el tono de voz, le sería directamente insoportable esa impasibilidad de los estudiantes después de haber "hecho de payaso"; y entonces se cuidaba muy bien de insinuar siquiera levemente el chiste, y podríamos decir que lo "escondía" lo más posible, lo que por supuesto no hacía sino que pasase desapercibido.

Marcos escribía afanosamente todo lo que el profesor decía, y aun vaciló acerca de escribir el chiste, en el que sospechó la chanza pero en el que creyó ver también un aire de consejo y hasta de filosofía médica. De este profesor le habían dicho algo que a Marcos lo había sorprendido sobremanera. Unos comentarios posteriores que escuchó sobre el mismo asunto, aunque sin precisiones sobre persona alguna, parecían confirmar el primer chisme: el doctor Milillos —así se apellidaba— se daba al canibalismo, allí mismo, en la facultad. Junto con un reducido grupo de estudiantes de su confianza, habían hecho una fiestita para regalarse con lonjitas de carne a las que habían asado en mecheros. Lo que más impresionó a Marcos fue la forma en que se enteró de estos supuestos sucesos: la primera persona que se refirió a la cuestión —la que involucró al doctor y le dio los detalles— no parecía en absoluto escandalizada, y si bien en su risita un poco nerviosa afloraba su conciencia de lo macabro de esa práctica, dejaba trasuntar que la consideraba una picardía o cosa semejante, algo que se hace pese

a lo que comúnmente opine la mayoría de la gente de la boca para afuera; y la segunda persona, que fue mucho más vaga, bien que al principio se refirió a terceros, terminó por decir: ¡Es que estamos aburridos!, involucrándose ella misma en esa experiencia, e hizo alusión a la importancia de la frescura del cadáver, a la cadena de frío que lo preservó, como si hablara de una cosa baladí y cotidiana. Esta segunda persona era un muchacho, Guillermo, con el que Marcos cruzaba algunas palabras bastante a menudo y, excepto Alejandra, era la persona con la que más se trataba en la facultad. Parecía ser muy tranquilo, hasta tímido, inclinado a cierta generosidad, y por esta razón sus palabras desagradaron a Marcos doblemente. Y, además, lo hicieron dudar de su percepción de las cosas; ¿sería entonces la antropofagia una costumbre mucho más usual de lo que él suponía, al menos en la facultad? ¿Y si afuera ocurría otro tanto? Esto último ya le parecía imposible, pero como de buenas a primeras se advertía un inocente de pies a cabeza que sólo se enteraba de las cosas cuando para todo el mundo ya eran de lo más naturales, no sabía qué pensar ni a qué atenerse. Su desconcierto al respecto había llegado a tal punto que, al plantearse qué actitud tomaría si por sus méritos como estudiante pasaba a integrar el grupito de confianza del profesor y era invitado a participar de esa práctica, no se daba una respuesta contundente, fundamentalmente en razón de que a su rechazo inicial se le contraponían dos consideraciones que, aunque vagamente formuladas, pesaban en su ánimo: por un lado, si le hacía un desplante al profesor estaría negándose la posibilidad de contar con su padrinazgo, el que en el futuro le podría abrir muy buenas perspectivas; y, por otro lado, no hallaba razones poderosas que avalaran su rechazo y por momentos le parecía que éste se basaba sólo en prejuicios, en nociones de una cultura arbitraria, una cultura propia de un pasado que moría irremediablemente a despecho de lo que él opinase. Aunque, por lo general primaba su aversión y su incomodidad con respecto a todo este asunto, sobre todo cuando imaginaba los bocados que eran llevados a la boca y pensaba en la carne humana.

Y allí estaba ahora, copiando denodadamente lo que Milillos decía. En verdad, con su presencia y actitud el profesor parecía desmentir todo rumor que lo involucrase en algo incorrecto, mas ¿podía tenerse esto por algo fiable? De un tiempo a esta parte crecía en Marcos la sospecha de que podía esperarse todo de cualquiera; sin embargo, sin más remedio, seguía creyendo que entre lo que se veía y la realidad tenía que haber alguna concordancia, alguna simetría, y en parte seguía confiando en lo que aparecía, en lo que era público y visible. El contraste entre el aspecto exterior del profesor y lo que había escuchado de él era tan grande que en determinado momento se sintió ridículo por haber dado crédito a lo que debían ser pavadas provocativas que se echaban a rodar por mero gusto, por aburrimiento. Y mientras con la mano derecha apuntaba con fidelidad las aseveraciones del profesor, mantenía inmóvil el brazo izquierdo, el cual, apoyado sobre el pupitre, estaba abandonado a su suerte, olvidado por completo si no fuera que ese abandono necesitaba siquiera de un ligerísimo, tenue acto de voluntad. No pensaba en él ni tampoco lo usaba, y en este olvido había encontrado una solución satisfactoria. Si cada tanto ingresaba en su campo visual, no por esto llamaba su atención y pasaba por un objeto cualquiera, por un brazo abandonado allí en el pupitre sin ninguna relación con él, como si fuese un pobre brazo, digno de lástima, al que su dueño —otro— por alguna razón había despreciado.

El doctor Milillos comenzó a referirse a la utilización de cadáveres que se haría en los prácticos; describiendo con lenguaje técnico, al que Marcos todavía desconocía en gran medida, ciertas incisiones que se realizarían. En seguida, cambiando por completo de perspectiva, se explayó sobre el cuerpo humano casi rozando lo filosófico, más que nada, según parecía, para mostrar sus barnices de erudito, una cultura que sacaba a luz con una semisonrisa, a través de la cual hacía tributo no a sus palabras sino al beneplácito consigo mismo. Todo esto no era otra cosa que una larga introducción para lanzarse a una admonitoria advertencia con respecto al miedo al uso de cadáveres y al contacto con la sangre, líquido al que describió como prác-

ticamente impoluto desde que el Sida y la hepatitis tenían una fácil cura. "Los cadáveres son nuestros cicerones", dijo con una sonrisa desembozada, dejando traslucir que si fuera el caso que un cadáver estuviese allí a su lado durante la clase, él no haría más que palmearlo y estrecharlo. Y a raíz de esto se sumergió en especulaciones que no venían al caso acerca de lo que la vida le debía a la muerte, y se perdió de tal forma que sus ideas y sus frases se fueron haciendo cada vez más difusas, hasta que, confundido por su propio discurrir al garete, se puso de pie para ganar presencia ante la clase y evitar las risas que, si bien muy débiles, se habían insinuado. Dio por terminado el asunto trayendo a colación su experiencia de médico y de profesor en la manipulación de cadáveres, dejando en claro con esto que a pesar del desliz cometido la distancia entre ellos y él era inmensa. Cosa que trajo alivio a Marcos, quien había seguido el desbarrancamiento del profesor con creciente inquietud, barruntando desde el inicio que no podría salir fácilmente del galimatías en que se iba hundiendo gracias a sus propias palabras, y aun temiendo que en su hablar ya casi sin sentido traicionase su canibalismo, ya que conforme Milillos avanzó con familiaridad en el tópico de los cadáveres su escepticismo —ya fuera nada más que por la importancia que le dio a la cuestión, por el modo en que hablaba— lo fue abandonando. Adivinó, mientras miraba con fijeza la boca en movimiento, a la que veía complacerse con la palabra cadáver, que por esos labios había ingresado carne humana. Este convencimiento lo fue enervando y lo asustó la posibilidad de que de una u otra forma hiciese una intencionada mención a una práctica que —por unos momentos cruzó por su cabeza esta ocurrencia— quizá fuese la verdadera "iniciación" del médico, algo que todos hacían al menos una vez allí en la facultad y que ocultaban al resto del mundo con un silencio de tumba. Con lo cual los médicos constituirían una suerte de cofradía, unidos por la antropofagia con la que se inician y más todavía por el silencio absoluto que mantienen sobre esto. Al imaginar estas circunstancias, Marcos se sintió muy solo en medio de sus compañeros, absolutamente apartado de ellos, ora debido a que él creía

saber, o por menos adivinar, aquello que los otros ni siquiera sospechaban, ora por todo lo contrario, a causa de que él apenas sospechaba aquello que para los otros ya era bien sabido y que aceptaban sin demasiados escrúpulos, los que se sorprenderían e inclusive se molestarían por un estudiante de medicina tan melindroso. Por unos segundos, mientras la charla del profesor le daba un respiro, observó a sus compañeros como a enemigos.

Sin embargo, esta ocurrencia de la cofradía médica, sin que él le opusiera ninguna objeción concreta, en un rato desapareció casi por entero de su ánimo, al menos de momento. Persistía sí su inclinación a creer que el doctor Milillos y aun algún grupo de estudiantes, por seguir una broma hasta las últimas consecuencias, por una extraña tentación, o por lo que fuere, se habían dado al canibalismo con un cadáver de la facultad. ¿Estaría penado el canibalismo legalmente? —esta idea cruzó su cabeza como un relámpago—; tal vez a nadie se le había ocurrido contemplarlo dentro de una ley, y a la sazón por un instante se imaginó que tal acto sólo pudiera dar cauce a una querella administrativa por comerse algo perteneciente a la Universidad.

Sobre estas cosas discurría cuando advirtió, sorprendido, que había movido el brazo izquierdo. Complacido por haberlo recuperado, lo estiró por sobre el pupitre; estaba entumecido, casi dormido. Quizás esto explicase por qué inconscientemente lo había sacado de su quietud: al entumecerse su existencia se hizo perceptible y en tanto lo sentía lo podía controlar, y esto fue probablemente lo que en secreto elucubró su cabeza para decidirse, sin consultarlo a él en lo más mínimo, a moverlo. Marcos miró el brazo enfundado en la celeste manga de la camisa y a pesar de que nada en absoluto indicaba que no fuera suyo ni que estuviera fuera de su control, una tenue desconfianza perduraba, algo así como un alerta para el futuro, un llamado a que no descuidase cualquier cosa fuera de lugar que sintiese en él. Claro que Marcos no pudo precisar mucho más ya que debía seguir y apuntar el discurso del profesor, quien ahora pasaba a explicar su punto de vista acerca de la utilización de las má-

quinas en el diagnóstico médico. Empezó hablando del "ejército de la medicina" en donde había, según afirmó, un solo general: Marcos pensó que iba a decir "yo", pero dijo: "el médico", con tono levemente solemne o por lo menos intentando remarcar su convencimiento sobre algo que estaba tan en duda que probablemente él en su fuero íntimo también vacilaba al respecto. "El diagnóstico de la máquina es mera doxa, opinión, sólo eso, opinión", remarcó con énfasis, "y aunque se atengan a él debe haber una evaluación personal acerca del cariz y de la evolución futura de la enfermedad, que en cada paciente toma matices diferentes y que es necesario tener en cuenta, ya que en estos matices puede y suele estar la frontera entre la curación y, por ejemplo, la metástasis". Marcos se entusiasmó con estas palabras, tanto que hasta sintió deseos de otorgarles un breve aplauso, aunque ciertas oscuras vacilaciones sobre lo que en verdad significaban los matices, fueron la causa de que sofrenara en algo la viva simpatía que sintió por las consideraciones del profesor, a despecho de que su persona no le agradaba nada. "Las máquinas no distinguen, y la distinción es la misma medicina", afirmó el médico y con esto dio por terminado el asunto, cuyas resonancias, tal vez no muy claras, quedaron bogando en las mentes de los estudiantes, en donde intentaba dejar asentados los kilates de su inteligencia.

Dejando las máquinas de lado, la emprendió a continuación con un intento de definición de lo que se podría llamar "el talento médico"; situó éste en la relación con el paciente, extendiéndose en derredor de elucidaciones personales acerca del lenguaje y de lo que llamó "los tiempos del habla", elevando tanto esta noción que poco faltaba para que la destinara a constituirse en una rama de la ciencia. "La virtud del médico es la curación" repetía, en tanto dejaba que un gesto de una irónica y resignada gravedad se apoderara de sus facciones, como dando a entender que estaba seguro de que ellos no entendían por completo su afirmación. "Veamos", dijo por fin, y se dirigió al borde de la tarima para crecer en tamaño, "hasta donde sabemos los antibióticos curan ya que ata-

can las bacterias. Éste es un hecho innegable. Los antibióticos poseen esa virtud. Ahora bien, ¿qué es (y remarcó mucho este 'es') un antibiótico?" y dio a señalar uno tras otro al azar para que le contestase la pregunta, sin que ninguno se animase a articular palabra. "Porque un antibiótico es desde un ente filosófico hasta la dura pastillita con que mi padre equilibraba su viejo televisor, y sin embargo..." e hizo un apagado chasquido al tiempo que se dirigía al escritorio para buscar sus cosas, dando por terminada la clase. Marcos estaba un poco desconcertado, en parte por este final inesperado y nebuloso, en parte por la distancia entre aquel profesor que empezó hablando de la necesidad imperiosa de terminar el programa y este otro que lentamente fue emergiendo —sobre el que no podía precisar su opinión en razón de que estaba atravesado por impresiones contradictorias—, que se iba del aula tras haber intentado dejar detrás de sí la perplejidad y aparentemente muy poco preocupado por las formalidades académicas. Casi no tenía más deseo que quedarse sentado allí y meditar unos segundos hasta poner en orden sus ideas, o mejor dicho, procurar tener alguna, pero el gordo comenzó a agitar su humanidad y no tuvo más remedio que levantarse, justo a tiempo para ver que Alejandra, de quien se había olvidado momentáneamente, atravesaba ya la puerta. Entonces dejó otra consideración de lado y se precipitó para no perderla de vista. Si algo le desagradaba era caminar apurado por los pasillos de la facultad, sobre todo porque su prisa podía dar lugar a un altercado en el que se viese en el deber de vencer su natural cobardía, atenazado entre la disyuntiva de pelear —de hecho o de palabra— o amedrentarse miserablemente, y sin embargo con frecuencia parecía darse maña para estar urgido por alguna razón. En el presente día era ya la segunda oportunidad, por lo que caminaba disgustado consigo mismo, disputado por el deseo de aminorar la marcha, excusándose en cierta medida en la supuesta necesidad de "despreciarla", y la misión que se había impuesto de arrancarle la promesa de estudiar juntos la materia. Esta última obligación era la que salía victoriosa y Marcos, aun fastidiado, andaba con paso vivaz,

esquivando los cuerpos que se interponían en su persecución de una Alejandra cuya roja cabeza, para complacencia suya, se internó finalmente por el corredor que llevaba al bar.

Cuando entró al bar vio que Alejandra estaba haciendo la fila para sacar el ticket junto con una amiga. Él se colocó también en la fila, separado de ellas sólo por una chica. Alejandra no lo había visto y conversaba con su amiga, o mejor dicho escuchaba lo que ésta le contaba, algún asunto que implicaba dinero ya que de tanto en tanto, pese a la distancia, llegaba a oídos de Marcos una cifra, cuya enunciación evidentemente la excitaba en alguna medida, porque elevaba la voz y era lo único que él llegaba a escuchar. La chica que se interponía entre él y Alejandra era de esas personas que no avanzan paso a paso con la cola sino que aguardan a que se produzca un espacio amplio delante de ellas para decidirse a moverse, y esto provocaba la impaciencia de Marcos, quien veía como, a causa de esta desidiosa que se había metido en el medio, Alejandra se distanciaba, y se reducían así las probabilidades de que se percatase de su presencia. En un par de ocasiones estuvo en un tris de abordarla para reprocharle que se demorara tanto en adelantarse, mas ¿qué daño visible le causaba este retraso para dar motivo a su enojo? Cuando se acercaba a Alejandra, Marcos se impelía a llamarla y tan siquiera saludarla desde su lugar en la cola, no obstante esa presencia intrusa en el medio lo cohibía; por un lado temía que su saludo se interpretase como una artimaña para que Alejandra lo invitara a que se adelantase junto a ella, por otro lado barruntaba que un saludo a la distancia, incapaz de dar pie a una conversación, quizá significase el desperdicio del único cartucho que dispusiera ese día, porque después seguramente casi no tendría excusas para acercarse.

Alejandra y su amiga habían llegado a la caja sin advertir la presencia de Marcos a sus espaldas. Éste había resuelto que esperaría a que se sentaran y después enfilaría con su pedido hacia donde ellas estuviesen, aunque estaba convencido de que delante de la otra chica

no se atrevería a mencionar la posibilidad de estudiar juntos, que era al fin de cuentas su único objetivo. Por un momento se acordó de Luis, del nuevo Luis que había emergido ¿de dónde? Era un misterio dónde se habían engendrado esas novedosas energías con las que trataba ahora a las demás personas, incluso evidenciando su desdén, o haciendo crudas y visibles las diferencias de intereses. Y si lo recordó fue porque su imaginación lo trajo a luz para contraponerlo a sus dudas e indecisiones: supuso que este nuevo Luis ya la hubiera saludado y no tendría el más mínimo prurito en pegarse a ellas y accionar de tal modo que la amiga de Alejandra se marchase, o mejor, plantear el asunto delante de la chica sin ningún tapujo, como la cosa más natural del mundo y que no necesitase de secreto alguno. Marcos reconocía que esto era así, que su proposición se podía reducir a un sencillo comentario, que hasta podía responder a una ocurrencia del momento, y sin embargo sabía que, de pronunciar al fin las palabras que planeaba, lo haría en un estado de harta violencia, desnudando lastimosamente las esperanzas que iban atrás de ellas.

Cuando Alejandra tuvo que pagar la invadió cierta confusión con el dinero y se atosigó con la elección de los billetes; poco menos que tuvo que permitir que entre su amiga y la cajera los sacasen de su billetera, tomando una actitud similar a la de los niños o a la de los viejos arterioescleróticos. Marcos ya había advertido en anteriores oportunidades que ella tenía dificultades con el dinero, y esta peculiaridad lo dejaba perplejo y nunca llegaba a formarse una opinión definitiva al respecto, bien que era la causa de los más agudos arrebatos de cariño que había tenido hacia ella. Percibía en este desconocimiento del dinero el estigma de una persona superior, una inocencia rayana en la facultad extraordinaria, una condición particular en la que el común de la gente no vería más que estupidez y en la que él sabía descubrir a la persona especial, la que es capaz de sustraerse de cierto plano de la realidad a la que el mundo nos ata como a prisioneros hundidos en catacumbas. A veces había sabido pensar que era este candor inhuma-

no y a la vez redentor lo que lo había enamorado, y que se había rendido ante esta particularidad que habitaba en ella —según creía entonces— como un signo, la bella y ominosa manifestación de lo que era en el fondo de sí, la expresión instintiva de una inusual añoranza por la libertad; libertad a la que él también aspiraba y de la que ella sería una suerte de involuntaria, irreflexiva sacerdotiza. Por supuesto que estas impresiones no impedían que, otras veces, se abrieran paso en su ánimo grandes dudas y apreciaciones totalmente opuestas a aquellas. Se preguntaba entonces si no tendría Alejandra una imbecilidad congénita, si no era más que una lela o poco menos que había llegado a la facultad a fuerza de tesón, y en la que él, dejándose llevar por el voluntarismo, volcaba fantasías sin asidero; o si esa ignorancia tan específica no era el primer síntoma de una enfermedad mental que iría ganando luego otros aspectos. En estos casos lo abrumaba la momentánea certeza de que era una tara o cosa semejante la que daba pie al fenómeno. Por otra parte, por lo que él sabía, no era ni con mucho una malcriada que desconociese el valor del dinero ni había motivo alguno para buscar en derredor de esto las razones; incluso trabajaba en horario reducido como recepcionista en un consultorio médico. Y apelando a estas observaciones y dejando que actuase su deseo de creer en ella, de quererla, volvía después sobre sus pasos y sin ningún reparo de nuevo juzgaba que era una cualidad única, un inconsciente desprecio hacia el dinero.

Alejandra y su amiga, luego de retirar su pedido, se sentaron en una mesa muy cercana a la barra; en consecuencia, apenas giró con su bandeja, Marcos se vio abruptamente frente a ellas, sin que estuviese preparado para esto, ya que, duro en la barra mientras aguardaba que le sirvieran, creía haber advertido que se habían alejado. La sorpresa lo paralizó y ante la duda pasó de largo sin saludar, aunque enseguida se repuso en parte y acabó sentándose no muy lejos, en una mesa desde la cual podía ser visto por Alejandra. Y desde allí se puso a mirarla constantemente, sin apartar los ojos un instante, aguardando a que la vista de ella se posase en él para saludarla

lo más obsequiosamente posible y así remediar la brutalidad que había cometido. No tardó mucho ella en descubrirlo y Marcos la saludó casi con urgencia, poniendo en esto toda la simpatía que estaba en capacidad de hacer brotar de sí. Y ella a su vez le sonrió tan francamente, tan sin reservas, que él no pudo menos que sentirse contento y consolarse de su fracaso, porque sabía ya que ese día no podría sacar a luz la invitación a estudiar juntos anatomía.

3

Conforme se acercaba Luis a los molinetes de salida del subterráneo, su perturbación iba en aumento. Los empleados de seguridad de la compañía estaban haciendo una requisa e iban seleccionando pasajeros aparentemente al azar, a quienes retenían mientras los interrogaban e inspeccionaban. Luis echó unas miradas en derredor suyo buscando la complicidad de los otros pasajeros para su disgusto y su zozobra, sin embargo no percibió en ellos mayores inquietudes. No hacía mucho tiempo que se habían implementado estos operativos, pero era evidente que no despertaban malestar en la gente, sea porque se realizaban con la suficiente frecuencia como para que se hubieran acostumbrado a ellos, sea porque a pesar de todo no eran muchas las veces que a cada uno le tocaba en suerte el requerimiento. Cuando se colocó en una de las pequeñas filas que se formaban ante los molinetes, Luis intentaba convencerse de que era algo rutinario y sin mayor objeto, y se disponía a adquirir el aire de indiferencia, de vacío, que mostraba el resto del pasaje. Iba detrás de una mujer de camisa blanca y pollera azul, la que pasó raudamente entre los guardias; Luis quiso hacer otro tanto, apresurando el paso mientras mantenía la vista alejada como si otro asunto ocupase sus pensamientos, pero no tuvo tanta fortuna y un guardia lo conminó a que se detuviese.

—Por aquí —le indicó después de una breve ojeada.

Lo llevó a un costado y lo hizo pasar entre dos barras metálicas de detección, las que, en apariencia, no encontraron en él nada punible. El guardia se vol

vio a acercar, munido de una pequeña computadora portátil, a la que apoyo en una tarima que habían colocado a tal efecto. Luis observó por un instante la luz del día que bajaba por las escaleras de la salida, y la proximidad de la frontera que ponía fin al dominio de la compañía de subterráneos dio pábulo a la animadversión que sentía por esta requisa. Tenía la sensación de que ya casi estaba fuera de sus manos, sin estarlo un ápice. Distinto hubiera sido para el quizá si se encontrara en las entrañas de la red, en donde no cabían mayores esperanzas y se estaba por entero en las incumbencias de la compañía.

—¿Edad? —preguntó el guardia con tono neutral.

—Diecinueve años.

—¿Ocupación?

—Estudiante.

—¿De qué?

—De antropología —dijo Luis, irritado por tener que confesar que seguía una carrera a punto de extinguirse—. En la Universidad —aclaró, tal vez innecesariamente, intentando mostrar pese a todo su ánimo de colaborar.

—¿Me permite unos segundos su documento?

Luis se lo extendió, seguro de que el pedido tenía que ver con sus respuestas. El guardia anotó algunas cosas que Luis tampoco pudo ver, aunque hizo esta vez un pequeño y muy disimulado esfuerzo.

—¿De dónde viene?

—De mi casa.

—¿Dirección? —espetó secamente el guardia.

Luis se la dio.

—¿Adónde va?

Esta pregunta puso a Luis un poco violento y dudó antes de contestar. No quería decir que iba a ver a una mujer por un temor instintivo a que le sonsacaran que ella era casada.

—A ver a un amigo.

—La dirección —le espetó el guardia, fastidiado.

—¡Ah! —y Luis, urgido, aunque sabía que adonde iba no vivía más que una mujer sola, se la suministró.

—¿Gusta del servicio de subterráneos? —le inqui-

rió en tono más amable, como invitándolo a que dijera que sí, o tal vez, para que recordara que le convenía decir que sí.

Luis quería decir que no, mas lo sofrenaba el miedo a las represalias que la compañía podía tener para con él en el futuro. Durante largos segundos se estuvo en silencio, con la boca llena de aire, entregado a una suerte de vértigo por la negativa que pugnaba por salir a despecho de su oposición, de sus apremiantes reparos. Casi le parecía que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Y? —el guardia lo apuró.

—No —dijo por fin.

El guardia apuntó y lo miró con severidad.

—Puede irse.

Luis salió algo demudado. Estaba convencido de que había cometido una equivocación funesta, de la que en algún momento se arrepentiría con creces. En el sistema de computadoras de la compañía anidarían sus respuestas hasta que saliesen a luz por una cuestión cualquiera, incluso la más baladí, y le traerían perjuicios y quebraderos de cabeza. Por un segundo pensó en volver para asegurarle al guardia que sí estaba satisfecho con el servicio de la empresa, que lo disculpara, y tantear entonces la posibilidad de que cambiase su respuesta en la computadora. No volvió más que nada porque enseguida se dio cuenta de que el guardia no le prestaría atención y lo mandaría de paseo sin mayores miramientos. Cuando hubo caminado una cuadra volteó la cabeza por unos instantes y vio la gente que salía pacíficamente de la boca del subterráneo; luego siguió su camino mascullando todavía algún que otro reproche para sí mismo.

Iba a encontrarse con Laura en casa de una amiga de ella, una mujer próxima a los cuarenta que él apenas si había visto una vez y que había despertado su curiosidad justamente porque no tenía un aspecto que le resultara plausible para una amiga de Laura, en particular porque a pesar de no serlo tanto parecía bastante mayor que ella, y se vestía como una estrella de cine retirada, con blusas y pantalones muy amplios, que ocultaban el cuerpo por

entero, como si le placiese ocultar algo sobre lo que ya se había hablado demasiado. Luis esperaba que en esta oportunidad Laura evitase conversar acerca de Lautaro, ya que en los últimos tiempos salía de su mutismo sólo para hablar de él, para elucubrar en voz alta y descubrir aspectos de su esposo que supuestamente habían permanecido en tinieblas, dejando que su imaginación discurriera hasta llegar a conclusiones a las que en general tenía por muy certeras; aunque a Luis le parecían descabelladas, tanto que se sorprendía de que una persona en sus cabales aceptara sin inmutarse despropósitos tan grandes. Pero, si bien ella se entusiasmaba algo con estas especulaciones e incluso su cara se iluminaba al hacerlas, no las tenía en absoluto como guía para sus acciones y lo que en verdad sabía sobre Lautaro se lo callaba, o era un saber que no podía expresarse con palabras. A Luis lo irritaba que hablara de su esposo delante de él, más aún cuando afirmaba algo que de seguro ella sabía que no tenía pies ni cabeza, pero no quería demostrarlo en lo más mínimo, no fuera el caso de que Laura lo acusara de chiquilín, de tonto, de antiguo. No le quedaba más remedio que simular, incluso poniendo su granito de arena en las disquisiciones sobre Lautaro, arriesgando bocadillos pavos que no hacían sino darle pie a ella para que continuase con sus conjeturas. Y se cuidaba muy bien de que en sus palabras no se le escapase el más ligero matiz de ofensa o de desdoro para con Lautaro; por el contrario, buscaba que sus palabras fueran levemente elogiosas o por lo menos respetuosas, por mucho que él mismo se percibía ridículo haciendo este esfuerzo, máxime que ella a veces lo rebatía y hablaba mal de su marido; y en estos casos puntuales en los que se oponía a él y a Lautaro, Laura mostraba cuán inteligente era.

Luis había tocado el timbre y, de espaldas, aguardaba que abrieran la puerta, que estaba unos escalones arriba. La construcción, un chalet con piedra al frente, estaba retirada unos dos o tres metros de la vereda, tras un jardincito muy cuidado cuyo pasto, excesivamente verde, despertaba las sospechas de ser artificial. Luis había tomado la costumbre de esperar dándole la espalda a la

puerta en cuestión, para girar rápidamente apenas escuchaba tras de sí el ruido de la apertura. Y en esta ocasión hizo otro tanto, y se encontró con que era la amiga de Laura quien había abierto la puerta. En un primer momento creyó que a Laura le había ocurrido algo por lo que se vio impedida de ir a encontrarse con él ya que había supuesto que Beatriz, la amiga, no se hallaría allí. Pero la mujer lo hizo pasar sin hacerle ningún comentario.

—¿Está Laura? —preguntó Luis ya adentro.

—Sí, claro, está en el baño. Sentate —le dijo y le indicó un sillón con un ademán en el que Luis supo descubrir lo cómoda y desinhibida que estaba ella en su presencia, tanto que él se sintió poco menos que menospreciado.

Luis se sentó donde le habían indicado. Cruzó una pierna, a la que acomodó ayudándose con las manos, y al mirar a Beatriz le sonrió apenas, a desgano, casi una mueca en la que, a su pesar, se transparentó un lejano rictus de amargura.

—Entró al baño justo antes de que vos tocaras —le aclaró, como para que previese que Laura podía demorarse.

Él asintió con un gesto con el que trató de decir que no estaba impaciente, que estaba a gusto.

—¿Querés tomar una gaseosa? —le preguntó Beatriz al tiempo que se levantaba.

—No. No —protestó Luis.

De cualquier manera Beatriz siguió su camino a la cocina, dando por sentado que las negativas de él eran una fórmula de compromiso que no había que tener en cuenta. Regresó portando una bandeja con dos grandes vasos de gaseosa, y le acercó uno a Luis.

—Gracias —murmuró él en tanto tomaba el vaso, y de inmediato bajó la vista hacia la mesa ratona.

Era una mujer ante la que Luis no podía dejar de sentir cierta inhibición. Ella trasuntaba el roce que había tenido en la vida, sus viajes, las muchas gentes que había conocido. Y además —esto era tal vez lo más importante—, estaba al tanto de toda la situación, mientras que él

había ido previendo encontrarse a solas con Laura, dando por supuesto que ella sólo prestaba la casa; y ahora estaba confundido y sin poder imaginar qué harían los tres allí, excepto que esta mujer se marchase a poco que Laura saliera del baño. Bien que, una idea fue cobrando forma en el correr de sus pensamientos. ¿Habrían planeado entre ambas tener sexo los tres juntos?, ¿era posible que Laura lo quisiese? Pero lo que en verdad comenzó a roerlo fueron sus vacilaciones acerca de lo que él debía hacer al respecto; por ejemplo, de persistir la presencia de Beatriz, ¿debía dar por sentado entonces que esperaban que él tomase la iniciativa para acostarse con las dos?, ¿debería avanzar en ese sentido? Había empezado a preguntarse qué tal sería el cuerpo de esa mujer debajo de las amplias ropas que vestía. Y por unos momentos lo imaginó maravilloso, una hermosa mujer bajo esos rulos de abuela que se hacía en su corto cabello. Impulsado por esta fantasía la miró intentando encontrar tras la blusa y los pantalones los indicios de que no se equivocaba, pero no halló nada que lo alentase a persistir por este camino; por mucho que insistió con sus ojeadas nada se vislumbraba, y no tuvo más remedio que juzgar que sus ilusiones no tenían asidero, que Beatriz, mal que le pesase, debía ser una delgaducha magra; aunque continuó todavía acariciando una débil esperanza. De repente tomó conciencia de que sus miradas habían sido quizá muy evidentes e indiscretas y temió que con ellas hubiese revelado sus pensamientos, y a la sazón se concentró en su vaso de gaseosa.

Ya lo estaba terminando cuando advirtió que no había llegado hasta él ningún ruido desde el interior de la casa. Pensó que era extraño que no escuchara siquiera esos ruidos apagados y distantes que se oyen casi sin que se los tenga en cuenta, pero que confirman una presencia en los cuartos contiguos. Se puso a escuchar con mucha atención, asaltado de manera repentina por la idea de que Laura no estaba en la casa.

—¿Cómo te va en la facultad? —le soltó Beatriz, quien aún estaba con el vaso de gaseosa casi lleno.

La pregunta fue formulada con un tono muy suave y

nada inquisitivo, tal vez por esto para Luis sonó como esa fórmula de ¿qué tal el colegio?, que siempre se les dirige a los chicos cuando no se sabe de qué hablar con ellos, y en alguna medida este trato lo ofuscó.

—Bien —dijo, dejando el vaso en la mesa ratona, dispuesto a no agregar una palabra más.

—¿Qué seguís? —insistió la mujer.

—Antropología —dijo, y esta vez el nombre de la carrera lo satisfizo en algo, pero no más que por una cuestión fonética.

La mujer asintió y ya no siguió preguntando, ocupada en arreglarse las tablillas de la blusa.

Cuando hubo terminado con la blusa levantó la vista con serenidad.

—Laura suele demorarse tanto en el baño —afirmó mientras meneaba débilmente la cabeza y con su mirada le recordaba a Luis que ella la conocía más y mejor.

Él no contestó ni hizo gesto alguno, sólo miró hacia el pasillo por donde supuestamente debía aparecer Laura.

—Pero, es tan especial ¿no? —agregó Beatriz.

—Sí —Luis dio por sobreentendido que ella había dicho eso por gentileza hacia su amiga, aunque no tuviera una pizca de veracidad.

A medida que la demora de Laura se prolongaba, se afianzaba en Luis la sospecha de que ella no estaba. Había pensado incluso que ella lo había citado allí para "prestárselo" a su amiga, para que se acostasen con su aprobación y, más precisamente, a través de sus buenos oficios. Imaginó que Laura había dicho algo así como "te presto el pendejo". Y ante esto Luis abrigaba inclinaciones contrapuestas: por un lado quería aceptar, por un abanico de causas más o menos imprecisas que iban desde la curiosidad por ver desnuda a Beatriz hasta la presunción de que Laura se arrepentiría de ese préstamo y que le agarraría un ataque de celos cuando él le refiriese el encuentro, paladeando así una suerte de venganza por el desprecio que le hacía al "cederlo" a la amiga como si fuese una cosa; por otro lado, precisamente este menosprecio lo hacía rebelarse contra la artimaña de Laura y su

amiga y en su ánimo crecía la animosidad a allanarse a este préstamo. Estas consideraciones lo ocupaban cuando vio aparecer a Laura en el pasillo, quien enseguida lo vio y le dedicó una amplia sonrisa.

—¿¡Qué tal!? —Ella se acercaba, todavía con la sonrisa en los labios, y Luis se levantó para darle un beso, aunque dudó de si sería en los labios o en la mejilla; en el último instante decidió que se lo daría en la boca, intuyendo que le convenía mostrar ante Beatriz el grado de intimidad y de posesión mutua que tenían con Laura, mas ésta lo esquivó y el beso fue a parar a una mejilla.

—Ya te extrañábamos —comentó Beatriz, y miró a su amiga de tal forma que Luis no pudo evitar percibir en esa mirada la complicidad en algo que él ignoraba pero que de seguro lo tenía a él como parte.

—Estaba mirándome —dijo Laura al tiempo que se sentaba en uno de los sillones individuales. Beatriz marchó a la cocina y Luis aprovechó esto para buscar en los ojos de su amante la íntima complicidad que cabía a su relación, empero no encontró en ellos más que amistad.

Beatriz volvió con la botella de gaseosa, otro vaso, y algunas cosas para picar. Puso todo en la mesa ratona y llenó los vasos.

—Brindemos —dijo.

A Luis le gustó ese brindis gaseoso y sin objeto que hicieron entre los tres, en parte porque semejaba una suerte de pacto, aunque fuera en torno de algo que no estaba explícito, que probablemente ni siquiera existiese.

—¿Viste esta casa? —le preguntó Laura mirando en derredor.

—Eh... sí —afirmó Luis mientras se ponía él también a observar la decoración del living, que era sin duda impecable, quizá algo perfecto en su tipo, pero que a él no le decía demasiado, más que nada porque estando en casa ajena, cualquiera sea, le era imposible evadirse de un cierto estado de alerta que tenía como epicentro único su situación respecto de los demás; lo ocupaba tanto el papel que estaba desempeñando que otras consideraciones apenas si podían arañar la superficie de su atención.

—Vení a la cocina —Laura inició el camino y Luis la siguió.

—Mirá si no es hermosa.

Luis la miró por un ratito, advirtiendo en alguna medida el esmero que se había puesto en ella, pero incapaz de ninguna admiración.

—Después te muestro el resto de la casa —le dijo Laura en tanto volvían al living. Luis creyó ver en esta frase la promesa de que luego estarían solos.

Beatriz, que se había quedado sentada, sonreía beatíficamente cuando ellos regresaron y se instalaron de nuevo.

—Mis cosas son felices acá —afirmó, contenta y algo pensativa.

Como si esta frase hubiera corrido el velo sobre algo que él había advertido sin pensarlo en concreto, Luis cayó en la cuenta de que lo que dijo Beatriz no estaba muy errado.

—¿Cuánto tiempo te llevó arreglar todo así? —le preguntó Laura, evidenciando que lo hacía conociendo perfectamente la respuesta y sólo para que Luis se enterase.

—Es algo permanente. Esto no termina nunca —contestó Beatriz, sin embargo, quien tal vez había ahondado su punto de vista desde que hablara con su amiga al respecto.

Luis tuvo la impresión de que Beatriz se refería a una misión que se había impuesto, la que cumplía de manera tan cabal que lograba así que su entorno se expresara con esa sonrisa que ella lucía en el rostro.

—Yo voy a comer —dijo Laura, tomando un quesito por el escarbadiente que tenía pinchado.

—Hay cosas que me demoraron... qué se yo —continuó Beatriz, ensimismada.

Estuvieron callados durante unos segundos.

—Muy rico —dijo Laura dejando en un platito el escarbadiente con aire de haberse satisfecho con ese cubito de queso.

—Con Luis estábamos hablando de la facultad, de la carrera de antropología —le comentó Beatriz a su amiga

saliendo de su abstracción. Luis se sobresaltó un poco por lo que consideró era en gran parte una mentira.

—Lautaro dice que es una linda carrera. Claro... —se hizo visible que Laura dudaba de sacar a luz ciertas palabras que estaban en su cabeza—. Sí... —y no dijo más. Ambas mujeres miraron a Luis, quien, acalorado, sonrió forzadamente, exasperado por esa mención a lo que Lautaro pensaba en torno de su persona, para peor, expuesta sin tapujos delante de la otra, como si él fuese sólo un amigo de ella acerca del cual Lautaro podía opinar paternalmente, permitiéndose también la reconvención, ya que toda la verdad, oculta tras lo de "linda carrera", aparecía en la continuación de ese "claro" que Laura calló por delicadeza.

—¿Qué estudia exactamente la antropología? —le preguntó Beatriz, quien quiso dar a entender que tenía una idea bastante acertada, pero que pretendía las precisiones de alguien impregnado en el tema.

Luis odiaba esta pregunta, sobre todo porque —a despecho de lo que sabía en concreto sobre los distintos tópicos antropológicos— no tenía una definición que le pareciera plausible, y lo que podía decir en pocas palabras le sonaba tan pueril que le daba vergüenza explicarse de esa forma, desnudando que, además de estudiar una ciencia que tenía que explicarse, carecía ésta, al menos en apariencia, de una inteligente definición de sí misma. Él pensaba que los otros, luego de escucharlo, no podían menos que juzgar que, o bien la ciencia era una abstracción, un palabrerío sin objeto, o bien él no era lo suficientemente capaz para entender de manera acabada lo que estudiaba. Y en esta ocasión Luis no tuvo más remedio que repetir una de esas fórmulas que tanto lo fastidiaban y que en general recibían como respuesta un "aah" desilusionante y despectivo. Mas Beatriz, ya fuera porque en verdad no tenía la más mínima lucidez, o porque quería evitar lastimarlo y contaba para esto con la habilidad que le daban los años, emitió un "¡¿sí?!" que, acompañado por el gesto conveniente, dio la impresión de interés y de un módico requiebre de admiración. Y aunque Luis tenía por imposible que su respuesta pudiera suscitar algún entusiasmo, le

plació la reacción de la mujer, ese invisible esfuerzo por hacer lo adecuado para que él se sintiera cómodo, y pensó que ella, con su pelo corto y enrulado y su cuerpo seguramente enjuto, bien podía despertar amor, y aun, por un segundo, sintió que despertaba el suyo.

Por más de una hora estuvieron conversando, al tiempo que picaban las innumerables variedades que Beatriz traía en platos diminutos desde aquella cocina que Luis había visto sin creer que allí hubiera rastros de comida por ningún lado. La charla sólo se interrumpía de tanto en tanto, cuando Laura se iba hacia el interior de la casa por unos minutos. Entonces nacía un silencio momentáneo, que tenía por origen la inquietud que producían en Luis estas idas intempestivas. Sin explicación a la que asirse, sin animarse a preguntarle a Laura en presencia de la otra, él miraba a Beatriz durante unos instantes buscando sonsacarla, en la creencia de que ésta sabía perfectamente las razones de su amiga; empero no lograba su objetivo debido a que, por otro lado, él mismo, arrepentido, de inmediato intentaba que la conversación siguiese su curso, tratando de impedir que creyese que esas escapadas de Laura —que ella insistía en guardarse de explicar— provocaban en él mayores reparos.

Luis sospechaba que ella iba a llamar a Lautaro, sin encontrarlo, y por esto insistía una y otra vez, evitando hablar del asunto. La idea le dio tal escozor que no pudo sofrenarse y por fin en una ocasión le preguntó si estaba llamando a su marido.

—¡Qué tonto! ¡No! —le contestó Laura, luego de chasquear la lengua con disgusto. Y acto seguido miró a Beatriz y se estableció entre ellas una corriente de inteligencia en la que Luis advirtió la incredulidad y la sorna. Aguijoneado por este entendimiento entre ellas, del cual era la víctima, concluyó que las idas de Laura estaban relacionadas con lo que ya antes había barruntado: habían planeado acostarse juntas con él, y por esto se burlaban de su mención a Lautaro, la que trajo a la luz no sólo sus celos sino también su tardanza para comprender lo que estaban esperando de él, su escasa habilidad para percibir la situación en la que se encontraba, con esas dos mujeres en la casa vacía. Eran

comprensibles a la sazón el asombro que despertó en ellas y la ironía con que se buscaron los ojos de una y otra. Más aún se convenció cuando cayó en la cuenta de que al fin y al cabo Laura no había querido explicarse y mantenía sus huidas en el misterio. Estas sordas apreciaciones lo ofuscaron y se entregó de lleno a buscar la forma de tomar una expedita iniciativa para que los tres fuesen a la cama. Herido, hubiera deseado actuar ahí mismo y sin que mediara palabra, enlazándolas a las dos o cosa parecida, ir a los hechos y obviar cualquier cosa que pudiera decirse, tal como avanzaba cuando se trataba de una sola mujer. No obstante, en estas circunstancias le era imposible hacerlo; además del hecho de que eran dos, estaban dispuestas en sendos sillones separados en buena medida por la mesa ratona y todo lo que hubiera podido hacer habría pasado por ridículo. Ellas, para su desesperación, empezaron de vuelta a charlar sobre fruslerías, pequeños acontecimientos de terceros que no venían a cuento más que por el discurrir del pensamiento durante una conversación.

—¡Podrían mostrarme el dormitorio! —dijo él de repente, creyendo haber encontrado la forma de ser explícito sin caer en la brutalidad, aunque lo espetó sin pensarlo, como un borbotón que vino a su boca. Y esta irreflexión con la que habló lo puso violento ya que, acto seguido, temió haber cometido un desliz.

La interrupción fue tan intempestiva que las dos mujeres en un primer momento se quedaron cortadas; fue Beatriz la que reaccionó primero.

—Sí. Vení que te muestro la casa.

Los tres se levantaron y marcharon hacia el interior de la casa. Pesaba en Luis todavía la consternación por haberse precipitado y nacía en él una suerte de vértigo por lo que se avecinaba.

—Menos mal que me lo recordaste, si no me hubieran caído desgracias —acotó Beatriz en tono seguro y cordial mientras abría la marcha por el corredor. Detrás de ella iba Luis y luego Laura. Él echó sobre Beatriz unas ojeadas rápidas para descubrir las nalgas bajo los pantalones, mas no las pudo encontrar tampoco esta vez. Le mostraron primero dos habitaciones: un escritorio, con

biblioteca a dos paredes, que daba a un pequeño jardín de invierno; y otra en la que estaba instalado un gimnasio personal, con varios aparatos que emergían de tres de las paredes, los que no denotaban casi uso; en medio de la pared restante había sin embargo una indescifrable figura en bajorrelieve, que llamó la atención de Luis justamente porque algo sin significado y además vulgar, sin arte, estaba puesto en un lugar y de tal forma que pasaba por algo significativo, puesto adrede en solitario, sobresaliendo, apremiante, en la blanca pared vacía.

Luis ya había dejado de lado toda consideración acerca de lo que ellas esperaban de él; había hecho carne en su persona el deber de acostarse con las dos y ahora, para seguir adelante, no le preocupaban en lo más mínimo los indicios que pudiera obtener de ellas.

—Éste es mi dormitorio —anunció por fin Beatriz. Y entraron a un espacioso cuarto cuyo ventanal daba al jardín del fondo.

Luis se sentó en la cama matrimonial y probó qué tan mullido era el colchón. Desde allí les sonrió a las mujeres, quienes débilmente le devolvieron la sonrisa. Luis estuvo a punto de decir algo que las decidiera a actuar sin tapujos, pero ellas avanzaron hacia el ventanal.

—Finalmente hice tirar abajo el pino —le informó Beatriz a su amiga.

Se quedaron calladas unos momentos mientras Luis las miraba. Éste se levantó de la cama, como dispuesto a abandonar su idea; no obstante volvió a sentarse en la cama —esta vez con mayor vigor y confianza— en el instante en que ellas giraban.

—¿Por qué no vienen? —les dijo, estirando los brazos hacia ellas, invitándolas.

El semblante de Laura fue cambiando por completo de expresión. Comprendiendo a qué se refería Luis, sus facciones se crisparon de manera ostensible.

—¿¡¡Quée!!? ¿Qué es lo que tenés en la cabeza? —lo increpó.

A Luis el corazón le dio un vuelco. Esta reacción de Laura le era por completo inesperada; él, que había esperado más bien que se le reprochase su lentitud para deci-

dirse, se negaba a dar crédito a lo que sus ojos veían. Se levantó e instintivamente retrocedió unos pasos al ver que ella avanzaba con las facciones alteradas.

—¿Así que tenías esa idea? —insistió Laura.

Luis llegó a ver que Beatriz se marchaba de la habitación entre sorprendida y risueña.

—No. Yo no tenía ninguna idea —se defendió Luis, quien esperaba que Laura le arrojase algún golpe; aunque esta negación de lo evidente enojó todavía más a la mujer, por cuyos ojos cruzó un viso de furia.

—O yo no fui el de la idea —se corrigió Luis, en referencia a las circunstancias que ellas habían propiciado, de las que él ahora se consideraba víctima.

—¿No? —dijo Laura, demudada, juzgando que Luis hacía una acusación directa a Beatriz. Retrocedió un paso, dominada por una resentida perplejidad.

—Estás mintiendo —musitó, dudando.

Durante unos momentos permanecieron callados. Laura miraba sin ver hacia un costado de Luis, buscando una certeza sobre la cual afirmar su indignación, para entonces continuar blandiéndola.

—Imaginé que íbamos a estar vos y yo solos, y que... pero ella se quedaba, se quedaba, y pensé que ustedes querían... que lo habían planeado así... Mirá si... —iba a hacer una mención al poco atractivo de Beatriz pero prefirió no decir nada al respecto, tal vez porque intuyó que sacaría a luz sus apreciaciones del cuerpo de la mujer. Luis hubiera querido ser más elocuente para describir su situación, sin embargo consideró que, mal o bien, al menos había empezado a exponer sus razones.

—Callate, mentiroso —explotó Laura al fin, convencida por las palabras de él que era el único responsable de la intentona—. Sos un... —pero no encontró el insulto justo y, luego de buscarlo por un instante, se contentó con ese vacío que, velada, subrepticiamente, se llenaba con todos los insultos.

—Yo no quería. No quería —se expidió con firmeza Luis, quien había descubierto que él en ningún momento había tenido deseos de incorporar a Beatriz a sus relaciones sexuales, con o sin Laura.

—No, no querías —lo remedó Laura marchándose de la pieza.

En un primer momento Luis se quedó parado allí, sin ánimos de moverse, mas pensó que Laura tal vez se iría de la casa y fue tras ella. Aunque cuando escuchó que ambas mujeres estaban en el pequeño gimnasio no se detuvo ni se atrevió a mirar por vergüenza de encontrarse con la mirada de Beatriz, y siguió hasta el living. Allí, no obstante entender —e incluso sentir— que lo mejor era que se marchara, se quedó quieto, de pie, alerta a lo que sucedía con las mujeres.

Poco más de un minuto después de haber escuchado nada más que un discontinuo e indescifrable rumor de palabras, comenzó a pasear entre los muebles, apesadumbrado, aún imbuido de una suerte de zozobra. Cabizbajo, sin poder detenerse a justipreciar lo que le aguardaba luego, cuando ellas saliesen de allí dentro, dejaba que su mirada recorriese en torno suyo, tal si buscase entre las cosas que lo rodeaban un signo, una pista de la solución que se urgía encontrar, porque no podía resignarse a que no hubiera una solución inmediata, algo que de buenas a primeras retrotrajese las cosas a como estaban antes de su yerro. Andaba muy despacio y por momentos se detenía, asaltado por la presunción casi inconsciente de que el ejercicio de caminar, esa pequeña porción de su atención que se llevaba, podía impedir que atrapase una huidiza y embrionaria solución que quizá empezara a cobrar forma en su mente, y hacer que ella finalmente escapase. Pero enseguida echaba de nuevo a andar, desilusionado porque nada venía a su mente excepto disparates, abordado entonces por la sensación opuesta: estando quieto su atención se distraía todavía más y sólo el ejercicio lento y monótono del caminar podía disciplinarla. En una de esas ocasiones en las que se detuvo, miró en derredor elevando la vista en mayor grado que en anteriores oportunidades, y descubrió en un rincón del living un madero que, luego de trepar por la pared hasta sobrados con creces los dos metros de altura, salía de ella en ángulo recto —sostenido por una escuadra—, y terminaba en unos agujeros que parecían a

propósito para pasar una cuerda. A pesar de su asombro, Luis no pudo sino juzgar que era una horca, y cuando se acercó para observarla en detalle cayó en la cuenta de que la madera, aunque bien conservada y protegida con un barniz o cosa semejante, parecía muy vieja. Supuso que era una antigua horca que había estado en uso en algún sitio y que Beatriz había comprado como curiosidad para adornar el living. El objeto despertó su interés, en buena medida debido a que, por mucho que lo miraba, no provocaba en él ningún sentimiento lúgubre, ni aprensión, ni contrición alguna. Colocada en ese ambiente, en ese contexto, arrinconada en ese pulcro living, la vieja horca era impotente y, derrotada, ya no podía ser lo que alguna vez había sido. Imbuida, domesticada por las otras cosas, había adquirido el aire de felicidad que era menester tener en esa casa. Tan olvidada estaba de su lobreguez que, a despecho de la evidencia de sus formas, se hacía dificultoso reconocerla. En todo caso, para Luis era evidente que ya no podía tenérsele por una horca, no porque no se ahorcara a nadie con ella desde hacía muchísimos años sino porque parecía que la cosa misma había dejado de serlo, y aun cuando Luis fantaseó con la presencia de un cuerpo allí colgado, esas maderas, oportunas para atar allí una soga, no constituirían en verdad una horca. Y, observando con detenimiento las vetas ligeramente carcomidas, lo abordó el desasosiego, una suave decepción por la derrota de esos viejos maderos a los que él habría creído invencibles. Él hubiera querido pensar que al menos la tozudez mineral de ese antiguo instrumento habría de permanecer incólume, mas era visible que no era así.

El rumor de voces que producían las mujeres volvió a llamar su atención. Era ahora un rumor continuo y monótono, un rumor cansino que llegaba a él con sus últimas fuerzas y apenas si le era audible. Se acercó al pasillo y, asomándose, escuchó con detenimiento. Le pareció que las mujeres hablaban al unísono, quedamente, y se le ocurrió, aunque la idea no tenía mucho asidero, que estaban rezando. Se introdujo en el pasillo todavía un poco más, intrigado, pero no llegó a distinguir bien lo

que se decía. ¿Serían dos místicas que estaban recitando oraciones? En lo que a Laura concernía, no tenía en realidad objeciones para esta suposición ya que seguía siendo una extraña para él, una mujer velada por el silencio. ¿Y no sería este mismo silencio parte de su misticismo, de su religión?; esta posibilidad se abrió paso en el correr de sus pensamientos. ¿Y la influencia que, según él adivinaba, Beatriz ejercía sobre ella, no sería también la superioridad que supone el haberla iniciado en ciertos ritos? Y hasta recordó unas marcas en forma de triángulo —verdad que no muy definidas ni regulares— que Laura tenía en los pezones, a las que ella les había atribuido un origen natural, y en las que él por unos momentos creyó ver los posibles símbolos o marcas de la pertenencia a un culto.

Seguía escuchando las débiles voces de las mujeres que llegaban a él desde el gimnasio, aunque ahora tuvo la impresión de que eran más animadas y empezó a dudar de que fueran rezos; se figuró que podía tratarse de una conversación íntima entre mujeres que incluía el cuchicheo y la superposición de las voces. En estas reflexiones estaba cuando las mujeres enmudecieron de repente. No llegaba a él más que un pesado silencio. Se acercó aun unos pasos, superando en buena medida lo que tenía por prudente, máxime que el roce de sus zapatillas se hizo más audible de lo que había previsto. Estaba a unos dos metros de la primera puerta, la del escritorio. Quieto, se estuvo un rato aguzando el oído. El silencio duró aún unos minutos.

Hasta que unas risas estallaron en el gimnasio, unas risas tentadas, a las que ambas se entregaron con ese regocijo que sólo provoca el inesperado, fulminante descubrimiento de algo ridículo en grado sumo. Luis se desconcertó en un primer instante y como un destello cruzó por su cabeza la idea de la locura, empero las risas lo fueron envolviendo y se fue abriendo paso en él un sentimiento de simpatía hacia esa alegría que, al fin de cuentas, significaba, por lo menos en parte, el fin del enojo de Laura. Las risas no decaían sino que se hacían más estentóreas. Un creciente optimismo, aunque todavía

precavido, le hizo avanzar un par de metros, abierto a la posibilidad de presentarse en el gimnasio con el objeto de compartir ese júbilo, de incorporarse a él. Una repentina certeza, sin embargo, lo detuvo en seco: ¡se reían de él!; apenas concibió la idea no abrigó ya ninguna duda; ¡se morían de risa por la pretensión que había tenido! Un odio furibundo pero a la vez impotente trepó por sus entrañas. Nada se podía contra esas risas espasmódicas que continuaban sacudiéndolas con un gozo al que Luis tenía ahora por mórbido; de presentarse allí, hiciera lo que hiciere, sólo avivaría —y con creces— la hilaridad de las mujeres. Sin haberlo pensado siquiera, como si su cuerpo en defensa propia actuase solo, dio media vuelta y, caminando velozmente, casi al trote, atravesó el living para luego, haciendo uso de las llaves que estaban colgadas a un lado de la puerta, escapar de la casa. No había hecho unos metros cuando se apoderó de su ánimo un vivo deseo de volver, como si hubiese recordado un deber imperioso, e incluso giró sobre sus pasos; sólo para arrepentirse de nuevo y, sin más remedio, alejarse definitivamente.

Unos días después, la tarde de un martes, Luis revisaba concienzudamente los clasificados de un diario. Estaba sentado en el banco de una plaza, a la sombra de un árbol. Con una birome marcaba los avisos que le interesaban, a los que cada tanto releía antes de seguir adelante con la lectura. Se iba haciendo así una idea bastante clara de lo que le sería conveniente, sopesando precios y características de los distintos departamentos que se ofrecían en alquiler. Buscaba algo cuyo precio estuviese dentro de los límites bien precisos que se había impuesto, aunque estas cifras no guardaban relación con lo que él podía abonar —porque en realidad no podía pagar ningún alquiler—, sino con lo que tenía por razonable y apropiado para él. Minucioso, se entusiasmaba en la búsqueda tanto como si no le cupiese ninguna duda de que se hallaba en condiciones de alquilar. Había decidido además que iría a ver al menos uno de los departamentos seleccionados, tal vez

porque luego de tanto tiempo de soñar con irse de donde estaba, necesitaba ahora imágenes más concretas y vívidas para su ilusión, un ente real sobre el cual ésta se afirmara. Cuando hubo terminado de revisar todo lo que se ofrecía en el rubro, se quedó cavilando por unos minutos. Tres o cuatro avisos eran los que finalmente giraban en su mente y él trataba de imaginarse la cuadra en cuestión, el edificio, el departamento. Volvió a leerlos dos o tres veces más, sin decidirse todavía. Unos chicos jugaban a la pelota cerca de él y un pelotazo, impulsado justamente por un grandote al que le tuvo aprensión desde un comienzo, dio en el borde del respaldar del banco, a medio metro de su persona más o menos, y se elevó con fuerza hasta dar en las ramas del árbol. Los chicos lo miraron con un incipiente temor, algo expectantes por su reacción; ante esto, Luis, quien en un principio no había sentido enojo, los miró con manifiesta severidad, más que nada porque se sintió en la obligación de hacerlo. Ellos, luego de tomar la pelota, se alejaron algo y reanudaron su juego, no sin antes echarle unas ojeadas plenas de desconfianza. Cuando Luís volvió a su asunto no se demoró más que un instante para decidirse por uno de los departamentos. Tomó el diario y se dirigió hacia una cabina telefónica para llamar al número que figuraba en el aviso. Lo atendió un hombre, quien se identificó con el nombre de una inmobiliaria; le dio la dirección y le sugirió que no se tardase en pasar por allí, ya que había varios interesados. Luis, aunque sabía que era inútil, que le era imposible alquilar, se apresuró a ir hasta la parada del colectivo. No podía evitarlo, por más que percibiera con claridad la infructuosidad de lo que haría.

Entró a la inmobiliaria con una resolución que en parte lo sorprendió a él mismo, dado que se proponía una especie de engaño, y que quizá pudiera explicarse por la seguridad de que en este asunto no tendría que tomar ninguna decisión y le bastaría dejarse mostrar el departamento para luego dar una respuesta vaga, que mostrase su necesidad de pensar un poco antes de tomar una determinación. Lo atendió una recepcionista muy joven, quien lo hizo sentar para que aguardara cómodamente hasta ser atendido. Echando unas miradas

en derredor, Luis se sentó en un sillón muy bajo y mullido, en el que la persona se hundía confortable y humillantemente, de modo tal que, de ser necesario, dejara allí toda belicosidad. Terminaba de acomodarse cuando vino a su cabeza la posibilidad de que, tras mostrarle el departamento, se le exigiera una respuesta por sí o por no, cosa que, imaginó, habría de ponerlo en un brete desagradable, en gran medida porque intuía que si decía que no —y no le quedaría más remedio que decir esto— difícilmente podría alimentar sus ilusiones futuras con este departamento, al que —tendería a pensar así— había rechazado.

Al rato lo hicieron pasar a una oficina grande, muy al día en todo lo referido a confort, con varios escritorios —tres o cuatro— dispuestos en ella. Un hombre de mediana edad y bien vestido —la única persona allí presente— lo esperaba tras el que parecía ser el más importante. Al tiempo que le indicaba una silla se presentó de manera harto furtiva, como si entendiese que estaba dando ya demasiadas explicaciones de sí mismo.

—Lamentablemente los empleados que pueden mostrarte el departamento han debido salir, así que te ruego que esperemos unos minutos hasta que vuelva alguno —y acto seguido miró su reloj, aunque evidentemente sin ningún fin—. No van a tardar —aseguró, sin embargo de inmediato pareció dudar de su afirmación—. En todo caso yo te lo puedo mostrar, es muy cerca de acá.

—Soy el gerente —se apresuró a agregar, para que él notase la deferencia que se le hacía.

Luis asintió a cada una de las aseveraciones del hombre, aunque la perspectiva de quedarse allí con él le escocía en mucho. Y más aún cuando el gerente, creyéndose obligado a esto, dio en preguntarle exhaustivamente acerca de sus pretensiones, de sus gustos, del número de ambientes, de si había decidido restringirse a esa zona, etc.; precisiones de las que Luis, con el prurito de no ir con la farsa demasiado lejos, escapaba con respuestas ambiguas, a pesar de que hubiera podido responderlas con toda exactitud. Conforme el hombre avanzaba con sus preguntas, perdía el aire profesional, escudado

en el cual había empezado a preguntar, y se dejaba ver la simple curiosidad por conocer circunstancias de la vida de Luis.

—Quizá te convenga un departamento más céntrico —se animó a aconsejar—, por la facultad y... Nosotros tenemos en estos momentos dos o tres para ofrecerte —siguió, volviendo a su rol profesional—. Hay uno que te puede gustar. Queda... a ver —y se puso a apretar unas teclas de una computadora.

—Es que... prefiero un lugar más tranquilo. En el centro uno baja a la vereda y el tránsito lo aplasta y...

—¡Ah!, si es por tranquilidad, éste que vas a ver es tranquilo como un... como un... —y no encontraba la palabra adecuada. Lo miró a Luis, mostrando su perplejidad por lo que le ocurría—. Y bueno...

—Como una tumba —lo interrumpió Luis cuando el otro ya se había resignado, buscando ayudarlo; aunque un segundo después se dio cuenta de que había caído en un exabrupto funesto.

—Bueno... No tanto —sonrió por esa ocurrencia.

—Pensé en el silencio y me vino esa palabra a la cabeza —intentó justificarse Luis.

—Sí. Sí. Claro.

La conversación, para disgusto de los dos, siguió su curso. Los minutos corrían y no aparecía ningún empleado. Era visible que el gerente no había previsto esta demora y empezaba a verse cercado por sus propias palabras, por el compromiso que había asumido de mostrarle personalmente el departamento, pese a que había sido una mera fórmula, una amabilidad que no había considerado que tuviera que cumplir. Por fin, fastidiado, se comunicó con la recepcionista para ver si ella sabía algo de los empleados; pero la chica no había tenido noticias de ellos. El hombre colgó con tal irritación que Luis tuvo la sensación de que, de no estar él presente allí, los habría puteado sin ambages.

—Ya veremos —dijo luego, aliviado tal vez por la idea de que despediría a alguno de ellos.

Se puso de pie y lo miró, y aunque sonreía no podía disimular en la mirada la ojeriza que en ese momento le

guardaba. Luis también se levantó y se dispuso a seguirlo.

Caminaron dos cuadras y media y llegaron al edificio. Se detuvieron mientras el hombre sacaba las llaves.

—En esta zona la vida es dicroica —le dijo a Luis mientras indicaba en derredor.

Ya era la segunda o tercera vez que el gerente soltaba una frase que para él era ininteligible. En las oportunidades anteriores, Luis había creído que era él el ignorante de ciertos giros o acepciones que algunas palabras habían tomado en el mundillo en el que vivía el gerente, mas en esta ocasión se inclinó a pensar que esa frase era un simple desatino, una momentánea debacle de su mente, y uniéndolo a los casos precedentes juzgó ahora que la cabeza del hombre caía en extraños baches, en un sinsentido del que emergía rápidamente para ser de nuevo, sin sonrojarse en lo más mínimo, el eficaz gerente.

El hombre, dado que Luis era un cliente, se consideraba en la obligación de abrir y cerrar las puertas para que él pasara; sin embargo, cuando tuvo ya que cerrar las puertas del ascensor luego de que bajaron de él, el fastidio emergió en un ligero bufido. Luego, nervioso, se aturulló un poco con las llaves y no daba con la correcta.

—¡A ver si me equivoqué de llaves! —se dijo, agitada la respiración.

Cuando la puerta se abrió el oscuro departamento le recordó que había que ocuparse de levantar las persianas, tal vez hasta de conectar la luz para mostrar el baño o la cocina, y estas nuevas tareas tan poco apropiadas para un gerente le arrancaron una mueca de indignación.

—Me ayuda con las persianas —le dijo en tono imperioso, disgustado con él.

Luis, sintiéndose culpable de estas fútiles circunstancias, se apresuró a cumplir con lo que le pedían. El gerente, mientras tanto, buscó la caja de la luz y conectó la corriente. El departamento era más lindo de lo que había imaginado y aun levemente más espacioso. Este hecho empero no lo hizo feliz, en parte en razón de que tuvo por probable que se le hiciera embarazosa su nega-

tiva a alquilar *ipso facto*, pero también porque sus sueños se exacerbarían en vano, acicateados por estas imágenes, y de ser una ilusión apenas dolorosa devendrían en una suerte de tortura, en una punzante recriminación. El gerente también quedó algo sorprendido por las cualidades del departamento; una sombra cruzó por su rostro al caer en la cuenta de que la renta pedida era exigua.

—Sí que es lindo, ¿eh? —casi espetó, con un dejo de rencor en la voz.

Luis recorrió el living y el dormitorio unas cuantas veces, pretendiendo cumplir con aquello que se había impuesto al emprender la búsqueda, esto es, grabarlo en su memoria; mas las imágenes no llegaban a internalizarse en él, veía como se ve cuando se está pensando en otra cosa, aunque él no estuviera considerando ningún otro asunto sino que estaba perturbado por la presencia del gerente. No se privaba sin embargo de mirar detenidamente aquí y allá, tentado por la posibilidad de hacer tiempo, de demorarse. Luego, seguido del gerente, quien parecía sentir curiosidad por el departamento, fue hasta la cocina. Esta era alargada y más bien pequeña, tanto o más linda que el resto del departamento, con unas cerámicas claras y armario y mesada combinando con ellas. Siguió con el baño, que era lo único que le faltaba ver. Aquí, al abrir la puerta, se llevó una sorpresa: era un baño modesto, casi podría decirse que harto modesto en relación con el resto de la casa. Los azulejos eran de un trillado y desvaído celeste y los sanitarios tenía la bastedad inherente a la porcelana demasiado robusta y corpulenta. A poco de observarlo asaltó a Luis la idea de un hombre muerto sentado dentro de la bañera, desnudo y con manchas de sangre en una piel muy blanca. Una idea que prontamente se disipó, por lo que su atención retornó a aquello en lo que sus ojos estaban posados, al anticuado bidet, el que —cuando hubo mirado unos segundos lo notó— estaba retirado en demasía de la pared. El gerente, que era un hombre alto, miraba por encima de su hombro.

—¿Habrá algo en el botiquín? —se preguntó, como si hablara para sí—. A ver, permiso —le dijo sin contemplaciones, urgido por el recelo de que Luis se le adelantara a revisarlo.

Luis lo dejó pasar y el hombre abrió el botiquín con la visible esperanza de que algo lo aguardaba allí e hizo un gesto de desilusión cuando lo vio vacío.

—Nada —dijo al cerrar la puertita

Luis volvió a correrse para que saliese, evitando mirarlo a la cara, perplejo, en parte avergonzado por ese desvarío. Se quedó mirando el baño con la cabeza en blanco, vacía. Hasta que recordó su idea del cadáver e inmediatamente se dio cuenta de que era éste el único lugar del departamento en donde la presencia de un muerto no produciría mayor discordancia.

—No ha de ser tan importante el baño —afirmó a sus espaldas el gerente.

—No. No —musitó Luis mientras giraba.

Juntos volvieron al living. Por unos segundos permanecieron callados.

—¿Y, lo alquilás? —le preguntó finalmente sin entusiasmo, seguro de la respuesta afirmativa. Estaba apesadumbrado por la ganga que haría otra persona, olvidado por el momento de sus propios intereses.

—No sé. Tendría que pensarlo —Luis bajó la cabeza.

—Pero no vas a encontrar otro así por este precio. Vos no tenés idea entonces de lo que se paga —arremetió el gerente, en quien asomaba ahora el aguerrido comerciante.

—No lo descarto, pero...

—Es tranquilo como querías. No tiene contras.

—No. Sí. Tiene razón.

—¿Y?

Atosigado en grado sumo, Luis buscó desesperadamente una escapatoria, mas no encontró qué argumentar y sonrió en una mueca atormentada.

—Bueno —dijo el gerente unos segundos después en tono distendido, abrigando de repente la idea de que en realidad le convenía hablar con el dueño y alquilarlo al día siguiente por un precio mayor—. Vamos.

Bajaron las persianas y luego el gerente cortó la luz. Descendieron en el ascensor envueltos en el silencio. El consuelo por la posibilidad de alquilarlo mejor se disipaba y en su lugar crecía en el hombre el encono contra Luis por las molestias que se había tomado. En un momento suspiró con fuerza para mostrar su disgusto, y al llegar a la planta baja aguardó a que Luis abriese las puertas del ascensor, cosa que éste hizo al punto.

—Hasta luego —se despidió secamente el gerente ya en la vereda, y echó a andar. Luis dirigio sus pasos en dirección contraria, a despecho de que le beneficiaba tomar el rumbo del gerente. Lo dominaban sensaciones encontradas, por un lado sentía el alivio de estar por fin libre de ese hombre, por otro lado no tenía más perspectivas que regresar adonde vivía, y para peor, con la impresión de tener las manos vacías.

4

El partido estaba a punto de comenzar y, de acuerdo con lo que se podía apreciar en la pantalla del televisor, los jugadores hacían los últimos aprestamientos. El relator, mientras tanto, hacía hincapié en la importancia del partido, en las particulares circunstancias que lo rodeaban, especulando en torno de los distintos resultados posibles y las consecuencias a que darían lugar. Marcos se estaba quieto en la silla, con el cuerpo algo crispado y la vista fija en la pelota de fútbol, la que todavía descansaba en el punto medio del campo. Concentrado, miraba la pelota como si tuviese la ilusión, ahora que todavía estaba inmóvil, de que en alguna medida la controlaría, que su compenetración en los movimientos que habría de adquirir sería recompensada con un cierto poder sobre ella. Y le era imposible aceptar que esa capacidad tan vívida que sentía para hacerse cargo de la existencia y de los destinos de esa pelota fuera impotente. Incluso tuvo la impresión de que la quietud de la pelota se debía más que nada a que él se ocupaba de que así estuviera. Y cuando la pelota empezó a rodar, impulsada por los jugadores de su equipo, no se difumó del todo su sensación de dominio, preservada por el cuidado que puso en evitar la pretensión de que la pelota se dirigiese según su deseo. Dejaba que las cosas siguieran su curso, como si reservase su influencia para los momentos álgidos, cuando fuera imperiosa. Y la pelota iba y venía con su muda y preocupada aquiescencia.

Aunque, conforme los minutos se fueron sucediendo,

creció en su ánimo el disgusto para con lo que veía. Los jugadores de su equipo no parecían estar en un buen día y los rivales emparejaban el juego sin problemas pese a las insistentes afirmaciones previas del periodismo acerca de su manifiesta inferioridad. Su concentración en la pelota empezaba a debilitarse, roída por una incipiente indignación contra algunos de los jugadores, sobre todo contra aquellos en los que más confiaba. De cualquier manera los rivales no se habían acercado con peligro al arco de su equipo, y Marcos veía en esto la prueba de su influjo, mas como percibía a su vez que éste declinaba, la absoluta seguridad del triunfo de un comienzo dejaba paso a una creciente incertidumbre, que él, dado el rival, no podía dejar de tener por degradante, por humillante. Empezó así una suerte de sorda disputa entre él y los jugadores de su equipo, que tenía como epicentro la pelota, ya que de ninguna manera juzgaba que pudiera tener influencias en las mentes de los jugadores sino únicamente en sus piernas y nada más que a través de la pelota, la que, para peor, se presentaba ahora como mucho más díscola de lo que había pensado en un principio. Los jugadores, a los que antes había percibido como personajes secundarios, con una injerencia bastante limitada en el asunto, cobraban importancia a costa de la pelota y, en consecuencia, de él mismo. La tranquilidad con que se había dado a ver el partido, y que él, en su optimismo, había considerado imperturbable (se había dispuesto a no festejar en lo más mínimo los goles de su equipo), fue dejando paso a la inquietud y por fin, ante dos pases aberrantes de la figura más renombrada, a la exasperación. Comenzó a revolverse en la silla, asombrado por las dificultades cada vez mayores de su equipo, por la facilidad con la que algo seguro, segurísimo, se transformaba en azaroso e incierto.

Finalmente los rivales, a despecho de su torpeza, convirtieron un gol. Marcos hundió la cabeza entre las rodillas, negándose a creer lo que sus ojos habían visto. El relator, no obstante, seguía refiriendo las circunstancias previas al gol con voz alterada, afirmando, para desesperación de Marcos, que el partido cobraba ahora un mayor interés. Cuando levantó la cabeza, esos jugadores

pedestres, de físicos ramplones y resistentes, que habían comenzado el partido sin ninguna esperanza, todavía festejaban, sonrientes, felices, aunque nada exaltados, porque nunca perdían la conciencia de que era la disciplina la que los hacía fuertes. Y al descubrir en ellos esta convicción, esta tenacidad inaudita, mayor fue la inquina de Marcos y más fervoroso se hizo su deseo de triunfo. Y sin más remedio, en razón de que se habían roto todos sus lazos con la pelota, volcó sus fuerzas hacia los jugadores de su equipo y los conminaba a la rotunda victoria que era menester lograr en ese partido, *a priori* tan favorable. La situación, claro, había cambiado mucho, ya que debía confiarse ahora en esos jugadores irresolutos y desorientados que intentaban domeñar una pelota libre, emancipada, a veces saltarina, a veces en exceso pesada, que iba siempre a parar —no por su voluntad sino por un azar increíblemente adverso— a las piernas de los contrarios. Mas no podía resignarse a que esos seres dibujados en la pantalla, que pretendían hacer suya la pelota, dueños absolutos de su estado de ánimo, fueran por completo independientes de él y gozaran de una libertad que —vista así en el fondo, aunque no lo pensara en concreto— era un abuso, el ejercicio de un poder excesivo sobre su persona, una tiranía que le era imposible revertir pero de la que se defendía ordenándoles mentalmente las jugadas que debían realizar, azuzándolos en el secreto de su cabeza ora a que rechazaran la pelota a cualquier parte, ora a que hiciesen el pase a un jugador que, desmarcado, abriría en él una furiosa esperanza, revirtiendo en su espejismo la subordinación de que era objeto.

El primer tiempo finalizó sin mayores novedades, excepto las amonestaciones que el referí aplicó a dos jugadores del equipo perdidoso, quienes, nerviosos por la extraña indocilidad de la pelota y con la turbada aprobación de Marcos, pegaron unas patadas muy fuertes a los incansables, ubicuos rivales. Marcos se levantó, apagó el televisor, y fue a tomar agua a la cocina. Allí, colocando el vaso lleno frente a él, se sentó ante la pequeña mesa, cabizbajo. Pensó que Luis —quien era un despreocupado simpatizante del mismo equipo— muy probablemente ni siquiera

estuviese enterado de que se estaba jugando este partido. Desligado por completo de toda angustia, estaría en sus cosas, tal vez risueño por una circunstancia cualquiera, y esta indiferencia, esta tibieza, lo ofuscó. Pero Marcos sabía que el enojo se debía más que nada a su envidia, dado que, convencido de que el fanatismo futbolístico era una imbecilidad, aspiraba a desembarazarse de él, sin resultado. Había utilizado consigo mismo los argumentos más convincentes para hacerse entrar en razones; se había insultado, había intentado la abstinencia, negándose a escuchar la radio mientras se jugaba un partido, pretendiendo ocuparse por entero en otros menesteres, siempre sin éxito, porque si bien admitía la justeza de todos los reproches que se hacía, igual le era imposible ignorar la suerte del equipo, leía los diarios en busca de información, escuchaba algún que otro programa deportivo y, por fin, cuando el equipo jugaba, su mente estaba puesta en él y no había tarea que lo distrajese lo suficiente. Iba finalmente a prender la radio para ponerse al tanto del resultado y no podía evitar que su ánimo dependiera de éste. A la sazón, la frialdad de Luis al respecto le era tan odiosa que cuando el equipo perdía y él imaginaba su desapego, se decía que su amigo era incapaz de amar algo verdaderamente, que, tibio, se deslizaba por la vida sin la fuerza necesaria como para volcarse en algo de manera absoluta y sin cortapisas. Y, adjudicándole esta tara, despreciaba en alguna medida a su amigo y se reivindicaba a sí mismo, persuadido por unos momentos de que su vehemencia futbolera no era más que una faceta, aunque incómoda, inevitable, de su naturaleza apasionada, de su profundo vínculo con las cosas que entraban en la celosa esfera de su amor.

Ya habían transcurrido más de diez minutos del descanso, cuando sintió que la cara invasora había emergido en su reverso: incluso creyó advertir que hacía su aparición para gesticular burdamente hacia las paredes, hacia un vacío rincón de los techos de la cocina. Estas expresiones a sus espaldas lo hicieron vacilar, ¿tenían alguna vinculación con el partido, con su frustración, ya fueran una burla, una censura, o lo que fuese, o era una de esas apariciones azarosas, sin motivo, que a despecho de que eran bastante discontinuas empezaba a tenerlas por ru-

tinarias, a incorporarlas sin más remedio a su vida? Pero esta vez notó que el rostro se continuaba en un cuello que no era solamente el suyo propio, sino que, por detrás de su columna, había emergido otra garganta —la que no carecía de su propia nuez de Adán, a la que percibió bastante protuberante—. Esto lo inquietó porque sin duda era un avance que el otro hacía sobre él, la prueba de que no se conformaba con su restringida y ocasional existencia en la nuca, que aspiraba a más y que tenía los medios para alcanzarlo. Quiso protestar contra esa prepotencia casi traidora, mostrar su indignación de tal modo que el otro tomase debida nota de ella, de su voluntad de no dejarse avasallar, mas lo detuvo tanto la imposibilidad de la protesta como un repentino y enconado reproche contra sí mismo por haber confiado en que las cosas no irían más allá de donde habían llegado, por el optimismo ingenuo que lo había obnubilado. Le era patente ahora que lo primero que tenía que haber previsto era este avance, con lo que habría hecho algo —aunque no sabía qué— para ponerle un freno.

Se levantó, en razón de que calculaba que hacía unos minutos que había empezado el segundo tiempo, aunque hesitaba acerca de lo que le convenía hacer. Hacía un tiempo que había abandonado la pretensión de sorprender a la otra cara, sea en un espejo, sea palpando su nuca; y esto porque, cuando emergía, sentía tan incontestable, tan evidente su existencia, que el no hallarla luego le parecía ya un hecho muy poco decisivo, una circunstancia que no variaba en mucho su apreciación del asunto. Aunque tampoco pueda afirmarse que estuviera absolutamente seguro de la existencia del otro rostro; guardaba aún una esperanza, pero era tan irrisoria que no tenía más signo que la reticencia a decirse abiertamente: "Soy bifronte", y a la vez creerlo con todas las fibras de su ser. En todo caso sí sabía que jamás podría sorprenderlo, que de nada le servirían las astucias más acabadas.

Parado en la cocina, no decidía todavía lo que le sería conveniente en esta situación. ¿Debía arriesgarse a ver el partido con la otra cara atrás? Su resistencia obedecía más que nada a la vergüenza, en gran medida inconfesable, de mostrar ante ella su fanatismo futbolero, exponiéndose

ante un testigo del que no se fiaba en lo más mínimo y al que tenía por enemigo. De cualquier manera regresó al comedor y encendió el televisor. Se había dispuesto a verlo serenamente sea como fuere lo que ocurriera en el partido, entendiendo que sus iras, sus manifiestas frustraciones, serían el emergente de una debilidad de la que el otro podría sacar provecho. A poco que se sentó a mirar sin embargo —y en estos primeros instantes apenas si pudo prestar atención al juego—, advirtió que la cara se había esfumado y ya no estaba allí. Aliviado, sintiéndose libre, se estiró en la silla, desentumeciéndose, e hizo unos ejercicios gimnásticos. ¿Tendría alguna relación la retirada del rostro con el fútbol? —se preguntó en su fuero íntimo, ilusionado con la idea de utilizarlo para desembarazarse por siempre de esa presencia infame. No le pareció descabellado pensar que el rostro pudiera tener una gran aversión a este deporte. Y si así era —especulaba mientras observaba los ineficaces intentos de su equipo en pos de alcanzar el empate—, no tenía más que encontrar la manera de usar esta peculiaridad a su favor, manteniéndolo bajo una constante amenaza hasta acabar con él, ya que sospechaba que si no emergía por un tiempo más o menos prolongado fenecería a causa de la misma inacción, vencido por la impotencia. Estas optimistas disquisiciones, en las que no creyó un ápice ni acabaron tampoco con su pesadumbre, se fueron difumando en la medida que el partido recuperaba crecientemente su atención, ocupada en buena medida hasta el momento por el dejo amargo que cada aparición le dejaba. Su fastidio aumentó, aguijoneado por la injusticia que suponía para él el no verse recompensado a través del fútbol de los sinsabores del bifrontismo. ¡Todo le era desfavorable! Se sentía constreñido por una suerte de constitutiva maldición, arraigada en él de tal modo que si se hubiera querido librar de ella habría tenido que arrancarse pedazos del cuerpo. En cada jugada desafortunada de un integrante de su equipo veía su influencia, su funesta intervención. Bastaba que él deseara tal cosa para que no ocurriera. Se figuró inclusive que debía probar suerte alentando el triunfo del equipo contrario, y si no lo hizo fue porque cayó en la cuenta de

inmediato de que a los hados de su maleficio no se los engañaba con un ardid tan burdo. Por unos segundos cruzó por su cabeza la idea de que eso que se veía en la pantalla no se correspondía con ninguna realidad, que era una simple invención y no había tal partido, ni jugadores, ni nada de lo que allí se veía. Mas esta conjetura, que mientras pudo sostenerse provocó en él cierto pasmo, se disipó tan prontamente como había llegado, sin dejar mayores resabios. Harto por fin de ser testigo de lo que parecía una derrota irremediable, apagó con odio el televisor, calculando prenderlo en el minuto final para enterarse del resultado.

Parado al lado del televisor, sorprendido por el silencio que lo rodeaba, Marcos no sabía qué hacer ni en qué ocupar el tiempo. Sentía asco de su suerte, del triste panorama que tenía por delante ese día. Había planeado ir a vender unos vómitos luego del partido, pensando en que el triunfo de su equipo, el fresco recuerdo de los goles, compensaría el trago amargo del viaje y la venta; pero ahora lo esperaban horas desoladoras. Y le era inaceptable la idea de cambiar sus planes por el resultado de un partido de fútbol, por mucho que trinaba por su causa. No tenía más opción que ir a pesar de todo y soportar el embate constante de la retahíla que él mismo se habría de dirigir, de la náusea que sentía trepar por la garganta. De cualquier manera aguardaría a que el partido terminase, unos veinte minutos que, vacíos, sólo podrían llenarse con la bilis correosa que se henchía en su interior. Repentinamente, una arcada lo sacudió y el vómito le subió a la garganta. Corrió al baño al tiempo que oponía resistencia cerrando la boca con la determinación de llegar al inodoro, pero la fuerza del vómito lo desbordó, subiéndole hasta la nariz, y finalmente explotó, largándolo en la puerta del baño. Sólo el resultado de una segunda arcada, que le sobrevino al ver el vómito en el piso, fue a dar al inodoro. Tenía los ojos llorosos y respiraba por la boca, ya que tenía los conductos nasales tapados con el vómito. Fue a la pileta y se sonó la nariz, de donde salieron hasta pedacitos de comida carcomidos por las miasmas de los jugos gástricos. La situación le era penosa, sobre todo por la limpieza del

baño, el que, a más del charco, estaba salpicado por todas partes. La visión del vómito, desaprovechado y expandido por doquier, en el que de una u otra forma debía poner sus manos de inmediato para hacerlo desaparecer, le daba repugnancia; si bien ese objetivo concreto con el cual ocupar los próximos minutos comenzó a aparecer como un vago consuelo. Fue a buscar el trapo de piso y empezó a limpiar, recolectando con él para luego enjuagarlo. El asco inicial, por el cual se inclinó a juzgar que no podría hacer más que una limpieza somera, limitada a lo indispensable, dio paso a la imposición de no dejar rastros del vómito. Cuando hubo terminado con el trapo de piso, buscó otros trapos y desinfectante y otros productos y, concienzudo en extremo, se empeñó en la tarea de higienizar todos los resquicios, con la pretensión de que desapareciera también el fuerte olor que queda siempre como resabio, el que impregna las cosas de una manera singular y llamativa. ¿Utilizarían los laboratorios justamente aquello que producía ese olor ácido? —el interrogante abordó a Marcos en las postrimerías de su quehacer. En esa capacidad de persistir adivinaba una sustancia poderosa, y hasta lo invadió la sospecha de que debía ser valiosa y que los laboratorios los estafaban. ¿No debían acaso los vendedores de vómitos ponerse de acuerdo y presionar para que el precio suba? Imaginó por un segundo una especie de boicot de vendedores y tuvo la fugaz visión de esa noticia en el diario.

Una ligera satisfacción lo había invadido al culminar la limpieza. Por medio de la vista al menos era imposible percibir que allí se había vomitado. Se lavó bien las manos y, al secárselas consultó la hora. Faltaban tres o cuatro minutos para que el partido terminase. Fue y, temeroso pero esperanzado, prendió el televisor. Su equipo atacaba con insistencia y de esta circunstancia dedujo que no estaba ganando, por lo que se derrumbó la ilusión que en el fondo guardaba de un vuelco total de la fortuna. No tardó el relator en recordar que el partido estaba empatado; su equipo había convertido un gol. De por sí esto solo no generó sino un sabor agridulce en Marcos, pero abrió su expectativa de que se lograra el triunfo en estos últimos

instantes. Se volvió a sentar, tensionado por las postreras y cruciales jugadas, olvidado por completo de que un rato antes, al recordar la impotencia de los jugadores de su equipo mientras limpiaba el vómito, casi había deseado que esos torpes rivales les hicieran dos o tres goles más, para escarmiento de ellos y quizá, y fundamentalmente, para el suyo propio.

Al entrar en la espaciosa sala que servía de oficina de recepción de los laboratorios, Marcos tuvo la impresión de que corría ciertos riesgos que no había calculado. No había nadie allí, excepto los empleados, y la carencia de clientela hacía que éstos se distendieran y charlaran entre ellos. Marcos cayó en la cuenta enseguida de que en ese ambiente en donde la disciplina laboral había cedido en buena parte, era mucho más probable que disminuyese también la distancia entre el cliente y los empleados y que éstos en consecuencia se viesen tentados de iniciar una conversación con él. Tal vez, sólo por ser amables con el único cliente presente, se diesen a indagarlo, a interesarse en su persona. Avanzó cautelosamente con su bolso hacia el mostrador en el cual los vómitos eran pesados, como si temiera interrumpir la conversación entre las empleadas, abierto a la posibilidad de que emergiera una excusa que le permitiese irse sin más. Colocó su bolso en el mostrador y al punto las chicas lo miraron. Una de ellas se acercó.

—Qué tal —le dijo con una sonrisa a medio camino entre la obligación laboral y el disgusto por la interrupción.

Marcos contestó el saludo con una voz apenas audible, al tiempo que sacaba del bolso los vómitos embolsados. La otra chica, según creyó advertir, pretendía intervenir de alguna manera, y esbozaba una mueca que en parte era consternación y en parte expectativa por las propias palabras que estaban a punto de salir a luz.

—No tenés por qué —afirmó con determinación, dirigiéndose a su compañera, continuando la conversación que Marcos había interrumpido.

La chica que estaba pesando los vómitos, una morocha de pelo muy lacio, elevó ligeramente los hombros, utilizando este recurso con el objeto de no dejar desairada por completo a su compañera y, al mismo tiempo, darle a entender que no quería hablar del asunto delante de un cliente, de un desconocido.

—No. Es que no tenés por qué —reafirmó, esta vez con disgusto, creyendo que el ademán de su compañera era de resignación.

Viéndose mal interpretada la morocha optó por el silencio, en espera de que Marcos se fuera para aclarar su posición al respecto.

—Ya estamos por cerrar —le dijo a Marcos la compañera de la morocha, reprochándole su presencia.

—Es que... tuve problemas y se me hizo tarde —mintió, hablando de modo casi ininteligible, como si lo hiciese para sí mismo, avergonzado a pesar de que creía entender que faltaba algo menos de media hora para el horario de cierre.

—Estamos por cerrar —repitió la chica.

La morocha le extendió el ticket y él lo tomó con apuro, urgido por alejarse.

Fue hasta la caja sin demorarse siquiera en conocer la suma que le debían abonar. Estaba allí, en su alto taburete, la mujer de las gafas pequeñas, vestida, como siempre, con ropa deportiva. Marcos le entregó el ticket y la mujer, acomodándose para que su mirada atravesara las exiguas lentes montadas en la zona media de su larga nariz, estudió el papelito por unos segundos.

—Debe haber un error —sentenció—. ¿Cuántos vómitos vendiste?

—Dos.

—Hay una equivocación, porque acá están marcados treinta y dos gramos, nada más. No puede ser. ¿Qué tamaño tenían las bolsas? —le preguntó con aire de pretender prestarle ayuda para que no saliera perjudicado.

Marcos, un poco desconcertado por lo dificultoso que le resultaba poder precisar el volumen de unos vómitos embolsados, le indicó con las manos un tamaño.

—Así —dijo, aunque en seguida se rectificó porque

creyó estar exagerando—. Así —repitió, mientras achicaba en alguna medida el espacio entre sus manos.

—No. Está equivocado —ratificó la mujer—. Andá a que te los pesen de nuevo —y le devolvió el ticket.

Marcos dio media vuelta y caminó unos pasos, dudando, y luego se detuvo. Casi prefería que le pagasen por el peso allí indicado a tener que regresar a molestar de nuevo a las empleadas del pesaje. Sin embargo, estuvo seguro de que la cajera insistiría en que hiciese el reclamo y no se avendría de ninguna manera a pagarle en esas condiciones, por lo que, luego de comprobar que efectivamente la máquina había marcado treinta y dos gramos, continuó caminando rumbo al mostrador en el que había sido atendido un momento antes.

La morocha se acercó a ver qué necesitaba, mientras la otra chica, indignada, ponía gesto de fastidio y —al menos ésta fue la impresión que tuvo Marcos— permanecía al acecho de una oportunidad para intervenir.

—La cajera me dice que hay un error —se apresuró a aclarar él, intentando dejar sentado que había regresado porque la mujer lo había dispuesto así.

—Dame. ¿Qué error hay? —preguntó la morocha tomando el ticket, ahora también ella a punto de perder la paciencia.

—Están marcados treinta y dos gramos.

—No. Son trescientos veintisiete gramos. Lo que pasa es que la máquina no imprime el último número del peso. Pero en el visor marca bien. Me acuerdo de que eran trescientos veintisiete gramos. Y la suma de dinero es correcta. Fijate —y le pasó el ticket—. Todo está bien excepto ese último numero que no imprime, pero el cálculo está hecho con los trescientos veintisiete gramos.

Marcos comprobó que lo que le decía la chica era cierto. Aliviado, volvió a la caja y le refirió a la mujer lo que le había explicado la otra empleada. Mas la cajera tomó el ticket no muy convencida. Lo miró con detenimiento.

—Sí, pero... No sé si este ticket es valido, porque... —y se quedó en silencio, pensando en las posibles consecuencias que, en su desconfiada impresión primera, os-

curamente, abarcaban tanto la contaduría interna como la recaudación impositiva, como otras instancias que en ese momento no le venían a la mente pero que bien podían existir. Era visible que su resistencia a dejar correr el ticket iba en aumento conforme consideraba el asunto.

—¡¿Qué les costaba pesártelos de vuelta en otra máquina y traías entonces un ticket en regla?! —miró a Marcos con ofuscación. Éste no sabía qué decir para que la mujer tuviese un juicio menos severo para con la equivocación de su ticket—. Además —continuó ella—, me van a seguir llegando estos tickets fallados. A ver, esperá —le dijo y cerró la caja con llave y se fue hacia el mostrador de las chicas. Marcos hubiera querido convencerla de que el peso no tenía mayor importancia, pero no tuvo la oportunidad.

La mujer no tardó en regresar.

—Tus vómitos ya están adentro —le informó, al tiempo que volvía a ocupar su alto taburete—. Ya no se pueden pesar de nuevo. Pero yo te lo salvo con birome y aclaro que es un error de la máquina. —Y acto seguido puso manos a la obra, escribiendo concienzudamente con letra diminuta en la pequeña tira de papel, utilizando todos los márgenes disponibles, ya que sus explicaciones le requirieron un texto bastante más extenso de lo que se hubiera pensado.

—Bueno. Ya está —dijo cuando hubo terminado, no muy satisfecha pero resignada.

—Ya me parecía que treinta gramos era ridículo —siguió la mujer, y lo miró, con sus ojos agrandados por las lentes, y le sonrió ligeramente—. De cualquier manera trescientos gramos para dos vómitos es poco. —Abrió la caja para pagarle—. ¿Qué pasa? ¿Comés poco?

—No. Yo... No como mucho pero puede suceder que no vomite todo, que sea no más una arcada y... —Marcos se escuchaba dando explicaciones y se odiaba por darlas, y para peor se había embarcado a hacerlo en extenso, dando detalles. No obstante, cuando levantó la vista y vio a la mujer, con su cuerpo pedestre y que no guardaba ya ninguna belleza bajo las ropas deportivas, y su rostro de mujer del común, que piensa y habla al unísono, sin

ninguna mediación —porque en el fondo, atinadamente, desprecian el valor de las palabras y consideran que de ellas no se puede esperar nada grave—, se dio cuenta de que lo que dijera, lo que pudiera confesar, habría de permanecer en una piadosa superficie, en los lindes del comentario, apresado por lo cotidiano y la consecuente imposibilidad de lo extraordinario.

—Te lo pregunto porque ya que venís hasta acá, y... en fin, te convendría ser más contundente —la mujer observaba los billetes que descansaban en los compartimientos del cajoncito, sin decidirse a tomar la paga de Marcos—. Mirá, a mí me da un poco de envidia cuando los veo con los bolsos porque yo no puedo vomitar aunque esté a punto de reventar.

—¿Tenés el vómito fácil, al menos? —continuó, preguntando en tanto sacaba los primeros billetes.

Marcos pensó que le convenía decir que sí, y contaba para esto con el aval de su general predisposición al vómito, que incluía variadas circunstancias, empero las dificultades que tenía para lograrlo cuando debía ganar con él un dinero lo hicieron dudar, sofrenado por el prurito de evitar la mentira.

—No —se decidió a contestar—. Sí —se corrigió al punto, cayendo en el embarazo a causa de su ambigua respuesta.

—A veces pienso que si llego a quedar desocupada no tendría siquiera el recurso de vender unos vómitos —la mujer prosiguió con lo que venía discurriendo y no llegó a tomar en cuenta la contestación de Marcos, interrumpiéndolo cuando éste se disponía a explicar la contradicción en que había caído—. No sé qué podría vender.

Le extendió el dinero mientras a los costados de la boca se le dibujaban unos inesperados hoyuelos, que parecían ser producto tanto de la amargura como de lo mofletudo y flojo de las mejillas.

—Aunque siempre hay algo para vender —acotó ella cuando Marcos guardaba la billetera en el bolsillo del pantalón. Y la mujer esbozó una sonrisa a la que en el momento él no le dio un significado preciso, pero que más tarde le hizo pensar en una referencia a la prostitu-

ción. Y que esa mujer sin formas, con las carnes impúdicamente caídas en los visibles pliegues de su jogging, mencionara con placer la posibilidad de la prostitución, lo impresionó, quizá porque fue la primera vez que aparecía ante él como un poder y como una superioridad, quizá porque si en ella el asunto estaba tan en superficie como para que saliese a luz cuando cruzaba unos comentarios casuales, qué cabía esperar de una mujer más joven y con más atractivos. Bien que, no tardó en barruntar que eran justamente la edad y el físico los que le permitían especular abierta y públicamente al respecto, y de esto dedujo que los márgenes de libertad crecen al unísono con la decrepitud, como si fuesen su consuelo o su venganza. Se imaginó incluso ofreciéndole dinero para ir a la cama y que ella aceptaba de buen grado, contentos ambos de que el dinero allanase por completo las diferencias de edad y los justificase.

En el subterráneo, durante el viaje de regreso, Marcos no podía evitar la constante percepción de la billetera, a la que llevaba en uno de los bolsillos delanteros del pantalón. Sentía su presencia en el muslo como si estuviese a mayor temperatura que su cuerpo, como si se hubiera decidido a irradiar un inusitado calor que nacía en su propia corporeidad. Había probado cambiarla de bolsillo, mudándola al de la otra pierna, sin embargo la situación no había cambiado en nada, y la billetera seguía reclamándole que estuviese atento a su existencia. "¿Tendré las piernas frías?" se había preguntado en una ocasión, con el objeto de darse una explicación, la que al instante cayó en desgracia al recordar que la billetera no podía tener otro calor sino el que él le transmitía —aunque en realidad no parecía que así fuera—, y no podía estar más caliente que él mismo. Si era el caso que esos billetes ganados con los vómitos habían adquirido una cualidad ígnea en reclamo de algo, él no acertaba a adivinar de qué podía tratarse; aspiraba más bien a desembarazarse de esa presencia a través del olvido, de la desestimación, distrayéndose. Dio

en pensar en Alejandra, en los billetes que ella confundía, y por un momento el asunto tomó otro cariz, ya que dejó de lado el supuesto de que el dinero fuera un objeto pasivo, y se abrió a la posibilidad de que fuese en realidad un sujeto activo que en Alejandra equivocaba el camino por razones que estaban más en él mismo que en ella. Un sujeto vital, que en su capricho se había encarnizado con Alejandra, o que, por el contrario, se perdía en ella y era su víctima, por lo que, confundido, actuaba a tontas y a locas, aterrorizado por un vacío o lo que fuere que le era desconocido y que le hacía despeñarse hasta su antítesis, la torpeza y la inepcia. Entonces, no era Alejandra la impotente sino el dinero y era éste quien fracasaba y quien debía encontrar un remedio. Juzgándolo así, sus pretensiones de brindarle ayuda para que superase el problema aparecían como un simple favor al dinero, una intromisión de resultado incierto, tal si intentase una cura médica sin el más mínimo conocimiento. Y sin embargo, conmovido por lo que entendía era una indefensión de Alejandra frente al mundo, de un tiempo a esta parte se había impuesto ayudarla, y ahora cruzó por su cabeza, excitándolo, emocionándolo, la idea de que un hombre —él— , increíblemente poderoso en su inteligencia, frente al cual todos los demás debieran inclinarse, un hombre que, gracias a su mente, tuviera en sí la fuerza de Dios —y sentía que de existir esta fuerza se haría corporalmente perceptible en sus antebrazos— y lograra, para satisfacer a Alejandra, que el dinero desapareciese y no se usase más en las relaciones humanas. Esta grandiosidad de su persona, exhibida ante ella, le plació enormemente; él sería frente a todos, y en particular frente a Alejandra, el hombre que había acabado con el dinero, una hazaña que torcería el rumbo de la Historia, comparada con la cual todas las otras aparecerían como insignificantes. Por unos momentos llegó a considerar que quizá no era imposible, y se entregó a unas especulaciones a las que tuvo por preliminares de otros análisis posteriores; casi creyó que estaba al alcance de sus manos una intuición genial que le deparase la salvación, la felicidad. El quid de la cuestión, calculaba, para que la solución fuese accesible para él, debía estar en un hecho simple y esen-

cial que hubiera permanecido invisible, velado por un supuesto que se apoyaba en el sentido común y que en consecuencia no se había puesto en duda; y su tarea consistiría entonces en demostrar la falsedad de esa presunción y a partir de aquí, siguiendo una lógica irrefutable, ir desmembrando paso a paso las instituciones y las prácticas que sostenían la existencia del dinero. Durante unos segundos disfrutó de la armonía perfecta de las demostraciones que haría en el futuro, y casi pudo sentir físicamente su contundencia. Imaginaba que no habría de tener ni un solo enemigo; todos, hasta los más renuentes, habrían de reconocer la superioridad de sus análisis y, embargados por la unánime corriente de simpatía hacia su persona, se disputarían los elogios, hasta el punto que éstos cesarían por completo, dado que en su nombre estarían supuestos, incorporados a él con la misma naturalidad con que un sustantivo común es portador de las cualidades intrínsecas del objeto que designa.

Su ensueño, no obstante, sufrió una asfixia repentina, la que en principio no reconocía un origen preciso. Tal vez un cúmulo de objeciones —que incluirían cuestiones prácticas de las más diversas, que no llegaban a perfilarse con nitidez— se habrían abatido sobre su ilusión y la ahogaban. Afuera, las grises columnas que apuntalaban el techo se sucedían con velocidad y Marcos las veía pasar en tanto que su cabeza se iba quedando vacía, se aletargaba. De cualquier modo, viajaría en el tren subterráneo cuando estuviese montado en su gloria —decidió, aferrándose a los últimos resabios de su sueño—, y los otros pasajeros lo mirarían con una emoción contenida por el respeto, rabiando por terminar el viaje para encontrarse con alguien a quien decirle que lo habían visto allí, en el vulgar subterráneo, admirados de que él se aviniese a estar con ellos como si fuese uno más. El tren entraba en la última de las estaciones que él debía dejar atrás; ya no sentía la billetera en el muslo, acomodada ahora a la temperatura de su cuerpo. En rigor la había olvidado. La gente caminaba por la estación rumbo a la salida y Marcos, antes de que el tren partiese, pudo ver el embudo que se formaba con sus cuerpos. Por unos instantes sintió que por esa gente maleable

y que tomaba las formas más diversas valía la pena hacer un esfuerzo supremo hasta dar con la manera de acabar con el dinero. Mas desde aquella asfixia el asunto había perdido la capacidad de emocionarlo y tendía más bien a escaparse de su atención, quizá temeroso su sueño de que su presencia en el centro del discurrir alertase a las numerosas objeciones que merodeaban en torno y que entonces éstas aparecieran de un modo concreto y macizo. Su sueño parecía preservarse para el futuro.

Ya en la calle, echó a caminar con cierta premura rumbo a su casa, aunque allí no lo aguardaba más que una improbable llamada de Luis. En dos días se encontraría con Alejandra para estudiar anatomía y para ese entonces quería tener algunas ideas firmes con las cuales ayudarla, más allá de su sueño, y debía preparar también una manera ingeniosa de sacar el tema a luz para evitar que ella se ofendiera. Él había pensado que en última instancia, si era el caso que Alejandra sufría a causa de su mención al problema que tenía, él podría confesar su bifrontismo, con lo cual ambos estarían hundidos en un pozo común y no habría entre ellos diferencias que los separasen. Deseaba que Alejandra adivinara en él a una persona sometida a la acción de similares humores y que supiese que él estaba en condiciones de entender. Se sentía seguro de poder ayudarla, la misma seguridad con la que la juzgaba a ella absolutamente impotente para hacer otro tanto por él.

La madre de Alejandra, una mujer relativamente joven pero con el cabello canoso al descubierto, lo hizo entrar a la casa. Cuando pasaban del vestíbulo al living, Alejandra bajaba las escaleras con rapidez. Marcos se figuró que el apuro se debía a que ella deseaba ocultar cuánto se apoyaba todavía en su madre, ya que probablemente creyera que al haber permitido que su madre lo recibiese se estaba poniendo en evidencia.

—¡Qué tal! —lo saludó ligeramente abochornada, o esto creyó entender Marcos al advertir cierto color en sus facciones.

—Bueno, me voy —dijo la madre al tiempo que se dirigía hacia las escaleras.

Alejandra había bajado con libros y cuadernos.

—Vení, pasemos acá —y ella lo guió hasta una cocina amplia que hacía las veces de comedor diario. Allí se instalaron en una mesa redonda de fórmica que ocupaba todo un lado de la habitación. El rostro de Alejandra estaba ahora serio y concentrado, como si no quisiera olvidar algunas imposiciones que se había hecho. Revisó las tapas de los libros con detenimiento. Marcos abrió su cuaderno, dispuesto a empezar, aunque no tenía idea por dónde. Él tenía algún deseo de hacer conocer —más que nada para iniciar la conversación— la antipatía que sentía por el profesor de anatomía, sobre todo a causa de esa verba vanidosa e imprecisa que utilizaba en las clases, pero no se animaba a hacerlo porque había advertido que contaba con simpatías bastante extendidas —pese a que sus chistes seguían cayendo en saco roto—, y temía que Alejandra fuese una de sus acólitos.

—¿Querés café? —lo invitó ella.

—No, gracias —Marcos rechazó de forma no muy convincente.

—Sí; voy a hacer. Yo quiero tomar —y Alejandra se levantó y fue hasta una mesada que dividía la parte de cocina propiamente dicha del comedor diario.

—La verdad es que me parece que es una materia que se estudia mejor sin compañía, individualmente —le dijo ella mientras operaba con la cafetera.

Marcos, consternado, se dio cuenta de que ella, por las razones que fuere, estaba arrepentida de haberle dicho que sí.

—Y bueno, me voy si querés —le salió decir, y mientras hablaba un violento calor lo invadió, ya que percibió que actuaba con un precipitado ofuscamiento.

—No, ¿cómo te vas a ir ahora? —y ella le echó una mirada rápida, serena, indescifrable—. No te ofendas. No me refería a nadie en particular sino a la materia, porque hay que concentrarse mucho y... Pero tal vez yo esté equivocada.

Marcos odiaba molestar o incomodar a la gente, y se sentía atrapado en una situación en la que, hiciese lo que hiciere, se fuese o se quedase, estaría insatisfecho. Y, como no se decidía a marcharse dado que lo tenía por un acto casi de violencia y de ruptura, se quedó sentado buscando qué decir, urgido por un silencio que se hacía más ostensible conforme pasaban los segundos.

—Es posible que... —le iba a dar la razón pero se detuvo—. Claro... —girando por completo en su apreciación, intentó hallar en un instante un argumento que convalidase el estudio conjunto, tan contundente como para convencerla y a la vez sutil, que no chocase por completo con la idea que ella había abrigado. Miraba las tapas de los libros con la pretensión de encontrar la respuesta en algún título, en alguna palabra que allí estuviese escrita.

—La medicina... —empezó de nuevo, mas se dio cuenta de que Alejandra, atareada con la preparación del café, no le prestaba atención y, como tampoco estaba seguro de lo que iba a decir, volvió a dejar la frase sin terminar. Alejandra tenía dificultades con la cafetera y la manipulaba algo nerviosamente.

Cuando el artefacto le dio un respiro giró hacia él.

—¿Qué me decías? Disculpame.

—Que la medicina —todavía Marcos no sabía a qué se habría de aferrar, si era el caso de que encontraba algo— es una carrera en la que el análisis... también cuenta, y hay que pensar en cómo se encadenan las cosas —él estaba pensando en su "teoría" acerca de la importancia de la lógica y la inteligencia en la medicina, aunque tampoco quería exponerla abiertamente—. Hay que hacer inferencias, deducciones, y de a dos siempre se puede... mejor —no pudo impedir el comerse una palabra.

—Sí, pero las deducciones, todo eso, se hacen frente al caso concreto, con los síntomas del paciente... No sé. Y esta materia...

Marcos sintió que el interior de su cabeza bullía y que una suprema humillación lo obnubilaba. Horriblemente desilusionado de sí mismo, se percataba de que en

realidad nunca había tenido en cuenta al caso particular, al paciente. Esta irrupción del paciente —que para él había existido sólo genéricamente— le abría perspectivas por completo diferentes; y aunque éstas fuesen alentadoras en grado sumo, la forma en que se le habían presentado lo rebelaba, y casi sentía rabia contra Alejandra, esa simple pelirroja que sabía que en la medicina había pacientes individuales además de síntomas.

Alejandra se acercó con las tacitas de café. Marcos quería retrucarle y que en sus frases, vengativas, quedasen bien expuestos los kilates de su inteligencia. Se urgía una respuesta, aun a sabiendas de que la chica no podía saber de la humillación en que lo había sumido con lo que para ella fue probablemente poco más que un comentario, apenas adverso a lo que él había expresado. Marcos tomó su café y, corriendo algunos libros, lo apoyó en la mesa.

—No. Me refería a que no es una carrera que se estudie por completo de memoria. Hay cuestiones que se deben entender... —Marcos no estaba nada satisfecho con sus palabras, que le parecían anodinas, ni con su forma de expresarlas, casi quejumbrosamente—. Es imposible estudiar todo esto de memoria —y señaló los libros sobre la mesa—, hay que comprenderlo; entonces lo que se memoriza son algunas cosas y el resto se deduce o se recuerda a partir de esas cosas —ahora creía haberse superado en mucho, pero de cualquier manera quería más, ya que se estaba limitando a contestar la cuestión puntual acerca del estudio de la materia, y él ansiaba explicarse, y en parte también explicarle, esa laguna bochornosa que había tenido con respecto al paciente, y a través de esto elevarse por sobre ella de una manera visible, incontrastable.

—Sí, yo hablaba de otra cosa —la actitud de Alejandra era de una blanda humildad, la que se tiene cuando a la persona el asunto le es en gran medida indiferente.

—Del paciente —acotó Marcos.

Alejandra no contestó.

—¿Existe el paciente en la medicina? —arriesgó él, intuyendo haber encontrado la punta del hilo que termi-

naba en su reivindicación, barruntando además la genialidad, la elevada abstracción, tal vez la develación de uno de esos falsos supuestos que han persistido por siglos.

Pero Alejandra lo miró con una cara de absoluto desencanto, de condena y disgusto.

—¿Qué decís? ¿Te pasa algo?

Ante esto, durante unos segundos Marcos dudó de su apreciación, y no tuvo más remedio que sospechar en su fuero íntimo lo estúpido de su pregunta. Aunque no tardó en resurgir el vaho de genialidad que había percibido en ella, y, confundido, balbuceó algo ininteligible. Estaba transpirado, conteniendo la exhaltación que le recorría el cuerpo. Miraba una de sus piernas, que, apoyada en la punta del pie, se movía como un pistón, en cortos y rápidos movimientos verticales.

Más tarde, ya en su casa, se dedicaría a cavilar por largo rato en torno de lo próximo que se halla lo elevado de la estupidez. Y recordaría lo que Luis le había contado en una ocasión acerca de ciertos enunciados filosóficos: expuestos por un profesor de filosofía le habían resultado fascinantes; ahora, cuando escuchó los apuntes que un compañero suyo había hecho en la clase —los que éste leyó en voz alta—, y aunque prácticamente seguían palabra por palabra al profesor, el pobre filósofo se degradó mucho y sus postulados parecían ingenuos y propios de un delirante. Luis le había dicho esa vez —Marcos, en parte, había rechazado las afirmaciones de su amigo— que si Einstein le explicara la teoría de la relatividad a una persona del común, le bastaba a ésta decir ¡qué estupidez!, ¡usted debía estar soñando!, para que el físico quedara desarmado, aplastado de tal modo que por unos momentos ni él creería en sus propias teorías, maceradas por años. Y Luis había deslizado entonces que, en su opinión, la ignorancia era un gran baluarte y que desde ahí arriba se puede despreciar a cualquiera.

Claro que Marcos no podía tener ninguna seguridad acerca de lo elevado de su pregunta y más bien se inclinaba a creer finalmente que había cometido un desliz y había tomado por gran cosa una idiotez.

—Decía por decir —acotó con una sonrisa forzada después de un rato de silencio.

—¿Empezamos? —dijo ella atrayendo hacia sí un cuaderno y un libro.

—Sí —contestó Marcos no muy convencido, recordando que al fin de cuentas no habían quedado en nada firme con respecto al futuro, y la posibilidad de seguir estudiando juntos estaba en la incertidumbre.

—¿Por dónde empezamos?

—Por donde quieras —respondió él de inmediato, haciendo caso omiso de toda consideración que hiciera al estudio mismo ante su necesidad de conceder en todo lo que ella propusiera.

—No sé si conviene empezar por la unidad uno porque no tiene ningún tema que después se continúe. Es como una unidad aislada. De la dos en cambio se sigue todo lo demás.

Marcos asintió, si bien en el contexto era un gesto ambiguo, sin sentido. Estaba disgustado por la disciplina que mostraba Alejandra para el estudio. Él hubiera querido hablar sobre bueyes perdidos, atento a cualquier oportunidad que le sirviese de excusa para merodear el asunto del dinero, debido a que no quería sacarlo a luz bruscamente ni que pareciese premeditado. Suponía que ella era muy susceptible con respecto a esta cuestión. Para colmo las cosas no habían ido bien para él hasta el momento y temía que la alusión que planeaba, de no hacerla con un tacto extremo, terminase por desbarrancarlo; aunque aun así no renunciaba a ella y era en verdad su gran esperanza.

—¿Empezamos por la unidad dos, entonces?

—Sí. Sí —él estuvo de acuerdo aunque no había considerado en lo más mínimo lo que ella le había dicho.

—Si querés yo leo y vos hacés una síntesis. Cualquier cosa parame.

Marcos volvió a estar de acuerdo y, sin más remedio —no tenía ganas de estar atento y concentrado como para armar un resumen—, tomó su cuaderno. Alejandra empezó a leer, decidida a aprovechar el tiempo y a aprender a conciencia la materia. Estaba con la cabeza gacha, volcada sobre el libro, el pelo rojizo a los lados de la cara. Marcos

miraba con detenimiento su labio superior, que se veía tierno y gracioso mientras se movía conforme las palabras se iban sucediendo. Ese labio lo conmovía y creía ver en él lo que ella era en última instancia, más allá de los tonos perentorios de voz, del rigor que ponía en el estudio. Este descubrimiento del labio lo hizo feliz; confirmaba sus intuiciones acerca de ella y ponía en sus manos el secreto que guardaban esas facciones. Pensó, incluso, que todo rostro tiene su secreto. Y aunque él ni siquiera conocía el del suyo, ahora más que se contentaba con el de Alejandra. Por supuesto que, por otro lado, debía seguir el discurso del libro y al mismo tiempo abstraer las ideas principales, anotarlas con letra legible, e ir buscando las articulaciones entre unas y otras, o al menos todo esto era lo que se había propuesto al tomar el cuaderno. Pero, distraído por el rostro de ella, por las inflexiones del labio, se aturullaba en gran medida y lo que conseguía anotar era paupérrimo. En más de una oportunidad se le escapó algo que debía anotar y, mortificado, intentaba recordarlo, pero no podía detenerse más que unos segundos ya que Alejandra seguía leyendo, tozuda, uniforme, y finalmente debía darlo por perdido. De tanto en tanto ella se detenía y hacía algún comentario, en el que se hacía visible la concentración de la chica en el texto, y provocaba en Marcos cierta impaciencia. Se suponía que su resumen debía ser la cristalización de toda la lectura, de los comentarios, que en general sacaban a relucir la explicación del profesor sobre ese punto, y cuanta más aplicación mostrase Alejandra, más evidentes se harían las carencias de sus apuntes. Guardaba como esperanza la posibilidad de procesar después el resumen en una computadora y que al hacerlo se inspirase para corregirlo e hilvanarlo. Y era esta confianza en su capacidad para ponerle remedio la que le permitía contemplar por momentos el labio de Alejandra con placer y alguna fijeza.

Luego de más de una hora de lectura y cuando hubo llegado al final de un capítulo, Alejandra se detuvo y propuso que pasaran en limpio y repasaran lo que habían visto.

—Podríamos introducirlo en una computadora —sugirió él.

Ella fue a buscarla y a Marcos, descubriendo la tacita de café sobre la mesa, se le ocurrió que podía traer a la conversación alguna opinión sobre el servicio que brindaba el bar de la facultad, iniciando así un acercamiento al tema del dinero de una manera natural y acomodada a las circunstancias.

Volvió Alejandra con una computadora portátil y le pidió el cuaderno con los apuntes. Marcos, sorprendido, dudó, y a punto estuvo de negarse a entregarlos, pero como lo hubiera hecho con ofuscación y aparentemente sin motivo, cedió el cuaderno sin decir palabra, sólo para darse cuenta al punto de que bien podía haberse ofrecido a entrarlo él a la máquina, respaldado por el hecho de ser el autor del resumen y quien estaba en mejores condiciones de hacerlo. Empero ya era tarde porque Alejandra los leía, y en un ofrecimiento desesperado y tardío hubieran aparecido bien visibles sus intenciones, o por lo menos esto creyó él.

Alejandra leía con el ceño fruncido y fue creciendo en Marcos una irritada angustia, alimentada por la frustración de presenciar de qué manera él, que creía poseer una gran capacidad intelectual, pasaba por mediocre. Apremiado, se le ocurrió distraer la atención de Alejandra del manuscrito con su planeada mención al bar de la facultad.

—Sirven comidas en el bar de la facultad, ¿no? —farfulló tan débilmente que Alejandra apenas si lo oyó, y aunque levantó la cabeza, en vista de que él permaneció callado volvió a ocuparse de la lectura,

—No entiendo la letra —se expidió Alejandra y, acto seguido, le devolvió el cuaderno y le acercó la computadora.

Con alivio, Marcos tomó ambas cosas y las dispuso frente a sí, confiado en poder remediar su mal trabajo. Mas Alejandra se quedó parada a su lado y, aunque él esperó a que se marchase durante cierto lapso, ella no demostró ninguna intención de irse, sino que parecía dispuesta a presenciar la transcripción del resumen. Marcos, sin poder concentrarse en lo que tenía que hacer, miraba superficialmente los papeles y el teclado de la máquina, y echaba furtivas miradas con el rabillo del ojo

hacia Alejandra. Su presencia lo importunaba en grado sumo; estaba seguro de que con ella ahí no podría hacer nada para mejorar el resumen, no obstante no alcanzaba a idear algo que lo librase de ella. ¡¿Qué podía decirle para que se fuera?! Era imposible decir simplemente que lo incomodaba, dado que aparecería como un quisquilloso y él suponía que era éste uno de los peores defectos que se podía tener ante los ojos de una mujer. Más fastidio le provocaba la actitud de Alejandra en tanto que ponía fin al enamoramiento que había sentido por ella cuando la lectura y la observación del labio. Y había sido ésta la única vez que se había sentido enamorado en su presencia, delante de sus ojos. Porque hasta ese momento sólo se había sentido enamorado cuando no estaba con ella, estando solo en su casa o caminando por la calle, recordándola, o, como mucho, observándola de lejos. Si, por ejemplo, la descubría a gran distancia en un pasillo de la facultad caminando hacia él, le sucedía que a medida que se acercaban su amor se iba disipando y, cuando hablaba ya con ella, sólo podía reconocer que Alejandra era una persona especial para él por el temor que tenía de decir algo inconveniente.

Esforzándose, empezó la transcripción del resumen, aunque todavía alguna parte de su mente se ocupaba en hallar un modo de desviar la atención de Alejandra.

—Varias veces... te vi con problemas para pagar... y... —se echó a hablar casi sin pensar, mirándola por unos fugaces instantes y bajando luego la vista, pero se escuchó tan brusco que enseguida quiso atenuar el efecto prolongando la frase con palabras que sonasen más amables.

—Pensé que tal vez eras muy corta de vista —se le ocurrió a Marcos en el momento, y la idea fue un hallazgo muy grande para él, que sintió trepar en su interior una emoción en la que se mezclaban el alivio y la decepción. Nunca antes la había considerado y ahora le parecía altamente probable.

Alejandra titubeó y los colores le subieron a la cara.

—Tengo un pequeño daltonismo, pero no... no me

trae mayores problemas ni... Leo perfectamente letras bastante chicas —y leyó en voz alta la única frase que estaba escrita en la pantalla de la computadora.

—¿Por qué? ¿Pensaste que no pude leer el resumen por falta de vista?

Marcos hizo un gesto indefinido.

—Usaría lentes —continuó Alejandra—. Además, la letra del libro también era bastante chica.

Y aquí Marcos se dio cuenta de que increíblemente había obviado la lectura del libro, que ella realizó sin anteojos, y que si fuera el caso que usase lentes de contacto con más razón identificaría sin ninguna dificultad los billetes. Además, estimó ahora que para no identificar el dinero había que estar prácticamente ciego, por lo que la repentina idea que había tenido aparecía como una de esas estupideces que se hacen inevitables cuando se habla a boca de jarro.

Avergonzado, volvió a la pantalla de la computadora, siempre con Alejandra parada a un lado, un pasito atrás suyo. Había decidido que pasaría todo el resumen tal como estaba y luego vería lo que estuviera a su alcance hacer. Se puso a teclear entonces con gran rapidez, hundiendo innecesariamente los dedos en las suaves teclas, y no sin errores, los que lo obligaban a volver atrás con bastante frecuencia. En esto estaba cuando se fue abriendo paso en su discurrir la constatación de un hecho que antes, inmerso en el acontecer, se le había escapado: Alejandra no había dicho lo más mínimo con respecto al asunto del dinero y se había escabullido precisamente por donde él había abierto camino al pretender amenguar el tono de su intervención con una cuestión que, en su intención, iba a ser secundaria y de poca monta. Y no sabía si atribuir lo sucedido a su tonto entusiasmo por la idea de la poca vista o a la habilidad de Alejandra para esquivar el tema y diluirlo. En tanto continuaba introduciendo el texto en la máquina, pensó por unos instantes en la manera de retomar el asunto, con la ligera esperanza incluso de evidenciar así cierta firmeza de carácter, cierta tenacidad. Sin embargo no tardó en decirse que era imposible volver sobre el tema con un mínimo de

elegancia y que todo lo que pudiera decir sonaría forzado, y más que tenacidad pareceria ensañamiento.

De reojo había visto que Alejandra leía las frases conforme aparecían en la pantalla, y tuvo la tentación de escribir algo inesperado que no tuviese ninguna relación con la anatomía, algo que la emocionase, que la conmoviese, ya sea por adhesión o gusto, o porque le causara repulsión. Este deseo se evaporaba cuando le vino a la mente su bifrontismo.

—¿Tengo una cara en la nuca? —le preguntó de manera directa girando en parte la cabeza hacia ella, casi sorprendiéndose él mismo por este impulso irreflexivo.

Alejandra lo miró, dibujada su sorpresa en el rostro; en el que luego fue apareciendo la luz de la comprensión y con ésta la turbación y a la vez una indisimulable alegría. Marcos, por su parte, confuso en un primer momento por la osadía que había tenido, fue entendiendo que sus palabras serían interpretadas de manera muy distinta a su propósito original; y al ver la reacción posterior de Alejandra no tuvo dudas: ella había visto en esa pregunta un piropo, una aproximación. Al estar situada atrás suyo creía que su referencia a la cara en la nuca era una forma de decirle que querría tener ojos allí para mirarla mientras escribía.

Marcos se sentía abismado, como si estuviera cayendo en el vacío y sólo pudiese detenerse y hallar tierra bajo sus pies en el caso de que pudiera decir algo que salvase la situación, y a la vez, para lograr esto, necesitase detenerse. Le sonrió con torpeza, abochornado por la interpretación de ella. Suponía que era un piropo tonto y que no hablaba bien de él; y su propio exabrupto le impedía aclarar las cosas, dado que de intentar hacerlo sólo las empeoraría. Pero el rostro de Alejandra lo urgía a hablar.

—No... no tengo ojos ni... —Marcos hablaba totalmente al garete—. No tengo una cara atrás... Ni...

Permanecieron callados durante unos momentos.

—Sigamos, que si no no vamos a terminar —sugirió Alejandra, reaccionando, en vista de que ya era visible que no había forma de que dijeran cosa alguna en torno de lo anterior.

Marcos volvió a la computadora. Empezaba a resignarse a que sus palabras hayan sido un piropo y hasta nacía en él la esperanza de que éste le abriese camino y, al fin de cuentas, obtuviese algún rédito de su disparatada pregunta.

5

El sol que entraba por la ventana le daba a Marcos en un costado del cuerpo y de la cara, por lo que, enturbiada en alguna medida la vista y entregado a una calidez embotadora, apenas si se sentía partícipe de ese almuerzo junto a su madre y su hermano. Ellos hablaban cada tanto, sobre todo su madre, y la conversación lo tenía a él como testigo, un testigo que se percibía a sí mismo velado por la luz, amparado por el calor, a cubierto de interrogaciones. Escuchaba entonces como si no estuviese del todo presente y en él, o en ellos, hubiese una pátina de irrealidad. Su madre hacía más que nada comentarios acerca del negocio, pequeñas vicisitudes de las que Javier, su hermano, estaba seguramente enterado, pero que se sacaban a luz en su presencia quizá por deferencia y por el prurito de tenerlo informado, quizá para que supiese a qué atenerse dadas las nuevas y siempre renovadas dificultades por las que atravesaba el negocio. Su hermano acotaba a su vez ciertas opiniones a las que de seguro tenía por valiosas y a las que probablemente también repetía ahí, en esa reunión, para que él las oyese. Pero a pesar de esto Marcos no se sentía involucrado sino lejanamente, protegido en el seno del domingo de cualquier inquietud pecuniaria.

Los rayos de sol iban girando hacia su frente conforme avanzaba la comida y se le hicieron ya casi molestos, sin embargo, como había insistido en sentarse allí, no tenía valor para sugerir algún cambio que impidiese este incordio. En consecuencia, se concentraba más que nunca en su plato, y actuaba de tal modo para sí mismo,

enfatizando la minuciosidad y la dedicación, que se convencía de que en el acto de comer encontraba un tranquilo placer, el que merecía la degustación de una buena carne. El plato, allí donde la comida no había llegado, brillaba con la luz solar, y al mirarlo tanto más se abstraía del entorno, de la conversación, a resguardo de la obligación de hablar, la que, por lo general, se le hacía más perentoria cuando se hablaba del negocio, en razón de que ellos aguardaban que diese su punto de vista, el cual en definitiva sólo habría de servir para avalar cualquier cosa que ellos hiciesen. Por esto era que nunca se molestaban en rebatirlo y sus palabras abrían un paréntesis de silencio, que semejaba una suerte de vacío en donde sus ideas se hundían y desaparecían. Su hermano, por el contrario, hablaba como si sus palabras realmente pesaran, y era probable que así fuera, porque Javier, de manera totalmente natural, se había considerado siempre dueño del negocio, mientras que para Marcos había sido ajeno por mucho que él intentara persuadirse de lo opuesto. Y ambas convicciones se habían profundizado cuando Marcos se fue a vivir solo y su hermano se quedó en la casa materna. Marcos había intuido, desde la adolescencia, que él se habría de ir primero y que Javier quedaría allí, junto a la madre. Y si se lo hubiera obligado a explicar el porqué de esta creencia, el argumento, casi el único, que habría podido esgrimir, se hubiera basado en el marcado parecido de las facciones de su hermano con las de su madre, hecho al que en el fondo había tenido por suficiente para que ellos finalmente viviesen bajo el mismo techo y él se marchara. Él había tenido esta presunción casi inmediatamente después de la muerte del padre, aunque desde chico la imposibilidad de encontrar un parecido con algún familiar directo lo había llevado a presumir que, por fuerza, sus lazos con la familia no podían ser muy estrechos. Él, sin pensarlo realmente, había juzgado que el aspecto físico ya había determinado ciertas cosas. Mas este fatalismo, que nunca había dejado de ser una velada intuición, era una especie de consuelo ante la incertidumbre que su situación le provocaba. Su hermano, en cambio —al menos esto sospechaba—, había vivido siempre en un mundo de certezas, ya que la seme-

janza con la madre era indudable. Cuando Javier hablaba Marcos advertía que su hermano era corpóreo y material y ocupaba un lugar en el espacio y que sus deseos tenían una legitimidad evidente.

—No confío en la cajera —se expidió la madre cuando se avecinaban los postres—. Se sonríe mucho y se hace la modosita, pero no sé... Casi parece que le molesta tener que dar cuentas del dinero.

Periódicamente la madre iba cobrando odio a la cajera de turno, hasta que la echaba, quejosa por la imposibilidad de confiar en alguien. Dejaba entrever entonces que ella misma se haría cargo de la caja, empero por este o aquel motivo contrataba finalmente una nueva empleada. Desde los tiempos en los que el padre vivía ella se sentía en la obligación de ocuparse de la caja y se sentía culpable por no decidirse nunca a hacerlo. Una culpa que tenía su crescendo conforme otra mujer se afianzaba en el puesto y pasaba a ser "la cajera" del negocio, pero que por alguna razón refluía cuando el lugar estaba vacío.

Marcos, aunque no la conocía, hubiera querido decir algo a favor de la empleada, pero no dijo nada, en parte porque ante cualquier cosa que pudiera alegar su madre esgrimiría su desconocimiento de la cajera y aprovecharía esto para dirigirle una andanada de reproches, en parte porque barruntaba que por algún oscuro motivo su madre cobraría un encono mayor contra la cajera si él la defendía.

—Me engaño siempre con las cajeras. La gente aparenta ser una cosa y es otra —argumentó la mujer.

Marcos escapó por un momento de la zona de sol para mirarla, intentando descubrir a pesar de todo algún resquicio que le permitiese iniciar una defensa de la cajera. En las facciones de su madre se dibujaba la determinación, esa seguridad en las propias razones que es en absoluto independiente de lo que diga la realidad y de las demostraciones más acabadas que se puedan hacer en contrario.

—Pero si las cuentas dan bien —acotó Javier, levantando los hombros y dejando que un cierto escepticismo aflorase en su cara. Intervención que para Marcos fue

inesperada y que hizo surgir en él una incipiente curiosidad por la cajera, pero ahora por la persona particular y no por la genérica empleada que era antes.

—Dan bien hasta que dejen de dar bien. Y entonces es tarde —hablaba sin mirar a ninguno de los dos, como si no se considerase obligada a convencer a nadie.

—¿Y dan bien? —se preguntó de repente, picada por la desconfianza, aguijoneada por la idea de que tras las cuentas del negocio, aparentemente correctas —aunque nunca llegaba a entenderlas del todo—, estuviera oculto un robo que involucrase tanto a la cajera como al contador, o incluso a todos los empleados.

—Las cuentas están bien, mamá —aseguró Javier, instándola con el tono de voz a que se confíe en él y abandone todo resquemor, tal si ocupase el lugar del padre.

—Nunca hay que confiarse.

—Pero si todo cierra y no hay manera de que... —insistía Javier, quien estudiaba economía y consideraba que los números eran capaces de atrapar toda la realidad.

—Entre varios que estén de acuerdo pueden estafarte — sentenció la madre, interrumpiéndolo.

Se quedaron callados unos momentos. Marcos pensaba en la empleada, que iba a ser víctima de su madre, mas no hallaba una manera de intervenir a su favor.

—¿Es una mujer mayor la cajera? —preguntó por fin, sin saber adónde quería llegar.

—No, para peor es joven y... —se detuvo, echando alternativamente una mirada sobre Marcos y Javier, mientras se abría paso en su mente la posibilidad de que existiese una relación amorosa entre la cajera y Javier o que era esto al menos lo que insinuaba Marcos—. No le sería difícil conseguir cómplices.

Javier se sonrió. No obstante Marcos vio en esta sonrisa la emergencia de una cierta desesperación ante la obtusa insistencia de la madre.

—Ni siquiera conocés a la cajera —le reprochó la madre a Marcos, tomándolo como indicador de su negligencia para con el negocio.

—Pero si debe estar desde hace cinco o seis meses.

—No. Mucho más —y pensó por unos segundos—. Está ya por cumplir un año.

Marcos comprendió que había cometido un error al preguntar por la edad de la cajera, ya que le había dado pie a la madre para que retomase un tema que, para su fortuna, había estado ausente las últimas veces que se habían visto. Marcos odiaba aparecer en el negocio porque su situación de "dueño" lo ponía violento y no sabía qué actitud tomar. Si se ponía a ayudar, por ejemplo, revistiéndose bajo la forma de un empleado, se sentía ejecutando una engañosa actuación, supeditándose a un encargado que, por temor, no estaba demasiado dispuesto a tratarlo verdaderamente como a un empleado. Además, ¿qué tan bien debía hacer las cosas?; cuando se esmeraba tenía la sensación de que los empleados verdaderos lo veían en la actitud del "modelito", del patrón que demuestra cómo se debe trabajar para hacer las cosas a satisfacción, con el agravante de que él iba sólo por unas horas mientras que los demás trabajaban de la mañana a la noche; y si adrede hacía las cosas indolentemente se percibía como el "nene de mamá" que podía hacer lo que quería porque no era otra cosa que el patrón jugando al empleado. Los horarios de la facultad no le permitían más que cortas apariciones en las que no podía encajar en ningún rol ni desempeñar ninguna función, por lo que las evitaba tanto como le era posible y era probable que en el último año no hubiera aparecido nunca a pesar de los deseos de su madre de que se interesara por el negocio. Deseos que ella supo hacer aparecer como consecuencia de su viudez y de su necesidad de respaldarse tanto en Javier como en él —a despecho del vacío que le hacía cada vez que él daba su opinión—, pero Marcos creía ver tras ellos la seguridad de su madre en su fracaso en la medicina y la conveniencia entonces de que se mantuviera empapado de los asuntos del negocio, ya que allí habría de recalar, le gustase o no.

—Más de once meses, seguro —intervino Javier con tono inapelable, quien, tal como había sucedido con su padre, adquiría una gran confianza en sí mismo cuando se trataba del negocio, la que amenguaba cuando se hablaba de otros temas.

—Es posible que la haya visto y no me acuerde —se defendió Marcos— . Pero... las cosas en el negocio van bien —se le ocurrió decir, aun cuando su madre y su hermano se habían quejado, creyendo que con esto hablaba en favor de la cajera. Claro que su afirmación se fue haciendo cada vez más dubitativa a medida que iba pronunciando las palabras, debido a que fue cayendo en la cuenta de que se interpretarían de otra manera: como si con esta frase estuviera iniciando un reclamo por lo poco que se le pasaba a él cuando las cosas estaban supuestamente tan florecientes.

—¿Y quién te dijo que las cosas están tan bien? —lo interrogó ella, sin dejar traslucir si creía que Marcos hablaba en referencia a la cajera o a sí mismo.

—Me pareció entender que... por lo que ustedes hablaban... ¿No dijeron que había posibilidades de ampliarlo, comprando el local de al lado? —pese a las quejas lo habían insinuado.

—Sí, justamente —contestó la madre—, eso nos llevaría unos gastos enormes.

Marcos no replicó nada y volvió la vista sobre su plato.

—Papá siempre quiso ampliar el negocio —intervino Javier, quien vagamente se sentía predestinado a llevar adelante la expansión que, suponía, su padre había soñado.

Marcos buscó refugio de nuevo en la luz del sol, en esa suerte de mortificación que lo aislaba de su madre y de su hermano. Los rayos del sol estaban más oblicuos aún por lo que entornó los ojos hasta casi cerrarlos.

—¿Y cómo te va en la facultad? —su madre, desde aquella vez en su casa que él estuvo a punto de confiarle su bifrontismo, buscaba que confesase que las cosas no le iban bien.

—Bien. Bien —repitió él por fórmula, girando en parte la cabeza para apartar los ojos del sol. Y era verdad que mal no le iba, pero también era cierto que cada vez que los profesores le daban una nota se decepcionaba. Eran notas mediocres, que sólo servían para seguir adelante; él ambicionaba mucho más, aunque no se esforzaba en estudiar y

casi consideraba que esto habría sido un deshonor, un rasgo de inferioridad. Marcos se juzgaba capacitado para obtener notas excelentes sin poner mayor ahínco, en la creencia de que en su examen los profesores sabrían descubrir aquello que lo distinguía de los demás, algo a lo que él todavía no le había puesto nombre. Cuando escribía un examen él siembre creía que se estaba haciendo visible, a través de la redacción, de las articulaciones lógicas en la exposición, de lo que deducía y que no estaba en los libros, a veces, de las posibilidades que imaginaba. Sin embargo, nada de esto era advertido por los profesores, o al menos no parecía importarles. Marcos se había dado varias explicaciones al respecto, sea la poquedad del nivel intelectual de los docentes, sea que lo que percibían en el examen provocaba su envidia y en consecuencia lo rebajaban adrede, sea que en el cúmulo de exámenes leídos harto velozmente sus méritos pasaban desapercibidos, ya que requerían de una lectura atenta y que de alguna manera se los buscase o se los estuviese aguardando. Y en derredor de esta última —que era la que más se había afincado en su ánimo— había especulado bastante largamente intentando confirmarla de modo definitivo, buscando convencerse de que no se lee de un escrito más que lo que se espera leer (de esto había deducido que debía entonces acercarse a charlar con los profesores, abordándolos en cuanta ocasión propicia se le presentase, y también, tal vez, hacerse notar en la clase, bien que se resistía fuertemente a ambas cosas), pero se había dado argumentos en un sentido y otro, y en verdad no había hallado uno contundente que derribara la simple presunción de que el escrito, al menos en parte, habla por sí solo y de que el lector, por fuerza, no puede estar tan abroquelado en sus ideas previas y en sus prejuicios.

—Leí en el diario que probablemente van a limitar mucho el acceso a las facultades —comentó la madre—, y yo estoy de acuerdo. No sé para qué va a haber tantos profesionales si después no tienen trabajo. Lo único que se logra es que la gente se frustre.

—Con el ingreso sólo se logra que se frustren antes —acotó Marcos, quien hizo todo lo posible por disimular el rechazo que le produjeron las palabras de su madre,

dirigidas, según creía entender, a punzar sus esperanzas, a hacerle rever su elección por la medicina.

—Pero evita años de estudio inútiles, y muchos gastos, que se cubren con los impuestos que pagamos.

Para Marcos fue una explícita referencia a que sus estudios, la facultad con sus profesores y todo lo que en ella estaba, se sostenían también en cierta medida con el negocio, y su rabia creció, aunque sabía que si contestaba la conversación recaería indefectiblemente, y ya de manera directa, sobre su situación personal, cosa que quería evitar como fuere, por lo que se contuvo y, confuso, volvió a tomar los cubiertos aunque su plato estaba ya vacío.

—Mamá dice que pegaste un estirón —dijo Javier.

Marcos se encogió de hombros y, dejando los cubiertos sobre la mesa, se pasó una mano por la frente, secándose la transpiración.

—¿Te mediste? —insistió su hermano.

—No.

—Después de la comida parate al lado mío, y así vemos si es verdad.

Marcos se avino a esto con un débil ademán de la cabeza, cuyo efecto afirmativo se difumó en gran parte por el fruncimiento de las facciones al que lo obligaba el sol. Lo cierto es que la idea de comprobar fehacientemente su crecimiento le provocaba escozor.

Luis subió las escalinatas del edificio —un inmenso monoblock que se levantaba en medio de un jardín bastante cuidado—, pero no se dirigió como era de esperar al tablero del portero eléctrico, sino que, presuroso, bajó por otras escaleras hacia el jardín. Allí caminó, paralelo al edificio, hacia los fondos. Temeroso, se arrimaba lo más posible a la construcción para evitar ser visto desde las ventanas. Cuando llegó a la tapia de atrás, al límite ulterior del terreno, y ya por completo al descubierto, posible blanco de las miradas y aun de un disparo, empezó a arrepentirse de haberse dejado seducir por la idea que estaba llevando a cabo. La pared que debía trepar era más alta de lo que había calculado, tal vez porque había errado su aprecia-

ción, tal vez porque del lado del fondito del departamento de Marcos el nivel del piso estuviera más elevado. El borde superior estaba unos treinta centímetros más allá de lo que le hubiera permitido un paso más o menos cómodo hacia el otro lado, y dudaba de seguir adelante. No obstante, en la medida en que no se decidió a volver sobre sus pasos, comenzó a trepar, apoyando su pie derecho en una pequeña moldura de la pared lateral, perpendicular a la que pretendía superar, con lo que alcanzó a aferrarse al borde con sus manos. Se sentía tan expuesto que —a despecho de que llevaba un gatito en el interior de su camisa, cosquilleándole la panza— febrilmente se volcó contra el muro, esforzando sus miembros al máximo para que lograran pasarlo al otro lado. Era una suerte de lucha de sus brazos y sus piernas contra el resto del cuerpo, que no hacía más que pesar inútilmente. Para colmo su miedo a ser visto iba en aumento y se sentía ya casi en la mira de un arma de fuego, por lo que surgió en su ánimo el convencimiento de que estaba cometiendo una estupidez mayúscula, una acción que no tenía ningún sentido; empero, considerando a la vez que no tenía más remedio que seguir adelante, redobló los esfuerzos en pos de superar el mal momento y estar por fin del otro lado. Rojo por la fuerza que hacía y con las manos despellejadas, llegó a colocar los brazos por sobre la pared, y en esta situación cayó en la cuenta de que para subir el resto del cuerpo debía hacer de tripas corazón y olvidarse por completo del animalito, el que tal vez terminase muerto o malherido. Y siguió trepando hasta que, jadeando y transpirado y seguro de que el regalo de Marcos estaría al menos muy maltrecho, alcanzó la cima de la pared, y desde allí, sin demoras, se arrojó al terrenito del departamento de su amigo. Hacía tiempo que, viendo esa pared que rodeaba el fondo, había pensado en sorprender a Marcos saltando por allí. Le había cruzado por la cabeza la posibilidad de espiarlo por algunos momentos y quizá descubrir los secretos que su amigo guardaba tras su reserva, encontrarlo en esas actividades que le ocultaba a pesar de la amistad que se profesaban y entonces —esto apenas si lo había intuido— estar en condiciones de ejercer una suerte de superioridad

sobre él. Sin embargo ahora, semioculto tras una pequeña higuera, se sentía un idiota al que le costaría justificar lo que había hecho, aun cuando tuviera como atenuante el festejo del cumpleaños de Marcos. Arrepentido, echó una mirada al interior de su camisa. En principio el gatito estaba vivo, aunque temía que hubiera quedado minusválido. No quería asustar a Marcos irrumpiendo de improviso ante su presencia, aunque barruntaba que a esta altura el susto sería inevitable. Las persianas que daban al fondo —la de la cocina y la del living— estaban abiertas, aunque nada se escuchaba. Luis se fue acercando con precaución, desaparecida toda curiosidad y toda pretensión de espiarlo. Claro que tampoco quería exagerar su sigilo porque no sólo podía ser contraproducente con respecto a su amigo sino que podía ser visto en esa actitud sospechosa tanto desde el monoblock como desde el propio edificio de Marcos. Se asomó a la ventana de la cocina. En las primeras ojeadas no pudo ver bien por la luz del sol, en consecuencia hizo visera con las manos y se acercó al vidrio. Ahí no había nadie. La habitación vacía le produjo extrañeza, tal vez por la disposición de las cosas, la que denotaba una presencia humana. Y en alguna medida quedó atrapado por esa cocina en la que no se divisaba nada particular, pero que levantaba en su ánimo una inquietud que no podía explicarse. Había una lata abierta sobre la mesa, una de esas latas que se usan para almacenar galletitas, cuya presencia lo incomodaba sobremanera. Hubiera querido entrar a la cocina solamente para guardarla en una alacena y quitarla de allí. Era una lata común, aunque muy vieja, negra, con unas flores rosas pintadas en el cilindro. Y conforme la miraba crecía en Luis el convencimiento de que constituía un detalle alarmante, revelador de que algo muy grave le había sucedido a Marcos. Pensando que quizá se había suicidado, figurándose que el del cumpleaños era un día propicio, se dirigió presuroso al ventanal del living. No había nadie tampoco y el silencio, palpable, aumentó su preocupación. Estaba ya dispuesto a entrar (las puertas de vidrio estaban cerradas, aunque suponía que las podría abrir) cuando descubrió un pantalón, un jean, colocado sobre el respaldar de una

silla, el que, produciendo el efecto contrario a la lata, aplacó su zozobra. Sin ninguna razón que pudiera esgrimirse, consideró que difícilmente se suicida alguien dejando un pantalón tan expuesto y en una situación tan dominante, casi en el centro del living. Aunque no lo pensara en concreto, juzgó al pantalón como un evidente signo de vida, y se dispuso a esperar; inclinado a creer ahora que Marcos había salido a hacer una compra de último momento.

Al rato se escuchó una puerta, pero no la de entrada, y Luis se escondió tras la pared. Escuchó que alguien iba hacia la cocina y regresó entonces a aquella primera ventana. Apenas si echó un fulmíneo vistazo y volvió a esconderse. Marcos estaba ahí, lavando unos cubiertos. Y a pesar de lo que antes se había impuesto, surgió en Luis un irresistible deseo de asustarlo, de llevar a su amigo casi hasta el paroxismo del miedo. Dando un pequeño salto apareció en la ventana, tratando de que su cuerpo recortase la mayor superficie posible, al tiempo que deformaba sus facciones en una mueca horrible. Advirtiendo al instante una presencia extraña en la ventana, Marcos giró hacia allí la cabeza.

—¡¡¡Guaaah!!! —gritó, exasperado por el pavor, mientras manoteaba un tenedor para arrojarlo contra aquella figura terrorífica. Llegó a enarbolarlo, mas su visión se asentó y empezó a distinguir, primero, una figura conocida, luego a Luis, quien, asustado a su vez por la reacción de Marcos, se echaba hacia atrás con un gesto crispado en las facciones mientras con sus manos llamaba a Marcos a que se detuviera.

—¡Boludo! —le gritó Marcos indignado, aunque de inmediato se arrepintió del insulto.

Luis también se lamentaba de lo que había hecho y, tras el vidrio, intentaba balbucear una disculpa, aunque no emitía ningún sonido.

Después de unos segundos —en los que buscó explicarse que razones tendría su amigo además de la pretensión de hacer una broma que no encajaba en nada con su persona— Marcos fue a abrir la puerta de la cocina.

—Perdoname —se apresuró a esgrimir Luis—. No quise asustarte... tanto.

Marcos callaba, aguardando a que su amigo continuase con las disculpas.

—No pensé que... —sin palabras, enmudeció por unos instantes, ofuscado por tener que pedir perdón, aunque esto no lo exteriorizó. Se acordó del gatito y, sacándolo del interior de la camisa, lo inspeccionó en un segundo y se lo extendió a Marcos.

—Tomá —le dijo. Luis quería hallar el modo de explicarle que todo esto, su irrupción por el fondo, el susto, el animalito, tenían como objetivo el hacerle saber que a partir de este cumpleaños las cosas cambiarían, la vida sería distinta, en principio para Marcos, pero también para él mismo. Él había decidido que este día sería algo así como una bisagra, con un antes y un después, y era justamente este voluntarismo arbitrario que él le imponía a su amigo lo que ahora advertía, por lo que se veía impedido de explicarse. Marcos había tomado al gatito con timidez, desconcertado por el regalo. Quiso sonreír pero no llegó a hacerlo. Al mismo Luis, en razón de que no podía dar a conocer sus intenciones, el regalo le parecía tonto y hasta autoritario, porque había tomado la decisión de que su amigo tuviera un animal en la casa. Marcos había dejado al gatito en el suelo y lo miraba.

—Es lindo ¿no? —alcanzó a decir, no muy convencido.

Luis lo observaba intentando darse cuenta de si el animal estaba maltrecho, ya que suponía que no podía haber salido ileso del maltrato sufrido. Era un cachorrito negro y blanco, que miraba desde abajo y que parecía maullar amenazadoramente. En apariencia estaba bien pero Luis desconfiaba y sospechaba que bastaría que echara a andar para que renguease o directamente se cayera redondo.

Por largos segundos, ambos, incómodos, observaron en silencio al gatito.

Marcos pretendió imaginarse cómo sería la vida con un animal en el departamento, mientras subyacía la idea de deshacerse de él, alimentada en parte por la incipiente belicosidad del cachorrito, quien no parecía sentir por ellos ninguna simpatía. Además, Marcos se sentía miserable con este regalo, con el que se intentaba paliar —según

creía él— su soledad. Había pensado inclusive que era el obsequio que se les hace a las viejas cuando se quedan solas, y, para peor, comparándose con ellas, no encontraba en su vida diferencias sustanciales.

—¿Entraste por ahí? —le preguntó a Luis, señalando la pared del fondo.

—Sí. Quería darte la sorpresa... No sé... Sabía que todavía ibas a estar solo y... bueno... ¡Feliz cumpleaños! —lo palmeó con suavidad—. Vamos a hacer que éste sea un día distinto —Luis se entusiasmó en alguna medida y mientras hablaba evocaba para sí mismo la idea que había abrigado—. Hoy es un día de fiesta ¿no? —agregó, pero ahora en pos de justificar su acción.

Para alivio de Luis el gatito dio unos pasos bastante seguros, con lo que aumentó su optimismo.

—Las cosas van a cambiar —le aseguró a su amigo, bien que para Marcos estas palabras fueron lapidarias, porque ratificaron la miserabilidad de su vida.

—Hay que hacer que las cosas cambien —continuó Luis sin embargo, aunque declinaba su convicción.

Y ambos se quedaron callados.

—¿Quiénes vienen? —Luis interrumpió el silencio luego de un lapso.

—Mi hermano y Alejandra seguro. Invité también a una pareja de la facultad, pero no sé, no creo que vengan. Los invité más que nada para que Alejandra no fuese la única mujer.

El gatito había caminado hasta una botella de kerosén que estaba abierta y la merodeaba peligrosamente. Marcos se acercó corriendo y lo apartó unos metros, disgustado porque preveía que en el futuro esta situación se repetiría a menudo. Ya demasiado le costaba cargar consigo mismo como para hacerse cargo de ese otro ser que, por su mismo desvalimiento, se le impondría. El gatito volvía a la botella con una tozudez inocente, difícil de enfrentar. Marcos lo levantó del pellejo del cogote, mas luego no supo qué hacer con él y miraba en derredor buscando una ocurrencia en tanto que lo mantenía alejado de su cuerpo como si estuviera apestado.

Luis fue hasta un cuartito con trastos que ocupaba un rincón del fondito y trajo una caja de cartón.

—Ponelo acá —le dijo a su amigo.

Y Marcos lo metió en la caja.

—Te debo el verdadero regalo —afirmó Luis, quien había advertido lo incómodo que ponía a Marcos el gatito.

—No. No. Pero si con éste ya es más que suficiente. No. Es en serio que te digo —Marcos fue muy firme.

--Bueno, ya veré —concedió Luis por el momento. Y se dedicó a la limpieza provisoria del pantalón, que estaba sucio con el polvo de la pared, golpeándolo con una mano.

—¿Te metiste en el jardín del monoblock? —inquirió Marcos.

—Sí.

—¿Vos sabías que el portero de ahí ya mató a uno que se metió en ese terreno?

—¿Sí?

— Sí. Lo cocó a tiros. Dicen que tenía seis balas en el cuerpo. Los del edificio estaban orgullosos del portero. Claro que después el hombre pidió aumento de sueldo. Pero se lo dieron sin chistar, tan contentos estaban con ese cadáver en el jardín, porque tardaron casi ocho horas en llevárselo y lo vio todo el mundo.

El gatito no estaba feliz dentro de la caja e intentaba hacerse oír, mas se habían olvidado de él.

—Me comentaron también —siguió Marcos—, no sé si será verdad, que el portero quería llevar el cadáver acribillado para adelante, a la vereda, y así exhibirlo como advertencia.

—Y no me contaste nada —protestó Luis

—Fue hace tiempo y... bueno, no le di importancia. Si te contara cada muerte en los alrededores...

—En mi edificio —empezó Luis aunque enseguida se arrepintió de haber usado el posesivo— contrataron al portero que está ahora porque, dicen, en el polígono de tiro hizo siete centros sobre diez, pero a mí me parece que el viejo no le acierta a un elefante.

—Vení, vamos para adentro que tengo que preparar

un par de cosas —dijo Marcos al tiempo que echaba a andar.

—Creo que nunca voy a poder irme de esa casa —afirmó Luis ya adentro con una voz forzadamente lúgubre.

—Venite acá —le contestó Marcos de inmediato.

—No. Ya te dije que no.

—¿Y Laura? —Marcos cambió de tema con rapidez.

Luis levantó los hombros casi con displicencia, empero su cara decía algo distinto.

—Ahora me dice que yo la estoy usando para llegar a Lautaro

—¿Y eso?

—Son cosas que se le ocurren porque anda buscando siempre explicaciones extrañas. Ella quiere salir del común diciendo cosas que no tienen lógica pero que le parecen inteligentes, quiero decir, como son ilógicas pretende hacer creer que están respaldadas por una inteligencia que va más allá. Quiere tener una metainteligencia.

Acababa de decir esto Luis cuando sonó el timbre. Marcos abrió la puerta y se encontró frente a Alejandra. Por el modo en que ella se lo había asegurado estaba convencido que se haría presente, pero cuando la tuvo delante de sí le pareció un hecho inesperado y hasta la figura de ella allí parada le produjo extrañeza, como si en algo hubiera una gran incongruencia.

—¡Qué tal!

Se sonrieron y se besaron y Marcos le franqueó el paso, turbado por la opinión que Luis tendría de ella.

—¡Felicidades! —le dijo Alejandra y extrajo un regalo de una bolsa que llevaba.

Marcos lo tomó, otra vez sorprendido por un hecho esperable.

—Él es Luis —Marcos se apresuró a salir de cierta confusión presentando a su amigo.

Alejandra y Luis se besaron, y por un segundo Marcos pensó en la posibilidad de que surgiera entre ellos un amor fulmíneo. Aunque de inmediato, observando la semisonrisa un tanto forzada de Luis, dedujo que Alejandra lo había desilusionado y que a la sazón

ella era objetivamente fea. Por un segundo su amor se desmoronó y asomó en su ánimo un incipiente rencor contra sí mismo por haberse engañado.

Abrió el paquete del regalo y se encontró con un reloj-pulsera, uno de esos nuevos modelos en los que se podía ver una imagen tridimensional, una realidad virtual que representaba una breve escena, la que se repetía cada vez que se apretaba un botón. En este caso, cuando Marcos lo accionó, apareció por encima del negro líquido que hacía de fondo una viejita que avanzaba unos pasos y se agachaba para espiar por la cerradura de una puerta. Ambos, viejita y puerta, parecían tan reales que se diría que estaban ahí, en miniatura, habitando dentro del reloj. Marcos lo agradeció tratando de ser efusivo, empero el regalo no le agradó en lo más mínimo, porque era una de esas novedades que, sin ser una chuchería, se venden al por mayor y son tan impersonales que nada significan. Marcos sentía que con ese regalo ella no hacía con él ninguna distinción, y cabía pensar en consecuencia que para ella él no era nada en especial o, en su defecto, si lo era, Alejandra era tan ramplona que se aparecía con ese relojito efímero, que, siendo el primer regalo que le hacía, no perduraría.

Marcos fue al dormitorio a dejar el regalo y cuando volvió se sentaron en derredor de la mesa.

—¿Vienen muchos? —preguntó la chica.

—No sé —empezó Marcos, atribulado por la respuesta que tenía que dar—. No, no; dos o tres más a lo sumo.

—Ah, pensé que era una fiesta —comentó ella.

—Es una reunión... —Marcos se puso violento; comprendió que Alejandra no se consideraba tan íntima como para estar ahí si la reunión era de los amigos más estrechos y que se debía sentir engañada ya que él, para contar con su presencia, había dado pie al equívoco.

—Es una fiesta independientemente del número de gente que venga —intercedió Luis con una sonrisa festiva y en la que se plasmaba a la vez la convicción de que usaba una lógica irrefutable.

—Traigo una cerveza —dijo Marcos, quien, rescata-

do por su amigo del mal trago, se acordó de que tenía que servir algo.

Sirvió también sándwiches y cosas para picar. Luis se echó a hablar de un viaje que planeaba desde hacía tiempo, un viaje que guardaba alguna relación con sus estudios de antropología y cuya minuciosa selección de itinerarios avanzaba conforme el viaje se hacía más distante en su horizonte. Es que cuanto más urgido se sentía por irse de la casa en que vivía, más crecía su anhelo por hacer ese viaje aunque más no fuera, pero el dinero que gastaría en él alejaría en mucho la posibilidad de irse a vivir por su cuenta definitivamente.

Luis expuso el itinerario bien en detalle, deteniéndose en los atractivos de cada lugar, a los que conocía casi como si hubiera estado allí. Alejandra se fue entusiasmando con este viaje imaginario y los adjetivos elogiosos se iban haciendo en ella más frecuentes. Ante esto Marcos se inquietó. Creyó advertir que finalmente el asunto culminaría con un arreglo entre Alejandra y Luis para hacer juntos el viaje, y se decidió a intervenir en la conversación. Al principio intentó desalentarla trayendo a luz cuanto inconveniente pudiera imaginar: en parte en broma y en parte en serio se placía en suponer pequeñas o grandes catástrofes, o menospreciaba el interés que pudiera despertar una localidad. Pero como sus comentarios no eran tenidos en cuenta y la dicha del viaje se imponía en Alejandra cada vez con más fuerza, de buenas a primeras cambió de tesitura por completo y —impelido por las circunstancias a pretender incorporarse él también en ese viaje, dado que ya le parecía un hecho que Alejandra se incorporaría— alabó el plan de ruta, utilizando para esto un tono de voz serio —para contraponerlo al anterior— y en el que se dejaba trasuntar una cierta nostalgia, como si él hubiera acariciado por tiempo la idea de un viaje así. Sorprendido, ya que en varias oportunidades él había pretendido tentarlo sin lograr una respuesta en firme, Luis lo comprometió para que lo hicieran juntos, a lo que Marcos accedió, sabiendo que la realización del viaje era improbable. Para Luis, por el contrario, en cuanto se daba a planearlo, sobre todo si

hablaba de él con otras personas, el viaje era un hecho, y lo saboreaba con esa intensa bienaventuranza que otorgan las ideas abstractas que nos hacemos sobre algo, en donde todos los posibles pormenores están subordinados a la general sensación de felicidad.

Iban por la cuarta cerveza y seguían hablando de viajes. Ahora se entretenían especulando en torno de la visita a un archipiélago tropical, el que se ofrecía a su imaginación en un estado semisalvaje, o en el que al menos hallarían el rincón en el cual ellos pudiesen jugar a la vida agreste. Luis —quien era el que más cerveza había tomado— cada tanto repetía: ¡el buen salvaje!, una suerte de latiguillo que ni él sabía en nombre de qué lo traía a luz con tanta insistencia. A todo esto había llegado Javier, pero se mantenía apartado de la conversación y no mostraba mayor interés en fantasear con viajes tan poco verosímiles. Incluso se había sentado un poco alejado de la mesa, como guardando las distancias, y para tomar el vaso de cerveza tenía que estirar el brazo. Y desde allí miraba a quien hablaba con la expresión del rostro vacía y serena, dando la impresión de que nada de lo que se pudiera decir habría de perturbarlo. Alejandra, al contrario, seguía encantada con la charla y era la que más curioseaba unos mapas y unos folletos que habían desparramado en la mesa para proveerse del sustrato de realidad que la imaginación necesitaba para que el asunto les resultase en alguna medida creíble. Era evidente que la idea de un viaje a las antípodas del planeta la fascinaba. Se placía en suponer diversas actividades que se pudieran llevar a cabo en las islas y en muchas de ellas ya no era una simple visitante sino que vivía allí. Algunas de las cosas con las que fantaseaba eran en realidad obligaciones que ella se habría de imponer y en las que *a priori* encontraba gran gusto. Marcos nunca la había visto tan contenta. Él mismo, como el itinerario de Luis —que, en relación, era más realista— había quedado atrás, estaba feliz con la conversación y con el viaje al archipiélago, pese a que la alegría exultante de Alejandra en parte lo desconcertaba, quizá porque en el fondo la tenía por excesiva o impropia de la mujer que él había supuesto, quizá porque tanta alegría previa a la

relación amorosa que, según soñaba, habrían de mantener en el futuro, no era —de acuerdo con su visión— demasiado conveniente para él, quien deseaba "cambiarle la vida", rescatarla a ella de la tristeza tanto como él habría de ser rescatado. Claro que, por otro lado, el entusiasmo de Alejandra por la vida en las islas era un secreto que él ahora poseía y que de algún modo la desnudaba. Marcos creía que a partir de esta exposición que hacía de sí misma, por fuerza, la ligazón entre ambos iba a ser más íntima y que Alejandra —en la medida en que después reflexionase acerca de las actitudes que ella había tomado en el trascurso de la charla— dejaría de ser un misterio para él. Con estos conocimientos podría avanzar sobre terreno más firme, planificando cada paso que diera para abordarla sin tanto temor al fracaso, anticipándose en parte a sus reacciones.

Marcos se daba cuenta de que era Luis y no él quien se lucía en la conversación, pero de cualquier manera le estaba agradecido ya que sabía que él no sería capaz de mantener tan animada la conversación y, además, advertía que los esfuerzos de Luis, que se había prestado a un papel un poco bufonesco, se dirigían a que pasase desapercibida la desproporcionada relación de tres hombres por una mujer, con el agravante para la situación de que ésta sólo conocía, superficialmente, a uno de ellos.

No obstante, en un pequeño decaimiento de la charla, Alejandra insistió.

—¿No va a venir nadie más?

Marcos miró su reloj, tal si aún cupiese aguardar a alguien.

—Todavía pueden llegar.

—Es que invitaste muy temprano —terció Luis, intentando ayudar a su amigo—. Se acostumbra a salir más tarde.

Marcos asintió, pero en su ánimo pesaba el convencimiento de que la incomodidad de Alejandra iba a ir en aumento.

—Ya no viene nadie —afirmó Javier, y un pesado silencio siguió a sus palabras.

Marcos miró a su hermano con una animadversión

apenas contenida, y descubrió que esa cara le recordaba otra que no pudo precisar. Picado en su curiosidad se quedó mirándolo, admirado de que no se pareciese ya tanto a la madre sino a ese rostro inasible, que en realidad ni siquiera sabía si existía.

—Y si no viene nadie más podemos salir —propuso Luis como alternativa.

—Sí. Buena idea —afirmó Marcos, intuyendo que para Alejandra sería menos embarazoso si iban a algún lugar donde hubiese más gente, aunque su atención había quedado enlazada más bien al misterio de la cara de su hermano. Misterio que había logrado acotar en parte a la zona de la boca, en donde residía, según creyó entender, el parecido más marcado con la otra cara.

Y Javier se percató de que su hermano le echaba unas miradas insistentes, mas no se inmutó ni un ápice y siguió tomando cerveza con toda tranquilidad. Era precisamente esta capacidad para permanecer imperturbable ante el odio o la insatisfacción de los demás lo que a Marcos más lo sacaba de sus casillas. Veía en esto una inusitada seguridad en sí mismo, como si para Javier su persona tuviese una legitimidad tan grande ante sus propios ojos que todo lo externo en última instancia le resbalase. A Marcos lo enardecía porque no podía entender cómo una persona podía estar tan firmemente instalada en el mundo, y ocupar un lugar de una manera tan natural y evidente. En ocasiones había considerado la posibilidad de que no hubiera tanta seguridad en Javier sino más bien un deseo suyo (de Marcos) tan grande de reducir a su hermano, de que cualquier cosa lo desbarrancase que, a sus ojos y sólo para ellos, nada le hacía mella, nada lo perturbaba. Pero era una posibilidad que no hacía pie en su ánimo, que no llegaba a convencerlo, y sin mayor suerte se diluía.

—¿Y dónde vamos? —preguntó Alejandra, a quien la idea de salir parecía alegrarla. Para Marcos esta forma de preguntar, integrándose a ellos y a él, fue adorable.

—¿Y si vamos al Este? —terció Luis.

El Este era el barrio de la costa, el barrio portuario, en donde ahora existían dos zonas de diversión, con locales bailables y salas de juego; una de las zonas era muy exclu-

siva, incluso estaba cercada, en la otra había un poco de todo lo que restaba, principalmente jóvenes. Marcos miró a Alejandra, aguardando a que ella decidiese.

—Por mí sí, vamos —dijo ella.

—Yo no voy —se expidió Javier. Y a Marcos lo invadieron sentimientos encontrados; por un lado sintió alivio por librarse de su hermano, por otro, indignación contra quien se había hecho presente para estarse mudo y enardecerlo con su quieta y tranquila presencia; ese poder de Javier de estar, simplemente estar, por horas y horas si era necesario, y exasperar con su inocente, irreprochable materialidad, contra la que no había armas que no parecieran crueles y desproporcionadas

Pese al riesgo que significaba, salieron con un par de botellas de cerveza en busca de un taxi. Tardaron en encontrarlo pero al fin dieron con uno, y se subieron en medio de una jarana. Luis se reía a más no poder de cualquier cosa; ya debía tener más de tres litros de cerveza en el cuerpo. Alejandra había dejado atrás la cortedad por ser la única mujer y la alegría la desbordaba. Se habían propuesto ganar en el juego el dinero suficiente para hacer el viaje a las islas, y la sola idea de que algo así fuera posible y estuviera al alcance de sus manos los exaltaba. Marcos, feliz, se restregaba las manos mientras se imaginaba ora ganando, ora en las islas. Hacer el viaje con un dinero ganado de esa forma lo hacía todavía mucho más tentador. El taxista mismo —que ya habría tomado lo suyo— se incorporó a las rondas de cerveza, y aseguraba que por esa noche no trabajaba más y se jugaría junto con ellos el dinero del día, para ir también a esas islas que en su vida había oído nombrar. Desde atrás Luis lo palmeaba y cada tanto le decía: "¡es el buen salvaje, hermano, es el buen salvaje!", palabras que despertaban la hilaridad general y que eran ya una suerte de bandera del grupillo que se había amalgamado allí en el taxi. Luis se sentía transportado por la felicidad al ver que el grupo todo era devoto del buen salvaje. Marcos, que se advertía demasiado sobrio para la ocasión, apuraba grandes tragos de cerveza en pos de alcanzar el beatífico estado de Luis. Se figuraba que necesitaba adquirir un

cierto estado de gracia que lo acercase a la acción espontánea, a la corporeidad absoluta, para ganar en el juego, sobre todo porque se imaginaba arrojando los dados y creía que si el cuerpo entero, casi en trance, se abocaba al tiro, el éxito estaba asegurado. Algo semejante bullía en Luis, porque, sin nada más apropiado a su alcance, empinaba la cerveza y afirmaba: "El brevaje de los chamanes". A medio camino hicieron una parada para aprovisionarse de latas de bebida. El taxista se encargó de comprarlas.

Alejandra, que siempre le había parecido a Marcos racional en exceso, elaboraba un absurdo plan para jugar a la ruleta, inspirado, según se podía sospechar, en el ta-te-ti. Marcos la tenía a su lado y por unos momentos —en los cuales pudo ocuparse de ella— poco menos que la idolatró. La risa de ella lo emocionaba y casi sentía que era a él a quien le debía esa alegría, que era él, al fin de cuentas, el dador de esos instantes, y se sintió impulsado a aprovechar de alguna manera —besándola o acercándola amorosamente contra sí— esta oportunidad que debía ser irrepetible. Y a punto estuvo de hacerlo, pero se contuvo, advertido de que una acción de ese tipo rompería la unidad del grupillo, y que a causa de esto Alejandra lo rechazaría, porque hasta que la magia se diluyese el grupo estaría por encima de las aspiraciones individuales o de cualquier subdivisión. El taxista —que no llegaría a los treinta años pese a que no tenía cabello más que en la nuca— cada tanto daba unas frenadas pavorosas, acompañadas de locos alaridos, y los tres de atrás salían despedidos hacia adelante con latas incluidas y se armaba una barahúnda de gritos y risotadas y cuerpos y piernas.

Cuando llegaron a uno de los casinos y se bajaron del auto la algarabía se aplacó, o al menos se hizo menos visible, interiorizada en atención a que los sueños desatados en el viaje habían quedado atrás y ahora debían dedicarse a la misión que se habían impuesto, y aunque la confianza que se tenían era inmensa, un ápice de temor al fracaso había surgido en sus ánimos. Los cuatro, caminando a paso veloz, con sonrisas en los rostros, atravesaron la

enorme sala con decenas y decenas de máquinas tragamonedas rumbo a los salones principales.

El casino estaba repleto de gente, sobre todo de jóvenes que deambulaban de sala en sala, probando suerte aquí y allá. Los había en grupo y solitarios, algunos excitados y ansiosos, otros con la ausencia en los rostros, indiferentes a las apuestas que hacían. En los pasillos principales de los salones grandes se formaban filas de gente hacia uno y otro lado, y en las mesas más cercanas a estos pasillos la gente pujaba por jugar. Los de mediana edad eran los que preferentemente ocupaban los lugares junto a estas mesas, y jugaban absorbidos en sí mismos, sin mirar a los que estaban en derredor. Los empleados de seguridad acordonaban la zona de los *croupiers*, quienes, compungidos, parecían afectados por los asesinatos recientes de dos de sus compañeros. El grupillo cambió su dinero por fichas y buscó un lugar entre las últimas mesas de ruleta de uno de los salones laterales. El taxista ocupó el lugar en nombre de todos, con el beneplácito de Luis, quien veía en el taxista a alguien lo suficientemente brusco —con sus frenadas y sus sorpresivos alaridos— como para representar al buen salvaje, el cual, sin trabas intelectuales ni cognoscitivas, estaría más cercano al mundo del azar. Marcos, por el contrario, como había sentido bullir en su interior el carisma, una fuerza espiritual que lo llevaría al éxito, se disgustó con esto y, pese a la oposición de Luis, quería participar en la elección de los números.

—¡Dejalo a él! —casi le suplicaba Luis—. ¡No le des números que vas a interferir en lo que le surja!

Alejandra se sonreía, mas su actitud había variado; ahora no parecía estar tan integrada a ellos y los miraba, en alguna medida al menos, como si fuera un testigo. Los veía hacer, feliz quizá, pero apartada; tal si la gente que la rodeaba le hubiera hecho descreer de las posibilidades de ganar, del futuro viaje y hasta del grupillo que se había formado en el taxi. Marcos aceptó estarse callado y aguardar los resultados del taxista, quien muy serio ahora permanecía a la expectativa con las fichas en las manos, sin decidirse a jugar y abarcando toda la mesa con una mirada fija y algo abstraída.

Dos bolas se habían jugado ya sin que el taxista se decidiera a jugar ninguna ficha. A sus espaldas Marcos y Luis empezaron a inquietarse.

—¿¡Qué le pasa!? —preguntó Marcos.

Luis no se decidía a importunarlo y, desde atrás, lo espiaba, intentando adivinar en lo que podía ver del rostro qué le sucedía. Marcos buscó en Alejandra una explicación, pero la chica, sonriendo débilmente y desentendida en apariencia del asunto, levantó los hombros e hizo un gesto de ignorancia.

—Debe estar esperando que el número le llegue —pretendió explicar y explicarse Luis, poco convencido.

Por fin, luego de que pasaron cinco bolas, Luis se decidió a tocarle el hombro.

—Pero, ¿no jugás? —le preguntó en tono amistoso.

El taxista le echó una ojeada bastante desganada y volvió la cara hacia la mesa, sin contestarle.

Marcos empezó a sospechar que el taxista no estaba del todo en sus cabales, aunque no quiso decir nada porque aun subsistían en su ánimo los resabios del grupillo que habían formado y no quería poner cizaña para que se rompiera prematuramente. Luis, que en nombre del buen salvaje fue quien más ilusiones se había hecho con respecto al taxista, se puso nervioso y en su interior buscaba razones para esta actitud, en las que se mezclaban —su borrachera lo permitía— argumentos que cuadraban con el taxista —o mejor dicho con un taxista urbano y en su tiempo— y otros en los que el taxista era un salvaje plantado frente a una mesa de juego. Y así había llegado a pensar, por ejemplo, que la imperturbabilidad y el estarse horas en la contemplación de algo eran rasgos típicos del salvaje, en oposición al frenesí del hombre moderno.

Después de más de media hora se hizo un hueco al lado del taxista y Luis lo ocupó con rapidez.

—¿Qué te pasa? Te van a sacar si no jugás —trató Luis de razonar con él.

—¡Salí! —le espetó el taxista mirándolo con ojos agrandados por el resentimiento.

Luis se echó hacia atrás, retrocediendo, y el vacío se llenó de inmediato con otra persona.

—Nos está robando —opinó Marcos.

Luis, desconcertado, levantó las cejas.

—Esperemos —aventuró.

Marcos miró las espaldas del taxista, como calibrando su fuerza física.

—Vayámonos —propuso Alejandra.

—No. Esperemos —le contestó Luis con firmeza, en parte debido a que conservaba ciertas esperanzas en el taxista, en parte porque le resultó intolerable la idea de irse tan pronta y cobardemente.

—Al fin, el mismo *croupier* lo va a echar —agregó Luis haciéndose ciertas ilusiones.

Y esperaron otro largo rato. Marcos se preguntaba si debían intentar arrancarle las fichas por la fuerza, dado que eran dos y, además, no podían irse así, con el rabo entre las piernas, teniendo a Alejandra como testigo. Por otro lado, tenía miedo del taxista, no por su físico, que era del común, apenas más alto que Luis y él, sino por los rasgos de bestialidad que había mostrado, de los que se podía deducir que era un hombre capaz de entregarse a una furia animal, sin frenos, frente a la cual serían impotentes, ya que ellos estarían dominados por los pruritos y hasta por la vergüenza de pelearse por el dinero.

—Ya nos robó, mejor vayámonos —insistía Alejandra.

Luis intentó aún por otro camino. Se acercó al taxista y se asomó como pudo para que lo viera.

—¿Me pasás unas fichas para que juguemos en otra mesa? —le preguntó en tono amistoso, como si nada hubiera sucedido y el grupillo estuviera en pie.

Pero el taxista apenas si lo miró y volvió a lo suyo.

—Está loco. Dejémoslo —volvió a terciar Alejandra cuando Luis volvió a unírseles.

—No. Yo lo mato a patadas —estalló Luis de golpe, ofendido por el desplante, y avanzó como si fuera a pegarle, aunque, en el fondo, a sabiendas de que Marcos, que estaba en el camino, iría a detenerlo. Y, efectivamente, éste lo frenó enlazándolo con un brazo.

—¡Esperá! ¡Espera! ¡Que nos van a llevar detenidos! —le dijo, al tiempo que lo empujaba, alejándolo del taxista.

—Vámonos —urgió Alejandra, ahora bastante asustada o tal vez simulándolo en alguna medida.

Marcos adivinó que era una coyuntura favorable para emprender la retirada en nombre de la necesidad de sosegar a Luis, quien a su vez, posiblemente de manera inconsciente, había parodiado su exaltación para poner fin al asunto con una retirada no tan deshonrosa, después de ese "intento" de ir a las manos.

—Vamos —dijo Marcos en tono inapelable, mientras llevaba a su amigo abrazado y lo empujaba suavemente—. Vamos —volvió a repetir por las dudas.

Y se alejaron, hasta llegar a otra de las salas. Allí, Marcos sacó la billetera.

—Me alcanza para una ficha —informó, juzgando que era una especie de chiste que les levantaría el ánimo aun si la compraran y la perdieran.

—Y bueno. Comprémosla —opinó de inmediato Luis, tal si cediera.

Adquirieron la ficha, aunque ya con ella en sus manos, solitaria y vulnerable, se sintieron algo desolados.

—Vamos a la mesa donde está Guillermo —propuso Luis con una mueca entre irónica y dolorida, utilizando el nombre del taxista para traer a luz la confianza que se habían prodigado y la traición de que habían sido objeto.

—Cuando la pongas en el paño él se la va a rapiñar —dijo Marcos, riendo para adentro con amargura—. Vamos a los dados. Al pase inglés.

—Quiero tirar los dados —agregó, recordando los deseos que había abrigado.

Fueron hasta una de las largas mesas de pase inglés y esperaron su turno. Mientras esperaba, Marcos tuvo la impresión de que era ridículo aguardar tanto por una ficha que sólo cubría el valor mínimo de la apuesta. Comparándose con la gente que lo rodeaba, se sintió disminuido y hasta patético.

Al fin le tocó el turno y un *croupier* de bigotes informes —se diría que estaban inacabados— le alcanzó los dados. Eran grandes, pero más livianos de lo que había imaginado, y este poco peso le hizo descreer de que pudiera dominarlos. Aun así los meció en sus manos como

si tratase de transmitirles un mensaje y los tiró con fe. Sacó un cinco. Decepcionado, ya en los tiros posteriores sintió que los dados tenían un libre albedrío absoluto y que, por ende, le serían adversos. Sacó un ocho, luego un siete y el juego se terminó.

Se acercó a Alejandra y Luis con una sonrisa pesarosa. Pensaba si no habría forma de recuperar las fichas que estaban en poder del taxista, aunque no tenía esperanzas al respecto. Caminaron los tres rumbo a la salida, silenciosos, enfrascados en sí mismos. Atravesaron la sala de las máquinas tragamonedas, ahora más requeridas porque eran muchos los que, hacia el final de la noche, buscaban revancha con las últimas monedas.

—Aunque sea no nos cobró el viaje —acotó Marcos de repente.

Se empezaron a reír y al ratito se desternillaban de risa. Se miraban y más se tentaban, tanto que apenas si caminaban por la vereda, entrechocándose ligeramente entre ellos, borrachos de alegría.

6

El doctor Capalbo, luego de una frustrada demostración de los efectos de un reactivo, se marchó del laboratorio junto con un grupito de estudiantes, y Marcos, por un rato, se quedó solo. Las pruebas, que debían ser algo rutinario y sin posibilidad de error, habían sido un fiasco y el doctor Capalbo, fastidiado en extremo por esa contrariedad inaudita, se negaba a creer lo que había sucedido. Los estudiantes, pese a cierto azoramiento, estuvieron bastante a gusto con el fracaso, previendo que la cátedra sería en el futuro más permisiva con sus propios yerros. Un debilísimo murmullo de satisfacción se elevó con cada nuevo malogramiento, el que evidentemente minaba la autoestima del profesor y lo rebajaba ante sus divertidos ojos estudiantiles, los que no trepidaron en solazarse sin ambages con los ridículos esfuerzos finales de Capalbo por lograr la ansiada reacción. Marcos no pudo sino sentir esa suerte de cálido abrigo que otorga el fracaso ajeno; sin embargo también le produjo cierta consternación, ya que la medicina misma estaba de alguna manera involucrada en el fiasco, sobre todo porque el procedimiento utilizado era corriente y se suponía que no podía fallar, de lo contrario, qué se podía esperar de todo el resto de la compleja medicina. Algo así como si al físico, luego de instruir a sus bisoños discípulos en la relación entre el calor y el volumen de un metal, el fenómeno de dilatación se le negase ante sus propias narices por mucho que calentase y midiese hasta hartarse; algo imposible que pondría una sombra de duda sobre la ciencia física en su conjunto.

El doctor Capalbo había dictaminado por fin que todos los frascos de reactivos utilizados estaban fallados y, cariacontecido, indignado pero a la vez con miedo, decidió ir a exponer el caso ante el jefe del laboratorio, llevando a todos los estudiantes presentes como testigos —en una actitud que generó alguna burla solapada— con la excepción de Marcos, a quien dejó allí para que nadie tocara las cosas que habían utilizado. Los frascos, los tubos de ensayo en portadores, las placas de vidrio, el microscopio, descansaban sobre la mesada de mármol. Varios de los tubos de ensayo tenían sangre debido a que era una prueba hematosa la que intentaban llevar a cabo. Marcos, si bien sabía que la lógica dictaba lo contrario, desconfiaba de la sangre. No tenía ningún indicio que avalase su presunción e incluso era *a priori* imposible, pero aun así estaba casi persuadido de que algo había en la sangre por lo que la prueba fallaba. Él miraba los tubos de ensayo intentando imaginar qué, una razón impensable, novedosa, un principio que todavía se ignorara. En esto estaba cuando sintió emerger en la nuca a su otra cara, a la que en seguida, nervioso, trató de ocultar girando el cuerpo hasta quedar de frente a la puerta y acercándose, retrocediendo, hacia el ángulo que formaban la mesada y la pared. "¡Es una oportunidad!", creyó entender que decía la cara, en referencia inequívoca —esto al menos supuso Marcos— a la situación en la que se encontraba y a la posibilidad de manipular los elementos por su cuenta y descubrir el error cometido o lo que fuere que impedía la reacción estipulada. Al principio esta especie de consejo o, más bien, incitación, lo desorientó un poco, porque la cara nunca había intervenido en su vida de manera tan visible y, además, su mensaje le había llegado sin que tuviese que emitir sonido alguno, tal si compartiesen el cerebro. Por unos momentos lo ganó una aprensiva inquietud, sin embargo no tardó en presentarse en su ánimo la cuestión planteada por la cara. ¿No era acaso una ocasión para sorprender a sus profesores con un descubrimiento que, importante o modesto, le valiese su aprecio y quizá hasta algún renombre?

No había más que hacer la prueba, mezclando los reactivos con la sangre y observar el resultado con el microscopio, y en caso de ser sorprendido por el doctor Capalbo alegar que sólo pretendía constatar lo ocurrido anteriormente, no porque dudase sino por la simple curiosidad de verlo con los propios ojos y conocer qué era lo que cabía aguardar cuando los reactivos estaban en mal estado. Atrajo hacia sí los tubos de ensayo con la sangre y tomó uno, manteniendo la nuca oculta a quien entrase. Sin decidirse todavía lo miró a trasluz y lo sacudió ligeramente, en un acto por completo inútil. La cara posterior parecía también interesada en ver y lejos estaba de desinteresarse del asunto; se diría que desde allí atrás lo conminaba a que pusiese manos a la obra. Para Marcos, esta actitud de la cara, plegándose a sus intereses, no era en exceso sorprendente, o por lo menos no llamó su atención. De lo que sí era consciente, porque punzaba y ponía en aprietos su inclinación a no hacer nada y a dejar pasar la oportunidad, era de la ambición que la dominaba. La cara, además de los rasgos bestiales que había mostrado en el pasado, revelaba ahora pocos pruritos cuando de llegar a una meta se trataba y era una entusiasta partidaria de la acción. Pero para llevarla adelante pretendía valerse de él, o, esto subyacía y Marcos, apremiado, no se detuvo a examinarlo, era ya parte de su persona y con derechos adquiridos.

Marcos había dejado el tubo de ensayo con sangre y miraba ahora a trasluz cada uno de los frascos de reactivo. Estaba dispuesto a llevar adelante la prueba, aunque se tomaba su tiempo con la excusa de actuar sobre seguro y, en consecuencia, se daba al examen de cada frasquito con la esperanza —a la que él sabía descabellada— de detectar si alguno presentaba un aspecto distinto y era a la sazón el que debía usarse, porque de momento su desconfianza había mudado de la sangre al reactivo. En esto estaba cuando el doctor Capalbo irrumpió en el laboratorio, seguido del grupo de estudiantes que, sin más remedio, lo seguía como un séquito. Marcos dejó con rapidez el frasquito que

examinaba sobre la mesada y miró rectamente hacia los que entraban, esbozando una mueca torpe, hasta un poco grotesca.

—Vamos a ver ahora —dijo el doctor Capalbo, sentándose con decisión en el taburete y sin prestarle ninguna atención.

Marcos se refugió aún más en el rincón, confiando en alguna medida en que la cara hubiera desaparecido. De cualquier manera sus compañeros no lo miraban y rodeaban al profesor con expectativa, interesados en su fracaso. Capalbo —que había recibido otro frasquito de reactivo de manos de un fastidiado jefe de laboratorios, quien le garantizó su buen estado— se entregó a unos prolongados prolegómenos, como si no se decidiese a hacer la prueba. En tanto, conforme crecía la seguridad en que su cara posterior había desaparecido —y acabó confirmándolo tocando apenas con las yemas de los dedos unos pelitos de la nuca—, aumentaba también el disgusto de Marcos por no haber aprovechado la ocasión. Sospechaba que si hubiera hallado el factor que impedía el éxito de la reacción, Capalbo lo habría puesto por los cielos. Y por esto mismo era que no sentía ya animadversión hacia la cara; se podría decir que la sentía como parte de su ser, y no la más deleznable. Por el contrario, se lamentaba de ese costado de sí, dubitativo y pusilánime, que le había impedido decidirse a tiempo.

—¡Pero me cago en...! —el doctor Capalbo estalló, dejando la frase en suspenso. Se levantó del taburete ante este nuevo fracaso, mas lo hizo en un rapto de bronca y como no tenía dónde ir se quedó allí parado, apoyándose con las manos en la mesada de mármol. Cabizbajo, pensativo, buscaba una salida digna y adecuada a las circunstancias. Los alumnos aguardaban, quizás levemente consternados por esta pequeña degradación de la medicina pero disfrutando sin dudas del consuelo de sentir que eran dueños de la situación. Alguno, uno de los más alejados, esbozaba una sonrisa que ni siquiera era maligna, que portaba inconscientemente.

—Se puede intentar otro día —sugirió un alumno con alma caritativa, con un tono de voz en el que se evi-

denciaba la segura altura desde la cual era caritativo.

—Sí —dijo el doctor Capalbo a poco que lo pensó—. Es evidente que la partida de reactivos vino fallada —se explicó en voz alta, aunque no creyese mucho en esto.

—En fin. Así son las cosas a veces —continuó luego, habiendo caído en la cuenta de que lo penoso de su situación era consecuencia mas que nada de su puteada, de la explosión de su impotencia, y que le convenía a la sazón quitar dramatismo al asunto—. Por hoy terminó el práctico. Nos vemos el... jueves, ¿verdad?

Los estudiantes se retiraron poco a poco. Marcos, adrede, fue quedando último. Creía que era la oportunidad de abordar al profesor y de establecer con él un lazo amistoso; incluso le parecía posible que intercambiaran opiniones acerca del fracaso y que juntos encontraran el *quid* de la cuestión. Nunca había hablado con un profesor sin alguien de por medio y en estos instantes sus esperanzas en torno al resultado que tendría la conversación se hicieron enormes. Ya los otros se habían retirado y Marcos estaba cerca de la puerta cuando miró al profesor para decir algo —no sabía qué—, no obstante éste estaba hojeando un cuadernillo impreso y él no cobró valor como para interrumpirlo abiertamente; sólo pudo emitir un sonido débil e impreciso, pero el doctor Capalbo lo desoyó y siguió enfrascado en la lectura. No le quedó más remedio a Marcos que seguir su camino.

—¡Marcos! —apenas traspasó el umbral de la puerta, Guillermo, aquel compañero suyo con quien a veces hablaba, se le acercó como si lo hubiera estado esperando. Marcos se sintió un poco halagado por este hecho.

—¡Qué tal!

—¡Qué increíble!, ¿no? Se supone que esa reacción es una pavada.

Marcos no supo qué contestar.

—Este Capalbo me parece que es un inútil —continuó Guillermo—. Si no se las ingenia para lograr eso, no sé...

—Pero el reactivo estaba en mal estado... No...

—¡Pero cómo van estar todos mal! —lo interrumpió Guillermo—. ¿Y el que le dio Basualdo? No, si lo alejás de una máquina aflora el idiota que tiene adentro —sentenció.

Marcos sospechó que estas palabras tan duras no eran de cosecha propia sino que se afincaban en el concepto que Capalbo le merecía al doctor Milillos, con quien Guillermo tenía una relación bastante estrecha, por lo que él había podido observar.

Caminaron un trecho en silencio.

—¿Será tan torpe entonces? —Marcos se sintió en la obligación de apoyar en parte las palabras de su compañero, aunque el tono de pregunta —una concesión a su fallido intento de abordar a Capalbo para convertirse quizá en su "pichón"— atenuó el efecto que había buscado.

—Tampoco importa mucho —y Guillermo levantó los hombros, dejando atrás su anterior ánimo belicoso—. Si todo da más o menos lo mismo. Sabe, no sabe —y repitió un gesto despectivo—, no cambia nada.

Marcos hubiera querido preguntarle por qué Milillos tenía una opinión tan pobre de Capalbo. Pero era, claro, una pregunta imposible de formular de modo directo y no encontraba la manera de sonsacarlo.

—Para muy pocos saber significa algo; quiero decir, que con eso llegan muy lejos; para la gran mayoría no tiene ninguna utilidad —Guillermo siguió exponiendo los pensamientos que venían a su cabeza—. O entrás a ese grupito, o te tenés que resignar a ser zalamero y subir por otros medios, y entonces cualquier cosa es más importante que los conocimientos que se tengan: una sonrisa, una buena lapicera, un culo, la audacia para hablar, lo que se te ocurra.

—Y hay que saber arrimarse a alguien ¿no? —Marcos dijo esto con la intención de buscar una especie de consejo, mas Guillermo le echó una ojeada poco amistosa, como si hubiera entendido que Marcos le reprochaba su relación con Milillos. Sin embargo algo debió leer en la cara de Marcos porque enseguida ese gesto desapareció y se rió ligeramente. Se habían detenido en el hall de entrada de la facultad ya que ambos suponían que allí se separarían.

—Mirá, dentro de media hora nos encontramos en la cátedra de Milillos. Somos unos pocos, un pequeño gru-

po que... nos nutrimos... Vos ya sabés... —y lo miró con complicidad—. Algo estuvimos hablando, ¿no?

—Ss...si —dijo Marcos dubitativo, justamente porque sabía a qué se refería, o por lo menos tenía fuertes sospechas.

—¿Y qué te parece? ¿Venís?

Marcos sintió que la sangre se le agolpaba en la cara. No podía contestar ni que no ni que sí, y la pregunta exigía una definición.

—Sí. Voy —afirmó, intuyendo que el sí era una definición menos tajante en razón de que, pese a su respuesta positiva, podría no ir, en cambio le sería imposible presentarse si ya se había negado.

Guillermo se sonrió con entusiasmo, y a Marcos esto lo sorprendió; se percibió como un trofeo y nunca hubiera imaginado que su presencia o su ausencia en un lugar de la facultad tuviera alguna importancia.

—Mirá, en tres cuartos de hora, cincuenta minutos, golpeá la puerta de la cátedra. Yo te voy a estar esperando.

Guillermo salió a hacer una compra fuera de la facultad y Marcos entró en el bar, perplejo en grado sumo. Dos razones se aunaban para llevarlo a este estado de ánimo: en primer lugar, en realidad nunca había terminado de creer que allí fuera posible el canibalismo, empero la invitación había sido inequívoca, por lo que no podía dudar un ápice de lo que había en ella; en segundo lugar, él hubiera considerado que era la última persona de la facultad a la que se invitaría a una cosa así, y no obstante ahí estaba —y era un hecho macizo— el convite de Guillermo. ¡Y para colmo él había aceptado!

Pidió un café pero sólo por un acto reflejo porque de inmediato se dio cuenta de que tenía mucha sed y tendría que haber pedido una gaseosa. Se fue con su café a una mesa y lo primero que hizo cuando se sentó fue mirar la hora. Disponía todavía de unos cuarenta minutos para decidir y en un primer momento le pareció un tiempo lo suficientemente amplio como para sentirse todavía alejado del abismo y con largos minutos de calma por

delante. Se puso a endulzar el café con estudiada parsimonia, revolviendo y revolviendo.

Antes de que transcurriesen cinco minutos, sin embargo, su apreciación de las cosas fue virando por completo. Se empezó a sentir apremiado por una situación en la que, según intuía él de manera confusa, se definiría en cierto modo la dirección hacia donde se dirigiría su vida. Cuando fue abordado por esta impresión acerca de lo crucial que sería la opción que haría, miró en derredor, buscando una mirada que le diera un indicio, aferrado por unos segundos a la creencia de que en la mirada de los demás, reflejo de la vida media del género humano, anidaba lo correcto, aquello que inclinaría su ánimo hacia la elección adecuada. Pero a poco que miró en derredor se sintió expuesto; creyó que los demás podían leer en él las circunstancias en que se encontraba, y se hizo más prudente. Durante unos instantes había observado a una chica que tomaba un submarino, una chica que le llevaba unos años y que no era nada agraciada, con su pelo enrulado e hirsuto y su cara redonda, cachetona, de piel aceitunada, atravesada por una nariz ganchuda, pero en la que quiso ver a su hada salvadora, la que sabría encontrar las razones perfectamente lógicas para adoptar una decisión, aquellas que avalasen el rechazo al convite de Guillermo, ya que por el momento se inclinaba hacia esta postura. Y se entusiasmó algo imaginando, más que las palabras, la actitud de ella, la claridad de la exposición, la vivacidad del rostro al aconsejarlo. Aunque cuando la chica levantó los ojos, casi podría decirse que hacia él, Marcos bajó la vista y sus esperanzas se esfumaron. Se recluyó en sí mismo, volcada la cabeza e incluso el cuerpo hacia la módica tacita de café, en una actitud que habría llamado la atención si alguien se hubiera ocupado de él.

Si tenía cierta preferencia por la negativa era porque con ésta su vida continuaría su curso tal y como estaba y se evitaba un cambio que no sabía en qué derivaría; además, en la medida en que las cosas no variasen su ilusión con respecto al futuro se mantendría intacta, y siempre había considerado que los cambios lo

podían dejar también sin ella. Aunque, por otro lado, sabía que de seguir así, la vida se le haría más y más espantosa y que de persistir rectamente por donde iba acabaría en el peor de los mundos. Ya hacía tiempo que veía con claridad lo que le aguardaba y, amén de esto, la culpa por no haber hecho nada para evitarlo lo devoraría. La pregunta era: ¿estaba ante la oportunidad de entregarse al cambio que su vida necesitaba y debía aferrarse a ella, o era mejor dejar pasar la ocasión para aguardar algo más propicio y seguro? Pero también, ¿no sería el canibalismo, tal como había pensado, una especie de obligación para el médico, un acto al que a la fuerza habría de avenirse si quería ser médico? Lo sopesaba y le parecía muy verosímil que existiese esta costumbre, esta prueba de la desacralización absoluta del cuerpo, coherente con la futura y cotidiana tarea de examinarlo, manipularlo, cortarlo. Para ser médico —continuaba— había que bajar al cuerpo humano del pedestal en el que estaba y qué mejor que despreciarlo un poco dándose a una modesta antropofagia, apenas unos bocados, según calculaba. Y aunque lo anterior no fuese así, ¿no le convenía integrarse al pequeño grupo que seguía al doctor Milillos y proveerse así de una serie de relaciones y apoyaturas que le serían imprescindibles para hacerse un camino en la medicina? Después de todo él advertía que el aislamiento en el que se hallaba —no pertenecía siquiera a un grupo de amigos— le sería muy perjudicial y era algo que debía revertir. Se sintió reconfortado por la idea de encontrar cobijo en un círculo de amistades, más que nada porque imaginó que perteneciendo a algo tendría ciertas certezas, y se evitaría el vacío, la extrañeza que sentía cada vez que entraba a la facultad y pasaba entre los corrillos de estudiantes que charlaban entre sí. Ahora, ¿podría pertenecer a un grupillo?, vale decir, ¿podría estar frente a un compañero, uno de los conmilitones del grupillo, y sentirse totalmente en confianza y hablar sin tapujos, sin medir las palabras, como —creía— era usual cuando se pertenecía a un pequeño círculo? Tenía miedo de fracasar, de comer la carne humana pero igual sentirse ajeno a todo,

que Milillos adivinase la antipatía que le guardaba —pese a los destellos de admiración que sentía por él—, que Guillermo se desilusionase de su persona y terminase lamentando haberlo invitado.

La chica de pelo enrulado y cara redonda se levantó y, al marcharse, pasó cerca de Marcos. Él la miró abrigando la idea —aunque no tenía esperanzas— de que ella se decidiera a ayudarlo, sentándose a hablar con él como si hubiese leído todos sus pensamientos. La expresión del rostro de la chica sin embargo lo desilusionó; era insulsa y trasuntaba en ella el vacío espiritual. La completa fealdad y la estupidez de la chica se hicieron tan manifiestas que Marcos no pudo menos que preocuparse por la orfandad en la que estaba, la que lo llevaba a depositar sus expectativas en cualquier persona que anduviese en las cercanías. Y esta comprobación de su debilidad lo inclinó más aún hacia la idea de presentarse en la cátedra de Milillos. Tanto que ya se dedicó solamente a la búsqueda de razones plausibles que apuntalaran su intención de cumplir con Guillermo, las cuales se reducían en general a la presunción de que por fin atravesaría el puente que lo alejaría de su vida. Pensó también en Luis, a quien le atribuyó una supuesta aprobación del canibalismo, dado que era una conducta propia de ese buen salvaje que él gustaba sacar a luz. Y juzgando que Luis —siendo estudiante de antropología y obligado por tanto a compenetrarse con las culturas antropófagas— había probado la carne humana, se imaginó departiendo con él acerca de este tema, contándose ambos entre risas y sonrisas sus experiencias. Sería éste entonces otro lazo que los uniría, tal vez uno de los más fuertes.

Miró su reloj y comprobó que aun cuando esperase hasta último momento no llegaba a contar con diez minutos para decidirse. Los nervios se apoderaron de él conforme su decisión flaqueaba y los reparos a una acción de la cual se podría espantar durante el resto de sus días se hacían crecientes. Barruntaba que cuando llegase el momento las fuerzas que lo impulsarían a ir y las que lo retendrían estarían en un lamentable equilibrio, de cuyo resultado final en el fondo no dudaba: prevalecería

la inercia y no podría dirigir sus pasos hacia la cátedra. Y como no habría tomado una decisión sino que sería la indecisión la que habría optado, se arrepentiría en el futuro mucho más; la pusilanimidad que habría mostrado lo sacaría de quicio.

Impulsado por estas consideraciones, ayudado también por la repentina creencia de que Alejandra lo rescataría si el asunto lo desencajaba en demasía, se levantó y caminó hacia la salida del bar. Ya no pensaba en nada, estaba demasiado obnubilado para eso, sólo caminaba con los ojos bajos y fijos rumbo a la cátedra de anatomía. Cuando ingresó al último pasillo el corazón le dio un vuelco. No estaba seguro de que se animaría a golpear pero igualmente siguió avanzando. Llegó ante la puerta en un estado próximo al mareo, pero que era más exactamente una gran confusión mental, acompañada por la sensación de que el cerebro estaba comprimido y que en consecuencia algo grave iba a ocurrir en su cabeza si no tenía un rápido alivio. Golpeó la puerta, en parte para pedir ayuda o por lo menos con la esperanza de que podría aducir que no había ido allí a participar del canibalismo sino para que le diesen una cura a su estado. Guillermo abrió la puerta y pareció alegrarse de verlo. Le franqueó el paso con urgencia.

—¡Qué tal! ¡Dale, pasa!

Marcos entró y, pese a todo, intentó sonreír. Su cabeza volvía de a poco a sus cabales, quizás porque la presencia de Guillermo se lo exigía, quizás porque intuía la posibilidad de apoyarse en él, dejándose guiar, de tal modo que su responsabilidad en el asunto amenguase, quizás porque ya había atravesado el Rubicón y su estado deliberativo empezaba a quedar atrás. Guillermo había cerrado la puerta con llave y caminaban hacia el interior, hacia los laboratorios, por un corredor al que se abrían las puertas de las aulas de la cátedra, ahora vacías. Cada cátedra en esta facultad tenía en pertenencia una porción del edificio, suertes de feudos que contaban con sus propias aulas y laboratorios, a los que se accedía por una sola entrada cuyas llaves estaban en manos de la misma cátedra.

—Te estaba esperando —acotó Guillermo innecesariamente.

Marcos echó una ojeada a su reloj.

—No. Si no llegaste tarde: no hacía cinco minutos que estaba ahí —se apresuró a aclarar Guillermo—. Todavía no empezamos. Se estaba en los preparativos y...

Caminaron unos pasos más en silencio, el tiempo que tardó Guillermo en atreverse a decir lo que antes, por prurito, no había querido salir de su boca.

—Hoy tenemos pierna —le informó con una sonrisa forzada que casi se torció en una mueca y con un tono de voz en el que se reveló el intento de que su comentario sonase jocoso y en camaradería, fallido en alguna medida porque algo en su garganta tembló visiblemente.

A la mente de Marcos vino una peluda y flaca pantorrilla masculina y el asco, incipiente, se revolvió en su estómago.

—Pero no te vas a dar cuenta. No... Bueno, yo reconozco algo los cortes —y se rió, apenas nervioso—; quiero decir, si es de una pierna por ejemplo, o del torso; claro que también cuenta si es hombre o mujer... o...

Marcos estaba admirado de la persona que descubría en Guillermo. Si bien nunca habían intimado, no lo hubiera creído capaz de esta dureza que mostraba, y más que nada, de esta capacidad para hablar sobre la cuestión y de asumirse como un comedor de carne humana, que era algo distinto a sólo haberla comido ya que suponía una extraña consustanciación con la práctica. Aparecía ahora ante sus ojos como otra persona, esencialmente distinta al compañero algo tímido y retraído y dispuesto a otorgar que había conocido hasta el momento. Y este cambio engendraba su temor porque era la prueba de que no sólo se podía cambiar de vida sino que se podía ser otro, un otro futuro que sin duda se reivindicaría a sí mismo, pero que, visto desde el hoy —como él veía a Guillermo— le causaba rechazo.

Habían llegado hasta uno de los laboratorios y Guillermo abrió la puerta con toda confianza. Hizo pasar primero a Marcos, quien, al sentirse entregado sin ninguna consideración a la contemplación de los que estaban

adentro, constató que Guillermo había adquirido ciertos rasgos de crueldad. Las cuatro personas que allí se hallaban, entre las que enseguida Marcos reconoció a Milillos, se volvieron hacia él e hicieron algunos comentarios por lo bajo. Estaban cerca de la mesada de una de las paredes laterales, a unos seis o siete metros de la puerta. Parecían no estar convencidos de la conveniencia de que Marcos estuviera allí para incorporarse a ellos. Guillermo había cerrado la puerta tras de sí y aún se quedó unos segundos parado detrás de Marcos, como si esperara a que éste avanzara para ir detrás, pero Marcos, aprovechando que el grupito había regresado a la conversación que mantenían entre ellos, se volvió hacia él, pidiéndole con la mirada que avanzase primero. Guillermo se adelantó y cuando estuvo cerca del grupo apenas si saludó, algo cohibido porque los cuatro siguieron por unos instantes en lo suyo. Sólo después se dirigieron a los recién llegados. Los saludos a Marcos fueron muy medidos, aunque tampoco abiertamente hostiles; en general, un hola apagado, acompañado de un indefinido esbozo de sonrisa.

Milillos se agachó por debajo de la mesada y extrajo una botella de vino fino tinto.

—Demos comienzo al ágape —dijo con alegría al tiempo que hacía con la botella un ademán un poco teatral.

Acercaron unos vasos y sirvieron el vino.

—Tomá con confianza que no es la sangre del finado —le lanzó Milillos a Marcos cuando advirtió que éste le echaba una mirada a la bebida sin decidirse a tomarla.

A pesar de haber sido la víctima del estiletazo, Marcos sonrió y se apresuró a beber.

—Los estudiantes conocen la medicina cuando llegan a mi cátedra —se vanaglorió Milillos— y los melindrosos... —e hizo un gesto de huida—. He cribado mucho y la facultad no me lo reconoce — afirmó bajando el tono mientras una sombra pasaba por su cara.

Marcos se había apurado a terminar el vino y Milillos percibió de inmediato su vaso vacío.

—A ver, acá —y le señaló el vaso a quien estaba cerca de la botella—, que está cobrando valor.

Todas las miradas confluyeron por unos momentos sobre Marcos.

—Después de esto puede considerarse digno de la chapa —siguió Milillos (y para Marcos ya estaba próximo al ensañamiento), afirmando algo que ratificaba sus sospechas acerca del código no escrito del estudiante de medicina.

Al rato se dispusieron las cosas sobre la mesada. Se trajeron tres anticuados mecheros a alcohol y unos pequeños asadores de metal de fabricación casera, cuyo pinche horizontal, que podía girarse con una manivelita, estaba colocado a una altura apropiada para la acción de la llama de los mecheros. Y por fin, extraída de una heladera del fondo del laboratorio, llegó una bandeja de telgopor con unas cuantas lonjitas de carne —entre diez y quince calculó Marcos— prolijamente ordenadas.

—Ayudame —le dijo Milillos a Guillermo. Y ambos se dieron a pinchar sendas lonjitas de carne en los tres asadores, atravesándolas varias veces de tal modo que quedaban como un acordeón de cuatro o cinco centímetros.

—Las piernas de las mujeres son lo mejor —afirmó Milillos con un entusiasmo ligeramente libidinoso.

Marcos sintió una pizca de alivio al saber que era carne de las piernas de una mujer lo que iba a comer, aunque no tuvo en mente ninguna razón que explicara esto.

—A ver las tuyas —le dijo Milillos a la única chica presente, quien —a Marcos se le ocurrió que adrede— tenía puesta una pollera y bastante corta. Pero igual, sentada en un taburete alto y cruzada de piernas, la chica se levantó aún más la falda hasta hacer visible una bombacha negra, de encajes.

—¡¡Bravo!! —estalló Milillos ante ese hermoso espectáculo, siendo su actitud el emergente del entusiasmo que había cundido—. ¡Esos jamones no te los perdonaría! —le dijo, en una frase que quiso ser ambigua.

La chica se bajó la pollera con urgencia y fuerza y tiró de ella hacia abajo aunque ya no podía lograr más que romperla de arriba. Avergonzada de repente en gra-

do sumo, como si el acto de levantársela no hubiera correspondido a su naturaleza y fuese producto de un segundo en el que no fue ella misma, parecía querer más tela para taparse. Los miraba un poco demudada, con los ojos agrandados, a la expectativa de las consecuencias que habría de afrontar. Los cinco hombres se quedaron algo cortados por esta reacción. Marcos, inclusive, casi se arrepentía de haber mirado con tanto entusiasmo, y si unos segundos antes la miró con deseo ahora miraba a la linda chica con un enamoramiento bajo el que latía un sentimiento caballeresco, la inclinación a rescatarla del supuesto mal trago.

—Bueno, tampoco hay que exagerar —intervino Milillos—. Prendan los mecheros, por favor —y con esta orden archivó en gran medida el asunto anterior.

—Tomá —Milillos le dio a Marcos unos de los pinchos con la carne—. Cocinalo vos.

Marcos colocó el asador en la montura y dispuso el fuego del mechero bajo la carne. Otros dos hicieron otro tanto. Marcos dio en girar pronta y concienzudamente la manivela para que la carne se cocinara pareja, bien que cada tanto echaba una ojeada sobre la chica con la esperanza de que cuando todo esto que hacía a su iniciación pasase, otro día, la pudiese abordar con el respaldo de haber tenido una señal alentadora.

Otra botella de vino surgió de debajo de la mesada y siguieron tomando mientras la carne se cocinaba. A despecho de los efectos del vino, conforme su lonjita se iba dorando se reavivaba en Marcos un incipiente asco. No se detenía a pensar demasiado en lo que comería (cosa que hubiera hecho de seguro de no mediar el vino) y más que nada se ocupaba de hacer girar a ritmo regular la manivela, observando sin descanso el estado de la carne, preocupado por no ganarse unos reproches, pero aun así una lejana náusea principiaba a instalarse en sus entrañas. Y esto constituía ya la fuente de un larvado malestar, sobre todo porque en los demás crecía la alegría y la disipación y temía dar la nota y arruinar la fiesta o, aunque más no fuera, sentirse en extremo ajeno a la jarana del grupo.

Milillos se iba poniendo exultante y fue propendiendo a la bravuconada.

—¡Que el Decanato haga lo que quiera! ¡Acá los espero! ¡Y vamos a ver si se atreven a algo, cohorte de cagones! —alardeó en un momento, ofuscado y sin embargo alegre, y aun actuando como si estuviera maniatado por no contar con la presencia allí, ante sus ojos, del decano.

Y por lo que se había dicho antes, y lo que se dijo después, Marcos dedujo que el decano sabía de sus prácticas —o por lo menos ellos creían esto— y aguardaban en estos días una medida contra la cátedra. A causa de estas revelaciones su incomodidad fue en aumento y otros interrogantes surgieron en su ánimo, dado que, si esto era así, la posibilidad de que el canibalismo fuese una práctica obligada se hacía más remota y era más probable que el grupillo estuviese en absoluto desmadrado. ¿O era en su defecto la forma festiva con la que realizaban esta práctica lo que el Decanato condenaba? Sospechó que había sido invitado con el objeto de aumentar el número del grupo antes del ataque, con lo que lograrían resistir en mejores condiciones en razón de que si lejos de ser un grupillo insignificante eran muchos los involucrados, el mismo decano tendría el mayor interés en tapar el asunto. Se fue elevando en su interior un sorprendido rencor contra Guillermo, quien lo habría traído como carne de cañón para llenar una trinchera contra el esperado ataque, uno de los tantos giles que se debían estar reclutando de urgencia para abultar la lista con la que presionarían al Decanato. Ahora ¿por qué estaba él solo como nuevo partícipe?, ¿no habían conseguido otros esta tarde? Y los que se negaban, ¿no eran posibles delatores? Guillermo había corrido un riesgo al invitarlo, pero, ¿no tendría ya bien medido la persona que él era, por lo que habría actuado sobre seguro, tal vez hasta con suficiencia, despreciándolo? Casi tenía deseos de hallar una excusa cualquiera, la que fuese, para irse; mas también encontraba razones para quedarse, porque tampoco era lógico que hablaran delante de él de la cuestión del Decanato si era que lo habían invitado sólo para involu-

crarlo, y parecían explayarse con total confianza como si el fuese ya uno más. ¿O era que se le tenía en tan poco que, consideraban, no valían la pena los tapujos? Era posible también que él hubiese entendido erróneamente y el enfrentamiento con el decano tuviera otra causa, de las muchas que era dable pensar, ya que había muchas fuentes de conflicto entre un titular de cátedra y un decano, desde cuestiones académicas hasta de política universitaria. Y, mientras seguía girando pacientemente la manivelita, llegó a preguntarse si era al fin de cuentas carne humana aquello o era todo un equívoco suyo, suerte de duda que se deshilachó hasta desaparecer apenas volvieron a hacerse presentes en él las cosas que se habían dicho un rato antes.

La carne estaba más que dorada y ya tenía una agradable costrita cuando se consideró que estaba a punto. Marcos, cuyo asco iba creciendo y devenía en náuseas, estuvo a punto de sugerir que le faltaba un poco, deseoso de demorar tanto como le fuera posible el momento de probarla; no obstante, como los otros sacaron sus lonjitas del fuego y, con un tenedor, las colocaron en un plato, a él no le quedó más remedio que hacer lo mismo.

Milillos salió la carne con toda tranquilidad, lo que provocó en Marcos un abrupto avance de su asco, tal si ese acto mancillase la carne humana hasta un punto intolerable.

—Tanta sal no —protestó la chica.

—Es una carne asada —retrucó Milillos, pero como si no se dirigiese a nadie en particular, en tanto cortaba un bocado. Antes de llevárselo a la boca tomó un trago de vino, y luego lo engulló sin más, poniendo en sus facciones mientras masticaba un gesto de distendida aprobación. Todos lo miraban, aguardando. A pesar de la aquiescencia de Milillos, Marcos empezaba a convencerse de que no le sería posible comer, y de que tenía dos caminos: o se negaba, buscando una excusa, o se arriesgaba a intentarlo y el asunto terminaría inevitablemente en un vómito.

La carne se cortó y se repartieron tres o cuatro bocados por cabeza. A Marcos le extendieron un platito con

tres bocados. Lo sostuvo ante sus ojos al tiempo que una agresiva náusea le trepaba por el esófago. Por unos segundos miró esos tres retorcidos y crocantes pedazos de carne con una infinita aversión. A su lado Guillermo ya comía y los demás hacían otro tanto.

Tomó un pedazo, se lo introdujo en la boca y apretó los dientes con fuerza, como para contener la arcada, la que sin embargo no se produjo. Esperó con el bocado en la boca, sobre la lengua, sin animarse a masticar. Evitaba mirar a alguno de los presentes porque sabía que adivinarían su situación, su bamboleo al borde del vómito. El tiempo pasaba y la saliva rodeaba su lengua, la que sostenía el bocado de carne como a un trofeo por encima del mar de saliva que amenazaba alcanzarlo. Impedía que la saliva llegase hasta él porque tenía la impresión de que el contacto entre ellos significaría la definitiva incorporación de la carne a su cuerpo, un hecho del que ya no habría regreso.

—¿Querés más vino? —le preguntó Guillermo.

Y cuando Marcos se volvió hacia su compañero para negar con la cabeza, la carne rodó hacia uno de los costados y fue alcanzada por la saliva. Inmediatamente, quizá para que Guillermo lo viese, empezó a masticar. Y masticó, masticó, masticó, hasta que no tuvo excusa para no tragarlo; aun así se estuvo un ratito con el bolo en la boca, más tranquilo y con la cabeza vacía. Y después hizo un esfuerzo, pero un esfuerzo que tuvo mucho de mecánico, como si todo el problema residiese en un cansado maxilar, y se tragó el pedazo de carne.

Marcos cerró la puerta del baño y a continuación, a pesar de sus previsiones en contrario, hizo un pis muy corto, apenas un chorrito que no debió tener más de tres segundos de vida. Sacudió el pito para que cayeran las últimas gotas y luego fue hasta el lavatorio y lavó la punta, arrojándose agua de la canilla. El frío del agua hizo que el pito se hiciera más chico de lo que ya estaba. Marcos lo miró por unos segundos. Encogido, arrugado, durito pero sólo de frío, no estaba en absoluto en sintonía

con la necesidad que tendría de él cuando saliese del baño. Y ponerle un remedio a esto le insumiría un tiempo que, aunque breve, no podía otorgarse, dado que, de hacerlo, ella podría pensar que fue allí por otra necesidad más olorosa, inapropiada, casi humillante antes de esta primera vez en la que cogerían. Se secó bien el pito, sin lograr que reaccionara apreciablemente, y salió.

Ella estaba tapada con la sábana y, por su cara sonriente no exenta de vergüenza, era visible que estaba desnuda, o muy poco menos. Marcos se desvistió a su vez dándole la espalda, sin muchas esperanzas. Sentía una inmensa sed, la que no había logrado calmar con el mucho líquido que había tomado. Ya en calzoncillos giró hacia la cama y se encontró con los ojos de ella; no tuvo más remedio entonces que salir de sí mismo y congeniar con ella, impelido a hacerlo por la calidez de esa mirada. Una sensación de seguridad ganó su ánimo y en consecuencia se sonrió sin reservas, mirándola con una confianza que no hubiera creído posible en ese primer encuentro. Se metió bajo la sábana y se siguieron mirando por unos segundos sin decidirse a nada. Luego, ambos apartaron los ojos.

—Cuando subíamos en el ascensor me pareció ver en un pasillo a un tipo desnudo. ¿Lo viste vos? —empezó ella con un tono de comentario casual que necesariamente desilusionó a Marcos. Él lo había visto justo cuando el hombre, apurado, entraba en una pieza. Un hombre cercano quizá a los sesenta años y muy panzón, aunque no gordo, a quien le colgaba un órgano de buen tamaño. Y fue precisamente por esto que Marcos evitó referirse a él cuando lo vio, pese a que su presencia en un pasillo era un hecho singular y hasta cómico.

—Sí. Un tipo que justo entraba en una habitación ¿no? Aunque apenas lo vi; casi no lo alcancé a ver —minimizó él.

—¿Qué haría el tipo en el pasillo? Es raro ¿no?

—Salió a matar a alguno que estaba en otra habitación y volvía a la suya —se le ocurrió a Marcos.

—Lástima que el ascensor iba rápido —dijo ella y de inmediato Marcos pensó en el instrumento del hombre—. Pero arma no le vi.

—No. Yo tampoco —afirmó Marcos, luego de sopesar unos segundos esta respuesta por temor a caer en la ridiculez.

Hubo unos instantes de silencio.

—Habría que alejarse de los muertos —murmuró ella. En el rostro de Marcos —quien había interpretado que ese silencio era una suerte de conminación a que actuase y, apoyándose sobre un codo, había girado el cuerpo hacia ella— se dibujó un gesto de incomprensión, mas de inmediato consideró que era él el muerto a quien se refería. Un pico de caluroso nerviosismo le recorrió el cuerpo, creyendo que ella le reprochaba su inacción. Se acercó más aún entonces y deslizó hacia abajo la sábana, sólo lo suficiente para que aparecieran los pechos. Marcos no esperaba demasiado y en parte se sorprendió placenteramente; eran más bien grandes y más firmes de lo que hubiera imaginado. Emitió una risita, aunque crispada, aprobatoria, y la mujer reflejó en sus facciones el beneplácito que la invadió, el cual —en vista de que él miraba pero no se decidía— dio paso a un gesto goloso de invitación. Y él avanzó hacia uno de los pechos con su boca abierta, ahora sí, entusiasmado por la comprobación de que esa mujer madura —casi de la edad de su madre— guardaba el secreto de esas lindas tetas; y lo que más daba pábulo a su impulso era la develación de este secreto, de esta suerte de sinrazón que se había escondido bajo el jogging de la cajera. Y mientras salivosamente besaba y poco menos que succionaba los pezones, tenía en mente la cara de la mujer, con sus pequeñas gafas a media nariz, y más disfrutaba.

—Viste que no hay nada de plástico —dijo ella, orgullosa.

—Están hermosas.

Y Marcos, luego del efímero respiro, volvió sobre ellas. Tenía la pija bien parada y sentía ya la urgencia por introducirla. La restregaba entre las piernas de ella y —bastante enardecido pero no dispuesto todavía a buscar la vagina, sobre todo porque la mujer no se había avenido a ello abriendo las piernas— buscó ver más abajo de las tetas, tal vez deseando hacer, optimista, nuevos descubrimientos de la cintura para abajo;

sin embargo la visión de la panza, flácida y algo excedida, lo detuvo. Regresó a los pezones intentando que esa visión no lo desanimase. Y los pechos y la misma calentura que lo dominaba lo hicieron olvidar. Además, ella no tardó en abrir las piernas y entonces él la metió, no sin alguna torpeza de su parte para encontrar el hueco, aunque lo que en verdad lo enardeció fue que empezaron a besarse en la boca sin ningún retaceo, pasándose mutuamente las lenguas. Nunca hubiera creído que se besaría con esa mujer en la boca, ni aun cuando estaban en la cama a poco de coger lo había considerado posible debido a que la distancia entre ellos en años y en varias cosas más era tanta que cualquier actividad o pose o juego sexual era pensable, menos un simple roce de los labios. Y ahora que poseía su boca la poseía por entero, mucho más que a causa de esa introducción por abajo, que frente a lo de la boca había pasado a un modesto segundo plano. Muy pronto estuvo a punto de acabar, en consecuencia dejó de moverse para evitar que su precipitación la frustrase a ella. Se estuvo quieto, aguantando, aunque el orgasmo se insinuó y sintió que un poco de semen expelía. La cajera sin embargo no pareció satisfecha con esta inactividad y, quejumbrosamente, le reclamó movimiento; incluso ella se empezó a mover, y las paredes de la vagina apretaron con fuerza su pija, por lo que a Marcos se le hizo todavía más dificultoso postergar el final. Mas hizo un gran esfuerzo y logró contenerse, lo suficiente como para percibir que el orgasmo refluía. Pero entonces no le quedó más remedio que ceder al pedido de la mujer, y unos segundos después ya se estaba moviendo de nuevo. Al segundo o tercer movimiento el orgasmo volvió, esta vez incontenible, y Marcos se dejó llevar y acabó, acabó, acabó. Y al tiempo que acababa, la besaba, y sentía un placer desmesurado, quizá como nunca antes.

Cuando se apartó de ella, no obstante, estaba seguro de haber terminado muy rápidamente y de haber hecho por lo tanto un deslucido papel. Casi esperaba que ella lo tachase de chiquilín egoísta, o aun de torpe, pues se su-

ponía que ya debía haber adquirido ciertas habilidades. Le echó una fugaz ojeada, como para saber a qué atenerse, y quizá también con el objeto de adivinar en su rostro las huellas de un orgasmo, aunque no creía probable encontrarlas. Pero ella, advirtiendo la mirada sobre sí, lo miró a su vez, plena de una satisfacción en la que la concupiscencia dejaba paso a la ternura. Fue un instante, porque en seguida habló y las palabras se llevaron la expresión de sus ojos.

—¡Cómo te agitaste! Resoplás como un... como si estuvieses tísico —el tono de voz era amable, pero a Marcos no le gustaron las posibles intenciones que anidaban en esas palabras, sea que le reprochara la falta de un vigor juvenil y por tanto lo acercara a ella, a sus años, rebajándolo, sea que se enorgulleciera del esfuerzo que había hecho por ella, prueba del deseo que lo había embargado. Por otra parte, no notaba más que una respiración profunda y de ninguna manera resoplidos como ella afirmaba. Se tiró de espaldas sobre la cama, tal vez con la intención de que su respiración se normalizase, y dejó vagar la vista por el techo. Todavía estaba ligeramente sorprendido por el cambio ocurrido en la mujer de un momento a otro y cómo habían desaparecido de sus ojos —y seguramente de toda ella— los sentimientos que en su favor había abrigado. Advertía que en sus palabras había aparecido cierto egoísmo, hebras de intereses personales que antes, cuando cogían, habían estado por completo ausentes. Y se preguntó entonces si lo bueno de una relación entre un hombre y mujer no estaba en el acto sexual mismo, en lo que se sentía y en lo que se era mientras se llevaba a cabo, en la mera animalidad que había dado cabida a esa mirada, y no en el resto —cuando se hacía presente el mundo, la civilización—, todo aquello que estaba por fuera del sexo estricto y que se había ennoblecido vaya a saberse por qué razones, ya que era allí donde surgían esas palabras en las que se defendía un territorio propio y era allí donde se dirimían, minucia tras minucia, relaciones de fuerza, olisqueando debilidades con más olfato que un lobo.

—Ya vengo —le dijo ella, y se levantó y caminó rápido hacia el baño con una mano entre las piernas.

Marcos no pudo sino observarla, pese a que sabía que no le convenía hacerlo, porque ya era mucha la sorpresa de las tetas como para esperar algo bueno de aquello que había delineado claramente el jogging. Hubiera sido un milagro. Y el milagro no se produjo. Vio, desanimado, unas nalgas caídas, que quizá siempre fueron chatas, una cintura inexistente que portaba unos rollitos a los costados. Era el cuerpo deslucido y ramplón que cabía esperar, pero igual se sintió consternado. Una especie de rabia contra sí mismo lo invadió por estar allí. ¿Debía repudiarla o debía esforzarse por encontrarla atractiva, deteniéndose nada más en las tetas y en la cara, negándose a ver lo demás? Mientras escuchaba los ruidos que ella producía en el baño, la cuestión lo urgió. El repudio cobró la forma, si es que se decidía, de un expedito final para la estancia allí en el hotel, luego de exponer una excusa admisible. El buen momento que había pasado pesaba también en su ánimo y contrapesaba esta última y triste visión de sus espaldas. Para cuando ella salió del baño no había decidido nada.

—Me gustaría pedir algo —dijo ella con tono resuelto en tanto avanzaba hacia la cama levantándose las tetas con las manos y entrando la panza. Y con esto el asunto quedó definido; primero porque él no se hubiera atrevido a contrariar lo que ella, según parecía, daba por sentado, es decir, que aprovecharían íntegramente el turno, y segundo, porque al advertir que entraba el vientre nació en él algo parecido a la piedad. En parte sumiso al tono de voz que ella había utilizado, en parte proclive a la lástima, ni siquiera consideró ya la posibilidad de que se fueran. Y se apresuró a llamar por teléfono para pedir lo que ella deseaba, agregando una gaseosa para sí.

—¿En qué piso estaba ese tipo desnudo?, ¿te acordás? —inquirió la cajera a poco que estuvo bajo las sábanas.

—¿Para qué querés saber? —reaccionó Marcos, picado por el desagrado que le provocaba esa curiosidad.

—Y porque si mató a alguien la policía nos puede citar como testigos —afirmó, risueña, aunque quizá en alguna medida creyera posible que finalmente eso sucediese—. ¿Y si es un loco que anda suelto por el hotel y...? —la idea asaltó a la mujer y, mudando por completo de ánimo, se incorporó en parte, mirándolo con un atisbo de miedo.

—¿Va pieza por pieza? —preguntó él, un poco asustado, pero más que nada tentado de meterle más miedo.

—¿Está bien cerrado?

—Sí —le aseguró Marcos—. Pero... ¿y si el loco tiene las llaves, los duplicados?

—No me asustés —ella se sentó en la cama.

—No, disculpame; lo dije por...

—Shhh —una puerta se había cerrado con alguna brusquedad en el pasillo y la mujer quería escuchar.

Se quedaron en silencio, tratando de oír los pasos sobre la alfombra del corredor. Sin embargo, después de un ratito no habían escuchado nada.

—A esta hora hay muy poca gente —comentó Marcos, mas ella le hizo un gesto imperativo para que se callase. Y siguió escuchando.

Marcos pensó en la posibilidad de morir en esa habitación junto con la cajera, en lo que se diría de la compañía con la que se hallaba. Pero si lo pensaba era justamente porque casi no le otorgaba ninguna probabilidad de que ocurriese. Si había sentido una pizca de miedo, éste se había disipado, y la actitud de la mujer le parecía exagerada, sin fundamento, poco menos que una actuación.

—Si el edificio está vacío es más fácil andar por ahí y... —la cajera se interrumpió para escuchar.

—La semana pasada... —continuaba y de repente se escucharon unos ruidos en la puerta— ¡,Aaaagg!! —ahogó ella un gritito mientras crispadamente se aproximó a él.

Por unos segundos pareció que manipulaban la cerradura; aunque en seguida se oyó el cierre de una pequeña puerta.

—¡Son las bebidas! —Marcos cayó en la cuenta luego

de unos instantes de zozobra. Una luz se había encendido informándoles que en el cajón de la puerta tenían su pedido.

Él fue a buscar los vasos. Acercó la bebida a la mujer con una débil sonrisa en los labios, dispuesto a alentarla y, a la vez, ligeramente inclinado a la burla.

—El mozo lo debe haber hecho a propósito. Deben saber lo que sucede en cada pieza —y miró al espejo del techo—. ¡Hijos de puta!

Estas palabras, que le sonaron casi paranoicas y sin mayor asidero, causaron en Marcos cierta perplejidad. Él había supuesto que una cajera, una mujer que todo el día estaba en contacto con el dinero, debía ser una persona centrada, lógica. El dinero, según intuía él, era un anclaje, una atadura al centro del mundo, y si una cajera ya madura hacía esos comentarios le era imposible no pensar en una doble vida, en una misteriosa duplicidad. Y mientras bebían, sentados ambos en el borde de la cama y ensimismados, se le ocurrió que podía confesarle a la cajera su bifrontismo, inclinado a creer que ella comprendería su situación y que se ligarían uno al otro mucho más. Y hasta se imaginó contándole dónde y en qué circunstancias había comido carne humana y cómo lo habían invadido desde entonces distintos temores y qué difícil le era desembarazarse de la idea de que el otro, el que había sido en el cadáver (hombre o mujer), había pasado a constituir parte de su ser, se había incorporado a él, se había difundido en su corporeidad y había llegado a todos sus resquicios, incluso a su mente, conformando en cierta medida a la persona que él era ahora; y referirle quizá también que desde el día en que comió la carne humana, hacía más de dos semanas, la otra cara no había vuelto a aparecer y que él se preguntaba adónde había ido, si es que se había ido a algún lado por fuera del umbral más íntimo de su persona, o si, en su defecto, había abandonado la nuca sólo para ocupar otro lugar y estaba tal vez más presente que nunca. Necesitaba decirle a alguien que la ausencia de la otra cara le traía más inquietud que alivio y que, sin saber por qué, dado que por tiempo había

soñado con desembarazarse de ella, no podía tomarlo como un hecho auspicioso.

En tanto cavilaba acerca de cómo iniciar la conversación para llevarla luego, de una manera aparentemente casual, a las confidencias que deseaba hacer, la cajera avanzó una mano hacia sus genitales y se puso a acariciarlos.

—No me gusta verlo tan chiquito —se justificó.

Marcos, sorprendido, sonrió forzadamente mientras miraba como ella hacía, incapaz de expresar su incomodidad. La mano estaba fría por el contacto con el vaso y, además, pesaba en su ánimo el poco atractivo del cuerpo femenino, el que, haciéndose visible por entero, amenguaba en mucho el aprecio que se podía tener por sus tetas. Pero no podía negarse a este requerimiento, ya que ella había aceptado estar allí, en esa habitación, y Marcos sentía que tenía algunos derechos sobre él. Entonces separó un poco más las piernas para facilitar la tarea a la mujer con sus testículos. Intentó excitarse y en parte lo logró. Ella lo volcó hacia atrás y, tomando con fuerza la cara de Marcos entre sus manos, dominándolo, fue acercando la boca muy lentamente a la boca de él. Tan lentamente que Marcos, viendo que lo que le prometía no llegaba, imposibilitado de moverse, la deseó hasta empezar a inflamarse. Y finalmente lo besó como si tomara posesión de él, con una lasciva determinación, pasándole la lengua. Y Marcos se dejó llevar, ahora repentinamente caliente por esa superioridad que la mujer, desde sus años, ejercía sobre él. Casi se puede decir que ella lo manipuló hasta que tuvo la pija adentro; entonces lo soltó para que él pudiese actuar. Y él se movió, caliente por esa boca que la mujer ahora le retaceaba, pues con los antebrazos le impedía que se acercara. Y Marcos miraba esa boca lejana, en parte arrastrado por el deseo y la pretensión de llegar hasta ella, en parte haciendo lo posible para acallar el reclamo que la mujer le hacía de que la introdujera más adentro, que repitió una y otra vez sin que él pudiese satisfacerlo porque ya no había forma de que entrara más, por lo que no

pudo menos que tener a ese pedido constante como a una suerte de reproche por el tamaño escaso de su órgano. Casi terminó por creer que ella no le permitía llegar a la boca para castigarlo por el pequeño instrumento que tenía y sufría al tiempo que gozaba. Hubiera querido pedirle perdón y, de hecho, mientras acababa, mentalmente lo pidió una y otra vez, convencido de que, aun cuando hablaba para sí, expiaría su culpa y se le permitiría llegar a la boca inalcanzable.

Una boca que, un minuto más tarde, sentados los dos en la cama con las espaldas en el respaldar, había perdido todo atractivo para él.

Cuando bajaban en el ascensor para irse, la mujer apretó sorpresivamente el botón de parar.

—¿Qué hacés? —estalló Marcos, irritado.

—Éste es el piso en donde estaba el hombre desnudo.

—¿Y te querés bajar? —le preguntó en tanto amenazaba con abrir la puerta, dispuesto ahora Marcos a mostrar el desprecio que había ido creciendo en él desde que terminaron de hacer por segunda vez el amor. Un desprecio que aumentaba cada vez que la miraba y veía la fea mujer con que se había acostado; se enojaba entonces consigo mismo y sólo quería que llegara el momento en que pudiera separarse de ella. Y —algo impensable hasta poco tiempo atrás— quería ser cruel, quería humillarla. Sentía, como algo nuevo y hasta cierto punto embriagador, que la posibilidad de la crueldad estaba allí, a flor de piel.

—Bajate —insistió él con rudeza, cortándole el paso cuando la mujer, entre sorprendida y disgustada, quiso volver a apretar el botón de planta baja.

—¿Lo querés ver? —y soltó una risita sarcástica. Trataba de abrir la puerta pero estaba trabada porque el ascensor había parado unos treinta centímetros por sobre el nivel del piso. Observó la traba al otro lado de la puerta sin decidirse a pasar la mano.

—Vámonos —en parte pidió y en parte exigió ella.

—Pero, ¿no te querías bajar? Bajate —repitió, mientras volvía a impedir que tuviera acceso a la botonera del ascensor.

—Por favor, vámonos.

—Vos paraste acá. Y te acobardaste. Yo pensé que te querías quedar con el viejo porque te ibas a sentir más cómoda —le dijo Marcos, y después apretó el botón de planta baja.

Acababa de entrar Marcos en su casa cuando el teléfono empezó a sonar. Era Luis. Estaba desesperado porque una segura oportunidad para irse de donde vivía había fracasado a último momento, cuando estaba ya por empacar. Le refirió el asunto una, dos, tres veces, como si buscara exorcizarlo a fuerza de contarlo. No podía menos que pensar que había fuerzas desconocidas, suerte de hados enemigos, que siempre le impedirían irse, por uno u otro medio.

—¿Te das cuenta? —le dijo—. Nunca voy a poder irme. Nunca.

7

Apenas si había bajado del cordón a la calle, cuando Alejandra escuchó una fuerte frenada y, aterrada, vio aparecer la trompa de un auto a centímetros de sus piernas. Pegó un salto, alejándose del móvil, y no pudo evitar perder el equilibrio; en tanto caía trataba de ver, descompuestas las facciones, si el auto avanzaba hacia ella. Y aun cuando comprobó que ya estaba detenido, una suerte de gritito ahogado escapó de sus labios. Inmediatamente después se dio cuenta de que se iniciaba algo de revuelo en derredor suyo, por lo que se puso de pie en un instante, urgida por escapar de las preguntas y la preocupación de los comedidos. Sin darle tiempo a nadie, se mezcló entre la gente que caminaba por la avenida, en el momento en que se alzaba un ¡¡Boluda!!, gritado con odio por el conductor del auto.

Todavía sobresaltada, ofuscada consigo misma por no mirar al bajar a la calle, se metió en la primera galería que encontró, a escasos metros de la esquina. Aún sentía sobre sí la mirada de los demás, como si todos supiesen lo que acababa de sucederle y aprobasen el insulto que se había ganado a causa de su distracción. Se internó una veintena de metros en la galería y se puso a mirar unas vidrieras. Miraba sin poder concentrarse en lo que veía, preocupada más que nada por no encontrarse con los ojos de nadie. Estaba frente a un negocio de cerámicas, aunque ella había ido hasta esa zona comercial para comprar ropa. Y era precisamente este asunto el que la había absorbido de tal forma que no había tomado la precaución de mirar el tránsito al cruzar. Quería un cambio en

su modo de vestirse, aunque no sabía bien de qué tipo, o por lo menos no llegaba a precisarse en su cabeza. En realidad, subyacía la idea de la audacia, de ser más sugerente, pero Alejandra no llegaba a aceptarla y la hundía tanto cuando podía o, para olvidarla, intentaba cubrirla con otras posibilidades. Cuando pretendía sumergirla se imaginaba fugazmente con algo audaz y poco sentador, de manera que se desalentaba y subrepticiamente creía que el problema radicaba en ella, en su figura, en su cuerpo. Si consideraba otras alternativas, se veía adoptando un estilo de vestir que la identificaba con alguna tendencia dentro del mundo del rock o del mundo de la juventud en general. Ella más bien pretendía que su ropa no dijera nada, pero a la vez esta idea no le era satisfactoria y justamente si deseaba cambiar era porque se había cansado de ser insulsa y del críptico silencio de sus ropas. Atrapada por esta contradicción, había ido a la avenida comercial a resolverla en los hechos, si es que encontraba una ropa que expresara sus difusas aspiraciones o, aunque más no fuera, cuya compra la hiciera algo feliz.

Ahora, sin embargo, parada delante del negocio de cerámicas, dudaba de seguir adelante con su paseo de compras. En parte nerviosa por lo sucedido con el auto, en parte tomándolo como excusa, se inclinaba a regresar a su casa y olvidarse por el momento de la ropa. La cuestión que ella en concreto se planteaba se refería a la importancia de su accidente, ¿era lógico dedicarse a mirar vidrieras luego del tremendo susto que había pasado? Se sentía dolorida por la caída pero nada que la obligase a un regreso inmediato. Casi hubiera querido sentir un dolor mayor, el que la aliviaría de su hesitación y del peso de decidir. Sobre todo porque intuía que, de regresar, abandonaría por completo sus proyectos de cambio, y por esto mismo la idea la tentaba. Poco menos que sin saberlo se había ido convenciendo de que algo crucial se jugaba en este asunto, y que no era solamente un hecho externo y superficial. Si, en el futuro, los otros veían en su persona algo distinto de lo que ella era actualmente, de modo inevitable se transformaría, al menos en cierta medida, en aquello que habrían de percibir los demás.

Esto la atemorizaba, aunque no la había hecho retroceder. Y aferrándose ahora a su determinación primera, Alejandra salió de su ensimismada inmovilidad y comenzó a recorrer la galería buscando aquella ropa que la animase al cambio. Empero le costaba todavía concentrarse en una auténtica apreciación, miraba sin ver, con la mente difusa. No lograba que una ropa cualquiera le dijera algo, en su favor o en su contra. No se imaginaba con ellas; las miraba como si ni siquiera entendiese su utilidad y le fuesen ajenas por completo.

Salió de la galería y siguió caminando por la avenida. El sol resplandecía sobre la masa de gente que iba y venía por la vereda, la que casi no recibía sombras. Alejandra trataba de permanecer cerca de las vidrieras, aunque no las miraba para evitar esa incapacidad de apreciación que no podía remediar y que había comenzado a inquietarla. Se detuvo finalmente en una esquina, luego de caminar dos cuadras esquivando a la gente. Vio una remera en una vidriera que atrajo su atención. Era de un fucsia no muy vivo y parecía tener un escote delantero bastante pronunciado. De inmediato se imaginó a Marcos mirándole las tetas por ese escote. La idea en alguna medida la sorprendió, ya que no era él quien ocupaba mayormente sus pensamientos, bien que, desde aquella vez en que él se refirió a su cara en la nuca, no había podido evitar que en su cariño se mezclara algo de deseo. Repentinamente —y Alejandra se turbó por esta irrupción— Marcos apareció iluminado por otra luz, y bajo estos haces hacía nacer sus ansias de apropiación. Si antes la posibilidad imaginada de que Marcos anduviese con otra casi no la afectaba, ahora, cuando lo pensó —y lo hizo mientras seguía mirando la remera—, surgió en su ánimo un sentimiento doloroso, que se acercaba por instantes a la ira. Estuvo a punto de irse, para apartarse de la remera, preocupada por lo que, barruntó, era un exabrupto de su mente, una idea arbitraria a la que si ella le permitía crecer acabaría por llevarla a un engaño absoluto, como si fuera el fruto de una semilla que otra persona plantó, una usurpación de la que debía defenderse. Algo la retuvo sin embargo junto a la vidriera, quizá sim-

plemente la tozudez en su afán por cambiar de ropa, quizá la intensidad que abruptamente había cobrado la idea de posesión sobre Marcos. Volvió a imaginar que Marcos, con esos ojos claros, inocentes y nerviosos, la miraba en el escote, y la mirada era un lazo invisible de una fortaleza tan evidente, tan manifiesta, que intuyó que a través de ella habría de adquirir seguridad en la vida, un anclaje férreo, afincado paradójicamente sólo en esa mirada vergonzosa y huidiza.

Se puso a buscar entonces algo que hiciera juego con la remera, una pollera o alguna cosa que todavía no imaginaba, porque estaba abierta a encontrarla a golpe de vista, tal como había sucedido con la remera. Pero a poco que buscó le sobrevino el temor de que alguien se le adelantara a comprar la remera y no hubiese otra igual y, a pesar de que se llamó a sosiego, prevenida como estaba contra la precipitación, de cualquier manera entró al local. Urgida, fue hasta un mostrador tras el cual una chica hablaba por teléfono, ya que parecía ser la única empleada que no estaba atendiendo en ese momento. La chica de inmediato le dio la espalda, como para que no escuchase su conversación.

Alejandra esperó, aunque una tenue angustia empezó a levantarse en su interior conforme se afincaba la idea de que la felicidad se le escurriría entre las manos cuando estuviese a punto de asirla. Por mucho que se percibía ridícula, no podía evitar que la zozobra empezara a ganar terreno. Ya habían transcurrido tres o cuatro minutos y los empleados no se habían desocupado, excepto uno que había marchado escaleras abajo y no había vuelto a aparecer. La chica seguía ocupada con el teléfono, charlando evidentemente con una amiga dado que cada tanto se reía y le decía: ¡Pero no seas zonza!, en una risueña protesta que Alejandra llegaba a escuchar y que le provocaba un pico de indignación. Un empleado se había desocupado y, justo cuando Alejandra lo advirtió, fue abordado por una clienta que acababa de entrar. Alejandra creyó que debía intervenir de algún modo, y estuvo en un tris de protestar frente al empleado, arguyendo su prioridad; sin embargo, se volvió hacia la empleada que hablaba por teléfono.

—Disculpame. ¿Vas a atender? —le preguntó, intentando simular tranquilidad.

La chica negó con la cabeza y con la mano, y le indicó a los otros empleados. A punto de putearla, Alejandra pudo ver con el rabillo del ojo que otro empleado se desocupaba y se abalanzó sobre él.

Lo llevó hasta la vidriera y, cuando iba a señalársela, dudó por unos momentos. Vista desde atrás era una remera tan vulgar que se desilusionó. Una empinada mortificación le recordó lo apremiada que había estado por ella hacía unos segundos. Se repuso sin embargo y se la indicó al empleado. Pero ya no quiso verla y rehusó probársela, y sólo se sintió aliviada cuando vio que la metían en una bolsa opaca.

Se dirigió a la caja con una aprensión que crecía a medida que se acercaba el momento de sacar la billetera. Un controlado vértigo se apoderó de ella, y cuando tuvo que sacar el billete que llevaba su mente cayó en una suerte de vacío y su mano continuó actuando casi por inercia, como si completar el movimiento fuese un acto reflejo. Sacó el único billete que llevaba (siempre que podía organizaba las cosas de tal forma que se evitara toda confusión) y lo extendió, al tiempo que iba recuperando el control de la realidad, perdido durante algunos segundos.

—¿No tiene más chico? —le preguntó, quejumbrosa, la cajera.

—No. Nada.

Le dieron el cambio y se apresuró a irse con su bolsa aferrada en una mano. Imaginaba que llegaría a su casa y que guardaría la bolsa en el armario y no la abriría sino unos días más tarde, cuando hubiese tomado distancia con respecto a las ideas que la habían asaltado unos minutos antes. Y hasta concibió que, de algún modo, llevaba a Marcos en la bolsa; lo tenía allí encerrado y no lo iba a dejar salir hasta que ya no tuviese importancia para ella, y la remera deviniera en lo que estrictamente era, un objeto de ciertas cualidades físicas, desprovisto de cualquier significado. Claro que, pensaba en el escote y en sus tetas que en parte se harían visibles, y se figuraba

que la elección del día en que la estrenase no sería casual y que, indefectiblemente, se la pondría para alguien en particular. Pero esto le parecía ahora despreciable y poco menos que decidió que nunca se pondría la remera, que ésta dormiría en su armario dentro de la bolsa blanca, cayendo de a poco en el olvido; o que tal vez hasta la regalaría y supuso en ese acto la cesión de Marcos a la generalidad de las mujeres.

Caminaba de nuevo por la avenida. Trataba de convencerse de que necesitaba otra ropa y de que buscaría precisamente aquella que no combinara con la remera, vale decir, quería asegurarse de que no se engañaría a sí misma comprando los complementos que la prenda pudiera requerir. Se detuvo y —nerviosa como cada vez que manejaba el dinero, aunque menos que cuando debía pagar— dejó en la billetera sólo lo necesario para comprar un pantalón o lo que fuere, y el resto lo puso en uno de los apartados de la cartera. Cuando levantó la vista un hombre la miraba socarronamente, parado a unos pasos de distancia. Parecía que hubiera adivinado su secreto y que este hecho lo hiciera feliz, tal si supusiese que Alejandra estaba ahora en sus manos. La observaba con toda desfachatez, muy afirmado en su ambiguo aspecto, que aunaba la imagen del hombre de buen pasar con una evidente pátina de pobreza. Tendría unos treinta y pico, casi llegando a los cuarenta, y sus ojos claros, verdosos, brillaban de gusto, enmarcados por un abundante pelo grisáceo que se le había venido algo hacia la cara. Pese a la temperatura del día, vestía un pulóver morado y un saco gris. Asustada, Alejandra se quedó quieta; el hombre le impedía avanzar y no se decidió a volver sobre sus pasos. Él sonreía de tal modo que Alejandra tuvo la impresión de que los muchos que caminaban y pasaban a su lado supondrían que él la conocía, y se sintió sola, segura de que no contaba con nadie más que consigo misma. En el momento en que él abrió los brazos hacia ella en un ademán casi pedante, flexionándolos delante de su cuerpo como para que Alejandra fuese hacia ellos, se apartó hacia un costado e intentó desbordarlo, pero el hombre, chocando sin miramientos con unos paseantes,

volvió a cortarle el paso quedando de nuevo frente a frente. Y el hombre se rió, satisfecho con lo que hacía, confiado en la superioridad que le daba la carencia total de prejuicios y de límites. Alejandra dudó, porque se preguntó si no sería al fin de cuentas un chiste que ella, aprensiva, malinterpretaba. Aunque en seguida volvió a detenerse en la cara del hombre, en esas facciones marcadas, a despecho de la risa, por un ligero y maligno desvarío. Y vio en ellas tal seguridad en que la obtendría como presa que, girando sobre sus talones, huyó. Casi corrió una veintena de metros. Se detuvo para comprobar si él la seguía y pudo ver que, si bien había ido tras ella un trecho, se había detenido frente a otra chica y daba comienzo a su abordaje. Alejandra lo observó durante algunos segundos, en parte asombrada porque si antes había visto más bien a un linyera, ahora le parecía un hombre con una actividad económica que le daba buenos ingresos, tal vez hasta un ejecutivo de empresa, un hombre de negocios que había adquirido ciertas manías, quizás también la de echarse encima la opacidad de la pobreza.

Pero, sea lo que fuere, había decidido regresar a su casa de inmediato, impresionada por los dos hechos adversos que le habían ocurrido justamente este día. Y no era que cosas similares a este último percance fueran inusuales, todo lo contrario, mas en conjunto había sido demasiado para ella. Subió al primer colectivo que la acercaba a su casa, aunque no fuera el que mejor la dejaba. Se sentía aliviada por la perspectiva de hallar refugio en su casa, pero no podía evitar el convencimiento íntimo de que había sido castigada por esos cambios que pretendía en su manera de vestir, o que al menos había sido advertida por la vida, tal si ésta tuviera, por sí misma, una capacidad de acción. Se había sentado y había colocado la bolsa con la remera encima de sus piernas. Y con esto no podía sino fantasear con que llevaba a Marcos sentado a upa, un Marcos tan voluminoso como lo era en la realidad, pero que a la vez era un chico que se prestaba a estar allí por las razones que pudiera albergar una mente infantil. Y, en

su imaginación, ella discurría que se habría de deshacer de una u otra forma de ese chico, tal vez lindo, pero que debía ser dejado de lado. No podía dejarse arrastrar por los sentimientos que en ella provocaban esos ojos claros y tristes y reconcentrados que, a pesar de sí mismos y culposamente, pedían, exigían, y que estaban tan llenos de algo que daban pie a su resquemor.

El colectivo avanzaba por la calle como un bólido furtivo; sus silenciosas toneladas corrían sin misericordia por una estrecha calzada. La oculta fuerza con que era llevada a su casa hacía nacer en Alejandra una tranquila felicidad. Con sus dedos repasaba y repasaba el doblez de la bolsa de plástico que descansaba sobre sus piernas. Estaba segura de que habría de llegar a su casa e iría derechamente a su armario a guardar la bolsa. Tenía en mente el lugar en donde la iba a poner para no tener que verla por un largo tiempo. Y de esta prospección que hizo hacia el futuro derivaron otros pensamientos. Se imaginó médica, caminando por el pasillo de un hospital, entre camas que estaban muy cerca una de la otra. Ya casi no había hospitales así, pero ella solía tener esta fantasía; era la epidemia, una epidemia insondable y atroz cuyo fin no se avizoraba; todos miraban a la medicina y ella estaba en el pasillo entre las camas, segura de no poder hacer nada por ellos pero a la vez sintiendo que esa imposibilidad no la ofuscaba, ni siquiera la preocupaba; era una impotencia que tenía, ante los ojos de todos y de sí misma, una inmensa legitimidad. Nada se cuestionaba, ni tampoco sospechaba que pudiera existir la posibilidad de que alguien le cuestionara alguna cosa. En paz con su persona, afirmando cada paso en el piso, iba por el pasillo entre los enfermos sin remedio. Era una fantasía que había surgido cuando ya hacía un tiempo que estudiaba en la facultad, y se contraponía a las ensoñaciones que había tenido cuando supo que iba a seguir medicina unos años atrás, las que eran abiertamente optimistas y en las que se veía recibiendo el entregado agradecimiento de los pacientes que habían sanado y de sus seres queridos, gratitud que se hacía perceptible a través de mil formas distintas que ella se placía en ima-

ginar con cierto detalle. Sin que llegara a inquietarse demasiado, Alejandra se daba cuenta de que, conforme avanzaba en la carrera, la iba ganando el pesimismo con respecto a la medicina. No sabía por qué le sucedía esto ni tampoco intentaba averiguarlo, y no dudaba en absoluto de que quería ser médica, pero ya no acertaba a explicarse por qué quería serlo y sus ilusiones decrecían. Y sin embargo la medicina progresaba a ojos vistas en el aspecto técnico y farmacológico y las perspectivas a largo plazo eran inmejorables, según afirmaban algunos docentes reconocidos. Pero, tal vez debido a que ni ellos mismos se creían demasiado, Alejandra no se convencía con estos argumentos. La invadía —por más que seguía estudiando con ahínco— una displicencia cansina, por la cual la impotencia suya y de la medicina, presente en sus fantasías, no cobraba en absoluto visos de pesadilla.

Faltaban pocas cuadras para que tuviera que bajarse y Alejandra salió de su ensimismamiento. Asaltada por el miedo de olvidársela, asió con fuerza la manija de la bolsa. Se levantó con tiempo ya que el colectivo seguía transitando a bastante velocidad. Y cuando se puso de pie volvió a tener la impresión de que no sólo la remera iba en la bolsa, y hasta pensó que pesaba en demasía para lo que llevaba.

Entró a su casa y fue directamente a su dormitorio. Cerró la puerta como si se tratase de un secreto, y luego acercó una silla al inmenso placard que ocupaba todo un lado de la habitación. Abrió una de las puertas de arriba para ponerla donde había planeado, mas cuando vio en medio de qué cosas la iba a dejar, objetos vulgares y algunos incluso viejos y desacreditados, se arrepintió de la idea que había abrigado. Se bajó de la silla cavilando sobre el asunto. Sin que nada se le ocurriera fue abriendo las puertas del placard una por una con el objeto de hallar a golpe de vista el sitio donde guardarla; pero todos, en más o en menos, le causaban rechazo. Por fin se apartó del armario, casi convencida de que el dilema de hallarle un lugar a la remera sería irresoluble, de que no habría forma de encontrar donde dejarla. Y se quedó en medio de la habitación con la bolsa colgando de una

mano, quieta y reconcentrada, perdida la vista muy, muy por detrás del respaldar de la cama.

Precedida por el dueño de casa, un muchacho gigantesco de rollizos dos metros de altura, Alejandra atravesó el largo living-comedor hacia el jardín del fondo. A medida que avanzaba su andar se iba haciendo más tímido, hasta que se detuvo luego de dar unos pocos pasos en el jardín. Miró en varias direcciones, buscando alguna cara conocida, pero no había más que cinco o seis personas que no creía haber visto nunca. El dueño de casa, Jorge, un cansino estudiante que parecía retrasarse adrede en los estudios solamente para conocer más gente e invitarla a sus fiestas, se había apresurado a ir junto a la parrilla, en donde se cocinaba una gran cantidad de achuras y de carne. Alejandra sacó los cigarrillos y tomaba uno cuando cayó en la cuenta de que no tenía fuego. Tendría que granjeárselo. Estuvo a punto de guardarlos, pero se arrepintió y se dirigió a la parrilla.

—¿Me das fuego?

El grandote revisó los bolsillos de su jean y acabó por sacar una cajita de fósforos.

—A la antigua —le dijo, extendiéndosela.

El aroma y el calor de las brasas llegaban vigorosamente hasta Alejandra y aumentaron sus deseos de fumar. Tal vez por esto prendió el cigarrillo con una resolución casi masculina, o tal vez porque ante la mole que tenía enfrente se veía impelida a una suerte de camaradería, tras la cual se sintiese amparada. Dio una pitada profunda y, apartándolo de sus labios, miró la punta del cigarrillo, como para atestiguar su acción sobre él. Luego le devolvió la cajita de fósforos.

—Acá practico cirugía —le dijo Jorge al tiempo que tomaba un pedazo de carne y con un auténtico bisturí lo abría delicadamente, como si en realidad estuviera ante un cuerpo humano. Le mostró la carne a Alejandra, para que ésta apreciase lo mismo que apreciaba él.

—Es buenísimo —afirmó; y Alejandra no supo bien

si se refería al trozo de carne en tanto bocado comestible o si se jactaba más bien de su corte y de la "operación" que acababa de realizar.

—Sí.

—¿Querés practicar?

—No. No voy a seguir cirugía y...

—Pero igual tenés que usarlo y la práctica es fundamental —insistió el dueño de casa mientras seleccionaba un pedazo de carne.

—Vamos, dale nomás —la alentó, y le extendió el bisturí.

La carne, chorreando jugo, descansaba sobre una tabla de madera.

—Dele doctora, extirpe el apéndice infectado.

Alejandra hizo un pequeño corte de cuatro o cinco centímetros.

—¡Cortá más! —le exigió Jorge.

Y Alejandra obedeció, empeñándose en la tarea tal si se tratase de una operación delicada, imponiéndose el cortar hasta un determinado pellejito y ni un milímetro más.

Y lo logró, por lo que retiró orgullosa el bisturí, observando su obra para asegurarse de no haber fallado en lo más mínimo.

Jorge se rió.

—¿Y? ¿Qué tal?

Alejandra hizo un gesto con el que intentó quitarle trascendencia al asunto.

—Pero te compenetraste ¿eh? A mí me pasa. Corto de una forma muy determinada... Aunque me parece que si sigo así no voy a pasar de la carne asada —y por unos momentos se quedó mirando el piso.

—Quizá es mejor ¿no? Estos cachos de carne no chillan ni te hacen juicio —acotó Alejandra, riéndose un poco para adentro.

Ella miró la parrilla, la gran cantidad de achuras y de carne, como si allí estuviesen las respuestas a los difusos interrogantes que le surgían en relación con la personalidad de su amigo.

—La medicina me deja y se va —aventuró Jorge—. Y yo la persigo, pero... no sé por qué... Ya vengo.

El timbre había interrumpido la explicación que se estaba dando y Jorge marchó a abrir la puerta. Sola, Alejandra se apartó de la parrilla y fue hasta una silla en un rincón, aunque no se sentó. La corrió un poco y se quedó parada, fumando; hasta que, disconforme con su estancia allí y cuando entraban al jardín Jorge y los nuevos invitados, retornó a las cercanías de la parrilla. Hubo varias presentaciones y luego el grupo se apartó. Solamente una chica, que Alejandra desconocía, quedó junto a ésta y Jorge.

—Le decía a ella que la medicina quiere dejarme —habló Jorge para la recién llegada—. Puede que sea un pretendiente indeseable, pero terco.

Esta atribución de tenacidad produjo extrañeza en Alejandra, para quien Jorge era un vago, una de esas personas que toma todo con una morosidad ya constitutiva y que deja que la vida corra.

—Si tomaras la carrera en serio... —empezó Alejandra pero su mismo tono de voz, admonitorio, de "maestra ciruela", la hizo detenerse—. No podés decir que la medicina se aparta de vos —protestó amistosamente.

—¡¿Te parece que no me tomo en serio la carrera?! —Jorge la increpó casi con indignación.

Sorprendida de nuevo, Alejandra cayó en la confusión. Nunca se hubiera imaginado, pero ni remotamente, que Jorge negara lo que parecía ser una verdad asentada, incluso porque Alejandra había considerado que él estaba orgulloso de su desgano, de su despreocupada forma de ser. Por unos segundos juzgó que era un chiste y estuvo en un tris de sonreír, mas las facciones del dueño de casa seguían mostrando enojo.

—Bueno, muy en serio... —y Alejandra miró a la otra chica buscando apoyarse en ella, segura de que no podría sino concordar con su apreciación. Pero la chica permaneció impasible mirando hacia adelante—. A mí me parecía que... no te importaba mucho...

—Sí. Pero eso es lo que parece, o lo que a vos te parece —le contestó Jorge al tiempo que corría unas bra-

sas, su inmenso cuerpo volcado hacia adelante, hacia la parrilla, haciendo que el asado pasara por menos pantagruélico.

Durante unos momentos reinó un incómodo silencio.

Alejandra volvió a echar una mirada sobre la chica, la que, enlazadas las manos por delante de su pubis y caídos los hombros, denotaba una gran humildad y una pronunciada falta de inteligencia.

—En realidad hago un esfuerzo grande —afirmó Jorge, decidido a imponerse sobre el criterio que había sustentado Alejandra.

Perturbada por la idea de haber sido cruel al prejuzgar, Alejandra buscaba una manera de disculparse. Nunca había visto a su amigo de mal humor y ahora lo notaba fastidiado en extremo. Sin embargo no supo qué decir y de nuevo miró a la chica, abrigando todavía la esperanza de que expresase algo.

—Es mi prima —aclaró Jorge, quien antes la había presentado como Irene. Y ésta, timoratamente, sonrió hacia Alejandra. Jorge se les aproximó, dejando de lado por el momento su actividad junto a la parrilla—. Es muy buena —afirmó, señalando a Irene con cariño. Aseveración que provocó en Alejandra cierta curiosidad debido a que jamás había escuchado a alguien exaltar los buenos sentimientos, y a la vez, mayor remordimiento, porque comprobaba que Jorge era un ser sensible, que miraba las cosas desde otro ángulo, mientras que ella medía más que nada la eficiencia de las personas. De repente, veía en esos primos —que, además, casi cargaban con taras físicas— la encarnación de valores que había que apreciar como a ningún otro, y que no obstante estaban siempre ausentes. Fue para ella poco menos que un descubrimiento doloroso. Hubiera deseado mostrar admiración por esos primos que, ante los ojos de muchos, debían ser poca cosa.

Aunque enseguida pensó que Jorge, los padres de Jorge para ser exactos, tenía una cómoda situación económica, y su sentimiento decayó. Miró en derredor por un lapso y, en ese fondo, rodeado por los invitados a un inmenso asado, su amigo iba volviendo a ser, en parte, el

hijo holgazán, sólo simpático y querible, que ella había percibido hasta este día.

Nuevos invitados entraban al jardín, a quienes algún miembro de la familia les había franqueado la entrada. Alejandra reconoció entre ellos a Marcos, con su pelo ceniciento y rubio que ahora usaba largo casi hasta los hombros y sus facciones aniñadas, en las que apenas si se podían adivinar —como si estuviesen desapareciendo— unas pecas. Vestía una camisa blanca, holgada, que con la brisa flameaba un poco en derredor de su delgadez. Estaba junto a Guillermo y a otros dos muchachos que Alejandra apenas si conocía de vista. Ella lo descubrió y de inmediato se acordó de que debajo del chalequito llevaba la remera.

—¿Sabés qué creo? —le dijo Jorge, reclamando su atención—. Que podrías ayudarme. Siempre pensé que eras la persona ideal para compartir el estudio —y la miró, aguardando evidentemente una respuesta afirmativa, dado que había advertido lo culpable que se había sentido Alejandra a causa de su ofendida actitud.

—Bueno... Sí —la tomaba por sorpresa, y aunque su ánimo se inclinaba por la negativa, no le quedaba más remedio que avenirse a lo que el otro esperaba—. Podríamos ver alguna materia... —agregó, dejando que la frase muriera en la indefinición, mientras el tono decaía.

—Sí; yo pensé que patología la podíamos preparar juntos —propuso Jorge sin pérdida de tiempo.

—Es que...

—Estás nerviosa —acotó Irene, la prima, saliendo de una suerte de letargo. Habló como si fuese una vidente y se hubiese asomado al interior de Alejandra; o cabía pensar también que había hablado al garete diciendo algo que, simplemente, le vino a la mente. Pero Alejandra sintió que la ponía en evidencia y se percibió en un brete.

—No, estaba pensando porque el final de esa materia quizá lo postergue —se defendió Alejandra.

Irene echó una risita difícil de evaluar. Alejandra la miró con desconfianza, preguntándose dónde estaba la bondad de esa chica. En ese momento, Marcos, Guillermo, y los otros dos se acercaban al grupo de Alejandra. Se

escucharon entonces unos chasquidos fuertes, tres o cuatro golpes de cosas que caían. Todos los que estaban en el jardín miraron hacia arriba, hacia un alto edificio que se erguía muy cerca. Mientras algunos corrían hacia algún lugar que les brindara mayor refugio, Jorge y otro muchacho putearon desafiantes hacia el edificio, aunque era imposible saber con exactitud desde dónde arrojaban los huevos y las naranjas que caían.

—¡Ay! ¡¡La puta!! —gritó alguien, y Alejandra enseguida reconoció a Marcos, quien había recibido un huevazo en la espalda. Alejandra se le acercó. Marcos intentaba observar las consecuencias de la agresión retorciendo cuanto podía la cabeza hacia atrás.

—Sacátela —le dijo Alejandra.

Se miraron por unos instantes y luego se dieron un rápido beso en la mejilla.

—¡Qué tal! —dijo Marcos, que ahora parecía querer disimular el percance.

—Sacátela, que te la lavo —Alejandra fue casi perentoria.

Marcos obedeció, aun cuando se resistió por un segundo debido a que no sentía ningún orgullo de su torso lampiño y más bien enjuto. Le extendió la camisa, pero una idea repentina le hizo retraer el brazo antes de que ella la tomara.

—Yo la lavo —dijo, decidido, mas sólo porque pensó que era su deber rechazar lo que debía ser un ofrecimiento de compromiso.

—No. Dámela —insistió Alejandra.

Él juzgó que debía resistirse pero cedió. Juntos fueron hasta el baño. Marcos caminaba detrás, mirándose el pecho y los hombros con el objeto de convencerse de que no eran tan débiles como para llamar despreciativamente la atención. Por enésima vez —aunque en esta ocasión lo hizo con absoluta firmeza— se dijo que debía ir a un gimnasio para —así lo pensaba él— recuperar el tiempo perdido.

Alejandra abrió la canilla y, extendiendo la camisa en la pileta, puso la enorme mancha amarillenta y visco-

sa bajo el chorro de agua. Tenía adheridos hasta pedacitos de cáscara.

—Me tiraron con uno de los marrones, de los caros —comentó Marcos, intentando ser risueño.

—Sí. Debe ser de los de doble yema —siguió ella.

—¡Qué hijos de puta! —cambió Marcos de postura apenas vislumbró que podía ser objeto de burla.

—Y en la oscuridad, es imposible saber desde dónde tiran.

—Desde un piso alto seguro.

Marcos observaba como Alejandra restregaba el jabón en la camisa y, de perfil, en ese quehacer que hacía por él, le pareció hermosa. Hubiera querido decirle algo, sin embargo no podía concentrarse lo suficiente como para enhebrar una frase; en su mirada se iba por entero su atención. Y ella se esmeraba ostensiblemente, aunque su intención primera había sido quitar sólo lo más grueso. Pero ahora la persistencia de la mancha la fastidiaba y aspiraba a que desapareciese por completo. Y fregaba, acalorándose, teniendo por enemigo un tenaz matiz amarillo que, aureolado, seguía visible sobre el blanco. A Marcos se le iban los ojos hacia las formas que delineaba un pantalón lila, las que vibraban tentadoramente con los movimientos de Alejandra.

—Ya está —dijo él luego de un par de minutos—. No es necesario que quede perfecto. Después se lava en el lavarropas y...

—Mirá que después no sale —contestó Alejandra insistiendo otro poco.

Jorge apareció en el vano de la puerta.

—Si llego a darme cuenta quiénes son, les reviento la cabeza. Ya es la segunda vez que tiran en una reunión.

—¿Te quedó muy manchada? —continuó.

—No. No. Salió casi todo —contestó Marcos.

Alejandra la enjuagaba.

—El asado ya está —advirtió Jorge.

Los tres salieron para el fondo.

—O vamos a tener que pertrecharnos, o vamos a tener que entrar y repartirnos en algunas piezas.

A Alejandra le sonó extraño esto de repartirse por las piezas, sobre todo porque no eran tantos y el living era grande.

—Pero mejor pertrecharnos. Ya vengo —y Jorge marchó de nuevo hacia dentro de la casa.

Luego de colgar la camisa en un lavaderito, a un costado, Marcos y Alejandra se acercaron a la mesa que estaba puesta en un ángulo del jardín con vasos, bebidas, cubiertos y una pila de platos de madera en una punta. Se instalaron cerca de Irene, parados porque nadie se había sentado todavía. Marcos comenzó a servir las bebidas.

Jorge volvió junto a ellos con una escopeta de caño recortado y, para asombro de unos cuantos, la amartilló y la cargó con cartuchos que fue sacando de un bolsillo. Alejandra lo veía hacer y no daba crédito a sus ojos.

—¿Te parece que haga un primer disparo al aire o mejor espero? —Preguntó, dirigiéndose a Marcos.

—Mejor esperá —se apresuró a contestar Marcos, asustado por la presencia de la escopeta en manos de una persona que, *a priori*, no concordaba en absoluto con el empleo de un arma y que sin embargo la manipulaba como si estuviera familiarizado con ella. Algo de locura barruntó en esa incongruencia, a más de la desproporción entre la agresión recibida, obra tal vez de unos chicos, y esa gruesa escopeta.

Por el momento, Jorge se decidió a dejarla apoyada contra un ángulo de la pared.

—Vamos a ver si vuelven a hacerlo —dijo, mientras se erguía y las carnes fofas le temblequeaban ligeramente.

—A mí me parece saber a qué ventana tenés que apuntar —acotó Irene. Alejandra la miró, asombrada por el comentario—. ¿Ves aquella ventana oscura entre las dos iluminadas, arriba de todo, en el último piso? De ahí tiran —afirmó, muy segura de lo que decía.

—Estoy harto de ese edificio. Una más que me hagan y... Voy a apuntar a unas cuantas ventanas.

Marcos y Alejandra cruzaron sus miradas, consternados.

—Bueno... ¿Me ayudás a servir? —Jorge se dirigió a Marcos, quien en seguida se dispuso a hacer lo que le pedían.

A cada uno que servía, Jorge le hacía un chiste o un intento de chiste, todos referidos a la medicina o al sexo, y cuanto más procaz, más previsible, menos cómico. De tanto en tanto, Alejandra echaba una mirada sobre la escopeta y le venían deseos de irse. Marcos se apresuró a servirle para evitar que Jorge tuviera la oportunidad de hacerle un chiste. Minutos más tarde, cuando hubo terminado de servir, Marcos se sentó a su lado.

Conforme la comida avanzaba, Alejandra se sentía cada vez más aislada de todos los otros y más unida a Marcos. A pesar de las risas y de las voces, a pesar de que ella misma hablaba también con otros, se advertía como dentro de una burbuja que incluía sólo a Marcos. Tenía miedo de Jorge, tenía miedo de la escopeta, y en todo momento su atención, por poco que fuera, se ocupaba de la posibilidad de que algo cayera en el jardín. Y el miedo la volcaba hacia Marcos y construía hacia él un lazo invisible, que era aun más fuerte cuando no se dirigía a él en particular y hablaba con otras personas. Entonces sentía a Marcos a su lado, sentía verdaderamente su presencia, y percibía sobre sus hombros, y en especial sobre sus pechos, el contorno de la remera. No pensó si era dable sacarse finalmente el chalequito hasta que vino a su mente una fugaz idea: tiraban más huevos y naranjas y uno le pegaba a ella, por lo que, sin más remedio, imitando a Marcos, se sacaba el chalequito y quedaba solamente con la remera. Y por unos segundos deseó que esto pasara, a despecho de la escopeta y de Jorge, y se preguntó el porqué de la inactividad de esos chicos o adolescentes revoltosos que imaginaba allá arriba.

En un momento dado Jorge se dirigió a Alejandra:

—¿Sabés que sos perfectamente reconocible? —le dijo, en un tono que dejaba traslucir desagrado y hasta cierta agresividad. Alejandra se desorientó ante esta pregunta inesperada, imprecisa.

—Y vos no sos nada reconocible —terció Marcos, quien no pudo reprimirse, sorprendido consigo mismo

por estas palabras que, aun cuando las esgrimió en defensa de Alejandra, eran tal vez crueles.

—¿A qué te referís? —Jorge no encontró las razones para la afirmación de su compañero.

—A nada —y ahora Marcos no pudo evitar un gesto de desesperación, abriendo los brazos y mirando hacia arriba, en alguna medida despreciativo.

—No voy a hacerme cargo de lo que otros imaginan —Jorge, que estaba comiendo pan, hizo un ademán de suficiencia con la mano—. Por ejemplo, lo que imaginan esos de ahí arriba.

Marcos consideró que había en esas palabras una velada amenaza hacia él. Y de repente se le ocurrió que ni Jorge ni él eran o actuaban como cabía esperar, que habían cambiado, o que nunca fueron lo que otros y quizás ellos mismos suponían y la vida los había desenmascarado; pero más bien se quedó con la idea de que por distintas razones habían mudado, y que allí estaban, extraños al recuerdo que de sí mismos tenían. Un tímido sentimiento fraterno hacia Jorge nació en él, y casi se inclinó a comprender aquello que lo embargaba y que le hizo buscar la escopeta; en todo caso, su animadversión cedió rápidamente. Luego, por unos minutos pensó en Alejandra, a la que le echó unas miradas de soslayo, preguntándose si no la estaría engañando apareciendo como lo hacía, siendo lo que mostraba sólo lo que él quería ser.

Jorge había instalado un equipo de música en el fondo y, un rato después de que la comida terminara, algunos se habían puesto a bailar en medio del jardín. La música estaba muy fuerte y Alejandra temía otro altercado con los vecinos, ya sea con los mismos de antes o con otros. La escopeta descansaba en el lugar en el que la había dejado Jorge, y de cuando en cuando ella le echaba una mirada aprensiva. Se sentía incómoda con la situación. A su lado, Marcos se estaba casi todo el tiempo callado; cada conversación que iniciaban moría rápidamente; parecía que ninguno de los dos tenía ingenio como para sostenerla. Hubiera querido sacarse el

chalequito, pero la noche estaba cada vez más fresca y no tenía una excusa plausible. La hubiera encontrado si bailaba un rato, mas no se decidía, en parte porque no le gustaba la idea de hallarse en el medio del jardín si se armaba una trifulca con los vecinos, en parte porque no quería alejarse de Marcos yendo sola, y tampoco quería sugerirle ella que bailaran, dado que esto, sumado a la exhibición de la remera, le parecía excesivo. Había hecho ya algunos intentos por quebrar la parquedad de Marcos, no obstante se daba cuenta de que ella misma en un par de ocasiones había caído en la imposibilidad de sacar a luz una frase cualquiera que siguiese dando curso a la conversación. Y es que tampoco tenían mucho para hablar cuando, por el ámbito en el que se encontraban, el tema del estudio y de la facultad les estaba vedado; un vacío de cosas comunes que por instantes la alarmaba, proyectándolo hacia un futuro de pareja. Entonces observaba furtivamente la cara de Marcos y eran las facciones las que la tranquilizaban y le hacían sentirse segura de que quería estar con él.

Una música muy bailable y seductora estalló en el jardín. Dos o tres se levantaron de la mesa para incorporarse al baile y, quizás arrastrado por el entusiasmo ajeno, Marcos le sugirió a Alejandra que fuesen a bailar. Ella se levantó muy velozmente, haciendo visible que estaba aguardando esta invitación, por lo que Marcos se creyó obligado a buscar una excusa para su demora, y farfulló algo, muy poco entendible, que Alejandra no tomó en cuenta en lo más mínimo.

Se mezclaron con los demás y de inmediato ella se alejó de Marcos, como si él hubiese sido un medio para llegar hasta ahí y ahora sólo ansiara perderse. Esquivando despaciosamente a los otros se fue desplazando hacia el lado opuesto. Marcos quiso seguirla, pero apenas se había desplazado poco más o menos un metro ya se sentía un tonto que iba torpemente tras la que se le escapaba. Por lo que, simulando que no había hecho el intento, buscó un lugar en la periferia del grupo, ensimismado en un principio en lograr que los pasos de baile fueran coordinados. Luego su atención se fue repartiendo entre las

miradas que dirigía a la esquiva figura de Alejandra, de la que podía ver efímeros retazos tras la gente que se movía entre ellos, y unas incipientes reflexiones acerca de los errores que había cometido, los que habían dado pie al rechazo y al alejamiento. Se acordó de la otra cara y deslizó una mano entre los cabellos hasta la nuca. Hacía tiempo que no se hacía presente pero de cualquier manera desconfiaba de ella y sospechaba de su intervención en lo sucedido con Alejandra. En realidad quería echarle la culpa y buscaba la manera de incriminarla, a pesar de que sabía que él tendría igualmente que hacerse cargo de las imputaciones. No obstante, la cara ya no existía como entidad autónoma, no era algo manipulable, y de hecho ya no estaba disponible. De repente se dio cuenta de que había dejado de bailar y estaba quieto en su sitio, con los brazos caídos a un costado del cuerpo. La música tampoco era la que sonaba cuando salieron a bailar. Buscó a Alejandra con la mirada mientras se ponía a bailar de nuevo, ejercitando las piernas con un pasito menudo, ecléctico, sin ritmo. Y con ese pasito espasmódico se fue acercando adonde estaba Alejandra, deslizándose sin gracia entre los que bailaban, sin otro pensamiento que el de aproximarse, decidido a estar junto a Alejandra antes que otro le arruinase la noche. Porque para él esa fiesta era hora decisiva, una oportunidad que no podía malograr. Alejandra bailaba con la cabeza baja, concentrada en sus movimientos. El pelo rojizo cubría buena parte de sus facciones. Aun así vio venir a Marcos y, levantando la cabeza, le dedicó una sonrisa franca, cariñosa. Él interpretó este gesto como una clarísima invitación para que se resolviese de una vez a decir algo, y se puso nervioso ya que intuyó que si no se decidía se ganaría su desprecio, quedaría marcado de ahí en adelante con un mote despectivo.

—Me gustás y... —no supo cómo seguir, mas no hizo falta porque Alejandra sonrió más abiertamente aún, feliz.

—Vamos —le dijo, y lo tomó de una mano.

—¿Adónde?

—No sé. Pero, vamos —insistió la chica, tirando un poco de su brazo.

Marcos se puso la camisa, algo húmeda. Y buscaron a Jorge, para saludarlo e irse. Éste enseguida comprendió el porqué de esa ida temprana.

—Ahora sí que no te reconozco —dijo Jorge, dirigiéndose a Alejandra cuando no estaban lejos de la puerta de calle. Empero ni ella ni Marcos le dieron la menor importancia. Y salieron a la calle tomados de la mano. Echaron a caminar en una dirección cualquiera. Ella observó que todo rastro de tristeza había desaparecido del rostro de Marcos, que sus facciones aniñadas resplandecían, y en un momento se miraron ambos al unísono.

—Por fin —dijo él.

—Sí.

Se detuvieron y se dieron un beso en la boca, corto y suave, sólo con los labios.

—Por fin, ¿no? —repitió ella, sorprendiendo en algo a Marcos, quien no hubiera imaginado que él podía ser objeto de una ilusión. De haber llegado hasta Marcos la historia completa de la remera, no se hubiera hecho cargo de lo que le cabía en el asunto, como si el Marcos que inspiraba esas actitudes y él no fuesen exactamente la misma persona, y sólo se interesase en el fondo por lo que él percibía y por lo que él se decía de sí mismo. En consecuencia, sólo podía envanecerse verdaderamente con sus propias palabras y jamás con las ajenas.

Alejandra se había olvidado de la remera. Oculta bajo el chalequito había perdido su halo desde el momento en que ella tomó a Marcos de una mano para que se fueran de la fiesta. No sentía ya su contorno y devino en una remera escotada, pero sólo eso; y ni siquiera la tenía presente. Caminando por una calle de veredas estrechas y que a esa hora estaba muy solitaria, el pasado inmediato los alcanzaba muy débilmente, y de algún modo a cada paso que daban se alejaban de él. Se acercaban muy rápidamente a esas horas y a esos días peculiares que les aguardaban, a un futuro del que Marcos se asustó en cierta medida. No habían andado aún cuatro cuadras y él quiso echarse atrás, retrotraer las cosas a un terreno más seguro, quiso arrepentirse y darle también la oportunidad a ella de que hiciese otro tanto.

Esgrimió tres o cuatro razones para lograr un retroceso consensuado entre ambos, mas Alejandra no se dio por enterada. Tomó sus frases —que no habían sido muy precisas— como la expresión de un muy efímero estado de ánimo, o tal vez no llegó a tomarlas en ningún sentido y las palabras resbalaron por ella hasta perderse.

Unas horas más tarde, Marcos caminaba solo rumbo a su casa. Paladeaba una felicidad a la que no hubiera creído tener acceso, no por su intensidad —él supo imaginar cosas a gran escala— sino por su apariencia inquebrantable y de un sosiego regular, sostenido. Esta firmeza se basaba fundamentalmente en el carácter que advertía en Alejandra, sobre todo en la simpleza con que había rechazado sus intentos de volverse atrás, ignorándolos por completo o apenas sonriéndose de ellos con plena confianza de que no significaban nada. Esa actitud le había otorgado el alivio de presenciar que sus miedos y sus meandros no tenían entidad frente a las expresiones de lo que su persona era en definitiva, y era este sustrato único y central el que había hablado mientras bailaban y lo que ella había atendido; lo demás era anécdota. Creía percibir que Alejandra tenía la virtud natural de desbrozar lo esencial y lo accesorio, y que con la misma facilidad apartaría las dificultades futuras. Pensaba en ella y la adoraba. Recordaba su cara y su cuerpo; la recordaba bailando con redondeados movimientos mientras él se acercaba; la recordaba cuando se detenían para besarse y sus labios avanzaban hacia él con pocos pudores; le parecía increíble que estas cosas hubieran ocurrido.

Las luces de la calle causaban en él ciertos efectos. Lo atraían y le daban placer. Su serena alegría cobraba unas pizcas más de fuerza cuando estaba en una zona iluminada. Esto le dio pie para pensar en la vida de un insecto. Se pensó incluso como un insecto feliz que se deslizaba hacia un refugio. La dicha de un insecto —intuía—, debía ser un estado al que todo humano aspiraría, y él, a través de Alejandra, se acercaba a ese estado. Casi sentía una sutil diferencia de temperatura entre las zonas de luz y las de

sombra. Y siendo un insecto —se le ocurrió— podría ver en todas direcciones sin necesidad de ser bifronte. Y todo se le haría perfectamente soportable, hasta el caso más horrible al que se tuviera que enfrentar cuando fuese médico. A punto estuvo de proclamar la insectivización de su vida, de la medicina. Por un rato se entretuvo pensándose como un insecto.

Pero una inquietud se cruzó por su camino: ¿no debía sentirse, ahora que era feliz, mucho más afín con todo lo humano?, ¿no se estaba desviando del camino que se trazara junto con Alejandra, y quizá poniendo en peligro la misma felicidad?, ¿no se estaba boicoteando él mismo con esto del insecto? ¿Por qué había surgido? Se centró en esto último mas no pudo llegar a nada porque pronto lo aguijoneó el temor de que en la respuesta estuviera la puerta a la desgracia. Y —súbitamente— ¿no había perdido ya la felicidad? Se auscultó internamente y no pudo precisarlo. Supuso que no, quiso creer que no. La imagen de Alejandra no tardó en reflotar su buen ánimo. Ella lo rescataba. ¡Qué importaba lo que fuera!

Las luces lo seguían atrayendo. Se sentía liviano y sin esforzarse caminaba rápido. Interpretó que esto también era un signo de cómo abandonaba su vieja piel: había notado desde hacía unos dos o tres años que andaba naturalmente despacio y que era rebasado a veces hasta por mujeres, y cuando caminaba con alguien, con Luis por ejemplo, tenía que hacer cierto esfuerzo para igualar su marcha. Ahora estaba seguro de que a los otros les costaría seguir su ritmo, que aquello que lo trababa y lo retardaba había muerto. Calculó —sin basarse en nada real— que ya no tendría necesidad de vender vómitos. Se recibiría en tres años y medio a lo sumo y... su alegría se iba haciendo exultante y empezaba a recorrerle el cuerpo. Y a medida que él mudaba, su pasado también se transformaba. De la antropofagia desapareció la mácula y vista a la luz de su nueva perspectiva era una suerte de chiste que podría ser contado en el futuro entre risas y sólo con una pizca de escándalo. Nada irremediable había en su pasado y ni siquiera hacía falta olvidarlo. Podría congeniarlo convenientemente con el porvenir de manera que el Marcos atri-

bulado del pasado fuese la condición necesaria para que surgiera el Marcos dichoso del presente y del futuro. Y en la continuidad de uno y otro estaría garantizada la permanencia del segundo, ya que tendría sus bases en la sabiduría y en las callosidades adquiridas por el primero. Poco menos que se felicitaba por haber sido desgraciado, por haberse incubado a sí mismo en esa especie de paréntesis de la vida que se había iniciado a los catorce o quince años y que ahora a los veinte encontraba su fin.

Discurrió en que impondría a la cajera de lo sucedido con Alejandra, e imaginó que ella le daba una cariñosa bendición, feliz de dejarlo en ese umbral en el que se hallaba ahora. Caminaba de luz en luz hacia el refugio en donde su felicidad se quedaría quieta y encajaría aún más exactamente con su cuerpo. Allí, en su habitación, apreciaría con mayor nitidez, si cabía, esto que tenía entre manos gracias a Alejandra. Su alegría era plena como sólo recordaba haberla vivido en la infancia. Quería correr a saltos, como un chico, dos o tres pasos rápidos y ¡zas! un impulso hacia arriba. Y corrió un trechito, aunque no a los saltos sino aleteando brevemente con los brazos, como si se juzgase una pesada ave despegando, y emitió una ligera risita, una risita que le sonó ajena, que no parecía la de él.

Segunda parte

1

Un grito femenino se escuchó en los corredores del edificio, y Alejandra salió del dormitorio rumbo a la puerta de entrada del departamento. Había sido un grito agarrotado, nervioso, que retumbó crispadamente en la caja de resonancia que formaban los pasillos y las escaleras. Marcos se quedó solo en el dormitorio, disgustado con que ella fuera a curiosear. Se levantó de la cama dispuesto a detenerla, argumentó para sí mismo que era peligroso en su estado salir al corredor, pero se detuvo antes de terminar de rodear la cama. Se quedó escuchando, a la expectativa de lo que sucediera. Pensó en la posibilidad de un tiroteo y un ambiguo sentimiento de alarma y de esperanza lo invadió. Los pasos de Alejandra en el pasillo ya no se oían, por lo que, impelido a la acción, se dirigió hasta la puerta del departamento y asomó la cabeza. Unas personas hablaban en el primer piso y, aunque no llegó a reconocer ninguna voz, supuso que una de ellas era la de Alejandra. Tímidamente, la llamó, mas enseguida se dio cuenta de que en ese tono ni remotamente podría llegarle su voz. Y, como no estaba dispuesto a elevar el tono, se fue acercando a las escaleras. Un interrogante se iba formando en su discurrir: ¿por qué Alejandra, estando embarazada, se había arriesgado a ir a averiguar qué pasaba? Sospechaba que algo oscuro y desagradable se hallaba en la respuesta y casi quería estar ya a solas con Alejandra para discutirlo, más que nada, para reprocharle lo que hizo. Subía las escaleras despaciosamente, cada vez más confiado en que nada demasiado grave había sucedido y el grito fue mal inter-

pretado por ellos o, en todo caso, fue producto de alguna que no estaba del todo en sus cabales y que había reaccionado así frente a algo de poca monta. Llegaba ahora hasta él la voz de Alejandra, quien hablaba con otras mujeres. A medida que se acercaba crecía su enojo para con ella, aunque sabía que no podría sacarlo a luz ante gente extraña y, por el contrario, debía ser amable.

Se aproximó al grupito que, en la puerta del departamento de María Inés, la viejita aquella que él ayudó a levantar, formaban la señora que la cuidaba, Alejandra y otra vecina.

—Murió la viejita, María Inés —le informó Alejandra apenas se hubo incorporado al grupito.

Marcos se quedó azorado y no supo qué decir. De inmediato avizoró que, siendo el único hombre, la situación podía ponerse incómoda para él si la vieja no había muerto en su cama y estuviera, por ejemplo, tirada en el piso. La idea del cadáver lo puso nervioso. Lo asaltó el deseo de irse lo más rápido posible y pensó en poner como excusa el embarazo de Alejandra. Incluso le miró la panza, aun a sabiendas de que todavía no se hacía visible.

—Hacía cinco años que ya estaba ida y... Vivió tanto... —la mujer que la había cuidado hablaba con énfasis y salían a superficie las hebras de su desesperación por la vida tozuda de la viejita. Marcos adivinó en un instante la contradicción entre el deseo de que se muriese y la fuente de trabajo que ella significaba.

—Debía ser de hierro la viejita —acotó la otra vecina.

—¿Llamó a la familia?

—No. Tiene razón. Voy a llamar a la sobrina —y la mujer entró, apurada.

Marcos advirtió que lo había tratado de usted.

—Qué grito, ¿verdad? —no se demoró un instante en decir la vecina a poco que calculó que la mujer no escuchaba.

—Me asusté tanto que... —Alejandra meneó la cabeza al hablar como si dijese que había temido una desgracia.

—Ahora, por qué salió al pasillo y gritó así, no sé.

—Se asustó con el cadáver —intentó explicar Marcos.

—Pero ya se sabía que de un momento a otro...

A Marcos se le ocurrió que la mujer había deseado tanto la muerte de la vieja que cuando se hizo realidad en el fondo se culpó a sí misma o... ¿no la habría matado, y el grito fue parte de una estratagema? —le vino a la mente esta posibilidad y durante unos instantes la creyó tan plausible que estuvo a punto de exponerla.

—¿Por qué no entran? —se escuchó que decía la mujer desde adentro, quien insistía aún con el teléfono, sin haber conseguido comunicarse.

Miradas de duda y aversión recorrieron el grupito.

—La muerta está en el dormitorio —aclaró la mujer.

Entraron los tres y Marcos, a golpe de vista, reconoció el sillón en donde habían subido a la viejita, y a consecuencia de esto volvió a tener presente la tirria que le guardaba la mujer a su patrona. Si la había matado en vez de renunciar e irse —especuló mientras la otra hablaba con la sobrina— era tal vez porque le resultaba odiosa la idea de perder sus ingresos justamente a causa de la vieja y, con mayor precisión, a causa de su capacidad para sacarla de las casillas; y si ahora los perdía era con ella muerta, por lo que se podía dar por satisfecha.

Cuando Alejandra escuchó que la señora ya había convenido con la sobrina para que viniera a hacerse cargo del asunto, le sugirió a Marcos que se fueran. No obstante, él, picado en su curiosidad, rechazó la sugerencia con un gesto bastante cortante, en el que se hizo visible el reproche por lo que quiso hacer pasar por una descortesía. Aunque no tardó en arrepentirse en parte dado que pensó en su hijo, en la vida que crecía en las entrañas de Alejandra, y no pudo sino temer —a despecho de que con todo su raciocinio se negara a creerlo— que la muerte fuera en alguna medida contagiosa. Por su cabeza vagó la presunción de que era la muerte de los otros la que lleva finalmente a la propia. La cercanía de la vida que se formaba con el cadáver debía ser perniciosa porque empezaba a adherírsele la muerte, siendo esto sólo el principio ya que luego la muerte se hacía de algún modo

comprensible y entonces, al mismo tiempo y sin que uno lo supiera, se la aceptaba. La ignorancia debía ser una ayuda inapreciable para, simplemente, dejar de vivir, que era algo diferente a la muerte, según se le ocurrió en ese momento, intuyendo que la muerte tenía significados que la hacían otra cosa. Era mucho peor la muerte, claro está, y la vieja, por fuerza, estaría impregnada de muerte; ellos mismos se estaban impregnando y el chico no podía ser inmune.

Mientras Alejandra hablaba con las vecinas y la charla se animaba, Marcos le miraba la panza intentando por primera vez imaginarse cómo sería ahora lo que desde hacía casi dos meses se estaba gestando allí. Tuvo la imagen de un fetito rojo, sanguinolento, servido en un plato blanco. Tenía una cabeza enorme y era horrible pero aun así estaba servido en el plato. Recordó su pasada antropofagia y estuvo seguro de que era la causa por la cual su hijo aparecía en un plato. ¿Tenía algún deseo de comérselo? —lo asaltó la pregunta, y se auscultó internamente con miedo de haberse convertido en un monstruo, aprensivo por tener estos pensamientos delante de la gente. ¿Era posible que pensara en comerse a su propio hijo, a ese fetito espantoso? Rechazaba la idea, sin embargo no se convencía de estar limpio de culpas.

—¿Quieren un café? —invitó la que era, hasta la llegada de la sobrina, la dueña de casa.

Y tanto Alejandra como la otra mujer aceptaron, para sorpresa de Marcos, quien había cambiado de opinión y se quería ir lo antes posible. No podía creer que fueran a estar tomando café en casa de gente casi desconocida y a minutos de la muerte de la vieja, como si lo estuviesen festejando.

Mas se trajeron las tazas y el café no tardó en aparecer. Sin dudas estaba ya preparado.

—Era buena la viejita —dijo la vecina a modo de bendición de la ingesta, tal si la invocase para que no se ofendiera.

Nadie dijo palabra y se pusieron a sorber de los pocillos.

No tardó en resurgir una amena charla entre las mujeres. Alejandra trajo a colación su embarazo, lo que les valió, a ambos, las felicitaciones del caso.

—¡¡Va a ser papá!? —dijo la vecina mirándolo con asombro, negándose a creer que ese muchacho con cara de nene pudiera cumplir con el rol paterno.

Marcos se puso algo violento e intentó protestar.

—Tengo veinticinco años —dijo, pero tan bajo que no alcanzaron a oírlo.

La conversación siguió, aunque él quedó a un lado, apartado, cuestionándose su pronta paternidad. Volvió a aparecer en su discurrir el feto en el plato, y no pudo menos que decirse que la mujer tenía razón en interrogarse. La alegría --si bien nunca exultante— que lo había embargado los primeros días posteriores a la noticia, se diluía irremediablemente. Debía admitir que ya casi no encontraba rastros de ella. Se dijo que la visión del feto arrancado de su medio podía ser la prueba de una suerte de inquina contra ese ser que desequilibraría las cosas. Miró a Alejandra, mientras ella hablaba con las mujeres, y odió la tranquilidad con que parecía estarse en la vida, sorbiendo un café con parsimonia y departiendo de cosas baladíes con toda la atención de la que se podía disponer.

—La sobrina va a tardar un buen rato, estoy segura —afirmó la mujer que sirvió a la viejita. Y dio la impresión de que lo dijo para que supieran a qué atenerse, dado que daba por seguro que se quedarían hasta que la sobrina llegase—. Y espero que venga —agregó.

—¿Y si no viene? —preguntó Alejandra inocentemente.

Mas nadie hizo pública su respuesta mental. Marcos pensó, difusamente, en matar un cadáver, pero no fue más que una frase que se armó en su cabeza y que no devino en nada más concreto. La idea de quedarse hasta tanto arribase la sobrina le era indignante, sobre todo porque Alejandra parecía aceptarla pasivamente, entregada al curso de los sucesos. Su impaciencia crecía y estaba cada vez más urgido por exponer las razones por las cuales debían alejarse; que en realidad no tenían más sustento que aquello de la impregnación de la vida con la

muerte que exudaba el cadáver. Llegó a un punto en el que pensó: "Mi hijo ya está condenado a morirse", dado el tiempo de exposición allí, y se sintió culpable por su impotencia para protegerlo. Para colmo no olvidaba que él mismo en un momento, sin saber por qué, se había negado a irse.

—¿Vamos? —le dijo a Alejandra apenas terminó el café, encontrando el impulso para decirlo al escuchar el choque de la tacita con el plato, el que tuvo para él un halo de cosa que se acaba.

—Sí, vamos —aceptó Alejandra—. Nos vamos —afirmó en voz más alta dirigiéndose a la dueña de casa.

—Quédense un rato más.

—No. No podemos. Nos tenemos que ir —Alejandra llevó la voz cantante por los dos.

—Bueno —concedió la mujer, y los acompañó hasta la puerta.

Accionó el picaporte pero la puerta estaba con llave, bien que ésta no estaba puesta en la cerradura.

—¿Dónde puse las llaves? —se preguntó la mujer, mirando en derredor.

Alejandra y Marcos se quedaron esperando, en tanto la mujer buscaba. Primero se revisó los bolsillos, luego dio en buscarlas arriba de repisas, de muebles, en cajones.

—Pero, ¿dónde las puse? —se preguntaba cada tanto.

Fue hasta la cocina y volvió, sin éxito.

Marcos empezó a colaborar en la búsqueda, rebelado por un lado contra su mala suerte, y por otro, contra esa mujer que parecía querer tenerlos ahí, encerrados con ella.

—Trate de hacer memoria —recomendó la vecina.

—Es que con esto que pasó, no sé. No tengo idea.

Marcos, aunque disimulaba, estaba cada vez más angustiado y crecía su disposición a creer que la desaparición de las llaves era parte de un plan de la mujer, el broche de una celada en la cual, al presentarse allí atraídos por el grito, habían caído como chorlitos.

Alejandra y la vecina se incorporaron a su vez a la búsqueda.

—¿No tiene otras llaves? —preguntó Marcos.

—No. El otro juego se lo llevó anteayer la sobrina para hacer copias para ella, porque yo prefería que tuviera las llaves. Me parecía que era lógico, por cualquier cosa que pasara.

Marcos estuvo a punto de estallar, seguro de que la mujer los estaba embaucando. No podía creer en casualidades. Le resultaba increíble lo que le sucedía. Casi sentía miedo ya que se percibía en buena medida a merced de los proyectos de esa mujer. ¿Cuál era el próximo paso? Era evidente que ya lo tenía urdido. Recordó al taxista aquel que los robó y se dijo que no habían aprendido nada, que volvían a caer como estúpidos. Seguía buscando en tanto vigilaba a la mujer, atento a lo que les tenía preparado. No obstante, de repente vino a su mente el café que habían tomado y casi dio un respingo. ¡El próximo paso ya estaba dado! Tuvo por muy probable que los hubiera envenenado. Por unos momentos no abrigó ninguna duda. Hizo un repaso interior para detectar anomalías en su organismo, y entonces advirtió unas náuseas, aún incipientes, que habían hecho pie en su estómago. ¿Sería éste el primer síntoma del veneno?

Buscaba ya en cualquier lado, en lugares en los que sabía que era imposible encontrarlas, pero no podía evitarlo; ahora, cuando se dio cuenta de que los demás hacían otro tanto, se ofuscó y apenas si pudo contener unos reproches que, dirigidos a las tres, se agolparon en su boca. Se acercó a Alejandra, quien buscaba bajo un viejo trinchante.

—¡¿A vos te parece que pueden estar ahí abajo?!

—Es que ya no sé donde buscar.

Marcos tuvo una ocurrencia.

—Las debe haber puesto en el cadáver —arriesgó, en voz baja.

—Si no fue a la pieza —retrucó Alejandra—. Además... —y lo miró con cara de desconcierto, tal si no entendiese lo que él sugería. Y Marcos le hizo un ademán abriendo un poco los brazos, con el que quiso dar a entender que no le quedaba más remedio que pensar mal de la mujer.

—El otro juego se lo llevó la sobrina —Marcos acompañó las palabras con una mueca de descreimiento.

—Vamos a tener que esperar —dijo Alejandra, que lo veía nervioso.

—Busquemos —la conminó Marcos, dándose cuenta de que esto era contradictorio con su presunción acerca de que la pérdida no era más que una estratagema de la mujer, pero se aferraba a la única actividad que le daba un mínimo de esperanza.

Una leve punzada en el estómago actualizó sus sospechas sobre el café. No tenía la menor idea de por qué la mujer los había encerrado y, probablemente, envenenado; excepto que formara parte de una compleja coartada. Comenzó entonces a intentar deducirla, más que nada para enrostrarle sus propios planes a la mujer, desenmascarándola brutalmente y obligarla a la sazón a que entregase las llaves. Recordó que, aunque alto, estaba en un primer piso y que podría saltar al fondo de un departamento contiguo al suyo. Pero Alejandra no podría hacerlo en su estado y de aquí a que saliese a la calle y encontrase un cerrajero dispuesto a venir va la sobrina habría llegado. Y aquí otro interrogante lo sobresaltó: ¿habría llamado a la sobrina?, y en seguida, ¿habría una sobrina? Sus deseos de saltar se acrecentaron vertiginosamente y un odio casi exasperado contra Alejandra y contra su hijo lo hizo volverse hacia ella para vengarse de alguna manera, ya que por su culpa estaba allí atado. Incluso cruzó fugazmente por su cabeza la idea de una patada en el vientre. Pero se vio sumido en la impotencia; cualquier cosa que pudiera hacer o decir sería una arbitrariedad absurda, rayana en la locura.

—No hay caso —dijo la mujer, quien, secundada por la vecina, regresaba de buscar en la cocina—. Pero no va a tardar —agregó, mudando de opinión en pos de atemperar su yerro.

—Hay que esperar —Alejandra miró a Marcos con resignación.

¡¡No!!, hubiera querido gritar él, sin embargo no tenía más remedio que avenirse a aguardar, encerrado en ese departamento, a pesar del café que se escurría en sus entrañas, a pesar del cadáver que estaba tras la pared y

que, según juzgaba él, evaporaría vahos de muerte cada vez más penetrantes.

—No va a tardar —ratificó la mujer, sentándose tranquilamente junto a la mesa.

Y allí se quedaron, esperando a la sobrina.

Días más tarde, Marcos se abría paso entre la multitud que atestaba el pasillo del hospital. Pese al guardapolvos, y quizá debido a su cara aniñada, no era reconocido como médico y no le facilitaban las cosas. Incluso, según creyó él, lo miraban como a un usurpador, alguien que se hacía pasar por médico. Había, como siempre, muchos chicos en el pasillo, chicos de aspecto zaparrastroso que en general tenían varios problemas de salud, además de una vida deplorable, por lo que el entusiasmo que despertaban para curarles un determinado mal era mínimo. Se tenía la percepción de que se les cambiaba muy poco la vida y más de un médico ya estaba harto de ellos.

Pero Marcos iba ocupado en sí mismo, preocupado por lo poco difundida que estaba su condición de médico. Casi era un involuntario secreto que conocían los familiares y los amigos más cercanos. Estaba seguro, por ejemplo, de que todos sus vecinos lo ignoraban y le bastaba recordar lo acontecido con la muerte de la viejita para cerciorarse de ello. Había especulado con colocar una chapa en la entrada del edificio, como hacían tantos otros, y aún hesitaba al respecto. Se decía que, en tanto no tuviera instalado allí ningún consultorio, sería pura presuntuosidad, y no encontraba otro justificativo. La merodeaba a Alejandra con la intención de que fuese ella la que lo alentase a poner la chapa, y entonces pudiese creer que cedía ante esa ilusión de su mujer, empero ella, cuando sacaba a luz el tema, también dudaba, y más bien se inclinaba por la negativa, dejándolo supeditado en última instancia al gusto de él. Esta actitud ambivalente, cuando Marcos esperaba una entusiasta afirmativa, lo sacaba de quicio, aunque no podía hacerlo visible porque Alejandra, en consecuencia, forzada

por él, lo alentaría a que pusiese la chapa, pero ya no tendría sentido. Y más fastidio le causaba el escaso entusiasmo de Alejandra cuanto que se figuraba que obedecía a la envidia que la dominaba, dado que él estaba recibido desde hacía un año mientras que ella adeudaba tres materias y, si bien no eran de las más difíciles, no parecía que fuese a rendirlas en breve ya que estaba muy desganada y hacía unos años que su disciplina en el estudio declinaba de manera ostensible. Marcos sospechaba que ella lo culpaba de su decadencia y en el fondo, sin saber la razón, él no podía menos que pensar que estaba acertada; claro que cuando se enojaba con ella se justificaba ante sí mismo y se decía que con cualquier hombre que se hubiese instalado firmemente a su lado hubiese ocurrido lo mismo. Afincándose en sus prejuicios, se convencía de que antes Alejandra estudiaba mucho porque estaba sola y nada más que como una forma de suplantación. Él no podía sentirse culpable si ella había perdido las motivaciones al tener un hombre al lado. Sin embargo, cuando el enojo refluía se daba cuenta de que el retraso de ella en relación con él le era bastante satisfactorio y se preguntaba si no había hecho algo para que ello sucediera.

Mientras se abría paso entre la gente, se impelía a poner en su cara el gesto, el rictus apropiado para que se lo tuviese por un médico. Pero en verdad no sabía cuál era, y ya era una costumbre en él oscilar entre dos supuestos contrarios: la gravedad y la despreocupación. ¿La cara de un médico debía ser grave o despreocupada? Ninguna de las dos posibilidades lo satisfacía porque no creía que ninguna de las dos definiese al médico, sino que, se figuraba, existía una tercera determinación que realmente era definitiva y que él no acertaba a adivinar, mas como no tenía ni idea de qué podía ser esto cuya existencia sólo intuía, se limitaba a especular en torno de la gravedad y la despreocupación, sin llegar a nada. En estas disyuntivas afincaban sus dudas con respecto a su autenticidad como médico: sin la impostura de un médico, los demás, a la fuerza, desconfiarían, y él a esta altura daba por seguro que el título de doctor no era un diplo-

ma objetivo sino que era algo que existía nada más en las suposiciones de los otros. El hospital podía ponerlo en una nómina y habilitarlo para estar allí, pero frente a los pacientes esto significaba ya muy poco y había que demostrar que se era médico. Y Marcos notaba que sus pacientes eran remisos a cumplir con el tratamiento que les prescribía, en la mayoría de los casos lo dejaban de lado; tampoco era infrecuente que lo desafiaran, echándole en cara que otros médicos usaban medios distintos a los suyos para curar el mismo mal, y a veces ni siquiera sacaban a relucir un aval médico sino que se apoyaban en vecinos o en quien fuese que se hubiera atribuido ciertos conocimientos. Tanto era así que el tono de voz que usaba ya con los pacientes cuando recomendaba un tratamiento era de sugerencia y evitaba las afirmaciones taxativas. Había pensado que más le hubiese valido obtener el título, si existiera, de opinador médico, y verse entonces sólo en la obligación moral de hacer conjeturas.

Marcos observaba a sus colegas y en cierta medida los sonsacaba. Advertía que la poca predisposición de los pacientes para cumplir con los tratamientos era bastante general, sin embargo los otros médicos —creía observar— actuaban como si nada ocurriese y era de suponer que finalmente se imponían. El veía en la cara de los otros algo indescifrable que los hacía médicos mientras que en su cara esto estaba ausente. Había llegado a practicar frente al espejo, sin que su cara aniñada lo convenciese en ningún momento. No tenía más remedio que admitir que si él fuese a un médico que tuviera su cara, no le creería un ápice. Tenía que adquirir ese algo que lo hiciese médico, y sabía que nunca lo obtendría especulando, por mucho que igual lo seguía haciendo, y ese algo sólo se lo podían dar los demás. El problema era ¿¡cómo arrancárselo!?

Llegó hasta los consultorios y abrió una puerta que decía: "Golpee y espere", y pudo percibir el disgusto a sus espaldas, dado que, a golpe de vista, no le otorgaban el derecho a ingresar pese a que se había puesto un guardapolvos. Le pidió a la auxiliar la lista de pacientes de esa mañana y se encerró en su gabinete para echarle un

vistazo. Había una mayoría de nuevos pacientes, aunque al primero de la lista ya lo había atendido una tal vez dos veces. Hojeo su historia clínica, y consulto también con el terminal de computadora para comprobar si estaba completa. Era un caso de cálculos renales reiterados; algunos los habían disuelto con ultrasonido, y hubo también, hacía años, una intervención quirúrgica. Uno de los médicos que lo había atendido con anterioridad había anotado algo sobre cálculos mentales, cosa que llamó mucho su atención porque no podía ser más que una humorada. Ahora, un chiste en una historia clínica era algo inusitado. Tal vez el médico lo había escrito especulando que en el futuro nadie habría de leerla, o quien lo hiciese no lo habría de advertir, tan superficial su lectura. Y aquí Marcos dedujo que sí lo había leído, y además le era incomprensible, se debía a que no era todavía un médico. Cualquiera de los otros sabría cómo interpretar esa frase. Cerró la historia clínica y se quedó pensando. Una semana atrás le había mandado a hacer una ecografía, después de unos cólicos que el paciente se había hecho atender en la guardia. Era extraño que ante estos cálculos repetidos no le hubieran hecho, hacía tiempo, un análisis metabólico; en la historia clínica no figuraba nada acerca de esto.

Fue con el listado del día hasta la puerta y se asomó un poco para llamar a este primer paciente.

Era un hombre bajo, muy macizo, con unos bigotes negros que se extendían hacia abajo, rodeando las comisuras de la boca, para seguir por los costados del mentón. Lo hizo pasar al pequeño y mal iluminado consultorio, y lo invitó a que se sentara en una silla, frente al escritorio metálico. Marcos se sentó del otro lado, junto al panel vidriado que se utilizaba para observar placas radiográficas, del cual recibía una luz blanca que, suponía, le daba una fisonomía algo fantasmagórica.

—¿Trajo lo que le pedí? —dijo de inmediato, evitando esas preguntas amables que solía hacer al principio y que daban pie para que el paciente intentara contarle parte de su vida.

—¡Ah! Se acuerda de mí —comentó satisfecho el paciente al tiempo que buscaba en unas carpetas.

—Sí —musitó Marcos barruntando que debió hojear la historia clínica delante del paciente antes de preguntar.

—Pocos me olvidan —dijo el hombre, muy seguro de sí, contento.

Marcos lo miró, preguntándose con fastidio cuál era la hazaña que tanto lo envalentonaba.

Volvió sobre el material que el otro le había extendido. La ecografía carecía del informe correspondiente, olvido infrecuente, aun en el aquelarre del hospital. Observó la imagen con detenimiento. En el riñón derecho, ya en los comienzos del uréter, se veía la figura de lo que debía ser un cálculo grande, de forma triangular, pero, para su asombro, atravesaba la pared del uréter, cosa imposible porque el dolor sería espantoso, intolerable, y dados los días transcurridos desde que se hizo la ecografía, el hombre ya debía estar muerto. Demudado, nervioso, siguió mirando; por un lado trataba de explicarse lo que se veía en la ecografía, por otro, hacía esfuerzos para que su confusión no se hiciese visible. Por un segundo levantó la vista hacia el hombre, y pudo comprobar que su sonrisa no había desaparecido, e incluso —según le pareció— se había hecho un poco sarcástica. Se enfrascó en el material ecográfico. La figura del cálculo atravesando el uréter se veía bien en las dos tomas. ¿Sería un tumor? De haber estado seguro se hubiera sentido feliz, en parte porque tendría un diagnóstico firme en sus manos, en parte porque le borraría la sonrisa al bigotudo. Tenía que ser un error, pese a que en la portada venía impreso el nombre de su paciente. No podía ser más que la ecografía de un cadáver, y aun así muy dudosa. O un tumor de forma extrañísima. O la ecografía era un fraude y... por unos segundos entrevió, sin que llegaran a precisarse, oscuras motivaciones. ¿Quizá alguna autoridad del hospital los ponía a prueba utilizando estas artimañas? Aunque en seguida se vio acuciado por el problema concreto. ¿Qué hacer? ¿Qué se le podía decir a este hombre? Hizo un gesto de apreciación, un gesto al que sabía ambiguo y que utilizaba para llamar la aten-

ción del paciente, quien en general lo tomaba como un mal indicio. Mas en este caso la sonrisa no desapareció de entre los negros bigotes, casi se podría decir que se acentuó.

—Pareciera que tiene un cálculo, nomás —arriesgó Marcos sin otra alternativa, juzgando que le convenía ser más bien impreciso y sacarse de encima lo más rápido posible al paciente sin haberse comprometido con un diagnóstico definitivo—. Pareciera —repitió, con gesto de hombre precavido.

—¿Pareciera? —el hombre no perdió su sonrisa.

—La ecografía no es del todo clara y... hay un margen de duda —a Marcos le tembló la voz—. Vamos a hacer más estudios... —continuó, confundido, dándose cuenta que al ser tan genérico perdía la oportunidad de sacárselo de encima con indicaciones concretas, empero no se decidió a nada, pese a que por su mente cruzó la posibilidad de hacerle repetir la ecografía.

—¿Usted no se hizo un análisis metabólico? —se le ocurrió preguntar, como para afirmarse en algún terreno.

—¿Análisis metabólico? —repitió el hombre, extrañado—. Ah, sí, sí, me hice. Pero hace años... Sí. Y dieron dudosos —y el hombre se echó una risita sardónica.

—Porque usted ha tenido cálculos repetidas veces —le explicó Marcos su pregunta.

—Sí. Hago piedras —el hombre se acarició el bigote casi con orgullo.

—Podría evitarse si... —Marcos se detuvo al sospechar que las piedras eran para él poco menos que parte de su hombría. No supo cómo seguir. Iba a referirse al dolor de los cólicos y a posibles consecuencias de los cálculos, sin embargo, al adivinar que por alguna razón se aferraba a sus cálculos y era feliz con ellos, no dijo nada. Aunque, ¿no era todo muy raro?, ¿no sería el paciente un fraude? La imposibilidad de la ecografía que había visto volvió a ocupar el centro de su atención. Su inseguridad en cuanto a la situación en la que estaba inmerso le hizo sentirse endeble y, peor aún, subordinado al paciente. Que un paciente lleva-

ra las riendas era algo intolerable, y era la mejor prueba de que no era un médico todavía.

—Hay que repetir la ecografía —dijo Marcos con tono decidido, intentando recomponerse desde el punto más firme que pudo hallar: la prescripción.

—¿No convendría que esa ecografía me la hiciese directamente en ultrasonido? —preguntó el paciente, en realidad afirmando, haciendo referencia al servicio del hospital que rompía los cálculos con máquinas de emisión de ultrasonido.

Marcos hesitó. Por unos instantes se inclinó a creer que no le faltaba razón al hombre, mas no quería mostrar la más mínima aquiescencia hacia lo que —sentía— se le quería imponer.

—No —dijo por fin, duro el tono de voz—. La ecografía muestra algo muy extraño y... —Marcos intuyó que se desbarrancaba hacia un problema mayor—. No conviene todavía derivarlo a ultrasonido.

—¿Y qué es eso tan extraño? —el hombre preguntó conteniendo una semisonrisa que se dibujaba en sus labios, como si supiese perfectamente de qué se trataba.

Si el paciente hubiera mostrado temor, él se hubiera sentido en terreno firme, inmerso en alguna medida en su rol de médico, y por ende se habría puesto a tranquilizarlo, luego del susto que le habría propinado. Empero su mención a aquella mancha fuera de lugar había engallado al bigotudo, quien parecía lucir cierta suficiencia ante su confusión.

Finalmente Marcos hizo un ademán, abriendo algo los brazos, el que intentó ser misterioso, aunque involuntariamente elevó también un poco los hombros.

—¡¡Qué!? ¿No sabe lo que es?

Ahora el hombre lo increpaba por su ignorancia, por su incapacidad para realizar un diagnóstico.

—La ecografía no es buena y... —empezó a defenderse.

—¿Qué es lo que no puede identificar?

Pese a todo, la sonrisa no había desaparecido por completo de sus labios. Marcos tuvo una fuerte impresión de artificialidad, como si el hombre estuviese llevando

adelante una actuación, una farsa. Durante un momento pensó en esas escenas cazabobos que arman para la televisión y echó unas ojeadas en derredor para descubrir la cámara. No era la primera vez que tenía esta sensación de artificio, esta incómoda impresión de estar frente a un actor o frente a alguien que pareciera estar ante una cámara, tal si la persona la imaginase; o bien —Marcos había cavilado algo al respecto— la persona en cuestión era poco más que una superficie corporal y una voz que se guiaba por ciertos libretos bastante limitados que usaba en parte arbitrariamente. En una ocasión había llegado a pensar si no se estarían fabricando androides y él lo ignoraba.

—Hay que actuar con cautela, de lo contrario, puede ser peligroso —Marcos pretendió mostrar seguridad, aunque se sintió actuando de manera deplorable. Sospechó que habría de ser el hazmerreír de mucha gente, porque ya no podía desprenderse de la subterránea pero omnipresente creencia de que sería visto por muchos ojos.

—¿Es grave? —por primera vez cedió la sonrisa en labios del hombre.

Marcos lo miró, por entero perdido.

—No me gustan los engaños, doctor. ¿Qué es lo que salió en la ecografía?

La repentina seriedad lo desconcertaba más aún que la persistencia de la sonrisa. No podía creerle nada a ese hombre que tenía enfrente y no obstante, por fuerza, debía actuar como si el grado de realidad de todo aquello fuera absoluto.

—Usted debe haber visto la ecografía y... Desde que entró acá, usted actúa como si supiese todo lo que hay que saber y... —Marcos, que se había dejado llevar por el enojo, cayó en la cuenta de que se hundiría en una absurda reyerta con el paciente. Vio que en los ojos del hombre surgía un resentimiento en el que no había ni una pizca de duda ni de timidez—. Nada, no tiene nada por qué preocuparse. Es mejor repetirla porque... porque... —Marcos había reculado sin saber qué rumbo tomar y hablaba sintiendo que en cualquier instante caía en el vacío.

—Sigue sin decirme qué tengo —el hombre lo miró

con la pasmosa tranquilidad de saberlo acorralado. Pero Marcos de inmediato descubrió una supuesta puerta de escape.

—Cálculos. Tiene un cálculo grande en el riñón derecho, más precisamente donde comienza el uréter —las precisiones que hizo le dieron valor—. Es extraña la posición, nada más, y por eso vamos a repetir la ecografía —y, más sereno y algo satisfecho consigo mismo ante la perspectiva de sacárselo de encima, se puso a escribir la prescripción en el recetario.

—¿Seguro?

Marcos levantó la vista y advirtió que en los ojos del hombre había aparecido el miedo.

—¿Tengo un tumor? —la voz le tembló ligeramente. Unas lágrimas brillaban en la parte inferior de los ojos.

Marcos, sorprendido, detuvo el brazo con el que estaba a punto de sellar la receta.

—No. No. No se asuste... —una lástima repentina lo invadió, y con ella el arrepentimiento.

Una mueca, símil de una lóbrega sonrisa, apareció por unos segundos en el rostro del paciente.

—Tal vez sea mejor.

Marcos no supo qué decir. Selló la receta, la firmó en un santiamén y se la extendió, pero el hombre se demoró en tomarla. Miraba fijamente un ángulo despintado del escritorio. La vieja sonrisa sobradora tendía a aparecer de nuevo.

—Casi le diría que por fin —le dijo al tomarla.

Marcos lo observó por unos segundos. Luego se levantó, impelido a sacárselo de encima, sobre todo porque la vieja sonrisa estaba ya casi instalada a pleno.

—Cuando la tenga lista, tráigamela —Marcos se dirigió hacia la puerta.

—Y si es un cálculo, ¿qué hago si me viene un cólico renal?

El fastidio de Marcos llegó hasta el paroxismo, saturado por los meandros en la actitud del paciente.

—No sé —se encogió de hombros—. Venga a la guardia.

—Cómo se ve que usted no tuvo nunca un cólico.

Marcos había abierto la puerta para que el hombre se fuera.

—Me parece que un médico tendría que indicarme algo —y el hombre lo midió con la mirada antes de salir.

—Venga a la guardia —repitió Marcos mientras el bigotudo atravesaba el umbral.

Marcos cerró la puerta, inquieto por las posibles consecuencias de lo recién acaecido. El disgusto del paciente para con él, ¿lo llevaría a presentar una queja ante las autoridades del hospital? En este caso no tendría a nadie que interviniera a su favor. El jefe del servicio apenas si sabía que existía. ¿Había sido brutal con el paciente al negarse a sugerirle algún posible tratamiento para los cólicos? No obstante, de inmediato se percató de que el hombre, por la cantidad de cálculos que había tenido, no podía desconocer las prescripciones médicas que cabían en estos casos. La idea de la confabulación, o de la chanza televisiva, volvió a emerger con fuerza. Se puso a revisar la habitación en busca de una cámara, micrófono, o lo que fuere que hubiera podido registrar lo allí acontecido. Buscó bajo la silla, en el escritorio, en la cortina, en el viejo anaquel de las radiografías, incluso, subido al escritorio, echó unos vistazos en el ventilador de techo. Lo impulsaban sucesivas esperanzas que crecían ante cada nueva ocurrencia, a despecho de que tenía a la búsqueda por absurda y se la reprochaba. El recuerdo de la firme sonrisa del bigotudo era un incentivo para continuar buscando en pos de descubrir su supuesto juego. En una de las paredes había un pequeño espejo con manchitas negras por doquier, algo que estaba allí sin razón de ser y en completo abandono. Lo levantó y descubrió que la pared tenía un boquete, vale decir, tenía un descascarado en forma circular de unos seis o siete centímetros de diámetro, en cuyo centro había una hendidura más honda, también circular y del diámetro de un dedo. No se veía bien pero Marcos creyó advertir el fin del agujero a unos tres centímetros de profundidad. Metió un dedo para comprobar que no estuviera allí el ojo de una cámara, cosa ridícula porque además de muy improbable era burdo encontrarlo justamente allí. Y mientras

palpaba simple revoque cruzó por su cabeza la posibilidad, ésta sí más factible según barruntó, de que un balazo hubiera producido el agujero. De cualquier manera un balazo en un hospital no parecía un hecho muy común pero... ¿tal vez un paciente que...? Volvió a colgar el espejo sobre la rotura, diciéndose ahora que si hubo allí un clavo grueso que más tarde quitaron, bien pudo quedar ese hueco, al que luego taparon con el espejo... Sus facciones asomaron en la superficie del espejo, y las vio tan aniñadas, aun salpicadas con las manchitas negras del vidrio, que no le pareció posible que sus prescripciones médicas se hicieran creíbles. Su cara no era la de un médico; y quizá era ésta la causa de la sonrisa del bigotudo y de su extraño comportamiento: era la forma con la cual se negaba a acreditarle el título, rechazando sus pretensiones de estar allí, medicando, ejerciendo. Tenía que llamar al próximo paciente, pero todavía se quedó un rato mirándose en el espejo, en alguna medida a la expectativa de que algo apareciese allí que lo hiciese ser menos pesimista.

Hacía más de un mes que Marcos sabía que iba a ser padre y recién en el día de hoy iba a recibir a Luis para festejar la noticia. Había comprado una sidra a último momento y la había puesto en el freezer para apurar las cosas. No estaba de muy buen ánimo y, como veía a Luis muy de tanto en tanto —pasaban meses sin que se vieran—, su mejor amigo le era cada vez más un extraño, y en consecuencia su visita le generaba cierta nerviosidad. Era una visita que Luis había postergado en dos ocasiones y a Marcos el festejo le parecía tardío y ya casi no veía motivo, sobre todo porque pensaba poco en su futura paternidad y el asunto, luego de los primeros días de suceso, se esfumaba sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Fue hasta la heladera para comprobar qué tan fría estaba la botella, cuando sonó el portero eléctrico; un timbrazo que lo sobresaltó al punto que poco faltó para que la bebida resbalara de sus manos. En tanto atendía, un insulto contra

Luis cruzó por su cabeza, molesto por la prolongada imperiosidad con que había tocado. Para colmo el volumen del aparato estaba muy fuerte y el "Luis" que pronunció su amigo le estalló en la oreja. Desganado, se dirigió a la puerta del edificio —que cerraban con llave noche y día— para franquearle el paso. Sin embargo, apenas lo vio, sonriente tras el vidrio, brillosos y cómplices los ojos, su malhumor y su inquina empezaron a disiparse. Se apresuró a abrir la puerta y se dieron un corto abrazo y un beso.

—¡¡Padre!! —le repitió dos o tres veces Luis en son de broma mientras caminaban por el pasillo. Marcos no contestaba sino con una risita nerviosa y cabizbaja.

—Te esperaba por allá —dijo Marcos luego que hubieron entrado al departamento, señalándole la pared del fondo del jardín, en alusión a aquella llegada de Luis saltando el muro.

—Ya no hago locuras de pibe. Ahora soy razonable —afirmó Luis, impostando la voz y riendo un poco, entre irónico y nostálgico—. Ahora entro por la puerta y salgo por arriba del muro cuando me echan de una patada —y los dos estallaron de risa.

Se sentaron a la mesa, todavía contentos.

—¿Y Alejandra?

—Está en la facultad: viene más tarde. En un ratito —confirmó, mirando el reloj.

—Así que padre. ¡Qué increíble! ¿No? —empezó Luis.

Marcos masculló algo ininteligible. Se levantó y fue a buscar una gaseosa y dos vasos.

—¿De cuánto está Alejandra?

—Dos meses y medio. Quizá un poquito más.

—¿Y? —preguntó Luis.

Marcos hizo un gesto interrogativo.

—Cómo estás. Cómo te trata la... futura paternidad.

—Bien. No... No me doy mucho cuenta ahora. Los primeros días tal vez... No sé... Pienso a veces pero se me aparece un feto y... Hasta esto me arruina la medicina. Todos se imaginan un bebé, algo lindo. Yo veo un feto de dos meses. Y encima... —se acordó del feto en el plato pero se calló la boca.

—Son deformaciones profesionales —Luis intentó consolarlo—. Pero después esas cosas pasan y... Va a nacer y ahí va a estar, ya no vas a hacer ninguna conjetura.

—Sí. Ya sé —concedió Marcos, aunque no pareció muy convencido.

—Ya te decía yo que te iba a ver rodeado de una parva de pelirrojitos —y Luis se rió un poco, gozando.

—No. Después de éste...

Se quedaron callados un rato.

Marcos se quedó pensando en el feto, y lo veía negrito, o grisáceo, como chamuscado, siempre en el plato. A veces había imaginado que iba a nacer así, un fetito, aun cuando hubieran transcurrido los nueve meses.

—Están pensando los nombres, supongo —volvió Luis con su acento optimista.

—Un poco. Pero falta tanto.

—¿Y qué pensaron?

Marcos discurrió por unos segundos. Habían especulado en derredor de ciertos nombres, pero muy en el aire, y en su caso sin hacer conexión alguna entre esas palabras, a las que escuchaba como nomenclaturas, y algo que fuera a ser su hijo.

—Si pudiera no le pondría ningún nombre —dijo Marcos.

—Puro apellido.

—No. Nada. Ni apellido.

—Nada —repitió Luis pensativo, reflexionándolo desde sus estudios antropológicos—. Ninguna determinación cultural.

—No sé —le espetó Marcos al tiempo que hacía un gesto conminándolo a que no jorobase con análisis sesudos.

—Y bueno. Alguna razón tenés para no querer ponerle un nombre.

—Es que cuando uno le pone un nombre la mitad de la monstruosidad ya está hecha.

—Y lo que resta de la monstruosidad la vas a hacer irremediablemente. Así que da lo mismo. Hacela completa. Pero —y Luis le sonrió, llamándolo a que no viese las cosas de modo tan pesimista—, no es tan grave.

—Supongo que no —admitió Marcos, sonriendo levemente. Y en seguida sirvió de nuevo más gaseosa.

—No va a nacer un monstruo de dos cabezas —comentó Luis siguiendo el curso de sus pensamientos.

Aunque obligado a sonreír, Marcos se quedó sorprendido por la alusión de su amigo. Por unos segundos temió que se hubiese enterado de las dudas que había abrigado años atrás.

—¿Dos cabezas o... dos caras? —preguntó, sintiéndose un estúpido.

—¿Dos caras? —y Luis lo sopesó unos instantes—. Si nace con dos caras le auguro un futuro brillante. Si en realidad todos tenemos dos caras él pasaría a tener cuatro. Tendría posibilidades de todo tipo.

A Marcos lo invadió el alivio al escuchar decir a Luis que todos tenían dos caras. Significaba que él, al fin de cuentas, nunca dejó de ser una persona normal, sólo que había vivido de manera conflictiva lo que todos aceptaban naturalmente. Sintió por su amigo un gran afecto. A punto estuvo de palmearlo. El optimismo con respecto a su persona creció ostensiblemente, y esto hacía que, sin darse cuenta, trasladase las culpas al mundo que lo rodeaba. Le vinieron deseos de hablar mal de la gente, de despotricar contra la sociedad.

—¿Salimos al fondo? —propuso Luis.

—¿Sabés que me parece que una vez hablamos de Jano, el de las dos caras? Aunque no me acuerdo qué dijimos —continuó Luis, mientras salían—, pero recuerdo que algo hablamos porque volví a casa y lo busqué en la enciclopedia. Yo no lo conocía y... —Luis parecía recordar, lo que generó en Marcos cierta aprensión, ya que él seguramente había traído a colación el asunto de Jano—. Parece que nos gusta hablar de las cabezas con dos caras.

Un poco violento, Marcos buscaba algo con que desviar la atención de su amigo.

—Debe ser porque como dijiste, la gente tiene dos caras, o no sé... cada vez está más extraña... Va perdiendo la razón o, mejor dicho, ya casi no hay razón que se pueda perder y... A veces, me ha ocurrido hablar con gente

que no era ignorante, casi te podría decir que gente medianamente culta, y... no entiendo lo que dicen, son inconexos, en fin; lo que me lleva a pensar si a uno no le pasa lo mismo porque... algo tenemos que estar cayendo nosotros también en lo que todos caen. Si el mundo cae en un pozo, nosotros iremos también a parar ahí. Quiero decir que... todos somos inconscientes de cómo nos vamos transformando; creemos ser los mismos y sólo nos damos cuenta, y hasta por ahí nomás, de cómo cambian los demás. Pero en gran medida todos vamos en el mismo sentido, cayendo, y entonces casi no nos damos cuenta de nada. Nos miramos y nos reconocemos, aparentemente está todo bien. Caemos todos juntos y no parece que estemos cayendo, o no nos damos cuenta de la velocidad a la que vamos.

—Mirá lo que me pasó hace unos días... —y, continuando, Marcos le contó lo sucedido con el paciente de los bigotes y, después, con la muerte de la vieja y el encierro que habían sufrido en ese departamento por culpa de la mujer que la cuidaba.

—¿Y llegó la sobrina? —se interesó Luis en un momento del relato.

—Sí, llegó, pero una hora y media más tarde. Y encima se quejó de que había dejado cosas por hacer para ir ahí. Y era el familiar más cercano de la vieja.

—¿Y para qué los encerró la mujer? ¿No quería quedarse sola con el cadáver?

—No sé... —contestó Marcos, dubitativo. No obstante, sintió rechazo por la lógica simple que usó su amigo. Él juzgaba que algo más oscuro y complejo había impulsado a la mujer—. No sé si tiene que haber razones explicables. La gente actúa y... —se acordó de la llegada de Luis saltando el muro años atrás y estuvo en un tris de sacarlo a relucir como ejemplo—. Es muy difícil determinar por qué se hacen las cosas. La gente ni siquiera intenta comprender; se actúa como por mandato y no se razona.

Se quedaron callados unos momentos.

—A veces parece que, intuitivamente, la gente tiene al razonar por un enemigo. No sé cómo explicarlo bien

pero... No es que no tenga la capacidad para hacer razonamientos, incluso elaborados, pero *a priori* sabe que ahí está su perdición.

—Pero algo siempre los impulsa.

—Y sí... seguro. Pero ni saben qué es ni quieren saber, así que... Cuanto más certero sea el razonamiento más lo van a rechazar y se van a aferrar a la mentira más absurda; aunque en el fondo sepan que es mentira.

—Y sí, se busca... protección —acotó Luis—. Porque será el miedo lo que los impulsa, y después... Mirá, Profitendieu dice que el hombre siempre le tuvo miedo a la muerte, a la Nada, vale decir, al No Ser; y ahora eso se va perdiendo, hay muchos suicidios, también muchos asesinatos, la Nada ya no asusta; ahora el No Ser dejó de ser una dimensión filosófica y es una dimensión social, y ya no es un absoluto simple, como la Nada, sino que es algo complejo que hay que dilucidar... que hay que... —y Luis se quedó sin la palabra justa— que hay que investigar —dijo, aunque no quedó del todo satisfecho.

El silencio siguió a estas palabras. En Luis, el eco de lo que había dicho resonaba aún en su cabeza, y en alguna medida mentalmente lo repasaba, en parte para saber si había cometido errores, en parte para deducir consecuencias que hasta el momento no se le hubieran ocurrido. Marcos no había entendido del todo las palabras de su amigo, y no podía precisar si avalaban o se oponían a lo que él había dicho con anterioridad, aunque se inclinaba más bien a rechazarlas, sólo porque Luis venía usando un cierto tono opositor. Y a causa de esto tuvo una idea que no le gustó demasiado: Profitendieu era uno de los que exponía razonamientos certeros y él los rechazaba porque prefería sus propios engaños. Poco menos que se vio entonces en el bando de lo que él llamaba la gente, ya que aun así, sospechando que la verdad no estaba en su vereda, en última instancia ahí se quería quedar.

—¿Y qué tenía al fin el bigotudo? —rompió Luis el silencio.

—No sé —Marcos se levantó de hombros—. Debía tener un cálculo y la ecografía salió mal. O el tipo era un fraude, no sé.

—¡¿Un paciente fraudulento?! —Luis se rió un poco.

—Y... —Marcos hizo un gesto con el que quiso dar a entender que todo era posible.

—Lo hubieras mandado al diagnóstico automático.

—Lo pensé, pero... El director del hospital no es nada afecto al servo-diagnóstico y exige que se justifique muy bien cada vez que se utiliza. Tuve miedo porque no podía interpretar la ecografía y... puede ser que yo no supiera algo que tendría que saber y terminara metido en un brete.

—¿Y se reía de sus cálculos?

—Tuvo una sonrisa casi todo el tiempo. Era muy raro. Hasta la imagen de él... El pelo y los bigotes le brillaban, a pesar de la poca luz...

—¿No sería una holografía? —preguntó Luis, divertido.

Marcos, sorprendido, lo desestimó con un chasquido y sonrió ante lo que supuso era un chiste.

—Tendrías que haberlo revisado. Entonces le hundís los dedos en la panza hasta que se le va la sonrisa. Lo tenés ahí tirado en la camilla a tu merced. De paso comprobabas si era una imagen o si era de carne y hueso.

Marcos cayó en la cuenta de que su amigo tenía razón. Buscó justificarse mas no encontró nada de qué asirse. Era increíble que, siendo él el médico, Luis hubiera encontrado sin ningún esfuerzo un camino que él ni siquiera vislumbró, pese a que era cosa de rutina para un médico. Verdad era que en este caso la revisación era por completo innecesaria pero justamente por esto, el tenerlo allí —devenido en un objeto supeditado a su derecho de hurgar— lo hubiera ayudado mucho para revertir en su favor las relaciones de fuerza.

—Si la ecografía era un fraude, el bigotudo debía estar confabulado con otros médicos o técnicos, ¿no? Porque si no ¿cómo la consiguió?

Vino a la cabeza de Marcos la imagen de la ecografía y la posibilidad que planteaba Luis no le pareció muy descabellada. Y él que había pensado en ir a diagnóstico por imágenes para preguntar si tenían memoria de ese caso —recordó con irónica amargura. Un fraude de este

tipo no parecía tener mucho sentido, pero aun así se inclinaba a creer que no era improbable.

—Entremos para brindar —propuso Marcos.

—Esperemos a Alejandra.

—Sí. Debe estar por llegar —dijo, mirando el reloj—. Pero... no sé. Si se atrasa...

—Esperemos un poco más.

Y se quedaron en el fondito. Luis echó una larga mirada sobre el edificio en cuyo terreno había ingresado en aquella ocasión en que saltó la pared.

—¿Y si el bigotudo se murió al ratito de salir de tu consultorio? —se le ocurrió preguntar.

Sobresaltado, Marcos advirtió que no tenía ninguna seguridad de que tal cosa no hubiese ocurrido. De inmediato empezó a preguntarse cómo podía saber si el hombre todavía estaba vivo, y casi se propuso que al día siguiente se encargaría en alguna forma de hacer averiguaciones, aunque no supiese ni por dónde empezar.

—Si se murió voy a tener un lío tremendo —dijo Marcos, consternado.

—¡Era un chiste! Si estaba bien como decís no se iba a morir al rato. Además... —en este instante se escuchó que Alejandra entraba.

Marcos y Luis regresaron al living y se saludaron con Alejandra, quien entró cargando unas carpetas.

—Me traje material para preparar el examen. Vamos a ver si esta vez lo puedo dar —comentó con un dejo de resignación.

Marcos cavilaba acerca del modo de encontrar una evidencia de que el bigotudo estaba vivo. Había pensado en ir a diagnóstico por imágenes para constatar si había pedido turno para una nueva ecografía, tal como él le había prescripto. Esta idea, la esperanza de encontrar su nombre en el listado, lo había tranquilizado un poco; sin embargo, no tardó en decirse que casi con seguridad el bigotudo salió de su consultorio y fue a pedir el turno, por lo que encontrarlo en el listado no supondría más que una supervivencia de algunos minutos. Y la inquietud volvió a roerlo.

—Ahora sí podemos brindar —propuso Luis.

Marcos fue a buscar la sidra, apurado, porque recor-

dó que estaba en el freezer, y Alejandra dispuso unas copas sobre la mesa.

—Y, ¿qué tal?, ¿crece el niño? —le preguntó Luis en pos de ser amable con Alejandra.

Ella dudó.

—Sí... Crece... Sí... Fui al obstetra y está todo bien. Recién estoy de dos meses y medio, así que... Pero crece, en la ecografía se veía todo bien...

Marcos había llegado con la sidra y se dispuso a abrirla.

Alejandra lo veía hacer con la mirada algo perdida.

El tapón saltó apenas, con un sonido débil, mezquino.

—No tenía fuerza —dijo Luis.

Alejandra miró como Marcos servía en las tres copas. Desde hacía unos días tenía cierta preocupación con respecto a su hijo; más precisamente desde que escuchó a un psicólogo afirmar en la televisión que una de las nuevas paradojas de la época era el crecimiento de lo muerto. Ella no había entendido muy bien qué había querido decir con esto, incluso se refería al contexto social, no obstante cada tanto aparecía en su discurrir una de las frases que había oído: "Ahora lo muerto también crece" y no podía dejar de temer que, aun cuando su hijo creciese y naciese y berrease y en apariencia no hubiese problema alguno, aun así, estuviese insanablemente muerto.

2

Luego de dar unas pinceladas poco efectivas, Marcos se desplazó nerviosamente hacia un costado, rodeando la mesita, y con un pie tiró la lata de pintura. Se abalanzó a levantarla, sin embargo un manchón de pintura se desparramaba en la conjunción de unas hojas de diario y amenazaba con llegar hasta las baldosas. Dio un tirón de las hojas, con la intención de hacerlas un bollo, pero dos de ellas estaban aprisionadas por una pata de la mesita, que con su mármol arriba era bastante pesada, y se rompieron, por lo que la pintura corrió hacia el piso e incluso le salpicó las zapatillas.

—¡Puta, la puta madre! —estalló, tartamudeando en extremo porque no era la primera cosa que le salía mal desde que empezó a pintar la mesita.

Consiguió finalmente hacer un bollo con las hojas, aunque a costa de embadurnarse las manos. Y en seguida quiso limpiarse las zapatillas con el bollo, utilizando uno de los lados que la pintura no había alcanzado, sin lograr mucho, ya que las manchitas se habían absorbido en gran medida. Arrojó el bollo a un costado y se puso a limpiar el piso con trapo y aguarrás. Y, aunque le costó, se dio por contento con lo hecho, excepto por los resquicios entre baldosa y baldosa, donde la pintura hallaba refugio.

La mesita le daba mucho más trabajo del esperado y él temía a esto casi por una traición. Para colmo, se había empecinado en terminarla ese mismo día y continuó con la tarea pese al anochecer y a la poca luz. Hacía varios días que, por horas, luchaba con el lijado y la pintura de esa

vieja mesita ovalada, la que tenía, por debajo de la tabla, un sostén repujado en arabescos, a causa del cual poco menos que perdió sus huellas digitales en el papel de lija. Empezaba a estar harto de la mesita y deseaba sacársela de encima lo antes posible, bien que, de cualquier manera se esforzaba para que quedará impecable y no podía seguir si descubría la más mínima imperfección, a la que trataba de poner remedio de inmediato. No obstante, ahora que había anochecido y la luz de la bombita llegaba malamente, ya no podía advertir los detalles y no estaba seguro del resultado final que estaba alcanzando.

Parado a un costado del patio ganado por la penumbra, miraba la mesita que pintaba de negro, despreocupado por un momento de las zapatillas y de las baldosas. Unos meses atrás se había propuesto arreglar varias cosas antes de que naciera su hijo —nena, en realidad, decían las ecografías—, y por una cosa u otra sólo la había podido emprender con esta mesita, precisamente el arreglo que él mismo juzgaba menos necesario. Y ahora la miraba con desagrado, inclinado a creer que no quedaría del todo bien y que no le encontraría mayor utilidad. Incluso consideraba que en un tiempo relativamente breve caducaría su vida útil, dadas la incipiente flojedad de sus patas y la endeblez que él adivinaba en su constitución. Pensó que para trabajar, tendría que haberse colocado más cerca de la luz, pero cuando había empezado, a comienzos de la tarde, no había ni remotamente imaginado que se demoraría hasta que cayera la noche. Aún le faltaba un rato para terminar, y algo en Marcos le impedía aproximarse a la mesita. Hubiera querido dejarla ahí sin más y olvidarse del asunto hasta el día siguiente, sin embargo le faltaba tan poco que lo habría tenido por una deserción inadmisible, justo cuando estaba a punto de coronar sus esfuerzos. En estas circunstancias, el día posterior era un tiempo demasiado lejano, ubicado tras la amnesia del sueño nocturno, y cabía la posibilidad entonces de que aquello que estaba en un tris de hallar su culminación no se terminase jamás. No faltaba mucho para que Alejandra lo llamase para

la cena y seguir pintando después de la comida le sería muy penoso. Tenía que apresurarse a terminar con la mesita, apartándola de sus preocupaciones para siempre.

—¡Marcos! —escuchó que Alejandra lo llamaba con cierta urgencia.

—¡Sí! —Marcos maldijo por dentro, creyendo que la comida estaba lista.

—¡Rompí bolsa! —le informó, apareciendo en el vano de la puerta. Por unos instantes Marcos se quedó confuso.

—¡¿Estás segura?!

—Sí.

—Vamos al hospital, ¿no? —y al hablar Marcos miró en derredor, preguntándose qué debía hacer con la mesita y con los implementos de pintura y con su propia persona, ya que estaba sucio de pies a cabeza—. ¿Tenés contracciones?

—No. Pero de cualquier manera me preparo y vamos —afirmó Alejandra entrando.

—¿Tendré tiempo de bañarme? —Marcos la siguió unos pasos.

—No sé. Vos sos el médico, ¿no? —Alejandra se detuvo, disgustada con la idea de retrasarse.

—Y si no tenés contracciones —dijo Marcos, intentando usar la lógica médica para darse un tiempo en el cual bañarse.

—¡Pero rompí bolsa! —le espetó Alejandra, nerviosa, poco dispuesta a argumentos razonables.

Marcos no contestó, pero en su fuero íntimo se avenía a no bañarse. Pensaba en que, además, debía entrar la mesita por si llovía y...

—¡Bañate! —explotó ella, enojada más que nada por ceder.

Marcos volvía al fondo para acomodar las cosas y entrarlas.

—Y de paso pensá un nombre, porque va a nacer y todavía no tiene ninguno.

Marcos sabía que él era el responsable de esto, pero

hizo un gesto con el que daba a entender su impotencia para remediar el asunto.

—Todos los que yo te propuse me dijiste que no —insistió Alejandra, siguiéndolo ahora ella.

—¿Qué hago con esta mesita? —preguntó, algo perdido.

—No sé. Bañate ya, y vamos.

—Tendría que ponerle un plástico arriba, así si llueve... —y escudriñaba en la penumbra la pared más próxima, para descubrir unos ganchos o clavos.

—¡Marcos! —de nuevo estalló Alejandra.

Y él advirtió que no tenía margen para nada que no fuera bañarse de inmediato.

—Voy. Voy —dijo, medroso; y empezó a caminar hacia el interior de la casa. Sin embargo, se volvió, en parte aguijoneado por una idea, en parte rebelado contra la sumisión que había mostrado.

—Yo soy médico —le dijo, y se detuvo ante Alejandra, dispuesto a hacer prevalecer su título—. No sé por qué te hacés tanto problema.

—¡Marcos, por favor! Me voy sola.

—Andate —Marcos giró para ir a bañarse al tiempo que se levantaba de hombros.

—Me voy sola —afirmó ella, con una convicción enorme.

Marcos, convencido de que se iría sin él, dudó. No quería echarse atrás, pero la idea de que se fuera sola casi lo espantaba. Era algo que Alejandra no le perdonaría nunca y que él mismo se reprocharía hasta el hartazgo. No obstante, no dijo nada —no pudo— y entró en el baño. Comenzó a desnudarse mientras intentaba escuchar los movimientos de su mujer. Mas no oía nada y esto lo puso nervioso. Siguió quitándose la ropa hasta que quedó en calzoncillos; e incluso abrió la canilla de la ducha, pero luego se quedó inmóvil por un rato, haciendo esfuerzos por escuchar a pesar del ruido del agua. Cuando calculó que era posible que Alejandra estuviera a punto de irse, lo invadió una suerte de desesperación. Salió del baño y se topó con Alejandra en el vano de la puerta del dormitorio.

—Esperame que vamos. No me baño —se apresuró a

decir, y acto seguido, como para que Alejandra le creyese, tomó las ropas sucias con las que estuvo pintando, que descansaban sobre el inodoro, y comenzó a vestirse.

—Ponete otra ropa —le aconsejó Alejandra en son de reproche.

Marcos, dándose cuenta de que ella tenía razón, al punto obedeció y buscó otra ropa en el placard.

A los pocos minutos estaban en la calle, caminando hacia una avenida en pos de encontrar un taxi. Antes de llegar a ella, sin embargo, cuando estaban a poco más de una cuadra, un taxi libre dobló y avanzó hacia ellos por la solitaria calle. Lo tomaron y le indicaron al taxista el hospital hacia el cual se dirigían. Alejandra no se hacía atender el embarazo en donde trabajaba Marcos, dado que allí, por estar adentro, él había oído hablar de las deficiencias del servicio de neonatología. Había pesado también, y quizá más que lo anterior, su vergüenza por no conocer a ningún obstetra del hospital —prácticamente no conocía a nadie fuera de Urología—, lo que demostraba su incapacidad para las relaciones humanas, su oscuro ensimismamiento.

Y ahora, más tranquilo en el taxi, Marcos rumiaba su disgusto por haber cedido. No había tanto apuro, y él se sentía sucio de pies a cabeza; empezando por las zapatillas, ya que en el atolondramiento por demostrarle a Alejandra que estaba urgido se había puesto finalmente las manchadas, y terminando por el pelo, que no se había salvado de unas salpicaduras al dar unas pinceladas algo torpes. Pretendía una venganza contra Alejandra, aunque más no fuera de palabra; pero no se le ocurría nada y no hacía más que mostrarse hosco. Evitaba mirarla, y las escasas veces que levantaba la vista observaba la calle por la ventanilla de su lado o por el parabrisas. En una de esas miradas se detuvo en el taxista. Sólo veía su perfil, y desde atrás, no obstante de inmediato creyó encontrar un parecido bastante marcado con aquel taxista del casino. Habían transcurrido más de cinco años desde entonces y no estaba muy seguro de sus recuerdos, pero perfectamente podía ser el mismo. El auto era otro, aunque esto, claro está, significaba poco. En alguna medida se alarmó,

y hubiera recurrido a la memoria de Alejandra de no calcular que su pregunta en secreto despertaría las sospechas del taxista y, tal vez, sólo sirviese para desencadenar lo que éste les tenía planeado, porque Marcos temía que el taxista a su vez los hubiese reconocido y estuviera reservándoles algo desagradable. Hasta se preguntó si la aparición del taxi por la tranquila calle por la que iban no era algo intencional, tal si el taxista, alertado por algún medio de que salían de la casa, los hubiese pasado a recoger, sabedor de que picarían el anzuelo.

Con disimulo, fue inclinándose hacia un lado para descubrir las facciones del taxista en el espejito, y pudo verle la frente y durante un instante también los ojos. Vio una mirada dura, de la cual era bien posible creer que se correspondiera con la del hombre que los robó en el casino. Hubiera querido echarle otra ojeada pero por el momento no se animó. Miró por la ventanilla para comprobar que seguían por el camino correcto, presumiendo que podría desviarse, y aunque marchaban en el rumbo indicado, la velocidad le resultó sospechosa. Iban muy despacio, máxime para un taxi. Estuvo a punto de decirle algo acerca del apuro que tenían por llegar al hospital, sin embargo, le pareció que, frente a Alejandra, sonaría contradictorio con su pretensión de bañarse y su escasa premura anterior. Mas era evidente —según se dijo—, dado el destino que llevaban y la panza de Alejandra, que el taxista sabía cuál era la razón del viaje, y adrede andaba despacio. Casi no tuvo dudas de que era el mismo de la otra vez y, ahora decidido, se inclinó sobre Alejandra.

—¿No es el taxista aquel que nos robó en el casino? —le murmuró muy, muy bajo al oído.

—¿Quée? Hablá más fuerte —lo conminó Alejandra, conteniendo la voz, aunque no tanto como para que el taxista no oyese.

Marcos, nervioso, le repitió la pregunta. Estaba seguro de que la frase de Alejandra había alertado al taxista y hubiera querido pegarle.

—No te escucho —insistió ella con fastidio, ahora más fuerte, usando un tono de voz normal.

Marcos le hizo un gesto de profundo desagrado y volvió a mirar al frente, exasperado con ella. Ahora no sólo lo inquietaba la idea de que fuera el mismo de aquella vez y además estuviera alertado por sus intentos de poner en sobreaviso a Alejandra, sino que también sufría porque se pensaba en ridículo frente al taxista, sea éste quien fuere. El cuerpo le transpiraba y se sentía incómodo en el asiento, aunque no se atrevía a moverse justamente para no sacar a luz su incordio. Ansiaba llegar al hospital. Y no faltaba mucho, quizá unas quince cuadras, pero el tránsito estaba muy pesado, cosa que a Marcos le parecía algo inusitado e intolerable, el colmo de la mala suerte, por mucho que en el fondo supiera que era una circunstancia corriente.

El taxista le echó unas ojeadas por el espejito. Marcos las advirtió y quiso encontrar un lugar donde quedar a salvo de las miradas, pero no había dónde meterse. Era ya casi seguro que los había reconocido. El auto se había detenido en un semáforo y Marcos pensó en aprovechar la situación para bajarse abruptamente y, junto con Alejandra, poner distancia. Y estuvo en un tris de hacerlo si no hubiera caído en la cuenta de que, al bajarse sin pagar, le daría pie al taxista para que actuase con más saña, y hasta legitimado frente a los demás.

Esta idea de huir sin pagar devino en un interrogante: ¿por qué tenía miedo él si era el otro el que los había robado en aquel casino?, ¿no debía sentirse atemorizado el taxista, ya que él, que fue el damnificado, era quien podía buscar venganza o, en su defecto, hacer la denuncia a la policía? Por un instante se planteó la posibilidad de que el taxista estuviera temeroso de ellos y se envalentonó un poco. Se inclinó hacia adelante y lo espió, más abiertamente que en anteriores oportunidades, aunque, ya sea por lo que vio del rostro o por la razón que fuere, enseguida descreyó de que pudiera tenerles miedo; la tuvo por una pretensión ridícula y, de nuevo timorato, se echó hacia atrás.

Ya faltaban dos cuadras y en alguna medida su temor con respecto al taxista refluía y dejaba paso a su inquietud por el nacimiento de su hija. Si es que finalmente llegaban al hospital sin novedad, como parecía, de

ninguna manera tendría paz, sino que otros rompederos de cabeza lo aguardaban. Cuando el taxi, doblando, llegó a la cuadra del hospital, lo aguijoneó otra pregunta: ¿qué hacer con el nombre de la nena? Ocupado con el taxista, había olvidado de que al respecto se había propuesto tomar una determinación durante el viaje.

Habían llegado y tuvo que pagar. El taxista giró hacia ellos y les indicó la tarifa. Marcos casi da un respingo al reconocer con toda evidencia que era el mismo de aquella vez. Incluso, cuando cruzaron sus miradas y por un segundo la sostuvieron uno frente al otro, Marcos vio en los ojos del taxista el odio y la maciza conciencia de que había sido reconocido. Pese a todo, Marcos tuvo la suficiente presencia de ánimo para sacar la billetera y pagar, y, como no tenía cambio, aun tuvo que aguardar a que el otro se demorase un ratito contando y recontando la minucia de unas monedas.

—¿Viste quién era? —se apresuró a preguntar a Alejandra apenas se alejaron unos pasos del taxi y éste arrancaba.

—¿Quién?

—El taxista. Era aquel que nos robó en el casino, ¿no lo viste?

—Sí lo vi... —por un instante hizo memoria—. Y era distinto. Quizá del mismo tipo pero...

—¡Sí, era! —insistió Marcos.

—No era; a lo sumo se le parecía un poco...

—¡Yo me fijé bien!

—Yo lo vi también y estoy segura de que era otra persona.

—Bueno —Marcos se golpeó las piernas con las palmas de las manos en señal de disgusto por la porfía.

—¡Apurémonos, por favor! —le dijo Alejandra. Y ante estas palabras Marcos no sólo apresuró el paso sino que volvió a tener presente la inminencia del nacimiento de su primer hijo, y cayó en la cuenta de que el asunto del taxista, que hasta ese momento lo tuvo en ascuas, era al fin de cuentas —o podía ser— algo de poca monta. Aun así, en parte por inercia, en parte para no acordarse de lo del nombre, insistió.

—Era el mismo. Si me miró y yo me di cuenta de que me reconoció.

Alejandra hizo un gesto de descreimiento y fastidio.

—No me discutas. Si vos no te fijaste —a Marcos no le gustó ese gesto y no se resignaba a que no le diese la razón.

—El taxista aquel debe haber robado hasta a su madre y ya debe estar disfrutando de la vida en algún palacete —le contestó ella, y apuró el paso todavía más.

Caminaban por un largo pasillo rumbo a Maternidad. A esa hora había muy poca gente y sus pasos urgidos retumbaban en los altos techos.

—¡Tengo contracciones! —le anunció ella, cuando Marcos cavilaba en cómo podía demostrarle que era el mismo taxista.

Él chasqueó la lengua.

—¿Seguro? —dijo a continuación.

—¡¿No querés que nazca?! —se indignó Alejandra, echándole una mirada rencorosa.

Marcos agachó la cabeza y no contestó, pero en su fuero íntimo pensó que, independientemente de lo que él quisiera, igual iba a nacer.

—¿Cómo no voy a querer que nazca? —protestó luego, aunque en voz tan baja que ella, que se había adelantado unos pasos, no lo escuchó.

Llegaron al servicio de maternidad y no tardaron en instalar a Alejandra en una habitación. No había tenido más que una contracción y Marcos calculaba que aun faltaban unas horas para que empezase con el trabajo de parto. Se tiró en la otra cama —dos tenía la habitación—, y se puso a leer el diario, que no había olvidado guardar en el bolso con el que se trasladaron.

Al rato llegó un médico residente, un joven alto y flaco que hablaba con un tono pretencioso y distante. Marcos lo juzgó incapaz de meter las manos en nada que no fuese limpio y seguro, por lo que se preguntó qué hacía ahí en el servicio. Sospechó que se limitaba a hacer las dos o tres preguntas de rigor y luego, de su propia cosecha, agregaba cuatro o cinco tonterías, para no aparecer más. Aunque, según pudo advertir Marcos, estaba muy seguro de su rol y

hasta era probable que lo considerase importante. Mientras hablaba movía entre sus dedos un bolígrafo elegante, al que en un par de ocasiones llevó a las cercanías de la boca, rozando los labios, en un gesto de apreciación, como si se concentrase en algún aspecto de lo que Alejandra le decía. Tenía una cara redondita y enjuta bajo el crespo cabello rubio, y, sobre unos labios que se movían exageradamente, había dejado crecer un bigotito hirsuto que no podía más que seguir las peripecias de la boca.

Marcos estuvo tentado de sacar a relucir su condición de médico, tal vez con la ilusión de asustarlo un poco, y si no lo hizo fue porque intuyó que, al hacerlo, se asemejarían el uno al otro, y hasta quizá él usase al hablar un tonito no muy diferente del que se valía su colega. Además, las respuestas de Alejandra lo ponían nervioso; era casi médica y contestaba como una persona que no tuviera ningún conocimiento, palabras torpes y dubitativas que él execraba tanto más cuanto que evidenciaban una suerte de respeto, casi de entrega, hacia el médico que las hacía. Le resultó poco menos que intolerable ver a su mujer tan humildemente confiada en ese falsete, que según su opinión era la cáscara de un médico, cuando con él jamás ningún paciente se había mostrado así.

Por fin el médico se fue y se quedaron solos. Marcos quería herirla de alguna forma pero no encontraba la frase justa.

—A veces parece que no hubieras estudiado una sola materia de medicina.

—Dejame de joder —dijo Alejandra en tono agrio, con el que denotaba también su prevención ante los reproches que intuía.

—Y... No sé. A ese médico le contestabas como si... Una paciente común tal vez contestaba mejor que vos.

—Soy una paciente común. Y hago lo que puedo. Dije lo que me venía a la mente y... no le voy a exponer un tratado ¿no? —Alejandra seguía enojada.

—No. Pero si tuviste una sola contracción podés decirlo claramente, sin tantas dudas —Marcos se paró y fue hasta el bolso, pero no recordó para qué había ido hasta ahí.

—Tuve una sola contracción fuerte. Y tuve dos... dos más débiles que no sé si llamarlas contracciones. A veces es difícil exponer lo que a una le sucede. Son cosas ambiguas, cosas que parecen ser algo, y después una duda de si fue así o en realidad era una exageración por... por lo que sea.

Marcos dio en revisar el bolso aun sin saber qué buscaba. Sacó unas cuantas cosas para llegar hasta el fondo, porque estaba seguro de que quería encontrar algo que estaba allí, oculto en algún lugar. Iba a replicarle a Alejandra, pero ésta se adelantó.

—¿Qué vamos a hacer con el nombre? ¿No le vamos a poner ninguno?

—Ya vamos a ver.

—Apenas nacen le ponen una pulserita de plástico con el nombre; ¿qué les vamos a decir?

—Que pongan el apellido —Marcos se levantó de hombros.

—Pobrecita —y a Alejandra se le inundaron los ojos de lágrimas.

Marcos se enardeció:

—¡¡Qué problema va a tener!! ¡¿Va a tener un trauma?!

—Yo le voy a poner un nombre. Y no me importa si a vos no te gusta. Todos los que te dije me contestaste que no.

—Ponele cualquiera... Total...

—Cualquiera no. —Y Alejandra pareció reflexionar unos instantes—. Se va a llamar Delmira.

—¿Delmira? —el nombre a Marcos le pareció horrible.

—Sí. Delmira —repitió Alejandra, todavía con los ojos llorosos.

—Pero es... es feo —Marcos hubiera querido avenirse pero el nombre le era casi inaceptable—. La van a cargar en el colegio.

—Así se va a llamar —afirmó Alejandra con la pretensión de dar por concluido el asunto.

—Busquemos otro nombre —propuso Marcos, mientras pensaba en algunos de los más comunes, a los que

antes había rechazado de plano pero que ahora no le sonaban mal—. Mónica —arriesgó, no muy convencido.

—Ya está decidido. Es Delmira.

Marcos no quería creer en la determinación de su mujer y un enojo creciente lo fue invadiendo.

—¡Y vos decías pobrecita! Pobrecita va a ser con ese nombre.

—Mirá, se va a llamar así. Si no te gusta, no la reconozcas y listo... Total, no va a tener padre —Alejandra lo miraba con los ojos agrandados por la inquina, una mirada acuosa y desbordada.

Marcos se asustó, sobre todo por la mirada de Alejandra, por la que parecía dispuesta a todo, como si la hubieran llevado demasiado lejos.

Por un instante dudó entre recular o acometer con todas sus fuerzas en pos de doblegarla. Luego, como para refugiarse en algo, volvió a buscar en el bolso aquello que en realidad todavía no sabía a ciencia cierta qué era. Y siguió revolviendo lo poco que quedaba adentro una y otra vez, con la esperanza de que estuviese buscando algo muy chiquito y estuviera allí perdido, ocultándose a la vista a pesar de su insistencia. Mientras lo hacía vino a su cabeza una ocurrencia.

—¿No es mejor esperar a verle la cara para ponerle un nombre? —tuvo a esta idea por salvadora; inclusive, aunque era la primera vez que la tenía en mente, sospechó que era a causa de ella que se había negado por tantos meses a ponerle un nombre, tal si siempre hubiera existido subterráneamente.

El silencio siguió a su propuesta. Pareció caer en el vacío y en consecuencia él, durante algunos segundos, intuyó que había dicho una estupidez. Sin embargo, persistió.

—Cuando le ves las facciones, te evocan un nombre.

—La cara de los recién nacidos está por unos días medio deformada. No tiene mucho que ver con lo que va a ser después —le contestó ahora Alejandra—. No sé. ¿Qué problema tenés con los nombres? —le espetó conminándolo a que sacase a luz sus razones íntimas.

—No le quiero imponer algo que va a ser para el

resto de sus días —arriesgó Marcos, no muy seguro de que ésta fuese verdaderamente la razón.

—Entonces, no le querés poner un nombre. Preferís que quede sin nada con qué llamarla.

—Es que... preferiría que ella lo eligiese después, cuando pudiera hacerlo —y la miró mientras en sus facciones aparecía una expresión de bondadosa perplejidad—. Es eso. Nada más —recalcó, sospechando que en buena medida mentía.

—¡¡Pujá, maricona de mierda!! —el obstetra conminaba a Alejandra gritándole casi con desprecio, torciendo la boca con vulgaridad, como si estuviera en un estadio de fútbol y su equipo lo desilusionara profundamente. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, mal peinado y mal vestido, con una barba de unos días.

—¡¡Hacé fuerza, puta!! —le gritó.

Alejandra gemía y se esforzaba hasta el paroxismo, sin lograr aparentemente un resultado significativo. Marcos, a su lado, hacía fuerza como si el hijo estuviese también en sus entrañas. Apretaba una de las transpiradas manos de su mujer, deseando con ardor que todo terminara de una vez; no sólo para que encontrara su fin el sufrimiento de Alejandra, sino además porque la actuación del médico lo sacaba de quicio. De a ratos la insultaba con saña para que pujase y luego se iba por unos minutos a la otra punta de la amplia sala de preparto, junto a unas ventanas, en donde fumaba tranquilamente un cigarrillo. Hacía más de cuatro horas que soportaban esta rutina sin más variación que los insultos cada vez más fuertes que le lanzaba. Realmente daba la impresión de que a esta altura ya la odiaba y de que estaba harto de estar allí, impedido de irse por culpa de esa parturienta que no lograba que el asunto adelantase. Y más se disgustaba Marcos con el médico cuanto que la ecografía había mostrado que su hija no estaba muy bien colocada y no era improbable que tuviesen que recurrir a una cesárea. Por timorato no había intervenido pero su deseo de sacar a relucir su condición de médico crecía ostensiblemente a medida que advertía

la insensatez de ese obstetra, casi ravana en la locura. Alejandra estaba agotada y ya no soportaba más el esfuerzo.

—¡¿Qué!? ¿Te vas a dormir ahora fideos con tuco? ¡Pujá, maldita sea!, que me voy a quedar a dormir en este hospital de mierda.

—Deme la anestesia, por favor —gimió Alejandra.

—Así que la niña quiere la peridural —habló parodiando el médico— . Pero no hiciste nada para merecerla —y la miró con bronca—. En este mundo las cosas hay que ganárselas rompiéndose el fondillo y vos no lográs una dilatación como para pasarte a partos.

—Doctor —intervino la partera, y lo miró significativamente, llamándolo a que tuviese alguna consideración.

—No va a durar mucho usted acá —le contestó el obstetra.

Aunque enseguida hizo llamar al anestesista.

—No te demores —le advirtió apenas hubo llegado.

Y mientras el otro hacía, se apartó para fumar, evitando por completo echar una mirada sobre Alejandra y los que la rodeaban.

Cuando Alejandra, producto de la anestesia, se relajó en alguna medida, otro tanto hizo Marcos. Estaba decidido a proponer una cesárea, o al menos quería ver la posición de su hija en otra ecografía. Mal que le pesara —ahora más que nada en razón de que se había demorado en hacerlo— iba a sacar a relucir su condición de médico. No podía permitir que el obstetra siguiera torturando a Alejandra impunemente.

—¿Qué? Ya te relajaste y estás en el mejor de los mundos. ¿Y el chico qué? ¿Lo dejamos ahí adentro para que se pudra? —el obstetra se acercaba con las manos en los bolsillos.

—En la próxima contracción voy a hacer todo lo posible —gimió Alejandra, apichonada, sintiéndose por entero culpable de lo que ocurría.

—Ya escuché muchas promesas.

—Le juro que voy a hacer todo lo posible.

—¿No convendría hacer otra ecografía para ver si está realmente bien colocada? —intervino Marcos.

—Mirá, muchachito... —empezó el obstetra al tiempo que Marcos le decía: "Soy médico", pero el otro no lo escuchó o no le dio ninguna importancia y siguió— yo soy quien dice lo que debe hacerse, y el chico está bien colocado. La cuestión es sacarlo. El problema es que tu mujer es una malcriada que tiene demasiada lástima de sí misma. Tiene que hacer un esfuerzo y mirale la cara de terror —el obstetra le señaló la cara de Alejandra, cuyos labios temblaban visiblemente—. Pero todo va a salir bien. No te preocupes que vamos a salir adelante —agregó, cambiando repentinamente el tono y sonriendo con confianza, como hombre que vivió muchas veces estas situaciones.

No obstante, este cambio de talante provocó en Marcos una desconfianza mayor. Vio en la sonrisa una suerte de farsa, de cínica actuación, y, en las circunstancias en que estaban inmersos, tal cosa sólo era posible en un desequilibrado. Lo miró —ahora el obstetra tenía las manos en los bolsillos— y tuvo casi la seguridad de que no estaba en sus cabales. Una intensa angustia lo invadió, cercana a la desesperación, ya que, sin remedio, estaban en manos de ese hombre. No advertía que pudiera hacer lo más mínimo para escapar de él y cualquier cosa que intentase —como cuando sacó a relucir su condición de médico— podía ser contraproducente. Intentó encontrar un artilugio con el cual lograr su reemplazo por otro médico, pero estaba seguro de que hiciera lo que hiciere lo pondría furioso y se ensañaría aún más con ellos. Se arrepintió profundamente por no haber contratado a un obstetra particular, con lo que se habría evitado el riesgo de caer en manos del obstetra de guardia. Se rebeló contra sí mismo por no decidirse a correr con ese gasto. No hubiera sido imposible para él —y por esto se escarnecía—, pero era un gasto considerable para los ingresos que tenía y prefirió no hacerlo, arriesgándose a que Alejandra fuera atendida por el médico que le tocara en suerte con la esperanza de que no podía ser muy malo, asegurándose que un parto era algo corriente y que usualmente las cosas salían bien sin mayores tropie-

zos, aun cuando se tuviera que recurrir a una cesárea. Se sentía miserable por lo poco que ganaba, por ser pobre siendo médico. Incluso, ¿era pobre? Era en parte dueño de un comercio bastante redituable. ¿Por qué casi no veía un peso del negocio de la familia cuando en realidad le correspondía un tercio? Si bien él no trabajaba allí, alguna porción debía corresponderle y era incapaz de hacerse valer para obtenerla. Generalmente se lamentaba poco por el dinero, pero en estos momentos su pobreza lo exasperaba, sobre todo porque en alguna medida la percibía como una pobreza voluntaria, premeditada.

—¡Ay! —se quejó Alejandra, removiéndose en la cama.

—¡Alejandra! —Marcos se inclinó sobre ella—. ¡Te dieron la anestesia! —le espetó, enojado con ella por el temor de que sus quejidos disgustaran aún más al obstetra.

Los ojos de Alejandra estaban despavoridos y su piel estaba blanca como una porcelana. Marcos adivinó que ella no tenía ninguna esperanza de poder sacar a su hija de sus entrañas y que, dado el empecinamiento del médico en rehuir una cesárea, el futuro le era por completo incierto y dramático. Marcos hubiera querido insistir con lo de la cesárea mas sabía que empeoraría las cosas. Sentía una impotencia por la cual estaba a punto de estallar y ya no sabía contra quién dirigir su odio, aunque a partir de su último quejido Alejandra empezaba a indignarlo. Casi tenía deseos de emprenderla también él contra ella, llevado por la presunción de que, atosigada, finalmente pariría.

El médico se había alejado, en una actitud que parecía transparentar su pérdida de esperanzas, su creciente indiferencia. Marcos, quien sostenía una mano de Alejandra, se la apretó muy fuerte, en parte para darle ánimo, en parte como una suerte de castigo.

—Tenés que hacer fuerza —la increpó, inclinándose sobre ella y mirándola significativamente para darle a entender la gravedad de la situación, aunque los ojos de Alejandra se fueron sustrayendo a su mirada como si

algo interior la reclamara—. ¡Tenés que sacarlo como sea porque este...!

—¡Ahgg! —lo interrumpió Alejandra.

Advirtiendo que una nueva contracción le sobrevenía, Marcos se dejó llevar por la ansiedad.

—¡¡Pujá!! —le gritó a su mujer.

Una especie de llanto subió al rostro de Alejandra; como un borbotón que no pudo contener.

—¡¡Pujá, mierda!! ¡¡Pujá!! —insistió Marcos con vehemencia en vista de que ella flaqueaba.

— Sí. Sí. Sí —le contestó Alejandra y comenzó a pujar con todas sus fuerzas para que saliera su hijo. Algo parecido a un sordo bramido salió de su boca.

—¡Doctor! —gritó la partera, quien debió advertir algo que llamó su atención.

Pero el obstetra no parecía interesado ya en lo que allí ocurría. Siguió con su distraído paseo por la otra punta de la sala.

—¡Doctor! ¡Venga! —insistió la partera, haciendo evidente en su tono de voz que se permitía con él una gran confianza y que no le tenía ningún temor.

Quizá intuyendo que el cambio en la voz y la ausencia de la pátina de circunspección significaban algo, el obstetra se acercó bien que manteniendo las manos en los bolsillos y sin perder su aire de desilusión y hastío.

Miró a Alejandra un poco de soslayo, tal si se negara a concederle más atención. Ella todavía pujaba, con tanto esfuerzo que una saliva amarillenta le corría desde una de las comisuras de los labios. A su pesar, se inclinó ante las piernas abiertas de Alejandra y echó un vistazo, que luego se transformó en una mirada más atenta. Frunció el ceño y se levantó.

—Parece que finalmente te decidiste a hacer algo —le dijo, intentando usar un tono frío—. Pasamos a la sala de partos —afirmó, dirigiéndose a la partera.

—¡Por fin! —explotó Marcos, acariciándole el brazo a su mujer, quien parecía demudada. Ella no podía alegrarse porque lo que restaba del parto la asustaba. Desfallecía de agotamiento y no sabía cuánto podía durar aquello; además, después de lo vivido, no podía

sino creer que las cosas iban a terminar mal, o al menos no del todo bien. Para ella, pese a que sólo habían transcurrido menos de cinco horas, la felicidad había quedado inconmensurablemente atrás y la posibilidad de su existencia era muy remota. Los dolores terribles, los insultos, el miedo, la lenta desaparición de las esperanzas en la medida en que el médico caía en el escepticismo, la hicieron caer en el convencimiento de un fracaso irremisible; no encontraba nada de qué asirse y cuando escuchó lo del traslado a partos no lo tomó como un paso adelante sino como la prolongación de lo anterior, incluso en un ámbito, una sala, en donde la muerte pudiera ser más fácil y los hechos más precipitados y más dramáticos.

Marcos fue a cambiarse a los vestuarios, donde se colocó un ambo, las llamadas botas sobre las zapatillas manchadas de pintura, gorro y barbijo. Y así ingresó a la sala de partos, ilusionado con que allí las cosas marcharan de tal modo que no tardasen demasiado tiempo en sacarse a ese obstetra de encima. Ya no quería que naciera su hija sino como un medio para librarse de ese médico. Lo odiaba con todas sus fuerzas, tanto más cuanto que no podía hacer nada contra él.

Colocado tras la camilla en la que estaba Alejandra, hubiera querido alentarla, mas no se animó a hacerlo en presencia de las personas que estaban allí, las que habían adquirido, enfundadas en un equipo similar al suyo, una gravedad que hubiera hecho pensar en la eficiencia. Aunque justamente Marcos tuvo una impresión en sentido contrario: un hato de inútiles pagados de sí mismos, que jamás aceptarían una queja ni un reproche de quien no fuese una autoridad.

Contra la presunción que había abrigado, ahora las cosas fueron más sencillas para Alejandra. Su hija no tardó en nacer. Luego de cortado el cordón, el obstetra tomó hábilmente a la recién nacida de los pies y le dio la palmada en las nalgas, pero el berreo fue muy débil, entrecortado, ahogado. El médico la sostuvo todavía unos momentos, aguardando. La volvió a palmear, sin resultado alguno, ya que siguió emitiendo unos ruiditos apagados.

—Debe haber tragado líquido amniótico. Llévenla a terapia de neo.

El neonatólogo la tomó y partió hacia la sala de terapia, que estaba a continuación del quirófano de partos.

Marcos estaba furioso contra el obstetra. Juzgaba que era el culpable de lo ocurrido y avanzó hacia él con ánimo de insultarlo o de pegarle. Tenía la cara descompuesta por el odio, la boca entreabierta, la piel a manchas, rojizas unas y muy blancas otras. El médico le echó una fugaz mirada y algo adivinó.

—Tranquilo muchacho. Esto pasa muchas veces, y generalmente salen bien. Son infortunios que suceden —dio media vuelta y se fue sin darle tiempo a nada. Marcos quiso seguirlo, empero el obstetra caminó muy rápido y él, irresoluto, no tardó en quedar rezagado, tanto que al verlo desaparecer tras las puertas, desistió, y se detuvo junto a una máquina. Temblaba ligeramente. Tuvo el impulso de romper de una trompada la superficie vidriada de la máquina. Un hilo de conciencia, por el cual llegó a intuir que se metería en un problema mayor, lo contuvo. ¿Qué daño podía hacerle al obstetra? ¿Un juicio por mala praxis médica? El camino de la Justicia le pareció tan tortuoso que de ninguna manera creyó que pudiera obtener allí la satisfacción que buscaba; estuvo seguro de que se expondría a cientos de diligencias y dilemas para arribar a un final incierto, que quizá no fuese otro que la pérdida del juicio. El deseaba algo inmediato y contundente. Se arrepintió de no haberle pegado cuando el odio le trepó por el cuerpo, ya que hubiera sido un acto visceral, acerca del cual luego hubiera podido exponer justificaciones bastante plausibles. Sin embargo el momento había pasado y no le quedaba más remedio que resignarse a ser razonable, a una venganza en donde la lógica, el sentido común, tuvieran un papel destacado. Aunque ahora esto le parecía triste, incluso deplorable.

Estuvo a punto de dirigirse a la terapia de neonatología, en donde estaba su hija, pero finalmente volvió junto a Alejandra.

—¿Cómo está? —le preguntó ella, ansiosa, creyendo que venía de la terapia.

—No... No sé. No... No entré. No creo que me dejen entrar —arriesgó, aunque no sabía si le impedirían el ingreso.

—¡Anda con la nena! —en parte ordenó y en parte imploró Alejandra.

—Es que... No... Si la están tratando no quiero interrumpir —dijo Marcos mientras buscaba más justificativos para no ir, dado que tenía miedo de conocer el estado de su hija. Prefería conservar su inquietud y su esperanza a saber la verdad.

—Es mejor esperar unos minutos y... después voy —agregó con firmeza, imponiéndose este propósito.

Permanecieron callados unos momentos.

—¡Qué hijo de puta ese obstetra! —murmuró con fuerza y con asco Marcos, empero no obtuvo eco por parte de Alejandra.

Él la miró y la vio tan horriblemente demacrada que se asustó. Tenía las facciones hinchadas y a la vez caídas sobre los huesos de la cara, macilentas. Para colmo —pensó—, después de un esfuerzo tan enorme no tenía la recompensa de tener a su hija sana y con ella. Lo había ganado la idea de que se pudiera morir ella también, de que se murieran las dos. La posibilidad de que Alejandra se muriese lo rebeló. ¿¡Morir a causa de un parto como en el pasado!?, era increíble y no estaba dispuesto a tolerarlo, aun cuando admitía que en muchas cosas se estaba volviendo al pasado y que muertes de este tipo no extrañarían a nadie. Se inclinó sobre su mujer y la besó en los labios. Alejandra, quien había cerrado los ojos y parecía reconcentrada en sí misma, no reaccionó. El único consuelo ante su muerte sería el justificativo que tendría para cobrar violentamente su venganza contra el obstetra. Aunque su ánimo belicoso cedía ante la lástima que lo embargaba por los tres, por su mujer, por su hija y por él mismo. Volvió a besarla en la boca, esta vez mecánicamente, como para obtener alguna reacción, algo que lo apartase por unos instantes de sus lóbregos pensamientos. Alejandra hizo una mueca de disgusto.

—Andá con la nena. Andá con Delmira, que se va a

morir —y la cara se le descompuso todavía más, sin que llegara a llorar.

Aguijoneado por estas palabras, advertido de la criminalidad de su inercia, marchó, a las apuradas, hacia la terapia de neonatología.

Iba a entrar, cuando un médico salió.

—¿Cómo está la nena? —le lanzó a boca de jarro, cortándole el paso cuando el médico quiso esquivarlo.

—¿La recién nacida?

—Sí. Hace unos diez minutos.

—Está delicada —le contestó e intentó caminar de nuevo.

—¿Delicada? Pero... ¿muy delicada? —insistió, impidiéndole la huida, tentado de informarle que él también era médico.

—Delicada —volvió a decir al tiempo que, adrede, ponía en su rostro un gesto neutro, de vacía seriedad, como si lo invitara a que se atuviese estrictamente a la palabra que terminaba de pronunciar.

Poco más de dos horas después, Marcos entraba a terapia de neonatología. Buscaba al médico de guardia. Estaba muy inquieto por su hija, ya que no creía que estuvieran haciendo lo suficiente por ella. Luego de un buen rato de dudas, había hablado con Alejandra acerca de esto, ella, otra vez, lo conminó a que fuera allí para increpar a los médicos por lo que estaban haciendo. Había bajado por las escaleras (los ascensores no funcionaban) y había caminado por los pasillos cavilando en derredor del asunto y, sobre todo, sopesando cuándo sería el momento conveniente para intercalar su condición de médico. Y a partir de aquí hablar como colegas, unidos por el lazo de camaradería que, se suponía, debía estrecharlos. Desde que estaba recibido nunca había hecho una consulta a un médico ni, que supiera, había tenido a alguno como paciente, por lo que ignoraba cuál era el trato acostumbrado en estos casos. Pero él barruntaba que no podía ser más que un diálogo entre iguales, sin jerarquías. Claro que, por lo que él iba a plantear, podía

haber rispideces, dado que era muy probable que el médico no admitiese objeciones a lo que hacía, aunque más allá de esto, lo fundamental para él era que lo reconociese como médico. Temía que su convicción fuese tan débil al sacar a luz su profesión que el otro no llegase siquiera a registrar sus palabras y en definitiva pasasen desapercibidas, como si nunca las hubiese pronunciado. Muchas veces había tenido la impresión de que su timbre de voz no era capaz de atraer la atención de las personas; por ejemplo, difícilmente él pudiera interrumpir una conversación entre dos personas y desviarlas del curso que llevaban, en general ignoraban lo que había acotado; en cambio, notaba que muchos otros interrumpían lo que se estaba diciendo con harta facilidad y lograban que sus asuntos, por banales que fueran, ocuparan el primer plano.

Entró a la terapia de neonatología y echó un vistazo para comprobar si habían advertido su presencia. Una enfermera estaba atareada en algún menester del otro lado de la sala y no lo vio, o prefirió no darse por enterada. Marcos aprovechó esta circunstancia para acercarse a la incubadora donde estaba su hija. No le gustaba el color que tenía, levemente azulino todavía. Sospechaba que estaba mal entubada o que la máquina funcionaba mal. Intuía que su hija estaba sufriendo por la falta de oxígeno y nadie lo advertía o a nadie le interesaba advertirlo. Se inclinaba a pensar que el tubo estaba mal colocado. Cuando la beba se movía —y apenas si se movía— lo notaba flojo, como si no llegase mucho más allá de la boca. Marcos dio unos vistazos en derredor, pero nadie se acercaba. Se sentía extraño frente a su hija; estaba angustiado por lo que le sucedía y a la vez le causaba cierta repulsión su aspecto. La veía tullidita y enclenque, y era más fea aún de lo que era dable esperar para un recién nacido, como si, más allá de los problemas respiratorios que tenía, cargara con una tara cerebral anterior. Él quería convencerse de que todo era producto de la falta de oxígeno que había sufrido o que sufría, sin embargo el peso de la lógica no aplacaba su desconfianza. Las facciones, sobre todo, eran horribles, y llamaban su atención;

estaban muy juntas e hinchadas bajo unas matitas hirsutas de pelo pajizo y semejaban las de un perro pequinés, incluso con los ojos increíblemente saltones. No podía creer que fuera normal y no obstante deseaba que viviera con todas sus fuerzas. Se acordó de las imágenes que lo habían perseguido durante los primeros meses del embarazo de Alejandra, aquellos fetos servidos en platos en cuya persistencia viera él el castigo a su antropofagia en la facultad. No había nacido un feto pero Marcos consideraba que en gran medida sus premoniciones se habían cumplido. Se agachaba para observar la máquina a la que estaba conectada su hija, cuando escuchó pasos a sus espaldas.

—¿Buscás algo?

Era un médico que se acercaba y lo inquiría de mal talante.

—Estaba... mirando a mi hija, porque... Me parece que tiene mal conectado el respirador —Marcos le echó una brevísima mirada e intentó rodear en parte la incubadora para mostrarle al neonatólogo el porqué de sus sospechas.

—¿Y a vos quién te dijo que está mal conectado?

—Yo soy médico y... —Marcos se detuvo, en parte porque no sabía cómo seguir, en parte porque confió en que con eso era suficiente.

—Pero acá está bajo nuestra responsabilidad y la tarea profesional nos incumbe a nosotros. Si querías disponer vos, hubieras tenido a tu hija en tu casa y la hubieras atendido personalmente.

El neonatólogo lo miraba a él, en vez de observar a la beba, como deseaba Marcos.

—Pero mire —insistió, apartándose un poco e invitándolo con un ademán a que prestase atención al entubamiento de su hija.

—Te vuelvo a repetir que está bajo nuestro cuidado profesional —y se negó a mirar hacia donde Marcos le indicaba, manteniendo los ojos fijos en él y haciendo gala de una decidida tranquilidad. Era más bien bajo de estatura y llevaba bigote y una prolija barbita en derredor del mentón. Sus ojos brillaban por el convencimiento.

Marcos adivinó que era de los que nunca se arrepienten de nada y esta soberbia lo enardeció más todavía.

—Pero nada más le estoy pidiendo que mire, para que usted me diga si está todo bien o no —pese a la ira, Marcos reculó en alguna medida, intentando llegar, por medio de algún razonamiento, a un punto en común, a alguna coincidencia. La voz le tembló y su tono fue conciliador, por lo que creyó desempeñar un papel penoso.

—No tengo por qué mirar lo que a vos se te ocurre —el neonatólogo fue tajante.

Enardecido, todo tembloroso, Marcos avanzó hacia él. Tenía la cara desencajada.

—¿Estás loco? —le escupió en la cara el médico.

Y Marcos, desbordado, estalló. Se tiró sobre él, tomándolo con todas sus fuerzas de las solapas. Lo empujó hacia un costado y hacia atrás. Ambos se fueron contra una incubadora y la tiraron, y ellos a su vez cayeron encima.

—¡¡Loco!! ¡Hijo de puta! —gritó el neonatólogo.

Marcos, aterrorizado, se levantó. No podía creer lo que había hecho. Alcanzó a ver que la incubadora que había tirado estaba vacía, pero esto no lo alivió, ya que, instantánea como un flash, lo asaltó la idea de que bien hubiera podido contener un bebé y que entonces lo habría matado.

—¡Loco! —volvió a gritar el neonatólogo, al tiempo que hacía un esfuerzo para levantarse. Una enfermera se acercaba corriendo.

Fue lo último que vio Marcos. Sintiéndose un criminal, escapó de allí antes de que la enfermera llegase o el médico se pusiera de pie. Vaga, precipitadamente, temió que lo retuviesen allí hasta tanto llegase la policía. Salió de terapia de neonatología y corrió por el pasillo, no muy rápido para no llamar la atención en demasía; un trote rápido que le permitía mirar hacia atrás cada tanto para ver si lo seguían. Se dirigía a la pieza de Alejandra con el fin de contarle lo sucedido y consultarla acerca de lo que debía hacer. Pero *a priori* él creía que le convenía irse del hospital. A pesar de que la incubadora estaba vacía, Marcos barruntaba que el hecho era grave, porque bien

hubiera podido albergar a un recién nacido. Quizás las autoridades del hospital no le diesen trascendencia al asunto, pero estaba seguro de que el médico haría lo posible para llevarlo ante la Justicia. Pensó que el caso podría ser caratulado como negligencia criminal o algo aún peor que desconocía. ¡¡Para colmo de males era el médico de su hija!! ¡¿Se vengaría en ella?! Lo tuvo por tan probable que se detuvo en seco. Hesitó. ¿Debía acaso volver para tratar de recomponer las cosas con el médico y evitarle así males mayores a su hijita? ¿Qué hacer? Miró para atrás y lo invadió el miedo de que apareciese un policía que estuviera ya en su búsqueda. Retomó la marcha hacia la habitación de Alejandra. Ahora caminaba rápido y sólo trotaba de a trechitos cortos.

3

Marcos, cediendo a un cariño repentino, pasó el brazo por entre los barrotes y acarició la mejilla de Delmira, quien dormía serenamente en su cuna. Y luego, impulsado por un ambiguo sentimiento, la pellizcó con fuerza, excediéndose, como si tuviera el deseo de cambiar algo de esas facciones, y con esto hacer desaparecer la inquietud que lo embargaba cada vez que miraba a su hija. El cariño con que la acarició primero atemperó la culpa por este último impulso y, más que otra cosa, temió despertarla después de las muchas horas que la beba había estado sin dormir. La abrigó bien, subiendo la frazadita, y se quedó mirándola. Estaba sentado en el suelo, en el living-comedor del departamento, y el sol de la tarde entraba por el ventanal. La había acunado por un rato, observándola por entre los barrotes de la cuna, intentando convencerse de que era una fealdad natural e incluso —quería creer— pasajera. Pero nunca se convencía porque algo en Marcos estaba muy alerta con respecto al autoengaño, y el optimismo no llegaba siquiera a afincarse por unos momentos, existía siempre, pero como una ilusión extranjera, algo extraño a su naturaleza, algo que llegó desde el exterior y que él había adoptado a causa de su deseo —este sí propio— de alcanzar la felicidad.

Los médicos opinaban que no sufría secuelas de los problemas respiratorios que había padecido, aunque Marcos desconfiaba. Su enfrentamiento con el neonatólogo debía pesar para esto, pero además él sabía que en estos casos, y mientras no hubiera síntomas preocupantes, se prefería tranquilizar a los padres en

espera de que el tiempo transcurriese y la verdad saliera a luz. Delmira tenía más de un mes y no parecía que hubiera mucho de qué preocuparse, excepto por las facciones pequinesas y en particular por los ojos saltones y desorbitados. Pero estas peculiaridades bastaban para despertar la zozobra de Marcos, sobre todo cuando la observaba y los rasgos adquirían una evidencia indisimulable. En los momentos en los que sólo tenía presente el asunto, imaginaba una carita menos fea, menos llamativa y —sin creerse demasiado— se decía que su hija era sana y normal y que hasta podría ser linda en el futuro. No había hablado al respecto con Alejandra porque ella no mostraba la más mínima perturbación frente a las facciones de Delmira. Amaba a la beba de tal modo que él no se atrevía a insinuarle sus dudas. Barruntaba que ella lo acusaría de ser un medroso extremo, siempre dispuesto a ver todo negro. Por lo que ora depositaba el problema en su hija —cuando la tenía ante sus ojos—, ora se inclinaba a pensar que el problema era suyo propio, y hasta lo suponía un resabio por todo lo que había sufrido el día del nacimiento de Delmira.

Alejandra salió del baño y, envuelta en un toallón, se acercó a la cuna donde dormía la beba.

—¿Cómo está mi ángel? —le preguntó, melosa, a sabiendas de que hablaba para ella misma.

El toallón se había abierto un poco y Marcos pudo entrever, desde abajo, el cuerpo de su mujer. Vio, apenas, las lindas tetas que se bambolearon cuando ella se inclinó sobre la cuna para moverla varias veces hacia adelante y hacia atrás. Se inclinó hacia un lado para ver mejor, pero la luz no lo favoreció y enseguida Alejandra se enderezó. Deseando ver bien esas tetas, Marcos se levantó y avanzó hacia ella con la intención de abrirle el toallón.

—¡No! —dijo Alejandra, adivinando su intención. Ella siempre se consideraba obligada a negarse, aunque más no fuera verbalmente. Marcos ya sabía que era una formalidad que no debía tenerse en cuenta y que la verdadera respuesta estaba escrita en su rostro y en su actitud.

Sin embargo, en esta ocasión no encontró signos claros a los que asirse y se detuvo por un instante, dudando.

—¿Cómo está mi nena? —le preguntó, sonriendo lascivamente, sacando a luz también su latiguillo y tanteando con él el estado de ánimo de Alejandra.

—Recién salgo de bañarme y... ¡¡sssshh!! —chistó y le golpeó la mano que se adelantaba hacia el toallón.

Por este golpecito, ligeramente melindroso y desganado, supo Marcos que harían el amor.

—Dejame ver esas tetas —pidió, con tono suplicante.

Por un instante, una ligera sonrisa apareció en los labios de Alejandra.

—Un segundo, nada más —insistió él, como un chico que pide una golosina.

Ella se bajó el toallón, riendo con cierto nerviosismo. Sus tetas, ni grandes ni pequeñas y bien firmes, quedaron al descubierto.

A Marcos le parecieron hermosísimas. Se inclinó, entusiasmado, y se dio a besar una de ellas, chupando salivosamente el pezón. Le sacó por completo la toalla.

—¡Dejame! ¡Dejame que te las chupe bien! —le decía, actuando como si ella se resistiera—. ¡No seas mala!

Y en vista de esto Alejandra juzgó que era el momento de rechazarlo.

—¡Ya está! —afirmó, apartándolo—. Tengo que terminar de hacer la comida.

Mas el tono fue lo suficientemente firme como para que Marcos, quien en realidad la había instigado a que se resistiera, se asustase y considerara la posibilidad de que hablase en serio. Aun así, se apartó un poco y permitió que ella marchase desnuda hacia la cocina.

—¡Qué culo! —murmuró para sí, impulsándose con estas palabras a seguirla.

Antes de que llegara a la cocina se arrojó sobre ella y la tomó por las caderas.

—¡No te me escapes!

Alejandra giró hacia él, altanera, levantando el torso al inspirar, y por tanto, levantando los senos. Los ojos le brillaban y decían algo que Marcos no supo descifrar. No era posible que ahora se negara, pero Alejandra —según

él— tenía raptos de incoherencia y no le era difícil creer que alguna idea extraña la dominara.

—Tendrías que pagarme —le dijo ella. Y acto seguido se miró las tetas, apreciándolas.

Marcos, algo confuso, pensó que Alejandra gustaba de su propio cuerpo casi tanto como él y la idea lo excitó. En el fondo quizá quería decir que ella gustaba del cuerpo femenino en general.

—Si me pongo un forro y juntamos la esperma, después la podés vender y quedarte con la plata.

—Pero va a ser poca plata.

—Si acabo como me parece que voy a acabar no va a ser tan poca —y la atrajo contra sí, manoseándole las nalgas al tiempo que la besaba en la boca.

Ahora Alejandra se entregaba por entero, con los labios laxos y suaves que en su provocativa blandura querían morder, y con los ojos acuosos, velados por el deseo de ser penetrada, porque por lo general rápidamente ella reclamaba que se la metiera y apenas si admitía dilaciones.

Fueron al dormitorio pero no usaron la cama. Ella se apoyó de frente contra una pared, sacando el culo. Marcos se la introdujo desde atrás, flexionando ligeramente las piernas, ya que ella era algo más baja.

Cuatro o cinco minutos más tarde Marcos acababa, feliz en su tregua de placer, en parte ocupado de sí mismo, en parte testigo del goce de Alejandra. Se apoyó en las caderas de su mujer porque las piernas casi le temblaban por el esfuerzo.

Apenas si había terminado cuando sonó el portero eléctrico, pero él aún se demoró unos segundos antes de sacarla, disfrutando de esos últimos y débiles estertores durante los cuales se sospecha todo lo que se gozó y no pudo ser vivido plenamente, no pudo ser atrapado, o lo que se podría gozar si se perdieran las trabas humanas. Finalmente, cuando ya le parecía que la persona en cuestión podría marcharse, fue a atender el portero eléctrico, con la pija aún enhiesta y latiendo. Entendió que le traían correspondencia, por lo que se puso el calzoncillo y el

pantalón con premura y se dirigió a la puerta de entrada del edificio.

Tuvo que firmar un papel contra entrega de una cédula judicial. No bien la vio Marcos se puso pálido. Hacía días que esperaba algo así, aun cuando había conservado la esperanza de librarse de toda consecuencia por lo ocurrido con aquel neonatólogo. Desanimado en grado sumo, con el corazón agarrotado por un ansia que no salía a luz y por ende se hundía en su interior, se apoyó en una pared para hojear el documento. Eran hojas y hojas, de lo cual dedujo que el asunto era gravísimo, todavía más de lo que había temido en sus peores elucubraciones. Tenía que leer concienzudamente y no perder ni una coma si es que quería detener la avalancha que se le venía encima. "El oficial de justicia que corresponda se constituirá en..." y seguía el domicilio suyo, "intimará..." —leyó Marcos, pero no tuvo paciencia para seguir y empezó a hojear casi con furia el documento, buscando las claves del asunto para determinar qué tan penosa era su situación. Pudo entender que era una demanda por daños y perjuicios que le había iniciado el director del hospital. El documento incluía la copia del escrito de demanda con las consideraciones del caso, y era esto lo que hacía al documento tan voluminoso. Se lo intimaba a contestar la demanda en un plazo perentorio y de no ser así, etc., etc.... En donde leía, el texto era amenazante. Estaba seguro de que a partir de este día su vida caía en desgracia, tal vez por años. ¿¡Cuánto podría durar todo esto!? ¿Y el resultado final no lo dejaría en la ruina, embargado de por vida? La cédula había llegado increíblemente rápido. Verdad es que a partir de la fibra óptica la Justicia se había acelerado mucho, pero de cualquier modo el lapso había sido muy breve. ¿Por qué en su caso la Justicia había sido tan eficiente? Por su cabeza cruzaron varias posibilidades, entre ellas, que el director del hospital o el neonatólogo tuvieran amigos en la Justicia, o que el caso había indignado al juez en razón de que hubiera podido morir un recién nacido, y la premura era ya una forma de condena, o que esta cédula era sólo la punta del iceberg y había también una demanda penal

de por medio, en la que se lo tenía por una suerte de criminal y se lo juzgaba como si realmente hubiera habido un bebé en la incubadora. Se había apartado de la pared y caminaba rumbo al departamento entregado a lúgubres cavilaciones. La Justicia caía sobre él y habría mil vericuetos y por cada uno de ellos podría amargarse y hundirse en la desesperación; estaba seguro de que no habría lógica posible sino leyes y argucias legales y arbitrariedades que no entendería; ya esa cédula le era casi incomprensible. Debía caer en manos de un abogado, y éste a su vez le sacaría a él todo el provecho posible, abusándose de su situación de procesado, de su ignorancia, de la inevitabilidad de contar con uno para que firmase los papeles.

Entró al departamento y se plantó frente a Alejandra, mostrándole el documento, primero desde cierta distancia y luego poniéndolo delante de su cara, como si ella fuera la culpable de lo sucedido.

—¡Mirá! —le dijo con odio, necesitado de escarnecerla—. ¡Mirá!

Alejandra tomó el documento y dio en leerlo, saltando también de uno a otro párrafo para ir armándose con prontitud una opinión.

—Vamos a tener que pagar la incubadora —arriesgó finalmente.

—¡¿Nada más?! —Marcos se indignó.

—No sé. Yo no entiendo mucho y... No leí todo pero...

—Leélo bien —le gritó él— Habla también de daño moral, de que una máquina quedó inutilizada y pudo haberse necesitado para salvar una vida.

—No sé. Yo no entiendo de esto.

—¡Para qué hablás entonces!

Unas lágrimas asomaron a los ojos de Alejandra.

—No me grites —se quejó.

—¡Y es que hablás sin saber y me sacás de quicio! ¡Nada más hay que pagar la incubadora! —la remedó—. ¡Cómo si todo fuera tan fácil!

Le sacó el documento de las manos con brutalidad.

—Además, ¡¿sabés cuánto sale una incubadora?! ¡Y las costas del juicio! ¡Boluda de mierda!

Alejandra, que estaba ahora en bombacha y corpiño, se había quedado tiesa y una repentina mueca de llanto le deformó el rostro.

—¡Es que...! No sé —dijo Marcos, y sin saber qué hacer ante ese llanto, se fue al dormitorio.

Pero no encontró allí nada de qué asirse y se detuvo; echó una corta mirada en derredor y volvió al living.

—Vamos a tener que vender el departamento para pagar ese juicio —le dijo.

—Se va a despertar la beba —le advirtió Alejandra, todavía levemente llorosa.

—¡Y qué carajo importa!

Ella se había acercado al ventanal que daba al fondo.

—¡Salí de ahí que te van a ver! —le gritó Marcos.

Acababa de decir esto, cuando la beba se despertó y empezó a chillar.

—¡¡Fuiste vos!! —enfurecido, Marcos se abalanzó sobre Alejandra y la increpó—. ¡Fuiste vos! —acusándola de haber hecho algo para que Delmira se despertase—. ¡¡Turra!!

Estaba fuera de sí.

—¡Y vos callate! —le gritó, dirigiéndose a su hija. Y pegó una patada en la cuna, que se sacudió con fuerza, por lo que la bebita lloró con más brío.

—¡Loco! —le gritó Alejandra, al tiempo que Marcos, arrepentido de lo que había hecho, huía al dormitorio.

Cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella porque creyó que Alejandra querría entrar. No obstante, escuchó que Alejandra sacaba a la beba de la cuna e intentaba calmarla. Al advertir que lo suyo no había sido tan grave como para que ella lo siguiese hasta allí, juzgó que su huida fue innecesaria y que había cedido terreno por pura cobardía. Se quedó escuchando un ratito en tanto se serenaba su respiración.

Había llevado el documento consigo y, sin ánimo pero imponiéndoselo como deber, se tiró en la cama para leerlo. Alcanzó a leer unos párrafos que lo pusieron sumamente nervioso y en consecuencia lo arrojó a

un lado. Tenía una máquina lectora, una bastante nueva, portátil, mas escuchar el texto con la voz de la máquina sería todavía peor; en gran medida se sentiría exponiendo esa intimidad del juicio a alguien, a algo, a una especie de desconocido; no podría evitar el considerar a este desconocido que era la máquina como a un juez de su conducta. ¿Por qué había atacado al neonatólogo, cuando hubiera tenido que descargar su odio contra quien lo generó, contra el obstetra? Ya no recordaba bien el diálogo que había mantenido con el primero, el que lo llevó a agredirlo, pero se inclinaba a creer que no fue tan ríspido como para hacer lo que había hecho y que en realidad explotó a causa de la bilis que había acumulado con el otro. Si no hubiera sido tan pusilánime con el obstetra no habría roto la incubadora y no estaría sumergido en el galimatías en el que se encontraba. Se preguntó si no era un cobarde que se contenía con los fuertes y se desquitaba con los eslabones débiles, como con la cuna de su hija. Sin embargo, esto que se preguntó y consideró con cierta preocupación se dispersó pronto, llevado por otros pensamientos, en particular por el miedo al juicio, que renació de nuevo con fuerzas. Volvió a tomar el documento y, otra vez, leyó parrafitos aislados, apurado, nervioso por esas palabras inquietantes que descubría cada tanto y que le causaban escozor. En el fondo no quería enterarse de nada y sólo quería compasión. Fastidiado, tiró ahora la cédula sobre la mesa de luz y se puso de pie. Deseaba encontrar la forma de revertir el efecto de su huida e imponerse sobre Alejandra. Aún resonaba en sus oídos el "loco" que ella le había gritado y quería vengarse. Imaginó su cara y se satisfizo figurándose que le pegaba una trompada. Deseaba que les fuera muy mal con lo del juicio, así ella se hundía junto con él, y con ello, además, le demostraba cuán ingenua era en su fácil optimismo. Se acercó hasta la puerta de la habitación y se puso a oír mientras intentaba idear algo. Aunque esto no quedó más que en intención, porque se quedó escuchando con la cabeza

vacía y con la atención puesta en lo que sucedía afuera. Había ahora un silencio llamativo, que tanto más despertó su curiosidad cuanto que no recordaba el momento en que su hija había dejado de llorar. ¿Se habría ido Alejandra con la beba? ¿Y si lo había abandonado? La idea lo alarmó en un principio, no obstante no tardó en encontrarle aspectos positivos. Recuperaría su tranquilidad y... casi extrañaba el tiempo en que vivía solo y vendía sus vómitos y era un estudiante que pasaba por entre sus compañeros sintiéndose un perfecto extranjero. De repente, ovó que se prendía el televisor en el living y que Alejandra no escatimaba volumen. Él odiaba cuando ella se ponía a interactuar con la programación televisiva y se pasaba horas participando de juegos tontos. Odiaba su entusiasmo, sus desilusiones. Seguramente no era diferente a millones y cientos de millones de personas que en el mundo entero hacían lo mismo, pero él esperaba que ella fuese distinta sólo por el hecho de estar a su lado. Además, ella era muy inteligente, ¿cómo podía ser inteligente y vacía a la vez? ¿Era la vida que llevaba con él la que la empujaba a enfrascarse en esas estupideces? Empero, de todos los otros millones no tenía la culpa él...

Aquí estaba cuando advirtió que Alejandra había subido aún más el volumen. ¿No tenía acaso que dormir Delmira? Marcos, rabioso, lo tomó como una declaración de guerra. Fue a su armario a buscar un alicate y con él salió del dormitorio. Alejandra bailaba arriba del sillón, seguramente siguiendo alguna consigna del programa. Esto lo acicateó aún más a hacer lo que tenía en mente. Se dirigió hasta el cable del televisor y lo cortó. El repentino silencio que siguió le hizo sospechar que su acto había sido pueril, arbitrario, y esto redobló su rabia. Miró hacia Alejandra y vio en sus ojos un rencor desorbitado. Como una flecha atravesó por su cabeza la idea de que ella bailaba allí en bombacha y corpiño para excitar a algún vecino que le interesaba. Fuera de sí, sólo atinaba a buscar algo con que aplastarla.

—Yo... Ando con otra —le dijo, mintiendo. Con otra —insistió, arrastrando las palabras rabiosamente.

—Mejor —le contestó Alejandra con una convicción enorme—. Mejor —y no cabía duda de que no estaba apenada en lo más mínimo y que sólo odiaba.

—¡¡¡Hija de puta!!! —el alarido de Marcos fue espeluznante. Avanzó una mano hacia ella como para que la viese bien, con la palma hacia adentro, y con el alicate se asestó un terrible corte en la punta del dedo meñique. Por un instante vio todo rojo, preso del dolor y de la desesperación. Un segundo después, el alicate caía de su mano. Vio que la punta de su dedo mutilado colgaba de unos jirones de piel y la sangre le manaba con una abundancia que lo asombró y a la vez le dio miedo. Alejandra gritaba.

Marcos se apretó la muñeca con los dedos y, poniendo la mano herida a buena distancia de su cuerpo tal si fuera algo apestado, se dirigió al baño.

—Traéme toallas —le gritó a Alejandra, todavía exasperado.

Ella se las trajo en un momento y ayudó a Marcos a hacerse un torniquete con una de ellas. Con las otras envolvió la mano para que absorbieran la sangre.

—Vamos al hospital —ordenó Alejandra apenas estuvo terminado el primer auxilio—. Preparo a Delmira y llamo un taxi. —Y Alejandra sacó a Delmira de la cuna, quien lloraba débilmente.

—No. Va a tardar más. Salgamos a buscar uno.

Y salieron con premura en pos del taxi, disimulando Marcos en lo posible la utilidad que le daba a las toallas.

Unos minutos más tarde iban en el taxi rumbo al hospital más cercano. Los dos se habían calmado mucho y, en el caso de Marcos, no sólo habían refluido sus temores con respecto al dedo —ya que sangraba mucho menos— sino que también era casi optimista en lo que al juicio se refería. El asunto había perdido dramatismo para él y consideró que bastaba con consultar a un buen abogado para que las cosas tomaran un cariz más favorable. Y se lo hizo saber a Alejandra:

—Hay que averiguar quién conoce a un buen aboga-

do —le dijo, con aire razonable—. Con un abogado decente tal vez todo se solucione rápido.

Y Alejandra asintió.

Sentado en una butaca minúscula, Marcos esperaba que el abogado lo atendiera. El estudio estaba instalado en unas oficinas modernas y con sistemas de seguridad muy celosos. Marcos había sido atendido por un terminal de computadora y se había visto obligado a apoyar una mano en una pantalla, además de ser filmado por la típica cámara de video. Él calculaba que había allí unos quince abogados trabajando a las órdenes de los dos que eran dueños del estudio. Uno de esos tantos era el que él iba a ver, hermano de una amiga de Alejandra. A Marcos no le agradaba sacar a luz lo que había hecho en el hospital ante una persona con la que, aunque lejano, existía cierto vínculo. Sobre todo porque no hubiera querido que la amiga de Alejandra se enterara de sus cosas. Recelaba de lo que ella pudiera decirle a su mujer. Imaginaba frases que lo denigraban, del tipo: "¡¿Cómo podés estar al lado de ese chiflado?! o, "disculpame, pero Marcos tendría que ver a un psiquiatra. En todo caso separate por un tiempo".

Por otro lado, Alejandra le había prometido que no contaría a nadie la verdad acerca de lo del dedo, y que lo explicaría como un mero accidente. Pero él desconfiaba y sospechaba que Alejandra le había contado lo sucedido justamente a esta amiga, la que entonces estaría al tanto de su voluntaria mutilación y de su pelea con el médico. Por un tiempo él le había tenido simpatía a esta amiga de su mujer pero ahora la aborrecía y extendía este sentimiento a su hermano abogado. Había aceptado consultarlo porque estaba urgido y, persuadido por Alejandra, había cobrado miedo de recurrir a un desconocido, máxime por las sorpresas que se podía llevar en cuanto a los honorarios. Aunque ahora, al conocer estas oficinas, también desconfiaba de lo que le aguardaba en este rubro.

Por fin, una voz grabada lo hizo pasar. Marcos caminó por un pasillo que formaba una U y llegó a la

oficina que buscaba. Al pararse en el umbral una cámara lo tomó y la puerta se abrió. El abogado lo esperaba muy cerca del vano, tal si pudiera creerse que él había abierto la puerta. Lo saludó con alguna efusión y lo hizo pasar, sin embargo, para sorpresa de Marcos, no lo tuteaba. Era alto y de una gordura adiposa, blandita. Vestía de tal forma que parecía querer desmentir la recelosa tecnología que lo rodeaba. Su aspecto tenía un dejo que anclaba en el pasado, un airecillo de muchacho tradicional y simple que hizo declinar en Marcos la aversión que, sin conocerlo, le había guardado. Afectuosamente el abogado lo invitó a que se sentara, aunque él demoró unos momentos en hacerlo. Le hizo unos comentarios acerca de unas nuevas disposiciones legales que afectaban la actividad de los abogados y, pese a su tono crítico, se restregaba las manos como si el asunto le causara algún placer. Marcos intentó hacer visible su acuerdo con lo que el otro decía y varias veces afirmó con la cabeza, sonriendo débilmente.

—En fin —concluyó el abogado al tiempo que se sentaba—. Peor es caer del otro lado del muro, ¿verdad? —en referencia al inmenso muro que se construía y que, en las afueras, aislaría a casi un tercio de la ciudad—. Pero vamos a lo suyo. Cuénteme.

Y Marcos le contó lo sucedido. Muy sucinto en cuanto a los hechos y extendiéndose en las justificaciones de sí mismo, haciendo esfuerzos, más que para dar elementos al profesional, para que la persona no tuviese una mala opinión de él. Minimizó la violencia en el entredicho con el neonatólogo y, si bien admitió la caída y la rotura de la incubadora, quiso presentarlo como consecuencia de un movimiento brusco, aunado a la fatalidad y, también lo sugirió, a una colocación deficiente del aparato. Él no se preocupaba por ser fidedigno sino por evitarse un papel penoso ante el abogado, y casi creía verdaderamente en lo que contaba.

El abogado lo escuchaba atentamente, volcado sobre el escritorio. Parecía dar importancia a las justificaciones que Marcos daba de sí mismo y en base a su rictus se podía juzgar que estaba preocupado por el aspecto hu-

mano y por las motivaciones que él le exponía. Y precisamente ello le dio pie a Marcos para extenderse en este discurso centrado en sí mismo, hasta que cayó en la cuenta de que, supuestamente, estaba ante un profesional al que no le interesaban los aspectos íntimos o humanos, sino lo que podía ser útil a la causa, por lo que de repente calló. Turbado, intentó una suerte de confusa disculpa al tiempo que discurría la forma de aportar algo útil al abogado, sin lograrlo en lo inmediato.

—Sí —el abogado emitió el monosílabo como para dar por terminado el alegato de Marcos, y se quedó pensando.

—Bueno —dijo finalmente—. Pasemos a la causa —propuso con firmeza, dando a entender que todo lo contado por Marcos sólo había despertado su curiosidad personal y en razón de esto lo había dejado continuar, mas no importaba un ápice en el proceso—. Me permite la cédula judicial.

Marcos se la extendió.

El abogado la leyó con detenimiento por largo rato. Para hacerlo se echó hacia atrás, apoyándose en el respaldar del sillón. Marcos se entretuvo mientras tanto toqueteando la venda del dedo meñique que le habían injertado en el hospital. Todavía le dolía, pero poco. El vendaje sin embargo era llamativamente voluminoso para un dedo tan chico. Y era él quien insistía en no escatimar vendas; enterraba su dedo enfermo dentro de un cilindro de vendas de unos tres o cuatro centímetros de diámetro. Aunque luego intentaba que pasase desapercibido.

Cada tanto espiaba al abogado para adivinar su estado de ánimo. No pudo advertir más que un cambio general de actitud, por el cual había perdido su aire de muchacho simple, de barrio, y había adquirido un tono más profesional y decidido, tanto que Marcos no se hubiera sorprendido en absoluto si el trato que le dispensara virase desde el sesgo amistoso que había tenido hasta ahora para alcanzar la distancia que se guarda con un cliente cualquiera.

—La suma exigida parece excesiva, ¿verdad? —acotó el abogado al terminar de leer—. Normalmente, y da-

das las circunstancias que aquí figuran, le recomendaría que pague, pero los considerandos agravantes elevan la suma en mucho y esto creo que usted lo considera injusto, ¿verdad? Aunque vale la pena que le aclare que la demanda va a tener fallo favorable y sólo podemos aspirar a una reducción en el monto; excepto que... —Marcos lo miró, enfatizando su atención, instándolo a que continuase—. Los jueces últimamente son bastante impredecibles y los fallos son a veces azarosos. Hay tanto delito que... hay tantos cientos de miles en estado casi salvaje que los parámetros se pierden. Los juicios en muchas ocasiones terminan decretando la insania del procesado y... le puedo asegurar que en los tribunales se pueden encontrar los casos más absurdos. La Justicia está rebasada y... quiérase o no el muro es necesario y espero que ponga remedio a este estado de cosas. En fin, en su caso la cuestión del monto no es clara y ¿quién sabe?, tal vez el juez nos sea favorable.

—Esto, por supuesto, siempre y cuando usted no decida pagar ya y sacarse el asunto de encima —agregó.

—Es que no tendría el dinero... Excepto... —la idea de sacarse el asunto de encima era muy tentadora—. Pero es una cifra que... Además, en ese hospital mi mujer estuvo mal atendida y mi hija también. Se salvó por milagro. ¡¿Y todavía tengo que pagarle todo eso que se les cruzó por la cabeza, daño moral y no sé cuántas cosas más?!

—Yo le conté todo lo que pasó —agregó Marcos, quien estaba molesto por la poca importancia que el abogado había dado a su relato.

—Sí, pero... si usted juzga que hubo mala praxis médica, eso sería otra causa, que podría iniciar si así lo desea, pero no sería un atenuante en ésta, salvo quizá en el caso de que haya tenido ya una sentencia favorable en la que inició usted.

Marcos se quedó callado. Estaba consternado. Había ido allí con la esperanza secreta de librarse por completo del asunto y, por el contrario, se encontró con un abogado que parecía complacerse en la demostración de su indefensión.

—Claro que si hubiera más dinero involucrado siempre existen los caminos alternativos.

Marcos creyó entender el sentido general de lo que el otro le decía, pero no encontró la ligazón con su caso, ya que el abogado mismo descartaba que le fueran posibles estos caminos.

—Y no hay alguna posibilidad de... —Marcos hizo un ademán que continuaba sus palabras. No le gustaba la idea de un arreglo por izquierda, sin embargo se creyó obligado a tantear el terreno.

El abogado sonrió, complacido.

—Nunca hay que descartarla. A veces las oportunidades surgen cuando menos se las espera. Claro que en su caso... —e hizo un gesto de descreimiento.

Marcos se preguntaba para qué había traído a luz la cuestión. Temía que le estuviese sugiriendo algo que él, en su inocencia, no advertía.

—¿Usted es médico, verdad? —le preguntó el abogado, aun más en confianza, tal si la profesión fuese parte de la intimidad de Marcos. Éste dudó por unos segundos.

—Sí.

—Yo tengo mis problemas de salud —le confió, retornando a él el muchacho de barrio que había desaparecido por un rato.

—¿Sí? —Marcos se malició que iba a hacerle alguna consulta y esto le agradó.

—Mirá —por primera vez lo tuteó—. Desde hace unos años yo tengo acidez estomacal. Y tomaba de esas cosas que se venden para la acidez, pastillas y leches y... pero cada vez estaba peor y consulté con un médico. Fui al gastroenterólogo y me dio otras pastillas... —quiso recordar el nombre mas no vino a su memoria—, en fin... unas pastillas que me hacen bastante bien. El problema es que me parece que estoy peor —y lo miró revelando preocupación—. Quiero decir que... El otro día me olvidé de tomar la pastilla y comí y tomé bastante y... tenía una acidez que me quemaba acá —y señaló la boca del estómago—. Algo terrible. Y me subió por el esófago. Y casi me ahogaba. Bah... casi no, hubo un momento en que se

me cortó la respiración. No sé... Yo... Me preocupa porque pienso que si no tomara la pastilla no podría vivir; es decir, sospecho que en realidad estoy peor y que la pastilla tapa o encubre un proceso de desmejora. O que incluso la pastilla tapa los efectos pero en el fondo empeora la enfermedad.

Cuando el abogado había dado inicio a su relato, Marcos pensó en excusarse argumentando que él no era un especialista en gastroenterología, sobre todo porque ya había consultado con uno y no deseaba interferir. Sin embargo, sobre el final, las razones y los miedos que expresó el otro hicieron nacer en él una suerte de vanidad ante la idea de consolarlo, de tranquilizarlo.

—Seguro que no está peor. O por lo menos la pastilla no le hace mal. Lo más probable es que el olvido coincidió con una comida fuerte, pesada, y de ahí que tuvo mucha acidez, pero debió ser una casualidad. Igual consulte con un médico. Se puede mandar a hacer un análisis de jugos gástricos y alguna otra cosa sobre el hígado y... Si vuelve a tener un ataque muy fuerte de acidez tal vez, para aliviarse, le conviene vomitar.

—Es que yo no vomito ni que me maten.

Marcos tuvo por muy probable que el hombre no vomitara y que retuviera todo para sí; es más, se le ocurrió que los abogados en general no vomitaban, dado que aborrecían como nadie el deshacerse de algo que les pertenecía.

—Bueno. Pero tranquilícese. Lo importante es comer liviano. Con una dieta que evite ciertos tipos de comida la acidez tiene que ceder.

—No sé. ¿Y lo del ahogo?

—Pudo ser nervioso. O... el líquido le llegó por el esófago hasta la laringe y...

—Te juro que tengo miedo de estar inundado de bilis o... no sé.

—Coma más liviano —insistió Marcos.

El abogado puso una cara que tanto podía ser de descreimiento como de impotencia.

—Me encantan las salsas. Y los chacinados —confesó el hombre, apesadumbrado, ante lo cual Marcos se

sintió en total confianza—. Los fiambres y todos los embutidos me encantan. Aun con los rumores que corren...

Marcos hizo un gesto de ignorancia.

—¿No te llegó el rumor de que estaban faenando gente? Parece ser que la construcción del muro en parte tiene que ver con ese asunto. O por lo menos eso dicen... yo no sé. Una persona me comentó que el muro se levantaba justamente para salvar a esos pobres bestias de la faena. Otro me dijo lo contrario, que lo hacían para evitar la caza anárquica e ir hacia un sistema industrializado y hacia un manejo coherente de la cosa. ¡Qué increíble!, ¿no?

Marcos, para quien lo del muro era uno de los muchos hechos que ya apenas si entendía, no quería tener una opinión al respecto y por esto no contestó. Mas ahora se sentía bastante a gusto con el hombre y, quizá porque habría de ser su abogado, deseaba confiarse en él, deseaba hallar cobijo.

—Yo... comí carne humana y... no es nada del otro mundo, quiero decir... No... —iba a decir que no era muy buena pero que tampoco valía la pena hacer tantos remilgos, sin embargo su voz había declinado y el abogado lo interrumpió.

—¡¿Sí?! ¿Y dónde la comiste?

—En... —vio en la cara del abogado algo por lo cual se inclinó a no contar la verdad—. Una vez, hubo una confusión y, aparentemente —ahora, arrepentido, quería desdecirse o al menos minimizar su afirmación anterior—, se puso un... —aturdido, Marcos no sabía cómo continuar—, en una olla...

—¡¿Sopa de cabeza!? —le espetó el abogado la ocurrencia con cara seria, aunque en seguida pasó a reírse de su chiste—. ¿Así que comiste de verdad carne humana?

Marcos no podía creer que se hubiese confiado tan ingenuamente en ese hombre por entero desconocido. No veía más puerta de escape que volver sobre sus pasos y alegar que lo suyo también había sido un chiste. No obstante intuyó que sólo lograría hacer más creíble lo que quería desmentir y, en consecuencia, luego de aspi-

rar de manera ostensible para decir algo, se quedó mudo, mirando al abogado con los ojos agrandados a causa de la violencia que lo dominaba.

—Porque faenada, todavía... —y el abogado no siguió pero ya le había dado a entender que, en su visión, si la industrializaban y se convertía en una mercancía que se compraba y se vendía, esto ya la purificaba casi por completo.

—Pasó que... —Marcos, que no podía resignarse a que el otro tuviera una mala opinión de él, todavía intentó una defensa.

El teléfono sonó y el abogado cortó sus palabras al atender de inmediato.

Durante cuatro o cinco minutos charló con alguien de su confianza, riéndose cada tanto a causa de lo que la otra persona le decía. Se había echado sobre el respaldar del sillón y parecía completamente olvidado de Marcos. Éste miraba en derredor en busca de posar la mirada en algún lugar que le evitase al abogado toda incomodidad. Tenía las manos juntas por debajo del escritorio y suavemente apretaba el cilindro de gasas que rodeaba su dedo operado. Intuía que la entrevista había terminado y, además, él deseaba irse lo más pronto posible, por lo que conforme se prolongaba la charla telefónica crecía su impaciencia, aunque más no sea de una manera callada e invisible. Pensó en saludar e irse, y —por mucho que no se animaba a hacerlo— de inmediato sus ojos fueron hacia el abogado, quien, como si le hubiera adivinado el pensamiento desde su alejada y amena charla, le hizo una seña para que aguardase, comunicándole con esto que no lo había olvidado por completo. Al punto Marcos asintió, dándole a entender a su vez que no le importaba esperar.

No le quedó más remedio que escuchar la conversación. Y al rato estaba tratando de descifrar los significados inconexos que podía captar, pero esto era tan exiguo que se sintió incómodo, tal si adrede lo excluyeran.

Cuando cortó, el abogado se volvió hacia él.

—Me estabas diciendo algo —le dijo.

Sorprendido, Marcos dudó. Había dado por seguro que el asunto de la antropofagia había concluido.

—Tengo un amigo que es antropólogo —empezó—; en realidad se está por recibir. Él no ve con buenos ojos el muro —vio que en la mirada del abogado nacía el disgusto—. ¡Bah!, él dice... —e iba a atemperar en mucho la visión de su amigo, tal vez hasta hacerla coincidir con la de su interlocutor, ya que lo único que quería era irse.

—¡Pero si todo el mundo está de acuerdo! —lo interrumpió—. ¡Incluidos los que van a vivir ahí! —y le hizo un gesto de perplejidad por la opinión de Luis—. ¡Y bueno!, qué se le va a hacer —afirmó, como con lástima hacia una persona así, y al tiempo que hablaba se levantaba para despedirlo.

Lo acompañó hasta la puerta y en el corto trayecto hizo un par de referencias a futuros contactos en vista de la continuidad de la causa. En el último momento descubrió, asombrado, el voluminoso vendaje en el dedo.

—Parece que está de moda cortarse un dedo —comentó cuando Marcos atravesaba el umbral.

Marcos entró con premura al Aula Magna de la Facultad de Ciencias Sociales temiendo haber llegado tarde. Aunque un vistazo hacia el estrado le bastó para darse cuenta de que la ceremonia no había empezado. Subió las graderías hasta encontrar una butaca vacía, bastante al fondo de la sala. La gente que casi llenaba el aula charlaba animadamente, por lo que un vivo rumor, no muy alejado de la gritería, se elevaba desde las butacas.

Marcos se esforzó por descubrir a Luis en algún lado, sin suerte. A su lado, una mujer de unos cuarenta años con una pollera roja muy corta, se estaba con las piernas cruzadas. Marcos se había percatado de que eran unas piernas hermosas y por esto mismo le daba vergüenza mirar, ya que las tenía muy cerca y no hubiera podido disimular su seducida turbación. La mujer hablaba con una chica ubicada en la otra butaca contigua, pero volcaba las piernas hacia él. Marcos supuso, por la edad, que la chica debía ser la hija. Imaginó entonces que él era el novio de esta chica, pero que

se acostaba mucho más asiduamente con la madre. La chica, que estaba enterada de todo, se lo reprochaba con amargura y él cedía por un tiempo (ella era muy linda y dulce), mas siempre reincidía —seducido ardientemente— y volvía con la madre.

En el proscenio habían colocado una larga mesa y sobre ella descansaban quizá una treintena de títulos. Por fin, los recién egresados fueron entrando y se fueron ubicando en hilera, unos metros delante de la mesa. Marcos descubrió a Luis entre los últimos en ingresar. Una mujer, evidentemente funcionaria de la facultad, presentó escuetamente al decano de la casa. El hombre fue también expeditivo en grado sumo. Distendido, con la cabeza brillando por las blancas luces de los spots, y enfundado en un traje que no estaba impecable, resumió su discurso en diez o doce frases sencillas que hubieran podido decirse en la cocina de cualquier casa; y, para consternación y sorpresa de los presentes, dejó entrever en sus palabras que el título que entregaría serviría para muy poco.

A continuación se hizo la jura y enseguida lo que se podría describir como una distribución de diplomas, ya que el decano los fue entregando sin preámbulo ni contemplación, como quien reparte panes en una comida mientras se aguardan los platos principales. Sin embargo su cara redonda nunca perdió una sonrisa amistosa. Marcos tuvo la impresión de que era la actitud a que se llega después de un largo e inútil cinismo y a su vez se está en las puertas de una absoluta rendición. Luis recibió su título con desapego, casi intentando opacar al mismo decano. Lo tomó con dos dedos por una punta y luego dejó caer el brazo. Así mantuvo el diploma, alejado de su cuerpo, hasta que el acto terminó.

Y, sin más, fueron abandonando todos el Aula Magna, en un tropel ahora bastante silencioso. La mujer de la minifalda roja bajaba de las graderías detrás de Marcos. Estaba indignada y especulaba en torno de las posibles denuncias que podría hacer en los medios de prensa contra el decano. Marcos aprovechó para

mirarla, figurándose que su curiosidad sería atribuida a lo que no podía menos que escuchar. El rostro de la mujer no era muy agraciado, pero luego de un primer instante de desilusión —y vuelto a la situación que había imaginado— casi le pareció más excitante retornar una y otra vez a la madre pura y exclusivamente por su cuerpo, esclavo de sus piernas, su culo y sus tetas, y nada más.

Marcos encontró a Luis en el amplio corredor en el que muchos se iban estacionando.

—¡Luis! —lo llamó, y luego de acercarse unos pasos Marcos intentó una suerte de abrazo, que en parte fracasó debido a la poca predisposición de su amigo.

—¿Qué te pasa? —inquirió.

Luis levantó los hombros y miró hacia el piso.

—Hoy es el peor día de mi vida.

—Pero... ¿Es por lo que dijo el decano? No lo escuchés... —Marcos quiso continuar cuando cayó en la cuenta de que estaban solos y que no había visto a ningún familiar de su amigo. Estuvo en un tris de preguntar, mas prefirió callarse.

—Al contrario —Luis habló con gesto despreciativo—. Es un hijo de puta, pero tiene razón. Y casi me hizo bien escuchar lo que dijo; peor hubiera sido un cretino mentiroso que te hable loas de tu futuro.

—A mí me parece que estás exagerando. Siempre hay oportunidades, y... aunque sean pocas...

—Son las mismas posibilidades que podés tener en uno de esos juegos de los que venden billetes en todos lados.

Marcos abrió los brazos para mostrar su disconformismo. En su mente anidaba una pregunta que, otra vez, no se animaba a sacar a luz por temor de herirlo más, pero que casi pujaba por salir; y en realidad, en el fondo de sí, estaba buscando la manera de hacérsela que evitase una posible ofensa.

—Lo peor es que existe —le dijo Luis, levantando el título—. Hace un tiempo que estoy tratando de encontrar una forma de ignorarlo por completo. Convertir la dedicación al estudio de estos años en un pasatiempo un poco

más pesado de lo que... —calló, buscando las palabras que le faltaban, que se le habían esfumado—. Hacer de cuenta que tuve un hobby y que me aburrí. Y listo.

Una mujer extremadamente alta les pidió si se podían correr para permitirle sacar unas fotos, cosa que hicieron al punto.

—Por eso no le dije a nadie que me recibía. Ni siquiera a mis viejos —Luis siguió con lo anterior—. Es más fácil hacer como que no existe si para los demás tampoco existe. Así es posible olvidarlo. Además, lo más probable es que mi vieja no hubiera venido, y mi viejo no está acá, así que... —y se encogió de hombros, entristecido.

—De todos modos se van a enterar. Y a la larga todos los que no invitaste se van a ir enterando y te lo van a hacer saber. Y va a ser como si te entregaran el diploma en pequeñas cuotas. Un poco hoy, otro poco la semana que viene...

—No se van a enterar —dijo Luis, convencido.

—Y... —Marcos se decidió a traer a colación la pregunta que antes había callado—. Si estabas tan descreído con respecto a la carrera, por qué... por qué...

—¿Por qué seguí estudiando? Porque la carrera estaba muerta y... yo tenía que estar ahí, en ese cadáver.

—Nunca me habías dicho que estabas tan escéptico.

—Me parece que no era necesario. Sólo un loco podría tener ilusiones y vos sabés que yo loco no estoy.

—Pero la antropología todavía puede...

—No. Ya murió.

—Pero vos tenés un saber que nadie te puede arrancar, que nadie te puede negar.

—No existe ningún saber. ¿Quién me quiere arrancar algo a mí? Ojalá.

—Hay ciertas verdades que no pueden desaparecer así como así.

—Sí. Pero son palabras que ya no entran en las cabezas de la gente. Todo lo que se pueda decir de lo social de aquí en adelante ya no tiene ningún sentido. La gente ya no ve más que sillas, mesas, equipos tridimensionales... Ve cosas particulares, concretas. Y las abstracciones van desapareciendo. Causan disgusto... Yo hablo de cosas que no se en-

tienden y por las que no sienten ningún respeto, cosas que pueden perfectamente despreciar. Y de hecho las desprecian con una naturalidad y una legitimidad que te aplastan. Y te diría que ya casi ni se molestan en despreciarlas.

—¡No es tan así, Luis! —protestó Marcos con energía—. Estás agigantando las cosas. Siempre hay gente para todo.

—Hace tres años que no se edita un libro de antropología en todo el mundo.

Marcos tomó aire para contestar algo, sin embargo, cuando alcanzó a comprender lo que su amigo le decía no supo qué decir.

—Yo creo que lo único que tiene que decir la antropología es que la especie humana se va a dividir —afirmó Luis mientras su cara se descomponía, como si fuese una opinión personal que hubiera guardado mucho tiempo en secreto—. Y esto, que en el fondo muchos sospechan, nadie lo quiere escuchar. Sucede tal como vos habías dicho: si la verdad es espantosa y frente a ella no podés hacer nada, más vale no escucharla y sobrevivir menos exasperado.

—¿Que se va a dividir qué? —inquirió Marcos.

—Mirá. La especie humana es producto de una ruptura en alguna especie de mono —y Luis miró a Marcos, quien asintió—. Esta ruptura fue producto de determinado medio geográfico, el que llevó a un cambio decisivo en las técnicas que permitían la supervivencia. ¿Me seguís? —y lo volvió a mirar, conminándolo a que le diera una respuesta.

—Sí. No del todo, pero...

—Quiere decir que una especie se puede romper como resultado de que una parte de ella utilice cierta técnica que a la otra parte le está vedada por completo.

—¿Sí? —Marcos intentaba situar en algún contexto lo que su amigo decía.

—Es perfectamente posible. Y hasta muy probable.

Marcos miró a su amigo con preocupación, intuyendo que cierto desesperado malestar lo llevaba a creer en algo que, *a priori*, le sonaba muy poco defendible.

—Pero una ruptura de la especie necesita de cam-

bios genéticos, ¿o no? —argumentó Marcos, aunque quería ser cuidadoso y no contradecir demasiado a su amigo

—Sí —admitió Luis, no muy convencido.

—¿Y eso no lleva muchísimas generaciones? —le preguntó, consternado porque en su opinión la inteligencia de su amigo se había fisurado por culpa de las frustraciones.

—A veces no tantas. ¿Para qué está la manipulación genética? Además la evolución a ido a saltos y... tal vez, con treinta o... no sé... cien generaciones, sea suficiente. O menos —agregó arrepentido de haberse estirado hasta el número cien—. Nuestros descendientes, seres inferiores, van a ser como los homínidos que quedaron atrás.

—Pero la especie humana no se dividió a pesar de que hubo mucha distancia en las técnicas que se usaron en distintos lugares... No sé —Marcos pensó por unos instantes—. Los europeos llegaban a una isla habitada por indígenas que vivían casi como en las cavernas; y no habían constituido una especie distinta, eran seres humanos igual que los europeos, ¿o no?

—Sí, pero hay cambios que afectan la morfología de la especie y ésos son los decisivos. La distancia en el desarrollo de la técnica no afecta a los genes, hasta que un cambio produce la ruptura. Y ahora la misma ciencia puede hacerlo. Y adiós. Ellos se van a ir a las nubes, y nosotros... —y Luis bailoteó un poco imitando a un mono.

—¿Nosotros? —preguntó Marcos, en tono de negar esta posibilidad.

—Y... Vos quizás te salves, pero yo... O mejor dicho, tus descendientes y los míos... si es que yo fuera a tener hijos, cosa que es muy improbable.

Y se quedaron mirándose por unos instantes, dudando acerca del camino por donde continuar la charla.

—Mucha gente cree, o quiere creer, que las cosas van a quedar así para siempre —continuó Luis—. Y éste es un muro nomás, nada más que el primero. Yo... —levantó los ojos—. No sé —se expidió finalmente, renunciando a seguir adelante.

—Hoy estás terrible —le dijo Marcos esbozando una

risita, con la cual, además, se defendía de la fea impresión que le causaba su amigo, al que veía desequilibrado, demasiado enfático, tal si, desbordado, hubiera perdido esa razonabilidad sobre la cual, en el pasado, pudo apoyarse cualquiera que lo tratase y buscase ayuda.

—Es el síndrome del título... inútil no... inexistente tampoco. Del título vacío... ¿Te imaginás si esta cartulina no dice nada?; sería perfecto —y acto seguido se puso a espiar el interior del título enrollado.

—Parece que sí tiene algo escrito —se expidió—. Se tomaron la molestia. Si fuera consecuente con sus palabras, el decano tendría que haber entregado una cartulina en blanco. Entonces sí la enmarcaría y la pondría en medio del living.

—Vamos a tomar algo —propuso Marcos—. Pero vamos afuera.

Caminaron en silencio hasta llegar a la vereda.

—¿Sabés qué podría hacer? —empezó Luis cuando echaron a andar rumbo a una avenida cercana—. Romper el título en pedazos de este tamaño —y unió el índice con el pulgar por sus yemas—, y después ponerlos en un sobre para mandárselos a mi vieja por correo. ¿Te imaginás? Si vos recibís un sobre con los pedazos de un escrito, seguro que te ponés a armarlos como un rompecabezas, porque la curiosidad te corroe y no podés tirarlos a un tacho como si tal cosa. ¿Y mirá si te encontrás con que armás el título de tu hijo? ¿¡Qué frustración, no!? Seguro que se pondría roja de la bronca, más que nada por el gesto contra ella... Además, ¿qué hacés con los pedazos? ¿Los tiras? ¿Los pegás con cinta adhesiva? —Luis se entregó, apenas, a una risita—. Aunque seguro que me los mandaría de vuelta y no haría nunca la más mínima mención al asunto —y Luis pareció muy desilusionado con esta última posibilidad.

—Dejá tranquilo ese título —le aconsejó Marcos, impelido a ser razonable.

—¿Y si te lo dejo unos días? —le sugirió Luis, extendiéndole el título.

Marcos lo tomó.

—Te lo guardo.

Luis había observado las vendas en el dedo meñique.

—¿Cómo andás del dedo?

—Bien. Apenas si tengo una molestia —y él mismo se lo miró, sopesando su estado, cosa rara porque Marcos desviaba los ojos cuando, por casualidad, se detenían en el dedo lastimado. Sin embargo, encontró cierto beneplácito al mirarlo, amparado en parte en la mentira que le había contado a su amigo con respecto al origen de la herida, creyéndosela él también ahora en alguna medida. No se había decidido a contarle la verdad en la presunción de que cuanta menos gente supiera lo sucedido, menos real sería el hecho y más fácil sería echarlo en el olvido—. Todavía, cuando lo muevo, lo siento extraño, como si no fuera una parte de mí —y Marcos lo movió un poco—. Sí, ya sé —se apresuró a decir antes que Luis dijera nada—, me lo injertaron; pero es mi propio dedo el que me pusieron.

—Es raro cortarse el dedo más chico, ¿no? —comentó Luis.

Entraron en un bar. Se ubicaron junto a una pared y Marcos, sin más remedio, puso el título sobre la mesa.

—No hace mucho leí que alguien, no me acuerdo quién... —y Luis pensó por unos instantes—. Debió ser una estrella del rock... —y volvió a detenerse—. Bueno, no sé. Dijo que morir con los diez dedos puestos es haber sido un tibio, un cobarde, o algo por el estilo.

—Pero... Yo tuve un accidente —protestó Marcos.

—Ya sé. Nada más te comentaba.

—Yo espero morir con mis diez dedos —y Marcos los puso encima de la mesa y los miró, intentando convencerse de que lo sucedido no tenía importancia y que él amaba sus dedos.

—A mí no me importan demasiado —Luis a su vez echó sobre los propios un rápido vistazo—. Si pagaran una buena pensión por invalidez me los cortaba todos. Lástima que ahora poco menos que tendría que pagar yo.

Marcos, incómodo con el asunto que los ocupaba, se sintió impelido a cambiar de tema.

—Bueno. Pero hoy, mal que te pese, tenemos que festejar —propuso, aun a sabiendas de que volver sobre la cuestión del título fastidiaría a su amigo.

—Sí. Festejemos. Festejemos —dijo Luis con una sonrisa irónica y desvariada. Se puso de pie y dio unos pasos de baile levantando los brazos—. Heea, heea, eh —entonó, no muy alto, pero de cualquier manera llamando la atención de varios de los presentes, quienes lo miraron, sorprendidos. Marcos temió que incluso se subiera a la silla. No podía reconocer a su amigo en ese ser que bailoteó por unos momentos con las facciones algo descompuestas por una alegría ficticia, montada ésta sobre un sustrato de amargura y de una razón que, aunque más no fuera mínimamente, se había deslizado y ya no estaba en su justo centro. Por fin, para alivio de Marcos, volvió a sentarse, aunque no perdió la sonrisa forzada, desagradable. Tomó el título, enrollado, y miró a su través con un ojo.

—Para algunos, esto es un catalejo con el que miran el futuro. Otros se lo meten en el... —e hizo un ademán evidente hacia su trasero—. Yo... No sé. Porque... Entre este título y yo hay una hermandad... Somos parecidos. Iguales casi. —Miró a Marcos demostrando algún asombro por la nueva perspectiva con que observaba ese objeto—. Ahora casi me identifico con esta cartulina —y le echó una ojeada en la que no faltaba una suerte de cariño.

—A ver. Veamos —continuó Luis, y deslizó la cinta que cernía el rollo.

Desplegó el título y se puso a leerlo. Un gesto indescifrable le torció la cara.

—Se equivocaron. No es el mío —levantó la mirada hacia Marcos, indeciso entre la alegría y la bronca—. A ver —y lo dio vuelta, buscando el nombre escrito con lápiz al dorso—. Sí, acá está escrito mi nombre y apellido. Pero mirá —y se lo extendió a Marcos, quien comprobó que era el título de otro. Luego lo dejó sobre la mesa.

—¿Habrá sido el decano? —arriesgó Luis—. ¿Una última broma para despedirnos?

—No creo.

—Ah. Pero yo no lo devuelvo. Ya me encariñé con éste.

—Te lo van a pedir.

—No importa. Yo me sentí identificado con éste, con esta cartulina. Y me la voy a quedar —y acto seguido la volvió a enrollar y la ciñó cuidadosamente con la cintita—. Que se queden con el mío —y sonrió abiertamente, habiendo desaparecido de su cara toda lobreguez.

4

—¿Cuál es la razón de su visita? —le preguntó a Alejandra el terminal de la computadora.

Un poco molesta por lo que consideró una injerencia desmedida, Alejandra pretendió salir del paso con una respuesta muy poco precisa, casi hermética.

—¿Cuál es el estado de su causa? —insistió la computadora, quizá cumpliendo su rutina, quizá desconfiando en razón de lo poco explícita que fue Alejandra.

Alejandra intentó armar una respuesta que la sacara del brete, pero dudó acerca de lo que se esperaba de ella, si una respuesta técnica, o simplemente lo que bien o mal podía exponer una neófita. En el curso de los últimos meses había aprendido algunos términos procesales y se decidió a usarlos, introduciendo su respuesta en el terminal.

—¿En qué etapa se encuentra el período de prueba? —inquirió la computadora.

Alejandra no lo sabía y, nerviosa, fastidiada, quiso volver todo a fojas cero, sospechando que había cometido un error en su primera respuesta y de allí el interrogatorio a que se la sometía. Sin embargo, la computadora se resistió e, hiciera ella lo que fuera —y Alejandra apretó todas las teclas a las que su bronca la guió—, sostuvo, impertérrita, su pregunta. Alejandra incluso apretaba muchas teclas juntas en busca de vencer la tozudez del aparato. Finalmente le dio un golpe, no muy fuerte, mas la pregunta empezó a parpadear en la pantalla, prendiéndose y apagándose, y Alejandra, temiendo haberse excedido y que sonase alguna alarma o cosa parecida, se avino a contestar.

—No sé —puso.

—¿No sabe? —volvió a preguntar.

—No sé —ratificó.

Enseguida la computadora le ordenó colocar la mano en la pantalla correspondiente, franqueándole el paso.

Se sentó en una de las pequeñas butacas de la sala de espera. Iba a cruzarse de piernas, pero desistió porque sabía que estaba siendo filmada. No tenía una pollera muy corta; su decisión fue casi instintiva. Miró en derredor, buscando el posible lugar para el ojo de una cámara. Claro que tampoco quiso hacer muy evidente su búsqueda, pues la cámara la estaría registrando y no quería despertar sospechas. De repente, una voz la asustó. La invitaban a pasar mediante una grabación, en la que se habían esmerado mucho por ser amables —seguramente para contrarrestar la frialdad del off—, pero que a Alejandra le pareció de una falsedad absoluta. Se acomodó un poco las ropas al terminar de levantarse —estaba muy elegante, muy linda— y marchó hacia el interior de las oficinas.

Conocía al hermano de su amiga desde hacía años; no obstante, desde que era el abogado de Marcos —y ella ya había concurrido un par de veces por él— la relación se había hecho más distante y ella se consideraba en la obligación de arreglarse como para ir a ver al abogado. Se sentía harto incómoda en las entrevistas, sobre todo porque apenas si entendía lo que el otro le explicaba, pero Marcos estaba ofuscado contra él (consideraba que no hacía nada por su causa, y que por alguna razón la despreciaba) y Alejandra no había tenido más remedio que cubrir en parte el vacío que su marido dejaba.

El abogado la hizo pasar con mayores efusiones que en anteriores oportunidades. Parecía satisfecho por alguna razón, y no tardó en comentar que la sentencia estaba cercana. Alejandra, algo ilusionada, hubiera querido indagar acerca de sus presunciones acerca del fallo, mas él siguió adelante y no le dio cabida.

—¿Te recibiste? —le preguntó con una sonrisa toda torcida para un lado.

—No. Debo el último final y... dejé pasar la fecha porque no llegaba a estudiar ni las tres cuartas partes del programa. Pero en la próxima mesa me presento seguro. Así me la saco de encima.

—Bueno. No sé si te sacás de encima algo, o si te echás encima un título.

Alejandra lo miró, un poco sorprendida, no sólo por la intromisión de la que se sintió víctima, sino también por el hálito de inteligencia que adivinó en esas palabras, el que no hubiera creído posible en ese gordinflón que conocía desde la adolescencia.

—Vas a poder instalar un consultorio junto con Marcos. Aunque los consultorios están en decadencia... ¿Cómo le quedó el dedo a Marcos? La otra vez me olvidé de preguntarte.

—Bien... —iba a seguir pero el abogado la interrumpió.

—¡Cortarse un dedo por lo del juicio! ¡Qué bárbaro!, ¿no? A mí me da un poco de miedo porque el juicio se pierde. Más que nada me da miedo por vos. ¿No consultó con un psiquiatra?

—No.

—Tendría que ver alguno. Porque... Fijate si en medio de la lectura del fallo arma un escándalo, o saca un arma y...

—No exageres. Marcos está tranquilo; y lo del juicio ya lo tiene bastante asimilado. Además... —Alejandra estaba arrepentida de haberle contado lo del dedo a su amiga Ana, quien le había asegurado que guardaría estricto secreto—. Además, fue algo del momento y... ni siquiera... no fue tan grave.

—Me preocupo por vos, porque convivir con una persona que tiene esas reacciones...

—No tenés por qué preocuparte por mí —le dijo Alejandra, levemente cortante.

—Y... Se escuchan tantas cosas —se atajó el abogado—. Ahora que se terminó el muro tal vez las cosas mejoren. Por lo menos no nos vamos a enterar y vamos a estar más tranquilos.

—Sí. Pero... Marcos está acá, ¿no? Porque... ¿Qué tiene que ver Marcos con lo del muro?

—No. Nada. Era un comentario; nada más.

—Está por entrar en una clínica —dijo Alejandra, intentando reivindicar a Marcos en alguna medida, mintiendo en parte porque la posibilidad era bastante remota.

—Qué bueno. Entonces va a contar con dinero como para pagar lo del juicio —el abogado no pudo reprimir una sonrisa, que casi se transforma en risita.

Alejandra se indignó.

—Tendrías que hacer algo para ganarlo, ¿no?

—Y hago todo lo posible. ¿O qué te pensás? Si no se puede ganar es por culpa de lo que hizo tu marido, no por culpa mía. Milagros no puedo hacer.

Alejandra no encontró qué esgrimir.

—Rompe una incubadora a los golpes, se amputa un dedo...

Alejandra apretó los labios con fuerza.

—Lo del dedo fue... —iba a decir "por culpa mía", pero no quiso hacer una suerte de confesión—, fue algo que hizo en un momento de exasperación para... para no hacer daño a nadie más que a él mismo.

—Yo... no quiero que sufras ningún daño. Quiero cuidarte. Quiero... Tomé este caso por vos, nada más.

Alejandra hirvió de bronca. En primer lugar por la pretensión de protegerla de Marcos, cosa que le parecía ridícula, inaudita; y en segundo lugar por la arrogancia que expuso al dejar entrever que estaba haciéndoles una especie de favor, de gracia, al tomar el caso. Miró la cara gordinflona del hermano de su amiga y vio que sobre su turbación se asentaba un aire de importancia, de suficiencia, que la sacó de quicio. Sobre el escritorio, casi al lado de una de sus manos, había un cortapapeles, e instintivamente lo tomó. Y aunque enseguida se arrepintió, no lo soltó, sino que lo dejó bastante suelto entre dos dedos y permitió que la punta cayera hacia abajo, hacia el escritorio.

—No hubieras tomado el caso. Total, caso más, caso menos; dedo más, dedo menos —le dijo, sin pensar, dominada todavía por la inquina, dándose cuenta de inmediato de que lo que había dicho no era muy coherente y que la mención del dedo podía ser escuchada como una amenaza.

El abogado la miró con miedo.

—Debés llevarte muy bien con Marcos —le lanzó, a pesar de sus temores.

Consternada, Alejandra dejó el cortapapeles sobre el escritorio. Se avergonzaba de pensar que el otro —y luego quién sabía cuántos más— los tuviera, a Marcos y a ella, por un par de locos, por una pareja de desequilibrados. Máxime que Ana —y quizá también su hermano— sabía de su problema con el dinero, el que se había atemperado sólo en parte ya que ahora se confundía poco con él, pero todavía las manos le temblaban ligeramente cuando lo tocaba.

—Lo agarré pensando que era... que era un... —se le escapó una risita nerviosa—, un adorno y... como brillaba y... —se le subieron los colores—. Con Marcos no estamos del todo bien... —se vio impulsada a tomar distancia de Marcos para que el otro no la juzgase mal; sin embargo, cuando iba a continuar por ese rumbo, algo la detuvo; quizá la presunción de que estaba traicionando a su marido, o que, concediendo, el hermano de su amiga adquiriría una superioridad sobre ella, la que le permitiría seguir avanzando—. ¡Bah!, son cosas de pareja. Son cosas del momento. Él está mejor y va a entrar a una clínica y... —Alejandra tuvo un repentino rapto de optimismo, por el cual se hubiera echado a hablar acerca de las felicidades que les aguardaban en el futuro, pero se calló por pudor.

Por unos segundos estuvieron sin hablar.

—Está por terminar el período de prueba. El perito ya dio el informe, así que no falta mucho para que se dicte la sentencia.

—Yo hubiera querido declarar —afirmó Alejandra.

—No tenía sentido. Vos sabés que yo te estoy cuidando, y no quiero que te expongas inútilmente. Confiá en mí. Me gustaría que te dejaras...

—Pero, ¿exponerme a qué? No entiendo —lo interrumpió Alejandra.

—Exponerte a las rispideces de un juicio. No te quería mezclar en esto. Es un asunto menudo y...

—Sí, pero entre una cosa y otra, el monto... —y Alejandra hizo con la mano un ademán hacia arriba.

—Es verdad. Es verdad. Pero el provecho era nulo, así que no valía la pena. O... ¿vos querías seducir al juez?,

¿vos querías...? —la cara se le torció en una mueca indefinida, en parte libidinosa, en parte irritada.

Alejandra lo miró, sorprendida. Ni remotamente se le hubiera ocurrido contemplar esa posibilidad.

El abogado se levantó y rodeó el escritorio, entregado a un gesto de infantil determinación. Se detuvo cuando tuvo a su vista el cuerpo de Alejandra.

—¿Qué pensabas?, ¿ir con con una minifalda por acá? —y se señaló el muslo muy, muy arriba.

Alejandra lo miraba, completamente desconcertada. Él quiso creer que este silencio significaba la aceptación de sus afirmaciones. Esto lo confundió también a él. Pareció vacilar.

—La Justicia... —empezó, amenazando a Alejandra con un dedo, como si fuera a dar una perorata acerca de la moralidad de las conductas—, la Justicia... —pero se quedó pensando y no continuó. Se irguió y volvió hacia su asiento, aunque no se sentó.

—Yo aspiro a ser juez —echó sobre Alejandra una rápida ojeada mientras se sentaba—. No es tan difícil —sacó un paquete de cigarrillos y extrajo uno—. No te puedo convidar —le dijo.

Alejandra asintió.

—Confiá en mí —le repitió—. Tenés que confiar en mí, y dejarte llevar. Como cuando éramos chicos, o... ¡bah!, adolescentes, ¿te acordás?

Alejandra no recordaba ninguna situación que pudiera ajustarse a lo que el otro le decía. Mas tampoco quería contradecirlo. En los ojos del abogado brillaba el entusiasmo por quién sabe qué recuerdos. Dio una fuerte pitada al cigarrillo.

—Una noche —empezó, e hizo un ademán de beneplácito, de satisfacción—. Una noche... —se detuvo, y en seguida, al no encontrar con qué seguir, fue cambiando de talante. El ceño se le frunció. Dejó el cigarrillo en el cenicero. Un brillo de odio cruzó por sus ojos. No obstante, de inmediato abrió las manos en señal de impotencia—. Para qué sacarlo a luz —dijo, tal si se negara a contarlo—. Pero te tenés que cuidar, ¿sí?

—Sí.

—Cuidate de Marcos —mientras decía esto el abogado se levantaba, dando por terminada la entrevista.

—Pero. No me dijiste nada acerca del juicio —Alejandra cayó en la cuenta de que se iría con las manos vacías—. ¿Qué le digo a Marcos? ¿Qué tiene que hacer?

—Nada. Ya no hay nada que hacer. Se cierra el período de prueba. Y después el juez da la sentencia.

—¿No hay un recurso o algo así?

—No. Hay que esperar la sentencia.

Ambos se acercaban a la puerta.

—¿Sabés de qué me acordaba? —le dijo él. Y sin esperar respuesta bailoteó por unos segundos y terminó abriendo los brazos ridículamente, como si estuviera arriba de un escenario y pusiera el broche de oro a un show—. ¿Te acordás? —le preguntó a Alejandra, riéndose salivosamente.

Alejandra no se acordaba ni por asomo, pero no quiso negarse rotundamente y sonrió tal si algo hubiera venido a su memoria. De cualquier manera, no pudo engañarlo, y la cara del abogado de repente se ensombreció.

—Sos otra persona —le dijo, acercándose con disgusto a la puerta—. No puede ser que no te acuerdes. Te cambiaron. Sos otra.

Media hora después, Alejandra llegaba a la casa. Durante el viaje, dos cosas la habían ocupado: en primer lugar, la transformación de su persona a que había hecho referencia Gonzalo, el hermano de su amiga; y después, el modo de hacerse de dinero para hacer frente a la demanda judicial.

La seguridad con que él había establecido que ella tenía que recordar indefectiblemente aquel suceso la hizo dudar de sí misma. ¿Por qué no tenía memoria de aquello? ¿Se le había hecho una laguna que involucraba cierto lapso de su vida? ¿Y si, en defensa propia, había olvidado aquellos años de su vida en los que era feliz? Trató de convencerse de que el asunto se explicaba por la mucha importancia que él le había otorgado a aquel he-

cho, frente a la escasa importancia que tuvo para ella, por la cual había pasado a formar parte de esa masa de circunstancias que sin remedio caen en el olvido. Sin embargo, no lograba persuadirse, sobre todo porque su vida había cambiado mucho y no era descabellado pensar que en verdad ella fuera otra; no podía sino creer que algo de lo que le dijo el abogado era cierto. Incluso más, él había dicho: "te cambiaron", y ella pensaba en Marcos, en su influencia, en el peso que tenía en su vida. Y pensó en Delmira, ¿no se había llevado la beba también, al crecer en sus entrañas, parte de lo que ella había sido? Se puso a recordar cosas de su adolescencia con el fin de garantizarse cierta salud mental. Y no le faltaban recuerdos, empero siempre le parecían incompletos, extrañamente vacilantes, tal si existieran vacíos en donde no cabía aceptar que los hubiera. De sus viajes de vacaciones, y de uno en particular que había gozado muchísimo, por ejemplo, no podía sino traer a luz un boceto muy general acerca del tipo de vida que había llevado, mas todo lo realmente sustancial (o lo que ella ahora suponía sustancial) se le escapaba. Fastidiada, se empecinó en revivir momentos felices, y apenas si pudo recordar dos o tres que había vivido junto a Marcos cuando empezó la relación; y en realidad tampoco los revivía, ya que no alteraban su ánimo en lo más mínimo y sólo los guardaba en la memoria de la misma manera que subsiste un dato en un disquete. Y si el pasado se borroneaba y era incapaz de emocionarla, se inclinaba a creer que el hermano de su amiga en alguna medida le había abierto los ojos. Llegó a pensar que era una usurpadora y que no debía usar el nombre de Alejandra, que su persona y su nombre ya no podían encajar ni corresponderse. Una idea que perdió fuerzas al mirar por un rato, a través de la ventanilla del colectivo, las casas y negocios y las personas que se sucedían.

Llegando a su casa, otro asunto desplazó al anterior. Si era ya seguro que el juicio se perdía, necesitarían dinero para pagarlo. Hacía tiempo que Alejandra había comenzado a vender vómitos para hacerse de un ingreso, aunque módico, ante el bajo salario que cobraba Marcos

en el hospital. Él ignoraba esto y ella estaba dispuesta a mantenerlo en secreto tanto como le fuera posible. Y ahora, con la sentencia judicial sobre sus cabezas, se puso a calcular los montos que podría ganar si se dedicaba sistemáticamente a la venta de los vómitos. Ideó una suerte de cronograma con días y horas, teniendo presente la capacidad del cajón de verduras de la heladera (allí guardaba los vómitos, ocultos a la vista de Marcos) y las posibilidades de su madre para cuidar de Delmira. Y a pesar de que arribó a un monto irrisorio en relación con la demanda, igual se decidió a llevar a cabo el cronograma, empezando ese mismo día en atención a que Marcos llegaría más tarde y estaría sola por un rato.

Al llegar al departamento, dejó la cartera y el abrigo en el dormitorio, y se dirigió al baño. No tenía mucho en el estómago y esto la hizo dudar. Dispuso la bolsita en la pileta, pero acto seguido fue a la cocina para comerse uno de los pancitos viejos que guardaba en la alacena al efecto de vomitarlos. Cuando empezó con esta práctica se los comía tal como estaban, en general secos y duros; más adelante, prefirió a llenar un vaso con agua y echar allí pedazos del pan, los que luego comía, en tanto que tomaba el agua a sorbos. Comía así el pancito mucho más rápido y, además, el asco que le daba esa ingestión le provocaba arcadas, una tras otra, hasta que finalmente expelía de apuro el vómito en la bolsa, aunque hubo algún caso en el que no hizo a tiempo para embocar correctamente.

En esta oportunidad, sin embargo, no halló ningún pancito, por lo que se puso a buscar en la alacena con qué reemplazarlo. Debía ser, claro está, algo barato y que no necesitase cocción. No encontraba nada. Por fin, no muy convencida, tomó un polvo para hornear y volcó dos cucharaditas en medio vaso de agua, pero necesitaba algo sólido para acrecentar el vómito. Buscó y buscó, hasta que, en la heladera, dio con una polenta fría. Y alternó los bocados de polenta con sorbos del agua blancuzca. Sentía un leve asco, mas no tanto como con el pan, y las arcadas se hacían desear. Varias veces pensó en echar unos pedacitos de polenta en el agua, aunque no se

decidía porque le parecía un exceso, algo demasiado asqueroso. Cuando le quedaba un dedo de agua en el vaso, no obstante, fue al baño y, parada delante del lavatorio, metió un trozo de polenta en el agua. Se llevó el vaso a los labios, pero no alcanzó a ingerir nada porque el vómito le subió sin más, con una violencia que casi le impide embocarlo en la bolsa. Quedó boqueando sobre la pileta, con unas flemas colgándole de la nariz. Y aún expelió dos veces más, asqueada ahora por el mismo vómito que descansaba en la bolsa de poliuretano.

Cuando estuvo recuperada, cerró bien la bolsa, la limpió por fuera y la llevó a la heladera. La colocó junto con otras dos, que a su vez estaban dentro de una bolsa opaca más grande. Cerró concienzudamente esta última y deslizó el cajón de las verduras hasta que quedó oculto por el estante de arriba. Satisfecha, Alejandra calculó que en menos de dos días podría tener el cajón lleno. Era, tal vez —y ella misma lo reconocía—, un objetivo desmedido, pero de cualquier manera lo creyó posible, y con estas ilusiones se dirigió al dormitorio.

Marcos fue a atender el teléfono, convencido de que era su madre quien llamaba. Sin embargo, era Luis. Cruzaron los saludos correspondientes, para los cuales Luis tenía una fórmula característica, que incluía el trato "de usted" y el uso del apellido.

—Mirá —le dijo Luis—, te llamaba en realidad para pedirte un favor —cosa que no sorprendió a Marcos, ya que su amigo lo llamaba muy pocas veces y casi siempre tenía que tomar él la iniciativa—. Yo no sé si te acordás de Beatriz, la amiga aquella de Laura que... la que yo te había contado que tenía una horca en el living.

—Sí... —dijo Marcos, pero en seguida dudó—. La que estaba con Laura aquella vez que vos pensaste que las dos...

—Sí —lo interrumpió Luis—. Esa. Bueno; tiene un problema renal; algo que no parece grave, pero yo pensé que podía consultarte. Está un poco asustada y... ya le había hablado de vos y sabe que sos urólogo. Cuando me

comentó que tenía este problema le dije que seguro que podías atenderla. Aunque ella puede pagar algo muchísimo mejor que el hospital, si te consulta al menos una vez y la guiás se va a quedar más tranquila.

—No hay problema. Pero... ¿vos la seguís viendo? —a Marcos le picó la curiosidad porque hubiera creído que, rota la relación con Laura hacía años, ya tampoco se veía con Beatriz.

—Sí. Nos vemos. Cada tanto. Incluso Beatriz me ayudó para irme de aquella casa de mierda de la que parecía que nunca me iba a ir. Si yo te conté, ¿no te acordás?

—Sí, algo me acuerdo —mintió Marcos.

Inmediatamente, intentó imaginar el tipo de relación que llevaba su amigo con Beatriz, dado que, si no recordaba mal, ella rondaría los cuarenta y cinco años.

—Entonces, tendrás noticias de Laura.

—Apenas. Está viviendo en el exterior y ya casi no tenemos contacto con ella.

—Ah —emitió Marcos, al tiempo que intentaba establecer qué significaría el plural que había utilizado su amigo, a través del cual se había unido con Beatriz.

—¿Y tu dedo? ¿Sigue bien?

A Marcos le disgustaba que su amigo le preguntara siempre por el dedo.

—¡Hace ya nueve meses que me lo injertaron! —protestó.

—Bueno, pero un injerto... Me parece que lleva tiempo; por eso te preguntaba.

—Está perfecto mi dedo. Apenas si me doy cuenta de cuál es el que me corté —y mientras decía esto, corroborándolo, movió los dedos de la mano delante de sus ojos.

—Ahora, supongo que no querrás ni clavar un clavo —le dijo Luis, en alusión al supuesto accidente.

Marcos emitió una risita forzada.

—No. Ya me estoy olvidando del accidente. Hago lo que sea. ¿Y vos? —se apresuró a agregar para escaparle al tema del dedo—, ¿cómo andás? ¿Cómo te trata la antropología?

—Y... ¿Sabías que me entregaron mi título?

—¿Sí?

— Sí. Me lo entregó el decano en una jura individual en su despacho. Me leyó todo de nuevo y me hizo jurar como si fuera un acto público. Fue ridículo, porque estando los dos solos... Y además, yo ya había jurado. Pero lo hizo a propósito, para humillarme, para hacer evidente que todo es una farsa. Y lo peor es que yo, aunque sin ganas, me presté al asunto y juré como un tonto.

—¿Y devolviste el otro?

—No. Me negué. O mejor dicho, dije que lo había perdido. Que le hagan otro. Para mí, ése es mi título. El que está a mi nombre no me interesa.

Esta insistencia en negar el título molestó a Marcos.

—Y entonces, ¿para qué lo fuiste a buscar?

—Fui porque no quería quedar tan en evidencia. Ya les resultó difícil de creer que había perdido el que me dieron la otra vez, y si no iba a buscar el mío, seguro que sospecharían algo raro; qué no sé, pero no quería que en esa facultad se hablara más de mí, ¿entendés? Si les dejaba el título me tendrían presente, me llamarían; mi título estaría ahí. Ahora que lo retiré me van a olvidar absolutamente, y listo.

Se hizo un silencio en la línea que duró unos segundos. Marcos buscó con qué continuar, sin hallarlo.

—¿Y la beba? —preguntó Luis.

—Está bien.

—¿Anda gateando por ahí?

—Ahora no. Ahora... —a Marcos no le gustaba que le preguntaran por la nena. ¿Qué podía decir?, ¿que tenía una cara rara?, ¿que para él tenía un problema neurológico? La beba crecía bien, y sonreía y gateaba y se paraba en la cuna ayudándose con los barrotes, pero Marcos no se convencía—. Hay que hacerla dormir. Ahora que corte con vos, tengo que acunarla para que se duerma.

—Bueno, padre. Te dejo para que cumplas con tus obligaciones.

—Tampoco tengo que hacerlo ya —Marcos no quiso que su amigo pensase que Alejandra lo atosigaba.

—Los niños no esperan —insistió Luis, como para forzar una despedida.

—Escuchame. Dale mi número de teléfono a Beatriz y decile que me llame; así arreglo con ella.

—Buenísimo. Se lo doy —dijo Luis.

Y ahora sí se despidieron.

Marcos colgó y caminó hasta la cuna de Delmira para ver si se había dormido. Cuando se hallaba a unos pasos, la beba se incorporó y, ayudándose con los barrotes, se puso de pie. En la semipenumbra del living, Marcos vio su figura y los ojos saltones que lo miraban. Calladamente insultó su mala suerte. Había abrigado la esperanza de que ya se hubiese dormido.

—¡A dormir! —le dijo en tono enojado— ¡Vamos!

Y la acostó en la cuna y comenzó a mover ésta con cierta energía —aprovechando que estaba montada sobre ruedas—, con el fin de evitar que su hija intentase pararse nuevamente. Delmira hizo un intento, pero ante los movimientos de su base de apoyo, desistió. Marcos entonó una canción para chicos que había aprendido en su infancia, una canción que ni siquiera le gustaba demasiado pero que por alguna razón había memorizado por completo. La entonó en un ritmo mucho más lento que el original en pos de que aletargase a su hija.

Y en tanto que ella ya no intentó ponerse de pie, fue adecuando los movimientos de la cuna a la canción, la que se iba convirtiendo con el transcurso de los minutos en una letanía que recomenzaba una y otra vez, y que recitaba sin ser consciente ya de lo que decía. Sentado en el suelo, desplazaba la cuna casi un metro en un sentido y luego hacia el otro, estirando y encogiendo el brazo y balanceando el cuerpo.

Acunando a su hija, Marcos se abstraía y se entregaba a sus pensamientos. Como la canción hacía referencia a un barco que abandonaba un puerto, por aquí empezaban sus divagaciones, en derredor de un viaje que lo llevase muy lejos. Casi siempre imaginaba que él iba dentro del barco y a la vez lo veía partir desde el puerto, cosa que le recordaba sus pasados miedos con respecto al bifrontismo. Nunca había podido establecer nada feha-

ciente en relación con ese asunto. Seguía sospechando que él ahora era "el otro", pero no tenía forma de comprobarlo ni tampoco deseos, porque, de cualquier manera, debía aferrarse a quien era en estos momentos, sea éste quien fuera. Y aun cuando pudiera pensar que todo había sido producto de una fantasía enfermiza, no podía sino creer que ésta fue el reflejo de un proceso interior que abarcó al núcleo de su persona. Vale decir, si la cara del otro, físicamente, no había emergido jamás en su nuca, esto no amenguaba la posibilidad de que el otro en verdad hubiera existido. ¿Adónde había ido a parar, entonces?; y si había desplazado al viejo Marcos, ¿en dónde tenía que buscarse? A veces creía que en la escena del barco estaba la solución y bastaba establecer quién era el que se iba y quién el que se quedaba en el puerto para rearmar todo el proceso, colocando cada cosa en su lugar. Y en consecuencia, en alguna que otra oportunidad, se había inquirido acerca de los detalles que hubiera podido observar en uno y otro, con la pretensión de luego poder deducir y atar cabos hasta darse una respuesta satisfactoria. Sin embargo, los detalles no existían o, si descubría alguno, lo suponía inventado por él *a posteriori*, es decir, un engaño. Había llegado a juzgar más bien que no había detalles y que era justamente esta carencia lo significativo. Ninguno de los dos Marcos tenía casi cara y ni siquiera tenía sentimientos muy definidos. Intuía, de manera no muy precisa, que el que se iba sentía algún alivio, pero ninguno de los dos era feliz, a lo sumo eran indiferentes al destino que les aguardaba.

En los tiempos en los que temió al bifrontismo había dado por supuesto que, de superar este problema, sería irremediablemente feliz. No obstante, dejó atrás esos temores sin que esto lo acercase a la felicidad. Advertido de este hecho, alguna vez Marcos se había azuzado, en vano, intentando convencerse de que debía estar contento, o al menos satisfecho. Y ante el fracaso se había dicho, con criterio médico, que el bifrontismo había sido un síntoma efímero de una enfermedad que todavía subsistía y que podría adquirir formas muy diversas; mas esta explicación le parecía tan válida como cualquier otra.

De repente, la beba se incorporó y trató de ponerse de pie. Enojado en grado sumo porque ya la suponía dormida, Marcos movió la cuna con fuerza en una y otra dirección para evitar que se parase. La beba se cayó hacia adelante y se golpeó la cabeza contra los barrotes. El sonido que produjo el choque fue lo suficientemente alarmante como para que Marcos se lanzase presurosamente a levantar a su hija, para comprobar su estado. Delmira lloraba muy quedamente, con los ojos secos y un rictus de desesperación en la boca. Las facciones se le deformaban y la hacían todavía más fea. Hacía un tiempo que él ya casi no podía mirarla por la impresión que le causaba. Pero ahora no tuvo más remedio. Temía haber empeorado con el golpe su estado neurológico y la observó muy atentamente intentando hallar indicios del daño que le había provocado. Se reprochaba haber sido tan brusco y, al mismo tiempo, se decía que su exasperación se justificaba por el tiempo que había estado acunándola sin que ella se dignase a dormirse. La beba no lloraba abiertamente y esto lo preocupaba un poco; no obstante, como no podía hacer mucho por ella, la devolvió a la cuna. Alejandra, que estaba en el dormitorio, no había oído nada.

Otra vez dio en moverla, ahora con suavidad. Retomó la canción, más que nada con el objeto de disipar su inquietud. No hacía mucho tiempo, unos diez días atrás, Marcos había hablado con su madre, sonsacándole su opinión acerca de los rasgos faciales de Delmira, preguntándole, aunque no directamente, si los consideraba normales. Su madre se había mostrado evasiva y él, con rodeos, persistió y continuó con el tema hasta hacerse una idea de lo que en ella había. Se dio cuenta de que no pensaba casi en el asunto, y en consecuencia, ella daba por descontado que se trataba de una fealdad pasajera, rasgos peculiares de una beba, como existían en muchos otros casos. Marcos creyó corroborar con esto el poco apego que tenía su madre para con la beba. Él había atribuido esta frialdad justamente al rechazo que le provocaban las facciones de Delmira, pero en esos momentos advirtió que existían otras razones que pesaban en el ánimo de su madre. Había

en ella una indiferencia previa, anterior, ya visible tal vez cuando Alejandra estaba embarazada. Con lo cual no pudo encontrar en su madre la persona en quien confiar sus recelos. Él sentía que debía ser alguien que quisiese a la beba casi tanto como él y comprendiese entonces que en este caso no se podía usar la razón; poco menos que le asqueaba pensar que alguien le reclamara que se mostrase razonable y que aguardase tranquilamente a que el tiempo revelase la verdad.

Estaba Alejandra, pero...

Hizo pasar a Beatriz, adelantándola a dos mujeres que tenían prioridad en la lista de espera. No la conocía, y sólo se había formado una imagen de ella a partir de los pincelazos y los sucintos comentarios de Luis. La encontró más linda que lo esperado, más esplendente. La había supuesto oculta bajo determinados colores y ropas y, si bien estaba discreta, no había que hacer muchos esfuerzos para hallarle cierta belleza. La hizo sentar en tanto que él rodeaba el escritorio en busca de su asiento.

A Marcos le sorprendía en alguna medida que una mujer con una excelente posición económica lo consultara a él y se aviniera a irse hasta allí, al hospital. Y al verla sentada delante del raído escritorio de metal no dudó de que había algo discordante, y que esa presencia en ese consultorio era un hecho extraño. Tal vez se pudiera explicar por la mucha confianza que ella le tuviera a Luis y al desparpajo con que éste lo había recomendado, pero aun así no se sentía seguro y más bien se inclinaba a creer que no estaría a la altura de las circunstancias. Se inclinó hacia adelante, apoyándose en el escritorio y, a pesar de estar intimidado, sonrió.

Beatriz empezó con el raconto de su enfermedad, expresándose con una claridad y una inteligencia a las que Marcos no estaba acostumbrado. Había tenido una infección renal y ésta había derivado en una nefritis que no cedía a pesar de que se suponía que la infección había desaparecido. Le habían hecho análisis diversos y no encontraban una explicación plausible. Ella sufría de

dolores casi tan molestos como cuando tenía la infección, y se manifestó cansada de deambular por distintos laboratorios, sometida a pruebas que no parecían tener mayores justificativos.

—Los médicos balbucean —afirmó—. Y las máquinas se basan en estadísticas.

—Hay casos en los que las cosas no son tan sencillas —Marcos se defendió, previendo que tampoco haría mucho por ella. Barruntaba que aun cuando los urocultivos daban negativos, la infección persistía. Ya no eran tan extraños los casos en los cuales el agente infeccioso no se podía detectar, ni tampoco expulsar, lo que daba lugar a infecciones crónicas. Claro que estas patologías se daban en personas de baja condición social.

—Es posible que la infección persista —dijo—, y... —no supo cómo continuar.

—Pero me han hecho todos los análisis posibles, uno tras otro, y dan negativo.

—Lo que sucede es que usted, probablemente, ha ido a médicos que... atienden a determinada gente y... no tienen mucha experiencia en nuevos tipos de infecciones, que en general han surgido en otros sectores. No digo que sea seguro pero existe esta posibilidad.

—O sea que, según vos, tengo un tipo de infección que se da entre los pobres —quizá porque veía nacer una nueva esperanza en este diagnóstico, Beatriz no parecía ni asustada ni molesta.

—Estoy especulando. Tampoco una enfermedad es exclusiva de un sector, pero, comúnmente, los casos se han dado acá, en el hospital —Marcos tenía deseos de pararse y caminar un poco para distenderse. Estaba nervioso porque sentía que hablaba al garete y que se había precipitado en sus apreciaciones—. Habría que hacer varios exámenes y después de eso se podría hablar con mayor grado de certeza. Así, *a priori*, uno puede decir ciertas cosas que después no tienen nada que ver con la realidad. Lo que dije fue... un albur, algo que se me ocurrió —Marcos querría haber sido menos explícito, más misterioso, haberse encerrado tal vez en un silencio caviloso, precavido. Ahora, para llegar a la indefinición en la

que se sentiría seguro, debía hablar, desdecirse, aplacar las expectativas de uno u otro tipo que hubiera generado.

—¿Qué exámenes tendría que hacerme?

La pregunta tomó a Marcos algo por sorpresa.

—Bueno. Habría que determinarlo. Tendríamos que hacer... —estúpidamente, iba a decir que había que hacer exámenes para determinar los exámenes que correspondían—. Si me deja que la revise —Marcos se fue incorporando y otro tanto hizo Beatriz.

—Después me cuenta bien detalladamente qué fue sucediendo, paso por paso, y me muestra las ecografías y el material que tenga —siguió Marcos—. Siéntese en el borde de la camilla. Así, de espaldas —y le indicó cómo debía hacerlo. La revisión serviría para muy poco, pero a él se le había ocurrido quizá como forma de ganar algún tiempo—. Levántese la blusa, por favor —agregó.

Subyacía en él alguna curiosidad por el cuerpo de Beatriz, ya que suponía que Luis se había acostado con ella. La mujer se desabrochó los pantalones y se levantó la blusa, quedando a la vista el fin de sus caderas y sus espaldas hasta el bretel trasero del corpiño. Marcos fue dando golpecitos en la zona renal con la yema de los dedos, a la vez que iba inquiriendo en torno del dolor y trataba de obtener detalles acerca de éste.

Luego la hizo acostar boca arriba en la camilla y continuó con su revisión. Por lo que Marcos podía ver, la mujer era mucho más bonita de cuerpo de lo que cabía esperar. Y hacía lo que él le pedía con simpática resolución.

Denotaba estar dispuesta a curarse y parecía confiarse en él, cosa que a Marcos lo turbó.

—¿De dónde se conocen con Luis? —le preguntó apenas él hubo terminado.

—Del secundario.

—Es la mejor época para hacer amigos —la mujer hizo una pausa—. Todas las cosas, para que perduren, tienen que tener algo especial en los inicios —ella se incorporó y se acomodó las ropas.

—Sí. Sí —dijo Marcos, aunque dudaba acerca del objeto de sus palabras.

—El carisma inicial, el carisma fundacional; lo que hace que después las cosas sigan su curso sin ninguna razón aparente: algo así como el Big-Bang y el universo, ¿no? —y miró a Marcos como si en esto último hubiera algún pequeño mérito de su parte—. Aunque estoy pensando más bien en las parejas —aclaró—. En la amistad tal vez sea distinto.

Se sentaron nuevamente en sus respectivos lugares frente al escritorio.

—¿Me permite ver las ecografías y los análisis? —dijo Marcos apenas se hubo sentado, incapaz de acotar algo con respecto a lo que ella había dicho, tal como hubiera sido su deseo, y no porque estuviera en desacuerdo, sino porque quedó con la mente vacía y no pudo elaborar siquiera un bocadillo con el cual mostrar su aquiescencia.

Marcos fue observando detenidamente, uno por uno, el material que ella le pasaba, aunque más bien simulaba porque en parte su atención se deslizaba hacia ese futuro próximo que le aguardaba apenas terminase de ver todos los exámenes y tuviese que expedirse. Como había imaginado, era uno de esos casos en los que había cierto misterio y la lógica no llegaba a encuadrarlos. Seguía pensando que era bastante posible la existencia de una infección "invisible". Sin embargo, no tenía ninguna seguridad y ¿qué cosa nueva podía darle si ya le habían recetado, hasta atiborrarla, los antibióticos más efectivos? Mientras miraba los resultados, en un par de ocasiones echó un vistazo sobre Beatriz. Y lo que vio no lo tranquilizó en absoluto. Una mujer de su condición social no aceptaría las vaguedades ni los subterfugios que a veces utilizaba con sus pacientes; ella exigiría precisiones y un tratamiento específico, y muy probablemente lo tendría por otro incapaz de los tantos que le había tocado padecer. Una posibilidad era ganar tiempo y sacársela de encima por ese día, recetándole nuevos análisis y ecografías, pero ella advertiría en seguida las intenciones que abrigaba y, harta de exámenes de todo tipo, lo humillaría de alguna manera. Casi hubiera querido estar en una situación inversa y que ella dispusiera lo que habría de hacerse.

Por fin, después de estarse poco más de quince mi-

nutos mirando el material, demorándose en esto tanto como le fue posible, cruzó por su cabeza algo que lo decidió a empezar.

—Se están haciendo investigaciones con gente de detrás del muro y es posible que en poco tiempo se avance mucho en la cura de estas infecciones rebeldes. Si es que usted tiene en verdad una infección —se consideró obligado a aclarar.

—¿Y cómo puede saberse si tengo o no la infección?

Marcos se inclinó sobre el escritorio y, con los pies, hizo avanzar la silla. No tenía una respuesta, mas quería ser optimista.

—Supongo que eso es lo que se está investigando: por qué no se pueden detectar con los métodos tradicionales —levantó los ojos hacia la mujer—. Yo me comprometo a averiguar cuánto se avanzó en ese campo —afirmó, en tono casi lastimero—. Y... hay que descartar otras posibilidades también —agregó.

—¿Cuáles?

Marcos no esperaba esta pregunta. Había hablado de otras posibilidades más que nada para desviar en algo la atención de la mujer del tema de la infección.

—No... No sabría decirle en este momento. Pero... Voy a dedicarle tiempo a su caso. Voy a estudiar a fondo la cuestión y... —Marcos hubiera querido prometer resultados concretos, asustado por la idea de que ella se llevase una mala opinión de él, sin embargo no se atrevía a mentir e intuitivamente sabía que ella había pasado por muchos médicos como para aceptar que las cosas quedaran difusas. No pudo seguir y se quedó callado, con el ceño fruncido, consternado, buscando el modo de salir del paso.

Ella se había quedado pensativa y miraba algún punto sobre la superficie del escritorio.

—¿Hacen investigaciones detrás de ese muro? —preguntó con voz queda.

—Sé que se hacen investigaciones sobre infecciones. Otra cosa no sé. Es que ahí hay un caldo de cultivo...

Ella lo miró, interrogativa.

—Hay mucho contagio; muchos virus y muchas bac-

terias por las condiciones en que viven —aclaró Marcos. Se había dado cuenta de que ella no parecía acordar con la existencia del muro. Se preguntó si Luis la había convencido o... pensó también si el caso no había sido a la inversa, empero tuvo por algo extraño que una mujer adinerada pensase de ese modo por su cuenta.

—¿Usted es antropóloga? —se le ocurrió inquirir.

—No. ¿Por qué? —un atisbo de sonrisa iluminó su cara.

—Por... puede ser porque Luis es antropólogo y...

—Es el único que conozco.

—Sí, yo también —dijo él, y de inmediato le pareció haber dicho algo insustancial, una tontería.

—Luis debería ir al exterior. Debería hacer un doctorado en el extranjero —opinó la mujer.

Marcos discurrió que si ellos eran amantes, bien podía Beatriz convertirse en la mecenas de Luis y pagarle esos estudios en el exterior. En torno de esta idea nacieron algunas esperanzas con respecto al futuro de su amigo.

—El está bastante... —iba a decir decepcionado pero tuvo la impresión de que si utilizaba esta palabra no le haría ningún favor a su amigo, si es que ella deseaba costearle el viaje al extranjero—, está algo en el aire y necesitaría una cosa bien en firme para tomar el envión inicial... No sé...

—Es verdad también que la antropología está prácticamente muerta.

Pero la medicina no —pensó Marcos—. E inmediatamente atisbó la posibilidad de que la mujer lo ayudase a él. Le había oído decir a Luis que ella había heredado del padre hacía poco tiempo, que ahora vivía en una residencia fastuosa ubicada en lo que llamaban "el santuario", y que allí había trasladado la horca que tanto le había llamado la atención aquella primera vez. En dos o tres segundos cruzaron por su cabeza algunas ideas muy vagas acerca de la ayuda que ella le podría brindar; no obstante, bastaron para acicatear en mucho su ambición. Nervioso, se sintió impelido a agradar como fuera a la mujer, comenzando por encontrar una cura para el mal que la

aquejaba. La proximidad de la sentencia del juicio vigorizó sus propósitos.

—¿Tengo que esperar entonces a que acaben esas investigaciones tras el muro? —volvió ella al asunto que la preocupaba.

—No necesariamente —Marcos vio aquí una oportunidad— . Me comprometo a hacer lo posible y lo imposible para que usted se cure. Se lo prometo. —Llegado a este punto barruntó que debía mostrar algo más que buena voluntad—. Yo mismo estoy haciendo ciertos estudios que pueden ser muy útiles en su caso —mintió—. Porque imagínese que las investigaciones que se hacen allá no van a tener resultados prácticos en lo inmediato. De aquí a que se encuentren terapias avaladas por la comunidad científica pasa un tiempo bastante largo. Pero yo estoy buscando dentro de lo conocido, combinándolo de manera diferente, no sé si me entiende... —siguió con su mentira, entusiasmándose como si fuese verdad lo que decía, casi creyéndoselo—. Usted es hermosa —le nació decir—, y estoy dispuesto a desviar mis estudios hacia su caso en particular, se lo juro.

—Yo te lo agradezco... —el tono de voz sin embargo fue más bien de desconfianza y dio la impresión de que continuaría con alguna objeción. Alertado por esto, Marcos se lanzó a convencerla.

—Yo sé que a los médicos de hospital se nos desprecia, pero muchas veces la diferencia no está más que en la ocasión. A algunos se les presenta y a otros no. Si... Yo quisiera hacer algo por usted. Luis me habló mucho de... todo lo suyo, y me siento obligado a hacer lo que esté a mi alcance. Deme la oportunidad, ¿sí? —Marcos percibió que quizá se estaba excediendo, que quizá su actitud era contraproducente, mas no veía otra forma de seguir adelante—. Llegado el caso, yo podría donarle uno de mis riñones —dijo, casi sin pensarlo, desbocado, buscando con desesperación la frase que le abriese camino. Enseguida vio la alarma en el rostro de la mujer, que a raíz del ofrecimiento creía advertir que su caso era más grave de lo que había pensado.

—No se va a llegar a eso, por supuesto. Hablaba en

relación a un caso hipotético. No se preocupe, por favor —se apresuró a aclarar Marcos.

—Pero, ¿podría llegar a necesitar un trasplante? —el susto no cedía fácilmente.

—No. De ninguna manera —Marcos temía haberla perdido—. Quise graficarle mi interés en usted, en su enfermedad; pero de ningún modo se va a llegar a eso. Hay mucho para hacer en su caso. Si me deja algunos de los exámenes, voy a dedicarme a ellos y vamos a encontrar una rápida solución.

—Tomá lo que quieras —dijo ella, todavía preocupada, serias las facciones.

Marcos separó algunos análisis y ecografías sin demasiado criterio. Estaba tan turbado que no podía pensar; fue tomando más bien al azar. La seriedad de la mujer lo ponía violento. Arrepentido de haberse referido a la donación del riñón, quería insistir en lo altamente improbable que era la necesidad de un trasplante, aunque adivinaba que la mujer no quería oír más nada acerca de ese tema. En medio de su desconcierto, le sonrió —apenas una sonrisa forzada—, buscando alguna muestra de simpatía. Y ella débilmente le devolvió el gesto. Marcos volvió a lo suyo por unos segundos y terminó de acomodar el piloncito de cosas, colocándolo en un ángulo del escritorio.

—Ahora lo voy a encarpetar —dijo, refiriéndose al material, al tiempo que se ponía de pie, en parte por los nervios que lo dominaban, en parte porque quería dar por terminada la consulta, ya que no podría decirle a la mujer más de lo que le había dicho—. Intente estar tranquila. Eso la va a ayudar —se le ocurrió decir y mientras hablaba le cruzó por la cabeza la posibilidad de que fuese nervioso el origen de la inflamación renal—. Los nervios... empeoran todas las enfermedades —no dijo más que esto en razón de que no le pareció conveniente proponer algo nuevo al filo de la despedida.

Marcos había rodeado el escritorio y se había parado al lado de la silla de Beatriz. Ella lo miraba desde abajo y no daba señales de querer levantarse. Marcos creyó ver en sus facciones algo de inocencia, una expresión infan-

til. Juzgó que tal vez la mujer estaba aguardando a que él le corriese la silla, y avanzó hacia el respaldar con urgencia, demostrando que recién se percataba de lo que debía hacer. Beatriz se sorprendió un poco por su actitud y se puso de pie, girando hacia él.

—Gracias —le dijo, sonriendo con beneplácito y cierta dulzura.

Marcos, quien la había mirado mientras se levantaba, tuvo un fugaz deseo de tomar una de sus manos entre las suyas y tal vez besársela, o tal vez intentar un beso en la mejilla. No se animó más que a devolverle la sonrisa. La acompañó hasta la puerta, recordando en ese momento que ella vivía sola en esa casa inmensa de la que Luis le había hablado. ¿Era soltera o separada? —este interrogante le nació en tanto abría la puerta.

—Voy a analizar el material y le aviso cuando tenga una opinión más firme. Entonces viene para acá o... —se le ocurrió que podía ir él a la casa de la mujer, pero se guardó de decirlo, y ya no atinó a agregar nada.

—Hasta luego —saludó Beatriz. Y él repitió la fórmula. Cuando ella salió de su campo visual, Marcos pudo ver a las dos mujeres que quedaron desplazadas por el adelantamiento que él había hecho de Beatriz. Trasuntaban un odio a flor de piel, visible, casi insolente. Ahí cayó en la cuenta del tiempo que había estado con Beatriz. Fue adentro a buscar el listado y, apremiado, consultó su reloj. La consulta había durado más de una hora, casi una hora y cuarto.

Llamó a la primera. La mujer se levantó, tomando su cartera con brusquedad; toda su persona mostraba fastidio. Amoscado, Marcos la dejó pasar. En esos momentos anunciaron por los parlantes que tenía un llamado en Secretaría. Marcos hesitó; si iba a atender la mujer se enfadaría tanto que tal vez lo putearía, aunque, por otro lado, sentía curiosidad por el llamado.

—Ya vengo —le dijo a la mujer sin mirarla y, raudo, fue a atender el teléfono. Una suerte de menoscabo hacia esa mujer de poco rango, sobre todo luego de atender a Beatriz, lo decidió.

Era Alejandra quien le hablaba. Marcos se alejó lo

más posible de la secretaria del servicio para que ésta no escuchase.

—Recién me llamó Gonzalo, el abogado —le dijo su mujer—. Dieron la sentencia. —Hubo unos segundos de silencio—. El juicio se perdió. El monto que fijó el juez es... grande. Muy grande. La verdad es que no imaginé que...

—¿Cuánto?

Alejandra le dio la cifra. Marcos se quedó mudo, consternado. Cuando su mujer le había anunciado que existía va sentencia, no pudo evitar hacerse ilusiones, dado que ella lo había llamado allí para darle la noticia y él dedujo entonces que no podía ser tan mala. Ahora su desilusión era enorme.

—¡¿Y para eso me llamaste acá?! —le espetó, aunque conteniéndose porque la secretaria no estaba lejos—. ¡¿Era tan urgente amargarme?!

—Pensé que lo querrías saber de inmediato. Quizá querías llamar al abogado enseguida para que hiciera algo. Un recurso... No sé.

—¿Le dijiste algo vos?

—No. Él tampoco me dijo que se pudiera hacer algo.

El diálogo se prolongó unos segundos más y luego cortaron. Marcos se quedó pensativo, apoyada la mano en el tubo del teléfono, al que había colocado en el aparato. Según lo veía en esos momentos, pagar esa suma casi le arruinaría la vida de modo definitivo. Imaginaba años sombríos, estrecheces, tristezas, reproches a granel. Por un instante la imagen de Delmira cruzó por su cabeza y no pudo dejar de relacionar la desgracia con su nacimiento, como si la beba hubiera traído consigo una especie de maldición.

Para colmo lo esperaban esas pacientes que a esta altura ya debían aborrecerlo. Marcos pensó que quizás, furiosas, se habían ido; y si no era así, seguro que lo iban a increpar. Empero, sin más remedio, marchó hacia el consultorio.

Tercera parte

1

Si bien era verdad que dos días atrás les habían informado que en breve se trasladarían los consultorios de urología, esta novedad, según la cual debían mudarse de inmediato, le pareció a Marcos intempestiva, un abuso. Máxime que quien se lo comunicaba era un capataz de la empresa constructora que se encargaría de las remodelaciones, el que se había hecho presente con una cuadrilla de obreros y con máquinas. El jefe del servicio estaba ausente y Marcos fue a consultar a los otros urólogos para tomar una decisión acerca de lo que debía hacerse. Ni siquiera sabían adónde se trasladarían y los pacientes estaban citados donde siempre. Por otro lado, el capataz parecía muy decidido a llevar adelante las instrucciones que le habían impartido y poco faltaba para que, sin miramientos, diera la orden de empezar.

Los otros médicos estaban también algo perplejos, aunque se inclinaban a suponer que las autoridades del hospital estaban en conocimiento del asunto y en consecuencia no tendrían más remedio que abandonar los consultorios a la cuadrilla. Uno, sin embargo, propuso llamar a la dirección del hospital para que se les dijese lo que había que hacer. La secretaria del servicio era la menos dispuesta a abandonar su lugar de trabajo, escudándose en las computadoras y en los archivos e historias clínicas que en ellas se guardaban. Qué sucedería con el resto de las máquinas era también un misterio. Llamaron a la dirección del hospital, mas no encontraron a ninguna autoridad y quienes atendieron

aseguraron desconocer todo cuanto se refería a ese caso. Entretanto, los pacientes iban llegando y aguardaban una respuesta.

Mientras los médicos cambiaban opiniones en un quejoso conciliábulo, el capataz mandó a su cuadrilla dentro de los consultorios para que hicieran una evaluación preliminar. Al observar esto los facultativos elevaron aún más sus quejas, las que hacían hincapié en la falta de previsión, en el descalabro en que funcionaba la institución y lo poco que se los respetaba por ser, tal como dijo alguno, "medicuchos de hospital". Aunque lo que más los enojaba era la expansión del Instituto Psiquiátrico, por cuya causa se los trasladaba. Marcos permanecía callado. Hubiera querido impelerlos a que hicieran algo en un sentido u otro, pero como él tampoco sabía qué postura asumir, escuchaba con disgusto a los demás, incómodo consigo mismo y con la situación. El de mayor edad y más antigüedad en el servicio era proclive a aceptar la acción de la cuadrilla y esperar a que alguna autoridad se hiciera presente en el hospital. Dos más se hicieron eco de esta propuesta; bien que, acto seguido el veterano que la había hecho le encontró algunas objeciones, por lo que las protestas se elevaron de nuevo.

—Todo el hospital va a terminar transformándose en un manicomio —dijo uno, refiriéndose al Instituto de Internación Psiquiátrica, que crecía constantemente.

La secretaria del servicio se acercó al corrillo que formaban los médicos.

—Llegó el ingeniero de la empresa constructora. ¡Poco menos que me echó de la oficina! Dice que van a empezar porque así figura en el contrato. Ya mandó sacar las cosas. ¡Todo!, las computadoras, el material de archivo...

Los médicos se miraron entre sí y al punto se dispersaron. Cada uno marchó hacia su consultorio para salvar sus papeles y lo que tuvieran por valioso. Marcos se cruzó con el ingeniero, quien le informó que colocarían las máquinas de diagnóstico médico en un pasillo adyacente. Marcos asintió y siguió hacia su consultorio. Cuando estaba por entrar, los tres pacientes que lo aguardaban lo

rodearon con impaciencia, deseosos de saber a qué atenerse. Marcos farfulló una respuesta evasiva, ya que le daba vergüenza admitir que sólo le habían informado que debían abandonar los consultorios de inmediato y que no tenían destino fijado, por lo que eran una suerte de desalojados cuyos bártulos serían amontonados en un pasillo. Entró al consultorio y cerró la puerta cuando las quejas de sus pacientes ya subían de tono. Y, al apartarse, Marcos escuchó un insulto que atravesó la puerta. Se quedó parado, mirando en derredor.

No tenía mucho para llevarse pero comenzó a embargarlo el temor de olvidarse algo importante. Hacía memoria, sin éxito. No obstante, aquella medrosa sensación persistía, alimentada por algunos hechos que él, difusamente, tenía como significativos; sobre todo, la convicción y la premura con que había dirigido sus pasos hasta allí al confirmarse la mudanza, y la poca importancia que daba al insulto, el que en otras circunstancias lo hubiera llenado de una nerviosa e íntima indignación. Apoyó las manos en el escritorio y volcó su peso sobre ellas. Sabía que ni en ese mueble, ni tampoco en el armarito, guardaba nada importante. ¡¿Qué podría estar olvidando?! Por la razón que fuere lo invadió el deseo de refugiarse allí, en el consultorio, atrincherarse si era necesario, y resistir, al menos hasta que recordase lo que se negaba a venir a su memoria. Pensó en correr el escritorio contra la puerta y hacer oídos sordos a los golpes o a lo que le pudieran gritar desde afuera. Discurrió en que luego podría argumentar que se creía sitiado por pacientes enardecidos. Y en todo caso ya se las arreglaría para inventar algo plausible; lo fundamental para él era quedarse allí hasta recordar. De repente vino a su cabeza el agujero en la pared, el que todavía se hallaba bajo el espejo. Marcos lo sabía porque cada tanto comprobaba que siguiera allí. Seguía pensando que era producto de un balazo y era justamente esta idea la que lo hacía atractivo para él. Quería conservarlo; y en consecuencia ejercía esa especie de vigilancia acerca de su existencia. Se acercó hasta la pared y levantó el espejo. Ahí estaba el agujero; y, como otras veces, metió un dedo para palpar su interior. ¿Era algo relacionado con el agujero lo

que había olvidado? No lo creía, ya que, por mucho que lo apreciase, no podía constituir algo realmente importante. Sin embargo, pensó que las reformas acabarían con él y se sintió todavía más a disgusto con la mudanza. Sacó un poco de polvo de su interior y se sopló el dedo. Recordó que hacía ya seis años que estaba en el hospital, y debían haber transcurrido alrededor de cinco años desde que descubrió el agujero. ¿Qué podía haber de importante para él en ese hospital? Nada. Era ridículo que se preocupase. Las historias clínicas estaban archivadas en las computadoras, si era el caso que alguna en particular le importase. Y en realidad la única que tenía interés para él era la de Beatriz, y hacía años que guardaba una copia en su casa. Unos golpes en la puerta lo urgieron a salir. Pero no fue hasta la puerta. Supuso que sólo la habían golpeado para apurarlo. Sacó algunos objetos personales de los cajones del escritorio y los fue poniendo en una bolsa de plástico. Por un momento volvió a mirar el agujero; y discurrió que un obrero armado con un pico se tentaría y lo clavaría allí.

—¡Hijo de puta! —se dijo para sus adentros; y siguió guardando menudencias. Otra vez golpearon a su puerta con energía, cosa que lo sacó de quicio. Hubiera querido salir y pegarle una patada en el culo a quien había golpeado.

Y apenas el enojo refluyó un poco, se hizo el propósito de tapar con algo el agujero. Buscó con qué hacerlo, revolviendo incluso sus efectos personales, pero no encontró más que gasa. Hizo un bollito con unos cuantos trozos y lo escupió en abundancia, ya que la saliva le pareció más apropiada que el agua. Y con eso fue a tapar el agujero. Fue introduciendo con fuerza las gasas, apretando una y otra vez con el pulgar hasta que casi quedó al ras con el descascarado. No quedó del todo satisfecho e iba a buscar algo más para complementar su tarea cuando por tercera vez golpearon a la puerta, ahora con una determinación implacable; e incluso, mientras Marcos se aproximaba para abrir, alguien accionó el picaporte varias veces, aunque la puerta estaba trabada. Él apuró esos últimos pasos, un poco asustado por lo que se le pudiera reprochar. Una de sus pacientes estaba parada en el vano.

—¿Nos vas a atender? —le preguntó, ácida y confianzuda—, porque si no nos vamos.

Era una mujer de unos cuarenta años, de pelo muy cortito y cara redonda que, con voz embrutecida, habló con total desparpajo.

—Creo que no —le contestó—. Porque nos tenemos que mudar a otros consultorios y... —en el rostro de Marcos se dibujó un gesto de duda y desconcierto.

—Creo —dijo ella, despreciando esa respuesta—. Nos tenés que decir por sí o por no, si nos vamos o nos quedamos a esperar que nos atiendas.

Marcos aún no se definía. Hubiera querido sacarse esos pacientes de encima, mas tenía miedo de que alguno se quejara y el hospital tomara esto como excusa para echarlo.

—¿Y? —le espetó la mujer bruscamente, aguardando una respuesta.

Marcos la odiaba. En el vertiginoso discurrir de su pensamiento llegó a preguntarse por qué no estaba tras el muro, siendo una mujer que, según él, reunía las condiciones para estarlo.

—Esperen unos minutos que voy a hacer unas averiguaciones —dijo, y fue a buscar a la secretaria del servicio para transferirle al menos en parte la responsabilidad del asunto.

No había andado veinte metros cuando se cruzó con otro médico y le preguntó qué había hecho con los pacientes.

—Los mandé al pabellón central; a la sala de espera de traumatología, que es enorme.

A Marcos le pareció una solución adecuada y volvió sobre sus pasos.

—Vayan a esperar en el pabellón central, en el servicio de traumatología —les dijo a sus pacientes.

—Entonces, nos vas a atender —afirmó la mujer de pelo corto.

Marcos se turbó.

—Supongo que sí —arriesgó, aunque no sabía si contaría con un consultorio.

—No. Supongo no. Nos tenés que decir si nos vas a

atender —insistió la mujer, con expresión de estar basando sus palabras en un absoluto derecho.

—Vayan allá y esperen. Casi seguro que los voy a atender —insistió Marcos, que hacía esfuerzos para no salirse de las casillas, aunque estaba exasperado.

Y siguió su camino, entrando al consultorio a buscar la bolsa con sus efectos personales antes de que llegaran los obreros. Ya no creía que pudiera hacer nada por el agujero. Apenas entró se dio cuenta de que la bolsa no estaba arriba del escritorio, donde la había dejado al irse. Nervioso, barruntando que lo habían robado, se puso a buscarla en los cajones y en el armarito, a sabiendas de que no la había guardado. Advirtiendo que la puerta había quedado abierta, fue a cerrarla. No quería testigos de su búsqueda, de su ofuscación. Sin embargo, ya no tenía dónde buscar y se quedó parado, pensando qué hacer, a quién dirigirse para hacer un reclamo o denuncia. Nada de lo que había guardado en la bolsa tenía valor, pero de cualquier manera el hecho lo violentaba muchísimo. ¿Lo había robado un obrero, o un paciente?, ¿tal vez la mujer de pelo corto como una forma de revancha contra él?

Ya no tenía nada que hacer en ese consultorio. Antes de irse puso el espejo sobre el agujero, casi por un prurito pudoroso. Salió del consultorio y echó unas ojeadas a los bancos del corredor que hacía las veces de sala de espera. Luego fue hasta la secretaría en donde expuso lo que había ocurrido con sus pertenencias.

—Pregúntele al capataz —sugirió la secretaria—. Pero doctor —continuó—, ¿usted dejó la bolsa sobre el escritorio y la puerta abierta?

Marcos no atinó a responder.

—¡Usted también! Con el lío que hay hoy no es nada raro que se la hayan robado. ¿Tenía cosas de valor?

Marcos se demoró en contestar porque no quería que se le restara importancia al asunto. Había imaginado que la mujer de pelo cortito era descubierta con sus pertenencias y la llevaban detenida. Y esa imagen le placía tanto que abrigaba al respecto cierta esperanza.

—Eran mis cosas —dijo por fin—. No tenía nada de valor pero...

—O fue uno de los obreros, o fue uno de esos locos que andan por todos lados. Yo no sé como el director del hospital lo permite. Ya estoy cansada de verlos caminar por los pasillos. Deambulan por acá, por allá, y en cualquier momento pasa algo. Los de psiquiatría dicen que los que andan sueltos son casi normales, pero no sé... —ella lo miró por un instante—. El hospital no puede convertirse en un loquero.

—Hoy no vi ningún loco por acá. Y los obreros estaban sacando los muebles de los consultorios del otro pasillo. Tiene que haber sido un paciente. Seguro. O varios que se pusieron de acuerdo y se repartieron las cosas —Marcos calló por un instante y se quedó pensativo, con el ceño fruncido—. Vengo en un ratito —agregó, y marchó de la secretaría a buen paso.

Atravesó un pasillo y un patio descubierto y entró en el edificio central. Estaba convencido de que la mujer de pelo cortito le había robado la bolsa, y que, eventualmente, podía tener como cómplices a los otros dos pacientes. Recordaba claramente que cuando se había alejado un trecho de su consultorio, hasta encontrar al otro médico, sus pacientes habían quedado cerca de la puerta, formando un grupito, y era casi imposible que alguien hubiera entrado sin que ellos lo advirtieran. Tenía incluso la esperanza de descubrirlos justo cuando se estuvieran repartiendo sus pertenencias. Y para ello fue aproximándose a una pared a medida que se acercaba a la sala de espera de traumatología, intentando no ser descubierto. Justo en la entrada de la sala una pareja de médicos charlaba animadamente y Marcos aprovechó para pararse detrás de ellos y, con disimulo, espiar desde allí. Descubrió a sus pacientes en un ángulo de la sala, en la primera fila de sillas y bien a un costado. Él veía sus nucas y aparentemente estaban muy quietos, cada uno en lo suyo. Aunque esto acicateó todavía más a Marcos, quien creyó advertir en esa actitud una astucia fría, taimada, el colmo de la felonía, una burla descarada. Se abalanzó sin más, apremiado aún por la idea de sorprenderlos y obtener entonces una ventaja decisiva. Se fue acercan-

do por el corredor que quedaba entre las sillas y la pared, tratando de ser rápido y sigiloso al mismo tiempo. Cuando llegó a la altura de la fila de sillas en que estaban ellos, se detuvo y los observó con el fin de descubrir algún indicio de sus pertenencias. No vio nada y se fue aproximando sin saber con qué empezar.

—¡Ah! Doctor —dijo la mujer de pelo cortito, descubriéndolo—, ¿ya nos atiende?

Marcos había olvidado este aspecto del asunto y la pregunta lo desacomodó.

—Si es que encuentro mis cosas —respondió, reaccionando merced a la idea de vincular una cosa con otra y realizar una suerte de chantaje sobre los pacientes, por el cual se avenía a atenderlos si aparecían sus cosas.

—¿Qué cosas? —le preguntó la mujer, que mascaba chicle.

—Las que me robaron.

—¿Ahora lo robaron?

—Sí. Recién —y Marcos miró los bártulos de sus pacientes.

—¡Nosotros no le sacamos nada! —chilló la mujer—. Si ni siquiera pudimos entrar a su consultorio porque no nos atiende. Así que acá no venga a buscar nada.

—Si no aparecen mis cosas no los voy a atender.

—¡No tenemos nada que ver con sus cosas! —terció la otra mujer, poco menos que ladrando; una cincuentona que hasta ese momento había permanecido muda.

—Es que ahí tenía instrumental y... lo necesito para atender —Marcos retrocedió en parte y se armó de una excusa que le pareció plausible.

—Que nos atiendan las máquinas. Igual ustedes sirven para muy poco —se expidió la cincuentona.

—Claro —apoyó la de pelo cortito—. Si ustedes ya están de más.

Ante esto, Marcos se apreció en una posición muy débil.

—Las máquinas son un complemento —dijo, recordando las palabras de un profesor—. Y siempre van a ser sólo eso: un complemento —y al decir estas palabras se

envalentonó un poco—. Y necesito mis cosas. Es así —y sacudió la cabeza, convenciéndose—. Es un hecho. ¿Ustedes...?, quizás vieron mis cosas.

—No vimos nada. Y no robamos nada. No tiene ningún derecho de acusarnos.

—Estaban muy cerca de la puerta del consultorio cuando me fui.

—¡¿Qué?! ¿Nos está tratando de ladrones? —la mujer de pelo cortito se puso de pie, ahora sí muy ofendida.

Marcos retrocedió un paso y les echó una mirada. El viejo, que era el tercer paciente en cuestión, se reía beatíficamente y se diría que estaba lelo y no entendía lo que ocurría.

—Voy a elevar un informe al director del hospital —dijo, en parte porque temía que el asunto terminara en un sumario contra él y quedara cesante.

—Y con eso, ¿qué? Vos no sos quién para determinar si una robó o no robó.

Marcos creyó ver en estas palabras casi una confesión y durante unos instantes se afanó por encontrar la manera de acorralarla. El viejo se paró, manteniendo su tonta sonrisa.

—Yo me guardé esto. Nada más —dijo el viejo, y sacó de un bolsillo interior del saco una toallita.

Marcos se quedó azorado. Reconocía su toalla. En ningún momento había creído verdaderamente que sus pacientes lo pudieran robar. Unos segundos antes creía que descubrirlos sería su mayor victoria; ahora que tenía las pruebas irrefutables de que habían sido ellos se sentía por completo derrotado. No había en sus pacientes el más mínimo vestigio de respeto hacia su persona, y esto lo desmoralizaba enormemente. Estaba demudado.

—Yo me quedé nada más con esto porque como no tengo cartera no tenía donde guardar —aclaró el viejo estúpidamente.

Marcos retrocedió otro paso. Su boca se torcía en un gesto de incredulidad, quizá también de asco.

—Capaz que usted no la usa y me la puedo quedar —siguió el viejo, y una sonrisa algo pícara le iluminó el rostro.

—¡¡Viejo boludo!! —estalló la mujer de pelo cortito— ¿¡A qué tiene que abrir la boca!?

—¡Pavote! —acompañó la cincuentona, blandiendo la cartera y empujando con ella al viejo, indignada.

Marcos no podía salir de su estado de confusión. No pensaba en recuperar sus cosas sino, embrionariamente, en el mal que podía causarles a esas dos mujeres.

—¿Me la puedo quedar? —insistió el viejo dirigiéndose a él y acercándose hasta casi tocarlo.

Esta aproximación desagradó a Marcos.

—Sea compasivo, muchachito. A mí me viene muy bien —siguió el viejo, y tendió su mano hacia el rostro de Marcos, intentando una caricia. Marcos rehuyó la cara, pero el viejo se dio maña para darle un pellizcón en el mentón. Esto hizo recaer en el viejo el odio que Marcos había acumulado contra las mujeres.

—¡¿Pero qué hace?! ¡Viejo idiota! —Marcos se contenía para no pegarle una trompada—. ¡¿Para qué me lo dijo, boludo?! —ahora Marcos se daba cuenta de que hubiera preferido no saber quién le había robado. Se advertía en una posición muy difícil y no tenía idea acerca de lo que debía hacer. Subyacían en él ciertos interrogantes: ¿debía dar cuenta a la policía o contentarse con recuperar sus cosas?, ¿debería atenderlos o negarse absolutamente, indignado contra ellos? Ni siquiera podía pensar en torno de estas cosas y sabía que debía tomar decisiones inmediatas, lo que acentuaba su mal humor y la inquina que había cobrado contra ese viejo.

—Pero si yo estoy de tu lado, muchachito —y el viejo volvió a estirar una mano hacia su rostro. Marcos apartó violentamente ese brazo que se adelantaba hacia él y empujó al viejo, haciéndolo trastabillar.

—¿Vio? —la mujer de pelo cortito aprovechó para ensañarse con el viejo—. ¿Para qué habló? ¡Cobarde! ¡Cagón!

El viejo había caído sobre la cincuentona y ésta lo empujaba de mala manera para sacárselo de encima. Marcos echó una ojeada sobre las mujeres. Le costaba creer que pudieran ser tan caraduras, y al mismo tiempo este caradurismo lo intimidaba, lo cohibía. Y aunque es-

taba algo exaltado por su acción en contra del viejo y sentía en su cuerpo la vitalidad que le daba ese relativo triunfo, no podía enfrentar a esas mujeres. Se amilanaba al saberlas capaces de una defensa que se basaría en bravuconadas y que no contemplaría urbanidades ni pruritos.

—Yo no le voy a devolver las cosas —se apresuró a advertir la mujer de pelo cortito.

Por unos segundos Marcos la miró, sin atinar a responder nada.

—Bueno, si nos atiende, tal vez se las podamos dar —condescendió en seguida ella, riéndose—. ¿Nos vas a atender al fin de cuentas, o no? —y la mujer volvió a tutearlo, tal si su ofensa se hubiera disipado y estuviera de nuevo en confianza.

Marcos siguió callado, incapaz de decir algo.

—Si ellas no le dan las cosas, yo tampoco —el viejo, que se había quedado a un costado, volvía a la carga.

—¡Cállese! Viejo zonzo. Que estamos charlando con el doctor —y la mujer de pelo cortito miró a Marcos, sonriente, casi aduladora.

—Hay que devolverle las cosas —intervino la cincuentona. Y abrió su cartera. Sacó de allí la bolsa con algunas de las pertenencias de Marcos.

La mujer de pelo cortito abrió la suya y extrajo varias cosas, que fue agregando a la bolsa. No perdía por esto su aire risueño.

—Vamos, viejo. No se haga el vivo y ponga la toalla —la mujer de pelo cortito era inapelable.

El viejo miró a Marcos y una amplia y zalamera sonrisa le iluminó el rostro. Marcos no podía establecer si era lelo o una suerte de bribón que no estaba del todo en sus cabales. Finalmente puso la toalla en la bolsa.

—Supongo que ahora estará contento —le dijo el viejo en tono de reproche.

Marcos empezaba a sentirse culpable cuando intervino la mujer de pelo cortito.

—Pero si son sus cosas. Y usted ¿qué se piensa? Si ya nadie regala nada. Eso quedó allá atrás, en la historia. Usted se quedó... —y la mujer hizo un ademán con el

brazo con el que graficó el hundimiento en el pasado. Y acto seguido se volvió hacia Marcos y le entregó la bolsa.

—¿Sabe qué pasa, doctor? —de nuevo lo trataba de usted—. Que usted es muy joven y se confía demasiado... —le echó una ojeada—. ¿Qué edad tiene?

—Treinta y uno.

—Yo le daba como cinco años menos. Tiene cara de pibe, doctor. Seguro que es porque usted anda detrás de las chicas todo el tiempo y se mantiene en forma. Ahí sí que las máquinas no los pueden reemplazar —la mujer sonreía todo el tiempo—. ¿Está casado?

Marcos se demoró unos instantes en contestar.

—Sí. Tengo una hija de cinco años —se apresuró a aclarar como para desviar la conversación del curso que llevaba.

—Qué linda debe ser.

Marcos sonrió.

—Discúlpenme. Me tengo que ir a la secretaría del servicio para hacer unas averiguaciones —Marcos encontró el hueco que necesitaba para irse—. Vuelvo en un ratito y los atiendo —dio media vuelta y se alejó, caminando rápido.

—Venga rápido —le gritó la mujer de pelo cortito.

Marcos iba asqueado consigo mismo. Estaba más que harto del hospital y sin embargo no le quedaba más remedio que aferrarse a él con todas sus fuerzas. Caminaba con la bolsa en la mano sintiéndose ridículo, menesteroso. Sospechaba que había hecho las cosas al revés; se había molestado en exceso para recuperar una bolsa con cosas de escaso valor y, ante la evidencia del robo, se había mostrado increíblemente pasivo, acobardado. No podía creer que no se hubiera aprovechado de la situación para aplastar a la mujer de pelo cortito, por empezar, dando cuenta a la policía. Volvían ahora a su discurrir aquellas fantasías en las que la mujer gimoteaba de impotencia al ser descubierta. ¡Y hubieran podido convertirse en realidad si él hubiera actuado con la energía que correspondía! Claro que ella —según él se decía— había sido muy astuta y lo había descolocado por completo al volverse simpática y obsequiosa. No podía con-

cebir cómo se había dejado engañar. Todavía podía realizar una denuncia, pero esta posibilidad no lo sedujo en lo más mínimo. Llevaba ya la bolsa consigo, cuya manija aferraba mientras cruzaba los largos corredores, y temía que de una u otra manera el asunto, si es que hacía la acusación, terminase con su despido.

El hombre, canoso y con unos grandes bigotes, estaba sentado muy cómodamente en el largo sillón y desde allí sonrió a Alejandra con la beatitud de un patriarca. Estaba cubierto con una bata por debajo de la cual aparecían sus gruesas piernas, las que apoyaba en el último tramo del gran sillón de cuero. Tenía unos pies enormes, anchos y peludos. Alejandra se inclinó sobre ellos y se puso a trabajar. El hombre parecía feliz como un chico.

—Descuidé la estética mucho tiempo y es hora de que me ponga al día —dijo, atronando con su vozarrón el pequeño gabinete en el que se encontraban, armado con endebles tabiques—. Me encanta que se ocupen de mí —afirmó mientras miraba insistentemente a Alejandra y se acariciaba los bigotes—. Después me voy a acicalar los mostachos, y tal vez me haga hacer un masaje —afirmó, hablando en parte para sí mismo.

Alejandra estaba muy concentrada en lo que hacía y no levantaba los ojos.

—Me dijeron que es usted médica.

Alejandra se sonrojó.

—Sí —contestó.

—Es toda una garantía para mis pies. ¿Qué especialidad tiene?

—Soy dermatóloga —Alejandra mostró en su tono cierto fastidio, como si sacar a luz su especialidad la ofendiera.

—Tiene el pelo rojo como mi sobrina. Pero ella estudia algo relacionado con la nutrición. ¡Total!, que va a terminar siendo cocinera —y una gran carcajada le sacudió el cuerpo.

—¡Por favor! No se mueva que lo puedo lastimar.

—Discúlpeme. Pero realmente me tenté con el asun-

to. Tanto palabrerío y al final corriendo tras un huevo frito. ¡Ay! —gritó el hombre—. ¡Tenga cuidado!

—¡Discúlpeme!

—¡Pero me cortó, carajo!

—No. No es nada. Es que usted se movió.

El hombre se inclinó hacia adelante para mirarse los pies.

—Tiene que cortar nada más que en el callo —el hombre la miraba con disgusto.

—Sí. Sí. No se preocupe —Alejandra temió por unos instantes que el hombre la emprendiera contra su título.

Él se volvió a recostar, aunque seguía un poco tenso.

—Realmente me dolió.

Alejandra no levantó la cabeza.

—Detesto lo que no sea un trabajo bien hecho.

Esta vez Alejandra lo miró con odio, cosa que el hombre advirtió y le pareció inadmisible. Indignado, se bajó del sillón, en una reacción del todo inesperada para ella.

—Exijo que me atienda otra chica. No tengo por qué tolerar tu mal humor.

Al hombre, parado, el gabinete le quedaba chico. Y desde allí la miraba, esperando que cumpliese con su mandato. Alejandra dudaba.

—No va a volver a ocurrir. Fue una distracción de un segundo y... Pero si quiere, llamo a otra chica.

—Por favor. Es lo que te estoy pidiendo.

Alejandra se marchó y fue a hablar con la coordinadora. Casi tenía deseos de llorar. ¡Ni siquiera servía para esto! Y las otras chicas sin duda iban a gozar con el fracaso de "la doctora".

Pero incluso en medio de su aflicción se acordó de que había pensado en llamar a Marcos para recordarle que tenía que buscar a Delmira al preescolar. Miró su reloj. Ya habían transcurrido más de cinco minutos del horario de salida, pero aun así se dijo que luego de hablar con la coordinadora llamaría para asegurarse de que Marcos hubiera ido.

Alejandra le explicó la situación a la mujer, intentando evitar que ella tomase cartas en el asunto y fuese a

hablar con el cliente. Quiso hacer pasar el pedido de cambio como una suerte de capricho del hombre. Y, mintiendo como jamás lo había hecho, dijo que era posible que a él le disgustasen las pelirrojas y por prejuicio las evitara. A pesar de lo nerviosa y emotiva que estaba, pretendió hablar de tal modo que el asunto pasara por algo trivial, esforzándose por lograr el tono de un comentario sin importancia. No obstante, no logró convencer a la coordinadora, quien de inmediato partió hacia el gabinete donde el hombre aguardaba.

Alejandra aprovechó la ausencia de la mujer para llamar a su casa. Calculaba que muy difícilmente Marcos estuviera ya de regreso, pero de cualquier manera quiso cerciorarse. Cuando Marcos la atendió, se sobresaltó malamente.

—¡Marcos! ¿¿No fuiste a buscar a la nena?!

—¡¡Uy!! ¡Salgo ya!

Marcos colgó y salió corriendo. Mientras atravesaba el corredor del edificio miró la hora. Ya estaba retrasado más de diez minutos, sin contar el tiempo que le insumiría llegar al colegio, que estaba a cuatro cuadras. No podía creer lo rápido que había transcurrido el tiempo desde que miró por última vez el reloj y faltaban todavía cuarenta minutos para la salida de Delmira. Se había entretenido en exceso en el informe que preparaba para el jefe del servicio al intentar un ambiguo equilibrio que le asegurase no quedar mal con nadie.

Y ahora corría, pero a disgusto, enojado por apurarse tanto en pos de Delmira. Lo vivía como si su apuro fuese una demostración de fuerzas de su hija y ella se le estuviera imponiendo. La imaginaba llorando, pero no sentía lástima por ella sino que, por el contrario, veía en ese llanto —por mucho que fuera por ahora sólo parte de su fantasía— una de las armas de sometimiento que su hija empleaba. Y lo que más bronca le daba, mientras corría a buena velocidad, era que ya ni siquiera necesitaba llorar, bastaba que él lo imaginase. Bajo su discurrir, yacía un interrogante: ¿por qué no caminar tranquilamente hasta llegar al colegio? Tres o cuatro minutos más o menos no cambiarían la cuestión. Él hubiera querido

ser otra persona, una que caminara serenamente hasta el colegio. Y tenía a esa persona como a un ideal de vida, aquel que llegaría a ser en el futuro si es que todo marchaba tal cual sus deseos.

Se figuraba que la maestra le reprocharía su retraso y que, muy probablemente, ya estaría haciendo comentarios insidiosos de su persona delante de Delmira. Si es que se había quedado porque tal vez había dejado a la nena con la portera. En su carrera —y Marcos ya estaba muy agitado—, saltó por encima de un charco, pero lo hizo con tanto ímpetu que cayó sobre el siguiente charco y no tuvo más remedio que meter un pie, por lo que salpicó para todos lados. Por temor a no poder saltar el primero se había excedido y había errado el cálculo por medio metro. Y al verse salpicado con el agua sucia más todavía deseó ser aquella persona que, sin culpas y segura de sí misma, caminase tranquilamente. Tenía las botamangas del pantalón, sobre todo una, muy manchadas; pero corrió esos últimos veinte o treinta metros más rápido aún, como si tomase impulso para subir las escalinatas del colegio.

Tuvo que esperar a que le abriesen la puerta mediante un portero eléctrico, y entonces sí, salió como una exhalación hacia el primer piso, en donde estaban las salas de preescolar. Delmira estaba en brazos de la directora del instituto, llorando desconsoladamente. Agitado, aunque ahora caminaba y trataba de disimular lo que había corrido, Marcos se fue acercando hasta su hija, quien, luego de echarle un vistazo como para asegurarse de que lo que le dijo la directora era verdad, volvió a echarse sobre la mujer, redoblando su llanto. Atribulado por este rechazo, Marcos se detuvo a un par de metros de ellas, en parte aguardando a que la directora tomase la iniciativa. Y al instante ella la tomó, haciéndole un gesto imperativo con la cabeza para que se aproximase.

—Qué nena llorona —le dijo la mujer, y se la pasó con un movimiento decidido.

Marcos la tomó al tiempo que buscaba con qué excusarse para justificar la demora.

—Tuve un problema con el tránsito y... —iba a decir que había chocado con el auto pero, como carecía de él,

receló que pudiera ser descubierto. Dio un paso atrás, e iba ya a despedirse.

—¿Usted es médico?

Estuvo a punto de decir que no. Frunció el ceño y echó sobre la mujer una mirada interrogativa.

—Quería hacerle una preguntita —empezó la directora.

Marcos asintió, a pesar de lo que pesaba Delmira, que era muy grandota para sus cinco años.

—Las mujeres, ¿tenemos próstata?

Marcos la miró con asombro. Era una pregunta extraña en una mujer de su edad.

—No.

La directora pareció consternarse por la respuesta negativa.

—Es que... Yo estoy segura de tener próstata.

—Pero. No... —Marcos no se atrevía a contradecirla de manera brusca—. No puede tener próstata —dijo, de todas formas.

Por un instante, el rostro de la mujer se iluminó con un destello de esperanza, pero fue devorado de inmediato por una inquieta, oscura preocupación.

—Tengo próstata. Y el mío es un caso especial. Yo lo sé. Me ha tocado una cruz —la directora movió la cabeza, en un gesto de preocupación—. Pero tiene que haber un remedio. O por lo menos... Mire, ya de chica yo sentía algo raro y no me atrevía a contarlo. Y ahora mismo no me atrevo a ir a un médico a decirlo. Pero es un hecho que tengo una próstata ahí. Lo sé por los trastornos que tengo. Por los síntomas.

—¿Qué síntomas? —Delmira se había calmado un poco y Marcos, apenas hubo preguntado, se agachó para depositarla en el suelo. Sin embargo, la nena se aferró a él y recrudeció su llanto.

—Ya pasó. No es tan grave, ¿no? —Marcos se enojó con su hija. Aunque, contradiciendo en alguna medida sus palabras, se enderezó con ella en brazos.

—Se me escapa el pis, por ejemplo —le dijo la mujer, acercándose para hablar en un murmullo, cerca de su oreja.

Marcos se hubiera sonreído si no se hubiera encontrado con una mueca de angustia que, patética, se dibujó en el rostro de la mujer. Ella tenía una nariz grande, aguileña, y unos labios muy pintados de rojo. Los ojos, claros y chiquitos, se hundían en unas cuencas entre moradas y negruzcas. Cuando hubo que inscribir a Delmira en un jardín, un vecino les había asegurado que era una mujer brillante, y esta prefiguración que tenía de ella aumentaba la confusión de Marcos.

—No tiene por qué tener próstata para que se le escape el pis. Usted...

—Es que tengo la próstata. Tengo una ecografía en la que aparece. El médico no me quiso decir nada por delicadeza, pero ahí está, bien visible.

Marcos hizo una mueca indefinible y asintió. Delmira le pesaba y no quería discutir con la mujer sino marcharse.

—Entonces hay que extirparla —afirmó, queriendo ser cruel; pero con lo que dijo no quedó para nada satisfecho—. Quizá haya que sacar también útero, ovarios, vejiga, todo —hubiera querido seguir enumerando pero encontró en esa palabra "todo" una amenaza bastante grata.

—No pienso sacármela. Ni lo sueñe. Seguramente usted quiere llevar todo a un congreso médico para lucirse, pero no me va a tener de cobayo. No pienso mostrarle tampoco la ecografía.

—No le pedí nada, señora.

—Pero usted quiere castrarme.

—No. No dije nada que...

—No voy a renunciar a lo que soy ni a lo que tengo.

Delmira, en su desesperación por llamar la atención sobre sí, le pegó a Marcos una patada, que arrancó de éste una exclamación.

—¿Vio qué malcriada que es? —se apresuró a decir la directora.

Marcos la bajó de mal modo. Delmira lloraba como si se supusiese en una absoluta indefensión.

—Es llorona a más no poder. Todo lo consigue llorando.

—Bueno. Vamos —Marcos quiso aprovechar la situación para irse.

—Nos gustaría que usted o la mamá lleven a la nena a una consulta en el gabinete psiquiátrico. Delmira tiene problemas que consideramos preocupantes. No es posible que una nena de su edad llore tanto. Es insoportable. Y no alcanza los objetivos que se plantean. Es lerda. No sé... Tiene una torpeza en el cuerpo que es llamativa. Haga una consulta, por favor.

A medida que la mujer hablaba, crecía en Marcos la inquietud y el deseo de marcharse. Esas palabras constituían para él una gran desilusión. Nunca había dejado de alimentar sospechas acerca de cierta tara mental, por pequeña que fuera, mas con el correr del tiempo y frente a las conductas de su hija que podían encuadrarse como normales, casi había dado por seguro que el problema residía más bien en su oscura fantasía, la que había encontrado pábulo en ciertos defectos de crianza, culpa de Alejandra sobre todo, que se hacían visibles en la nena.

—Espéreme un momentito que le traigo la tarjeta del lugar donde tiene que hacer la consulta —y la mujer entró en la dirección.

Ahora Marcos estaba indignado contra Alejandra. Pensaba que la ceguera de ella lo había inducido a caer en el mismo error. Se sentía humillado, en parte por la hija que tenía, en parte por la forma en que se enteraba, a través de una mujer extraña. Era increíble que permaneciese oculto a los ojos de los integrantes de la familia algo tan visible y seguramente cotidiano. Estaba dispuesto a coincidir con la directora, a darle la razón en lo que a su hija se refería, e incluso deseaba dejar sentado que desde el primer día de vida de Delmira él había sospechado la verdad. Por unos instantes echó una mirada sobre la nena, preguntándose qué harían con ella y si sería necesario mandarla a un colegio especial.

—Tome —la directora le extendió una tarjeta—. Son psiquiatras que saben dar con la medicación adecuada.

Marcos la guardó cuidadosamente en el portadocumentos.

—Háganme llegar el informe de los médicos. Así nosotros podemos tomar una decisión.

Marcos asintió y, apresurado, se alejó, llevando a Delmira de la mano, en parte arrastrándola porque ella seguía llorando. Ya en la vereda, se hizo presente en su pensamiento la última frase de la mujer. ¿A qué decisión se refería exactamente? ¿Estarían por echar a Delmira del colegio? Más bien creía que, en un tono muy firme, sugerirían que la llevaran a un colegio diferencial. Él pensó incluso en la posibilidad de un internado. Habían hecho una cuadra y media y Delmira seguía llorando. Exasperado, Marcos la conminó a que terminara, al tiempo que le daba una fuerte palmada en la cola. Sin embargo, ella lloró más fuerte.

—¡Tonta! —le gritó, pero otra vez fue contraproducente y el llanto cobró mayor vigor—. ¡Te dejo acá! —le dijo, y le soltó la mano y apresuró el paso. Casi trotando llegó hasta la esquina y cruzó la calle. Delmira quedó del otro lado. Marcos escuchaba sus chillidos, mas siguió su camino sin volverse, ahora caminando. Estaba seguro de que no cruzaría sola la calle, y esto mismo acrecentaba su desprecio hacia ella. A medida que se alejaba crecían tanto su angustia por lo que estaba haciendo como la ilusión de no verla más y librarse entonces de todos los problemas que le causaría. Era absolutamente cierto que Delmira era una malcriada insoportable que lloraba por cualquier cosa y que los torturaba a ellos por el más mínimo disgusto que sufría. Él estaba harto, por lo que en alguna medida se sentía escapando de ella más que abandonándola. Y volver significaba doblegarse ante el poder de su hija, reconocer que ella era la más fuerte. Y esto lo rebelaba, con más vigor todavía cuando pensaba que ella era una fronteriza. ¿Me voy a dejar pisar por una retrasada? —se dijo en un momento. Había llegado ya a mitad de cuadra y el llanto de Delmira no se escuchaba, aunque Marcos lo adivinaba y no estaba muy seguro de no oírlo. Pero continuaba caminando y no podía parar. Algo lo impulsaba a seguir, pese a que su voluntad flaqueaba y empezaba a sentirse espantado de lo que estaba haciendo. Temía que alguien advirtiese la situación y lo corriese. Imaginaba que en este

caso lo insultarían de arriba abajo y, para peor, lo humillarían sin que él pudiese esgrimir nada admisible en su defensa. Esta idea lo puso todavía más violento. De alguna forma que no podía establecer, más tarde, el testigo lo pondría en evidencia ante Alejandra y la furia de su mujer ante lo que había hecho sería indescriptible. ¡Tenía que volver! No obstante, seguía caminando, ya no impulsado por un sentimiento de revancha contra su hija, sino por una suerte de capricho o tal vez de lealtad al Marcos que se había propuesto llegar al menos hasta la próxima esquina. Su convencimiento de que Delmira no cruzaría la calle se debilitaba. No le faltaban más que unos metros para alcanzar la esquina y los cubrió al trote. De inmediato se apoyó en la pared de la ochava. No sabía qué hacer. Se asomó para ver a Delmira. No la vio. Alarmado, fue apartándose de la pared, observando con atención la esquina en donde la había dejado, una cuadra y una calle más allá. Llegó hasta el cordón de la vereda sin divisarla. Echó a correr como un poseído, presa del miedo. Imaginaba que se la habían llevado y que el asunto terminaría en un entuerto mayúsculo. De repente, cruzó por su cabeza la posibilidad de no ver nunca más a su hija y se desesperó. Seguía sin divisarla.

Llegó a la esquina y allí detuvo su carrera. La descubrió en la vereda de enfrente, a unos treinta metros de donde él estaba, sobre la calle transversal. Estaba junto a un hombre mayor, quien le conversaba. Marcos cruzó la calle corriendo. Quería llevarse a Delmira y evitar en lo posible las explicaciones.

—¡Papá! —gritó Delmira al verlo.

Marcos intentó llevársela sin más trámite y la tomó de la mano.

—¡Momentito! —le dijo el hombre, haciéndole un ademán para que se sosegase—. ¿Estás segura de que es tu papá? —se inclinó sobre la nena y le preguntó, sin soltarle la mano.

Delmira asintió, entregada a los últimos estertores del llanto.

—¿Y por qué estaba acá la nena sola, llorando? —el hombre miró a Marcos con desconfianza.

—Tuve que ir a la otra cuadra y... —Marcos tiró de la mano de la nena como para alejarse con ella, pero el hombre no le soltó la otra mano—. Se me volaba un documento muy importante —dijo con voz temblorosa, aunque no había viento.

—La niña estaba abandonada.

Marcos tuvo la impresión de que, poco más o menos, el hombre se refería a una figura legal que le daba cierto derecho sobre Delmira.

—¡Pero si estaba enfrente! ¡Y es mi hija! —Marcos ahora dio un tirón más fuerte y logró que el hombre soltase la otra mano de Delmira—. Vamos —la azuzó para que ella también se apresurase a poner distancia. Y se alejaron al trote.

—¡Sos una porquería de padre! —le gritó el viejo, con una voz llamativamente estentórea para sus años y su físico más bien enjuto.

Por dos cuadras no dejaron de trotar. Marcos quería impedir que el hombre, siguiéndolos a la distancia, averiguase donde vivían. Delmira no se prestaba de buena gana a la carrera y él debía llevarla un poco a la rastra. Finalmente la subió en sus brazos y, doblando la esquina, recorrió el último trecho, casi una cuadra, hasta llegar al edificio en el que vivían. Entró, convencido de que el hombre no podría saber dónde habían entrado.

Sintiéndose seguro, su ánimo se distendió. Miró a Delmira a la cara, quien ya no lloraba, y algo lo hizo reír. Su hija, sin embargo, no lo acompañó. El siguió riéndose a costa del ceño fruncido de ella y de sus visibles ganas de llorar. Entraron al departamento. Marcos se reía todavía cuando llegó a sus narices un indisimulable olor a caca.

—¡Delmira! —le dijo, al tiempo que le espiaba el culito y descubría una buena mancha marrón en la bombacha—. Ya sos grande, asquerosa, para cagarte encima— le espetó, haciéndose presente de nuevo en él lo que la directora le había dicho. Esa caca, para Marcos, era casi una prueba de los problemas cerebrales de su hija. Con bronca, pensó que apenas si tenía control de esfínteres y que a la menor cosa la mierda se le escapaba. ¿Cuál

sería el grado de su deficiencia? Sabía que en ese gabinete psiquiátrico le harían un test con el que supuestamente obtendrían una información objetiva, una medida numérica en una escala. Pero Marcos desconfiaba de ese gabinete al cual la directora los enviaba; barruntaba que adaptarían su diagnóstico a la conveniencia del colegio, buscando ambos el modo de sacarles el mayor dinero posible. Lamentaba que Luis se hubiera marchado al interior unos años atrás. Hubiera querido que estuviera en la ciudad y pudieran verse. De ser así, su amigo podría dar una opinión bastante imparcial acerca de Delmira. Marcos calculaba que un amigo como Luis era ideal para esas apreciaciones en torno de los hijos: carente de lazos sanguíneos pero a la vez una persona que habría tratado a la nena con alguna asiduidad, lo suficiente al menos para dar una opinión con mayor fundamento que unos médicos que, de seguro, despachaban a decenas y decenas de pacientes por día, cada uno con sus pastillitas en el bolsillo. Marcos odiaba a los psiquiatras y a los genetistas por el poder que habían cobrado, lo que llevaba a muchas especialidades casi a los lindes de la medicina, a un margen bastante desolado; sobre todo porque a lo anterior se le aunaba el continuo avance de las máquinas y computadoras de diagnóstico.

Marcos le quitó a Delmira los pantalones y la bombachita. La hizo sentar en el bidet y abrió el paso de agua. La nena se había calmado, empero seguía enfurruñada y había reclamado a su madre en un par de oportunidades. Mientras estaba sentada en el sanitario, Marcos la observaba. Tenía un pelo rubio aunque ya lindante con el castaño, largo y ondulado, y los ojos, pardos, no eran saltones como en su primer año de vida, si bien guardaban todavía una expresión ligeramente peculiar. No era fea y esto había aliviado a Marcos en su momento, mas ahora no le servía de aliciente. Además, ella le era hostil en alguna medida y él lo atribuía a que no se dejaba engañar fácilmente con respecto a sus facultades y la nena lo advertía. Ella prefería a la madre, para quien, ciega a todo, constituía su tesoro. Marcos cerró el paso de agua y le secó la cola con papel higiénico. Se fijó bien que

no quedaran rastros de caca. A Marcos le gustaba mucho la colita de Delmira y por un ratito se quedó mirándola. Debía reconocer que era el mayor atractivo que veía en su hija. Era una cola redondita y dura que, según preveía, se pondría aún más hermosa con el tiempo. Pero esto no era óbice para que ahora mismo descubriera en ella, casi con sorpresa, una sensualidad evidentemente femenina. Si con exclusividad se fijaba allí la atención se podía creer que se estaba mirando una púber a punto de ser mujer, cuando todavía no ha ensanchado las caderas pero muy ligeramente empiezan a redondeársele las formas. "Será tonta pero con la colita que tiene quizá no le vayan mal las cosas" pensó Marcos, quien no pudo evitar el sentir un mayor gusto por la cola al unirla con la supuesta deficiencia, ya que el atributo físico le daría un poder mayor que el que pudiera obtener a través del intelecto. Según intuía Marcos, sería una deficiente que podría tener bajo su pata a más de uno. La combinación de deficiencia mental con esa colita era de por sí un hecho libidinoso, y hasta llegó a pensar que cuanto mayor fuera la deficiencia más hermosa sería la colita y mayor fuerza tendría su halo.

Delmira seguía enojada y ahora estaba también abstraída, ausente. Marcos sospechó que en esos momentos ella lo odiaba; sin embargo esta idea no le desagradó, por el contrario, le daba una alegría maliciosa. ¿Qué podía hacer ella contra él? Sentía ahora hacia su hija un notable desapego, y aun la especulación de que ella no lo quisiera nunca más lo tenía sin cuidado. Le dio unas palmadas en la colita para ver si ella reaccionaba.

—¿Cuándo viene mamá? —preguntó por tercera vez.

—No sé. Tal vez no venga más y tengas que vivir sólo con papá.

—¡Mentira! —le gritó cuando él salía del baño para buscarle una bombacha y un jardinero. Al percibir la inquina de su hija se sintió más seguro en su rol de padre.

Le trajo la muda y se la dio para que ella se la pusiera. Usualmente Alejandra y él la cambiaban en razón de lo lenta y poco voluntariosa que era Delmira, quien pro-

testaba y pedía y exigía hasta lograr que los otros lo hicieran por ella. Pero esta vez Marcos estaba dispuesto a imponerse, quizá con la recóndita esperanza de que por el camino de la exigencia y de la severidad pudiera revertir la torpeza de la nena, tal si considerase que ésta era puro y exclusivo producto de la malcrianza.

—¡Cambiate de una vez! —le gritó con dureza ante el primer atisbo de resistencia.

—¡Le voy a contar a mamá que me estuviste mirando la cola! —le contestó, amenazadora, Delmira.

Marcos se quedó azorado. En parte lo admiraba la perspicacia que revelaban las palabras de su hija, propia de una mujer; en parte se sentía indignado. Era, además, una suerte de chantaje en el cual, muy en el fondo, había una suerte de comercio carnal: ella sólo lo contaría si él la obligaba a cambiarse. ¿Era posible que tan chica, y disminuida, tuviera esa conciencia de mujer? Estuvo a punto de ponerla a prueba, proponiéndole que le mostrara la cola a cambio de ayudarla a ponerse la ropa. Estaba tentado de hacerlo, porque si ella se prestaba a su propuesta amenguaría en mucho el efecto de las palabras de la directora sobre su ánimo. Si era lo suficientemente audaz para negociar esas cosas, la capacidad intelectual podía pasar a un segundo plano.

—Vos te hiciste caca encima, por eso te miré la cola, ¡chancha! ¡¿Qué le vas a decir a tu mamá?! ¡Ojo!, eh. ¡Y cambiate ya! —Marcos se decidió a mostrarse firme, ocultando en el ejercicio de la autoridad lo que había pensado. Vagamente temía que la nena le contase algo a Alejandra, y que ésta a su vez lo sumase a otros indicios que hubiese acumulado en su contra.

—¡Cambiame vos!

—No. Si te cambio te tengo que ver la cola —el teléfono empezó a sonar y Marcos, sabiendo que era Alejandra, se apresuró a ir a atender.

—¡Cambiate! —le gritó antes de salir.

—¡Marcos! —la voz de Alejandra revelaba que estaba angustiada y ligeramente colérica—. ¿Buscaste a la nena?

—Sí. Ya está acá. No te preocupes.

—¡Qué caso sos! ¿¡Te tenías que olvidar!?

—No me di cuenta de la hora que era. Pero no pasó nada. Estaba con la directora.

—Siempre te tenés que olvidar...

—Oíme —la interrumpió Marcos—. La directora me estuvo hablando de Delmira —empezó lo que sentía era un contragolpe, ya que por alguna razón consideraba culpable a Alejandra de los males de su hija—. Me dijo que es muy lerda y... ¡Es torpe! No rinde. No... Parece que es un poco retrasada.

Del otro lado se hizo un silencio que duró largos segundos.

—¿¡Y por qué va a ser retrasada!?, ¿porque ella lo dice? ¡Que se vaya a la mierda!

—Yo te transmito lo que ella me dijo. Y nos mandó a hacer una consulta en un gabinete psiquiátrico.

—¡Pobrecita, mi gorda!

—Pobres nosotros que...

—Escuchame —lo interrumpió—. Me están mirando feo. Tengo que cortar. De acá me voy a lo de Gonzalo para pagarle, y después voy para allá. Chau —y Marcos oyó la rítmica señal que indicaba que ella había cortado. Por unos instantes se quedó escuchando. Luego, pensativo, cortó.

2

Marcos se sentó frente a la computadora, dispuesto a escribir una misiva para Gonzalo. Pero no escribió más que el encabezamiento y, sin saber cómo seguir, dudoso, se fue hundiendo en sus pensamientos.

No pasaba semana en la que Marcos no se planteara la separación de su mujer. Esto llegaba como sucedáneo de una fantasía irreprimible: imaginaba un futuro sin ella y, siempre, encontraba allí posibilidades de ser feliz. La fantasía incluía a mujeres que ocasionalmente conocía y que se sucedían unas a otras. Durante cierto lapso esa mujer ocupaba sus pensamientos y luego desaparecía para siempre. La única que persistía, con mayor o menor fuerza, era Beatriz, quizá porque la posibilidad de verla estaba siempre latente. Soñaba con enamorarla y que ella pusiera el dinero que poseía a su disposición. Irse del hospital, apartarse de todo lo conocido, incluyendo a Delmira, y encerrarse con Beatriz en la inmensa, inmensa casa que poseía en un santuario de las afueras. Una zona que, por lo que escuchó decir, estaba separada del resto de la capital y sólo se ingresaba a ella con un permiso que otorgaban los propietarios del lugar. Beatriz lo encerraba en la casa y él se convertía en su voluntario prisionero; ella lo subordinaba a sus deseos pero a su vez él manejaba el dinero de la corporación. Imaginaba una Beatriz aun más refinada, muy culta, ligeramente cruel, que ejercería sobre él una superioridad que la haría siempre deseable, aun cuando envejeciera; y era, además, una fantasía que podía contener a todas las otras, ya que cualquier mujer que deseaba él la convertía en sirvienta de la casa,

sometida de algún modo a sus caprichos (Luis le había comentado que los sirvientes sobraban en esa mansión ya desde la época del padre de Beatriz, quien incorporo servidumbre por pura filantropía). Incluso había fantaseado que Alejandra —sin Delmira— podría ingresar también como sirvienta y convertirse en su favorita. Últimamente, imaginaba que Beatriz compartía su gusto por las mujeres y Alejandra pasaba a ser también su predilecta. Con esto, Marcos no podía menos que reconocer que Alejandra todavía lo atraía y no podía renunciar fácilmente a su cuerpo. Quería seguir gozando de ese cuerpo pero bajo otras circunstancias. A veces le gustaba tanto el cuerpo de Alejandra que deseaba observarlo con otra persona para que compartiese su entusiasmo, aunque —en su imaginación— solamente consentía que otra mujer la acariciase y tomase contacto con ella. Se placía en pensar que ella pudiera reducirse al cuerpo y a su goce, que ella fuera una puta infinita. Si bien por momentos la quería, verdaderamente la quería. Y entonces renacía lo que estaba en el origen de la pareja, y Marcos quedaba un poco perplejo porque él, en general, más bien reconocía en su interior la necesidad de odiarla.

Pensando en Beatriz el tiempo fue transcurriendo y su escrito no salía de aquel encabezamiento. Muchísimas veces había intentado encontrar la manera de llegar hasta ella para verla de nuevo, y en dos oportunidades la había llamado por teléfono, pero no pudo decir nada y cortó apurado, temeroso de que Beatriz dispusiera de un aparato que rastrease las llamadas. Luis volvía esa semana, tal vez con la intención de afincarse en la ciudad de modo definitivo, y esto urgía sus fantasías en relación con Beatriz. Por un lado, su amigo podía ser una ayuda muy valiosa para llegar hasta ella, por el otro, podía convertirse en un rival. A Luis le había ido bastante mal en sus andanzas por el interior y Marcos sospechaba que llegaría desesperado por encontrar un medio de vida y darse una revancha. Y Beatriz era candidata ideal para hincarle el diente y, según creía, Luis se arrojaría sobre ella apenas llegase.

Volvió por unos momentos a atender la pantalla.

¿Cómo llegar a ese único punto que le interesaba a través de las ideas difusas que tenía en mente? Y para peor, dirigiéndose a ese miserable de Gonzalo, ese gordinflón que hacía cada vez más dinero, en pequeña parte a costa suya también, y que rondaba siempre en torno de Alejandra. Se levantó, harto de estar allí, frente a la máquina, sin avanzar un ápice, y fue a prender el televisor. Puso un noticiero y se quedó mirando unos minutos. Informaban que se levantaría una nueva línea de control en derredor de una amplia zona de la ciudad. Mostraban cómo se estaban montando las vallas y los nuevos equipos de que dispondría la policía para custodiarlas y controlar los pasos que se abrirían cada tres calles. Marcos se sintió más alejado todavía de Beatriz y la noticia no le agradó en lo más mínimo. La ciudad era un conglomerado de corrales y había que dar explicaciones plausibles —y además comprobables— para pasar de uno a otro. En los subtes ocurría otro tanto a la salida de las estaciones hacía años. Marcos pensó que en un tiempo Beatriz le sería por completo inalcanzable, a través de cualquier vía que se pudiera imaginar, telefónica o lo que fuera. Y a Luis, antropólogo que venía de un largo periplo por el interior, no le sería fácil evitar los recelos policíacos, por mucho que Beatriz le habilitase los accesos. Luego de pasar por varios canales, Marcos apagó el televisor.

Estaba irritado consigo mismo a causa del fracaso en la redacción de la esquela para Gonzalo. Y debía aprovechar ahora que Alejandra no estaba en la casa, ya que no quería que ella leyese lo que habría de escribir. De modo que volvió a la computadora y al encabezamiento, al que, de un vistazo, consideró culpable de su falta de decisión, en gran medida porque sonaba muy obsequioso para con Gonzalo; por lo que lo borró y decidió que lo redactaría al final. Provisionalmente escribió: "Repugnante hijo de puta", y se sintió seguro de que ahora sí podría escribir la misiva sin dificultades.

En unos minutos escribió tres frases que lo dejaron mínimamente satisfecho, una suerte de adecuada introducción para el punto al cual se dirigía y en el cual no quería ambigüedades. Quería desagradar a

Gonzalo y para esto tenía que hacer cierto esfuerzo, ya que si dejaba de acicatearse caía en su tendencia a congraciarse con los extraños, aun con ese abogado que odiaba con todas sus fuerzas. Más de una vez, en el transcurso de las peleas que mantenían, él había conminado a Alejandra a que lo abandonase y se fuera con ese Gonzalo, seguro de que ella jamás lo haría. Aunque últimamente evitaba decirlo en razón de que el abogado había hecho tanto dinero en poco tiempo, había escalado tan fulminantemente, que Marcos tenía miedo de que ella se tentase y comenzara a descubrirle méritos al gordinflón. Le había escuchado decir a Alejandra que era ya abogado de una corporación; y esto le había dado pie también para figurarse que quizá conociera a Beatriz. E incluso había forjado al respecto una fantasía: él había salido de su oscura situación y había trepado inconteniblemente gracias a Beatriz; era de hecho su amante, o aun más: estarían a punto de casarse. ¡Que ese gordinflón se les adelantara a Luis y a él era algo insoportable! La primera vez que había considerado esta posibilidad se había indignado tanto que le había sobrevenido un ataque de tos.

Iba a continuar con la esquela cuando se escuchó la llave en la puerta de entrada. Marcos archivó de inmediato lo que había escrito y entró en un juego tridimensional. No le gustaban demasiado y Alejandra lo sabía, pero no atinó más que a refugiarse allí.

—Qué tal —dijo Alejandra, con esa tristeza en la voz con la que regresaba del trabajo.

Marcos emitió un débil sonido, que ni siquiera llegó a oídos de su mujer.

—¿Qué estas haciendo? —y mientras hablaba, Alejandra se acercó. Marcos siguió en lo suyo y no contestó.

—Dame un beso —reclamó ella y se inclinó hacia Marcos, quien en un instante, dada la habilidad que había adquirido desde chico, preparó un eructo. Y, cuando estuvieron bien cerca, se lo echó en la cara.

—¡Asqueroso! —Alejandra le pegó un débil puñetazo en la espalda, mientras él se reía y se cubría por si le llegaba otro golpe. Marcos había adquirido esta cos-

tumbre en los últimos tiempos y, cada tanto, impulsado por una malignidad que no podía someter, le echaba un eructo en las narices, en lo posible sorprendiéndola, buscando asustarla. Reconocía que era estúpido y que como chiste era desagradable, grosero, pero no podía resistir la tentación de hacerlo cuando veía la oportunidad. Él mismo estaba sorprendido de hacer algo así y, cuando todo había quedado atrás, se imponía no hacerlo nunca más; máxime que Alejandra se enojaba cada vez en mayor medida y, harta de ese desprecio, había llegado a llorar. El asunto —y Marcos lo sabía de antemano— desembocaba en una riña, a la que él inevitablemente llegaba riéndose, feliz de provocarla.

En esta ocasión, sin embargo, Alejandra se apartó sin más, como si estuviese vencida o resignada, y se dirigió al dormitorio. Esta actitud produjo en Marcos cierta extrañeza e inquietud, quizá también desilusión; y la siguió. Se hacía presente en su ánimo algo que de forma larvada ya había existido anteriormente: el deseo de ir más lejos, de ser más brutal. El eructo era al fin de cuentas un juego y era posible que se hubiese agotado y no le quedase más remedio que avanzar unos pasos más allá.

—Estoy muerta —le informó Alejandra al tiempo que, indiferente, blanda, mustia, se tiraba en la cama.

Marcos se quedó parado al lado de la cama, al acecho, aunque sin ninguna idea acerca de lo que haría. Ella no lo miraba, ignorándolo por completo. Esto confundía un poco a Marcos, quien estaba al borde de la indignación, pero no caía en ella por la falta de un motivo que la legitimase ante sus propios ojos. Alejandra le dio la espalda; parecía dispuesta a dormir.

—Alejandra —una pizca de deseo había nacido en él al detener la mirada en su cuerpo—. No... —tibiamente, iba a pedirle disculpas. De repente, se abrió paso en él un inmenso sentimiento de lástima hacia su mujer, aunque lo combatía porque barruntaba que lo llevaría a una frágil posición.

—Dejame.

—Pero...

—Estoy cansada. Dejame.

Muchas veces Marcos había deseado que ella sufriera, muchas veces había querido lastimarla, pero nunca había imaginado que a su lado pudiera llegar a un estado de infelicidad tan grande, a ese desgano, a ese vacío. No había en ella un ápice de rencor, ni de alegría, ni de vida. Yacía allí, y no se rebelaba, no combatía. Era una médica que hacía las veces de pedicura, que tenía una hija fronteriza y a él como marido. Así la vio Marcos.

—Andate con Gonzalo —le dijo, sentándose en el borde de la cama. No veía otra solución y estaba dispuesto a insistir para que se fuera con el abogado.

—Estás loco.

—Yo...

—¿Realmente querés que me vaya con Gonzalo? —Alejandra lo miró, interrogativa, curiosa. Y Marcos creyó advertir que ella ahora contemplaba verdaderamente la posibilidad de irse con el abogado, y su decisión flaqueó.

—Si no sos feliz conmigo y... —Marcos titubeó porque tampoco quería llegar muy lejos—. Si no hay otra salida. Yo no quiero que te vayas pero...

Alejandra, quien se había incorporado un poco durante unos segundos, volvió a recostarse y, desinteresada, entornó los párpados, tal si se hubiese desilusionado a causa de ese retroceso y manifestase su fastidio por lo que a sus ojos era un juego falaz, tonto, a través del cual él buscaba que ella le ratificara su amor.

—Yo podría conseguir por mi parte una mujer de dinero y... —Marcos pensaba en Beatriz, especulando con la idea de que ambos, a pesar de sus nuevas parejas (Beatriz y Gonzalo), siguieran siendo amantes.

—Hacelo —le contestó Alejandra, fría, desinteresada.

Marcos rodeó la cama y se tiró junto a ella, aunque manteniendo cierta distancia.

Por unos minutos permanecieron en silencio.

Marcos fantaseaba en torno de Beatriz y Alejandra;

concretamente, en la forma de tener relaciones con las dos. ¿Y si Beatriz les daba cobijo a ambos en su casa? Eliminado Gonzalo de un plumazo, su fantasía se afincaba en circunstancias que le eran placenteras. Le pediría a Beatriz que fuera piadosa con Alejandra y le permitiese vivir allí; le contaría las penurias de su mujer, el trabajo que realizaba en ese miserable atelier, la quiebra económica de los padres y su consecuencia: la huida de ambos al extranjero. En última instancia, Alejandra podía ser parte del servicio doméstico, o mejor, ocuparse de la estética de Beatriz, convertirse en su cosmetóloga y asesora de belleza corporal. Marcos se regodeaba al pensar que Alejandra embellecería a Beatriz para gusto exclusivo de él.

Un resoplido llegó a sus oídos y, echándole una mirada, comprobó que Alejandra se había dormido boca arriba. ¿Era posible que se durmiera cuando estaban inmersos en una suerte de disputa que podía llevarlos a la separación? Marcos tomó esto como una prueba de que ella estaba tan harta de él que todo lo que tuviera relación con la pareja le importaba un comino.

—Alejandra —la llamó con voz severa, aunque baja.

Ella siguió durmiendo o —según pensó Marcos— simulando que dormía. Su pecho bajaba y subía rítmicamente. A través de la fina tela de la camisa se marcaban sus tetas, libres de cualquier otra prenda. ¿Conocería Gonzalo esas tetas? ¿Las habría de conocer en el futuro? ¿Hasta dónde podría llegar esa fideos con tuco con el cuerpo que tenía? Avanzó una mano hacia los botones de la camisa. Si ella se hacía la dormida, apenas rozara el primer botón, furiosa, lo apartaría. Si estaba realmente dormida, se movería y tal vez se daría vuelta o... —era ésta su esperanza y para ello debería actuar con extremo cuidado— cabía la posibilidad de que pudiera abrir varios botones y que sus tetas quedaran al descubierto. Necesitaba verlas, tal si en ellas hubiera un mensaje para él que resolviera el futuro, y en su materialidad pudiera encontrar algo más claro que las palabras. Lo que pudiera decir acerca de su situación no lo ayu-

daba un ápice, y él juzgaba que, en general, lo que la gente decía cada vez se correspondía menos con la realidad. Las palabras y la realidad habían perdido su paralelismo y se abrían y se separaban. Y entonces empezaba a confiar en que la contemplación de algo, como acto *per se*, se convirtiera en un punto firme, seguro, en el cual basarse.

Avanzó la mano con una precaución extraordinaria e, intentando que ésta actuase con la liviandad de un hecho virtual, dio en a abrir el primer botón. No sin esfuerzo, dado que el ojal se reveló bastante pequeño, logró abrirlo. El segundo y el tercero le costaron todavía más. Transpirado, terminaba de abrir este último cuando Alejandra giró sobre sí misma y, colocándose de lado, le dio la espalda. ¿Estaría despierta la muy ladina y había esperado a que él terminase para frustrarlo? Se levantó y rodeó la cama. Ella había colocado los brazos delante del cuerpo y la camisa quedó cerrada, de modo que las tetas estaban a cubierto. Aunque aparentemente dormía, Marcos sospechaba que lo hacía a conciencia, adrede, que se burlaba de él. A causa de los brazos, no le sería tan fácil ahora abrir la camisa, y esta dificultad lo exasperó. ¡Era increíble que no pudiera ver las tetas de su mujer! Además, ella se había movido de su posición original y ya no estaba tan seguro de que la contemplación valiera la pena. Especuló en torno de la manera de moverla para que volviese a la posición primigenia. Y, para esto, prendió el velador, con la esperanza de que la luz en la cara la hiciese volverse, pero Alejandra no se inmutó. Ya sin tantos cuidados llevó su mano hasta el borde de la camisa y la abrió tanto como pudo. Lo que vio no lo satisfizo para nada; un pedazo de una teta que, aplastada por el brazo, se apretujaba torpemente contra la otra. No era lo que quería ver y soltó la tela. Alejandra abrió los ojos y le echó una nebulosa y efímera mirada, tras lo cual volvió a dormirse, si es que se había despertado. Luego de unos instantes, frustrado, belicoso, Marcos se inclinó sobre ella y le echó otro eructo en la cara, quizá con ánimo de despertarla, o quizá intentando que su sueño no prescindiese de casi la única opinión auténtica que él podía

emitir. Alejandra se revolvió un poco y a los pocos segundos abrió los ojos, esta vez más firmes y conscientes. Frunció el ceño al verlo, como si supiese o intuyese lo del eructo, mas enseguida esbozó una débil sonrisa, posiblemente porque se figuró que Marcos se inclinaba sobre ella para besarla. Y esta ingenuidad lo desorientó e hizo nacer en él un ligero remordimiento, que murió apenas se descubrió en la necesidad de explicarse.

—Estabas roncando —mintió.

—¿Sí?

Alejandra parecía haber perdido aquella lóbrega indiferencia y, tal vez a causa del beso imaginado, mostraba cierto beneplácito. Se incorporó a medias, lo suficiente como para descubrir la camisa abierta.

—¡¿Eh?! ¿Qué estabas buscando? —Alejandra lo miró, sonriente, contenta por descubrirse las tetas entre los pliegues de la tela. Aunque para Marcos permanecían ocultas.

—¿Me las mostrás? —le preguntó, revelando en sus facciones un pícaro interés, aunque en realidad lo dijo obligado por las circunstancias, ya que, en el fondo de sí, temía seguir adelante.

Alejandra se demoró unos momentos y finalmente se abrió la camisa, con un ademán que intentó ser sensual pero que estuvo más cerca de lo ridículo. Los pechos eran hermosos y él simuló un poco de entusiasmo, si bien mantenía latente en su ánimo la posibilidad de despreciarla, de rechazarla. ¿Por qué no reírse de ella, de sus gestos pueriles, incluso de sus tetas?, ¿por qué prestarse a continuar el malentendido?, ¿por qué no desembarazarse de esa mezcla de consideración y de lástima y de escuálido deseo? ¿Por qué no ser cruel? No se decidía a nada y algo de su disgusto se traslució en su cara.

—¿Te pasa algo?

—No. Nada.

Ella se había abierto la camisa por completo y se estaba desabrochando los pantalones. En esos momentos él deploró que Alejandra tuviera un cuerpo tan lindo. Tendría que avenirse a seguir adelante y si no tenía una erección no podría esgrimir ante nadie, ni siquiera ante sí

mismo, una excusa. Alejandra se movía para bajarse los pantalones y quedaba al descubierto su pequeña bombachita. En Marcos surgió un incipiente entusiasmo; no obstante discurrió que, aunque se le parase, le metería sólo el dedo meñique, y por mucho que ella le pidiese y le rogase que al menos lo hiciese con el índice, él se mantendría firme. Y se miró el dedo que pensaba introducir, que tenía la uña larga y sucia.

Marcos miró la hora. Eran las diecinueve y cincuenta y cinco y todavía no había decidido si iría a recibir a Luis a la estación de trenes. El reloj-pulsera que le había regalado Alejandra en aquel cumpleaños, ya lejano, aún funcionaba, aunque no aparecía ya la vieja que espiaba por la cerradura. Esa pequeña realidad virtual había dejado de funcionar hacía unos años y la viejita mirona era irrecuperable. Marcos había sentido la pérdida porque le había cobrado cariño a esa viejita depravada. Había llegado a imaginar que los espiaba, a Alejandra y a él, cuando hacían el amor. En ocasiones, juntos se habían divertido antes o después del acto sexual haciendo comentarios acerca de la viejita fisgona. Marcos había juzgado incluso que Alejandra le dio un mensaje bastante explícito al regalarle ese reloj, ya que la viejita tenía que ser testigo de algo e, inevitablemente, debían ser ellos los que estarían detrás de la puerta. La desaparición de la viejita, tan real hasta entonces en el cuadrante, lo dejó ligeramente perplejo. No le era fácil creer que fuera pura y exclusivamente una imagen proyectada y que, roto el mecanismo, no había forma de recuperarla. Había intentado componer él mismo el reloj, esperanzado en resucitar esa vida, pero careció de los conocimientos y de la meticulosidad necesarios, y se dio por vencido al perder unas piecitas. Luis también gustaba de la viejita, y también decía que hubiera querido prestarse para que ella, mirando, se divirtiese. Y sabía de la predilección de Marcos por ella. En uno de sus primeros faxes enviados desde el interior, le decía a Marcos que se conformaba con que lo echara de menos tanto como

a la viejita, que por ese entonces ya había desaparecido. Luis la había bautizado con el nombre de Marcela y Marcos había aceptado ese nombre, el que fue mantenido en secreto y no llegó a oídos de Alejandra.

No tenía nada que hacer y le era perfectamente posible ir a recibirlo, sin embargo no se decidía. Era probable que Luis no esperara verlo y él no quería dar pie a una agradable sorpresa. Le parecía que constituiría un gesto exagerado y, larvadamente, existía en él la presunción de que su amigo se apreciaría en exceso importante. Además, por alguna razón, consideraba que Luis no se merecía que alguien lo esperase a su regreso. Una estación vacía de afectos era estricta justicia, según su parecer del momento. Luis se había mostrado reacio a contestar sus faxes e incluso su misma ida al interior podía tenerse por una suerte de menosprecio general que lo incluía a él, más que nada en razón de los argumentos que había expuesto al irse. Porque se había marchado sin nada concreto entre manos, con un destino más incierto aún que en la ciudad, en parte aduciendo temores —al muro, a la policía—, pero en mayor medida mostrando un solapado asco hacia todo lo que lo rodeaba, hacia todos los que formaban parte de su vida.

A las ocho y diez, sin embargo, Marcos se apresuró a ponerse un pantalón y unas zapatillas y, disconforme consigo mismo, salió rumbo a la estación. Demorado por los controles policíacos, llegó al andén cuando el tren ya había arribado. La gente, amontonada, saludándose, formaba grupillos inmóviles o de lentos desplazamientos. Marcos fue aproximándose a los vagones más económicos, hasta que una mano, poderosa, confianzuda, se le posó violentamente en el hombro, abordándolo desde atrás. Marcos, asustado, estuvo a punto de gritar.

—¡Qué hacés! —un Luis pletórico lo saludaba, un Luis más gordo, que se abalanzó sobre él y le dio un corto pero cariñoso abrazo. Marcos estaba sorprendido. Su amigo sonreía y casi reía. Estaba exuberantemente feliz.

—¿Y Alejandra? ¿Y Delmira? ¿No vinieron?

—No —Marcos no había considerado siquiera la posibilidad de que fueran.

Luis continuaba apretando su brazo con una mano firme.

—¡Mar! —apelativo cariñoso que utilizaba ocasionalmente—. ¡¿Cómo estás?! —Luis lo miró, contento, fraternal.

—Bien. Bien —atinó a contestar Marcos, apichonado por la actitud y el humor de su amigo. Esperaba a un fracasado. Casi había ido por lástima, y se encontraba con algo que le parecía anormal, fuera de lógica.

Juntos fueron a retirar el equipaje. Luis mantenía esa especie de risa irreprimible.

—Traje pocas cosas. Pero hay un par de cosas que... Yo soy antropólogo, claro.

—¿Qué cosas? —a Marcos lo picó la curiosidad, tal vez porque por un instante creyó que la felicidad de su amigo tenía razón de ser en esos hallazgos.

Pero el empleado le pidió a Luis el ticket y la respuesta no llegó. Su amigo se demoró un rato buscando el papel por todos los bolsillos.

—Lástima que no vino Alejandra. Si no, íbamos a comer algo, a festejar. Tengo un hambre —comentó Luis luego de extenderle el ticket al empleado. Le entregaron una inmensa valija y el peso de ésta hizo reír a Luis una vez más.

Marcos no podía entender tanta risa. Empezó a sospechar que su amigo había doblado el codo tras la más absoluta desesperación y estaba en un estado eufórico, previo a la locura.

La valija tenía tracción propia y Luis la comandaba desde una manija o extensión plástica, pero, o no funcionaba correctamente el servomecanismo, o Luis era torpe al operarlo, porque la valija tendía a alejarse o bien se les venía encima con todo su peso, rebelde y toreadora, lo que aumentaba la hilaridad de Luis, quien soltó el control en un par de oportunidades y le pegó una patada.

—¡Hija de puta! —le decía, risueño, atento a la posibilidad de que alguna mujer prestase atención a lo que hacía y tuviese la ocasión de abordarla.

¿La había pasado tan mal en el interior que el regreso era un inmenso alivio? —especuló Marcos, sin darle

mayor crédito a esta ocurrencia, negándose a creer que una persona pudiera variar tan grandemente por un traslado, sobre todo cuanto que Luis regresaba a un lugar del que se había ido asqueado. La valija se había desviado hacia una escalera, arrastrando a Luis en alguna medida, quien se dejaba llevar como si esto constituyera un juego. Un hombre mayor que salía de las escaleras casi tropezó con la valija y, luego de insultarlo, le preguntó a Luis si se creía un chico. Por unos segundos, la cara de Luis se transformó por completo, atravesada por un intensísimo odio, el que se disipó cuando pareció encontrar una respuesta.

—Si fuera un chico, o un viejo choto, andaría arriba de la valija. ¿Quiere que se la preste? —y una sonrisa iluminó sus facciones, más aún cuando advirtió la indignación del hombre.

—Basura —masculló entre dientes el vejete y se alejó rápidamente.

—¿No cambió nada acá, verdad? —le preguntó a Marcos, sabiendo la respuesta—. Aunque en realidad... ¿Está sólo peor o muchísimo peor?

Pero Marcos no contestó.

—¿Y Delmirita? —en Luis había retornado el buen humor.

—Estaba en la casa de Ana, una amiga de Alejandra. —miró la hora—. Quizá ya fue a buscarla.

—¿Y tu familia, tu hermano, tu... ? —Luis se detuvo al observar el rostro de su amigo.

—Si ya te conté —Marcos no pudo evitar ser un poco cortante.

—Pensé que pudo haber novedades.

—No.

—¿Sabés qué podemos hacer? La buscamos a Alejandra y vamos a un restaurante y... ¿te acordás de aquél casino?

Ambos rieron ligeramente.

—¿Te acordás del taxista?

Marcos asintió.

—Podríamos ir esta noche a ese casino. ¿Qué te parece?

—Atravesar toda la ciudad es terrible y... lo más probable es que ese casino no exista más. Esa zona cambió mucho. Seguro que no nos dejan entrar.

—Hay que pensar entonces en otro lado —insistió Luis—. Pero tenemos que ir a algún lugar en donde festejar —y Luis se rió porque la valija giraba sin control sobre sí misma—. La verdad es que me subiría como un chico. ¿Será que por miedoso allá no pude andar a caballo? —y acto seguido Luis se echó encima de la valija con la intención de frenarla—. ¡Quieta loca! —gritó, mientras la valija se apaciguaba.

—La voy a desconectar —dijo, y apagó el mecanismo.

Ahora, cuando quiso arrastrarla, las rueditas estaban trabadas. De cualquier forma la empujó un trecho, aunque le requirió un esfuerzo muy grande. Marcos lo ayudó. No obstante, enseguida se hizo evidente, dado que el piso y las rueditas eran de goma, que debían buscar otra manera. Luis la levantó de la manija, pero no caminó con ella ni un par de metros y la dejó caer.

—¡Mierda! ¡Qué basura! Pesa una enormidad porque está llena de libros. No sé para que los traje —hablaba levemente agitado.

—Ayudame a cargarla —le pidió a Marcos—. Me pregunto por qué me compré esta porquería. Estaba demasiado barata para que fuese buena.

Entre los dos la levantaron y cada uno se puso al hombro una punta. La valija era lo suficientemente larga como para que pudieran andar.

—Coordinemos la marcha —dijo Luis, quien había quedado atrás, en tono marcial y zumbón a la vez—. Ahora —dio la orden—. Uno. Dos. Uno. Dos.

Marcos siguió el ritmo durante cierto trecho, hasta que se perdió y se detuvo. Luis hizo otro tanto.

—Recluta Marcos. Si es tonto dé un paso al frente.

Marcos estuvo a punto de avanzar, pero se contuvo a tiempo.

—Muy bien, recluta Marcos. Empezamos de vuelta. Uno. Dos. Uno. Dos.

Así llegaron a la vereda y arrojaron la valija al lado

del baúl de un taxi que allí aguardaba. Marcos se subió al auto y Luis se demoró unos momentos ayudando al chofer a cargar la valija. Luego, ambos entraron al taxi al unísono y Luis se arrojó sobre su amigo.

—¡Marquitos! —gritó con entusiasmo, y le dio un beso en la mejilla.

—Salí —Marcos lo apartó, violento por lo que podía pensar el taxista.

—No te enojes. Parece que allá en el interior me di vuelta —Luis agrandó los ojos y apretó los labios, simulando un pasmoso descubrimiento. Marcos esbozó una sonrisa, pero se quedó callado. Seguía desorientado por la actitud de su amigo. Su alegría, ¿era patética o, por el contrario, debía tenerse por un ejemplo, por un modelo a seguir? Vagamente, sobrevolaba en él la idea de que la alegría no fuera tal vez tan difícil, tan inalcanzable.

Marcos le indicó al taxista la dirección de su casa.

—¿Qué hiciste allá? —le preguntó después a Luis, como para aplacar la extraña dicha de su amigo.

—De todo. Realmente de todo. Hasta de antropólogo, así que, ¡imaginate! —y Luis emitió una corta risita.

Marcos esperó que su amigo se explicase más, sin embargo Luis parecía creer que había dicho al respecto lo suficiente.

—¿Con las artesanías cómo te fue?

—Bien. Realmente bien.

Marcos se quedó casi consternado por esta respuesta. ¡¿Cómo podía decir que le había ido bien si él tenía un fax en donde le contaba que con las artesanías no podía ni comer?!

—Pero , tuviste que dejar de fabricarlas.

—Sí. Tuve problemas con la comercialización. Me exigieron una serie de papeles y de trámites y tuve que escapar. Pero te aseguro que llegué a dominar técnicas antiquísimas. Hice cosas que nunca hubiera imaginado que podría hacer. ¿Te llegó lo que te mandé?

—No.

—¿No? Te mandé una máscara —y Luis chasqueó la lengua—. También le mandé un par de cosas a Beatriz. Lo más probable entonces es que tampoco le hayan llegado.

Al oír el nombre de Beatriz, Marcos se puso alerta.

—¿Estuviste en contacto con ella? —indagó.

—Sí. Incluso nos vimos cuando ella estuvo de viaje por allá. Quedó fascinada con algunas de las cosas que hicimos.

Marcos desconocía esto y cierta exasperación lo ganó. Se percibió muy por detrás de su amigo en la carrera por Beatriz. Era evidente que Luis tenía con ella una relación bastante estrecha, y tal vez íntima, mientras que él sólo había sido su médico unos años atrás.

—¿Por qué fue Beatriz?

—Estuvo en la región donde yo estaba por negocios, por unas propiedades que... Mirá, no recuerdo bien. Creo que vendió tierras y... No. No me acuerdo.

Marcos no daba crédito a ese aparente desinterés de su amigo. Además, era seguro que ella le había dado dinero para sobrevivir un tiempo. Y él calculaba que había regresado justamente porque se le había agotado ese dinero.

—Y... —Marcos quería preguntarle por la verdadera razón de su regreso y rondaba su cabeza una forma en exceso dura de hacerlo; de ahí su indecisión—. En realidad, ¿te volviste por algo... por alguna razón en especial?

—Algo te conté en un fax. Aunque también es verdad que vengo con cierta misión —y Luis pareció feliz de mencionar este asunto.

—¿Una misión? —Marcos quedó confundido y supuso que quizá su amigo se había enredado en cuestiones no muy claras, aunque un instante después volvió a emerger Beatriz en su discurrir y creyó adivinar la índole de la misión.

—En el fax me decías que estabas en la miseria, y que por eso tenías miedo de que te confinaran.

Luis le hizo una rápida seña, volteando la cabeza hacia el taxista, recordándole su presencia.

—Volví por las mismas razones por las que me fui. —contestó de todos modos.

Marcos lo miró, seguro de que ante esas palabras el rostro de Luis revelaría tristeza, vale decir, su verdadero estado de ánimo tras esa máscara risueña que se había impuesto; sin embargo, una difusa sonrisa rondaba sus

labios. Enojado por esto, Marcos apartó su mirada, y por un rato se abstrajo mirando por la ventanilla. La cabina del auto quedó en silencio.

El taxista, dirigiendose a ellos por primera vez, adujo que quería evitar el último control y los dejaría a ocho cuadras; cosa a la que Marcos y Luis debieron resignarse.

Luego de esta interrupción, Marcos siguió ensimismado en sus pensamientos. Concluyó en que, si Luis estaba en sus cabales, la respuesta a su alegria debía estar en esa misión que había mencionado y que se había cuidado de explicar delante del taxista. Mudando su apreciación anterior, vinculada a Beatriz, sospechaba ahora que Luis había sido seducido por algún grupo extraño —político, religioso o lo que fuera— y que su felicidad se debía a las locas esperanzas que los miembros del grupúsculo habían sembrado en él. Luis no estaba por entero centrado y, antes que hundirse en la desesperación, había aceptado como verdad los disparates que ahora hacían a su buen ánimo.

Habían llegado al último control y el taxista los dejó allí. Requeridos por el guardia, los documentos de ambos sortearon sin dificultad el test. Estos triunfos frente a los controles alegraban a Luis. Marcos imaginó que el documento de Luis era apócrifo y que, como es lógico, esto estaba vinculado a la misión y al grupúsculo.

—¿Cuál es la misión con la que viniste? —le preguntó a poco que se alejaron unos metros del control.

Luis sonrió ante esa curiosidad y permaneció callado.

—¡Eh! —Marcos le dio un golpecito en el brazo—. Vos me hablaste de una misión —conminándolo a que se explicase.

—Ya te voy a contar. Es un poco largo de explicar —Luis acompañó sus palabras con unos ademanes evasivos—. Yo exageré un poco al hablar de una misión. Tengo cierto objetivo y... necesitaba regresar.

La mención de un objetivo hizo renacer en Marcos la idea de la aproximación a Beatriz.

—En el trayecto me podrías contar algo —ofuscado, Marcos insistió.

—¿Y no te dije que volví por las mismas razones por

las que me fui? —Luis sonreía, como si la respuesta fuera fácilmente asequible. Marcos recordaba que su amigo, a más de su situación económica y sus miedos, se había ido con la idea de hallar cierto refugio en alguna zona rural, pero no mucho más que eso. Y al no encontrar un punto al que asirse, su interés se desplazó en alguna medida.

—¿Y por qué estás tan contento?

—Veo las cosas de otra forma —Luis acompañó estas palabras con un movimiento de su mano, girándola sobre sí misma.

Marcos pensó que su amigo estaba inmerso en un engaño, en una ilusión y, otra vez, lo vinculó al grupúsculo al cual Luis pertenecería.

—Además, nos encontramos después de dos años y medio. Para mí, verte, es una alegría inmensa.

Marcos se sintió obligado a retribuir esas palabras con una aseveración similar, no obstante, en realidad no estaba tan dichoso de encontrarse con Luis y algo en él sofrenaba su impulso de mentir, tal vez la sospecha de que se harían visibles de cualquier modo sus verdaderos sentimientos. Por lo que la frase de Luis fue seguida de un silencio incómodo, lapso en el cual Marcos, urgido, buscó una tibia frase que lo sacase del paso.

—Y vos, ¿qué opinas de mi regreso?

—Yo... —Marcos no esperaba una inquisición tan brusca—. Estoy contento, claro, pero... tengo la impresión... no me parece muy bueno que hayas vuelto porque te fue mal! Te fuiste porque no estabas bien acá, y volvés porque allá tampoco lograste... No sé, no... No creo que tu situación sea para estar alegre.

—¿Debería suicidarme? —Luis impostó la voz, remedando a un actor de poca monta.

—No exagerés. No... —Marcos temió que su amigo realmente se suicidase y él cargase con esa culpa por el resto de sus días. Intentó hallar aspectos o circunstancias favorables a Luis con el fin de sacarlos a luz y mostrarse entonces menos pesimista, mas no encontró nada, excepto dos o tres cositas tan baladíes que, de decirlas, sólo lograría echar más tierra sobre su amigo.

—¿Tan mal debería estar? —Luis siguió haciéndose el

gracioso, escenificando burdamente un drama, aunque, para Marcos, no había nada de comedia en el asunto.

—No. Tenés tu título... —se lanzó Marcos, que mientras lo decía se daba cuenta de que empezaba mal encaminado.

Luis se echó a reír.

—Tenés también la experiencia de este viaje al interior y...

Luis se desternillaba de risa. Marcos se ofuscó, sin saber qué actitud tomar. Casi tenía ganas de pegarle. Se sentía estúpido al buscar razones que el otro desechaba de esa manera.

—¡Pará! —lo increpó—. ¡Estoy pensando en la forma de levantarte el ánimo, boludo!

—Y si yo estoy bien. Nunca estuve mejor —y Luis, más calmo, se reía apenas.

Caminaron unos metros en silencio. Marcos lo miró, con la vista ligeramente perdida, encerrado su pensamiento en una idea inmóvil: la locura de Luis. Incapaz de analizarla, de hacer alguna especulación al respecto, Marcos portaba la idea como un dato inerte enquistado en su cabeza.

—¿Cómo fue tu vida allá? ¿Qué está pasando en el interior? —repentinamente le surgieron a Marcos estos interrogantes, tal si hubieran salido de la nada.

—Mi vida dependía de la actividad en la que estaba ocupado. Ya te dije que hice de todo, y ese todo, claro, incluye también el no hacer nada, que también ocupó bastante mi tiempo... —Luis levantó los hombros, indicando que no sabía a ciencia cierta cómo seguir—. Viajé bastante. Estuve perdido en unos pueblitos de montaña —continuó, en tono de no dar mucha importancia a lo que decía—. Vos sabés bien por donde yo estuve.

—¿Y conociste mucha gente? —Marcos quería guiarlo ahora hacia la confesión de su pertenencia al grupúsculo.

—Superficialmente, mucha. Pero hubo una mujer que... Viví dos meses con ella. Estaba enferma. Tuvimos que irnos a otra localidad. Los desplazamientos de gente allá son cosa de todos los días. Te desplazan y te tenés que ir con los bártulos a otra parte...

—Ella soportaba cualquier cosa que yo le hiciera —siguió Luis.

—¿Y qué le hiciste?

Luis empezó con una sonrisita tibia y unos momentos después se reía. Una risa ahora más grave y cavernosa, que cuando empezó a decaer —y Marcos, aprovechando esto, estuvo en un tris de meter un bocadillo— renació, avivada por algún recuerdo que Luis tenía por sabroso.

—¿Y? —preguntó Marcos por fin, desistiendo de su fallida acotación.

—Cosas de antropólogo.

Marcos frunció el entrecejo. ¿Qué tenía que ver la antropología con lo que le había hecho? Confusamente vino a su mente la posibilidad de un ritual.

—Después llegó Beatriz —continuó Luis—. Y... —hizo un gesto con el cual daba a entender que la otra relación había quedado de lado.

Marcos se alarmó. No podía sino interpretar que Beatriz fue su amante y había dejado por ella a esa mujer enferma. Luis estaba entonces muy próximo a Beatriz, y él, en consecuencia, muy lejos. Sin embargo, algo no encajaba, y la relación entre Luis y Beatriz seguía siendo un misterio porque, ¿cuán seguro podía estar su amigo de que ella no lo dejaría caer, quizá hasta con cierta indiferencia? ¿Hasta qué punto podía contar Luis con el dinero de Beatriz? De repente se le ocurrió que la alegría de Luis se debía justamente a que contaba con ese dinero. Y de inmediato juzgó que él también quizá podría hincar el diente en la fortuna de Beatriz si Luis lo ayudaba un poco.

—Me gustaría verla —dijo Marcos, sorprendiéndose en alguna medida a sí mismo.

—¿A Beatriz o a la otra? —había algo de sorna en la voz de Luis.

—A Beatriz, claro.

—¿Y por qué?

Marcos miró a su amigo con desagrado. En el tono, sobre todo, advirtió la poca aquiescencia de Luis para con su pedido.

—Fue mi paciente, ¿no?

—¿Y con eso?

Furioso, Marcos se volvió hacia su amigo.

—¿Así que te creés el dueño de Beatriz?

Antes de contestar, Luis se rió brevemente.

—¿Tan desesperado estás por llegar a ella?

Marcos quedó sin respuesta, desarmado. En su cuerpo bullía la necesidad de la violencia física, pero la reprimía y en esto se concentraban sus esfuerzos mientras observaba a Luis con ojos agrandados.

—¡Sos un hijo de puta! —sentenció finalmente.

—¿Creés que vas a sacarle provecho?! —el rictus risueño de Luis estaba impregnado de sarcasmo.

—No sé. ¿Vos no le sacás ningún provecho?

Luis se rió y siguió caminando. Marcos no sabía cómo interpretar esa respuesta. La ambigüedad lo sacaba de quicio y quería obligar a su amigo a que le diese una respuesta clara.

—¡¡¡La valija!!! —Luis se volvió hacia Marcos agarrándose la cabeza—. ¡La olvidamos en el taxi!

Marcos, desesperado por un olvido tan mayúsculo, se pasó con fuerza la mano por la cara.

—¿¿Qué hacemos?! —Luis parecía querer correr hacia algún lado.

Marcos estuvo en un tris de echar a correr hacia la esquina en donde el taxi los había dejado, pero, advirtiendo la inutilidad de esto, empezó a correr hacia su casa, que estaba a cuadra y media, con el fin de disponer de un teléfono, aunque no tenía idea de a quién o a dónde podrían llamar. Luis hizo otro tanto y, en su exasperación, de inmediato lo rebasó.

Marcos no podía entender cómo habían olvidado la valija. Recién se daba cuenta de que, ya cuando el taxista había planteado que los dejaría antes del control, tendrían que haberse acordado de la valija porque hubieran tenido que cargarla las ocho cuadras. Como si la hubieran enterrado en el baúl, hartos ya de que los fastidiase, habían dejado de lado por completo su existencia.

Luis había llegado a la puerta del edificio y no tuvo más remedio que esperar a que llegase Marcos, quien una decena de metros antes de llegar detuvo su carrera.

—No sé a quién podemos llamar —acotó Marcos, agitado, explicando su detención.

Luis no contestó. Su rostro estaba congestionado por una preocupación casi llorosa.

Entraron. Luis ya no parecía tener tanto apuro. Se volvió hacia su amigo.

—No tenía otra cosa en el mundo más que esa valija. No tengo casa, no tengo plata. No tengo nada.

—¿Tenías cosas de valor?

Luis levantó los hombros. Habían llegado ante la puerta del departamento y tocaron el timbre.

—Si entráramos por el muro de atrás, Alejandra se muere del susto —comentó Marcos, intentando distraer a su amigo con aquel recuerdo.

—¿Por qué? —un aire malicioso merodeó por las facciones de Luis—. Quizás justo en este momento...

La puerta se abrió y Alejandra, feliz, los hizo pasar.

Luis saludó rápidamente y se abalanzó hacia el teléfono. Comenzó a marcar un número, sin embargo, cortó antes de terminar.

—Mañana voy a ir a la terminal. Lo voy a esperar a la misma hora, en el mismo lugar.

A Marcos la idea le pareció un poco pueril. Subvacía en ella la vieja creencia de que el criminal vuelve al lugar del hecho, y lo del taxista, además de ser posiblemente involuntario, parecía de muy poca monta. Aunque en verdad existía la posibilidad de que día tras día fuera a la estación a una hora determinada. Delmira había aparecido en el umbral de la puerta del comedor e, indecisa, los miraba.

—Delmira, saludalo a Luis —la conminó Marcos.

Pero Delmira no hizo el menor atisbo de movimiento y su mirada trasuntaba desconfianza. Luis se le acercó, teatralizando cierto gesto adusto.

—En donde estuve, me comí varias niñas como ésta —dijo, colocando las yemas de los dedos de una mano sobre la cabeza de Delmira.

El corazón de Marcos dio un vuelco al escuchar esta referencia a la antropofagia, por mucho que el tono levemente ceremonioso revelara la broma. Los medios perio-

disticos habían informado de algunos casos en el interior, pero se mencionaban como hechos aislados, sin trascendencia. ¿Sería en el interior algo más común de lo que se decía? Este interrogante surgió en Marcos y, si se hubiera atrevido, le hubiera preguntado a Luis algo al respecto. De lo que sucedía tras el muro no había escuchado más nada. El silencio absoluto de los medios en torno de toda esa gente —que hubiera tenido que considerarse algo muy llamativo— pasaba desapercibido y ya casi nadie hablaba ni se preocupaba por lo que pudiera estar ocurriendo en esa zona. Se habían acostumbrado a esa suerte de agujero negro en una vasta área de las afueras de la ciudad. Y él también había olvidado en gran medida la existencia del muro. Muy de tanto en tanto, cuando se desplazaba por la ciudad, se acordaba de esa zona, pero el recuerdo no le decía nada; sólo venían a su mente unas altas paredes, tal como las había visto una vez, y muy poco más.

Delmira no dio señales de conmoverse en lo absoluto por los dichos de Luis y seguía mirándolo con antipatía. Luis había hecho mención a lo poco suculento que sería el plato. Y, manteniendo su mano en la cabeza, la rodeó, apreciándola.

—¡Qué linda colita! Me parece que va a ser mi platillo favorito.

Marcos se puso nervioso.

—¡Mamá! —Delmira, reaccionando unos segundos más tarde, se puso a llorar con todas sus fuerzas.

—¡Delmira! —le gritó Marcos, fastidiado porque en ese llanto ampuloso, injustificado —ya que las palabras de Luis no eran más que una broma—, se revelaba la estupidez de su hija.

La nena se arrojó en brazos de su madre. Luis miró a Marcos, sorprendido por esa reacción. Levantó las cejas, en un gesto en el que Marcos creyó ver desprecio y cierta confusión.

—¡Delmira! —volvió a gritar Marcos al tiempo que avanzaba hacia ella dispuesto a separarla de Alejandra, a quien culpaba de apañar ese tonto exabrupto—. ¡Ya sos grande para hacer estas idioteces! —la tomó del hombro

y la obligó a que girara hacia él. Delmira le echó una mirada aterrada, toda llena de lágrimas, tan desproporcionada con respecto a lo ocurrido que hizo desistir a Marcos de todo intento de corrección. Abatido, la soltó.

—Qué boluda que es, por favor —no pudo evitar decir.

Se hizo un silencio incómodo, nervioso, en el cual sólo se escuchaba el llanto sordo, ahogado, de Delmira contra su madre.

—Vamos al fondo —sugirió Marcos luego de unos momentos.

—Es muy sensible —dijo Alejandra a modo de explicación.

—¡Es muy imbécil! —pensó Marcos.

—No es mi día —comentó Luis apenas estuvieron en el jardincito.

—Si no tenías cosas de valor, tal vez el taxista la devuelva a la estación. Tendrías que llamar allá y dar aviso. Dejarles un teléfono tuyo.

—¿Cuál?

—Dejá éste.

—Pero el taxista no la va a devolver jamás —afirmó Luis—. ¿Vos pensás que él también se olvidó de la valija cuando bajamos? Es más, yo creo que lo de dejarnos antes del último control fue parte de algo ya planeado. Deben saber los taxistas que cuando te dejan antes de un control es probable que uno se olvide lo que dejó en el baúl.

—Pero, aun así, si no encuentra algo que le interese quedarse puede que la devuelva.

Luis meneó la cabeza, descreído de tal posibilidad.

Alejandra apareció con unos vasos de gaseosa.

—¿Cómo te fue en el interior?

—Bien. O mal. No sé. —Luis calló por unos instantes—. La verdad es que hasta que llegué acá no me había planteado si me había ido mal o bien. Pero me lo preguntan tanto que no tuve más remedio que ponerme a considerarlo. Pero de cualquier manera no sé qué decir.

Cruzó por Marcos un efímero sentimiento de consternación, desplazado rápidamente al considerar que Luis era injusto con ellos.

—Te lo preguntamos porque... nos interesamos por vos. Estuviste tres años en el interior; me parece que es lógico que cuando te volvemos a ver te preguntemos cómo te fue.

—Ahora sólo estoy preocupado por la valija.

—¿Tenías cosas de valor? —esta vez fue Alejandra la que preguntó.

—Para mí, sí. Tenía una escultura, bastante antigua, de un ser bifronte, tal vez una deidad o una suerte de invocación y... ¿Te acordás que varias veces hablamos de los seres con dos caras? —Marcos asintió, bastante penosamente—. Bueno, no sé... me empezaron a interesar cada vez más y... justo encontré esa escultura en un cerro y me pareció que... tenía un significado especial —Luis levantó los antebrazos hacia sí, resaltando la importancia de sus palabras—. ¿Te das cuenta? Pensaba cada vez más en el bifrontismo, en los significados de las dos caras y encontré esa arcilla. Un poco rota, pero las dos caras eran bien visibles en una figura de cuerpo entero. Un cuerpo muy flaco; eso también era llamativo porque no corresponde con el tipo físico de quienes la hicieron. ¿Por qué la hicieron tan delgada y alta? Es un misterio. Aunque yo creo que el cuerpo tiene relación justamente con el bifrontismo, con las dos caras... Y ahora la tiene ese taxista de mierda. ¡La puta que lo parió!

Marcos se había puesto nervioso al escuchar a su amigo. Le fue cobrando aversión a la escultura y casi deseaba que la valija estuviera definitivamente perdida. Por otra parte, había nacido en él la sospecha de que Luis también pudiera haber percibido otra cara en su revés —de ahí su interés en el bifrontismo—, y ansiaba preguntárselo de algún modo, aunque más no fuera indirecto. Sin embargo, se quedó mirándolo, sin articular palabra. Por dos veces se pasó una mano por la nuca, mesándose los cabellos.

—¿Dos caras opuestas en una cabeza? —preguntó Alejandra.

—Sí.

Alejandra miró por unos segundos hacia el piso.

—Como Marcos.

Marcos la miró, violentísimo. La cara se le puso a manchas blancas y rojas. En su mente se confundieron varios esbozos de ideas muy diversas. Desde el olvido de algún comentario que hubiera hecho, hasta la sospecha de hablar en sueños o, mucho peor y más probable, Alejandra se refería a su personalidad, a su carácter, a... tenía que decir algo en su defensa, máxime que los dos lo miraban, casi cómplices entre sí, con ojos irónicos, sonrientes. Volvió a pasarse una mano por la nuca.

—Pero, ¿no eras vos el que pensabas tanto en los... seres con dos caras? —se dirigió a Luis.

—Sí... Pero tengo la idea de que hace años eras vos el que estaba interesado en el tema. O... —Luis lo observó por unos instantes—. No sé... ¿¡Cómo pude olvidarme esa valija!? —Luis se agarró la cabeza, aguijoneado por una ola de indignación contra sí mismo.

Marcos pensó en el taxista y, esperanzado, juzgó que no la iba a devolver. Tenía miedo de que la presencia de la escultura revolviese algo en su interior y salieran a luz —y se hicieran indomables— cosas que estaban recónditas, aplacadas. Ya estaba harto incómodo sólo con lo que se había dicho.

Delmira, llorosa, apareció en el jardín.

—¡Mamá! —gritó, echando una rápida ojeada sobre Marcos, temiendo evidentemente su intervención.

—¡¿Qué mierda te pasa?! —Marcos se abalanzó sobre ella, urgido por impedir que se contactara con Alejandra. La nena corrió hacia dentro de la casa y Marcos la siguió. Delmira se metió en el dormitorio de ellos. Marcos se asomó. Se había subido a la cama y clavado la cabeza en las almohadas, con las rodillas cerca del pecho y la cola levantada. Lloraba ahogadamente. Marcos quedó desconcertado y la observó por unos segundos. Luego volvió al comedor. Estaba seguro de haber actuado como un energúmeno delante de Luis. No tenía ganas de volver al fondo. En esos momentos odiaba a su amigo. Lo culpaba de provocar toda esa escena con Delmira, de traer adrede esa figura bifronte, de... ¡¿Para qué carajo volvió?! —se repetía, furioso. Sólo lo

sofrenaba —y lo malquistaba también— el convencimiento de que en breve debía salir al jardincito, en parte porque calculaba que ellos se extrañarían ante la prolongación de su ausencia, en parte porque no les quería dar tiempo para que urdieran algo contra él.

3

Marcos fue disponiendo arriba de la mesa los distintos materiales de la historia clínica de Beatriz con que contaba. No era la primera vez que lo hacía, pero en esta oportunidad intuía que había en la revisión algo de definitivo. No podía demorarse más y debía encontrar, ahora sí, la punta del hilo que lo llevaría hasta Beatriz. Ya no podía leerla con cierto descuido morboso, refugiado en la idea de un futuro a dos o tres años. Con la llegada de Luis había cambiado su apreciación del asunto. Había sido un iluso que dio por supuesto que Beatriz estaba por fuera de la vida esperando que él se decidiese. Y quizá ya era tarde, casi seguro que era tarde, pero aun así creía tener una mínima posibilidad si actuaba con rapidez. No temía más que encontrar algún punto, algún aspecto en la historia clínica que le permitiese escribirle un pequeño fax, y esperar la respuesta, tal vez insistir con otro más adelante si no tenía respuesta en breve.

Al terminar de disponer el material, Marcos lo observó con satisfacción. Suponía un trabajo del que saldría airoso y que le daría al menos una esperanza. La opinión de Luis al respecto lo tenía sin cuidado. Su amigo vería su acción bajo el prisma de sus propios intereses y era un hecho que cada uno velaba por los suyos. Él había sido médico de Beatriz y, más allá de los percances de la cura, ella tenía con él una deuda. El fax que pensaba enviar no podía considerarse algo fuera de lugar, sino que era más bien una delicadeza de su parte. Al fin de cuentas, lo único en que debía pensar

era en la opinión de Beatriz, en cómo ella lo recibiría; el resto era parte del mismo pantano en el que estaba él y no tenía sentido prestarle atención.

Tomó las ecografías, las que habían sido sacadas en el transcurso de siete meses, y que habían tenido un papel bastante destacado en el seguimiento del caso. La primera de ellas la había visto tantas veces que ya la conocía de memoria y sabía positivamente que nada se podía esperar de ella, no obstante, en el afán de ser concienzudo, la eligió y la acercó a la luz. Suspiró al ver lo que ya sabía que vería y se quedó mirándola por un rato, siguiendo con el dedo algunos contornos como para convencerse de que no era por completo inútil la observación. Pese a que estaban inflamados, a Marcos le parecieron unos riñones casi bonitos; los miraba y creía ver formas particularmente definidas, que no podían pertenecer a cualquier persona; era visible para él la calidad de persona que era Beatriz. Recordó que, en su momento, no le había dicho nada a ella acerca de esa especial belleza de sus riñones, y se sintió a disgusto. Quizá en aquel entonces no la había advertido, pero hubiera sido una forma de halagarla y de predisponerla mejor hacia él. Pensó que reaccionaba cuatro o cinco años tarde y su enojo lo hizo desconfiar de que pudiera hallar finalmente material para su fax. Unos instantes más tarde, sin embargo, se preguntó si no podría utilizar este tardío hallazgo como punto central de su mensaje. Y, desplazándose en su discurrir, vino a su mente una imagen de una espalda, que él atribuyó a Beatriz, una imagen hermosísima. ¿Por qué no conquistó a Beatriz cuando tuvo la oportunidad? Dejó caer la ecografía sobre la mesa y se fue a servir un vaso de agua. No pudo menos que juzgar que Alejandra le arruinaba la vida desde hacía cinco años. Bebió el vaso entero sin tomarse un instante para respirar, y volvió al comedor. Se sentó frente al material, entibiado por la presunción de que no le sería tan difícil lograr que Alejandra lo ayudase a llegar a Beatriz. De este modo se reivindicaría ante él. Había elegido este rato de la tarde para trabajar con lo de Beatriz porque estaría solo en la casa. Ahora, por el contrario, consideraba que

mostraría a su mujer el fax para conocer su opinión. Hasta imaginó que esa noche le haría el amor a su mujer con Beatriz flotando en la cabeza de ambos, cómplices los dos en alcanzar un objetivo tan preciado.

Examinó las siguientes ecografías y, puntualmente, no encontró nada, pero fue cayendo en la cuenta de que la única manera de interesar a Beatriz era a través de un pequeño susto. Vale decir, tenía que fundar su fax en un supuesto mal que habría encontrado revisando el material. Justificaría esta revisión inventando la existencia de un caso similar que estaría tratando en la actualidad. Dejaría las cosas lo suficientemente confusas como para no tener dificultades más adelante —en esa primera entrevista que imaginaba— en quitar importancia al asunto. Propondría unos análisis que obviamente darían bien y la supuesta enfermedad caería en el olvido; pero él aprovecharía esas entrevistas para edificar una relación que ya no necesitase de ninguna excusa. Deseaba olvidarse de los riñones de Beatriz, que en su momento lo habían obsesionado, y ocuparse de ella, de la mujer, de la persona.

No tardó en concluir que debía inventar la existencia de un pequeño cálculo, ubicándolo en un lugar que entrañase un remoto peligro. Le pareció que era algo admisible y que no provocaría tampoco gran alarma. Y su desaparición sería fácilmente explicable, si es que le atribuía un tamaño muy diminuto. Los trillados cálculos, al fin de cuentas, ponían en su mano una solución bastante sencilla. Incluso, consideró que no le sería nada difícil mentir acerca de un cálculo, cosa que resultaría más engorrosa si inventaba otra dolencia. Se iba a dirigir a la computadora cuando sonó el teléfono.

Era Luis, cuya voz al saludarlo sonó algo excitada.

—No encontré la valija —dijo luego, a modo de preámbulo—, pero es muy probable que recupere la escultura.

—¿Y cómo? —Marcos se sintió incómodo con la noticia.

—Los antropólogos conocemos ciertos circuitos en donde se puede encontrar algo así y... Me dieron un dato que parece bastante confiable.

—Pero vas a tener que comprarla, porque el que la tenga seguramente la pagó. Y hay que ver si te la quiere vender... —Marcos sintió algún alivio al interponer esta objeción.

Siguieron unos instantes de silencio en los que Marcos creyó advertir la consternación de su amigo al desbarrancarse de su fácil optimismo.

—Puedo conseguir el dinero —afirmó Luis.

Ahora fue Marcos el que se tomó unos segundos.

—¿La viste a Beatriz? —preguntó, por fin.

—Sí. La vi —afirmó Luis en tono enfático luego de dudar una pizca, cosa que hizo pensar a Marcos que su amigo mentía.

—¿Y qué pasó? —preguntó de todas formas.

—Nada demasiado novedoso. ¿Por qué?

—No. Sólo preguntaba. Como ella... No sé. Podría conseguirte algo en su corporación.

—Tengo que presentarme pasado mañana en una de las empresas —le informó Luis, contento por decirlo.

—¡Qué bueno! —Marcos imaginó que no podía ser un mal empleo y sintió cierta envidia.

—Aunque... No sé —Luis pareció dudar—. Tengo que presentarme y... No sé dónde me van a mandar, si en realidad no sé hacer nada que ellos consideren útil.

—Pero Luis si... sos inteligente. No vas a tener problemas.

—Me van a preguntar qué hice, qué no hice, qué estudié.

—Sí.

—Se van a reír de mí.

Marcos iba a negar esta posibilidad, mas no halló mucho para decir.

—No te apresures a pensar cosas que después no... Nunca ocurre lo que uno imaginó. Así que... no te amargues antes de tiempo.

—Al revés. Si es verdad lo que decís, tendría que imaginar todo lo malo que pudiera ocurrirme, así lo exorcizo y ya no puede convertirse en realidad.

—Pero nunca vas a poder agotar todas las posibilidades. Y la realidad, la realidad futura siempre se escu-

rre. Siempre te va a esquivar. Cualquier estupidez que no podías prever se interpone y todo lo que elucubraste se va al diablo.

—Ya sé. Te hacía un chiste. Pero... —Luis se calló por unos momentos—. ¿Sabías que, según un antropólogo nada confiable —aclaró—, la escultura de las dos caras representa un diablo?

—¿Sí? —Marcos sintió aprensión y menos deseos tuvo de que apareciese.

—Supuestamente, es la representación de un diablo que podía introducirse en el cuerpo de cualquiera. Para él, la delgadez del cuerpo de la escultura se debe a que el demonio entraba por la boca o por los orificios de la nariz. Y buen..., me explicó unas teorías muy traídas de los pelos.

Alejandra llegó con Delmira, bastante antes de lo previsto. Marcos se distrajo por unos segundos y no llegó a prestar completa atención a lo que su amigo le decía.

—¿Le querías regalar la escultura a Beatriz? —se le ocurrió preguntar.

—No. ¡¿Por qué se la voy a regalar a Beatriz?! —Luis fue elevando el tono de voz—. ¡Qué mierda te pasa a vos con Beatriz! Me tenés podrido. Siempre Beatriz. Siempre Beatriz.

Alejandra le estaba dando un beso y quizá escuchó algo, a pesar de que Marcos alejó el tubo del teléfono. Acalorado, no sabía qué contestar que disimulase ante su mujer la disputa y el motivo que la originaba.

—Creí que la última vez que nos vimos dijiste que se la ibas a regalar —adujo, a la defensiva, mintiendo.

—No. Nunca dije eso.

La dureza en el tono de voz de su amigo desconcertó a Marcos en alguna medida.

—Quizá imaginé que se la ibas a regalar porque no le llegaron las cosas que le mandaste y... Si te vas a presentar a una de las empresas de la corporación...

—Ni siquiera es de la corporación.

—Bueno... A una empresa de Beatriz.

—Me parece que no es de Beatriz. Y además... Ella nada más me informó que una empresa constructora había firmado unos contratos y podía necesitar gente.

Marcos no sabía qué pensar. A veces creía entender que su amigo era íntimo de Beatriz, a veces, como ahora, Luis se ubicaba a una gran distancia de ella y aparecía en consecuencia como una relación bastante remota. ¡Era increíble que él no supiera qué había entre Luis y Beatriz! Se enojó consigo mismo y la ofuscación lo llevó a decidirse por una pregunta directa.

—¿Y qué sos de Beatriz? —si no hubiera estado Alejandra en las cercanías le hubiera preguntado aun más explícitamente si se acostaba con ella o no, si era un amante estable o qué demonios era.

—No sé qué querés saber. Si creo que más o menos sabés todo, o te lo podés imaginar.

Marcos se sintió como un tonto, alguien a quien le faltaba experiencia de vida para deducir aquello que era obvio. De cualquier modo, supuso que no pasaría mucho tiempo para que todo se dilucidara ante sus ojos y se reprochó el haberse precipitado, poniendo en evidencia su ingenuidad, su poco conocimiento de las cosas. En el fondo de sí, decidió que Beatriz y Luis eran amantes ocasionales y que esto no generaba, al menos de parte de ella, un interés muy marcado.

—Pienso que Beatriz podría darte una gran ayuda. Por eso te lo pregunto. Me parece que un favor no te vendría nada mal en este momento.

—No le veo nada tan particular a este momento. Mi situación, punto más, punto menos, es crónica. Y Beatriz está en otro mundo. Y ese mundo ya se fue muy lejos.

La frialdad con la que Luis habló acerca de las circunstancias de su vida impresionó a Marcos, quien silenciosamente reclamó para sí esa lucidez, esa falta de esperanzas.

—Sí, seguramente es así —concedió.

Marcos se figuró que el único estado de bienestar posible era no esperar nada. Ya no se podía vivir sino a costa de aceptar cualquier cosa que ocurriese. Y, para esto, debía erradicar las ilaciones lógicas, a las que él todavía era aficionado, y los sueños que en cierta medida abrigaba, incluido seguramente el de llegar a Beatriz.

—O sea que... —dijo Marcos, pero había empezado a

hablar antes de articular una frase y no logró terminar. Estuvo en un tris de decir: "no estás mal", no obstante supo que Luis le iba a reprochar de nuevo su supuesta insistencia en juzgar que, en su situación, sin casa y sin trabajo, debía estar deprimido.

—No hay mucho por hacer —dijo Luis, extrayendo una modesta satisfacción al desnudar su casi infinita capacidad para resignarse, haciendo visible a la vez la inocencia de Marcos.

—Yo no creo que haya mucho por hacer —se defendió Marcos.

—Pero te inclinás a creer que... No sé. Puede ser que como vos sos médico alguna vez viste otros horizontes y te cueste aceptar lo que está pasando.

—Puede ser —admitió Marcos, un poco avergonzado de su profesión—. Aunque , vos perseguís una escultura, ¿o no? —intentó contraatacar.

—Sí. Pero es una cosa. Una cosa que ya casi no le interesa a nadie, que vale poco y nada.

—Pero te estás aferrando a la esperanza de encontrarla.

—No. Para nada —a Luis este esfuerzo de su amigo por involucrarlo lo hizo reír un poco, sin embargo no estaba seguro de que no tuviera al menos un ápice de razón—. Algo tengo que hacer. Voy al baño a hacer pis, a veces me peino, busco la escultura, me atora una saliva y la escupo... qué se yo. Hago algunas cosas —Luis intuyó que la uniformidad en el tono de voz había hecho convincente su frase—. Los animales hacen cosas y no tienen esperanzas.

—Sí. Es verdad.

—De lo contrario... Vos sos el mejor testigo del avance de la psiquiatría.

Se quedaron callados por unos momentos. Luis pudo escuchar una fuerte inspiración de aire, como si la mención de la psiquiatría inquietase a su amigo. Finalmente, como Marcos no se decidía a decir nada, Luis carraspeó.

—Y lo de la escultura... —dijo Luis, sintiéndose obligado a esto.

—¿Sí?

—No creo que ese dato me sirva para mucho.

Marcos hubiera querido decirle que tal vez era mejor no volver a encontrar esa escultura, mas no encontró una justificación admisible para esto y se lo calló.

Al advertir lo reacio que estaba su amigo para hablar, Luis forzó una rápida despedida, en la que no pudo evitar que se trasluciese un matiz de fastidio. Él había llamado creyendo verdaderamente en la posibilidad de recuperar la escultura, e incluso quizá también, aunque esto sería ya un milagro, los frasquitos de sangre y semen que constituían el centro de la misión por la cual había regresado a la ciudad. Y la conversación telefónica lo había llevado al descreimiento, pero no por culpa de su amigo; él mismo fue cercando esa posibilidad. Casi barruntaba que había llamado a Marcos pura y exclusivamente para descreer de ese dato. Y ya no podía volver a creer. Se había hecho un daño irreversible. Hasta pensaba que, si seguía la búsqueda, estaría bordeando el ridículo, sobre todo porque no podría dejar de mencionar también los frasquitos. Y no sabía qué explicación podría dar al respecto. Cualquier cosa que inventaba le sonaba burda, quizá porque no conseguía apartarse mucho de la verdad. ¿Por qué hacía algo que lo avergonzaba ante los demás, que no se animaba a contarle a nadie, ni siquiera a Marcos? Y hasta era su amigo la última persona a quien le contaría lo que traía entre manos hasta la pérdida de la valija. Aunque no tenía por qué darse por vencido. Si reunía dinero suficiente con su nuevo trabajo como para comprar un recipiente refrigerante, en los primeros días francos de que dispusiese volvería a aquel pueblito en la montaña. Y traería otros frasquitos. Si es que lograba convencerlos de nuevo.

Luis atravesó el hall de recepción del edificio, y se dirigió hacia los ascensores. La empresa constructora a la cual se dirigía ocupaba tres pisos: el séptimo, el octavo y el noveno. Ya dentro del ascensor, Luis apretó el botón del octavo, aunque no sabía a ciencia cierta en cuál esta-

ba la oficina del hombre con el que tenía la entrevista de trabajo. Cuando las puertas se abrieron encontró dos hombres de seguridad que montaban guardia a los lados, y una mujer frente a un escritorio, la que de modo bastante despectivo lo mandó al séptimo piso. Este piso parecía destinado a oficinas de menor cuantía, cosa que de alguna manera empezó a pesar en su ánimo. Él no tenía la menor información acerca del cargo o la función de quien iba a ver, y si a esto le unía la índole de sus conocimientos y habilidades, que no excedían en mucho la antropología, Luis iba por completo perdido, casi desconcertado, incapaz de imaginar en qué terminaría el asunto.

Cuando dio su apellido, le informaron que, por el momento, no vería al hombre en cuestión; le indicaron que recorriera un largo pasillo y que, en la oficina de recursos humanos, se apersonase ante una mujer, a la que le dieron el título de licenciada. Luis sospechó que se trataba de una psicóloga y se puso nervioso. Según su parecer, toda la inseguridad parsimoniosa que mostraban los psicólogos en las terapias individuales, devenía en siniestra habilidad y astucia cuando se insertaban en el seno de una empresa para descartar personal. Luis no había tenido más que un par de entrevistas en su vida con estas psicólogas, pero recordaba bien que en la primera de ellas, la mujer supo ganarse su confianza con preguntas íntimas y maneras de amiga y él, pisando el palito, había confesado ciertas cosas que le valieron ser dejado de lado. Ahora ya sabía que debía ocultarse, que debía mentir, que debía decir lo que ellos querían escuchar, pero ¿qué es lo que deseaban? Este interrogante flotaba en su cabeza mientras caminaba por el pasillo. Sabía, por ejemplo, que no debía mostrarse inseguro, pero, si se mostraba demasiado seguro de sí mismo ¿no estaría cometiendo un error? En las anteriores entrevistas le habían preguntado por su familia, y en particular por su madre. ¿Qué había que decir al respecto? Si se mostraba apegado a ella lo tratarían de persona dependiente, incapaz de cortar el cordón umbilical; si se mostraba desapegado podían llevarlo a que diese indicios de

ser rebelde y poco dispuesto a aceptar la autoridad. Unos metros antes de alcanzar la puerta otro interrogante, más concreto, lo abordó: ¿convenía ser simpático? Tendía a creer que sí, aunque no se consideraba en condiciones de ser simpático y desconfiado a la vez, y más bien se inclinaba a pensar que, en su esfuerzo por caerle en gracia, se dejaría llevar al juego de ella y acabaría confesando sus problemas.

Golpeó la puerta que le habían indicado y a los segundos recibió un "adelante" desde el interior. Era una mujer bonita, que probablemente aparentaba menos edad de la que tenía, la que tal vez frisaba los cincuenta. Lo recibió con una sonrisa agradable, cosa que hizo nacer en Luis dos sentimientos contradictorios: en superficie, se sintió cómodo, halagado por la belleza de sus facciones y por el gesto hacia él; en el fondo adivinó que era una mujer inteligente que usaba sus cualidades físicas para sonsacar conductas y una débil alarma sonó en su interior.

—No me gusta usar detectores ni visores, y mucho menos un terminal ahí afuera —explicó la mujer—. Prefiero que simplemente golpeen la puerta.

En el rostro de Luis se esbozó una sonrisa. Nebulosamente imaginó que lo hacía para empezar a dibujar un perfil de la persona a partir de la manera de golpear. Su nerviosismo se acrecentó ligeramente.

—Sentate —lo invitó la psicóloga.

Había dos sillas de su lado del escritorio y Luis eligió rápidamente una y se sentó. Al momento advirtió que las sillas, si bien eran parecidas, no eran iguales, y que la otra, la que había desechado, tenía apoyabrazos y era más suntuosa. Se indignó, en parte contra sí mismo por no haber percibido antes la diferencia, en parte contra la mujer por disponer esas astucias miserables, esas artimañas en las que, como era su caso, se caía invariablemente. No lo enojaba el haberse sentado en la más modesta, sino que no había podido elegir conscientemente y que —aquí la trampa de la muy maldita— era de seguro su inconsciente el que había actuado para llevarlo a una de las dos. Casi le parecía una treta burda, hasta

infantil, y tenía deseos de hacer algún comentario que la sacase a luz, alguna frase despectiva. Sin embargo, por otro lado, él había sido pillado y, además, ella era la psicóloga de una empresa respetable, en la que se medía todo en relación con la eficiencia, y el truco debía ser útil.

—¿Tenés experiencia en esta clase de entrevista?

—Poca.

—Primero vamos a hacer un pequeño test, y después charlamos un rato.

Abrió un cajón y sacó un cuadernillo.

—Llenalo lo más rápido posible. Seguí las instrucciones que están impresas. Allá tenés un pequeño escritorio —y la mujer señaló un rincón cerca de la ventana.

Luis lo tomó y fue hasta donde le indicaron. Era un cuadernillo lo suficientemente grueso como para que tuviese la impresión de que iba a estar horas con él. No había empezado y ya estaba harto. De reojo miraba a la mujer para descubrir si era cronometrado. No logró percibir nada, pero de cualquier forma sabía que se apuraría hasta aturullarse, por lo menos al comienzo.

Y, sin más remedio, se lanzó a llenarlo. Levó la primera consigna, que se correspondía con un gráfico, y no entendió nada. ¿Podría pedirle aclaraciones a la mujer? De seguro no, porque eso atentaría contra la precisión del test. Él se pensaba muy inteligente y le sería muy gravoso aceptar un fracaso en una prueba de este tipo. Aunque quizá sólo estuviese dirigido a descartar locuras o traumas psicológicos de importancia. Siguió con el segundo ítem. Con cierto esfuerzo, alcanzó una posible solución, aunque le parecía dudosa, no por culpa de él sino porque las consignas eran ambiguas. Molesto, se puso a buscar el modo de mejorarlas para que fuesen fácilmente inteligibles. Juzgaba que si él hubiera elaborado el cuadernillo los ejercicios estarían claramente explicados. Levantó la vista para quejarse ante la mujer, con lo que consiguió que ella lo mirase, apartando los ojos de un terminal de computadora que estaba observando. Luis se llevó la birome a la boca y no dijo nada, volviendo al cuadernillo.

Conforme avanzaba se iba convenciendo de que no

tenía mucha importancia lo bien o mal que llenase el cuadernillo. En contados casos estuvo seguro de la respuesta, en la mayoría se decidió por lo que a primera vista le parecía más probable, negándose a concentrarse en el análisis de lo que se le planteaba. Despreciaba el test en la medida en que consideraba que las dificultades que le presentaba eran producto de los yerros de quienes lo redactaron. El único ejercicio que lo preocupaba era el primero, no sólo porque era aquel con el cual se formarían una opinión inicial y acaso decisiva, sino también porque no lograba siquiera sospechar lo que debía hacerse. Cada tanto volvía a ese problema y lo releía con la esperanza de hallar esa minucia que se le escapaba y que daba sentido al todo; sin embargo no encontraba ningún indicio. La serie de figuras no le decía absolutamente nada y tampoco sabía a qué se referían con aquello de sombrear una de las zonas, según corresponda. Se ponía nervioso al volver a repasar ese ejercicio, le era casi desesperante comprobar una y otra vez que le era inabordable. Cuando volvía a él, comenzaba a movérsele una pierna, en una suerte de tic por el cual la extremidad, apoyada en la punta del pie, pistoneaba corta y crispadamente. Hasta se le ocurrió que ese primer ítem estaba diseñado justamente para comprobar la respuesta de la persona frente a un problema insoluble, interesados en saber hasta qué punto lo sacaba de quicio, o qué vía tomaba para enfrentarlo. Si esto era así, tenía que evitar toda muestra de nerviosismo y, sencillamente, dejarlo en blanco, pero... No estaba seguro de nada. Pensó que el resultado del test y de la charla quizá llegaría a oídos de Beatriz. Sería algo lamentable. Estaba decepcionado de sí mismo y casi entregado al destino algo vergonzoso que le depararía el cuadernillo. Terminó de completarlo a las apuradas, usando la intuición más que la lógica, ya que no podía domeñar su mente lo suficiente como para que se aplicase a la resolución de los problemas. Sin preocuparse en demasía, inventó una solución para ese primer ejercicio.

No obstante, cuando terminó y debía enfrentarse al hecho de entregar el cuadernillo a la mujer —quien lo observaba, según podía él adivinar—, se arrepintió de su

apuro, de su poca aplicación. Hubiera querido pedir otro cuadernillo o al menos demorarse una enormidad en entregar éste. Sólo la presunción de que estaba siendo cronometrado y de que si se demoraba podría generar un comentario del tipo "todo este tiempo para esta calamidad", lo hizo levantarse y entregarlo. La mujer lo recibió con una amplia sonrisa, tal si él fuese el alumno más aventajado del aula y, según costumbre, estuviera entregando primero. Luego lo invitó a sentarse, y esta vez Luis eligió conscientemente la silla más modesta, en gran medida porque no le pareció conveniente cambiar.

La psicóloga empezó por preguntarle algunos datos básicos. Los anotaba en una planilla que había dispuesto ante sí, aunque daba la impresión de que cotejaba la información que Luis le daba con algo que tenía en el terminal de la computadora. Luis barruntó que todo lo que él le decía ella ya lo tenía cargado en la computadora y le preguntaba con el único objetivo de sorprenderlo en alguna mentira.

—Así que tenés una hermana mayor —comentó en un momento.

—Sí.

—Es bastante mayor que vos. ¿Fue algo así como otra madre?

—Supongo... que no. No sé.

—Vos no estabas en el mundo en esos momentos.

—Sí. Pero... —Luis no estaba preparado para mentir acerca de su hermana; no había imaginado que tocarían ese punto y, en parte admirado pero también dolorido y con bronca, admitía que la mujer estaba poniendo el dedo en la llaga.

—¿Cómo definirías la relación con tu hermana? —insistió la mujer.

Luis se puso levemente pálido. ¿Había deducido algo o era pura casualidad? Hacía años que no se veía con su hermana, pero si lo confesaba debía inventar algo que explicase la ruptura, y hacerlo en segundos.

—Yo... Es una relación normal. Es buena... Nos queremos —agregó, con un nudo en la garganta.

—Pero ella te lleva trece años.

—Sí. De chicos nos peleabamos muy poco porque por la diferencia de edad...

—¿Ella te consentía?

—Un poco, tal vez.

—¿Y ahora se pelean mucho más?

Luis la miró y no pudo evitar que se escapase de su boca un breve chasquido.

—No tanto —se defendió—. Pero las personas cuando crecen... —e hizo un ademán con las manos con el que intentó cerrar su frase.

—¿Cuáles son esas diferencias que mantenés con tu hermana?

Luis estaba en un tris de revolverse en la silla. No podía creer que, alerta como estaba por sus experiencias anteriores, estuviese enredado en esa discusión sobre Laura.

—Ella... está casada con un hombre que... tiene ideas antiguas y... es muy celoso. Ella se fue alejando... —Luis se daba cuenta de que bordeaba la caída pero algo tenía que decir.

—¿No se ven más?

—Sí. Nos vemos. No mucho, pero nos vemos —se apresuró a mentir, hablando ahora en tono más seguro.

—Aunque ella está de acuerdo con su marido —en buena medida afirmó la psicóloga.

—No sé —dijo Luis, creyendo que ese supuesto esgrimido por ella había sido un pequeño error que le daba un respiro—. No estoy en su cabeza. No puedo saberlo.

—Pero entonces casi no la tratás, si no, tenés que haberte hecho alguna idea sobre lo que ella piensa.

—No lo sé exactamente. Supongo que estará más o menos de acuerdo con su marido —arriesgó.

—¿Y cuáles son esas ideas antiguas de tu cuñado?

Nunca lo había pensado como a un cuñado suyo y la rapidez con que ella estableció el parentesco —que para él era algo extraño— provocó en Luis cierto asombro. Y éste dejó paso a la perplejidad al buscar la respuesta.

—En cuanto al rol de la mujer y... Se aferraba a un autoritarismo patriarcal y... No sé —Luis estaba harto y no veía ningún sentido en esa charla. Pese a que la mujer

seguía portando un gesto simpático y casi cariñoso en sus facciones, él tenía deseos de acusarla de chusma, porque estaba convencido de que las preguntas excedían su rol profesional y, amparada en su posición, preguntaba lo que le venía en gana, llevada por una curiosidad maligna. Como fuera que ella escarbara él iba a callar la verdad, ¿para qué seguía hostigándolo?

—¿Trabaja tu hermana?

—No.

—¿Y vos en qué trabajaste?

—De todo un poco —Luis quería explicarse un poco más, pero hizo un ademán con la mano y no siguió adelante.

—Y, ¿qué tipo de trabajo te gusta hacer? —inquirió ella—, ¿trabajo manual, por ejemplo?

—Sí... sí —contestó él, sin saber bien a qué se refería exactamente—. Yo... soy antropólogo.

—Qué interesante —la mujer sonrió condescendientemente y anotó algo.

—¿Y en robótica, por ejemplo, qué te gustaría o podrías hacer?

—No sé.

—¿En qué pensás que podrías ser útil a una empresa constructora?

Luis se puso muy violento. La forma de la pregunta casi lo provocaba a decir "en nada", pero necesitaba un trabajo y todavía no quería rendirse.

—No conozco muy bien los posibles trabajos, ni la estructura de una empresa constructora.

—La empresa se dedica especialmente al armado de depósitos. Son estructuras premoldeadas que se montan y desmontan según necesidad de stock.

Luis asintió.

—¿Sos alérgico?

Luis se sorprendió.

—No.

—¿Sos muy distraído?

—No. Yo... A veces me concentro mucho en algo y entonces... Pero, no. No soy distraído.

—¿Sufrís de vértigo?

—No. Para nada.

—¿Sufrís de algún tipo de impedimento físico?

—No.

—Mirá que, si entrás, se te va a hacer una revisión médica.

—No tengo ningún problema de salud, ni físico, ni...

—¿Y psicológico?

Luis dudó por unos instantes.

—No. No tengo ningún problema que sea importante.

—Mirá que obviamente se chequea el banco de datos que nuclea a todos los institutos psiquiátricos.

—Jamás entré a un instituto psiquiátrico.

—Bueno. Entonces, por ahora, nada más. Dejá transcurrir dos días y llamá por teléfono al manager. Él te va a dar las novedades, si es que existen.

Y le extendió una tarjeta con los datos del manager.

—Es a él a quien supuestamente yo venía a ver —dijo Luis al leer el nombre en la tarjeta.

—Esta entrevista conmigo es de rigor. Después, él decidirá.

Luis se levantó; sin embargo no se decidió a despedirse. Tenía la sensación de haber fracasado y aún creía que podía decir algo para volcar a la mujer a su favor. Fueron unos momentos en los que, con la cabeza gacha, se sustrajo del mundo y se sumergió en sí mismo buscando extraer una idea, una frase. Pocas veces su mente lo decepcionaba por completo, pero en esta ocasión, quizá porque la mujer se puso de pie y lo interrumpió, no tuvo nada para decir. La psicóloga le sonrió con afecto y le tendió una mano. Él, seducido, se la tomó y luego le costó soltarla, porque al punto advirtió lo bonito que era el brazo y fue consciente del atractivo que tenía esa mujer. Y la maliciosa astucia de la psicóloga se incorporó repentinamente a su poder de seducción. Era la primera vez que sentía, en acto frente a una mujer, que su dominación podía excitarlo, que su superioridad —en este caso maligna y al servicio de la impiedad de una empresa— quebraba sus resistencias. Hubiera querido declararle su derrota, y de la admisión hacer un hecho erótico, vale

decir, que ella percibiese en él una conquista, un conquistado. La mujer ya no era ella nada más, su belleza; era toda la fuerza material que la rodeaba. Lo que siempre fantaseaba con Beatriz, a solas, y nunca lo había podido percibir físicamente delante de ella, ahora emergía frente a la psicóloga.

Ella rodeaba el escritorio y se dirigía hacia la puerta. Él fue girando, mirándola, pero su cuerpo se negaba a dar un solo paso. Algo en ella se puso alerta al advertir que él permanecía inmóvil; cuando puso la mano en el picaporte una sombra atravesó sus facciones, y abrió la puerta con excesiva fuerza, como si, asustada, hubiera encontrado en este acto su salvación. Y cuando el exterior entró a través de esa puerta abierta, Luis sintió que la fuerza vital de sumisión y deseo se le escapaba, y su cuerpo se quedaba vacío. Debilitado, advirtiéndose distinto, extraño, dio unos pasos no muy firmes hacia la puerta. Volvió a saludar a la mujer, esta vez ladeando con respeto la cabeza, en un ademán de viejo. Y se marchó, recuperando en alguna medida el vigor al sentir vergüenza de sí mismo por ese gesto ridículo de despedida.

Recorrió el largo pasillo hasta los ascensores rememorando la entrevista, buscando con afán alguna circunstancia que reivindicase a su persona. No encontró más que dos o tres ejercicios del cuadernillo que tanto había despreciado, en los que, ahora, creía haber sido inteligente al descubrir las trampas sutiles que acechaban en los enunciados.

Luis entró a la casilla llevando el flamante mameluco amarillo en una mano y el calzado en la otra. Cerró la puerta tras de sí y, como el picaporte no trababa bien, acercó un banquito para evitar que se abriera. Sacó el mameluco de su envoltorio y lo extendió ante sí para apreciar las medidas. Al observar la prenda, que colgada de sus manos tomaba en alguna medida forma humana, un ligero escozor desagradable le recorrió el cuerpo. No sólo iba a trabajar de simple operario en el armado de

esos depósitos, sino que se lo obligaba a usar esa ropa chillona que identificaba a la empresa. Más aún, presentía que ese mameluco le impondría cierta actitud, cierta disposición; con él no cabía más que ser eficiente, despierto. La tela, casi fosforescente, llevaba ese mandato. Con sus treinta y un años se sintió demasiado viejo para esa ropa, o tal vez demasiado cerebral, o ambas cosas.

Se cambió rápido ya que lo estaban esperando. Otro operario se incorporaba junto con él, un muchacho de unos veinte años, bajo, pero muy fornido. Luis no tenía espejo en la casilla, pero se miró, aquí y allá, hasta convencerse de que era de su talla. Hubiera querido que no le sentara bien, así tenía una excusa para retrasar un poco el inicio de las tareas. Dispuso delante de sí los zapatos que le habían dado. Junto con el otro operario nuevo debían recibir instrucciones acerca de las obligaciones que tendrían, no obstante Luis era pesimista y el trabajo físico que le aguardaba lo asustaba. Tenía miedo de —aquí también— no poder cumplir con lo que se requeriría de él, de no ser eficiente, de ser torpe. Hacía años que no hacía deportes y barruntaba que, más allá de esa superficial revisión médica que le hicieron, su estado físico era deplorable y no soportaría el esfuerzo de las doce horas que le esperaban. El capataz era joven y hasta tenía aspecto refinado, aunque difícilmente se hiciera el distraído ante un yerro de su parte. Había cientos de sanciones posibles de acuerdo con el reglamento y la gran mayoría de ellas suponían descuento salarial, de modo que Luis ya se había resignado a cobrar poco y nada en ese primer mes. Pero lo peor para él era que aun si soportaba el trabajo y salía airoso ese primer día, llegarían todos los días subsiguientes, y ese futuro amarillo centelleante lo agobiaba. Muy probablemente fuera despedido a los dos o tres años, aunque ¿qué tal si ascendía a capataz? Esta idea cruzó por la cabeza de Luis al salir de la casilla y acrecentó su angustia. Apuró el paso hasta ubicarse junto a su compañero, frente al capataz, quien estaba por empezar sin él.

—No puede demorarse tanto para cambiarse —le dijo con una extraña voz neutral; sin embargo Luis vio

que los ojos del atildado muchacho rezumaban odio, y esta absoluta identificación con el trabajo de la empresa provocó en Luis una gran inseguridad. Adivinó un fanatismo que, para él, era inesperado. No atinó siquiera a buscar una excusa para su tardanza.

—Mañana se ficha con el mono puesto —aclaró el capataz—. Síganme —ordenó—, los voy a instruir en algunos aspectos generales. —Bien que enseguida se dio vuelta y los encaró, tal si hubiera olvidado algo muy importante—. Ustedes están en un período de prueba que dura dos semanas —empezó su advertencia—. Aunque acá siempre se está a prueba —siguió, contradiciéndose en parte en su afán de que supieran a qué atenerse. El manager no le había hablado a Luis acerca de un período de prueba, pero apenas si le había informado del puesto en el que estaban dispuestos a contratarlo y dónde tenía que presentarse. Luis no había podido preguntar ni tan sólo cuánto iba a ganar. Y era ésta una de las preguntas que, se había prometido, haría al capataz en ese primer día.

Luego de su advertencia, el joven siguió su camino, con Luis y el otro detrás. Llegaron al lugar en donde estaban apilados los materiales de ensamble.

—Con esto, podemos armar hasta un depósito de quince metros de altura —se vanaglorió.

—Traigan dos pilotes —les dijo, señalándolos—. Colóquenlos a unos dos metros y medio uno de otro.

Luis cargó el suyo como si fuera un bebé. Pesaba mucho y apenas si podía caminar con él.

—Al hombro —le indicó el capataz.

Luis ya había llegado al lugar que le había señalado y lo depositó en el suelo.

El joven se acercó hasta él.

—Esto —y dirigió su índice hacia el pilote—, se carga al hombro. Un accidente en el trabajo es tu problema, pero recién mañana podríamos conseguir un reemplazo.

El otro operario a su vez había dejado el pilote aproximadamente a la distancia indicada.

—Los blancos son los parantes y van encastrados aquí —el capataz señaló las profundas hendiduras de los

pilotes—. Traigan dos parantes, dos nudos —e indicó la pila de los nudos—, y dos viguetas, que son aquellas amarillas. Entre los pilotes también va una vigueta.

Entre Luis y el otro armaron un rectángulo con los pilotes, parantes, nudos y viguetas, el que podía expandirse obviamente hacia los lados y hacia arriba.

—Sobre esto va montada la membrana plástica. Y luego, abajo se hace lo que se llama el bordeo. La membrana plástica ya viene con los ojales —y les señaló una serie de roscas que emergían de los parantes y las viguetas.

El capataz trajo una caja.

—Estas mariposas ajustan la membrana. Por supuesto que van del lado de adentro. Luego se sellan con un material de seguridad de la empresa.

Algún dejo de desprecio advirtió el capataz en Luis ya que se apresuró a defender la calidad de los depósitos.

—Es una membrana imposible de perforar. Jamás se rompe. Y los paneles se usan y se vuelven a usar en otros depósitos. Todo el material se reutiliza. No sé si me entienden.

Luis asintió, incómodo por la presunción del capataz de que no pudiera comprender algo tan sencillo.

—El techo tiene algunas especificidades que vamos a ver mañana. Ahora lo mejor es que aprendan la colocación de la membrana. Después ya van a empezar la colocación en altura, con esas estructuras —y señaló hacia el fondo, en donde se levantaban dos estructuras tubulares.

—La membrana es de un material totalmente nuevo y cumple con las mismas funciones que una pared de ladrillos, excepto la aislación acústica, pero tampoco se queda muy atrás. Es de una densidad asombrosa. Y además, por supuesto, es muy cara.

Se fueron acercando hacia una suerte de arcón que el capataz abrió con un dispositivo electrónico.

—Yo mantengo el control sobre un lote. Cada una de ellas está numerada e identificada con un código. Lo peor que puede ocurrir es que desaparezca una de estas membranas. ¿Está claro?

Ambos operarios asintieron.

Nunca el capataz había dado tantas explicaciones acerca de la membrana y creía haberse excedido en esta ocasión. Sentía que su orgullo lo había traicionado y había ido más allá de lo permitido, mencionando su valor, su novedad. Esto lo enojó.

—¿Qué experiencia tienen en el armado de estructuras desmontables? —preguntó tardíamente, con ánimo belicoso.

—Ninguna —contestaron los dos casi al unísono, respuesta que provocó en el capataz un gesto de disgusto.

—¿Qué edad tienen?

—Veintitrés —se apresuró a contestar el otro.

—Treinta y uno.

—¿Treinta y uno? —se preguntó, extrañado—. Es la primera vez que contratan a un operario de más de treinta años y sin experiencia —el capataz lo miró con desconfianza. Tenía unos ojos celestes bastante chiquitos, pero expresivos, como si en ellos se revelara la inquietud que le producía el desempeño del cargo. Era seguro que Luis era mayor que él, que tendría unos veintiséis, veintisiete años.

—La empresa está creciendo —dijo, quizá buscando una explicación para esa contratación fuera de lugar. Aunque de inmediato echó sobre el compañero de Luis una mirada curiosa.

—¿Cuánto medís?

—Un metro sesenta y siete.

—Pero si, por la altura de la vigueta, no se contrataba personal de menos de un metro setenta.

Estas dos excepciones, aunque leves, causaron en el joven capataz una marcada perplejidad. Los miró como si no supiese qué hacer con ellos.

—Yo podría crecer —dijo el muchacho, un poco confuso.

—¿Crecer? Si tenés veintitrés años.

—Hay formas de crecer.

—No sé. No las conozco.

El capataz caminó hasta el arcón y el muchacho lo siguió, muy preocupado, casi lloroso. Parecía creer que su altura le haría perder el trabajo.

—Me puedo poner unos zapatos especiales. Con más taco y...

—Son peligrosos en este trabajo. Hay que usar el calzado reglamentario.

—Voy a crecer —el muchacho intentaba ver la cara del capataz para hacerse una idea del efecto de sus palabras. Hablaba con la boca en trompa y muy salivosamente. Semejaba un chico que intentaba convencer a su padre de que desistiese de un castigo.

—Bueno. En una semana tenés que medir un metro setenta. ¿Estás de acuerdo? —el capataz se rió.

—Sí. Seguro. En una semana voy a medir más de un metro setenta —dijo, convencido.

—¿Y vos? —el capataz se dirigió a Luis—. ¿No vas a tener menos de treinta en una semana?

Luis, algo nervioso, se sonrió.

—¡Alejate, por favor! —le ordenó el capataz al joven operario, quien en su ansia por asegurarse de la buena predisposición hacia su persona se había acercado demasiado, tanto al jefe como al arcón abierto.

El capataz cerró el arcón y giró hacia ellos.

—Creo que fui claro cuando les advertí acerca del manejo de las membranas. No me gusta que anden merodeando alrededor de ellas. Se acercan al arcón cuando yo los autorizo, ¿está claro?

Ambos asintieron.

—Acercate —le ordenó a Luis al tiempo que volvía a abrir el arcón—. Tomá esa membrana.

Luis se inclinó sobre la membrana que indicaba el capataz, la que estaba embalada dentro de una bolsa de polietileno. Pero al intentar levantarse con ella se encontró con que pesaba mucho más de lo que había calculado. Por su aspecto —casi parecía de goma o de un plástico muy flexible— era increíble que pudiera pesar tanto. A duras penas pudo sacarla del arcón y depositarla en el piso, para beneplácito del capataz, que se reía de sus dificultades.

—¿Y? ¿Qué me contás? —le preguntó, a modo de burla, o esperando quizá un comentario admirado.

Luis estaba sentado en el suelo, muy agitado, y no

podía contestar. No sentía ninguna admiración por el material en cuestión; solamente estaba asustado por el peso que debería levantar, el que prácticamente excedía sus posibilidades. Por su cabeza cruzó la idea de una renuncia inmediata, aunque sus penurias de dinero eran tan grandes que al instante se convenció de que debía soportar lo que fuera.

—¡Es increíble! —dijo, todavía agitado—. Es un material fabuloso —agregó, con la intención de caerle en gracia al capataz y, por su intermedio, a la empresa.

—Van a tener que trabajar en serio.

—Seguro, pero... —Luis quería decir que era un orgullo para él trabajar en esa empresa, en razón de que disponía de ese material, sin embargo no hallaba una manera de decirlo que no le sonase como una zalamería hipócrita. Se levantó de un salto, temiendo ganarse un reproche. Le dolía todo el cuerpo. El capataz lo miraba, por lo que en lo posible disimuló su estado.

—Desembálenla y colóquenla en la estructura que armaron.

Luis volvió a agacharse y el otro operario se apresuró a ir a su lado. Luis le echó una ojeada para ver si compartía su desesperación. Estaba seguro de que no podría soportar las horas de jornada que restaban; las percibía como un tiempo casi infinito, una tortura cuyo final poco menos que no podía divisarse. Desde la inseguridad en la que se hallaba, tenía la impresión de que podían ocurrir tantas cosas en el transcurso de ese tiempo que no guardaba esperanzas con respecto a su finalización. ¿Por qué no había hecho algún ejercicio físico en todos estos años? Se reprochaba por no haber adivinado que terminaría en un trabajo de este tipo y haber dejado que su cuerpo se ablandara hasta tal punto. Entre los dos sacaron la membrana de la bolsa.

—¡Cómo pesa la hija de puta! —murmuró Luis dirigiéndose al otro operario con cierta esperanza de que intentaran una queja conjunta por el peso de la membrana.

El muchacho no dijo nada y con energía se puso a desplegarla. Luis, comprendiendo que para el otro el asunto no

revestía nada de penoso, lo ayudó como pudo, entorpeciendo en gran medida. Hasta que la membrana, que tanto más odiaba Luis cuanto que no podía entender por qué las fabricaban tan pesadas, quedó desplegada sobre el piso.

—¡Vamos! ¿Qué esperan? —los azuzó el capataz cuando vio que, tomándose un respiro, se la quedaban mirando.

Entre los dos la levantaron. A Luis le temblaban los brazos por el esfuerzo, pese a que, apretando los dientes hasta hacerlos rechinar, hacía lo imposible para tenerlos bajo control. Cuando la acercaban a los tornillos de encastre, la membrana zafó de sus manos y su mitad se plegó hacia el piso, por lo que quedó sostenida únicamente por el otro muchacho, quien aguantó por unos momentos, hasta que Luis volvió a tomarla y la levantó. Ahora le temblaba todo el cuerpo. Aun así soportó, y pudo embocar los encastres. Cuando terminó de poner los de arriba y algunos del costado, se detuvo. Su cuerpo seguía temblando y Luis se asustó un poco. Le parecía que estaba fuera de control; nunca le había pasado algo igual. Los otros dos, perplejos, lo miraban. Quizás temían que se tratase de un ataque peligroso, algo de origen epiléptico o psiquiátrico. Luis se miraba el cuerpo temblequeante, como si supusiese que la mirada pudiese ponerlo bajo control. Por unos segundos, se concentró y se puso rígido, intentando subordinarlo a la fuerza, luego, a causa del visible fracaso, se distendió, pero sus piernas se aflojaron demasiado y se sintió inestable, y de cualquier manera no dejaba de temblar.

—Sentate —le ordenó el capataz desde la distancia que lo separaba.

Ninguno de los dos se acercaba, lo que acrecentaba en Luis la impresión de tener algo repulsivo, algo inusitado, tal vez grave. Se sentó en el piso. Allí el temblequeo aminoró.

—No es nada —dijo Luis dirigiéndose al capataz apenas el primer brote de optimismo por su mejoría le permitió preocuparse por su trabajo—. Son los músculos agarrotados. No es nada. Un minuto y me levanto —Luis notó que su voz salía gangosa, ligeramente temblequeante.

Buscaba argumentos que convenciesen al capataz

de su buena salud. Tenía que encontrar una explicación razonable, que quitase a la cuestión toda importancia, e incluso hacer un chiste al respecto. Pero Beatriz apareció en su discurrir, tal si existiese para él la posibilidad de invocarla, de usar su nombre para salir del mal trance. La advirtió tan alejada que, por primera vez, se convenció de lo que le había dicho a Marcos y que él se había repetido muchas veces: Beatriz estaba por completo en otro mundo, en una dimensión en la que él, su cuerpo, no tenía cabida, y esto era tan inexorable como una ley de la física. Estaba solo. Era una soledad absoluta, que nunca había sentido, y al ser tan plenamente consciente de ella el pecho le dolió. Fueron unos instantes. Luego levantó la vista hacia el capataz, quien se había acercado un par de pasos al notar la mejoría.

—Estoy mucho mejor —afirmó, aunque enseguida notó que sus palabras podían dar a entender que había estado mal, e intentó corregirlas—. No tuve nada. Los músculos, con el esfuerzo...

El capataz lo semblanteaba, indeciso. Seguía juzgando que quizá aquello fuera un ataque de locura y desconfiaba de Luis. Su compañero tenía una actitud más hosca todavía; abiertamente tenía miedo de él y lo miraba con ojos que hicieron nacer en Luis la idea de un animal doméstico hostigado por un desequilibrado.

Considerando que era necesario para convencer al capataz, Luis se puso de pie. Quiso ser ágil y lo hizo en un santiamén. No tan perceptible como antes, le volvió el temblequeo. El corazón le latía con una fuerza llamativa, por lo que Luis, preocupado, prestó atención a los latidos que, con el centro en el pecho, le recorrían el cuerpo. Parecía que algo en su interior iba a estallar. Horriblemente asustado, se apoyó ligeramente en el armazón. Lo hizo a pesar del mandato que él se imponía, casi sin saberlo, de disimular como fuere lo que le ocurría.

—Subí los brazos y respirá profundo —le ordenó el capataz. Y Luis obedeció al punto. Se estuvo así cerca de un minuto, en el transcurso del cual los latidos se le apla-

caron. Le dio cierta tranquilidad el ver que su jefe se hacía cargo de la situación.

—Baja los brazos —le ordenó. Luis los bajó.

Viendo que Luis obedecía, el capataz se fue convenciendo de que estaba en sus cabales. Y, sin más demoras, quería seguir adelante. Ya tendría tiempo de evaluar qué hacer con él.

—¿Listo? —le preguntó a Luis.

—Sí, señor —Luis se sentía aliviado y, proponiéndoselo, pudo sonreír.

—Hay que poner las mariposas. Yo, después, las voy a sellar. Vamos. Hay que recuperar el tiempo perdido.

Luis y el otro muchacho se apresuraron tanto que parecían estar haciendo una carrera entre ellos. A Luis le dolía todo el cuerpo y el pulso le temblaba, pero aun así se las ingeniaba para colocar las mariposas. Rogaba por no caer en otro paroxismo. Había echado una ojeada sobre el capataz y sabía que lo estaba mirando con un gesto muy visible de disgusto dibujado en la boca, mas no podía hacer otra cosa que seguir adelante y poner en ello toda su voluntad. Cada tanto daba un vistazo sobre su compañero y la inquina lo envenenaba. El muchacho trabajaba a toda velocidad con un extraño convencimiento. Luis no podía menos que creer que lo hacía para dejarlo atrás y salir muy ganancioso de la comparación, mostrando al jefe su eficiencia. Seguramente, al ver su debilidad, se había despertado en él el ansia de mostrar la superioridad de sus fuerzas, de aplastarlo todo lo posible. Y terminó de colocar las mariposas que le correspondían cuando a Luis le faltaban todavía cuatro. El muchacho se levantó y se frotó las manos con fuerza, como para llamar la atención del jefe y que éste tuviese bien presente que había finalizado primero.

Antes de que Luis hubiera terminado de colocar las mariposas de su costado, el capataz empezó a sellar las del otro lado con una sustancia que endurecía muy rápidamente y cuyo nombre también se reservó para sí.

—Nunca hay que olvidarse de sellar las mariposas. Es importantísimo —remarcó, pensando tal vez que era el paso que podía olvidar quien estuviese urgido por terminar.

Cuando acabó de sellar la última mariposa (Luis ya había terminado lo suyo unos momentos antes), se apartó un par de metros.

—Así como lo ven, esto es un bloque de pared —dijo con orgullo, al tiempo que echaba sobre los dos operarios una ojeada. Luis, a despecho del poco valor que le daba a ese burdo armazón con membrana, movió varias veces afirmativamente la cabeza. Ahora que había terminado de poner las mariposas —tarea que había estado seguro de poder llevar a cabo—, se sentía vacío, entregado. Le dolía mucho todo el cuerpo; pero fundamentalmente lo afectaba la zozobra de no saber qué podría sucederle cuando, sin que lo pudiera evitar, se viese frente a otros pilotes u otra membrana. Sencillamente, no podría decir que abandonaba el trabajo y, sin más remedio, seguiría adelante.

—Hay que hacer trabajo en altura —afirmó el capataz, según el cronograma de entrenamiento de la empresa—. Suban al balcón de una de las estructuras.

El balcón en cuestión estaba a más de diez metros del piso de cemento, como corolario de la estructura tubular, y era en rigor un andamio metálico con una barandilla en derredor, a la altura de la cintura de un adulto. Las estructuras estaban montadas junto a una pared de armazones y membranas, aunque en los rectángulos superiores faltaban estas últimas. Luis y el otro operario subieron por una escalerilla metálica que corría por uno de los costados de la estructura hasta alcanzar el balconcito. Cuando llegó arriba, a Luis de nuevo el corazón le latía violentamente; no sólo por el esfuerzo hecho en la escalerilla sino también porque, sin llegar a ser presa del vértigo, se sentía harto incómodo allá en lo alto. Mirar para abajo le daba una muy fea impresión y no sabía dónde depositar la mirada, a la que en definitiva paseaba nerviosamente de aquí para allá.

—Voy a mandar una membrana —anunció el capataz.

Entre las bases de las dos estructuras, que estaban separadas por unos siete u ocho metros, había un arcón similar al anterior. El capataz lo abrió y trabajosamente

llevó una membrana hasta el montacargas de la estructura a la que habían subido Luis y el otro. Luego hizo subir la membrana accionando el motor. El joven operario la pasó del montacargas a un pequeño rellano construido a tal efecto.

—Mando la otra membrana —anunció el capataz—. Pase uno al otro balcón.

Entre los balcones de las estructuras había una suerte de puente, que consistía también en un andamio —menos ancho que el de los balcones— y una barandilla.

Dado que el otro operario había descargado la primera membrana, y además el puente estaba de su lado, Luis se sintió obligado a ir. Le daba miedo pasar y antes de subirse al andamio dudó. Pese a su estado, se tomó de la barandilla apenas con las puntas de los dedos, tal si considerase que el asunto radicaba en pasar de uno a otro lado sin tocar la barandilla y estuviese haciendo trampa al tomarse de ella. Después de dar tres o cuatro pasos muy inseguros, temblequeantes, el andamio se movió sorpresivamente hacia un lado, inclinándose en ángulo hacia donde estaba la barandilla; pero el susto de Luis fue tal que, creyendo que caería en esa dirección, desesperadamente se retorció hacia el otro costado, y soltándose de la barandilla cayó hacia el hueco que quedaba ente el andamio y la pared de armazones. Llegó a dar un manotazo en el andamio, un manotazo débil, sin esperanzas, que no pudo detener su caída. Luis, despavorido, vio como el puentecito se alejaba. Cayó con la nuca y los omóplatos. Tuvo un destello de dolor pavoroso y ya no sintió más nada. Había muerto.

4

Marcos, con las manos en los bolsillos del pantalón, se paseaba con cierta ansiedad por la vereda, atento a los autos y a los peatones que se acercaban hacia donde él esperaba. No recorría más que tres o cuatro metros en un sentido, y se volvía hacia el otro. Hacía casi una hora que estaba en el velatorio de Luis y todavía no había llegado nadie más. El empleado de la funeraria había abierto la sala para él y lo había hecho pasar; pero, solo junto al cadáver de su amigo, no había resistido más que unos minutos y salió a la vereda a aguardar a que llegara alguien más. Cuando él salió de su casa, Alejandra no había terminado de arreglarse y aún debía llevar a Delmira a casa de una amiga, por lo que Marcos calculaba que se demoraría todavía una media hora poco más o menos. Le asombraba que no hubiera llegado ningún familiar de Luis; sobre todo, pensaba en la madre y la hermana, ya que el padre residía desde hacía veinte años en el exterior. Por mucho que las relaciones de Luis con su hermana no habían sido nada cordiales, no podía creer que ella no estuviera allí, haciéndose cargo de todo. La madre estaba en tratamiento psiquiátrico desde hacía mucho tiempo y difícilmente pudiera hacer gestiones de ningún tipo, pero de cualquier manera tendría que haberse hecho presente, según especulaba Marcos. Alguien había hecho los trámites necesarios para que los restos de Luis llegaran hasta allí, quizá algún empleado de la empresa constructora, mas quien haya sido evidentemente se desentendió de la cuestión y a partir de aquí alguien debía tomar la posta.

El tiempo que transcurría sin novedad iba crispando los nervios de Marcos, quien, aunque más no sea por una décima de segundo, volcaba sus esperanzas en cada coche y en cada transeúnte que aparecía. Y subyacía en su ánimo una esperanza mayor: la llegada de Beatriz, la posibilidad de cruzar algunas frases con ella y de recordarle los faxes que le había enviado y que ella no se había dignado contestar. Apenas le dieron la noticia de la muerte de Luis, y aun en medio de su angustia y sus lágrimas, Marcos había pensado que sería una buena ocasión para arrancarle a Beatriz una cita, para comprometerla a que fuese a verlo al hospital. Se sentía mal, muy mal por la muerte de su amigo, pero no dejaba de pensar que podría servirle a él para cambiar en absoluto de vida si es que llegaba a encontrarse con Beatriz. Claro que, cuando pensaba que Luis había muerto para que él se encontrase con esa oportunidad, los ojos se le empañaban y apretaba con fuerza los dientes para no llorar. Había llamado a Beatriz y le había dejado un mensaje, informándole de la muerte de Luis y la dirección del velatorio. Había llamado también a Pablo.

Se había impresionado mucho al ver el cadáver de Luis, incluso se había asustado. Se asustó tanto de su aspecto como de la facilidad de la muerte, cosa que se hacía visible al estar ahí, delante del cuerpo de su amigo, al que dos días antes había visto en perfecto estado. Él, como estudiante y luego como médico, había trabajado con cadáveres; había estado también ante el cadáver de su padre; sin embargo nunca había percibido tamaña diferencia entre la persona viva y su cadáver o, por lo menos, nunca esa diferencia le había causado tal impresión. En este caso, se advertía ante una muy sencilla metamorfosis, al alcance de todos, por la cual se era por completo otra cosa. Parecía tan fácil morirse y a la vez era algo tan definitivo que, solo en esa sala de velatorio, no pudo sino alejarse del cajón, llorando, algo espantado y al mismo tiempo avergonzado de ese miedo que le provocaba quien había sido su amigo. Por unos instantes había querido creer que podía existir alguna duda acerca de la identidad del cuerpo, y contempló la posibilidad de

hacer extensiva esta duda al empleado de la funeraria. Tuvo la efímera ilusión de que se tratase de un error y Luis estuviese vivo. Se acercó en consecuencia de nuevo al cajón, venciendo sus resistencias. Se detuvo ante los pies de Luis. En esta ocasión pudo verlo de frente, y el rostro de su amigo, pese a todo, se hizo inconfundible. Esta comprobación hizo surgir en él una rabia impotente.

—¡Levantate, hijo de puta! —le había dicho, tracundo, mientras ponía un pie en la punta del cajón, casi dispuesto a empujarlo y a tirarlo y a lograr entonces que, ante las violentas sacudidas, su amigo se incorporase. Las facciones se le habían deformado por el asco y la bronca. Aunque apenas si hizo presión con su pie en el borde del cajón, y luego lo había bajado y, como escapando, se había dirigido a la vereda.

En una esquina, dos calles más allá, dobló una limusina blanca. Al divisarla el corazón de Marcos latió con fuerza. Era seguro que en ella llegaba Beatriz. Se predispuso a abordarla, para después guiarla hasta la sala. Estarían solos los dos y era inevitable que hablasen entre ellos, máxime que ya se conocían. Y ahora, mudando de opinión, deseó que nadie llegase hasta que Beatriz se fuera. Solo con ella allí, en esa sala de velatorio, no podía fracasar; obtendría la cita y tal vez aun lograse ir más allá de ello. Previendo que iba a estacionar justo frente a la funeraria, Marcos se fue acercando al cordón de la vereda. Se figuró que podría ayudar a Beatriz a bajar del auto. No obstante, para su azoramiento, la limusina pasó de largo, y a causa de los vidrios polarizados no pudo ver hacia su interior. Marcos puteó para sus adentros. Había muchas limusinas en la ciudad, pero en ese barrio y por esa calle debía ser un acontecimiento. ¡¡Por qué le tocaba a él soportar esa casualidad!! La limusina dobló en la esquina y por un instante pareció que se detendría allí. Marcos levantó un brazo en una suerte de saludo dirigido a Beatriz, si es que estaba tras el vidrio oscuro. Y luego la limusina siguió su camino. De cualquier manera —pensó Marcos al convencerse de que en ese auto no iba ella—, Beatriz llegaría de un momento a otro, probablemente cuando él la olvidase por unos momentos.

Marcos miró la hora. Hacía una hora y veinte minutos que había llegado.

—Señor —el empleado de la funeraria había salido hasta el hall de entrada— ¿Le parece que cerremos la puerta de la sala con llave? Ya hace un buen rato que está abierta y no llega nadie.

Marcos dudó. No encontraba las razones por las cuales el empleado quería cerrar la puerta. Tampoco las que lo inclinarían por la negativa. Quedó desconcertado.

—No. Déjela abierta. Ya deben estar por llegar —dijo, después de unos segundos.

El empleado pareció disgustarse con la respuesta. Estuvo unos instantes preparando una respuesta que no llegó a exponer. Dio media vuelta y se marchó.

¿Qué es lo que podrían robar de la sala que justificaría la precaución del empleado? Marcos no recordaba que hubiera allí nada de valor. Pensó que quizá debía volver a la sala y que probablemente ésa era la intención del empleado, tal si juzgase que estarse junto al cajón comenzaría su obligación y la razón de ser de su presencia en el velatorio. Miró el reloj y todavía se dio unos minutos antes de entrar. Calculó que podía demorarse unos diez minutos más. Cuando levantó la vista vio que, a una media cuadra, venía caminando la mamá de Luis. Aliviado en parte, Marcos se quedó mirándola. Andaba muy tiesa y daba la impresión de estar concentrada en los movimientos que le demandaba el caminar. Por lo demás, su rostro se veía inexpresivo y apenas si se podía arriesgar que había en él un aire de severidad. Cuando estuvo cerca, Marcos avanzó un par de pasos hacia ella, quien elevó las cejas, mirándolo con cierta extrañeza. Se habían visto en una oportunidad, pero era evidente que la mujer no lo recordaba.

—Soy Marcos.

—Ah, sí —le dijo, intentando un ademán con su mano e imperérrito el rostro— Lo lamento mucho.

Marcos asintió, algo perplejo porque la frase de la mujer lo ponía a él como principal deudo de Luis.

Juntos se dirigieron al velatorio. Apenas ingresaron la mujer se detuvo y comenzó a observar la sala con gesto

preocupado, como si estuviera apreciándola con el fin de determinar si era digna de su hijo, o de ella. Marcos, que se había adelantado, volvió a su lado.

—Luis está allá —Marcos señaló en dirección de la capilla, que estaba a un costado, formando una ele con la sala.

Sin embargo la mujer no se movió ni hizo gesto alguno. Marcos enlazó las manos por detrás de su cuerpo y se quedó allí parado, sin saber qué hacer ni qué decir. Ella miraba hacia el frente con ojos decididos, convencida de su actitud.

—¿Quiere sentarse? —le preguntó Marcos por fin, indicándole unos sillones colocados junto a la pared.

—No. Estoy perfectamente bien.

Era una mujer delgada, casi flaca, que rondaría los sesenta y cinco años. Tenía la cara afilada, merced a un pequeño mentón, unas mejillas hundidas y una nariz aguda y recta. Llevaba el cabello lacio, bien tirado hacia atrás y recogido con una hebilla.

Marcos miró su reloj. Estaba muy incómodo, tanto que había olvidado en parte a Beatriz y rogaba por la llegada de Alejandra, que según sus cálculos ya debía estar allí.

—Lamento mucho lo que pasó —insistió ella.

—Fue un accidente. No sé si usted...

Pero ella ya le había quitado los ojos de encima y no parecía prestarle atención.

Transcurrieron unos minutos en los que se estuvieron callados.

—No sé para qué hizo todo lo que hizo —dijo la mujer de repente, refiriéndose casi con seguridad a Luis.

Marcos se sorprendió un poco por ese comentario, en el que despuntaba cierta lucidez. Se figuró que se refería a los estudios de antropología o... Era difícil establecerlo.

—No hizo nada malo —se le ocurrió decir a Marcos, aunque de inmediato tuvo a su comentario por pueril, casi por tonto.

—No había ninguna razón para hacer lo que hizo.

—¿Usted lo dice por el viaje al interior, por el trabajo en esa empresa o...?

La mujer no contestó y sus facciones permanecieron impasibles. En Marcos nació el deseo de llevarla como fuere ante el cajón de Luis. Quería verla reaccionar. No podía creer que una persona que se mantenía en pie y hablaba con alguna coherencia permaneciera tan indiferente en esas circunstancias.

—Tiene que ver como lo han colocado en el féretro —se le ocurrió decir, y empezó a caminar hacia la capilla.

—¿Hay algo que está mal? —ella empezó a seguirlo.

—No. Pero creo que usted tiene que aprobar lo que han hecho.

Se acercaron al cajón. A Marcos le pareció que Luis estaba más tétrico todavía y el supuesto cambio lo puso nervioso. Nació en él el temor de un acelerado deterioro, más rápido que el usual.

—A mí me parece que está todo bien —dijo ella, luego de unos instantes.

—Sí. Aunque... —iba a mencionar un color azulino que había adquirido ahora la piel del cadáver, no obstante se contuvo. Ella seguía impasible. Marcos no había podido advertir el menor gesto en sus facciones. Y empezaba a resignarse a esa imperturbabilidad, aceptándola ya como un rasgo inmodificable de esa mujer, cuyo cerebro a esta altura debía ser un puro receptáculo de la química.

La mujer avanzó unos pasos más hacia la cabecera. Se detuvo a medio metro de la cabeza de Luis, aunque no lo miraba particularmente interesada. Debió pensar que su deber era estar allí, porque por largos minutos no se movió. Marcos había retrocedido un par de pasos. Se había sentido aliviado al suponer que se corría hacia un segundo plano y disminuía así su responsabilidad sobre Luis. Mal que mal, era la madre y le correspondía decidir algunas cosas sobre el entierro.

Se escucharon pasos en la sala y de inmediato Marcos pensó en Beatriz. Ilusionado, salió de la capilla. Era Alejandra. Estaba muy linda, muy arreglada; para Marcos, demasiado. No le parecía del todo bien que se hubiese acicalado tanto para el velatorio de Luis. Veía una incongruencia que no podía discernir.

—¿Estás solo? —preguntó, asombrada.

—No. La madre está allá, al lado del cajón —le respondió, al tiempo que, con la cabeza, indicaba la capilla.

—Delmira me dio bastante trabajo, por eso tardé.

—A su edad, ya no tendría que dar trabajo.

Alejandra se iba acercando a la capilla, seguida por Marcos, y no contestó. La madre de Luis ni siquiera se molestó en mirarlos cuando entraron. Tampoco miraba a su hijo. Alejandra y Marcos se quedaron parados a un costado, algo alejados del féretro, tiesos en sus lugares.

—Qué raro que no vino la hermana, ni Pablo —le susurró Alejandra.

—Ni Beatriz —agregó ella misma luego de unos segundos.

Al oír el nombre de Beatriz pronunciado por su mujer, Marcos quiso creer que había de su parte una pizca de aquiescencia hacia sus planes. Sus esperanzas con respecto a la complicidad de ella se acrecentaron. Él le había ocultado los faxes, sin embargo ella lo había visto con el material de la historia clínica de Beatriz y algo debía sospechar. Quizá debido a esto se había arreglado tanto. Y la verdad era que, estando tan linda, a él se le haría dificultoso hacer una jugada a sus espaldas en dirección de Beatriz. Especuló con la idea de arrancarle a esta última una cita para su consultorio y luego poner al tanto a Alejandra de sus intenciones, aunque éstas eran en realidad bastante difusas.

La madre de Luis se acercó hasta ellos.

—¿¡Laura!? —dijo, dirigiéndose a Alejandra antes de que Marcos atinara a presentarla. En un primer instante él creyó que la había confundido con su propia hija y se quedó azorado. Luego se dio cuenta de que la mujer pensaba en la amiga de Beatriz, en la Laura que había salido con Luis años atrás.

—No. Soy Alejandra. La esposa de Marcos.

La mujer echó sobre Marcos una mirada desaprobadora.

—No estoy satisfecha con este velatorio —afirmó, saliendo en alguna medida de su indiferencia.

—¿Por qué? —preguntó Marcos.

—No es el adecuado.

—El seguro de la empresa debe haberse hecho cargo del velatorio y el entierro —arriesgó Marcos.

—¿Qué empresa?

—La empresa constructora en la que estaba trabajando cuando tuvo el accidente.

—¿Estaba en una empresa constructora? —la mujer no miraba a sus interlocutores pero sus ojos tenían cierta vida—. Qué bien.

Marcos no hizo ningún comentario al respecto y a esas palabras siguió un largo silencio. El que fue interrumpido cuando se escucharon unos chirridos de zapatillas en las baldosas de la sala. Pese al tipo de calzado que se oía, otra vez Marcos se apresuró a salir, pensando en Beatriz.

Era Pablo, un amigo de Luis, aunque no muy íntimo. También antropólogo. Se saludaron y Marcos lo precedió hasta la capilla.

Se estuvieron los cuatro allí más de una hora. La mayor parte del tiempo en silencio. En dos oportunidades Alejandra le preguntó a la madre de Luis por Laura, pero la mujer no sabía nada acerca de su hija. El antropólogo prácticamente no dijo palabra y se limitó a poner un gesto de desolación en el rostro cada vez que se lo miraba. Marcos tuvo la impresión de que ese gesto obedecía más a la situación incómoda en la que se encontraban que a la muerte de Luis. Durante todo ese lapso Marcos se preguntó en infinidad de ocasiones si no debía llamar de nuevo a Beatriz, dado que tal vez había fallado el contestador automático y no había recibido el mensaje. En vista de que no llegaba, finalmente se decidió y salió en busca de un teléfono público. Lo atendió de nuevo el contestador y repitió el mensaje, aunque esta vez no se extendió tanto en el preámbulo que —a modo de preparación— había armado para informarle de la muerte de Luis. Colgó y volvió a llamar y otra vez apareció el contestador, aunque ya no dejó más mensajes.

Cuando volvió al velatorio, Pablo se había marchado. Alejandra y la madre de Luis se habían sentado en los sillones de la sala.

—¿Estaba Beatriz? —le preguntó Alejandra, preocupada.

—No. Le dejé otro mensaje.

—Discúlpenme. Pero me tengo que ir —intervino la mujer con voz muy firme, levantándose.

—Pero... —Marcos no podía creer que se fuera—. ¿Y el entierro?

—Me tengo que ir.

—Llame a su hija Laura —le pidió Marcos, desasosegado por la perspectiva de quedar a cargo del cadáver de Luis—. Hay que hacer trámites y...

La mujer hizo un ademán con el cual daba a entender que ella se abstenía de intervenir, como si se tratase de un asunto que estuviese fuera de su competencia.

—Te vuelvo a repetir. Lamento la pérdida —la mujer le extendió la mano, a la antigua usanza. Después le dio un beso a Alejandra.

Marcos la acompañó hasta la puerta de la sala, por las dudas se le ocurriera algo que retuviese a la mujer. No se le ocurrió más que una sola idea: amenazarla con irse él también junto con Alejandra y dejar solo allí el cadáver de Luis, algo que ahora lo tentaba enormemente. Empero no tuvo el valor para exponer esto y tampoco creía que fuera una amenaza muy efectiva.

—Hasta luego —le dijo él en tono cortante.

La mujer siguió caminando sin volverse, tiesa en su vestido floreado, hasta alcanzar la vereda.

Marcos volvió junto a Alejandra, nervioso, demudado.

—¡Es increíble! Se va; la otra no aparece. Nadie se hace cargo de nada —y pensó, pero no lo dijo, que tampoco llegaba Beatriz. Odiaba a Luis por lo que estaba sucediendo y, pese a que estaba seguro de que no lo iba a hacer, rumiaba la idea de irse, como una suerte de castigo hacia la madre y la hermana, las que, supuestamente, tendrían que cargar en sus conciencias con el abandono del cadáver de Luis. Lo que Marcos sabía, mientras su imaginación andaba, era que el cargo de conciencia sería mucho mayor para él que para ellas, quienes tal vez nunca llegasen a interesarse o a saber qué ocurrió con Luis. Y el reconocer que él se sentiría mucho más culpable que ellas casi lo sacaba de quicio; le parecía una injusticia, y

le arruinó por completo su imaginado castigo. Se consoló al recordar que Beatriz podía llegar de un momento a otro y que de marcharse quizá perdería una oportunidad que ya no se volvería a repetir. Sin más remedio, se sentó al lado de Alejandra, dispuesto a esperar.

Conforme fueron transcurriendo los minutos, la soledad de los dos en esa amplia sala empezó a pesar en su ánimo. No llegaba nadie, y la misma madre y el tal Pablo habían huido a la primera ocasión. Pensaba en Luis, en esa soledad ya casi irremediable de su cadáver. A nadie le importaba un comino que su amigo se hubiese muerto. Tanta indiferencia ante una persona como Luis lo conmocionó. Quedamente, disimulando en lo posible frente a Alejandra, empezó a llorar. Las lágrimas se le escapaban de los ojos mientras se repetía una y otra vez para sí mismo que estaban ellos dos solos y que nadie vendría. "A nadie le importa", se repetía una y otra vez. Hasta que se figuró que las cosas no serían muy distintas si él fuese el muerto, lo que lo emocionó aun más y lloró ya sin poder contenerse.

—¡Marcos! —le dijo Alejandra, abrazándolo por la espalda.

Marcos miraba el piso, adonde caían sus lágrimas, y ella, volcada sobre él, lo acariciaba. Poco a poco se fue serenando, aunque seguía con la cabeza caída.

Se quedaron un rato en silencio.

—No va a venir nadie —dijo Marcos, levantando en alguna medida la cabeza—. Habría que hablar con alguno de acá por la cuestión del entierro. Hay que hacerlo lo antes posible. No tiene sentido que estemos horas los dos acá. —Terminó de hablar y pensó en Beatriz, mas ya empezaba a convencerse de que no llegaría nunca y la perspectiva de permanecer allí mucho más tiempo lo deprimía profundamente.

Se levantó y se dirigió a la oficina de la funeraria a paso cansino. Le dolía el cuerpo, en particular la espalda, y las discusiones burocráticas que posiblemente le aguardaban no lo animaban en absoluto. Mientras andaba, vino a su discurrir una cuestión que hasta el momento no había contemplado: debería disponer de las pocas

posesiones de Luis y no veía más posibilidad que quedárselas él mismo, incluida, si es que la había recuperado, la escultura bifronte. No creía nada probable que la tuviera en sus manos, pero, si era éste el caso, la regalaría de inmediato.

El empleado de la funeraria se mostró muy bien dispuesto a apurar el entierro, e hizo ante el cementerio las tramitaciones que correspondían. El asunto fue muy rápido y sin ninguna complicación. En poco más de una hora, saldrían hacia el cementerio. Marcos pidió un solo coche, el que llevaría el cajón. Alejandra y él irían atrás en un taxi. Volvía a la sala de mejor ánimo ante el éxito de su gestión, cuando pensó que en un ratito él, la funeraria, todos, se librarían de Luis, de la molestia de ese cadáver que persistía como un estorbo. Y, acompañando la vergüenza, surgió en él un deseo de reivindicación de su amigo, un deseo muy fuerte de hacer algo por su memoria; y, contradiciéndose con lo anterior, tuvo la idea, fugaz, de recuperar él la escultura si es que Luis no lo había hecho, de empeñarse en ello y escarbar donde fuera. Fue una idea que no llegó a abrazar, que nació en él por el emocionado sentimiento hacia su amigo que lo embargaba, y que, sin desecharla tampoco, dejó de lado al contarle a Alejandra lo convenido con el empleado de la funeraria. Se sentó otra vez en el sillón y, dejándose arrastrar por una corriente de optimismo que surgió sin más motivo que la explicación que dio a su mujer, abrigó nuevas esperanzas con respecto a la llegada de Beatriz en el término de esa hora que restaba. Así, se desembarazaría pronto del velatorio y, a la vez, haría ese contacto que tanto lo desvelaba.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Beatriz no había llegado, pero el empleado de la funeraria les anunció que estaba todo listo y, acto seguido, se dirigió a la capilla seguido de un muchacho, quien seguramente lo ayudaría a cerrar el féretro. Marcos, que todavía se aferraba a sus últimas esperanzas, estuvo a punto de protestar por el apuro del empleado. Los dos hombres cerraron las puertas.

—¡Pero si faltan más de veinticinco minutos para la

hora que habíamos arreglado —le dijo a Alejandra, indignado, cuando estuvieron solos, mirando su reloj y señalándoselo a ella—. No sé por qué se adelanta tanto.

Marcos se puso de pie y se acercó hasta las puertas de la capilla. Se quedó escuchando por unos momentos los ruidos que venían de adentro.

—Vamos a llegar al cementerio y nos van a hacer esperar por ahí con el cajón —le dijo a Alejandra, intentando explicarle de alguna manera su enojo.

Miraba el reloj, pensaba que Beatriz llegaría justo en esos minutos de adelanto en los que ellos ya no estarían, y se exasperaba. Esperó sin embargo a que abrieran las puertas de la capilla, cosa que demoró unos cinco minutos.

—¿No se están adelantando demasiado? —les preguntó.

—¿Y para qué vamos a esperar más? —miró su reloj—. Hay que pensar en el tránsito, en el control, en las demoras que hay siempre en la entrada del cementerio.

Marcos no encontró argumentos para oponer, ya que no se atrevía a sacar a luz su esperanza de que llegara alguien. Retrocedió unos pasos, acercándose a Alejandra, y se quedó ensimismado, caviloso, a la búsqueda de una razón que retrasara la partida al menos un cuarto de hora.

Dos o tres minutos más tarde subía al taxi junto con Alejandra. Al cerrar la puerta del auto, Marcos supo que debía dar por terminadas todas sus ilusiones depositadas en Beatriz. Si no había dado señales de vida ni ante los faxes que le había enviado (en el segundo había intentado asustarla desembozadamente) ni ante la muerte de Luis, era porque ya jamás la volvería a ver. Era probable que Luis tuviera razón y Beatriz habitara un mundo cuyo contacto con el suyo se angostaba cada vez más. Se figuró que él era un grano de arena que había quedado de un lado del reloj y no tenía retorno ni había forma de saltar al otro lado. Durante todo el viaje en taxi hasta el cementerio no hizo más que armar frases para convencerse de su insignificancia; algunas eran sólo palabras que no mellaban su ánimo, otras le eran dolorosas. Era

un suerte de ejercicio que se imponía porque sólo por este camino podría resignarse y sobrevivir. Era lo que Luis le había enseñado y, aunque él estaba muerto, Marcos estaba seguro de que lo había asistido la razón. A medida que la desilusión con respecto a Beatriz, al mundo, y a él mismo iba calando en su ánimo de manera tan honda como nunca en el pasado, se iba apartando de Alejandra, se iba acercando a la puerta del auto. Sentía hacia ella una aversión instintiva, inexplicable. Evitaba mirarla, sobre todo porque estaba muy linda y esa belleza era un incordio para él en esos momentos, en los cuales necesitaba repudiarla. Miraba por la ventanilla, aunque cuando alguien de la calle se interesaba por ellos desviaba la vista, avergonzado por lo que, pensaba, era un cortejo fúnebre bastante ridículo. Se estaba contra la puerta del auto, deseando que Alejandra se mantuviera silenciosa, ya que ante cualquier cosa que le dijese él no hubiera podido sino increparla, sin más argumento que la bronca porque le hubiese hablado.

Cuando llegaron al cuerpo de nichos que le habían asignado a Luis, despacharon el taxi, a pesar del conductor, que se ofreció a esperarlos. No bien se fue, Marcos se arrepintió de haberlo dejado ir, dado que había que trasladar el cajón más de cincuenta metros hasta el edificio y el taxista, propina mediante, hubiera ayudado. Estuvo averiguando y no había un carrito disponible, por lo que, aun contando con la ayuda de Alejandra y el cochero, no le quedó otra alternativa que salir a conseguir al menos dos empleados para que llevasen las manijas del féretro. Los consiguió, pero a costa de pagar propinas bastante más elevadas de lo que había calculado. Entre los cinco, penosamente, trasladaron el cajón hasta la grúa; con tantas dificultades que cada uno tuvo que tomar la manija con las dos manos y caminar de costado. La grúa aguardaba bajo un nicho abierto en la fila más alta y más económica.

Un empleado subió junto con los restos de Luis y, sin muchos miramientos, de mal talante, introdujo el féretro en el agujero. Enseguida puso la tapa y ajustó los tornillos. Cuando terminó de apretar el último, a Marcos

las náuseas lo desbordaron. Se arrojó sobre una baranda y vomitó hacia abajo. Tuvo dos arcadas fuertes y después se fue calmando. Con los ojos llorosos y una baba colgando, veía lo que había volcado unos tres metros por debajo de él. Era un vómito acuoso, bastante más grande de lo que hubiera imaginado. Sacó el pañuelo y se limpió la cara. Tiempo atrás tal vez hubiera lamentado algo ese desperdicio, pero ahora los laboratorios sintetizaban la sustancia y no compraban más vómitos. Marcos pensó que, de necesitarlo, ya ni siquiera podría contar con ese recurso. Miraba el vómito desde arriba y aquello que alguna vez había embolsado era sólo una cosa sucia, sin valor; no era nada.

Al ensombrecerse el jardincito, Alejandra miró hacia el cielo. Muy lentamente corrían unas nubes aisladas, grises. Aunque no parecía que fuera a llover. Bajó la vista hacia la mesa que habían colocado en el fondo, la que ya estaba puesta para recibir a los nenes. Habían invitado más de veinte chicos con el fin de festejar el cumpleaños de Delmira y no faltaba mucho para que fuesen llegando. Alejandra había querido un festejo más importante en esta ocasión porque cumplía seis años y, por ende, empezaría una nueva vida escolar. Pese al poco dinero con que contaban había adornado el comedor y el fondo y había preparado algunas sorpresas para contentar a los chicos. Estaba satisfecha con lo que había preparado y pensaba que su suegra lo vería con buenos ojos. Eran pocas las ocasiones en las que se encontraban y, por algún motivo, le importaba que se llevara una buena opinión de ella.

Marcos llegaría también de un momento a otro con las pocas cosas que faltaban. Aunque se demoraba y Alejandra empezaba a preocuparse. Había ido al supermercado y ella calculaba que hacía más de media hora que debía estar de regreso. No era del todo extraño que esto sucediera porque en los últimos tiempos Marcos evitaba estar con ella y con Delmira; salía con cualquier excusa y pasaban horas sin que supieran de él. Cuando regresaba argüía que había estado caminando, pero no quería dar

explicaciones y se encerraba en sí mismo. En general, se mantenía en silencio y sólo hablaba cuando le hacían una pregunta directa, y en ocasiones había que repetírsela varias veces. Entonces contestaba hablando entre dientes como si algo en él se negara a mantener todo contacto con ellas. Las más de las veces Alejandra no entendía lo que decía y no le quedaba más remedio que resignarse, porque veía en sus ojos una mezcla de odio y de desesperación que le daba lástima. Si le exigía que repitiera lo que había dicho, él de mal modo lo hacía, pero de nuevo se expresaba de manera casi ininteligible.

Alejandra le había sugerido en varias oportunidades que visitara un psiquiatra, pero Marcos se limitaba a hacer un gesto de desprecio. Una vez ella había insistido.

—Yo no tengo que tomar pastillas. La realidad tiene que tomarlas —le contestó, con lágrimas en los ojos.

Alejandra no dijo nada, quizá porque fue una de las pocas frases claras que pronunció en los últimos tiempos. Ella no había perdido la confianza, sobre todo porque estaba convencida de que Marcos la quería a pesar de la repulsión que sentía por ella. En esa tozudez de volver y estar allí en la casa a las horas de las comidas, en el esfuerzo que hacía por hablar contra la parte de sí que se oponía, en la reclusión sobre sí mismo, Alejandra veía la existencia de un lazo hacia ellas que la aversión no podía romper, que quizá se fortificaba conforme crecía la fuerza del rechazo. Ella era testigo de esa lucha y deseaba intervenir, tanto para salvar el amor hacia ella como para salvarlo a él de esa penuria. Al comienzo había intentado acercarse a él lo más posible con la pretensión de rodearlo de tal manera que aquella parte que la rechazaba tuviera que claudicar. Así, por ejemplo, cuando él se metía en la cama, ocupando apenas una franja sobre un costado, ella de a poco se aproximaba, o cuando alguno de los dos llegaba a la casa se dirigía a darle un beso. Luego se había dado cuenta de que sólo acrecentaba sus sufrimientos y que ella estaba forzando un combate mayor, más violento, entre fuerzas que por el momento no podían vencerse. Y se había apartado, respetaba las distancias que él le imponía, no intentaba ya entrar en esa

esfera en la que él se encerraba. Incluso había especulado con la posibilidad de poner ella mayor distancia, hasta de irse con Delmira y dejarlo solo, con la esperanza siempre de lograr que Marcos pudiese quebrar esa fuerza interior que lo maniataba y fuese detrás de ella. Estaba convencida de que no había otra mujer, y barruntaba que Marcos estaba imposibilitado de acercarse a otra, como no fuese en sueños. Ella intentaba estar cada vez más linda a pesar de que advertía el desagrado que producían en Marcos sus arreglos. Pero subyacía en ella la creencia de que quien los rechazaba era el Marcos que se quería ir, el que debía ser vencido.

En esos últimos meses no habían hecho el amor ni media docena de veces. En estas ocasiones, Marcos se había acercado a ella ya con la pija en alto, en completo silencio; casi no se había prestado a besos ni a caricias y sólo había querido metérsela, cosa que ella aceptaba, en parte feliz, en parte desconcertada y tratando de hallar un camino por el cual él no tuviese más remedio que involucrarse de tal modo en ese acto sexual que después le fuese imposible recluirse en sí mismo tanto como antes. Para esto, lo besaba, lo acariciaba; e intentaba forzarlo, sin éxito, a que él hiciese otro tanto. Apenas acababa, Marcos se apartaba y ni siquiera se quedaba en la cama con ella —cosa que tal vez le hubiera dado ocasión a Alejandra para horadar su resistencia y sonsacarlo—, sino que se levantaba y se iba y por un buen rato la rehuía por completo. Parecía disgustado por haber cedido ante ese impulso, el que había crecido impetuosamente a despecho de su aversión, o quizá apoyándose en ella también en pequeña medida. Esto último Alejandra lo pensó en varias oportunidades, cuando se reprochaba no saber utilizar esos momentos de excitación de Marcos para su causa. Si era así, si él se excitaba también odiándola, Marcos era mucho menos vulnerable cuando se dejaba arrastrar por el deseo que lo que ella en gran parte suponía. Y siempre consideraba la posibilidad de rechazarlo, tenía mil argumentos para hacerlo y ella misma se los recordaba, pero nunca tomaba una decisión al respecto y cuando llegaba el momento se dejaba llevar por una

mezcla de deseo y optimismo que evaporaba absolutamente cualquier idea de negativa. Al ver en alto la pija de Marcos, su ánimo cambiaba al instante, todo le parecía fácil, el futuro, la felicidad, eran unos minutos que se disfrazaban y se sustraían al curso de las cosas.

Alejandra tenía ciertas esperanzas de que un acercamiento a la madre le posibilitase a Marcos una mejoría. Por esto había insistido y había logrado que la mujer se aviniese a estar allí, cuando en general se excusaba de ir. Verdad que la mujer no puso muchos reparos y Alejandra advirtió que algo en la actitud de su suegra para con ellos había cambiado. El casamiento del hermano de Marcos con una chica que a ella no le simpatizaba en lo más mínimo podía ser la causa de este cambio, según especuló Alejandra. Por lo que había podido deducir, que no era mucho porque se habían visto muy poco, era una mujer a la que le disgustaba todo aquello que escapase de su control. Debía hacer planes que constantemente tenía que rehacer, y el punto más seguro para ella hasta el momento había sido Javier, el hermano de Marcos. Para peor, el negocio andaba mal, o por lo menos eso decía la mujer. Alejandra no lo creía del todo y justamente deseaba que Marcos se aproximase a su madre para que tuviese a mano una esperanza o una salida, si es que su hartazgo por su trabajo en el hospital lo rebasaba o, más fácil tal vez, la institución prescindía de él. De acuerdo con lo que intuía Alejandra, la madre podía darle a Marcos cierta seguridad, un mínimo horizonte. Además, y ésta era también una razón de peso para invitarla, delante de otras personas Marcos salía de sí y ya no le hablaba a ella entre dientes. Quería aprovechar la oportunidad para llegar hasta él y de alguna forma darle una ilusión; o por lo menos éstas eran, vagamente, sus intenciones.

Tocaron el timbre y Alejandra fue a atender. Casi seguro que era Marcos. Ella había tomado la costumbre últimamente de cerrar con llave desde adentro para dejarla luego colocada en la cerradura, con lo que obligaba a Marcos a tocar el timbre. Lo hacía con el fin de que se encontrasen cara a cara y obligarlo entonces a un saludo claro e innegable. E incluso abrigaba la ilusión de que

abriría la puerta y se encontraría con un Marcos sonriente, quien al rato, avergonzado, se pondría a armar una compleja excusa para su comportamiento de los últimos meses.

Era Marcos efectivamente, quien sin decir palabra entró, desviando con habilidad la mirada. Había adquirido una gran destreza para evitar cualquier contacto; había aprendido a escabullir los ojos, a portar una indiferencia natural, de tal manera que su ensimismamiento no fuera incómodo para los demás. Habían construido así una cotidianidad perfectamente vivible y Marcos, que al comienzo fue quien más violento se había sentido, empezaba a creer que eso sería para él la vida en familia hasta que se separasen, y que, si bien no habría remedio, llegaría un momento en el que tampoco habría para ellos un padecimiento que los mortificara.

—Marcos —le dijo ella, al tiempo que intentaba cortarle el paso, cosa que logró a medias ya que él se fue deslizando hacia la pared y, de costado, daba unos pasos cortos hacia la cocina. Llevaba tres bolsas de supermercado con botellas.

—¡Marcos! —insistió ella—. ¡Es el cumpleaños de Delmira!

—¡¿Y qué?! —usualmente Marcos hubiera buscado refugio en la huida, pero la sacralización que hacía ella de su hija lo sacaba de quicio.

—Van a venir los padres de los compañeritos —comenzó Alejandra, tomándose de lo primero que vino a su cabeza, dado que cuando le había cortado el paso no sabía a ciencia cierta para qué lo había hecho.

Marcos se deslizaba ya hacia la cocina y Alejandra, acicateada por la respuesta que él le había espetado, lo siguió. El enojo de Marcos no podía ser sino un buen signo para ella, la prueba de que él todavía existía a escala humana y era en consecuencia permeable a la lógica. Alejandra nunca había perdido su fe en alcanzar una solución a través de simples razonamientos conjuntos.

—Poné dos en el freezer —le dijo ella al ver que Marcos entraba todas las botellas en la heladera.

Marcos hizo lo que le decían con rapidez, porque

sabía que aquellas palabras que había dicho con bronca lo habían dejado en una débil posición. Alejandra veía que los segundos pasaban y nada le venía a la mente.

—Marcos —dijo, con voz queda, apenas audible.

Y Marcos no fue indiferente a esa voz, porque se demoró un poco más guardando las bolsitas del supermercado. Esperaba que ella le dijese algo. Sin embargo, cualquier atisbo de idea que nacía en Alejandra era rechazado sin más y sólo quedaba en su discurrir el eco, repetido, de dos palabras que ella no dejaba que pasaran por su garganta para salir a luz: "por favor". Porque así se le presentaban, solas, sin aditamentos, desnudas. Marcos terminó de acomodar las bolsitas en un cajón y se puso a guardar otras dos o tres cosas más que estaban sobre la mesada. Ella lo veía hacer, cada vez más alicaída y más resignada. Por fin, Marcos salió de la cocina. Alejandra se quedó mirando la mesada con los ojos abstraídos. Se daba cuenta de que, en las circunstancias en que se encontraban, tampoco ella tenía mucho para decirle a Marcos. Cualquier cosa era superficial, o no podía decirse.

Alejandra fue a terminar de peinar a Delmira. Ya la había peinado en dos ocasiones pero se le ocurrió que había que hacerlo una vez más. Le gustaba mucho el cabello de su hija y ponía en él una especial dedicación. Compraba un champú particularmente costoso y se pasaba más de diez minutos peinándolo. Era un pelo castaño claro, o quizá rubio oscuro, con apenas un matiz rojizo, el que se descubría si se lo miraba con mucha atención. En esta oportunidad, Alejandra le había marcado unos rulos en las puntas y quería reforzarlos por última vez, si bien antes ya se había dicho esto mismo. Delmira le estaba cortando el pelo a una muñeca y no se prestó de buen grado para que la peinaran de nuevo. Alejandra lo relacionó con su mucha reticencia a que le festejaran el cumpleaños o, por lo menos, a que invitaran a él a toda su sala de preescolar. Alejandra lo había organizado a despecho de su oposición y estaba segura de que su hija iba a disfrutar del festejo y olvidaría por completo su disgusto. Marcos no había dicho nada al respecto, pero Alejan-

dra creía conocer su opinión: de seguro pensaba que los compañeritos escarnecían a Delmira por tonta y a causa de esto ella no quería invitarlos al cumpleaños. Varias veces Marcos había dejado entrever, antes de la muerte de Luis, que se figuraba a su hija como blanco de las burlas de los otros chicos. La habían llevado a los psiquiatras que el colegio les había recomendado y ellos a su vez, luego de una serie de consultas, la habían derivado a un neurólogo. Éste se había mostrado dubitativo en la medida que los mapeos de actividad cerebral no permitían ser muy tajantes en un sentido u otro. Había aconsejado que se dejase transcurrir un año de colegio primario y luego hiciesen otra consulta. Alejandra había salido del consultorio convencida de que cambiaría a Delmira de escuela y que debían olvidar todo eso, enterrarlo para siempre.

Mientras la estaba peinando sonó el timbre y Delmira, creyendo que era uno de sus compañeritos, se puso a llorar. Dolida, Alejandra no sabía qué hacer para conformarla y evitar que estuviese en ese estado cuando entrase su compañerito.

—¡Delmira! ¡Por favor! —pero ya tocaban nuevamente el timbre y tuvo que ir a abrir.

Era la mamá de Marcos. Alejandra, aliviada en parte porque Delmira seguía llorando a lágrima viva en la habitación, la hizo pasar. La señora estaba tan arreglada que Alejandra se desconcertó un poco. Tenía puesto casi un vestido de noche, muy ajustado a su carnoso cuerpo de cincuentona, y estaba muy bien maquillada y peinada. Alejandra se violentó al pensar que su suegra pudiera haber entendido mal y creyera que de ahí irían a un salón que hubieran alquilado. La hizo sentar junto a la mesa del comedor. La mujer parecía contenta y la miraba con aire de aprobación, a pesar de que Alejandra estaba muy sencillamente vestida.

—¿Y Delmira? —preguntó la mujer—. ¿Está llorando?

Desde que había escuchado la voz de la abuela Delmira lloraba más quedo, sin embargo, aguzando un poco el oído, se la escuchaba.

—Sí. Está un poco... No quiere que vengan algunos

chicos de su sala porque son violentos. Son... de temer. Pero no podía invitar a algunos sí y a otros no —Alejandra se aferraba a argumentos que le parecían plausibles.

—A los violentos deberían ponerlos en jardines especiales.

—En el colegio existe una sala especial en donde ponen los casos extremos. Deben ser seis o siete chicos, que están en su propia salita. Pero en las salas comunes quedan también muchos bravos.

Delmira debió escucharlas porque su llanto se hizo más fuerte.

—Voy a ver a la nena —anunció la abuela, y se levantó para ir al dormitorio—. ¡Marcos! —le gritó al verlo en el fondo. Él venía caminando hacia el comedor. Portaba una media sonrisa desganada.

—Estaba a punto de consolar a tu hija —le dijo ella luego de que se hubiesen besado—. Y de darle un regalo, por supuesto —y tomó una bolsa que había dejado junto a su cartera.

La señora y Alejandra se dirigieron al dormitorio mientras Marcos se quedaba en el comedor, algo perdido y sin saber qué hacer, rumiando la idea de irse a caminar y desaparecer de allí por un buen rato. Y si no lo hacía era porque temía que fuera la gota que rebasase el vaso y Alejandra, furiosa, le exigiera la separación. Marcos pensaba mucho en esto, en cuando llegase ese momento, inevitable, en que se planteara la separación. Y no hallaba ninguna solución satisfactoria. Alejandra no tenía donde ir ya que sus padres estaban en el exterior, y no del todo bien. Además, con Delmira aumentarían sus dificultades para conseguir alojamiento y él no estaba dispuesto en lo absoluto a quedarse con la tenencia de su hija. Las cosas serían más fáciles si se fuese él, pero como el departamento originalmente le pertenecía (en realidad era una propiedad de su madre), dudaba acerca de la conveniencia de hacerlo. Y que a él le sería más sencillo era relativo, en tanto que tampoco podría alquilar y no le quedaría más salida que volver junto a su madre, posibilidad que le repelía. A veces juzgaba que eran estas dificultades las que los obligaban a permanecer juntos bajo

un mismo techo. Él confiaba en que a fuerza de pensar encontraría una solución y entonces podría planteársela a Alejandra. Casi no tenía dudas acerca de la fatalidad de la separación, pese a que en el fondo de sí no había dejado de querer a Alejandra, y cuando podía auscultarse interiormente se daba cuenta de que era un sentimiento macizo y casi podía percibir su peso en su ánimo, en sus entrañas. Pero estaba enterrado en su propia persona y ya casi no daba señales de vida, no se manifestaba hacia el ser que era él en superficie. ¿Cómo podía portar ese cadáver? O mejor, ¿era posible que estando muerto aún pesara en él? Marcos no hacía ningún esfuerzo por hundirlo, tampoco porque saliera a luz; él era —y él mismo caía en la cuenta de esto— un mero testigo de esa desconexión esencial entre los sustratos de su persona. Finalmente, no era nadie. Esta presunción, por la cual se hallaba siempre a la deriva, sin poder afirmarse a sí mismo "éste soy yo", lo impulsaba a salir a caminar, a escapar de Alejandra y de Delmira y deambular sin placer, sin ton ni son, por las calles de un barrio que lo aburría profundamente. Sentía ya vergüenza de andar siempre por las mismas calles; suponía que lo debían conocer y su persona daba pie a comentarios irónicos, despreciativos. De a ratos sentía sobre sí una mirada y caminaba envuelto en el halo incómodo de saberse menospreciado. Él se decía que la posibilidad de variar las calles estaba muy limitada por la línea de control que existía a ocho cuadras de su casa (nunca se acercaba a menos de dos cuadras), pero en realidad, casi automáticamente y contra su propio gusto, repetía las calles una y otra vez. No pensaba hacia dónde dirigir sus pasos al salir de la casa y cuando se daba cuenta estaba recorriendo uno de los archiconocidos circuitos, y ya no podía salirse de él.

La abuela había logrado calmar a Delmira con el regalo y esto decidió a Marcos a quedarse. Odiaba el llanto de su hija; lo ponía de mal humor. Delmira era muy llorona y Marcos lo atribuía a su deficiencia mental, convencido de que sólo una tonta podía tener semejante capacidad de llanto; entonces, cada vez que la escuchaba llorar volvía a ser consciente de sus problemas

mentales, y se torturaba repitiéndose que era idiota sin remedio. En su fuero interno, Marcos no había estado de acuerdo con la decisión de Alejandra de invitar a toda la sala; en su opinión, que se había cuidado de exponer, hubiera bastado con invitar a las dos o tres compañeritas más amistosas.

La madre salió del dormitorio junto con Alejandra, y recién se percató Marcos de lo bien arreglada que estaba; pero lo que más le sorprendió fue el vestido ajustado que llevaba, muy pegado al cuerpo, como si tuviera la intención de seducir a alguien con sus formas rellenas pero todavía bien contorneadas. Intentó establecer quién podía ser objeto de esa seducción, sin lograr ubicar la posible presencia allí de un hombre maduro. Ni siquiera tenía a mano algún vecino que —aunque muy improbable— pudiera aparecer como candidato. Y su discurrir derivó hacia otro aspecto del asunto, porque Marcos pensó que su madre estaba cambiando mucho desde el casamiento de Javier, cosa que lo dejó ligeramente perplejo. Se preguntó si estos cambios no le serían favorables a él en cierta medida, ya que su madre quizá se interesase más por sus problemas. Las dos mujeres se habían sentado junto a la mesa del comedor y aguardaban a que Marcos hiciese otro tanto. Él, hosco, miraba hacia el fondo tal si quisiese asegurarse de que no faltaba nada en la mesa de los chicos.

—Marcos. Sentate con nosotras, por favor —su madre habló con un tono un poco perentorio, pero sin perder la sonrisa.

Sin ninguna razón para oponerse, Marcos hizo lo que su madre le pedía. No obstante, apenas se sentó advirtió que debía traer alguna bebida.

—Traigo algo para tomar —anunció, y se puso de pie para ir a la cocina.

Cuando volvía con la botella y los vasos, su madre lo miró, llamando su atención. Había desaparecido la sonrisa de sus labios.

—¿Sabías Marcos que cerramos el negocio?

—¿¿Sí?? Pero...

—No daba para más. Hacía dos meses que estába-

mos funcionando a pérdida. Es un rubro imposible de sostener aisladamente, con un solo local y... Bueno, decidí cerrarlo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Voy a alquilar el local y... —acá la mujer recuperó en parte la alegría— con ese dinero me voy a internar en un instituto de vida plena.

—¿Vida plena? —preguntó Marcos como si no supiese de qué se trataba. Le disgustaba la idea de que su madre viviese en una de esas instituciones. Eran una suerte de hoteles con bastante infraestructura de deportes y servicios variados, en los cuales vivía mayormente gente de cierta edad que contaba con rentas.

—Sí. ¿No los conocés? Tienen muchas ventajas y una se despreocupa de un montón de obligaciones. Para mí, es ideal. Voy a tener compañía, una vida más relajada, atención en todos los aspectos, incluso atención médica inmediata.

Marcos, pensando que él era médico y podía socorrer a su madre de ser necesario, quiso protestar.

—Pero... mamá si... —sonó el timbre y Marcos se interrumpió.

—Ya tomé la decisión —aseguró la mujer.

Alejandra se había levantado para abrir la puerta. Delmira, todavía en el dormitorio, se puso a llorar de nuevo. Al escucharla, Marcos se puso nervioso y el asunto de su madre pasó a un segundo plano. Entró un compañerito del preescolar con un regalo contra el pecho, tímido, probablemente más cohibido aún al escuchar el llanto de la nena. Alejandra entró al dormitorio para convencer a Delmira de que saliese a recibir al chico. Por unos instantes Marcos volvió a los planes de su madre. Se le hizo presente que a él le correspondería una pequeña porción del alquiler del negocio, lo mismo que a Javier, pero su madre no parecía considerarlo así, seguramente porque para pagar el instituto de vida plena necesitaba de toda la plata. Alejandra no pudo convencer a Delmira y, tal vez porque intentó forzarla, lloraba más fuerte. Pretendió entonces que el chico entrase al dormitorio con el regalo, considerando que éste la calmaría.

Mas el chico apenas si se asomó a la puerta y ya no quiso avanzar. Al verlo, Delmira pegó un gritito y redobló su llanto. Alejandra le llevó el regalo, pero su hija lo rechazo, y por mucho que Alejandra lo abrió y le mostró el contenido, alabándolo, no hubo forma de que influyese en su estado de ánimo.

Alejandra llevó al chico al fondo y lo sentó junto a la mesa, diciéndole que pronto se le iba a pasar a Delmira el berrinche y que iban a llegar muchos otros chicos. Le sirvió una gaseosa y le sonrió, buscando animarlo. Regresaba al comedor cuando se detuvo y volvió a mirar para arriba. Las nubes grises crecían en número y formaban ya grandes manchones en el cielo. Un gesto de contrariedad se instaló en el rostro de Alejandra por unos segundos, y siguió caminando rumbo al comedor.

Los chicos fueron llegando uno tras otro. Delmira, no obstante, seguía llorando en el dormitorio, a veces muy quedo, como si lentamente su llanto se fuera extinguiendo; pero bastaba que alguien apareciera en la puerta para que cobrara nuevo impulso. Marcos permanecía sin decir palabra y su madre, consternada, no hablaba más que lo imprescindible. Sólo Alejandra intentaba mantener la conversación, dado que, pese a todo, quería mostrarse alegre. Y dentro de su inquina, Marcos encontraba cierta satisfacción al pensar que su madre quedaría enterada de quién era Delmira y ya no sería él el único de la familia que la tuviese por tonta. Sentía que a partir de ahora podría confiarse en su madre con respecto a Delmira sin temor a la repulsa, y esto le daba alivio. Aunque por momentos ese llanto continuo lo sacaba de quicio, máxime que veía cómo los otros chicos se divertían entre ellos. Tenía deseos de ponerse de pie y declarar en tono definitivo que su hija era una imbécil. Se contenía porque no quería romper su mutismo, su imperturbabilidad. De hacerlo, le daría pie a Alejandra para que —en ese mismo momento o más tarde, cuando la fiesta terminase— iniciase una discusión que a él, debido a que ya se había expresado, le sería muy difícil rehuir. Una pelea que, en oposición a lo que podría pensarse, lo acer-

caría a su mujer y, cualquiera fuese el resultado de ella, constituiría para él una batalla perdida.

A lo único que atinó, cuando llevaban ya hora y media de cumpleaños, fue a levantarse en una ocasión para cerrar la puerta del dormitorio, con la esperanza de no escucharla y olvidarse de Delmira por un rato. Alejandra estaba en el fondo y cuando regresó al comedor abrió la puerta.

—No vamos a aislarla de su cumpleaños —declaró al sentarse a la mesa.

Marcos, indignado por lo que consideró una estupidez mayúscula, se levantó y se encerró en el baño. Una y otra vez se repetía que Alejandra era una enferma que, como su hija sufría, ella deseaba torturarse inútilmente para expiar su culpa. Y, según Marcos, "su culpa" consistía en haber forjado una pareja con él, porque a esta altura creía que Alejandra lo tenía por un paranoico, un loco, causante, además, de los problemas de Delmira.

Al rato le golpearon la puerta.

—Marcos —le dijo su madre—, ¿te falta mucho? Porque necesito entrar.

A disgusto, Marcos salió. Su madre le sonrió y entró acomodándose el vestido ajustado. Marcos fue hasta el dormitorio para echar una ojeada. Era increíble pero Delmira seguía lloriqueando. Hacía casi dos horas que lloraba, una capacidad poco menos que ilimitada. Luego Marcos se dirigió al fondo, pensando cómo era posible segregar tantas lágrimas. Delmira se iba a convertir en el primer caso que se conociera de deshidratación por llanto. Y al discurrir esto un esbozo de sonrisa asomó a sus facciones; duró un segundo y desapareció cuando se le hizo presente que tal fenómeno se debía a su tara mental. Los chicos en el fondo corrían y reían a más no poder. Ya habían tomado confianza y estaban por completo olvidados de la del cumpleaños, que lloraba en el dormitorio. Eran muchos y el jardincito les quedaba chico, por lo que la excitación había ido en aumento. Armaban un buen batifondo. No habían faltado dos o tres percances de menor cuantía y algunos conatos de violencia que se habían diluido antes de que llegaran a mayores. Marcos los

observó por un tiempo. Algunos, incluidas unas chicas, eran casi bestiales; no obstante, los veía llenos de vida, de una vida plena, sin disminuciones, y le daban envidia.

Cuando el cielo se nublaba por completo empezaron a llegar los padres a buscar a sus hijos. En vista de la ofuscación de Delmira, Alejandra no intentó siquiera sacar a relucir la torta con las velitas. Resignada, se dijo que la sacaría cuando todos los chicos se hubiesen ido. Aunque la idea de un pequeño rito íntimo entre los cuatro no le desagradaba y, al figurarse que Delmira se calmaría y tendría por fin una alegría en su cumpleaños, se sentía de nuevo al borde del optimismo. Iba y venía Alejandra del fondo a la puerta ya que a cada ratito tocaban el timbre. Ella había dejado entornada la puerta de entrada del edificio y, por el portero eléctrico, les pedía a los padres que no la cerraran; no obstante a veces se cerraba y debía ir hasta adelante.

Cuando no quedaban más que tres o cuatro chicos, abrió la puerta del departamento y se encontró frente a un hombre que tenía en la cara y en el cuello una profusión de pequeños cortes sanguinolentos, como si acabase de abrirse paso entre medio de espinos. Alejandra se sobresaltó un poco al verlo.

—Vengo a buscar a Felipe —dijo el hombre con una voz algo forzada y ronca.

Preocupada, Alejandra estuvo en un tris de preguntarle si había tenido un accidente, pero la turbidez que vio en los ojos del hombre la detuvo. Y por detrás de ese turbio lago al instante surgió una dura orden de silencio, un mensaje que hubiera sido evidente para cualquiera.

—Lo lamento, pero la puerta de entrada del edificio se me cerró —le informó el hombre.

Alejandra fue a buscar al chico y dejó abierta la puerta del departamento, pero no lo hizo pasar. El hombre, sin embargo, se introdujo dos o tres pasos en el comedor, de manera que Marcos, quien estaba parado contra el marco del ventanal, y su madre, sentada junto a la mesa, pudieron verlo. Varios de los cortes que tenía en la cara todavía sangraban levemente, otros ya estaban secándose. La madre de Marcos lo miraba, admirada. El

hombre la saludó y acompañó sus palabras con una ligera inclinación de cabeza. La mujer le respondió y le sonrió de tal modo que Marcos, sorprendido, creyó advertir una suerte de seductora insinuación. Nunca le había visto a su madre un gesto de ese tipo.

—Acompañalos vos —le susurró con voz suplicante Alejandra a Marcos cuando pasó a su lado, escoltando al chico.

—¿Por qué? —le contestó él en voz alta.

Alejandra siguió su camino y no le respondió. Los acompañó hasta la puerta de entrada del edificio caminando delante de ellos. Las lágrimas le asomaban a los ojos, y en razón de esto escabulló el rostro al abrirles la puerta. Padre e hijo salieron y se dirigieron al auto, que estaba estacionado frente al edificio. Ella se quedó observándolos tras la puerta, aunque retrocedió unos pasos. El hombre rodeó el auto y, antes de subirse, le echó a Alejandra una mirada descentrada y sombría. Alejandra retrocedió un paso más. El motor del auto se puso en marcha con una violenta acelerada. Tenía una rueda subida a la vereda y, luego de dos maniobras algo bruscas, se alejó raudamente.

5

—Papá —le dijo Delmira, acercándose a él con una sonrisa esperanzada—. ¿Me ayudás a armar el refugio?

Marcos dudó. Estaba muy cómodamente instalado en la reposera, entibiado por el sol primaveral, y no tenía ganas de levantarse. Puso una mano sobre la cabeza de su hija y le dirigió un gesto ambiguo, con el que, silenciosamente, esperaba ganar cierto tiempo antes de decidirse. Aunque era verdad también que la hermosísima mañana de domingo predisponía bien su ánimo. Además, había sido él quien tiempo atrás le había enseñado a Delmira a armar una suerte de casita en un rincón del fondo y en parte se sentía obligado a darle ayuda. Ya desde chico le había agradado la idea del refugio propio; y en la anterior oportunidad que lo habían levantado, se había metido él y se había quedado allí un buen rato, sintiéndose a gusto en esa estrecha oscuridad desde la cual podía espiarse el mundo externo a través de una rendija.

—¡Por favor, papá! No lo puedo armar yo sola —unas lágrimas despuntaban, apenas, en los ojos de la nena, y esto urgió a Marcos a tomar una decisión. Si ella se ponía a llorar, a él, a causa de la bronca que le daría, no le quedaría más remedio que decirle que no, violentándose quizá hasta el punto de zaherirla y tener que soportar después una escena.

—Bueno —le dijo—. Pero yo solamente te ayudo. Vos lo armás. —Sin embargo, continuaba con la mano en la cabeza de la nena y no se levantaba—. En un rato lo hacemos —murmuró entre dientes, dejándose caer sobre el respaldar.

Delmira no contestó, pero se quedó allí, mirándolo. Marcos entrecerró los ojos y quiso volver al estado de aletargamiento del cual lo había sacado Delmira, una vacía modorra en la que la mente apenas si discurría. Mas con su hija allí, esperando, no logró ponerse todo lo cómodo que quería. Abrió los ojos y se incorporó en alguna medida.

—¿Por qué no te vas a jugar? Cuando yo pueda empezamos.

—¿Y ahora no podés?

—No —le contestó él de mal modo. Delmira, sin embargo, no se alejó. Marcos intentó de nuevo ignorarla, colocándose de costado, de tal modo que le daba la espalda.

Irritado consigo mismo por prestarle atención, Marcos escuchó la tozuda respiración de la nena por unos minutos. Hasta que se fue acostumbrando a la situación y fue olvidándose de Delmira. Se había impuesto llamar a Pablo, el amigo de Luis, esa misma mañana, y todavía no lo había hecho. Hacía dos meses ya que había decidido llamarlo y, por alguna razón, no lo llevaba a cabo. Quería hablar con él acerca de la posibilidad de recuperar la escultura de Luis. No se sentía bien por no hacer nada al respecto, y se había impuesto el deber de llamar a Pablo en razón de que Luis había mencionado cierto conocimiento de los antropólogos de los circuitos en donde se podía encontrar la obra perdida. A Marcos le parecía casi imposible que la escultura hubiera llegado a algún circuito porque no tenía demasiado valor comercial, y juzgaba que el taxista aquel que se llevó la valija la debía tener en la casa, o la había tirado, o se la había dado a algún pariente o amigo al que le hubiera gustado. No sólo no creía nada probable que hubiera llegado a un circuito comercial, sino que hasta la existencia misma de un circuito de compra y venta de esos objetos en la ciudad le parecía dudosa, una exageración de Luis en un momento en que se dejó llevar por una falsa esperanza. De modo que esperaba de Pablo una confirmación de sus sospechas con respecto a la inutilidad de cualquier esfuerzo en ese sentido, con lo que daría por terminado el

asunto de la escultura. Sentía que, de no hacer esa llamada, Luis seguiría pesando en su vida. Desde su muerte, Luis era una suerte de estorbo para él; no sabía dónde ubicarlo. Quería recordarlo y quería olvidarlo; quería reivindicarlo pero, siendo de su misma edad, estaba muerto, silenciosamente muerto. Marcos consideraba que el problema estaba en su nefasta idea de llegar hasta la escultura para reivindicar a su amigo, dado que, una vez que había cruzado por su cabeza, quiéralo o no, se percibiría en deuda con Luis hasta que hiciese algo al respecto. Y ese domingo, según calculaba, llamaría a Pablo y éste lo desalentaría y tal vez hasta se reiría de sus pretensiones. En este caso, Marcos aduciría que él no hacía más que tantear el camino indicado por Luis.

Por detrás suyo, Marcos escuchó que Delmira aspiraba los mocos. Se volvió hacia ella.

—Papá.

—Sí. Voy.

Aviniéndose a armar el refugio, Marcos se puso de pie. Últimamente se sentía más inclinado a darle algún gusto y a ser con ella más benevolente. Hacía tres meses que había empezado el primer grado, y la maestra opinaba que, mínimamente, cumplía con los objetivos de enseñanza. Su desempeño se ubicaba, seguro, de la mitad del curso para abajo, pero al menos no se correspondía con el de una infradotada. Al revisar los cuadernos, Marcos no estaba del todo confiado en el diagnóstico de la maestra, aunque en líneas generales lo aceptaba e intentaba convencerse de su evidente realidad. Y esto en parte lo contentaba y en parte le producía cierto escozor. Si Delmira no tenía una tara mental, él había fracasado en su apreciacion y, para peor, había sido cruel. Quizá Alejandra tenía entonces la razón de su lado, y él la había disminuido inútilmente, arrastrado por una desconfianza visceral y quisquillosa que había surgido por aquel problema en su nacimiento. Este razonamiento, sin embargo, no lo convencía completamente, porque no podía creer que se hubiera engañado por tanto tiempo, y además, él sabía que Alejandra no podía ser exonerada del asunto. Pero, como fuere lo que él quisiese creer, sentía cierta lástima

por su hija o, mejor dicho, lo embargaban raptos de lástima que lo obligaban a una amabilidad para con ella que antes nunca había demostrado. Cuando le hacía un cariño, o se mostraba aquiescente, Delmira se pegaba a él y empezaba a seguirlo por todos lados, hablando sin parar, salivosamente, de cosas que Marcos no comprendía, a las que casi no podía prestarles atención. Por lo general, él asentía y asentía, hasta que se cansaba de escucharla y, arrepentido de haberla tratado bien, buscaba la forma de sacársela de encima, ya sea con alguna artimaña o haciendo visible su enojo.

Fueron a buscar el armazón y las maderas para construir la casita. Eran trastos que guardaban en un cuartito del fondo. Delmira le hablaba acerca de la utilidad del refugio, imaginando que podía convertirse en una casita para sus muñecas. Mientras Marcos, en silencio, trasladaba los hierros y las maderas hasta el lugar en donde la irían a emplazar, Delmira hacía planes acerca de la vida de sus muñecas en la futura casita. Insistía en la necesidad de hacer una cocina separada y quería arrancarle a Marcos esa promesa, cosa que él se negaba a hacer. En lo posible, ignoraba a su hija y a lo sumo dejaba escapar a regañadientes uno que otro monosílabo.

—Papá. Esta vez hay que hacer una cocina —repetía.

Alejandra salió por el ventanal del comedor hacia el fondo y al verlos en esa actividad conjunta sonrió francamente. Marcos lo advirtió y algo en su interior se rebeló contra esa felicidad. Surgió en su ánimo el deseo de decepcionarlas y abandonar la construcción del refugio. Recordó la llamada a Pablo y se decidió por fin a hacerla.

—Tengo que hacer una llamada —le dijo a Delmira, y, desentendiéndose del armazón que estaba levantando, fue hacia el interior del departamento. La llamada le servía como momentáneo subterfugio; ya vería luego si seguía o no con la casita.

—¡Papá! —le gritó Delmira, encabritada al verse relegada.

Pero Marcos siguió caminando y entró al comedor. En un pequeño cuaderno guardaba en completo desorden los números telefónicos, algunos anotados en pape-

litos y sin ningún nombre de referencia que le sirviese a Marcos para saber de quién se trataba. Cuando los anotaba estaba seguro de que iba a recordar al poseedor del número y por tanto, escribir el nombre le parecía por completo superfluo. Pero a los meses los encontraba y se estrujaba el cerebro intentando acordarse a quién correspondía. En parte se consolaba diciéndose que no debía ser muy importante para él. La mayoría de estos papelitos que guardaba eran muy viejos, de su época de estudiante, ya que últimamente casi no se trataba con nadie. Pero el número de Pablo lo tenía individualizado y no tenía excusas para no llamarlo. Conforme marcaba sus dudas crecían. Temía que fuera a hacer el ridículo y que Pablo se pusiera sarcástico. Como llevaba una barbita en cerrojo, a Marcos se le hacía que era proclive a la ironía y a despreciar a los demás.

Cuando lo atendió, se le hizo evidente que estaba durmiendo y lo había despertado. Le echó una ojeada al reloj. Todavía no eran las once, por lo que, siendo un domingo, se reprochó haberse apresurado, a pesar de que, frente a sus disculpas, Pablo negó que estuviera durmiendo.

—Mirá —le dijo cuando empezó a explicar el motivo de su llamado—. Luis, antes de morir, estaba intentando ubicar una escultura que había traído del interior y que perdió en un taxi y...

—¿La escultura de dos caras que estaba en la valija?

—Sí —Marcos esperó unos segundos a que Pablo continuase, mas el otro guardó silencio—. Yo quería saber si... si existe algún modo de recuperarla, si... No sé. Luis mencionó una especie de circuito comercial, o algo por el estilo, en donde se venden esas cosas y... ¿Existe la posibilidad de hacer algo para encontrarla?

—No sé. Yo no creo que esa escultura aparezca en ningún lado. Es muy difícil que justo el taxista haya dado con quien la comprara porque... Hay una casa de antigüedades que algo tiene de cosas de ese tipo, pero... no sé; sería cuestión de ir hasta allá, aunque, la verdad, no parece que valga la pena.

—Luis creía estar sobre una pista bastante firme, o por lo menos eso entendí yo. ¿Vos sabes algo?

—No. Nada. Pero Luis escribía en el cielo, así que...

Callaron ambos por unos segundos. Marcos no había entendido bien qué quería decir Pablo con aquello de escribir en el cielo, por lo que no sabía qué contestar. Barruntaba que era una expresión que se usaba para referirse a una persona muy ilusa, optimista, pero nunca la había escuchado. Además, él tenía a Luis por un tipo resignado, o realista, según se lo quiera ver. Quizá se había entusiasmado con la idea de encontrar la escultura, sin embargo...

Pablo le pasó la dirección de la casa de antigüedades que había mencionado, y unos instantes después cortaban la comunicación. Cuando levantó la cabeza, Alejandra entraba al comedor con los ojos agrandados por la bronca. Delmira lloraba en el fondo.

—Le prometiste que le ibas a hacer la casita y después te fuiste.

—Tenía que hacer un llamado —Marcos se fue acercando a ella con ánimo belicoso. Odiaba esa mirada, esos ojos desorbitados, casi irracionales, sobre todo porque no se hacían presentes en Alejandra más que por Delmira. Veía en ese gesto un rasgo visible de esa velada animalidad que la dominaba cuando de su hija se trataba. Y Marcos sospechaba que, justamente, había sido el nacimiento de Delmira el que había hecho surgir una Alejandra distinta del seno de la vieja Alejandra, la que él había conocido. La nueva Alejandra bailaba, sea con la televisión interactiva, sea con el equipo de música; en los últimos tiempos, no pasaba día en el que no se estuviese al menos un cuarto de hora bailando, y además, ahora lo hacía junto con Delmira. Marcos las veía bailar y no daba crédito a sus ojos; fuera de un marco apropiado, a él le parecía estúpido, sin sentido, una prueba de que cierta animalidad las dominaba. Además, pese a que Alejandra lo negaba de mil maneras posibles, Marcos creía que lo hacía para desafiarlo, para recordarle aquel día en el que habían discutido mientras ella bailaba arriba del sillón y él se había mutilado el dedo. Alejandra aducía que era un

buen ejercicio y que la despejaba y le aliviaba las tensiones, pero cada vez que la veía bailar Marcos se preguntaba qué debería mutilarse para que cesase todo aquello.

Y ahora advertía que Alejandra se había puesto las bermudas de lycra que usaba para bailar, y su inquina contra ella aumentaba. Pero no podía hablar y cualquier cosa que pudiera hacer se volvería contra él. Se había acercado hasta un paso de ella, amenazante, sólo para darse cuenta de que había cometido un error y que no le convenía intentar hacer lo más mínimo. Ya hacía tiempo que estaba convencido de que no debía hacer nada más que estarse callado todo lo posible, y su enojo era un exabrupto del que se arrepentía.

—¡Papá! —Delmira entraba al comedor, llorando.

—Vamos —dijo él, decidiéndose—. Vamos a hacer la casita.

Salieron hacia el fondito. Marcos observó con desánimo el armazón de metal y las maderas. Adentro empezó a sonar una música muy rítmica, por lo que él supo que Alejandra estaba ya bailando sola, como una chiflada, nada más que para humillarlo, para demostrarle que ella no se amilanaba por mucho que él se saliese de quicio. Su único consuelo, aunque miserable, era pensar que mientras Delmira estuviese con él armando el refugio no bailaría junto a su madre. Alejandra le había comprado una mallita de baile, cuyo corte destacaba las formas femeninas. Al verla bailar, Marcos se ponía nervioso; no sabía si admirarse o rabiar, y la sensualidad que ponía la nena en el baile lo desconcertaba por completo; ¿podía ser la que bailaba la misma bobalicona que lloraba a más no poder por una minucia? Copiaba lo que veía en televisión, y se metía la tela de la malla entre las nalgas. Marcos se imaginaba cómo se sentiría si fuese un compañerito de ella, y la estuviese viendo en un acto del colegio. Vería una hermosa exuberancia, imágenes que atesoraría para después masturbarse, quizás contra el colchón de su cama, como él cuando chico.

Habían armado la mitad del refugio poco más o menos cuando cesó la música en el comedor. Alejandra se asomó al fondo.

—¿Quieren tomar algo? —les preguntó.

Pero ni Marcos ni Delmira le contestaron. Esta última porque no se dignaba contestar cuando la respuesta era negativa. Estaba empeñada en que se hiciera un cuartito adicional, por diminuto que fuera, que hiciera las veces de cocina. Marcos le había prometido que la haría, pero encontraba cada vez mayores dificultades y se estaba impacientando. No tenía suficiente material para construirla y no veía ningún objeto en hacer algo que no tendría utilidad. Intentaba convencerla de que había casas que tenían la cocina dentro del comedor, que no tenían más que un ambiente y que, justamente, se trataba de hacer éste lo más grande posible y no perder espacio en subdivisiones. Por fin, desistió de convencerla con este argumento. Se le ocurrió decirle entonces que estaban construyendo un consultorio médico, un consultorio en donde él recibiría a sus pacientes. Esta idea entusiasmó mucho a Delmira, quien imaginaba que no sólo conocería a los pacientes sino que, además, se enteraría de sus casos, cosa que a ella, por alguna razón, le parecía emocionante. Quiso informarse acerca de lo que había en un consultorio y, a instancias de él, se propuso como recepcionista.

Mientras ajustaba unas maderas con alambre, Marcos pensaba irónicamente que, dada la situación del hospital, no le vendría mal ese sucucho improvisado que estaban armando. E interiormente se rió al considerar la posibilidad de presentarse con él para formar parte de uno de los círculos médicos. Éstos eran, básicamente, asociaciones de médicos dependientes de grandes empresas de medicina prepaga. Sólo se ingresaba a esos círculos —que constituían la única forma de sostener un consultorio privado— con unas oficinas muy bien puestas, cierto capital en maquinaria y, en los dos círculos médicos más encumbrados, hacía falta también una relación clave que le abriera la puerta al aspirante.

—Con este consultorio nos mandan detrás del muro —le dijo Marcos a la nena cuando no faltaba mucho para que terminasen.

—¿Qué es el muro? —le preguntó Delmira, con lo

que Marcos advirtió que en los últimos años nunca habían hablado de ello con Alejandra.

—Una pared muy alta detrás de la cual vive mucha gente —dijo, aunque en el discurrir de su pensamiento se preguntó si todavía habría gente allí.

—¿Y qué hace la gente?

—No sé.

Únicamente faltaba colocar el techo. Para esto usaban un pedazo de fibra de vidrio a través de la cual pasaba algo de luz.

—Habría que buscar gasas y alcohol y... otras cosas que hay en un consultorio, ¿no, papi?

—Después.

—¿Cómo son los consultorios del hospital?

—Son... Bastante feos. No muy grandes; y tienen un escritorio y una camilla y... Son casi iguales a los que vos conocés. Las máquinas están en otras salas.

Marcos levantó la chapa de fibra de vidrio y la colocó sobre la estructura. Hablar del hospital lo apesadumbraba. Corrían rumores de que finalmente se iba a especializar en neuropsiquiatría y en inmunología genética, y que en consecuencia cerrarían los otros servicios. Cada vez soportaba menos el trabajo en el hospital, pero aun así debía aferrarse a él y esta necesidad imperiosa de aquello que odiaba lo enardecía; calladamente, en su fuero interno, lo enardecía. Habían corrido muchos rumores en el hospital; casi que era ya, más que nada, una caja de rumores de todo tipo, muchos de ellos encontrados entre sí. Algunos se habían hecho realidad, y entonces se podía sospechar que el rumor había corrido para que se fueran acostumbrando a la idea, para que se fueran resignando; otros no quedaron más que en agua de borrajas, lo que hacía pensar que se habían expandido para atemorizarlos y que, con el tiempo, sintiesen alivio por estar donde estaban. Claro que era muy difícil discernir *a priori* unos de otros; dadas las circunstancias, todos eran posibles. Es que, aunque todos tenían rasgos de imposibilidad, lo imposible se había hecho real en tantas ocasiones que unas pinceladas de absurdo no hacían sino hacer más sólido el rumor.

El refugio estaba terminado y Delmira se había metido adentro con un muñeco que hacía las veces de paciente. Marcos había colgado una linterna de un gancho para reforzar la escasa luz que entraba por el techo. Delmira prefirió finalmente un rol de enfermera antes que de recepcionista y lo consultaba acerca de lo que debía hacerse; él le daba instrucciones, aunque no tenía ganas de hablar, y menos de medicina. La música empezó a sonar de nuevo en el comedor, esta vez todavía a mayor volumen.

—Delmira. Vení a bailar —le gritó Alejandra, saliendo al fondo por unos instantes.

—Ya voy —gritó la nena y salió del refugio. Se fue hacia el comedor sin que Marcos atinara a encontrar un modo de retenerla.

La música retumbaba y aunque desde el rincón en el que estaba no las veía, Marcos se las imaginaba y poco menos que sentía repugnancia. Se metió en el refugio y cerró bien las maderas que hacían de puerta. Tiró al muñeco al piso y se sentó en el banco que Delmira había utilizado como camilla. Apagó la linterna y, desde esa semipenumbra, se puso a mirar por una rendija. Veía la higuera que crecía en un rincón y el tendedero, ambos iluminados por el sol.

Con el tiempo empezó a estar a gusto allí, encerrado en ese pequeño refugio. Le daba placer mirar el exterior y saber que él no estaba ahí afuera sino en un mundillo que no excedía demasiado su propia persona. Podía creer incluso que era una construcción fuerte y que soportaría los embates del exterior. Ya casi no le importaba la música que escuchaba, porque su realidad se iba constriñendo a lo que podía ver por la rendija: la pared, el tendedero, la higuera, la luz del sol. Conforme transcurría el tiempo, el refugio se iba calentando y se hacía todavía más agradable.

Marcos se alejó por fin de la rendija y apoyó la cabeza en la pared. Quizá podría dormirse ahí, pero no inmediatamente sino dentro de un rato. Ahora no quería más que estar amodorrado y consustanciarse con su refugio. La música que se oía ya no le decía nada y no le prestaba

ninguna atención. Con los ojos entrecerrados miraba hacia adelante mientras el discurrir de su pensamiento se aquietaba hasta casi detenerse. Por dentro y por fuera todo estaba inmóvil y, felizmente, el transcurrir de los hechos se había detenido. Tenía casi la sensación de que nunca saldría de allí y que esperaría y esperaría.

Los rayos del sol se filtraban por las copas de los árboles y, en móviles manchitas de luz, llegaban hasta la vereda. Se había levantado una brisa fresca que movía las ramas de los enormes plátanos que se sucedían a lo largo de la cuadra. Un gato blanco y negro, que salió de debajo de un auto estacionado, pegó un brinco hasta lo alto de una tapia, tras la que desapareció. Marcos creyó que fue él quien había asustado al gato al acercarse al auto. Había descubierto la casa de antigüedades de la que le habló Pablo y, antes de acercarse, se había separado de la línea de los frentes de las casas y se había dirigido hacia el cordón para echarle una ojeada desde allí. El frente del negocio era bastante estrecho y no vio más que unos jarrones blancos y azules. Se sentía algo cohibido por buscar una escultura en particular de la que tenía pocos datos y no había visto en su vida. El bifrontismo era un dato decisivo, por supuesto, pero ni siquiera sabía de qué material estaba hecha. No era improbable que el vendedor, llevado por su curiosidad de anticuario, quisiese saber por qué buscaba específicamente esa escultura, y él no tenía ganas de dar explicaciones. Se aproximó a la vidriera dispuesto a huir si es que encontraba indicios poco favorables. Aparte de los jarrones había en primer plano una máquina de escribir, un escritorio y una araña de caireles. No difería mucho de otros negocios que había visto.

Estaba casi seguro de que no encontraría la escultura, y tal vez por esto la buscaba. Tenía miedo de ella, de la posibilidad de tenerla en sus manos. Imaginaba que agitaría los fantasmas dormidos en su cabeza, y hasta había especulado nebulosamente acerca de la influencia de algo fantasmagórico en el hallazgo de la escultura por parte de Luis. ¿La había hallado entre otras cosas y la había elegido precisa-

mente por ser bifronte? Se reprochaba haberle hablado a Luis del bifrontismo, ratificándose en consecuencia la que era su consigna última: callar y callar; consigna que se repetía desde que había desaparecido la involuntaria imposibilidad de hablar que lo había maniatado durante cierto tiempo, sobre todo con Alejandra y Delmira. Ahora podía hablar, pero ya no quería sino permanecer callado.

Entró al negocio. Avanzó hacia el fondo por el pasillo que formaban una soga —tras la cual se exponían los objetos en venta— y la pared. No se veía a nadie y tamaño descuido le llamó la atención. Se detuvo y miró hacia las antigüedades. Parecía tan fácil robarse algo que avanzo hacia la soga. Al punto advirtió unas lucecitas en lo alto de los pilotes que sostenían la soga y se frenó. ¿Funcionaría el sistema de alarma si él pasaba un brazo muy por encima de la altura de los pilotes? —se preguntó. Aunque, sin intentarlo, siguió caminando hacia el fondo. Se veía allí un escritorio vacío, con una silla muy alejada de él, como si en todo el día no se hubiera utilizado. Pero el negocio se ensanchaba mucho atrás, formando una suerte de ele, y Marcos confiaba en que el anticuario se encontraría en el sector que él no podía ver. Y efectivamente, apenas traspuso la línea en que terminaba la pared se encontró a un palmo de un hombre que, con una escopeta en las manos, se disponía a apartarse del lugar en el que estaba parado. Marcos se pegó un susto terrible. El hombre se alejó unos pasos y colocó la escopeta en unos ganchos de la pared.

—Discúlpeme. Ya lo atiendo —le dijo.

Marcos estaba nervioso porque se acordaba de que, sin pensarlo demasiado y movido por la curiosidad, había estado a punto de pasar una mano por arriba de los pilotes. ¿Estaría el hombre parado ahí con la escopeta para aparecer y disparar apenas sonase la alarma?

—Dígame —el hombre se acercaba a él.

Marcos lo miró por unos segundos intentando sacar a luz la razón por la que había ido, pero no pudo armar una frase. El hombre meneó la cabeza y Marcos creyó que le iba a recriminar su silencio, o aun algo peor.

—Estaba mirando... —se forzó a hablar—. Yo... ¿Tie-

ne esculturas que representen a una persona con el cuerpo muy alargado? Quiero decir, con un cuerpo largo y flaco —y le indicó con las manos el tamaño que imaginaba—. Es una escultura que provenía...

—No —lo interrumpió el hombre—. Si busca restos de culturas desaparecidas acá no los va a encontrar —miró a Marcos para ver si respondía algo—. Mi padre falleció. Era él quien traía cosas del interior. A veces incluso iba él personalmente. Y venían los antropólogos y gente por el estilo a curiosear. Pero no era buen negocio y hubo problemas legales y... Mi padre murió, así que se acabó.

El hombre daba por concluido el asunto, no obstante Marcos no se movió.

—Aunque puedo encontrar algo alargado, si es lo que busca —dijo de repente el anticuario al hacerse presente en él que podría de cualquier manera vender algo.

—¿Tiene armas? —preguntó Marcos, mirando en derredor.

—Sí. Pero le advierto que las armas antiguas son menos eficaces. Sirven para matar, pero... Son más bien cosas decorativas. Yo, por ejemplo, no uso un trabuco —le dijo, sonriendo y señalando su escopeta, que debía ser de última generación.

—Ahí tiene unas espadas —dijo Marcos, indicando dos que se cruzaban en la pared.

—Son floretes, del siglo XIX. Pero acompáñeme que adelante tengo un par de pistolas.

Caminaron por el pasillo y al llegar cerca de la puerta el hombre desconectó la alarma con un pequeño dispositivo portátil. Marcos advirtió unos agujeros en la columna que separaba la puerta de entrada de la vidriera. Pensó en una perdigonada de la escopeta y recordó el agujero de su viejo consultorio. El anticuario había quitado la soga y avanzaba con cuidado entre los muebles. De un cajón de una cómoda sacó una pistola muy pequeña.

—Mire —se la mostró, acercándose.

Marcos casi se ríe. Parecía de juguete.

—Con eso no creo que pueda hacer el más mínimo agujero en una pared —se le ocurrió comentar a Marcos.

—Para agujerear una pared se usa un taladro —le

objetó el hombre con una pizca de enojo—. Esto es otra cosa. Es una joyita. Y mata. Le aseguro que mata —el hombre miró por unos segundos el brillo plateado de la pistolita y luego levantó la vista—. Es como si disparara con el dedo. ¿Se acuerda cuando era chico? —y el hombre formó una pistola con los dedos de una mano—. Aunque... —el anticuario cambió de cara abruptamente, tal si hubiera descubierto algo; después sonrió socarronamente—. ¿Así que agujeros en la pared? —le dijo, agrandando los ojos y la sonrisa, dándole a entender que apreciaba su astucia.

Marcos se turbó. Cayó en la cuenta de que ya no tenía nada que hacer allí y que estaba haciendo el ridículo.

—Le agradezco. Le agradezco —dijo sorpresivamente y se dirigió a la puerta.

—Aunque lo haga, no voy a ir a la policía. Se lo aseguro —le dijo con voz crecientemente estentórea en la medida que Marcos se alejaba.

—¡¿Por qué soy tan estúpido?! —se preguntó Marcos para sus adentros, indignado contra sí mismo. Y lo peor para él era que había ido detrás de algo que no quería encontrar. Se puteó y puteó a Luis, a quien empezaba a percibir como el principal culpable del asunto. Se juramentó que ya no volvería a hacer lo más mínimo por recuperar la maldita escultura, que para él estaba tan enterrada como su amigo. Y al fin de cuentas —se dijo—, si la escultura hubiera sido muy importante para Luis, no se habría olvidado la valija en el taxi. No había llegado a la esquina cuando cruzó por su cabeza una frasecita con música puteando a quien había sido su amigo. Y, aunque sabía que era injusto, se la repitió muchas veces, dado que le levantaba el ánimo. Cuando iba en el colectivo atestado imaginaba ya que era todo un coro el que cantaba la frasecita.

Marcos avanzaba por el pasillo empujando la camilla. Las ruedas estaban bien aceitadas y el mueble se deslizaba fácilmente con un mínimo de esfuerzo. El largo corredor estaba embaldosado en damero blanco y negro y los pisos

brillaban. En realidad, todo brillaba, hasta el ambo verde que tenía puesto. Éste estaba formado por una chaqueta que le llegaba hasta los muslos, y un pantalón, por cuyo anticuado corte las botamangas se afinaban mucho hacia los tobillos. El pasillo era largo y bien iluminado, y hacia el final, en un ángulo, habían levantado un ornamento escultórico en derredor de un busto de Hipócrates. Allí en el fondo apareció una de las médicas del piso y le hizo una seña a Marcos para que se apresurase. Marcos apuró el paso hasta casi trotar. Dobló el codo que hacía el pasillo y, cinco metros más allá, entró a la habitación que le habían indicado. La máquina de diagnóstico médico se estaba elevando por sobre el paciente, dejándoles el lugar necesario como para poder trasladarlo de la cama a la camilla. Marcos echó una ojeada sobre la pantalla que estaba encima del respaldar de la cama, pero las imágenes se estaban difumando. Era una operación de urgencia y tenían que llevar al paciente hasta el quirófano del quinto piso. Entre un enfermero y él trasladaron el paciente a la camilla sin que éste, un hombre de unos sesenta años muy delgado y alto, colaborase en lo más mínimo.

—Doctor —le dijo a Marcos la médica de piso—. Por favor, lleve el último diagnóstico al cirujano —y la mujer le extendió un largo papel impreso por la máquina—. El terminal de quirófano no anda.

Marcos le hizo unos dobleces y lo colocó sobre la camilla, en cierta medida bajo uno de los hombros del paciente. Y acto seguido el enfermero y él salieron rumbo al quirófano, llevando a paso vivo la camilla. El enfermero era bajo y flaquito, con un bigote negro muy poblado. Marcos —pese a que no hacía un mes que había ingresado a la clínica— ya había cruzado unas palabras con él en un par de ocasiones. Según había advertido, quería mostrarse muy seguro de sí mismo, tanto que Marcos se figuraba que no dudaría en medicar y actuar por su cuenta. En una oportunidad había entrado a una habitación justo en el momento en que le hablaba a un enfermo acerca de un medicamento y le había parecido escuchar que le estaba cambiando las dosis. Y el hecho era que, a pesar de

lo que dijera la ley, los pacientes y la misma institución médica hacían muy pocos distingos entre ellos —los médicos de piso, los de turno general como él— y los enfermeros. Hacían en realidad casi las mismas tareas y en lo que se les abonaba por hora de trabajo no debía haber una diferencia apreciable.

Habían llegado al área de quirófanos. En la sala prequirúrgica encontraron al cirujano, a pesar de que pudieron ver a través del ventanal que estaba todo dispuesto para la operación y se suponía que debía estar adentro.

—Desnúdelo —le dijo el cirujano a Marcos, dando una orden que no admitía réplica. Marcos estuvo en un tris de transmitir la orden al enfermero, mas temiendo generar un incidente del que podría salir mal parado se avino a hacer lo que se le ordenaba. Además, no era más que quitarle una bata especial con la que llevaban a los pacientes al quirófano, cosa que se hacía en un instante. Al sacársela se cayó al piso el papel con el último diagnóstico, el que Marcos había olvidado. Se agachó en un santiamén para recogerlo.

—Es el último diagnóstico —le dijo, extendiéndole el papel al cirujano.

El hombre, que era miembro del consejo directivo de la clínica, lo miró con sorpresa.

—No es forma de traerlo. Esto no puede caerse al piso. Además, ya se olvidaba de dármelo.

—No me olvidaba —mintió Marcos—. Sólo quise cumplir primero con lo que usted me había pedido.

Pero el cirujano ya no lo escuchaba y leía el papel. El enfermero parecía estar ligeramente satisfecho. Los días transcurridos en la clínica le bastaban a Marcos para saber que los médicos del consejo los trataban a ellos peor que a los enfermeros, y que éstos disfrutaban de esa circunstancia. Hasta ahora, ningún médico del consejo lo había llamado doctor; los enfermeros lo evitaban todo lo posible, y los únicos que se avenían a hacerlo eran los empleados administrativos, los que con esto se evitaban también el reconocerlos unos de otros ya que el recambio de personal en estas clínicas era muy rápido.

—Esto no es posible —vociferó el cirujano, mirando

a Marcos como si fuese culpable de lo que ocurría—. Usted debe estar al tanto de esto —le dijo, moviendo el papel delante de sus ojos.

—No sé nada —se defendió Marcos, que en este caso no había hecho más que de camillero.

—Este hombre en este estado no se puede operar —afirmó, negando enfáticamente con la cabeza—. Y si no lo operamos... —y dio a entender que esta posibilidad también llevaba a la muerte.

—Quizás ya está muerto —intervino el enfermero, con cara de haber resuelto el problema gracias a su lucidez.

El cirujano y Marcos detuvieron sus miradas en el paciente. Era verdad que estaba muy lívido y parecía haber adquirido la rigidez cadavérica. El cirujano lo auscultó.

—Está muerto. Me traen un cadáver para que lo opere. ¿Usted no se daba cuenta de que estaba muerto? Si tuviéramos un camillero como los de antes, que no tenían ni cuarto grado, no habría ninguna diferencia con respecto a usted.

—Debe haber muerto hace unos segundos.

—Tendríamos que haberlo operado antes —se lamentó con acritud el cirujano, reconcentrándose por unos segundos.

Marcos creyó adivinar que el hombre estaba pensando que si lo hubieran operado unos cuantos días antes, habrían facturado la intervención quirúrgica y con suerte también el posoperatorio. El cirujano levantó la cabeza y miró el cadáver con intensidad. A Marcos le dio la impresión de que les iba a ordenar que lo entraran al quirófano, pero de repente la mirada se aflojó completamente.

—Llévenlo a la morgue. Y avisen a la administración —dijo, y, dándoles la espalda, entró al pasillito que llevaba al quirófano.

El enfermero y Marcos iniciaron el camino hacia la morgue. Marcos se preguntaba si era posible que un médico de la posición del cirujano —que, según había oído, además de integrar el consejo directivo, tenía vinculaciones estrechas dentro del holding al que pertenecía la clíni-

ca— pudiera especular con una operación más o menos. Había algo miserable en esto, sin embargo, por otro lado, lo admiraba en cierta medida; podía ser visto como un rasgo de meticulosidad, expresión de un hombre concienzudo que se preocupaba por cada uno de los jalones que lo llevaban a un objetivo, sin despreciar ninguno. El enfermero había cubierto por completo el cadáver y caminaba a un costado de la camilla, guiándola con una mano. Marcos empujaba desde atrás y su situación parecía corresponderse con la de un empleado de menor rango. Había notado ya, en los días que llevaba de trabajo, que carecía de la astucia necesaria para quedar en situación ventajosa con respecto a médicos de igual categoría y enfermeros. Se encontraba con que, casi sin que él se percatase de cómo sucedía, los otros se granjeaban la tarea más cómoda. Por lo que él se veía reducido a una situación en la que, si quería revertirla, debía forzar las cosas de manera harto desagradable; y no le quedaba más remedio entonces que aceptar la tarea que le "tocaba en suerte". Y lo que más inquina le daba era la naturalidad con que los otros lograban su objetivo, por lo cual todo parecía casual e involuntario. El era tan lento de reflejos, tan temeroso de actuar sin pensar, que cuando quería hablar se daba cuenta de que sus palabras iban a desnudar por entero un burdo intento de sacar ventajas. Y él no podía entender cómo era que el egoísmo de los otros era poco menos que invisible y el suyo hubiera sido tan manifiesto. Verdad que él era nuevo y podía suponerse que se lo hacían pagar, mas ninguno de los que trabajaban allí tenía antigüedad. Otro médico, también de turno general y que había ingresado junto con él, se las ingeniaba bastante bien para evitarse los trabajos más degradantes. Marcos se decía que en el hospital, amurallado dentro del servicio y de su consultorio, había estado por fuera de la vida, protegido en exceso. Y ahora que se estaba enfrentando a la realidad del mundo sufría y no podía acomodarse a ella. Casi estaba arrepentido de haber presentado la renuncia en el hospital al que lo habían trasladado. Se había dejado llevar por la indignación y tal vez se había precipitado. El traslado significó una reducción a la mitad tanto de horario como de

sueldo; y, además, el nuevo hospital estaba muy lejos de su casa; para ir tenía que atravesar toda la ciudad y por lo menos tres controles policiales. La única supuesta ventaja no era tal: más tiempo libre significaba más tiempo en su casa, o en su defecto caminatas más extensas, y ninguna de las dos posibilidades lo seducía lo más mínimo. Y el sueldo reducido a la mitad era ya paupérrimo. Asqueado, Marcos no había trabajado más que dos días y había renunciado, pese a que todos le decían que no era una decisión lógica. Él ahora tampoco estaba seguro de haber actuado correctamente. Lo que ganaba por hora en la clínica era muy poco y, en promedio, trabajaba cuatro o cinco horas por día; con el agravante de que el horario de cada jornada variaba según las necesidades del establecimiento, y sólo se lo informaba el día anterior. Supo ocurrirle, por ejemplo, tener que trabajar de nueve a doce de la noche, y cuando a la medianoche fue a cobrar el jornal del día se le informó que lo necesitaban a la mañana siguiente de seis a diez. Con los viajes y demás, no había dormido más que tres horas, y el sacrificio le reportaba el pago de siete horas de trabajo, monto con el cual, según calculó Marcos, compraba un pantalón de mala calidad.

Dejaron el cadáver en la morgue, y Marcos, siendo él el médico, se dirigió a la administración a certificar la muerte. Camino allí se cruzó con la médica de piso que lo había mandado al quirófano con el moribundo.

—¿Así que se te murió el paciente? —le preguntó, en tono de reproche.

Marcos se quedó azorado. No sabía si era una broma y en el fondo de los ojos de la mujer brillaba el sarcasmo, o si en verdad lo consideraba culpable de algo. Pero la médica siguió caminando sin esperar una respuesta y a Marcos no le quedó más remedio que continuar en la duda. Aunque casi no la había tratado, esa médica le gustaba, y en más de una ocasión había fantaseado con que, por ella, acabaría por dejar a Alejandra. Era de mediana estatura, morocha, con el pelo lacio hasta los hombros, maciza de cuerpo pero curvilínea. La acritud con que le había hablado lo dejó consternado. La dulzura de sus facciones no hacía prever que pudiera dirigirse a al-

guien en ese tono. Y menos en esas circunstancias, que no tenían nada de extraordinarias.

No obstante, ciertos interrogantes fueron abriéndose camino en su mente: ¿le pedirían explicaciones por esa muerte? ¿Supondrían que él tenía que ir controlando al paciente y que su muerte fue negligencia suya? El cirujano podía dar fe de que él ni siquiera había advertido que se había muerto, y esto agravaría su situación. Perfectamente le podrían preguntar qué estaba haciendo mientras trasladaba al paciente en vez de vigilarlo como correspondía. El mismo no podía entender por qué no le había echado una ojeada, máxime que cuando lo pasaron de la cama a la camilla, el hombre, aunque vivo, estaba en las últimas. La responsabilidad tal vez le cupiera mucho más a la médica de piso, o incluso al cirujano, ya que era su paciente y por alguna razón había demorado la operación, pero Marcos maliciaba que los dedos acusadores podían dirigirse hacia él. El cirujano desde ya era intocable; la médica de piso, consciente de que podría haber algún problema, seguramente había iniciado una ofensiva contra él, y ese cruce en el pasillo era una muestra. Era probable que supiera del enojo del cirujano por el dinero perdido, y también que para aplacarlo se necesitaba que rodara una cabeza; algo que sucedía tan a menudo que el personal de un piso difícilmente llegaba a conocerse por completo.

Marcos había llegado a la administración y reportó la muerte del paciente y sus probables causas, las que se hacían visibles en el último diagnóstico que había emitido la máquina. De cualquier manera, se sintió muy incómodo al hacerlo. Tuvo que estampar su firma por esa muerte y sólo había sido el camillero; las cosas se daban como para que él apareciese como responsable.

Al día siguiente, a Marcos le tocó una guardia en terapia intensiva, hecho extraño porque ya había estado ahí dos días atrás y a los médicos de turno general sólo ocasionalmente les tocaba en suerte ese servicio. Aunque allí las guardias eran bastante más largas y permitían acceder a una paga menos misérrima, Marcos odiaba la terapia intensiva, sobre todo la maquinaria que se exhi-

bía sin pudores en las salas. Todas esas pantallas en derredor y por sobre la cama, en las que se podía leer el resultado del rastreo de una enorme cantidad de minucias que no le servían al médico prácticamente para nada, lo ponían de mal humor. Pensaba que si el paciente estaba consciente muy posiblemente esa cantidad de cifras y de gráficos variando en derredor suyo no tendrían ningún efecto benéfico y lo pondrían nervioso. Había cifras que variaban mucho por razones pueriles y el paciente podría asustarse por cambios bruscos que no querían decir nada importante. Pero en las publicidades de los centros médicos siempre incluían fotos y filmaciones de esta profusión de pantallas y era de rigor contar con la mayor cantidad posible de ellas.

Varios de los pacientes que debía atender estaban ya la última vez que había tenido guardia y Marcos se puso a revisar someramente las historias clínicas de esos dos días. Encontró un caso, bastante grave, en el cual la dosis del corticoide era menor que lo que correspondía en esas circunstancias. Y era él quien había hecho la indicación; reconoció sin dudar su letra y, además, vagamente recordaba el caso y haber hecho la indicación del corticoide. Le parecía raro porque era fácil de advertir que la dosis debía ser más alta y que la cantidad que había establecido podía entrañar ciertos riesgos. Y también le llamó la atención que las tres guardias sucesivas que lo habían continuado habían ratificado su indicación, actuando evidentemente por inercia. Marcos, algo preocupado, fue a ver a la paciente. Era una mujer de unos sesenta años que respiraba mal; cada vez que inspiraba bajo la máscara daba pequeños bramidos. Inmediatamente, Marcos indicó una dosis mayor y la anotó. Pero sospechaba que aun así la mujer moriría en breve y se quedó cavilando. Alguien podía hacer una revisión somera del caso y descubrir el yerro, el que se sumaría a lo ocurrido el día anterior, con la muerte en la camilla de aquel paciente. La suma de los dos hechos significaría su despido. Observó por unos segundos las cifras en las planillas y llegó a la conclusión de que era posible modificar los números sin que esto llegase a percibirse. Colocó los papeles arri-

ba de un escritorio y, luego de asegurarse que los enfermeros no anduviesen cerca, fue cambiando muy cuidadosamente las cifras. Y el resultado, excepto dos detalles, fue casi perfecto. Marcos se quedo mirando las planillas por un rato, con el fin de convencerse de que había hecho un buen trabajo y podia en consecuencia olvidarse del asunto. Esos dos detalles en última instancia podían explicarse por la carencia de pulso. Estaba casi seguro de que los otros médicos no recordarían la dosis que habían confirmado y aceptarían que era lo que figuraba en las planillas; difícilmente podrían advertir los sutiles cambios que él había hecho. Además, les convenía admitir que habían anotado esta última cifra. Iba a guardar las planillas cuando recordó que el corticoide en cuestión era de ultima generación, muy fuerte y costoso, por lo que estaba incluido entre aquellos medicamentos cuyo stock debía ser controlado con cuidado. A su alarma inicial le siguieron ciertos razonamientos que lo aplacaron: en primer lugar, ese seguimiento se hacía más que nada para detectar un faltante y no ampollas sobrantes; además, para descubrir la discrepancia había que cruzar la información de las historias clínicas con las existencias del producto y no parecía muy probable que existiesen de verdad este tipo de seguimientos, más allá de lo que el consejo directivo estableciera. Desestimando sus temores, guardó las planillas y siguió con su recorrida por el servicio, controlando a los otros pacientes.

Un cuarto de hora después, sin embargo, se le ocurrió que al fin de cuentas era fácil deshacerse de la cantidad sobrante, y se dirigió a la enfermería dispuesto a apropiarse de las cuatro ampollas que, según sus cálculos, estaban sobrando en las existencias. Había pensado llevarse las ampollas, pero antes de llegar a la enfermería había desechado esta idea, considerando peligroso andar con las ampollas y sacarlas de la clínica. La enfermería estaba vacía. Entró y con premura se puso a buscar el medicamento entre los muchos otros que había en las estanterías. Encontró la caja y sacó cuatro ampollas. Fue hasta el tacho de basura y las arrojó ahí. Mas el tacho estaba vacío y las ampollas,

para peor llenas, llamaban demasiado la atención. Tomó unas hojas de una pila que había en un cajón, hizo bollos de papel y los arrojó al tacho, cubriendo las ampollas. Por unos segundos miró los papeles, asegurándose de que no se viera nada por debajo de ellos. Sin embargo, no se quedó tranquilo, ya que alguien podría por casualidad descubrir las ampollas llenas. Juzgó que, para olvidarse definitivamente del asunto, le convenía vaciar las ampollas. En consecuencia, buscó una jeringa grande y una aguja y con dichos implementos se puso a vaciar los frasquitos. En la misma jeringa cabría el contenido de los cuatro; después arrojaría el líquido en el lavatorio. Trabajaba de espaldas a la puerta, cubriendo con el cuerpo la visión de lo que hacía. A medida que los vaciaba, iba tirando los frasquitos bajo los papeles del tacho. Cuando tiraba el anteúltimo, entró uno de los enfermeros. Marcos giró su cuerpo ligeramente, intentando ocultar en lo posible su actividad. De cualquier manera, lo más sospechoso, ahora que ya sólo quedaba el último, era el tamaño de la jeringa, y él la ocultaba con la mano.

—Qué tal, doctor.

Marcos le echó una ojeada. Era un muchacho simpático, uno de los pocos que le caía en gracia, quizá porque lo trataba con cierto respeto. Marcos devolvió el saludo y continuó vaciando la ampolla. El enfermero podía advertir, si es que se fijaba en esto, que era una jeringa grande, dado que a Marcos le fue imposible ocultar el émbolo mientras tiraba de él. Pero Marcos confiaba en que no le prestaba realmente atención a lo que estaba haciendo; y en última instancia no podía ver cuán cargada estaba la jeringa.

—¿Es para un paciente? —le preguntó el enfermero.

—Sí.

—Me hubiera avisado y se la inyectaba yo.

—No tengo ningún problema en ponerla.

—Ahora... No es muy... Quiero decir... Va a tener que ir hasta allá con la jeringa en la mano y...

Marcos cayó en la cuenta de que en cierto modo estaba contraviniendo las reglas al no cargarla en la sala

del paciente, mas no le importó demasiado. Sólo quería salir de allí, vaciar la jeringa en cualquier lado y olvidarse del asunto. Había arrojado la última ampolla en el tacho, verificando al mismo tiempo que las otras estuvieran ocultas por los papeles.

—Lo acompaño —le dijo el muchacho cuando él salía.

—No. No...

—No tengo nada que hacer ahora —y el enfermero lo siguió pese a sus deseos en contrario. Marcos se puso violento. ¿Qué hacer? Caminó despaciosamente hacia la sala donde estaba la mujer, buscando algo razonable que lo librase del enfermero. No quería ser brusco ni arbitrario porque estaba seguro de que entonces sí despertaría sospechas y sería descubierto. Sin embargo, los nervios vaciaban su cabeza y llegó a la entrada de la sala sin haber atinado más que a ocultar la jeringa de la mirada del muchacho. Allí giró hacia él como para sacárselo de encima.

—¿Quiere que la ponga yo? —insistió el enfermero, interpretando de esta manera esa media vuelta, desarmando por completo sus intenciones. Marcos no contestó y, girando, entró en la sala, para volver a detenerse, dudando un instante. Pero el muchacho lo había alcanzado y lo rebasaba como para tomarle la jeringa.

—Deme —le dijo.

—No. No. Dejá —Marcos se resistió con cierta brusquedad y, esquivándolo, avanzó hacia la cama de la mujer. Todavía no sabía qué haría. Estaba acalorado. Advirtió que la mujer estaba canalizada y, ya sin dudar, decidió que le inyectaría en la vía al menos una pequeña parte de lo que tenía en la jeringa. Manteniéndola oculta, pinchó el chupete de la vía y comenzó a empujar el émbolo.

La mujer seguía emitiendo pequeños bramidos al inspirar, los que resultaron harto molestos para Marcos. En unos momentos nació en él un gran odio contra esa mujer. Le era intolerable que respirara así.

—¡Hija de puta! —se decía para sí mismo, repitiéndoselo a medida que empujaba el émbolo. Ya no le importaba nada, y además, de una u otra forma la mujer no

iba a tardar en morir. El enfermero estaba parado a dos pasos de él, a sus espaldas. Marcos seguía invectándola, furioso contra todo lo que lo rodeaba y contra sí mismo. El enfermero rodeó la cama y, deteniéndose a la altura de las rodillas de la mujer, se puso a mirar algunas de las pantallas.

—Es una actriz —dijo el muchacho—. Yo la vi en televisión varias veces.

Marcos miró a la mujer y cesó la invección. Las palabras del enfermero le hicieron cobrar repentina conciencia de que no se trataba sólo de un cuerpo ruinoso. Por el émbolo se daba cuenta de que le había pasado más de la mitad de lo que había en la jeringa, quizá tres cuartas partes. Se apresuró a sacar la aguja de la vía y, sin olvidar cubrir la jeringa con la mano, fue hasta un tacho y la arrojó allí. La cantidad de corticoide que le había pasado era una enormidad y sus efectos no se demorarían en aparecer. Marcos estaba confuso.

—Vamos —le dijo al enfermero, urgido por salir de ahí antes de que en las pantallas los números se saliesen por completo de madre.

Alejandra se detuvo delante de la vidriera y se puso a mirar. Varias veces había pasado por delante de este porno-shop a la salida del instituto, pero sólo había echado unas miradas y ésta era la primera vez que se detenía allí. En primer plano se veían unos maniquíes hologramatizados vistiendo lencería provocativa y, entre ellos, en graderías, una cantidad de productos muy variados, desde cremas hasta películas de video. Más atrás, a lo largo de la pared que corría hacia el fondo del local, había una serie de maniquíes —hombres y mujeres— que lucían unos enormes consoladores. Por encima de las cabezas de los maniquíes se cruzaban unos látigos si era mujer, dos espadas si era hombre. Alejandra se acercó al vidrio e hizo visera con la mano para evitar el reflejo del sol y ver mejor. Notó que las mujeres con consoladores se miraban el miembro con asombro y cierta admiración. La curiosidad de Alejandra fue en aumento. En la otra pared

lateral, bien altas, habían colocado cuatro pantallas grandes en las que proyectaban distintos filmes pornográficos. Alejandra se quedó observando el que proyectaban en la pantalla más cercana. Era evidentemente una película casera, hecha tal vez por un matrimonio. Ella era muy flaca, de baja estatura, huesuda. El marido, o quien fuese, le sacó la pollera y dejó al descubierto las delgadas piernas y las caderas, cuyos huesos no llegaban a estar recubiertos por carne. La mujer echó una mirada sobre la cámara, una mirada que, aunque los ojos no estuvieran vacíos ni ausentes, no decía nada; era por completo inexpresiva, callada. Esos ojos despertaron aún más la curiosidad de Alejandra. Había una incongruencia entre ellos y las circunstancias en las que se hallaba la mujer. La intención del film no naufragaba en su cuerpo escuálido sino en esos ojos castaños, grandes, que ella no escatimaba al foco de la cámara. Alejandra pensó que le habían dicho que mirase a la cámara, y ella lo hacía. El hombre le sacó el corpiño y quedaron al descubierto unos pechos bastante bonitos, algo más grandes de lo que hubiera podido imaginarse. El hombre la instaba a que se acercase a la cámara, y ella lo hacía, hasta que toda la pantalla estuvo ocupada por sus tetas. Y allí la imagen se congeló. Alejandra, que se había interesado por la suerte de esa mujer, se quedó esperando. Durante unos minutos demoró los ojos en la pantalla, ligeramente consternada. Y conforme pasaba el tiempo las tetas cobraban independencia respecto de la mujer. Se iban transformando en unas lindas tetas que casi no guardaban relación con aquellos ojos. Alejandra estaba enojada. Quería creer que algo había ocurrido con la mujer y que esa imagen congelada no era sino una forma de ocultamiento, y lo que sucedía detrás de esa imagen debía deducirse de aquella mirada masivamente presente pero inexpresiva. ¿Quién podía tener esa mirada? Por mucho que Alejandra pensaba, no lograba siquiera aproximarse a la respuesta, porque no parecía que esa mirada se correspondiera con ningún tipo de persona ni con ningún estado de ánimo. Se había apoyado en la vidriera y seguía escrutando la pantalla, tal si fuese a encontrar en la piel, en los pezones, un

indicio. De repente cayó en la cuenta de que no estaba sola allí. A su lado se había parado un hombre mayor, entrecano, que miraba la misma pantalla. Alejandra juzgó que el hombre se solazaba con la imagen de las tetas y se enojó más todavía. Hubiera querido reprochárselo, y contarle a continuación lo que había visto en esos ojos, o lo que no había podido ver, lo que faltaba en ellos. Echó sobre el hombre una ojeada velocísima. Pasaba los sesenta y llevaba unos anteojos con vidrios verdes, como hacía mucho tiempo Alejandra no veía. Al volver la vista a la pantalla, cruzó por su cabeza una idea: ¡la mujer era un animal!, y realmente creyó develar así el misterio. No había en ella ningún salvajismo ni cosa semejante, ni estaba tampoco desequilibrada, pero era un animal. E inmediatamente pensó en el muro. ¿Sería una mujer de detrás del muro? No lo parecía; o al menos no parecía corresponderse con la idea que tenía de aquella gente, pero... —el pensamiento de Alejandra discurría rápido—. Quizá era una persona que había llegado a ese estado y... ¿Cuántos habría como esa mujer entre ellos? Le daba miedo pensar en esto y prefirió creer que la mujer vivía detrás del muro. Alejandra se propuso averiguar si llegaba algún material fílmico de esa zona. Tal vez algunos materiales pornográficos les llegasen desde allí —especuló, sintiendo cierto alivio al pensar esto—. La pantalla había perdido interés para ella, y ya se iba cuando descubrió a un costado del salón una puerta con un cartel arriba que anunciaba: "Sala de Exhibiciones", y la curiosidad volvió a ganarla. El hombre se dirigió a la puerta con tranquila resolución y la abrió, y al hacerlo miró deferentemente a Alejandra, consultándola acerca de su posible ingreso al local. Ella titubeó por unos instantes y luego, decidiéndose, entró. Caminó tres o cuatro metros y se detuvo delante de un exhibidor vidriado, repleto de productos diversos. El hombre se detuvo a su lado, mirando distraídamente los mismos estantes. Se hubiera podido pensar que venían juntos. Ahora Alejandra no se sentía incómoda con su presencia sino todo lo contrario. Le echó otra ojeada y la figura del hombre, el sobretodo, los bigotes entrecanos, le hicieron recordar a su padre.

Alejandra extrañaba al padre y consideraba que no era muy probable que se volvieran a ver. Él no podía regresar, so pena de ir preso, y ella difícilmente pudiera ir mientras Delmira estuviera en edad escolar y tuvieran que hacer frente a la cuota del colegio. Poco más de un mes atrás, habían inaugurado en el instituto que trabajaba otro sector dedicado a la prostitución, y le habían ofrecido incorporarse a él. Ella se había negado, pero se había figurado que, si aceptaba, la mejor paga le permitiría viajar al exterior para ver a sus padres. Aun sabiendo que contestaría que no, había especulado con la posibilidad de trabajar unos meses, hasta juntar el dinero para los pasajes de avión. Alejandra se había dirigido hacia el fondo del local y desde allí echaba unas miradas furtivas sobre el sexagenario, mientras distraídamente caminaba entre unas góndolas. El hombre no sacaba las manos de los bolsillos del saco y se paseaba delante de los maniquíes con extrema parsimonia. Tenía un aire de viejo empleado de oficina, alguno que por milagro había sobrevivido a todo. Era un sobreviviente, y esto era lo que despertaba el interés de Alejandra, quien se imaginaba charlando con el viejo acerca de cómo se las había ingeniado para sobrevivir durante las últimas décadas, y llegar así, con aspecto impoluto, a pasearse tranquilamente por ese porno-shop. Alejandra discurrió que si hubiese aceptado prostituirse, quizá le hubiera tocado en suerte el hombre ese. Y se imaginó en la cama con él, tapada con la sábana hasta la cintura, los dos sentados contra el respaldar, charlando. Una imagen que se diluyó cuando escuchó unas voces que provenían de la sala de exhibiciones. Alejandra se acercó hasta la puerta de la sala. Había allí una suerte de anfiteatro pequeño, con graderías circulares que bajaban hasta el escenario, el que tendría unos tres metros de diámetro. Las voces provenían de un grupito de cuatro o cinco personas, que, cansadas de esperar, reclamaban el inicio de la exhibición. No llegaban a diez las personas que se habían sentado en las graderías. Unas luces se apagaron y otras, que enfocaban hacia el escenario, se encendieron, por lo que Alejandra se apresuró a tomar ubicación. El hombre mayor entró detrás suyo y se sentó en la última fila, arriba de todo, no muy lejos de Alejandra.

No tardó en aparecer en el escenario un hombre desnudo, de unos cuarenta años, físicamente anodino, ya algo entrado en carnes. Sin desenvoltura, titubeante, se dio a contar su vida, o lo que debía hacer creer que fue su vida. Había en él sin embargo una aparente sinceridad, la que podía darse por cierta si se creían auténticas sus tribulaciones para armar un relato coherente. Iba y venía de una a otra circunstancia, y no parecía estar muy seguro de lo que importaba, por lo tanto dudaba y se enredaba en sus palabras de tal modo que debía empezar de nuevo desde otro punto. Tenía una voz levemente quejosa, débil. En su rostro se delineaban los sombreados rasgos de un patetismo infantil, de poca monta. Toda su persona era cansina y borrosa, y su desnudez en el escenario no hacía sino aumentar la sensación de que se estaba ante una suerte de terapia pública. La gente aceptaba ese discurso en función de lo que vendría y sonreía anticipadamente. Parecían creer lo que el hombre les contaba, pero al mismo tiempo no le concedían ninguna importancia y aguardaban a que aquello terminase o saliese a luz lo que interesaba a la exhibición. Alejandra sentía tristeza por ese hombre, más que nada debido a las confusiones en las que caía, las que lo llevaban a hilar frases ininteligibles, a muchas de las cuales intentaba poner remedio con más explicaciones, alejándose así del punto en cuestión. Enojándose consigo mismo, el hombre fue avanzando, balbuceante, hasta que empezó a hablar de las pijas, de lo mucho que le gustaban; mas, aclaró, no le gustaban los hombres, sino las pijas, y puso mucho énfasis en esto, como si le importase que quedase claro. Su voz seguía siendo quejumbrosa, pero se había hecho potente, más firme, y ya no titubeaba tanto. Se tomaba unos segundos para encontrar las palabras y parecía estar más contento consigo mismo. Alejandra notó que la propia pija del hombre había crecido de tamaño cuando comenzó a hablar de sus gustos. Era la primera vez que Alejandra concurría a una exhibición de un porno-shop y ella había supuesto que estarían a cargo de actores, o al menos de gente paga. Era evidente para ella ahora que este hombre era un simple voluntario que estaba allí por el mero gusto de pisar ese pequeño escenario y

mostrarse. Debía existir un listado en donde la gente se anotaba, ofreciéndose para presentar un número breve. Quizás hubiese también exhibiciones a cargo de profesionales, pero éstas, según juzgó Alejandra, debían ser en horario nocturno.

El hombre, torpemente, anunció a quien sería su acompañante. Y subió por la escalerilla que ascendía desde un túnel y desembocaba en un costado del escenario una mujer muy alta, vestida con ropas amplias. La casaca era de un tul transparente, por lo cual se veían bastante nítidamente sus pechos. La mujer, de pelo castaño claro, muy bonita, con boca grande, sonreía hacia ese grupito más nutrido de cuatro o cinco personas. Alejandra advirtió que llevaba puesto uno de esos grandes consoladores que estaba en exhibición en el otro salón. Le hacía un gran bulto en el pantalón negro. Alejandra no necesitó más para imaginar el resto. Se puso de pie de inmediato, dispuesta a irse sin más; sin embargo, una vez parada, dudó. Aunque casi no había nadie, creyó que la mirarían mientras se iba y, tímidamente, giró su cabeza hacia el hombre mayor, como si consultara su parecer. El hombre miraba plácida, socarronamente a la mujer que hablaba en el escenario. Bajo su bigote asomaba una sonrisa algo taimada. Ni siquiera se percató de que Alejandra lo miraba, y ésta, decidiéndose, subió las escaleras. Se detuvo cuando llegó arriba, y desde ahí echó un vistazo sobre el escenario. La mujer seguía hablando, también ella improvisada, dirigiéndose a ese grupito de entusiastas. El hombre desnudo la miraba con ansiedad. Alejandra salió del salón de exhibiciones y unos segundos después lo hacía también del porno-shop.

Cuando llegó al departamento, Alejandra no pensaba más que en poner música y prepararse para bailar. Estaba cansada, mas no quería privarse de ese rato en el que se movía libremente y su cuerpo le pertenecía. Sin embargo, no llegó a encender el equipo de música, porque escuchó un ruido en el dormitorio. Se dirigió hacia ahí. Entró y descubrió a Marcos en cuclillas contra una de las mesas de luz, plegado sobre sí mismo, la cabeza hundida entre los hombros.

—¡Marcos! —Alejandra rodeó la cama y se le acercó—. Marcos, ¿qué te pasa?

Durante algunos segundos Marcos permaneció inmóvil, escondido en la posición que había adoptado.

—Marcos —Alejandra acercó una mano a su cabeza, y antes de que pudiera tocarla Marcos la levantó y giró sus facciones hacia ella. Estaba demacrado. Una mueca incierta le descomponía el rostro, el que luego, al elevar él los ojos y descubrirla, se transformó en una máscara de un dolor desconcertado, confuso.

—¡¿Qué pasó?! —insistió ella, conminativa.

—Me voy —dijo Marcos y bajó la cabeza—. Me voy. A una casa en el santuario.

—¡Pero! que... —Alejandra no supo cómo seguir.

—Voy a internarme en una casa, como médico. Quieren un médico permanente y...

—Pero no vas a salir más del santuario. No te van a dejar entrar y salir.

—No.

—No te vamos a ver quién sabe por cuánto tiempo. —Alejandra lo miraba, demudada—. Pueden pasar años y...

Marcos hizo un ademán de impotencia.

—¡Pero si tenés el trabajo en la clínica! —Alejandra lo tironeó de la ropa, súbitamente enojada, atrayéndolo hacia sí, obligándolo a que la mire.

—Ahí no voy a durar más que unos meses, como mucho. Ya me están por echar —la voz de Marcos era crispada, mustia, vacía de esperanzas. Alejandra lo tenía agarrado por la camisa y, nerviosa, ligeramente lo movía.

—¡¿Por qué no esperás a que te echen para buscar otro trabajo?!

—Porque a esa casa tengo que entrar en tres días.

Marcos estaba sentado en el piso y apoyaba la espalda en la pared. Alejandra se inclinaba sobre él y todavía lo tenía tomado de las ropas.

—Deciles que no. Y si más adelante te echan de la clínica, buscás otra cosa —insistió.

—Ya les dije que sí.

—¿¿Tres días?? —reaccionó Alejandra—. ¿Estás loco? ¿Y Delmira? —indignada, lo miraba de tal forma que Marcos creía que le iba a arrojar un golpe.

Marcos no contestó. Y ese silencio permitió que fuera abriéndose paso en el discurrir de Alejandra una comprensión distinta de los hechos. Se le hizo evidente que Marcos estaba hablando de una separación, y que no se trataba tanto del atractivo de un trabajo seguro sino de una suerte de huida de la vida que llevaba.

—Te vas a refugiar allá —le dijo, soltándolo, completamente desanimada.

Marcos siguió callado.

—¿Cómo conseguiste el empleo?

—Me enteré por mi mamá y... presenté mis antecedentes. En realidad me tomaron porque soy urólogo. El señor de la casa tiene una enfermedad renal.

—¿Y tu mamá cómo se enteró?

Marcos hizo un ademán de fastidio.

—No sé.

El enojo de Alejandra se había disipado por completo y en su lugar había un vacío que empezaba a llenarse con resignación. Se sentó en la cama, con su pelo rojizo cayéndole sobre la cara, la vista perdida en el suelo. Marcos la miraba y sentía lástima por ella y por él. Quería repetirse una y otra vez que no la vería nunca más con la secreta esperanza de que naciese en su interior la decisión de quedarse, pero no podía, algo en él lo frenaba y ratificaba su decisión de irse. Alejandra tenía la boca abierta y un rictus casi bobo en los labios. No obstante, estaba muy linda, conmovedoramente linda. Sólo que él la miraba como si ella estuviese en una pantalla y no pudiese hacer nada por ella.

—Te vas a encerrar en esa casa y no vas a salir más —dijo Alejandra, sin mirarlo.

Marcos se puso de pie.

—Con el tiempo puede que... Si... si finalmente cambian las cosas...

—Vas a estar encerrado como un sirviente —y ahora Alejandra lo miró, dibujándose en sus facciones un gesto de desprecio.

—Entro como médico —dijo Marcos, aunque poco convencido.

—En una casa todas esas cosas son muy flexibles.

—No sé cómo será la organización de ahí adentro pero... yo entro como médico —repitió, intentando convencerse.

—¿Y Delmira? —Alejandra buscó ahora su mirada, pero él empezó a caminar, rodeando la cama, hacia la puerta del dormitorio.

Se dirigió al fondo, y allí se sentó en una sillita de Delmira, colocándola en un rincón en el que no pudiera ser visto desde adentro. Se recostó contra el pequeño respaldar y las maderas crujieron. Atardecía y el sol se reflejaba en el inmenso edificio cuyos jardines había atravesado Luis aquel cumpleaños. Las paredes eran amarillas y blancas y, aunque ajadas por el tiempo, reflejaban los haces de luz con cierta intensidad. Marcos recordó aquel cumpleaños suyo, en el que Alejandra se presentó con el reloj de la vieja fisgona; el día que ella entró en su intimidad. Y luego el viaje en taxi que habían hecho los tres, y el robo del taxista en el casino. Y, por mucho que los detalles se habían borroneado en su memoria, recordó la caminata que emprendieron a la salida del casino, la risa de Alejandra, medio borracha por la cerveza, y... El sol se reflejaba también en los vidrios. Marcos miraba las ventanas del edificio y se preguntaba si los que vivían allí se interesaban por ellos, si se detenían a observarlos desde detrás de los vidrios. De cualquier forma, a él no lo verían más. ¿Notarían su ausencia? Un gato saltó hacia la medianera desde los jardines del edificio y se puso a caminar tranquilamente por el borde de la pared. Era un gato negro y blanco, muy parecido al cachorrito que Luis le había traído ese mismo cumpleaños y del cual él se había deshecho. Tanta era la semejanza —según su recuerdo— que se levantó y se acercó al animal para ver si era "su" gato. Pero el animal, asustado por ese movimiento dirigido hacia él, saltó de nuevo hacia el jardín del edificio. Marcos hubiera querido seguirlo con la vista, pero para esto tenía que traer la escalera y subir, y ya le pareció en exceso engorroso. Se quedó observando las

paredes del fondito, agrietadas y descascaradas, abandonadas a su suerte desde hacía años. El se había propuesto en varias oportunidades hacer algo para mejorar su aspecto y no había podido, no había tenido la voluntad necesaria para arreglar nada en ese departamento envejecido. Y ahora ya se iba. Miró las paredes y despertaron en él la idea de una prisión. Nunca el fondito le había parecido tan reducido, tan encajonado. Fue hasta uno de los rincones para mirar la profunda grieta que, saliendo desde el suelo, trepaba en curva por el muro hacia el ángulo en el que se unían las dos paredes, y que luego seguía por la juntura hasta arriba de todo. Nunca había podido encontrar una respuesta para el misterioso destino de las hormigas que se iban introduciendo en fila en la grieta y desaparecían. Y comprobó que, quizá algo raleadas en número, seguían introduciéndose en el muro.

Se había agachado para mirar dentro de la grieta, cuando una música estalló en el comedor. Nunca Alejandra había puesto la música tan potente y el hecho desconcertó a Marcos en alguna medida. Sabiendo que a él le disgustaba que bailara no podía dejar de interpretarlo como un intento de agresión, pero en el exagerado volumen había algo lastimero y desesperado, un mensaje que ella no podía poner en palabras y que él tampoco sabía interpretar acabadamente. Sentía, sí, tristeza por lo estentóreo de la música en relación con quien había sido Alejandra cuando la conoció, aquella persona recóndita que él creía haber lacerado hasta hacer surgir esta Alejandra que bailaba en el comedor.

De nuevo se sentó en la sillita de Delmira, esta vez de costado, apoyando el parietal contra la pared, dándole la espalda a la entrada del comedor. En donde terminaban sus piernas se levantaba el muro lateral, por lo que parecía en una suerte de rara penitencia. La pared en la que apoyaba la cabeza vibraba ligeramente por la música y no pudo acostumbrarse a esto. Por el contrario, fue encontrando en la vibración de la pared una excusa para asomarse al comedor y tal vez elevar una protesta. Marcos advirtió que alguien se asomaba a una ventana del

edificio y volvía para adentro; era evidente que la música estaba demasiado fuerte y que su intervención se justificaba. Se puso de pie y caminó hasta el ventanal que daba al comedor, aunque no entró; se quedó parado un metro afuera. Alejandra y Delmira bailaban de una manera que le resultó ridícula, chocante. Le era penoso verlas realizar, en ese ambiente reducido, movimientos ampulosos y enérgicos. Alejandra buscaba variaciones a cada momento, como si supusiera que había en ese ejercicio algo verdaderamente creativo. Marcos las miraba y no podía creer que fueran su mujer y su hija. Unas lágrimas, pese a sus esfuerzos por impedirlo, fueron escapando de sus ojos, y él, temeroso de que lo vieran, se las secaba apenas aparecían con un movimiento disimulado. Pero ellas estaban muy ocupadas en lo suyo y, mayormente de espaldas a él, no parecían advertir su presencia. Marcos dio media vuelta para no verlas más. Volvió a levantar la vista hacia el edificio. El sol ya no daba sino en la última fila de ventanas. Marcos escrutó algunas de las ventanas de los pisos bajos para descubrir, pese a la mortecina luz, alguna persona. Mas no se demoró mucho en esto; ganado por un impulso, entró al comedor.

—Vení —le dijo a Delmira, invitándola a salir al fondito.

—¿Por qué? —le nena dejó de bailar, pero desconfiaba. Alejandra seguía en lo suyo.

—Te quiero mostrar algo —le dijo Marcos, tomándola de la mano. No sabía en realidad lo que quería. Vagamente subyacía en él el deseo de contarle los motivos de su ida próxima, de ser él quien le explicase su futura ausencia.

La llevó hasta el fondo.

—¿Qué me querés mostrar? —le preguntó cuando salieron.

Marcos buscó a qué asirse. Lamentó que el gato se hubiera escapado; habría podido contarle que Luis le había regalado hacía años uno muy parecido. Miró en derredor y únicamente descubrió la grieta.

—Vení —le dijo él, previendo que su hija no tendría paciencia para aguardar a que él descubriera algo más

interesante. La llevó hasta la grieta—. Mirá como se meten las hormigas. ¿Adonde te parece que irán?

La nena se quedó observando las hormigas, aunque no con mucho interés ya que las había visto muchas veces. Marcos miró a su hija durante un breve lapso y luego, desbordado por una fuerza interna, la abrazó y la estrechó contra su cuerpo. De seguro que Delmira se sorprendió y quizá también se asustó, pero Marcos no le veía las facciones y sólo la estrechaba contra sí. La apretó tan fuerte que podía sentir sus huesos, unos huesos que, en sus manos y en su cuerpo, se adivinaban pequeños, frágiles, hasta bonitos. Nunca hubiera pensado Marcos que unos huesos despertasen en él tal necesidad de aferrarlos.

6

Cuando Marcos creía que la serie de controles había llegado a su fin, aun lo hicieron pasar por una suerte de cápsula abierta en los dos extremos. Según dedujo él, era una máquina de identificación personal que se basaba en rigurosas mediciones antropométricas. Al salir de allí lo condujeron a un pequeño saloncito en donde debía aguardar. Él llevaba una tarjeta de identificación personal que se le había entregado previamente, pero ésta no le sirvió más que para habilitarlo a la realización de los controles de rigor. Además de llenar unos formularios, había tenido que responder un breve interrogatorio a cargo de un terminal, el cual, no contento con sus respuestas orales, lo había obligado a introducir algunas de ellas a través del teclado. Marcos no sabía el porqué de cada uno de los pasos que debió seguir, mas comprendía que el control debía ser exhaustivo y que nada era gratuito. El proceso de selección para ingresar como médico a la casa ya había sido muy riguroso y Marcos todavía se preguntaba por qué había sido elegido, cuando de seguro no fue el único urólogo que se presentó a concurso. Toda la meticulosidad del proceso de selección se explicaba cuando se recorrían los tramos previos a la entrada del santuario. Desde abajo de una alta loma no cabía menos que admirar la fastuosidad gótica de la construcción del pórtico, que se hacía tanto más impresionante cuanto que estaba erigida luego de pequeños y sucesivos bosques y en medio de un descampado. La sensación que producía era tal, que no era difícil aceptar después como natural cualquier proceso extraordinario. La decoración

del interior de la construcción era aséptica e inmaculada, y los empleados se adecuaban en su aspecto y en su trato al conjunto. Los guardias, que no eran precisamente de físico esmirriado y que se contaban en buen número, pasaban desapercibidos y parecían formar parte de la ornamentación. Esto, adentro del edificio, porque bastaba mirar para afuera por las ventanas, hacia el interior del santuario, para tener sus presencias por ostensibles y significativas.

Marcos aguardaba en el pequeño salón a que le dieran instrucciones. Barruntaba que habían comunicado a la casa en la que habría de trabajar la noticia de su ingreso y los resultados del control. Había colocado la valija de escaso porte que llevaba delante de sus pies y la miraba permanentemente. Incluso, tenía su brazo derecho listo para extenderse hacia ella si se daba el hipotético caso de que alguno de los pocos que pasaban cerca de la entrada del saloncito se la quisiese arrebatar. Aun cuando sabía que estaba en uno de los lugares más seguros del mundo y las pertenencias que guardaba en la valija eran de un valor irrisorio, le era imposible no estar alerta. Allí estaba lo único a lo cual se podía aferrar; su pasado, su vida, estaban en esa valija que tenía nada, unas ropas y unos cuantos enseres. Ni siquiera tenía una escultura. Pero, aunque la despreciaba, no le quitaba de encima su ojo avizor, quizás porque quería evitar que hubiera demasiados paralelos entre Luis y él. Quería diferenciarse de su amigo tanto como pudiera y apartarse de todo aquello que se lo recordase. Al armar en su casa la valija, sin embargo, no había podido dejar de lado el recuerdo de aquel día en que Luis llegó desde el interior y, olvidados de la valija, caminaron hasta su casa desde el último control. Más allá de la pérdida sufrida, había en ese día algo que lo incomodaba y que no podía precisar. Algo había ocurrido —tal vez algo que él o Luis habían dicho— que lo ponía nervioso sencillamente porque lo había olvidado. Cuando armaba la valija lo embargó de nuevo esa sensación de que la laguna de su memoria lo privaba de algo importante, de algo que en cierta medida podría serle útil en las circunstancias en las que se en-

contraba. Se había sentado en la cama, observando atentamente la valija por un rato, mientras Delmira seguía con lo suyo, ayudándolo a empacar. Él le había contado las cosas a su hija de tal modo que le quitara visos dramáticos a su futura ausencia; en parte le había mentido, dado que no había querido que sufriera todavía más por su culpa. Ignoraba qué le había dicho Alejandra al respecto, aunque suponía que no debía diferir mucho de los parámetros que él mismo se había fijado.

Y Delmira lo ayudó a hacer la valija sin demostrar mayor preocupación, casi divertida por esa especie de juego que era para ella acomodar las cosas en los compartimientos. Y ésta fue la razón por la cual salió Marcos de su ensimismamiento: la repentina conciencia de que Delmira estaba demasiado alegre con su ida. Herido, le dirigió unas frases con el objeto de angustiarla, contradiciéndose con lo que le había dicho antes, necesitado ahora de la tristeza de su hija. Sin embargo, Delmira no se mostró particularmente afectada por sus palabras y siguió de buen talante. Marcos juzgó entonces que Alejandra le había hablado con alivio de su ida y, por tanto, Delmira era perfectamente consciente de la situación, sólo que no la entristecía en lo más mínimo. La frialdad de Alejandra para con él esos últimos días que estuvieron juntos lo desconcertó mucho. Llegó a pensar que ella estaba esperando que se fuera para iniciar algo, tal si hubiera asimilado instantáneamente la ruptura y ya estuviese ocupada en lo que le aguardaba. Él había buscado casi desesperadamente un cruce de miradas o algo que la desbordase e hiciese salir a luz lo que, quería creer, yacía en el fondo de ella; el dolor, el miedo a estar sin él. Pero Alejandra lo había evitado sistemáticamente y al final, ese último día en que armaba la valija, Marcos había desistido y se había resignado a no obtener nada de ella.

Una voz femenina se escuchó en el pequeño salón, informándole a Marcos que debía presentarse en el mostrador número cinco. Marcos tomó su maleta y, apretando con fuerza la manija, se dirigió hacia donde le habían indicado. Había allí un hombre joven, esperando ser

atendido, y Marcos se detuvo a su lado. Al rato, la empleada le pidió la tarjeta de identificación que le habían dado días atrás, y en su lugar le dio una tarjeta a la que llamó pasaporte, el que le sería exigido al ingresar a la casa. El otro hombre estaba para lo mismo que él, y la empleada mencionó el hecho de que ambos tenían como destino la misma casa. Se les indicó luego que siguieran a dos guardias, quienes esperaban a los lados del mostrador.

Con un guardia adelante y otro atrás, Marcos y el otro hombre fueron llevados a una playa de estacionamiento. Los hicieron subir a un auto eléctrico, uno de los tantos que se utilizaban para el tráfico en el interior del santuario. Un chofer ya estaba instalado en el puesto de comando. Detrás de él se sentaron Marcos y un guardia, y en el último asiento los otros dos. Cuando se hubo instalado, Marcos echó una ojeada sobre el guardia que tenía al lado. Las gafas curvas y el casco, bien pegado al cráneo, le daban un aspecto de insecto feroz. Se sintió inquieto y desvió la mirada. Estaba seguro de que nadie intentaría nada raro con él al lado. El auto arrancó y, saliendo de la playa de estacionamiento, se internó por una de las calles.

Lo que Marcos veía allí era inenarrable. La pulcra belleza de las calles era de una exquisitez llamativa, sobre todo porque no parecía posible que aquello permaneciese a la intemperie. Intrigado, Marcos miró hacia el cielo para asegurarse de que no existía una cúpula transparente que cubriera el santuario. Era una mañana prístina y el aire allí, o por lo menos esto le pareció a Marcos, era particularmente diáfano, de una perfumada liviandad. El aroma provenía de las flores de los grandes canteros que, formando graderías, se hallaban a los costados de la calzada. Y ésta no tenía asfalto a la vista sino que estaba recubierta por una fibra de un color rosa viejo, algo que Marcos jamás había visto. Por detrás de los canteros corría una fila de árboles, cuya especie variaba de calle en calle. Las copas de estos árboles esplendían bajo el sol, movidas por una brisa apenas perceptible. De trecho en trecho, la fila de árboles se abría y se podía observar un bosquecillo algo

más alejado, o una colina con manchones de vegetación. En la línea donde terminaba la última grada de los canteros se elevaban cada una docena de metros unos faroles de hierro forjado, impecables como si todos ellos acabaran de ser desempolvados hacía minutos. No se veía ninguna casa, sólo flores y verde, algunos bancos —que eran más que nada ornamentales— y, en menor número, pequeñas esculturas y fuentes diseminadas aquí y allá, como al azar. Muy ocasionalmente se podía descubrir un portón de rejas, la entrada a una de las grandes propiedades.

Marcos miraba todo sin mover demasiado la cabeza, tieso en el asiento del auto, con la maleta sobre las piernas. No hacía mucho calor todavía, pero él transpiraba; empezaba a tener miedo de lo que le aguardaba en esa casa. Estaba impresionado por lo que veía, sobre todo porque era tan diferente a lo que él conocía que de ese lugar podía esperarse cualquier cosa, para bien o para mal. ¿Cuáles eran los códigos de ese mundo? ¿Cuál su lógica, si es que la había? ¿Cómo manejarse en la casa? Él sabía que estaba llena de sirvientes y que esas casas del santuario eran como pequeños mundos con su vida propia. Pero de esto no podía deducir cómo sería su vida allí ni qué se esperaría de él. Se sentía confundido, deseoso de saber a qué atenerse. No estaba arrepentido de haber dado este paso tan definitivo, pero la incertidumbre le agarrotaba el estómago. Y el guardia a su lado aumentaba su turbación. Pensó en Alejandra, y su recuerdo no fue vívido ni cercano sino más bien remoto, como si hubiera quedado muy atrás, como si las calles del santuario fueran ríos del olvido y fácilmente el pasado se cerrase tras aquella monumental entrada. Había ido allí manteniendo una muy endeble esperanza de hacer ingresar a la casa, con el tiempo, a Alejandra y Delmira, tal como había imaginado en el pasado en relación con la casa de Beatriz. Ahora sabía que ello sería imposible y que no tendría ninguna oportunidad de proponerlo; no hallaría el resquicio sencillamente porque jamás se enteraría de las necesidades de personal de la casa. Y ya ni siquiera sabía si él querría que ellas viviesen también en la casa, porque la muerte del pasado lo asustaba pero también

tenía su atractivo y ejercía sobre él cierta fascinación. Una vida completamente nueva en la cual la ciudad, Alejandra, Delmira, su madre, Javier, la clínica, el hospital, el cadáver de Luis, se difumaran de tal forma que no tuviesen más realidad que los recuerdos que nos deja una película. En medio del paisaje que se apreciaba al rodar silenciosamente el auto era muy fácil pensar esto, era casi inevitable. Sin embargo, la debilidad de sus recuerdos llamó su atención, y por unos momentos intentó resucitar a Alejandra, darle alguna vida. Hacía sólo tres horas que se había despedido de ella, pero no logró darle un contorno claro y las circunstancias que habían vivido juntos le fueron inasibles, se escaparon en cuanto las quiso precisar. Alejandra se evadía irremisiblemente. Desistió y se entregó casi por entero a la visión del paisaje; sólo una parte mínima de su atención se ocupaba del guardia. Habían tomado ya muchas bifurcaciones y Marcos estaba completamente perdido; no tenía siquiera una vaga idea de la ubicación de la entrada del santuario. Se daba cuenta, sí, de que estaban subiendo una colina, pero los árboles no permitían ver a lo lejos.

Cuando bajaban luego por una pendiente en curva, Marcos tuvo que agarrarse del asiento con las dos manos, y la valija se deslizó y cayó a sus pies, abriéndose. Turbado, Marcos se agachó sobre ella al instante, acomodó lo que se había caído ante la atenta mirada del guardia, y volvió a cerrarla. La valija ya había sido revisada por dos aparatos detecto-visores, mas el guardia debió ver algo que llamó su atención porque, ahora que descansaba de nuevo sobre las piernas de Marcos, parecía estar mirándola.

—¿Me permite? —le dijo el guardia señalando la valija, luego de un lapso en el cual Marcos pretendió ignorar el interés que había despertado su equipaje.

Marcos se la acercó y el guardia la tomó con ademán decidido. Sus manos, recubiertas con guantes de un material muy delgado, recorrieron concienzudamente la tapa de la valija, tal si esto constituyera un primer examen y tuviera en los dedos o en las palmas algún poder de detección. Después pasó su índice derecho por el bor-

de de la tapa y miró el dedo, en apariencia buscando vestigios. Terminado esto abrió la valija, evidenciando cierta satisfacción al hacer saltar las trabas. Marcos se sorprendió por este rasgo humano. Aunque cuando le echó una mirada de reojo y lo vio volcarse sobre sus pertenencias de nuevo tuvo miedo. Para revolver sus cosas usaba las manos con los dedos en punta. El poco orden que había quedado luego de la caída desapareció por entero al compás de los compulsivos movimientos del guardia, quien desconfiaba absolutamente del contenido de la valija y parecía creer que podría activar una bomba. Marcos lo veía hacer y transpiraba. El guardia encontró un peine y lo levantó ante sus gafas. Por unos instantes Marcos temió haber violado alguna regla al introducir él un peine en el santuario, bien que no tardó en mudar de opinión al prolongarse la observación y deducir entonces que buscaba algo que estuviera escondido entre los dientes. No parecía darse por satisfecho el hombre, porque lo acercó más a la ventanilla y siguió observando. Marcos pensó que habría antecedentes respecto del uso de peines para introducir algo minúsculo pero muy dañino, quizá un detonador de última generación que hiciese explotar algún material y fuera capaz de atravesar los detectores. El guardia dio en a separar uno a uno los dientes del peine. Mientras tanto Marcos se esforzaba nerviosamente por mirar dentro de la valija, pero no se veía más que ropa.

Cuando el guardia terminó con el peine lo guardó en un costado del compartimiento principal. Siguió buscando hasta que, de un sobre escondido en la tapa, sacó una foto de Alejandra y Delmira, y otra donde estaba sólo Alejandra. La impunidad con la que el guardia se puso a mirarlas incomodó a Marcos en grado sumo. Estuvo en un tris de hacer un comentario que desviase su atención, pero justo cuando iba a hablar el otro giró la cabeza hacia él y quedó helado.

—¿Mencionó las fotos cuando llenó el formulario de admisión? —le dijo con voz metálica.

—Sí —mintió, luego de dudar unos instantes. No se había dado cuenta, cuando llenó ese formulario, que de-

bía declarar las fotos. Trató de recordar el ítem en el que tendría que haberlo hecho, mas no encontraba uno que le resultase evidente. Acaloradísimo, miraba las manos del guardia, que todavía sostenían las fotos. ¿Estaría el guardia en lo cierto y había que declararlas, o sólo estaba jugando con él? ¿Por qué habría que declarar unas fotos por completo inofensivas? Una gota de transpiración le corrió por la sien y Marcos se la secó con la palma de la mano, acomodándose los cabellos para disimular la razón de su ademán.

El guardia acabó por colocar las fotos en el sobre en el que las encontró, y cerró la tapa de la valija. Después cruzó los brazos por encima de ella, todavía no dispuesto a devolvérsela. El auto había tomado una recta muy larga y el chofer aceleraba. El viento entraba por las ventanillas y se arremolinaba dentro de la cabina. Marcos echó un vistazo a su valija, deseoso de tenerla consigo. ¿Por qué no revisaban el bolso del otro hombre? ¿No iban acaso a la misma casa? Hubiera querido darse vuelta y cruzar unas palabras con él, no obstante no se animaba a hacerlo delante de los guardias. Deseaba preguntarle qué sabía acerca de la casa a la que iban. Desconocía todo de su futuro trabajo y sospechaba que sería peligroso empezar en ese estado de ignorancia. Era seguro que alguien lo pondría al tanto de sus obligaciones, pero era probable que esta persona diese por sabidos ciertos aspectos del funcionamiento de esas casas que para él eran ignotos. De repente, sin mediar palabra, el guardia le pasó la valija y Marcos, aliviado en parte, la volvió a colocar sobre sus piernas. La sostenía ahora de la manija para que no se le resbalara en un viraje del auto.

Se deslizaban por un lugar llano, perfumado, más exuberante aun que en las cercanías de la entrada al santuario. No podía saberse con exactitud, pero daba la impresión de que se iniciaba a pocos metros de la calle un bosque tupido, selvático. Marcos miraba constantemente por la ventanilla, evitando por completo volcar sus ojos hacia el guardia. ¿Se molestaría en comprobar si había mentido en el asunto de las fotos? Lo podía hacer en cualquier momento llamando a la central con el comuni-

cador. Aunque parecía haber contado en su palabra Marcos estaba intranquilo y se reprochaba la mentira ya que podría traerle problemas en el futuro. Casi hubiera querido desdecirse y confesar la verdad, mas el miedo y cierta esperanza de no ser descubierto lo paralizaban. Se dedicó entonces a especular respecto de lo que diría si días después se le pedían explicaciones por su mentira. Entre otras cosas, se le ocurrió aducir que las fotos estaban en el sobre de mucho tiempo atrás y las había olvidado, y que su respuesta afirmativa a la pregunta del guardia fue resultado de un malentendido, por el cual entendió que debía mencionar las fotos en un futuro formulario de admisión a ser llenado cuando entrase a la casa. En última instancia, Marcos propondría romper las fotos y acabar así con la cuestión. De cualquier manera, no creía que lamentase demasiado esa pérdida e incluso tal vez fuese mejor para él acabar de un modo más tajante con el pasado.

El auto bajaba la velocidad frente a una alta verja que se extendía por un centenar de metros y que se perdía de vista a uno y otro lado tras las graderías con flores. Era una verja antigua, que había sido llevada allí por algún capricho, construida con hierros torneados terminados en puntas agudas. Trepaba por ella una enredadera con flores malvas. Marcos juzgó que la verja provenía de una vieja mansión y se sintió extrañado porque era la primera de este tipo que veía en el santuario. Sólo había visto hasta el momento portones con barrotes grosísimos. Aquí habían hecho quitar los maceteros en gradas para que se viese la verja con la enredadera. El auto abandonó la calle y se detuvo en una pequeña explanada a unos veinte metros del portón de entrada. Excepto el chofer, los otros ocupantes del auto se bajaron.

—Tienen que llamar y... deben presentar ante los sensores los pasaportes que les dieron en la entrada.

Los guardias se quedaron junto al auto y Marcos y el otro hombre avanzaron hacia el portón. El jardín que se veía tras las rejas distaba mucho del cuidado primoroso que era ley en todo lo que Marcos había visto del santuario. No era feo en lo absoluto, pero el pasto raleaba y

Marcos pensó que era una entrada de servicio y, sin que supiese bien por qué, las piernas se le aflojaron. Sentía en el estómago una rara vibración. Se acercó al tablero, empotrado en una fuerte columna a un costado del portón, y pulsó un botón de llamada.

—Un momento, por favor —respondió al instante una voz grabada.

No había a la vista ninguna casa, sólo un camino que se perdía entre los árboles. El otro hombre se acercó y se paró su lado. Marcos, cuyo estómago se calmaba en razón de su fuerza de voluntad, le echó una ojeada y luego miró hacia los guardias, que estaban parados a los lados del auto y habían cruzado los brazos sobre el pecho.

El tablero, por lo que se podía ver, tenía unos sensores de lectura, un parlante, dos cámaras de video y, arriba de todo, una luz que debía encenderse cuando atendían en la casa. Sin embargo, el tiempo pasaba y el llamado de Marcos no tenía respuesta. En vista de esto, se hizo a un lado, con la esperanza de que el otro probase su suerte, pero el hombre no mostró el menor interés en insistir. Se estaba con las manos tras la espalda y la vista clavada en el piso.

—Habría que insistir —dijo Marcos en voz baja, dudando acerca de la conveniencia de llamar él mismo otra vez. Y al tiempo que hablaba miraba hacia los guardias para ver su reacción, no fuera el caso de que quebrara alguna disposición al hablar allí con el otro empleado de la casa.

—Esperemos un tiempo más —murmuró el otro.

—Los guardias ahí parados me ponen nervioso —masculló Marcos.

Pero el hombre no contestó. Esperaron un rato más. La impaciencia de Marcos iba en aumento, aunque lo disimulaba e intentaba distraerse mirando el jardín y la enredadera de la verja. El sol primaveral ahora se hacía notar. Marcos sudaba. Por un instante volvió a mirar a los guardias.

—Deben estar esperando que...

—Nos pueden oír —le dijo el hombre en un murmullo, señalando el tablero.

Marcos cayó en la cuenta de que seguramente había ahí un micrófono. Echó un vistazo sobre su compañero y advirtió que era más joven de lo que había supuesto. No llegaba a los treinta años.

—¿Cómo te llamás? —le preguntó, en consideración al futuro que les aguardaba dentro de la casa.

—Adolfo —contestó, cubriéndose la boca con la mano.

La luz del tablero se prendió y una voz masculina les pidió que se identificaran con los pasaportes, cosa que ambos hicieron de inmediato. La misma voz les indicó luego que aguardaran. Marcos aferraba la manija de la maleta y apretaba ligeramente los dientes. El portón se iba a abrir de un momento a otro y sintió una suerte de vértigo.

—Parece que vamos a tener que esperar de nuevo —dijo, nervioso, sonriendo forzadamente.

Adolfo asintió.

Marcos se paró, tieso, delante del portón. Éste era enorme y desde donde estaba él se veía gigantesco. No parecía posible que fuese a abrirse.

La luz volvió a encenderse y la misma voz de antes ordenó el ingreso de Marcos, indicándole a Adolfo que aguardara hasta que llegase su turno de entrar. El portón se abrió, más ágilmente de lo que hubiera podido pensarse. Marcos, urgido, no alcanzó a echar una mirada sobre su compañero. Entró y echó a andar por el único camino que salía desde allí, el cual, al serpentear, trepaba por una suave pendiente.

El sol del mediodía caía con fuerza sobre la humanidad de Marcos, quien respiraba algo fatigosamente, apretando el paso conforme se acercaba a la casa en la que habría de encontrar amparo.

Composición de originales
Gea XXI

Esta edición de 3.000 ejemplares
se terminó de imprimir en
Indugraf S. A.,
Sánchez de Loria 2251, Bs. As.,
en el mes de julio de 1999.